



Artefacto 3

PENSAMIENTOS SOBRE LA TÉCNICA

TEMA CENTRAL

Patafísica

Especulaciones

Alfred Jarry

El olvido del mal

Héctor Schmucler

El fin de la palabristica

Marcelo Cohen

Técnica, Ciudad, Ajedrez

Inéditos de Martínez Estrada

Soriasis y Nación

Christian Ferrer

Dibujos de Max Cachimba



prometeo
 libros
 Av. Corrientes 1916
 T (54-11) 4952-4486/8923
 F (54-11) 4953-1165
 E info@prometeolibros.com.ar

Photographie
 imaginaire
 obligatoire

Collège de Pataphysique
 Année E. P.

Les impétrants de cette pièce peuvent en la faisant servir.

(Nom) **Blanche IRRIBARREN** ap. J.-C.
 Né le (naissance apparente) _____
 & le (naissance réelle) **22 Clinamen 100** E. P.,
 titre au Collège de Pataphysique, en
 qualité de { auditeur apparent, réel, emphytéote } (1)
 { correspondant apparent, réel, emphytéote }
 avec tous les privilèges (t. s. v. p.) y attachés.

L'Administrateur-Opérateur Général
 Correcteur de-Organisme Exécutif

(1) Biffer les mentions inutiles.

Handwritten signature: H. F. ...

Stamp: SIG. COLLEGE PATAPHYSIQUE

Artefacto
 PENSAMIENTOS SOBRE LA TÉCNICA

Artefacto

PENSAMIENTOS SOBRE LA TÉCNICA

Buenos Aires, 1999

Artefacto ha sido publicada por el grupo editor y Eudeba

Grupo Editor:

Daniel Butti Flavia Costa
Claudia Feld Christian Ferrer
Claudia Kozak Rodrigo Molina Zavalía
Daniel Mundo Estela Schindel
Lucila Schonfeld Patricia Terrero (1948-1997)

Diseño:

Ricardo Ludueña
María Laura Piaggio (Tema Central)

Composición:

Ricardo Ludueña

Han participado en esta revista:

Héctor Schmucler
Augusto Albajari
Adriana Gómez
Margarita Martínez
Juan Pablo Ringelheim

Diseño de Tapa:

Ricardo Ludueña

Foto de Tapa:

Ubucycle, escultura de Marcel Marien. 1967.

Coordinadores del tema central:

Margarita Martínez, Adriana Gómez,
Juan Pablo Ringelheim y Christian Ferrer

Traducciones:

Organigrama del Colegio de 'Patafísica, por *Cinthia Daiban*
Calendario perpetuo, por *Margarita Martínez*
Santoral patafísico, por *Florencia Abbate*
La *Gidouille*, por *Margarita Martínez*
Alfred Jarry, por *Felisa Santos*
Ruy Launoir, por *Rubén Reches*

Agradecimientos:

Marcelo Cohen, Daniel Ortega, Blanche Iribarren, Francisca Comes, Eva Rodríguez, Clara Fernández Moreno, Carmén Vasco, Jorge Dubatti, Carlos Cutral, Cinthia Daiban, Felisa Santos, Nydia Burgos, Fundación Martínez Estrada, Julieta Obedman, Susana Paponi, Clara Guareschi, Carlos Savransky, Tomás Abraham, Horacio Tarcus, Carlos Torres, CEDINCI.

Dirección postal: Cachimayo 132, 2º "K" - 1424 Capital Federal
Teléfonos: 4432-6428, 4381-9305, 4861-4774, 4778-7404
Fax: 4343-2999
e-mail: flavc@hotmail.com - christianferrer@usa.net

*Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Está permitida la reproducción de los ensayos citando la fuente.*

Av. Rivadavia 1571/73
1033 Buenos Aires, Argentina
Tel: 4383-8025 Fax: 4383-2202
www.eudeba.com

Eudeba

Sumario

Revista *Artefacto* n° 3

Tema central: Patafísica, la Ciencia de la Soluciones Imaginarias

- Christian Ferrer. *Patafísica y conocimiento* / 47
Colegio de 'Patafísica. *Definición* / 50
Juan Esteban Fassio. *Alfred Jarry y el Colegio de 'Patafísica* / 54
Ruy Launoir. *Historia del Colegio de 'Patafísica* / 59
Roger Shattuck. *En el umbral de la 'Patafísica* / 66
Jorge Rivera. *La patafísica en el Plata* / 73

Documentos

- Colegio de 'Patafísica. *Arenga Inaugural* / 80
Alfred Jarry. *Especulaciones* / 83
La Gidouille / 92
Margarita Martínez. *A propósito de Gidouille* / 94
Ana González Salvador. *El lenguaje de Jarry* / 95
Julio Cortázar. *De otra máquina célibe* / 98
Documentos del Colegio de 'Patafísica:
Cuadro recapitulativo de comisiones, co-comisiones, sub-comisiones & intermisiones / 102
Organigrama de las Jerarquías y Administraciones del Colegio de 'Patafísica / 108
Calendario Perpetuo / 109
Santoral Patafísico / 110

Pequeña historia local

- Horacio González. *Para un Nirvana de los objetos* / 113
Juan Pablo Ringelheim. *De Polonia a las pampas. Derrotero de Ubú* / 117
Luisa Valenzuela. *Buenos Aires y el misterio sonoro en* / 120
Jarry en castellano / 123

La época en fuga

- Héctor Schmucler. *El olvido del mal* / 4
Florencia Abbate. *Personas buscadas* / 12
Estela Schindel. *El crimen en el tiempo* / 22
Claudia Kozak. *De máquinas y palabras* / 28

Marcelo Cohen. *El fin de la palabristica* / 30

Max Cachimba. *Universo abigarrado. Dibujos* / 124

Ezequiel Martínez Estrada. Técnica, Ciudad, Ajedrez

- Christian Ferrer. *Presentación. Lírica social amarga* / 131
Ezequiel Martínez Estrada. *Ajedrez* / 133
Ezequiel Martínez Estrada. *Ciudad* / 143
Ezequiel Martínez Estrada. *Técnica* / 153
Marcela Croce. *De la metrópolis a la necrópolis* / 166
Christian Ferrer. *Soriasis y Nación. Técnica y sintomatología* / 176

HÉCTOR
SCHMUCLER

El subtítulo de su libro *Eichmann en Jerusalem*, "Informe sobre la banalidad del mal", pesó sobre Hannah Arendt todos los años que siguieron a su publicación en 1963. Hannah Arendt había asistido como corresponsal del *New Yorker* al juicio realizado en Jerusalem, en 1961, donde el ex jerarca nazi fue condenado a morir en la horca.

La revista norteamericana publicó tres extensas notas cuyas enviadas mientras se desarrollaban las reuniones del jurado y que luego le sirvieron para la confección del libro. Hannah Arendt estaba interesada en comprender el pensamiento de Eichmann y, a través de los testimonios del juicio, explorar "el total colapso moral de los nazis ocurrido en la respetable sociedad europea". Pero algo de su más íntima

biografía estaba en juego cuando recurrió a la Rockefeller Foundation para solicitar ayuda económica que facilitara su viaje a Israel: "Jamás vi a esa gente [funcionarios nazis como Eichmann] y probablemente sea mi única oportunidad -dice en su pedido-. Presenciar este juicio es [...] una obligación con mi propio pasado".

El libro de Hannah Arendt pretendía demostrar la responsabilidad de Eichmann aunque fuera un diligente y "banal" criminal burocrático. Ningún componente misterioso, sobrenatural, lo mostraba como un personaje monstruoso. Su trivialidad se

expresaba en una especie de "incapacidad de pensar desde otro punto de vista que no fuera el propio". Esa incapacidad, interpretaba Hannah Arendt, está en el origen de lo que predispone a Eichmann a transformarse en un "anónimo burócrata de la muerte" y en "uno de los peores criminales de todos los tiempos". Detrás de ese pensamiento estaba la idea de *responsabilidad*, del inapelable "tener que responder", en cualquier circunstancia, como fundamento de toda ética. Decir que Eichmann era uno de los peores criminales de todos los tiempos a pesar de cumplir el papel de un burócrata banal, instalaba un criterio moral incómodo para la razón dualista.

El de Hannah Arendt fue un acto de trágica valentía intelectual, de implacable búsqueda de la verdad, que pocos espíritus estaban preparados para soportar. La frase "banalidad del mal" circuló más que el libro. Las resonancias de "banalidad" imprimieron una carga semántica de la que el libro no lograba liberarse. Las palabras se atrincheraron y resultó difícil leer el sentido verdadero de lo que decía la autora: Eichmann no "personificaba ni el odio, ni la locura, ni la insaciable sed de sangre. Era algo peor: la anónima naturaleza del mal nazi en sí mismo, en su cerrado sistema tendiente a dismantelar la personalidad humana de sus víctimas".

El libro de Hannah Arendt contenía por lo menos otro elemento de dura polémica. Aunque desarrolladas en pocas páginas, las observaciones que buscaban desentrañar el lugar de algunos judíos en la máquina del exterminio (observaciones muchas veces derivadas del propio juicio a Eichmann) contenían algo escandaloso: ¿cuál fue el papel que *realmente* desempeñaron los "Consejos Judíos", *Judenräte*, que los alemanes propiciaron y constituyeron con personas notables de las comunidades? ¿A qué tradición respondían? ¿En qué medida, y a pesar de su voluntad, sirvieron para facilitar la acción criminal de los nazis? ¿Qué sentimientos movieron posteriormente a ocultar estos

El

olvido

del

mal

LA CONSTRUCCIÓN TÉCNICA
DE LA DESAPARICIÓN EN LA
ARGENTINA

hechos y cuáles otros a destacarlos? Si el concepto de banalidad contradecía la generalizada opinión de que la masacre del pueblo judío había sido cometida por monstruos o demonios, la problematización de los *Judenräte* parecía disminuir la culpa alemana y, en consecuencia, la de Eichmann. La condena de Hannah Arendt, sin embargo, iba más allá del límite jurídico. El epílogo de su libro concluye con un texto que hubiera deseado escuchar en la sentencia: "Porque sostuvo y ejecutó una política que consistía en el rechazo a compartir la tierra con el pueblo judío y con los pueblos de otras varias naciones -como si usted y sus superiores tuvieran el derecho de decidir quién debe y no debe habitar este planeta- estimamos que nadie, ningún ser humano, puede tener deseo de compartir este planeta con usted. Por esta razón, y por esta sola razón, usted debe ser ahorcado".

Las condenas vinieron de todas partes. La Anti-Difamation League, de la Bnai Brit, intentó "excomulgar" a la autora de *Eichmann en Jerusalem* solicitando a los rabinos de Estados Unidos que la denunciaran en las principales ceremonias judías. La izquierda reclamó tanto como la derecha, los académicos tanto como las autoridades religiosas. Los alemanes se indignaron porque en su libro Hannah Arendt había minimizado la "resistencia" de la



población al nazismo y, en efecto, la autora subrayaba lo contrario: la generalizada aceptación del régimen por parte de la inmensa mayoría hasta la conclusión de la guerra que derrotó a Hitler. Los judíos norteamericanos -que no se habían movilizado sensiblemente por la suerte de los judíos europeos durante la guerra- reaccionaron con especial irritación contra *Eichmann en Jerusalem* (el escritor Irwing Howe vio en esa

condena exaltada "una culpa penetrante, incontrolable, que hasta ese momento apenas había encontrado ocasión para mostrarse a la luz del día"). El *New York Times* encomendó una reseña del libro a un colaborador del fiscal del tribunal israelí, que era fuertemente criticado por Hannah Arendt. La *Partisan Review*, que antes la había acogido con palmas, le imputó haber mostrado "un Eichmann estéticamente agradable y víctimas estéticamente repulsivas". Mientras Saul Bellow la acusaba de promover la "abolición de la conciencia", Gershom Scholem, con dolor en el alma, le reprochaba a su amiga lo poco que en ella quedaba del "amor al pueblo judío" tan caro a la tradición de Israel. La *Intermountain Jewish News*, en Estados Unidos, titulaba un comentario: "Una judía que se odia a sí misma escribe un libro a favor de Eichmann". *Le Nouvel Observateur*, en Francia, publicaba una carta colectiva encabezada por una pregunta: "¿Hannah Arendt es nazi?"

En 1971, durante una entrevista televisada, Hannah Arendt reconoció que el subtítulo del libro que había dedicado al juicio de Eichmann resultó una verdadera emboscada que se había tendido a ella misma. Sólo después de su muerte, ocurrida en 1976, Hannah Arendt fue ocupando, lentamente, un lugar destacado en el pensamiento contemporáneo. *Eichmann en Jerusalem*, aunque discutido, multiplicó sus ediciones. En 1998 se realizó en Israel un primer coloquio sobre su obra que, por otra parte, nunca fue traducida al hebreo.

Muchos de los interrogantes abiertos por su "Informe sobre la banalidad del mal" se actualizaron cada vez que la humanidad contempló el Mal como una repetida emergencia de la acción política. De nosotros, de la violencia y el crimen instalados en la Argentina en el reciente pasado, hablan estas cosas.

La memoria de los "climas de época"

Es laberíntica la memoria. Es un artificio que, por la propia naturaleza de su armado, como los laberintos, hace difícil reconocer la salida. En la memoria se busca encontrar un orden entre bifurcaciones que a veces conducen a callejones cerrados. Otras veces muestran escenas inesperadas. La llamada memoria colectiva es una forma especialmente tortuosa de construcción laberíntica en la que, contra cualquier apariencia, lo primero que se erige es la "salida": un punto de llegada que se manifiesta como verdad. La maraña laberíntica existe para que esa verdad se haga posible; no es una traba sino una condición de su realización. La búsqueda allí, en la maraña, implica una decisión moral, una elección sobre qué retener y qué desechar en el recorrido. La memoria colectiva (si es que tal cosa verdaderamente existe) traduce la voluntad de descubrir cierto sentido en el cual las acciones cotidianas encuentren algún resguardo.

La trama de la memoria se afianza sobre la consistente realidad de los hechos. ¿Pero qué hechos reconocer para construir una verdad si lo que sucede es infinito? Podría imaginarse que, hasta cierto punto, los hechos son irrelevantes pues la salida se va elaborando de acuerdo a aquello que la memoria deja seleccionar: la verdad sólo dependería de la jerarquización que se establece entre los hechos. La verdad surgiría después y no antes de la travesía laberíntica. La salida, entonces, sería imprevisible. Más arriba se había indicado lo contrario: en el comienzo de la edificación laberíntica de la memoria habría una verdad previa. La oposición, sin embargo, es aparente. La memoria se ofrece como un laberinto porque laberíntica es la



indagación que realiza. Pero el sendero no es azaroso: lo antecede una decisión sobre el *orden de verdad* que se persigue y esa determinación orienta la búsqueda, oculta o ilumina los hechos que serán rescatados para que la salida sea posible. La salida, la verdad, estaba presupuesta en la decisión inicial, alentada por una determinada forma de mirar el mundo. Esa mirada pertenece al espacio de la ética.

Una verdad que no olvide la existencia del Mal (tal como Hannah Arendt lo tenía presente) exige, en el caso argentino, reconocer lo que se suele llamar "climas de época". Mientras desconocerlos puede llevar a anacronismos incomprensibles, es evidente el riesgo de percibirlos: ponen en evidencia sistemas de ideas que en un tiempo circularon y permitieron aceptar complacientemente lo que luego pudo revelarse como siniestro. Los climas de época, sin embargo, no diluyen las culpas, ni aminoran las responsabilidades. Entender lo que pasó está lejos de justificarlo. Considerar la existencia de causas no amengua la capacidad de enjuiciar y, por el contrario, destaca la emergencia del Mal allí donde las fronteras se

muestran más confusas. Dicho de otra manera: aún cuando se observara que la conducta de la víctima también hace posible la ejecución del crimen, la responsabilidad y culpabilidad del victimario permanecen intocadas. Sólo los victimarios son culpables cuando se los relaciona con las víctimas, aunque éstas hayan ocupado alguna vez el lugar de victimarios.

La violencia en la Argentina fue producto -entre otras causas- de un ascendente y consciente objetivo perseguido por formaciones políticas que veían en la guerra el único camino posible para el logro de sus ideales. La guerrilla fue una respuesta histórica, una manera de interpretar la historia, y no solamente la reacción ocasional ante una coyuntura determinada. El "clima de época" naturalizaba la violencia armada como un transitar necesario para eliminar la permanente violencia que significaba la injusticia y la humillación cotidiana que la humanidad ofrecía como espectáculo. Sin embargo, aquella violencia -utilizada como instrumento y pedagogía para el logro de un orden que eliminara los padecimientos innecesarios-, ante la hechizante presencia de la sangre, terminó recortando su mundo a la calculada efectividad de una técnica de combate.

Mientras tanto otra maquinaria -fuerzas represoras militares y civiles a veces armados- venía adiestrándose desde lejano tiempo. Habían aprendido de largas experiencias sucedidas en otros lugares del planeta que potenciaron con sus propios odios y sus propios miedos. Una perfeccionada técnica, eficaz e impiadosa como cualquier técnica, aplastó a la guerrilla, dejó a su paso una estela de acciones atroces, convirtió en desaparecidos a sus contrincantes: exasperó la desmesura.

El clima de época de la violencia argentina se enmarcaba en otro que le daba sustento: la guerra fría. El mundo, para los bandos en pugna que disputaban la hegemonía del planeta, era un extendido campo de batalla. Si los promotores de la lucha armada revolucionaria veían en la guerra el momento

heroico, definitivo, de la acción política, el núcleo fuerte del poder en la Argentina, y en especial las fuerzas armadas, tenían como horizonte una guerra generalizada, por ahora fría, pero que en cualquier momento podía incendiar todos los rincones. La "guerra fría" era una guerra total; nada ninguna parte, dejó de tener su marca. América Latina constituía un lugar destacado de ese conflicto. En la Argentina la sociedad en su conjunto, y no sólo los actores inmediatos, se vio comprometida en la violencia desencadenada.

En este "clima" se desarrollaron los hechos que Pilar Calveiro describe en su libro *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina*. Hay algo de la idea sobre la banalidad del Mal -en el espíritu arendtiano- en este relato que describe el funcionamiento de los engranajes presentes en la maquinaria represora oficial, el calculado fraccionamiento de las acciones criminales que parecía absorber las responsabilidades individuales y la íntima relación entre la configuración social existente con la forma que adquirió el sistema represivo.

El armado técnico del artefacto represor de la guerrilla, la parcelación de los procedimientos, la dilución del lugar preciso desde donde emanan las órdenes, tiende a generar un doble efecto: por una parte acrecienta la eficacia "productiva" del sistema operativo; por otra, admite tender un puente hacia la inocencia administrativa. La eficacia productiva alimenta el *olvido del mal*: busca olvidar que el Mal anida en ella misma, en la concepción de eficacia que organiza el mundo en zonas operables, en objetos sobre los que se opera, en agentes operativos. El Mal engeguece -se vuelve irreconocible- cuando se intenta buscarlo en algo externo que viene a



agregarse a la operación misma. Es invisible cuando se lo supone absoluto, en sí mismo: el Mal siempre es mal encarnado, siempre tiene formas. No es explicable, pero se realiza en situaciones precisas. Existe un espacio donde el Mal es posible: allí aparece sin una conciencia productora. Reconocer que el Mal se evidencia en los hechos, elimina la inocencia de quienes lo practican: la responsabilidad no es postergable por ningún criterio instrumental.

Pilar Calveiro, militante de la organización guerrillera Montoneros, fue secuestrada por un comando de la Aeronáutica el 7 de mayo de 1977. Un año y medio después fue liberada de la Escuela de Mecánica de la Armada luego de atravesar varios centros clandestinos. Por los numerosos lugares de reclusión ilegal que se establecieron en distintas zonas del país, transitó un número aún no determinado de personas de las cuales unas 9 mil constituyen la lista de desaparecidos que, casi con seguridad, están muertos. No menos de 1300 pasaron fugazmente por esos centros y no entraron en la nómina de desaparecidos pues recuperaron la libertad o fueron asignados a cárceles legales. De los que permanecieron conviviendo con los represores durante un tiempo considerable en los centros clandestinos -que la autora de *Poder y desaparición* llama "campos de concentración"- sobrevivieron unos 150. Pilar Calveiro es una sobreviviente, es decir, siguió



viviendo -como los otros *sobrevivientes*- más allá de una circunstancia que preveía la muerte. Ser sobreviviente, en tales condiciones, no es simplemente mantener la vida, estar vivo, sino ser una positividad negativa: no-muerto. Los sobrevivientes de los centros clandestinos de reclusión son actores y testigos de una tragedia: son los que han visto, los que *se han visto allí*. El testimonio del sobreviviente tiene una rara condición: evoca hasta dónde llegaron sus ojos para comprobar los esfumados caminos del Mal. En esas condiciones, una descripción de los mecanismos operativos de la represión, como la que ensaya Pilar Calveiro, no puede dejar de mostrar huellas de otro discurso -el del

padecimiento- que se imprime (que hace presión) sobre el primero y que lo condiciona para que asomen preguntas inesperadas. Nuestra mirada sólo acierta a recogerlas para volver a interrogarlas.

La política como técnica

Los guerrilleros en la Argentina sabían que la lucha en que se habían empeñado los colocaba en un trato cotidiano con la muerte. Morían y mataban. La muerte llegó a ser un dato más en una programación en la que los cuerpos humanos se transformaban en *recursos* bélicos. La estructura técnica de la guerrilla no tenía lugar para la piedad hacia sus componentes. Como enseñaba Ernesto "Che" Guevara, la preparación del "hombre nuevo" tenía un momento necesario en el desprecio por la muerte. La de los otros y la de uno mismo.

En *Poder y desaparición*, la presencia de la muerte entreabre puertas que invitan a penetrar en lugares donde sólo se adivinan

sombras: todo, o casi todo está por ser descifrado en la historia de la violencia en la Argentina. El agudo e inquietante análisis que despliega Pilar Calveiro alienta a una reflexión sistemática sobre este período, el más sombrío y consternante de la historia argentina. Centrado en el funcionamiento de los centros de reclusión clandestinos que se instalaron durante la dictadura que siguió al Golpe de Estado del 24 de marzo de 1976, el estudio refuerza su intensidad cuando también se interroga sobre el espacio social y político que hizo posible esa dictadura. ¿Cuál es el pasado que se dio cita en el momento del horror desencadenado? ¿Cuál es el camino que aún queda por recorrer en la búsqueda (tal vez ilusoria) de alguna verdad sobre lo ocurrido?



Un capítulo a escribir, y que merecería especial atención, es el vinculado a la existencia de un imaginario popular que colocó a las Fuerzas Armadas -en especial al Ejército- como garantes en última instancia de comunes valores sociales y nacionales. “Los militares ‘salvaron’ reiteradamente al país [...] a lo largo de 45 años”, apunta Pilar Calveiro destacando la autoasignación que ellos efectuaban de esta capacidad salvadora. “A su vez -añade- sectores importantes de la sociedad civil reclamaron y exigieron ese salvataje una y otra vez.” El paso es

decisivo porque borra un equívoco: la congregación militar, en la Argentina, no es necesariamente un cuerpo extraño al conjunto de la Nación. En esa línea es importante recordar que el peronismo -cuya amplia aceptación colectiva le permitió desempeñar un papel decisivo en la historia argentina de la segunda mitad del siglo veinte- tuvo como punto de arranque el Golpe de Estado del 4 de junio de 1943. El gestor más destacado de ese Golpe, el entonces coronel y luego general Juan Domingo Perón, nunca dejó de reivindicar su pertenencia al Ejército y la concepción intelectual y operativa de la conducción política que ejerció con indiscutida

capacidad se sustentó en una explícita formulación tecno-militar. Del modelo de guerra sobre el que articuló su accionar, no sólo queda su protagonismo histórico: numerosas páginas escritas en forma de libros, artículos y cartas describen, a veces minuciosamente, los principios teóricos que armonizaron su estrategia y táctica. La vocación de construir un ejército que remedaba los rituales del Ejército Nacional, podría interpretarse como una síntesis casi paródica del espíritu que inspiró desde un principio a la organización Montoneros. Es posible que el acuerdo entre el peronismo de Perón con la guerrilla peronista de los Montoneros reconozca fundamentos

... 9 ...

más sólidos que los frecuentemente señalados. Una compartida admiración por el "orden militar" puede haber sido el suelo fértil en el que se encontraron -a pesar de crueles enfrentamientos- visiones del mundo semejantes.

Cuando en 1975 el gobierno de Isabel Martínez de Perón -quien presidía el país después de la muerte de su esposo- ordenó "aniquilar" la guerrilla del Ejército Revolucionario del Pueblo asentada en Tucumán, usaba un término tan común en la época que nadie lo señaló como premonitorio de la matanza sistemática que emprenderían las Fuerzas Armadas tras asumir el poder. Tampoco eran ajenas expresiones similares en el pasado del peronismo: en las postrimerías de su primer gobierno, antes de ser derrocado en 1955, Perón había convocado a la multitud bajo la consigna: "A los enemigos, ni justicia". Algunos años después, en carta enviada al dirigente obrero Elpidio Torres, el 27 de octubre de 1969, ofrecía una señal para la acción: "[los enemigos] podrán tener la fuerza en qué ampararse pero ni ellos saben lo que les va a durar ese amparo. El día que lo pierdan (que no lo creo lejano) quedarán en el mayor desamparo y habrá llegado el momento de exterminarlos, porque cuando uno tiene que vivir entre locos, es prudente aprender a ser insensatos". Desde Madrid, Perón no sólo se refería al gobierno militar impuesto en 1966 sino también a los "enemigos" internos del movimiento que lo reconocía como líder.

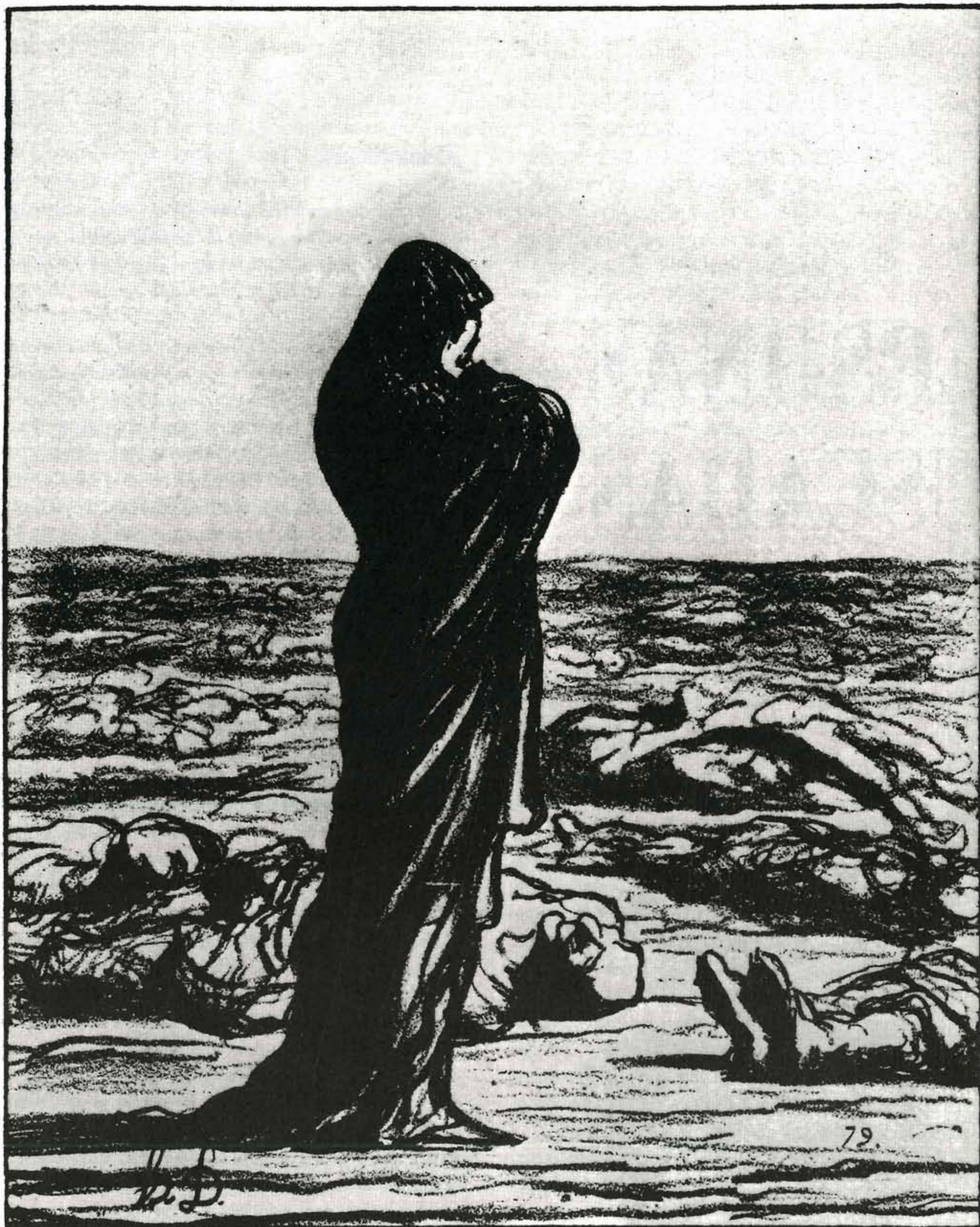
Sin algún principio de justicia compartible, ningún impedimento moral limita el actuar de los seres humanos. Cualquier exceso se hace posible porque la idea misma de exceso queda suprimida y la tragedia viene a recomponer un orden con actos desproporcionados donde fracasa

cualquier intento de comprensión. El mal pierde las características por las cuales es generalmente reconocido: deja de ser una *tentación* y se vuelve la forma de una nueva rectitud. A la inversa, lo que convencionalmente se llama bondad se transforma en tentación que debe ser suprimida. La desaparición del otro, practicada por los militares argentinos como exitosa táctica de guerra, destruye las bases de cualquier forma de convivencia humana y, en consecuencia, no debería entrar en ningún cálculo. Cuando se proclama que el enemigo no merece justicia, se abre el camino para negarlo como semejante. El desaparecido expresa hasta el agobio la negación del derecho a que el otro haya existido. La construcción técnica de la desaparición perfecciona el mal al instituirlo como norma posible que, a la vez, exige el secreto. Entre ocultamiento y desaparición no hay solución de continuidad: el ocultamiento es condición de la desaparición; procura la nada, el absoluto olvido.

El imaginario que instaló a las Fuerzas Armadas en un sitio privilegiado no incluye, necesariamente, la aceptación de actos indignos que, muchas veces, son observados como anomalías del correcto camino al que estaban destinadas. Pilar Calveiro se pregunta: "¿Cómo puede ocurrir que hombres que ingresaban a la profesión militar con la expectativa de defender a su Patria [...] se hayan transformado en secuestradores y torturadores especializados en producir las mayores dosis de dolor posibles? ¿cómo un aviador formado para defender la soberanía nacional, y convencido de que esa era su misión en la vida, se podía dedicar a arrojar hombres vivos al mar?". Ni seres maléficos, ni predestinados por intereses concientes de su papel en el juego social -banales- los militares son vistos por Pilar Calveiro como succionados por la técnica represiva. La "maquinaria construida por ellos mismos" resulta más fuerte que el impulso original: los "llevó a una dinámica de burocratización, rutinización y

naturalización de la muerte, que aparecía como un dato dentro de una planilla de oficina". La "maquinaria" se muestra como una fuerza que está por encima de quienes la manejan y de quienes la padecen: "el campo de concentración aparece como una máquina de destrucción que cobra vida propia". Emerge, porque es una estructura técnica, con insólita solidez que impone el sometimiento. Estar allí es pertenecer a la máquina: "La sensación de *impotencia* frente al poder secreto, oculto, que se percibe como omnipotente, juega un papel clave en su aceptación y en una actitud de sumisión generalizada". Sin embargo uno de los propósitos más reiterados en *Poder y desaparición* es demostrar que, en medio del marasmo, hay formas posibles para que lo humano recupere la dignidad.

Ninguna búsqueda de las condiciones que hicieron posible la acción represora, con las características que asumió durante los años de la violencia en la Argentina, disminuye la responsabilidad de quienes la ejecutaron. Ni el clima de la época que naturalizó el terror como admisible instrumento de la acción política, ni el paréntesis impuesto a la voluntad humana diluída entre engranajes de máquinas de combate, cancela lo inentendible del mal ni la culpa de quienes lo hicieron posible. Tampoco inocenta a las víctimas. "Hay que negarse a comprender el mal", dice Claude Lanzman. Comprenderlo, aceptar una causalidad describible, puede propiciar su aceptación. O el olvido, que es una forma de eterna repetición. Son menos importantes los protagonistas que el mal producido. La magnitud del mal no es rigurosamente proporcional a los padecimientos físicos que genera. Males como la técnica de la desaparición no son enumerables, ni cuantificables. No existe reparación posible. La humanidad ha quedado herida para siempre. Cualquier reflexión debería partir de esta verdad sin retorno, aún cuando acepte que el mal imprescriptible puede admitir una amnistía.



Las ilustraciones que acompañan este ensayo son de Daumier

... 11 ...

FLORENCIA ABBATE

DOMINGO 9

PERSONAS BUSCADAS

(apuntes sobre una semana de Julio del '78
a partir de los diarios)

a mi amigo Ernesto Conti


"Existe una gran tentación a desembarazarse de lo intrínsecamente increíble por medio de racionalizaciones liberales. En cada uno de nosotros acecha un liberal que nos halaga con la voz del sentido común." H. A.

Una tarde de Julio como hoy -con ese tono extraño de los días que cierran un periodo de lluvia persistente- el color sepia de las páginas cobra un matiz ceniciento. Acaso uno necesite sentirse contemplativo o melancólico para haber decidido pasar una semana leyendo noticias del '78; los diarios viejos suelen parecer algo fantasmagóricos en su independencia y silencio, amotinados en algún estante oscuro de la Hemeroteca y de pronto sustraídos a la luz. Pedí el tomo donde están encuadrados los 31 ejemplares del mes. Tiene una apariencia similar a la de un atlas o un libro de quejas. Cargarlo equivale a transportar unos cinco o seis kilos, y si bien éste debe resultar un dato sin importancia, el peso y su excesivo tamaño, sumados al polvo que salta a la cara ni bien se lo ha levantado, le dan al momento una materialidad contundente que de a ráfagas produce nerviosismo. Tal vez sea mejor que ocurra así, si se adopta una actitud de indiferencia y se le deja ejercer su acción atrofiante, al cabo de horas se cae en un vacío emocional: un vacío semejante al que consiste en recurrir a una mala analogía con las enfermedades de la piel y hablar de heridas que cicatrizaron. En los sentimientos no hay, por suerte o por desgracia, una cosa semejante. Simplemente hay heridas abiertas. Es posible no prestarles atención pero si son advertidas una tarde de invierno, una tarde como ésta, sólo a través de esas heridas se mira el corazón de las noticias.

El intento de encontrar en ellas un brillo borroso -más puro que el que tienen los días que cierran un periodo de lluvia persistente- es producto de una necesidad íntima y no del buen sentido. Ese intento durará siete días a partir de hoy, 9 de Julio del '98. Será la búsqueda de las búsquedas que, veinte años atrás, entre el 9 y el 15 de Julio dejaban sus rastros en los diarios. Cuando uno se ha propuesto buscar una semana la misma semana veinte años después, buscarla cada día el mismo día, aflige abrir el primer diario, recorrerlo, volver a recorrerlo y percibir que el intento puede estar destinado al fracaso. Policiales, publicidad, política, espectáculos, clasificados, todas imágenes que en su fugaz decurso apenas se diferencian las unas de las otras. Un reloj en la pared indica que los minutos siguen cayendo, marcando el ritmo de las vueltas de página

... 12 ...

Ha nacido un nuevo estilo:
ARGENTINA '78
Apto para toda la Familia
con la Alegría y el Optimismo de lo Auténtico
Bienvenido por siempre!!!



ya llegan las vacaciones de invierno/esquí
anticelas en Harrods y viaje gratis con nosotros y sin
participa en el sorteo de tours, desde el lunes, sin obligación de compra

EL PRECIO JUSTO

Archivado

y de esa procesión que desconcierta con la equivalencia propia de lo informativo (el diario permanece mudo casi como si se tomara revancha del destino que le deparó una utilización inapropiada).

Con el abandono que produce el cansancio, la pupila se afloja y se orienta lentamente a los avisos de personas buscadas. Arrastra hasta ellos como a un Centro en el cual a la larga convergen los otros sucesos del día. La apariencia de estos avisos no es muy distinta a la de esos que se miran sin ver en un periódico actual -próximos a un anuncio que ofrece aplicaciones de láser para perder 20 kilos en una semana o una crema para hombres impotentes-. Refieren a personas que andarán extraviadas en algún lugar de la ciudad, son tan habituales que apenas si se los menciona; pero liberados de la proximidad, revelan algo que quizá la costumbre o la prisa ocultarían. Las fotografías de las personas buscadas en estos ejemplares del '78 exhiben un destello peculiar. Inmersas en el cuerpo grisáceo de los textos parecen estar aportando una célula de realidad.

Encuentro una de ellas en la página 11 del diario este domingo. El tamaño del recuadro es pequeño en proporción a la hoja (ocupa más o menos la mitad del ancho de mi mano). No obstante, la gravedad de la mirada retrospectiva induce a que la proporción se pierda... Las manchas de tinta que componen el rostro dejan ver una nariz aguileña y una mandíbula apenas cubierta por una sombra de barba, de contornos desteñidos por los dedos que habrán transitado la página, y que sin proponérselo profundizaron, con el correr de los años, la oscuridad de los ojos destacándose en el sepia del papel.

Debajo de la foto se explica que es un hombre de 44 años, padre de dos hijos. Fue visto por última vez el día 4 de Junio, vistiendo pantalón gris de franela, gamulán claro, polera bordó y un par de mocasines negros. Había salido de su casa en un Taunus gris metalizado modelo '75 dirigiéndose a la calle Julián Alvarez al 2700. A continuación se señala que estaba bajo tratamiento médico y se ruega llamar al 41-8206 o al 33-3015, dos teléfonos cuyas características dejaron de existir.

Rodeando el aviso hay una nota y dos publicidades: "La vacunación contra el sarampión inicióse"; "Compre jamón crudo Torgelón"; "Florida Multicolor. Vacaciones extraordinarias. Nosotros te llevamos".

LUNES 10

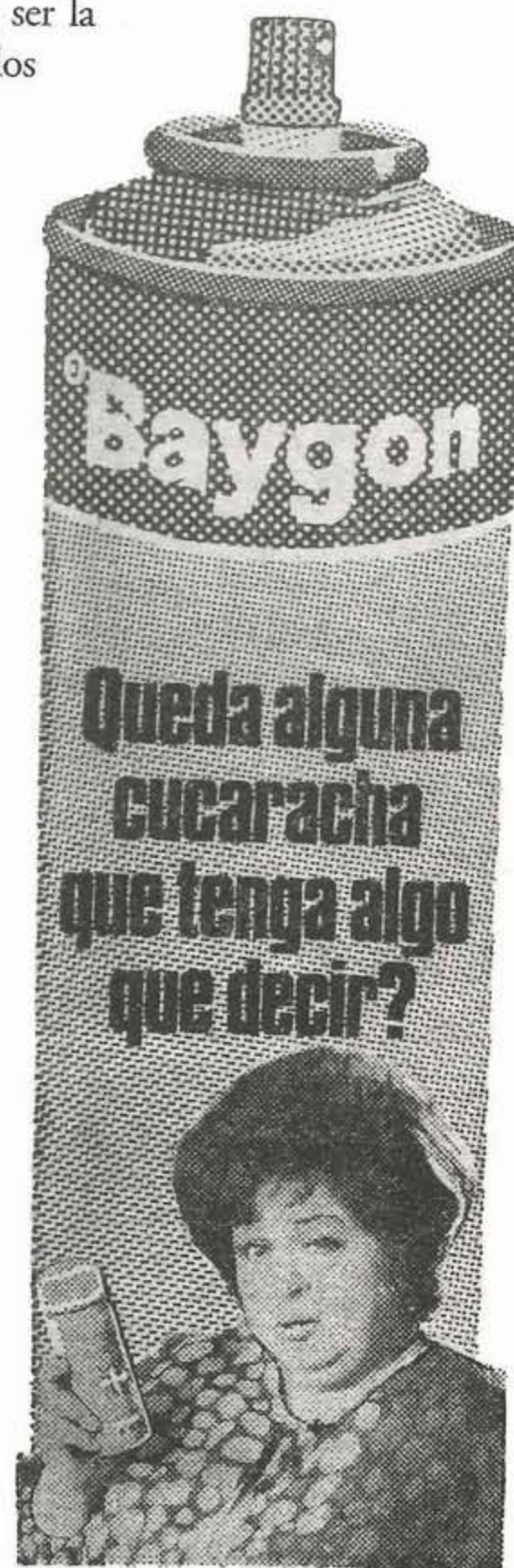
"Tal vez por esto mismo los poderes se insinúan, cada vez más, no tanto como buscadores de legitimación cuanto como configuradores de la insensibilidad moral de las poblaciones." J. R. C.

Parece inevitable que, vistas con veinte años de distancia, cada una de esas palabras que forman frases aparentemente circunstanciales o anodinas -como un titular- se vuelvan sospechosas.

El hecho de que el "secreto" esté expuesto no cambia la naturaleza de la experiencia. La mirada está obligada a dar rodeos, advierte que una mezcla de credulidad y cinismo asoma en cada letra.

"Para 100.000 personas pudiera ser que el lunes nunca llegue", se lee en el recuadro donde anuncian que el cine Metro proyectaba la película "Domingo negro". La imagen del afiche es una pareja de rasgos tan idénticos que bien podrían ser la reproducción continua de una única cara; rígidos como personajes de Corín Tellado, una mujer presa de pánico cuyos cabellos rubios se sacuden al viento, y un hombre que la abraza y con la mano derecha cubre parte de su rostro ... para que no vea el helicóptero que vuela a metros de sus cabezas. En letras mayúsculas dice: "El atentado de la guerrilla internacional a un estadio de fútbol. Notable creación de los actores. Escenas electrizantes".

Si el ardid de una incipiente sociedad del espectáculo radica en que las cosas no parecen reales hasta que aparecen dentro del espectáculo, y en el momento de su aparición pierden la realidad que pudieran contener, lo verdadero tendría que buscarse como un momento de lo falso. El hombre de 44 años cuya foto aparecía en el diario de ayer podría ser una escena de "Domingo Negro", un pasaje del libro *Hermanos en sangre* de Ovid Demaris: "Nadie hasta ahora había realizado un trabajo en profundidad acerca de la encubierta complicidad de los hermanos en sangre, las bandas terroristas que en diferentes países practican el culto a la muerte y la violencia. Es una crónica estremecedora de bárbaros atentados, secuestros y crímenes, y la revelación de cómo cooperan y se ayudan mutuamente". Algunos fragmentos del volumen integran la revista "El libro elegido", cuya propaganda abarca una página entera del diario este lunes. Las cuatro obras compiladas en el número resultan ridículamente sugestivas, como si todas giraran en torno de un único mensaje, excitando el temor pero asimismo la fruición hacia aquello que se pretendía oculto. *El pacto Holcroft*: "Una conjura para resucitar el nazismo en el mundo". *Cambiar la muerte*: "Un eminente cancerólogo analiza un tema tabú, ¿qué es lo que en la actualidad se opina sobre el sufrimiento, el cáncer, los médicos y los enfermos?". Y la *Biografía de Elizabeth Taylor*: "Esta



mujer catalogada por la prensa como insaciable, veleidosa, adicta al alcohol, ahora es estudiada en su verdadera personalidad: su deseo de ser una madre feliz". Estrechando su silueta otros libros se habrían hecho mínimos, una sombra de su significado. Si lograban subsistir reposarían a la espera de otro tiempo, o adiestrándose en el gesto precavido adoptarían el sigilo y la prudencia como forma de no hacerse demasiado ostensibles. Por el contrario, los enormes caracteres de estos títulos son pinceladas de euforia sobre el decorado sombrío. Si se mira el anuncio de pie, asume un aspecto incongruente y festivo: "El terror. Los nazis. El cáncer. Liz, la de los ojos color del tiempo". La ilustración de tapa es una foto de la actriz biografiada, de rostro sereno, a diferencia del hombre buscado que mira hacia delante -con unas pupilas donde se concentran las líneas de un entramado vedado por la oscuridad- ella exhibe su rostro de perfil y si bien no hay certeza al respecto, un examen prolongado sugiere en sus labios una esquiva sonrisa.

Pocas páginas después este diario informa que -por efecto de aquellos comunicados estatales que prometían reducción de las penas y total anonimato- habían aparecido tres hombres y una mujer tucumana de edades próximas a los 30 años. En el '73 dos de ellos se encargaban de hacer prensa a la FAR y los otros, una pareja, integraban una célula del PTR. Ahora todos formaban parte de "las bandas de delincuentes terroristas Montoneros y ERP". Bajo el título "Siguen las presentaciones voluntarias de subversivos", el redactor anónimo asegura que estas cuatro personas habrán de señalar a otras usinas propagadoras de falacias, que el país será saneado de los vicios mediante una gestión efectiva, que se logrará procurar el ansiado ordenamiento jurídico y social: se cumplirá con la misión de defender la salud cívica del pueblo. "Habrán de señalar a otras usinas propagadoras de falacias"... Hermanos en sangre, ¿cual abrazo fraterno o fratricidio?

MARTES 11

"Cuando la realidad objetiva aparece tan sorda como nunca, entonces procuran arrancarle sentido con la ayuda del abracadabra." Th. A.

"Según especialistas las células rechazan la función que se les atribuye", titula este diario del martes una noticia sobre el inminente Congreso Internacional de Cancerología. Comunica que los nuevos hoteles esperan el arribo de ilustres asistentes, y que se ha suscitado una polémica porque el extranjero calumnia de nuevo a la sede: "Se repite lo que ocurrió antes del Mundial. Las autoridades argentinas afirman que, una vez más, el éxito será total". Casi al final de la nota se aclara

BANDERAS

CASA CESTO

BANDERAS DE LANILLA, FIBRANA Y NYLON, PARA FRENTES Y ESCUELAS Y DE GRO PARA CEREMONIAS.

Av. SANTA FE 3378 - Bs. As.



que a pesar de la campaña antiargentina era vasta la cifra de ortodoxos adeptos a la medicina anotándose para el Congreso. Apegados a la ciencia moderna, declaraban hallar sorprendente la velocidad y elocuencia con que (en complementario paralelo) comenzaban a ganar terreno tratamientos más esotéricos para buscar la salud. En estas páginas se distinguen muchos signos precursores de las prácticas que hoy agrupamos bajo el rótulo común de "autoayuda". Uno es el ciclo de conferencias dictadas por Jorge Duponey. Sus gacetillas están en la lista de actividades gratuitas del día: "Cómo utilizar el estado de alegría colectiva como trampolín del despegue de cada uno" (Av. de Mayo 829) y "Cómo realizar lo que debemos hacer a pesar de los demás" (Estados Unidos 2224).

En la página siguiente convendría recordar al novelista que dijo atenuar los datos encontrados en archivo, para no forzar más de lo tolerable la "suspensión de la incredulidad" en su lector: "¡Tres personas fueron secuestradas por un plato volador!", anuncia el aviso de la revista "Cuarta Dimensión" -especializada en aunar testimonios de gente que dice haber tenido contactos "paranormales"-. Es su último número y allí, conforme a una atención escrupulosa y devota de las formas visibles descubre -como si se le hubiese presentado milagrosamente impresa en el rostro de eventos que ocurrían a diario- la explicación exacta: "La gente está siendo secuestrada por extraterrestres". A medida que se avanza en la lectura la mirada tropieza con numerosos rastros de recientes diplomados en la investigación de "fenómenos insólitos". Matutinos buscadores indagando en los sueños vividos durante la noche, algunos intelectuales de renombre se abocaron también a esbozar teorías a propósito de las apariciones. El profesor Jorge García Venturini es autor de una nota titulada "Reflexión sobre los OVNIS", en el último párrafo asegura: "La trivialización de que son víctimas no releva a los OVNIS de su raigal importancia. Y la filosofía no puede permanecer indiferente ante el problema crucial que tras ellos se oculta".

La indiferencia y lo oculto delinean un mapa en cuyo Centro se aloja el hombre que salió de su casa en un Taunus el día 4 de Junio. ¿Hacia qué plano señalan sus ojos de pupilas obsesivamente fijas? ¿Para quiénes existían esos ojos que restituyen de algún modo el

principio de realidad? "Es casi seguro que los OVNIS existen, tanto en el plano físico como en el psicológico; no obstante, debemos reconocer que, incluso si son reales, no son lo que parecen. El misterio de los OVNIS encierra esta paradoja". La nota de "Cuarta Dimensión" aborda además el momento en que las tres personas fueron obligadas a subirse a la nave. Perpleja llega a la línea donde dice que entre los testigos del hecho hay un hombre de apellido Videla.

MIÉRCOLES 12

"Poner aparte. Ejemplo privilegiado para contemplar largamente el mecanismo de error. Poner aparte el yo y la falta que se comete.

No establecer la relación entre ambos.

Me he convertido en Rey y el otro Rey ha sido asesinado.

Ninguna relación entre ambas cosas." S. W.

"En 1990 será óptima la dotación policial", la lectura de un titular como éste podría provocar —cuando uno se ha puesto a buscar una semana la misma semana veinte años después— una cierta molestia ante el alcance de las promesas. Ubicado entre las últimas páginas, el título hace referencia a un operativo de seguridad, dirigido a terminar con el flagelo de los delincuentes que obturaban el sistema circulatorio de la ciudad. Metástasis de células que, desobedeciendo las órdenes genéticas, esperaban al acecho enquistadas en opacos repliegues del cuerpo social: "Del crepúsculo al amanecer, el conurbano se transfigura. El hervidero humano y mecánico del día asume todos los perfiles de ciudad invadida, de gigantesco páramo edificado en manos del miedo. La caída del sol

es una contraseña acatada como el momento de encerrarse en las casas y no salir salvo en casos de absoluta necesidad". El redactor anónimo adjudica el terror de la ciudadanía a una falla de las fuerzas policiales. Dado que éstas debieron sustraer el grueso de sus efectivos a la "misión específica", descuidaron su función particular orientada a buscar "delincuentes comunes" y no "delincuentes subversivos". Garantiza que el problema se irá subsanando pero para ello se tendrá que agregar personal y equipamiento. La información la provee el Coronel Ovidio Ricchieri.

A unos pocos centímetros se lee: "Córtele el paso al delito. No conceda ventajas al peligro de su vida, su hogar, su comercio, su oficina, su fábrica. Alerta rojo, una alarma con adaptabilidad absoluta y anónima a cualquier ámbito, estructura o decoración". ¿Cuántos requerían la mayor seguridad para el decorado de su hogar, su comercio, su oficina, su fábrica, su propiedad privada? ¿Cómo hablar de "injusticia" si la falta es producto de haber puesto aparte? Se aparta y en seguida ya no se sabe qué es lo que se ha puesto aparte. Y a fuerza de no querer saberlo, se llega a no poder establecer la relación.

Lo peculiar de un diario es que compromete al reconocimiento de la cruda *simultaneidad* de las escenas. La sencillez de sus formas geométricas pone en contacto fragmentos alejados, donde el detalle es lo bastante locuaz para conjeturar una figura completa. ¿Es abusar de la impunidad que da el paso del tiempo buscar asociaciones entre escenarios que se mantenían a raya? ¿Es deshonesto creer oír ecos de conversaciones cuyos interlocutores ignoraban?

A la izquierda del aviso de la alarma se ubica

y 22.55 hs.: Suc. Arg.
OCEAN. Lavalle 739 T.E. 392-1515
A las 13.25, 15.20, 17.15, 19.15,
21.15 y 23.15: Sensacional estreno
en technicolor. (Proh. m. 18 a.)
BELLA, RICA, LEVE DEFECTO
FÍSICO, BUSCA ALMA GEMELA
con C. Giuffrè, M. Mell, E. Blank,
G. Rovere y E. Fiore. Dirección:
N. Cícero; 13, 14.55, 16.50, 18.50,
20.50 y 22.50: Noticiero.
—Hoy trasnoche.

COUL.: 10.20, 10.50 y 11.20
ME LLAMAN PROVIDENCE...
Y QUE?
c.T. Mjlian, G. Georgelli; 14.30.
17.55 y 21.30 hs.: Melody, c.T.
Wild. (Apto públ.). 14.10: Var.
ROCA. - Rivadavia 3753. 87-1517
Cont. Prec. popul.; 15.15, 18.50
y 22.40: Not.; G. M. Volonté en:
EL CASO MATTEI
13.45, 17.15 y 21.5: Cinco locos
sueños. (Apto públ.).

**HOY y MAÑANA
A 1/2 DE PRECIO
ESTADO DE SITIO**
PROH. MEN. 14
BIARRITZ - PREMIER - CALLAO
y en las mejores salas de todo el país

UN EXCITANTE Y AUDAZ
FILM CARGADO DE ODIOS
VIOLENCIA Y SEXO
**LOS ANGELES
DE LAS ALAS
QUEMADAS**
(ORGIA
EN EL PISO 17)

OTTAVIA
PICCOLO
MASSIMO
RANIERI
BUBU'
PROHIBIDAS
MENORES
DE 18 AÑOS
en COLORES

NOCHES PLACENTERAS
VITTORIO GASSMAN-GINA LOLLOBRIGIDA-UGO TOGNAZZI

HOY Y DIAS
SIGUIENTES
ROSE MARIE \$5
CORRIENTES 780 - Tel. 45-6448
CONTINUADO DESDE LAS 11 Hs.

el de una emisora radial. La imagen muestra a un hombre joven sentado detrás de un escritorio, pulcramente vestido, sostiene un lápiz negro y su vista está inclinada hacia abajo, absorbida en una hoja de papel: *"Cuando estoy diseñando lo único que me interesa es escuchar buena música. No me gustan los gritos ni las exageraciones. En Radio Continental, encuentro lo que me agrada escuchar"*.

Establecer relaciones, ¿será justo o será un disparate?

"Hay mucho ruido y música a gran volumen; por momentos los gemidos y los gritos de los torturadores superan la música."

"Sea egoísta 3 semanas y media. Ocupe de usted y de su cuerpo. Martha Wernstein. Centro de estética". A juzgar por este diario se buscaban recetas de belleza; experimentar "la poderosa sensación de volar" en un Torino; la excitante perspectiva de un viaje: *"Miami, como en su casa, a todo confort."*

"Lo llevaron a un lugar que cree que era el Aeroparque. Lo obligaron a subir las escaleras de un avión y arriba le preguntaron su número; y evidentemente, al haberse equivocado de persona lo bajaron y lo regresaron al tercer piso de la ESMA."

A juzgar por este diario se buscaba la extrema plenitud de los electrodomésticos; información reducida al tamaño del comedor de "Almorzando con Mirta"; adornos rebosantes de presencia tangible, voluptuosos y visibles en cada vidriera: *"Carpet Bazar se ha sofisticado e internacionalizado agregando esta espléndida colección de productos importados que hay que ver, tocar y oler para creer"*.

¿Qué se creía cuando al hojear el diario se veía, olía o tocaba la foto de un hombre buscado, padre de dos hijos?

A juzgar por este diario se buscaban reposeras plegables para ir a la playa, un televisor en el que luego se disfrutaría "Raíces", una calculadora electrónica, varias cajas de whisky White Horse, unas perlas cultivadas en Japón... Es posible que sea prácticamente inevitable ser injusto por instinto de conservación. ¿Es imputable la vida?

"Todos los días un camión los recogía y a los condenados a muerte se les ponía una cinta roja en el cuello."

Aun cuando un dolor en el pecho convierta a la respiración en una actividad penosa, respiramos: ¿afirmación sensata o una claudicación? ¿Alivia la vivacidad del dolor o es una excusa por haberse consolado demasiado pronto?

"Días después, repuesto de este shock, volví a ponerme contacto en su domicilio y le reclamé el cadáver de mi hija, a lo que respondió: 'Los cadáveres no se entregan...'"

¿Cómo buscar en el diario una semana la misma semana veinte años después? ¿Cómo buscar cuando todo se mezcla sin cesar con imágenes de lo conocido?

Qué tiempos éstos en que una conversación sobre árboles es casi un crimen porque implica silencio sobre tantas maldades.

"Hay sólo algo que parece discernible: el mal radical ha emergido en relación con un sistema en el que todos las personas se han tornado igualmente superfluas." H. A.

Quizá reconstruir la vida cotidiana sería una tarea completamente fútil si no se propusiera constatar, mediante ligeros desplazamientos de las fórmulas corrientes, que la vida cotidiana está aquí mismo, organizada en los límites de una pobreza escandalosa... ¿Qué otra cosa sino podría pensarse al mirar el anuncio -insignificante pero que conserva su grotesco resplandor de importancia- publicado por un importador de seamonkeys en el diario este jueves?

El seamonkey se vendía en sobrecitos de plástico y su nombre científico era "arteria salina". Consistía en un polvo que tras ser sumergido en un recipiente con dos litros de agua, poco a poco iría dando lugar a unos animalitos con forma de monos, "antenas y una cola de diablo". El anuncio pertenece a un local que distribuye el "auténtico" seamonkey (más caro que las imitaciones) y también las peceras especiales que le servirían de comfortable hábitat.

¿De qué modo coagular este fluir de asociaciones grotescas?

"La 'pecera' era una serie de pequeñas oficinas unidas por un pasillo central al que los prisioneros accedían a través de una puerta controlada por un guardia. Un circuito cerrado de televisión permitía tener bajo control todos los movimientos."

Dado que los seamonkeys eran larvas capaces de mantener un estado de vida latente durante 100 años, el generalizado y terrible interrogante era si los monitos aparecerían alguna vez o no. Podría imaginarse que entre los peatones caminando -fruncido su ceño por el peso de una exacerbada virtud cívica- habrá sido posible percibir la secreta algarabía de quien le tenía a su seamonkey confianza. Al filo de una frase, posible adivinar el certero movimiento de su mano sumergiéndose para abandonarlo en el agua.

"Sabíamos que los subían inconscientes a un avión y los tiraban al mar. Incluso en la sección de documentación, descubrí un libro donde estaba desarrollado todo el proceso que sigue un cadáver cuando se descompone bajo del agua."

Fueron dos meses o a lo sumo tres lo que duró el auge de aquella moda. A medida que las semanas transcurrían en distintos puntos de la ciudad podía escucharse el mismo diálogo: un ciudadano le preguntaba a otro si sus seamonkeys ya habían aparecido. El otro respondía algo incómodo que todavía no. Sin duda una de las consecuencias más notorias de esa candorosa mascota que un buen día inundó la ciudad, fue la pueril y despiadada competencia en torno a quién veía aparecer a los monitos más

rápidamente y con el mayor tamaño. Ese importador cuya publicidad se lee hoy ¿se habrá por ello convencido con los años de que la ciudadanía está a merced de quien sepa excitar sus tendencias banales y mezquinas? ¿Creerá que los principios morales de una sociedad no son sino las creencias con respecto a lo que es preciso hacer -y evitar hacer- para sobrevivir? Sea como fuere resulta algo risible que a la moda del seamonkey, un rastro baladí, le sea dable convertirse en emblema de una sujeción de nuevo cuño (lo trivial y lo uniforme de lo producido e impuesto).

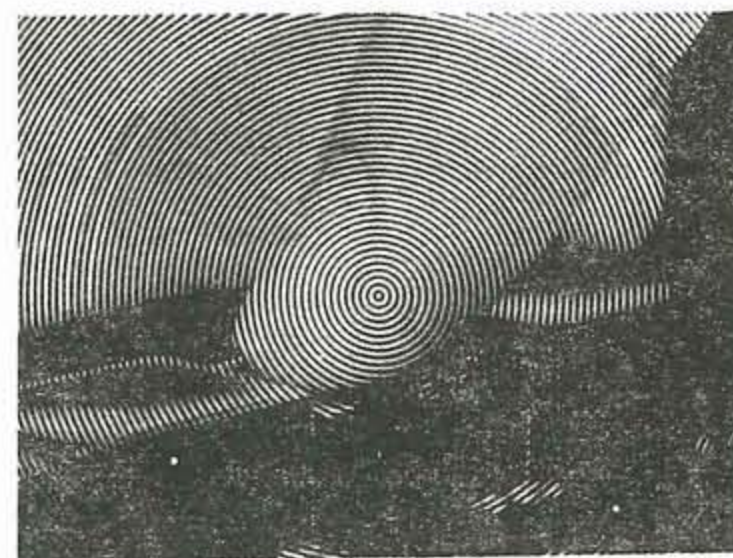
Junto al anuncio del "auténtico" seamonkey se distingue el afiche de "Providence", era el estreno de la última película de Alan Resnais. Sobre el fondo color sepia se recorta una imagen opaca: es un hombre cuyos ojos observan con una expresión de dureza, similar a la que guardan los ojos del hombre buscado en esa fotografía -fiel a un Centro entre el gris de los avisos y noticias circundantes- atrincherada, en el diario del domingo. El actor parece estar compenetrado por entero con su rol, el de cierto escritor que con una voz provista de espesor y solidez en una escena dice: "Una de las tareas al crecer es descubrir un lenguaje moral, algo tan absoluto a su modo como una proposición lógica". Y luego: "La búsqueda de un lenguaje moral cede ante lo incomprensible".

VIERNES 14

"Nuestro presente, hecho de violencias cumplidas y de amenazas que persisten, no difiere, en suma, de los presentes que lo han precedido y que, en el mejor de los casos, han sustituido la violencia sumaria por una opresión insidiosa que impregna el aire y la materia de los días." S. S. S.

Si un acuerdo entre muchos encierra una intensa impresión de realidad, los estados de conformidad podrían ser análogos a una imitación de la gracia -a un ersatz de la gracia en el que todo lo absurdo se vuelve natural-.

En el diario de este viernes un pequeño recuadro notifica del arresto de Julio Eusebio Kessler, un hombre que habiendo ido al cine para



El botón que puede hacer sonar al mundo.

Apriete un botón de la Tonomac Super Platino 6 bandas y dese el gusto de escuchar como suena el mundo, con la máxima fidelidad. Inicie un viaje de placer a través de la música y el lenguaje de los cinco continentes, con estas ventajas exclusivas:

- Banda de onda larga de 1800 Km.

- de alcance
- Cinco bandas de onda corta
- Botonera embutida con contactos de oro
- Conexión para parlante grabador y antena exterior
- Audífono y memorizador de sintonía
- Gabinete de madera compensada para lograr mejor acústica, forrado en simil cuero
- Funciona a pilas y corriente eléctrica

Super Platino 6 bandas



Otra prueba de fidelidad de

tonomac

... 17 ...

La primera -y más
fábrica de
a transistores de la A

VER PARA CREER

UN ARGENTINO EN DINAMARCA

Un viaje alucinante al
paraíso de la pornografía



JORGE ROSA
ARCHERI EDITORA

\$ 20,00 en kioscos y
librerías.
solicite su ejemplar
enviando giro a
ARCHERI EDITORA
Rivadavia 755 Bs. As.

ver la proyección de "La fiesta de todos",² por distracción osó no ponerse de pie cuando empezó a sonar el Himno Nacional. El Juez Guillermo Federico Madaño dictaminó la prisión preventiva.

Arriba del recuadro una carta de lector pone de relieve el saldo más favorable que ha dejado el Mundial: la recuperación de la confianza en que el esfuerzo de cada uno de los ciudadanos argentinos puede estar dirigido en pos de una tarea común: "una misión colectiva". La misión fue anunciada durante la inauguración de ATC: "A partir de hoy, las ondas que surcarán el éter mostrarán al mundo las coloridas imágenes de nuestra patria, las que se entrelazarán con las provenientes de otros países... Esas imágenes que, no tengo dudas, desplazarán definitivamente a aquellas que propaga la subversión internacional".³

Se miraba un Hitachi, un Sanyo, un Talent, un Philips, un Grundig, un "Noblex o la oscuridad". En sus pantallas uno descubría la embriaguez intransferible de las dichas domésticas;

otro la presencia, taciturna y alerta, de la fatalidad murmurando su proclama final -perseguir día tras día un futuro en retroceso-.

"...ante la total carencia de noticias sobre su paradero, su esposa e hijos ruegan y agradecen cualquier información que pueda suministrarse para encontrarlo.

*María Ignacia C. de Delgado
Alejandro Delgado
Adriana Delgado."*

Uno comentaba un partido celebrado semanas atrás; otro contemplaba la alegría como algo revocable y prestado. Uno confirmaba que había estado bien permitirse ese entretenimiento inofensivo y a la vez gratificante; otro padecía porque todo el esplendor de aquella fiesta decisiva para mantener el ánimo de la comunidad, era aliado de persianas cerradas, sofocantes depósitos y coches que a plena luz del día trasladaban la noche y la desgracia.

"La Dirección de El Cronista Comercial y la revista Mercado cumplen con el ingrato deber de informar que su Director Editor, el

Sr. Julián Delgado, desapareció desconociéndose hasta el presente su paradero. El hecho fue informado oportunamente al Sr. Ministro del Interior General Albano Harguindeguy, a quien se puso en conocimiento, asimismo, que el Sr. Delgado se encontraba bajo tratamiento médico."

Se buscaba una persona a través de la calles. Se elevaban recursos de *habeas corpus*. Se intentaba confiar en una posibilidad por remota que fuera. Se trataba de dar con el Centro aun presintiendo caminar en una dirección errónea. ¿Se creería que se estaba dando vueltas por círculos del infierno? ¿O que la ciudad debía haber sido diseñada con el modelo de ese mundo circular y coherente cuya medida es el dolor? Con esa clásica representación del infierno concéntrico que tantas veces se usó en este siglo como metáfora de los campos de concentración.

"En el primer tiempo el secuestrado no tiene idea del lugar que lo rodea. Unos lo habíamos imaginado redondo; otros como una especie de estadio de fútbol con la guardia girando sobre nuestras cabezas."

Los objetos del mundo social comportan un aspecto de indeterminación y evanescencia, por eso es que no hubo una definición mejor de esa monumental empresa, que la dada por Marta Minujín: "El Mundial es como un gigantesco happening... una energética que cuando termina la acción se diluye y la gente queda como desorientada"...⁴

"Una falsa denuncia según la cual ayer iba a aparecer Julián Delgado congregó a un grupo de periodistas en la esquina de Av. Triunvirato y José Tamborini, quienes esperaron ese hecho en forma infructuosa. En Triunvirato al 5600, entre Tamborini y Manuela Pedraza, vive el ex jefe de la Policía Federal, comisario Rojas, cuya custodia alertó a las comisarías cercanas sobre la presencia en esa intersección de 'varios sospechosos'."

Igual que esos almuerzos de fútbol que empezaban con furor a los dos de la tarde para desembocar en un crepúsculo vago y difuso, todo se había evaporado tan de prisa como vino. ¿Cuántos fueron los días de disipación hasta alcanzar este punto -la "misión colectiva" exhalaba sus últimos suspiros- como una hamaca que se balancea cada vez con menos ímpetu? A mediados de Julio los ecos de la fiesta proseguían débilmente encaminándose hacia el fin.

"La noticia de que el señor Delgado había sido encontrado muerto en su automóvil resultó ser otro rumor. Aún no se sabe exactamente dónde está, pero estaba bajo las órdenes de un médico y es enteramente probable que haya sido víctima de un ataque de amnesia. Solamente podemos esperar que esto sea así y que el señor Delgado aparezca seguro y a salvo."

Se miraba un Hitachi, un Sanyo, un Talent, un Philips, un Grundig, un "Noblex o la oscuridad". Diría más tarde un jugador:

*"Vivíamos sin consciencia de la realidad. De alguna manera fuimos engañados porque uno era futbolista y por ahí no llegaba a ver otras cosas."*⁵

El oneroso entusiasmo del Mundial fue seguido por un modo peculiar de la melancolía, que no se muestra pero se deja entrever. Esa abundancia de energía que signa los periodos en que se teme lo que pasaría si el mecanismo para, se fue transformando en languidez, un tenso aburrimiento o pesimismo irritable. Los grupos de gente mostraron una propensión a disolverse, el aire ya no arrastraba muchedumbres ni las vomitaba en una plaza para luego aspirarlas en el hueco de la noche. Volverse blando donde se había sido duro. Cínico donde confiado.

Se miraba un Hitachi, un Sanyo, un Talent, un Philips, un Grundig, un "Noblex o la oscuridad". Diría luego el director de "Gente": *"Se vivía bailando en el Titanic y el periodismo se tomó el Mundial como una militancia... Había una especie de culpa colectiva en la cual se pensaba: 'Mientras maten a esos hijos de puta, pasa'. Y mientras mataban a mis enemigos, o yo así lo interpretaba, no había problema"*.⁶

Las páginas sepia del diario destilan una audacia resuelta e inquieta de intimidad con la violencia. Un irrespirable fervor meticuloso y actos de motivación puramente nerviosa. Cierta exuberante vitalidad cuyo cauce drena hasta confluir con el mayor recato, austeridad, sentido del deber, desaparecidos.

"Tras recordar la intensa acción oficial llevada a cabo para esclarecer el episodio, el general Harguideguy dijo: 'Creo, absoluta y convincentemente en mi fuero interior, que Julián Delgado tenía un problema de salud, un problema psíquico, estaba bajo tratamiento y está totalmente al margen de todo problema político delictivo'. En otro tramo de la charla el funcionario afirmó que: 'El Proceso de Reorganización Nacional busca el desemboque en la instauración de una democracia fuerte, estable, republicana, representativa y federal'."

**TODO LO QUE UD. TIENE DERECHO
A SABER SOBRE EL SEXO...
Y NO LE DEJABAN
VER... HASTA AHORA**

EL LENGUAJE del AMOR

**FILM ASOMBROSO
SOBRE LA CONDUCTA
SEXUAL
BASADO EN
INVESTIGACIONES
DE LOS SEXOLOGOS
MAS FAMOSOS
DEL MUNDO.**

(Asesoramiento Médico de:
Dr. STURE CULLHED
Dr. MAJ-BRITH BERGSTROM
(WALAN))

Dirección: TORNGY WICKMAN

Producción: S F P

Música: MATS OLSSON

EASTMANCOLOR

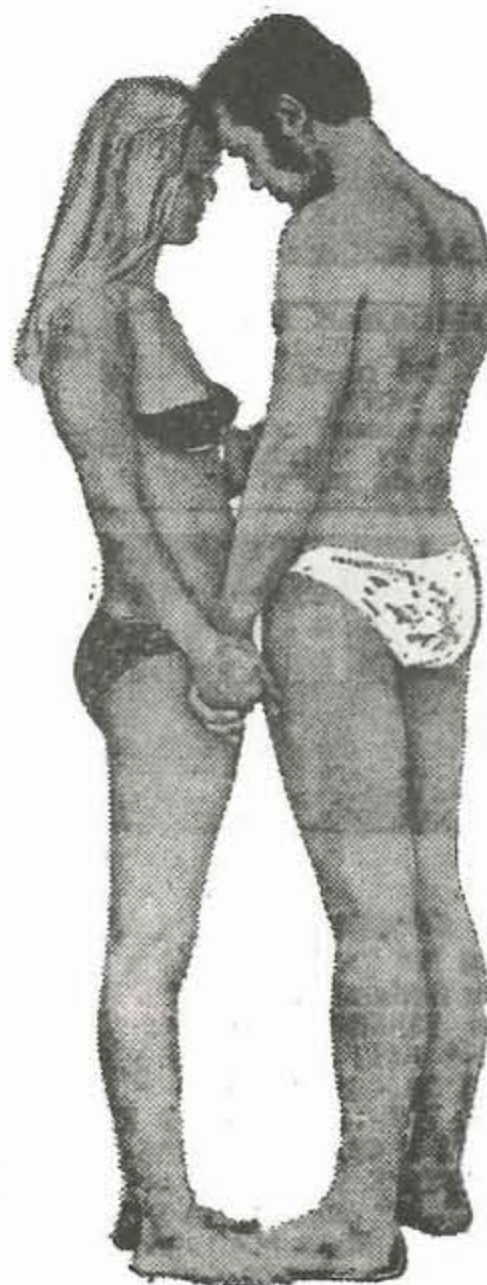
Prohibida 18 años

MAÑANA estreno

Paramount-Majestic

LAVALLE 845

PUEYREDON 230



Se miraba un Hitachi, un Sanyo, un Talent, un Philips, un Grundig, un "Noblex o la oscuridad". El día de la asunción de Videla el conjunto de los televisores había transmitido al unísono un mensaje: *"Habrá pena de muerte por delitos de orden público... Quiera el país todo comprender el sentido profundo e inequívoco de esta actitud"*.⁷ ¿Había logrado comprenderlo la persona que escribió el editorial del "Buenos Aires Herald" el 13 de Junio, el día que el Seleccionado jugó en Santa Fe? Su texto decía que Edgardo Sajón, Rafael Perrota, Héctor Hidalgo Solá, Rodolfo Fernández Pondal y Julián Delgado seguían desaparecidos: *"Estos cinco hombres debieran dar el toque de alarma en todo el país para advertir tanto al gobierno como al pueblo que despierten a la realidad antes de que sea demasiado tarde... Hay centenares, sin duda miles, sobre los que nadie sabe en absoluto"*. Se buscaba una película de acción sobre guerrillas, una biografía de Elizabeth Taylor, una charla de autoayuda, un plato volador. Se buscaban unas cajas

de whisky White Horse, una alarma infalible, una calculadora electrónica, el auténtico seamonkey. Lo demás un vago telón de fondo, un decorado, algo irreal...

Julián Delgado es el hombre de la foto. El que fue visto por última vez el día 4 de Junio, vistiendo pantalón gris de franela, gamulán claro, polera bordó y un par de mocasines negros. El que salió de su casa en un Taunus gris metalizado modelo '75, dirigiéndose a la calle Julián Alvarez al 2700. El hombre de 44 años, padre de dos hijos: ése cuyos ojos observan con dureza hacia adelante, el domingo 9 de Julio, el día de la Independencia.

"Hace un año desapareció, en circunstancias por todos conocidas, el Director de Mercado y el Cronista Comercial, Julián Delgado."

Desde entonces han resultado infructuosas todas las gestiones para averiguar su paradero. Los directivos y el personal de las dos empresas comunican que harán oficiar una misa...

Quizá los signos que el mundo real aún ofrece son rostros, una penumbra de miradas que conforman una totalidad presentida; constelación de rostros que no puede ser masivamente contemplada porque afecta, como una incisión de lo visible en las palabras, las cicatrices y las zonas llagadas.

Cada pigmento de la fotografía, de contornos desteñidos por los dedos que habrán transitado, podría ser una partícula mínima que pertenece a los fragmentos dispersos de aquella experiencia. Imagen irrevocable del pasado que corre el riesgo de desvanecerse en cada presente que no se reconozca en ella...

La recomposición de una imagen transida por diminutas redes de resquebrajaduras –liberar esas fotos de la forma transfigurada que asumen los rostros en el olvido- requiere un tipo de atención y un lenguaje diferente al de esas voces que, en el idioma de la culpa, aluden a un pasado redimido ya.

Unicamente cuando desaparece la fraseología de una época se encuentra un lenguaje para ella (¿de qué modo resarcir las palabras de aquellos contextos que a fuerza de decir las disecan, embalsaman, conjuran?). Toda clase de insuficiencias nos salen al encuentro, las palabras se cuajan en ojos que miran con dureza, el pensamiento descubre los ojos, una oscuridad que le cala los huesos, toma nota de ella.

SÁBADO 15

“Quien sacude de sí el conocimiento del horror, cae no sólo en una contemplación frígida y sin corazón, sino que al mismo tiempo pierde, con la específica diferenciación entre lo más nuevo y lo pasado, la verdadera identidad de lo total, del espanto sin término”. Th. A.

“¿Debemos tirar nuestros televisores?” En el ejemplar del sábado –justo en la mitad de una página ajada debido al trabajo sigiloso de los años- veo la publicidad de la revista “Siete Días” y en la tapa esa pregunta a propósito de la entonces inminente llegada del televisor color. Recuerdo que hasta un tiempo después de su arribo los avisos de personas buscadas eran transmitidos por televisión. Me parece que incluso hacia el ’80, cuando yo tenía cinco años, solía ver alguno de esos avisos y oír la voz en *off* de la mujer que decía: “*Se solicita la colaboración de la población para ubicar su paradero...*”. Recuerdo que esa voz me causaba una sensación de inquietud, reemplazaba de pronto el atractivo de las series y vaya a saber por qué... la imagen se borraba bruscamente dando lugar a un blanco, dejándome una luz confusa cuyo alcance no lograba precisar. Esta especie de angustia se extendía hasta que comenzaba otra vez el programa... era a veces “Los hijos de López”, donde los actores desaparecían y volvían a aparecer unos segundos más tarde (el “truco” daba cuenta de que ATC tenía el exclusivo patrimonio de los primeros efectos especiales en pantalla chica). En contraste con aquella mágica evaporación temporaria, los avisos de personas buscadas desaparecieron de la televisión para siempre. La imagen de sus ojos fue borrada como sobre un pizarrón unos restos de tiza. Los signos de mi propia inquietud buscando signos sugieren que también faltan palabras capaces de nombrar la experiencia, aquellas que acaso harían superfluo recurrir a los diarios.

Veinte años después se podría realizar un relevo: anotar uno a uno los nombres y apellidos de las personas buscadas que salieron en televisión y diarios entre el ’76 y el ’83 y luego cotejarlos con la lista que en el año ’84 elaboró la CONADEP. Se podría escribir a su vez otra lista con los nombres

DIOS TIENE TELEFONO
84-2000
SERVICIO SACERDOTAL DE URGENCIA
Gratuito. De 21.30 a 6 horas.
La visita que reconforta al enfermo.
20 AÑOS llevando la PAZ VERDADERA.

ESTELA SCHINDEL

El crimen en el tiempo

Velocidad, técnica
y desaparición

La política se funda en el espacio: administra cuerpos y bienes sobre un territorio, se despliega geográficamente y define y asigna identidades civiles en función de él. Desde la asociación original a que remite la polis, política y ciudad se pertenecen y fundan un modo de resolver los asuntos públicos, regular las actividades de los hombres y disciplinar sus cuerpos. A partir de los confines físicos de la ciudad se definen los términos de inclusión y exclusión ciudadana y sus escenarios dan marco a la práctica política en tanto representación.

Las transformaciones tecnológicas y culturales que, en las últimas décadas, afectaron a las tradicionalmente estables categorías de tiempo y espacio y, con ellas, a la experiencia humana del territorio y de la historia, han planteado una relativización de esta materialidad y puesto en cuestión las formas conocidas de entender y ejercer la política. Elementos constitutivos de su práctica como la proximidad física, la participación civil y la presencia de dispositivos "teatrales" para su puesta en escena, ceden ante la contundencia y ubicuidad de los dispositivos de telecomunicación. La centralidad y unicidad del territorio declinan ante la dispersión y fragmentación impuestas por los medios masivos que anulan el espesor de sus distancias y desdibujan la potencia simbólica de sus monumentos.

En este paisaje se reconoce el embrión de sociedades dominadas por un poder más afecto a inducir que a reprimir, ubicuo y flexible como para adaptarse a las modulaciones -alteraciones en el tiempo- antes que limitarse a emplazar moldes -espacios de encierro- y dispuesto a inscribirse en el plano temporal antes que en el espacial. Poderes que se emplazan más en la duración temporal que en la extensión geográfica, que aspiran a controlar y modelar los deseos antes que a castigar los delitos y disponen sus fronteras al interior de estados y ciudades, cuando no de las conciencias.

En la Argentina, el último gobierno militar se afianzó en una sólida logística del espacio físico -propia de la condición castrense- y en la afirmación de la Nación como extensión territorial. El escenario represivo fue dividido en zonas y subzonas y la identidad nacional con frecuencia exaltada en función de sus límites geográficos y las diferencias o conflictos con los países vecinos.

En su propósito de combatir a su "enemigo interior" y la puesta en práctica para ello de la desaparición sistemática de personas, sin

En 1990 será óptima la dotación policial

—La tendencia de la actividad delictiva en el Gran Buenos Aires es declinante desde 1976, pese a que en el área sigue registrándose más del 50% de los delitos perpetrados en toda la provincia.

El coronel Ovidio Pablo Riccheri es el jefe de la Policía de la Provincia.

—¿Qué factores favorecen el desarrollo de la delincuencia en la región?

—Son muchos y los más importantes son: la falta de oportunidades laborales, la falta de educación, la falta de vivienda, la falta de servicios básicos, etc.



Otras noticias

Faltará agua en Berisso y Ensenada

LA PLATA. El servicio municipal de agua de Berisso y Ensenada, que opera desde el 1º de mayo, tendrá que suspender el servicio en algunas zonas de ambas localidades durante el día de mañana.

Interrumpieron un robo

Un grupo de policías de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, al momento de intervenir un domicilio en Berisso, fueron sorprendidos por un grupo de delincuentes que los obligó a abandonar el lugar.

embargo, las Fuerzas Armadas implementaron una estrategia que despliega en el tiempo su potencial represivo y proyecta hacia el futuro su afán "reorganizador".

Esta singular variante represiva criolla, planificada con esmero e improvisada a la vez, da temprana cuenta de una incipiente administración política del tiempo, donde el Estado opera sobre la duración y el transcurso antes que sobre la materia territorial. El gobierno encabezado por las Fuerzas Armadas se propuso conquistar la historia -y las versiones futuras sobre ella- ya que no los territorios y operar sobre las conciencias tanto como sobre los cuerpos, anticipando el desplazamiento actual por el cual los referentes geográficos pierden progresivamente su valor.

Algo de la categoría suspendida, anclada en la incertidumbre, que supone la desaparición, anticipa la mutación de la figura del ciudadano y prefigura un nuevo modo de intervención estatal: el destierro en el tiempo, la exclusión de la historia.

La desaparición de personas fue definida jurídicamente como un "crimen en el tiempo", o de "comisión perpetua", puesto que no sólo sus efectos se perpetúan sino que la práctica misma de ocultamiento de cuerpos e información se continúa cometiendo hasta hoy. En la medida en que, a cada instante, el Estado no da cuenta de sus vidas -o sus muertes-, no brinda información sobre su destino ni dispone los medios para obtenerla y continúa denegando el acceso a las listas que confirmarían su responsabilidad, los desaparecidos siguen siendo desaparecidos todo el tiempo. "(...) El atroz crimen de la desaparición forzada

de personas borra la línea que separa el pasado del presente: quienes fueron secuestrados por las Fuerzas Armadas hace más de 20 años hoy siguen desaparecidos", argumentaron los abogados de una madre a quien la Corte Suprema negó el año pasado el derecho a conocer la suerte de su hija desaparecida¹. El arsenal jurídico con que en estos veinte años se ha intentado contener el caso de las personas desaparecidas, en efecto, resulta escaso a la hora de dar un marco de comprensión a la tragedia y asimilar su dolor, ya que hasta ahora no ha contemplado el llamado "derecho a la verdad". "¿Por qué el Estado no entrega las listas?", se preguntan los abogados ante esa decisión. Tal vez, porque de ese modo las víctimas dejarían de ser, de una vez, "desaparecidos". Ese gesto posibilitaría, al establecer la verdad sobre sus muertes, afirmarlos en el pasado, en el cuerpo de la historia, y comenzar a trazar de a poco la línea entre el pasado y el presente que permita al hoy redimirse del ayer.

Pero la definición misma de la desaparición, como la libertad condicional, como los actuales sistemas de vigilancia por control remoto que no se apropian del cuerpo sino del transcurso del tiempo del condenado, supone un sistema de represión que se inscribe en la duración. Secuestrados, extirpados del territorio, "chupados" a un lugar que no está en ningún lugar, los desaparecidos fueron sustraídos de la materia de la historia y sentenciados, en la aberrante intención del régimen militar, a permanecer suspendidos en su margen. Los recurrentes rumores sobre desaparecidos vistos con vida en Chile, según varios testimonios, veinticinco años después del golpe de Estado, convertidos en esclavos y habitando reductos secretos del sur de ese país, son ejemplos de un tipo de confinamiento que relega a los prisioneros menos a la oscuridad de la celda que al vacío de la a-ciudadanía, el tiempo sin espesor de la cesura civil.

El confinamiento a un "limbo" histórico pareció equivaler, en el propósito de las fuerzas armadas, a la acción de "barrer debajo de la historia" el elemento de conflicto: relegarlo, escamotearlo hasta negar su misma existencia y pretender, como se hizo, que tras el proceso de "reorganización" y refundación simbólica asumido por los militares, en la nueva época inaugurada nadie reclamaría nunca cuentas por el crimen del ayer. Un destierro temporal que supone la reclusión y la tortura físicas pero les añade un proceso de desgaste, una batalla en el tiempo, que juega con las víctimas y sus familiares una pulseada de resistencia al tormento espiritual.

Al interior de los campos, la alteración de la percepción temporal por la capucha y el silencio fue una de las estrategias de licuación de la subjetividad que los prisioneros debieron resistir recurriendo a mínimos indicios (ruidos de la cocina, cambio de guardias) que les permitieran superar la tortura del aislamiento fijando esos escasos signos a alguna medida de transcurso, ganando alguna unidad de tiempo propia sobre la espera infinita. Sus familiares, que mientras demandaban saber el destino, la ubicación física de las víctimas ("los desaparecidos, que digan dónde están", reclamaban en las manifestaciones las Madres de Plaza de Mayo), al no poder remitirse a un sitio geográfico de confinamiento -la cárcel- estipularon una cita calendaria. En los encuentros de los jueves por la tarde el centro del espacio público y político de la plaza deviene, momentáneamente, un ámbito de lucha que remite la angustia a una materialidad y, sobre todo en los primeros años, fue disputada por madres y policías metro a metro y minuto a minuto: acercarse a

1. "Los familiares tienen derecho a conocer la verdad." Emilio Mignone y Martín Abregú. *Clarín*, 24 de Agosto de 1998.

la casa de gobierno o la pirámide aunque sea unos pocos metros, permanecer un rato más.

“¿Pueden esperar (los militares) que las madres se olviden de sus hijos, o que los maridos olviden a sus esposas, después de haber perdido contacto con ellos en el torbellino de violencia que se abatió sobre la nación?”. La pregunta era lanzada al vacío desde una columna del *Buenos Aires Herald* de 1978. Numerosos editoriales del periódico en inglés emitían entonces un solitario llamamiento de un sentido común casi ingenuo de tan elemental: ¿Cómo puede pensarse que nadie nunca reclamará por los desaparecidos? ¿Por qué se supone que su recuerdo se desvanecerá tan misteriosamente como ellos? La voz editorial del diario advertía tempranamente que la desapariciones eran una “bomba de tiempo” que latiría cada vez más fuerte y finalmente estallaría, a menos que fuera desactivada entregando información ya que el reclamo de los familiares sería imposible de detener².

Pero la incertidumbre provocada por la desaparición apunta precisamente a la suspensión de la biografía y la interrupción del ciclo generacional, que las Madres buscan incesantemente reponer mediante la circulación regular de la ronda semanal. La desafiante declaración de fe en la metodología represiva del entonces almirante Massera: “Este método nos garantiza que al menos por tres generaciones no habrá más militantes políticos”, informa

¿CREEN LOS ARGENTINOS EN LOS PLATOS VOLADORES?



hasta qué punto la estrategia represiva fue lanzada como un castigo a futuro, que lenta pero incisivamente infiltraría el imaginario colectivo, que se reitera y recrea en cada nueva amenaza, en cada alusión, en cada negativa a entregar las listas u otra información valiosa; al igual que en los nuevos modos que el miedo ha ido adquiriendo desde entonces, como una masacre a cuenta que se pagará durante décadas.

Así, mientras de un lado el régimen militar postula la “modernización” del país, su ingreso en un tiempo depurado en su política y avanzado en su tecnología, las víctimas del terror de Estado, y con ellas el conflicto, el disenso, la resistencia al proyecto “reorganizador”, son sustraídas del curso temporal y condenadas a permanecer por fuera de la historia, relegadas en su margen. Al interior de los campos, pero también entre los familiares de desaparecidos y la población alarmada por el terror, el régimen produce una temporalidad paralela al ritmo oficial del proyecto “reorganizador”. Las víctimas y sus parientes son “neutralizados” condenándolos a una experiencia del tiempo que es un tormento en sí, un devenir siniestro e irreal, mientras transcurre cadencioso el ritmo oficial

pautado por el régimen militar. “No tenemos plazos, sino objetivos” añaden sus jefes, amos del tiempo argentino y su transcurso.

“Tiempo y esfuerzo, el país los necesita”, imprecán a la población.

Como dos ritmos sincopados, la rutina del campo y la de la vida pública se proponen entonces como una fractura en la unidad histórica del país. Y así como el encierro y la tortura suponen modelaciones particulares del tiempo, de adecuación y sujeción a un poder, la temporalidad suspendida, extraordinaria, del campo convive en su interior con la falsa rutina impuesta, por ejemplo, a los miembros del llamado staff. Los prisioneros de la ESMA seleccionados como mano de obra esclava y destinados a la “reeducación”, gozan del privilegio de una cotidianeidad regulada, fijada a una referencia temporal. Ante el resto, la insistencia de los militares en su papel de “dioses”, de amos absolutos de la vida y de la muerte, se afirma en su autoarrogado derecho no sólo a decidir la ejecución o supervivencia sino especialmente a disponer la cualidad del tiempo al interior de los centros de detención (“No te vas a morir porque vos quieras”; “tenemos todo el tiempo del mundo”, y las amenazas por el estilo frecuentes en los campos). El poder desaparecedor del campo impone la vida a quienes pretenden suicidarse, administra la muerte y el tiempo de incertidumbre que la precede y dispone,

2. Las expresiones pertenecen a la columna de análisis político semanal de James Neilson y al editorial del día 14 de mayo de 1978.

incluso, quienes nacerán. Como escribió Pilar Calveiro: "Suspende la vida: suspender la muerte, atributos divinos ejercidos no desde los cielos sino desde los sótanos de los campos de concentración"³.

Si el ejercicio del poder, como ha sostenido Paul Virilio, se vincula íntimamente con la administración de la velocidad y ésta, a su vez, se potencia por la aplicación de tecnologías novedosas -a su vez tributarias de la actividad militar-, la fascinación del gobierno que encabezan los militares por las innovaciones técnicas, los desplazamientos novedosos y las marcas veloces confluye en la imposición simultánea de una temporalidad totalitaria, unívoca, concentracionaria y desaparecedora, y la introducción de dispositivos para el transporte acelerado de vehículos e imágenes, como las autopistas y la TV en color. La tosca modernización impulsada por el gobierno militar es ya una modelación prematura hacia un mundo donde las diferencias de clase no se definirán según los antiguos parámetros de la riqueza y la pobreza sino en virtud de la posesión de dispositivos

técnicos de ahorro del tiempo y la destreza para emplearlos y desplazarse rápidamente. Virilio, que detectó tempranamente la disolución de la historia en un totalitario y único tiempo real, se ocupó especialmente de la relación entre velocidad y poder y advirtió acerca del desapego y el olvido que instaura la liberación de las distancias: "todos los fenómenos de aceleración son fenómenos de desaparición".

En un texto aparecido en 1984, Virilio anticipaba la desaparición de la ciudadanía por la transformación de la población en "extranjeros intramuros", nuevos parias al interior de un Estado transpolítico y anacional donde los vivos devienen "muertos en vida" con su sentencia en permanente suspenso⁴. Si el Estado político otorgaba un derecho de ciudadanía o una identidad nacional; el Estado transpolítico implica una pérdida de la identidad o la ciudadanía de pleno derecho: "Resulta pues perfectamente lógico no sólo que el muerto desaparezca, sino que no haya muerte....", pues se trata de perpetuar indefinidamente el exterminio, "figura última del Estado". Las

3. Pilar Calveiro. *Poder y desaparición. Campos de concentración en Argentina. 1976-1980*. Editorial Colihue, 1998.

4. "Politique de la disparition", en *L'horizon négatif*, París, Galilée, 1984. Versión española en *Letra Internacional*, N° 39, Madrid, Julio-Agosto 1985.

5. "El ágora o el foro servían de escenario a la liturgia para los actos populares, pero la Plaza de Mayo no es ya más que una pantalla en la que se proyecta un teatro de sombras del que han desaparecido los actores de carne y hueso."

reflexiones de Virilio son inspiradas por la ronda semanal de las Madres de Plaza de Mayo, ceremonia que intenta restaurar la visibilidad en que se funda la política⁵. El caso de los desaparecidos argentinos se postula como primicia de la "era posthistórica de la guerra del tiempo", posterior a la era histórica de las guerras del espacio territorial, y es un bosquejo de la excomunión civil en tanto "figura agonística del exterminio sin juicio, sin estadios ni campos de reclusión, libre de toda delimitación de derecho o de lugar".

Si resulta llamativo que las consideraciones de Virilio se basen en el caso argentino, también lo es el hecho de que una de

Reflexión sobre los OVNIS

Por Jorge L. García Venturini
Para LA NACION - BUENOS AIRES, 1978



Para Virilio el ser racional puede ser afirmada hasta que se demuestre lo contrario. "Lo extraño -señala- sería que no los hubiera"

sus primeras traducciones publicadas en la Argentina haya sido una entrevista aparecida el 31 de diciembre de 1978 en *Convicción*, el diario de Massera, quien entre los jefes militares fue el que más claramente tuvo una ambición y un proyecto político propios. Bajo el título “¿Se está volviendo obsoleta la geopolítica?”, el autor francés se basaba en los teóricos de la Doctrina de Seguridad Nacional para afirmar que “el territorio de la guerra contemporánea es el cerebro”. Luego, en 1985, Massera admitiría haber “ganado la guerra de las armas pero perdido la psicológica”.

Hacia fines de 1977, efectivamente, los jefes militares anuncian el comienzo de una nueva etapa destinada a “ganar la paz” y priorizar el cuidado de la “seguridad interior”, noción que se impone sobre la de “defensa” propia del Estado concebido a partir de sus límites geográficos. “La paz tiende a sustituir a la nación”, nuevamente Virilio, “el estado de paz absoluta sustituye al Estado nacional”. Parece significativo que ante el agotamiento del proyecto de obtener esta victoria “sobre las conciencias”, o su fracaso por las propias limitaciones del régimen, el último intento de ganar legitimidad por parte de los militares haya sido precisamente una forzada maniobra de re-conquista territorial a la vieja usanza como la aventura del Atlántico Sur en 1982.

La idea de fracturar el tiempo argentino, de impedir la percepción de una experiencia única, una historia común, apuntaba a disolver la materialidad misma sobre la que la memoria se quiere imprimir: “reorganizar”, refundar y desaparecer los elementos de

conflicto borrando al mismo tiempo el sustrato de tiempo histórico compartido que permite imaginar un destino común.

La pretensión mesiánica del régimen aspiraba así a imponer un corte con la tragedia de la violencia política, donde la “higiene” superficial de la ausencia de cadáveres inauguraría un nuevo tiempo de “reconstrucción” y “progreso”. Los “elementos disolventes” de ese proyecto no son combatidos ni excluidos, sino sencillamente desaparecidos. Por eso las lecturas de la época que reniegan de los paréntesis fechados hilvanando terrores y temores a través de los gobiernos y no encastrándolos entre las fechas precisas de la administración militar, ayudan a neutralizar los efectos de a-historización buscados por el régimen al integrar los sucesos en un marco histórico mayor.

Al desaparecerlas, se aspiró a despojar a las víctimas de su entidad física (“ni vivos ni muertos, desaparecidos”, según la recordada expresión de Videla), desprenderlas de su vínculo territorial y así liquidar la relación que funda la ciudadanía en tanto identidad fija al suelo. Al mismo tiempo, el poder desaparecedor opera hacia el futuro dejando las biografías inconclusas y abortando el transcurso vital. Para muchos familiares, conocer la fecha de la muerte del desaparecido,

saber cuánto tiempo “chupado” padeció, significaría al menos un principio de sosiego al permitir fijar aniversario y duelo. Pero la sustracción de información y cuerpos realiza la expresión última de la licuación de la identidad civil, una metáfora que se corresponde con el destino acuático de los prisioneros arrojados al río y disueltos en él.

Si el poder se expresa como una forma de administrar la velocidad, de reconducir el tiempo, la última dictadura impuso durante largo tiempo el ritmo cansino y tedioso de la inmovilidad política. Los modos en que en esos años la información se dosifica y se imparte, la parsimonia con que se van entregando indicios acerca de modificaciones lentas, pesadas, en los organigramas de poder, informan de una administración decidida a ralentar o acelerar el ritmo de la vida cívica a su antojo (aplomados anuncios largamente postergados sobre modificaciones en el gabinete o la estructura de poder; falsa agitación ante el Mundial de 1978 o la aparente inminencia de un conflicto armado con Chile, son algunos ejemplos).

Mientras, se endosa al futuro la masacre y el rendimiento de cuentas por las responsabilidades que puedan haber. “¿Cuáles son las causas que pueden explicar determinados casos?”, se preguntaba el presidente Videla en 1977, y añadía: “Esto es muy difícil de responder. Esto forma parte de la historia y ésta juzgará, en su momento, estos hechos. El presente no puede explicarlos”⁶.

Creyéndose inmortales, atribuyéndose un poder impune que les permitiría guiar la transición -y la democracia luego- los militares dispusieron desde entonces las

6. *La Opinión*. 13 de diciembre de 1977.



ARGENTINA DE 1978 Y DE SIEMPRE



ESTA IMAGEN YA ES HISTORIA. LLEVELA A SU CASA.

Es un recuerdo inolvidable que todos los argentinos queremos conservar. En este lugar, en ese momento, empezamos a mostrarle al mundo que podíamos, que todo era posible. Hasta el triunfo. Por eso, para que todos lo recordemos, S.A. ALBA y su filial le obsequian este color, tamaño 74

muertos, aún no puede ser

completado. Hay demasiados datos desconocidos, demasiadas informaciones que siguen siendo ocultadas y un registro oficial todavía abierto donde se siguen registrando tardíamente desapariciones no denunciadas, mientras falta una cifra definitiva -o siquiera aproximada- de cuántos desaparecidos hubo (¿o hay? ¿en qué tiempo verbal los debemos referir?). La tarea pendiente del presente con el pasado, entonces, no puede ser sólo la de redefinir los términos en que éste se va a recordar, qué explicación prevalecerá entre los muchos sentidos que se adjudican a la violencia política argentina, sino sobre todo la de detectar cómo sigue operando en el presente, cómo se perpetúa y se sigue escribiendo sobre el devenir argentino la gramática terrorífica de la desaparición.

LAS FOTOGRAFÍAS DE DIARIOS DEL AÑO 1978 QUE ILUSTRAN ESTE ENSAYO HAN SIDO TOMADAS POR CLARA GUARESCHI

AS Y PALABRAS DE MAQUINAS

CLAUDIA KOZAK

Hay una máquina fuera de cauce que libera relatos y hay quienes la quieren callar. En este mínimo núcleo narrativo leído en *La ciudad ausente* de Ricardo Piglia anida una reflexión acerca de cómo la literatura argentina puede hacerse cargo de la historia del horror político. Quedaría por cierto el recurso al testimonio directo. Sin embargo, hablamos de ficción. Podría decirse de esta novela lo mismo que Piglia afirma respecto de *Maldición eterna a quien lea estas páginas* de Puig, que “ficcionaliza lo testimonial y borra sus huellas”. Todavía en los '90 -la novela se publica en el '92- los desaparecidos son el horror político que la literatura de ficción no alcanza a nombrar. Por ello, para nombrar, la novela dice pero desplaza el eje, borra los contornos, se difumina en tiempo y espacio. En efecto, no se trata, nunca se trató, de decir “desaparecido” (*La ciudad ausente* no lo dice siquiera una vez) sino de saber qué hacer con aquello, saber qué se hace con la palabra. Y es por eso también que se trata en todo momento de un relato sobre el lenguaje. Relato sobre el poder del relato y de la palabra. Lengua política de la literatura argentina.

Con la palabra se construye una máquina de contar historias contra la máquina de Estado y se atraviesa ciudades ausentes sumidas en delirios técnico-paranoicos de control social. *La ciudad ausente*, en efecto, pone en escena una no siempre reconocida conexión entre horror político y adiestramiento técnico de los cuerpos para la ausencia, esto es, para la desaparición, de los cuerpos e, incluso, de la memoria. Luces siempre encendidas, cámaras de vigilancia, micrófonos, clínicas psiquiátricas destinadas a regularizar las alucinaciones para que coincidan con ciertos parámetros preestablecidos preparan las condiciones de una paradójica visibilidad/invisibilidad de los cuerpos: visibles siempre para el Estado de control, invisibles para sus mismos portadores (“Todos parecían vivir en mundos paralelos, sin conexión”).

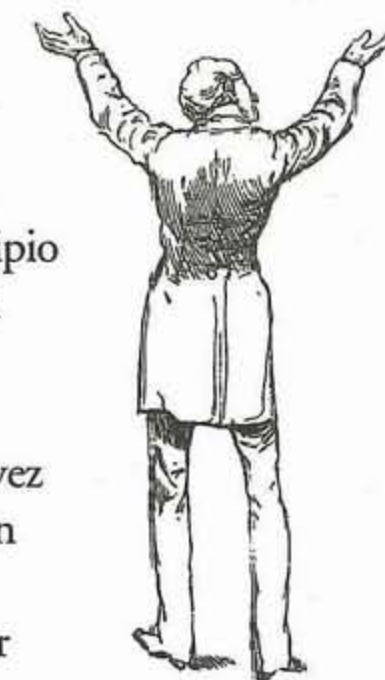
En una Buenos Aires de contornos poco nítidos y levemente transformada en lo referencial, en un futuro cercano también levemente trastocado (quince años después de la caída del Muro de Berlín pero bastante cerca de la guerra de las Malvinas), enmarcada por un vago imaginario de ciencia ficción, se desarrolla una trama cuasi policial en



la que un periodista, Junior, busca datos sobre la máquina que alguna vez construyó Macedonio Fernández para no olvidar a Elena, su mujer muerta. La máquina que en un principio se alimentó sólo de relatos y comenzó como un simple intento de máquina de traducir, va produciendo poco a poco transformaciones y combinaciones inesperadas hasta generar cada vez nuevos relatos que circulan clandestinamente en cintas grabadas y fotocopias. Junior “buscaba orientarse en esa trama fracturada, entender por qué querían desactivarla. Algo estaba fuera de control. Se habían filtrado una serie de datos inesperados, como si los archivos estuvieran abiertos”.

Parte de esos datos inesperados se leen en el último relato conocido de la máquina (ahora exhibida en un gran Museo y finalmente desactivada), relato que la novela transcribe al final de la primera parte y que aparece bajo el título de “La grabación”: “Un relato extrañísimo. La historia de un hombre que no tiene palabras para nombrar el horror (...) un testimonio, la voz de un testigo que contaba lo que había visto. Los hechos sucedían en el presente, en el borde del mundo, los signos del horror marcados en la tierra”. Horror de personas maniatadas y encapuchadas asesinadas por las noches en lejanos descampados mientras suena la música de la radio y la publicidad alimenta la ilusión de que todo está realmente en orden. Tumbas anónimas en el campo: “el mapa del infierno”.

Pero *La ciudad ausente* no es una novela sobre los desaparecidos, o quizá también lo sea aunque sólo en cierto modo, es más bien una novela sobre el lenguaje y sus posibilidades de resistencia. Prácticamente todos los relatos de la máquina intercalados en el texto siguen la huella de una búsqueda primordial dirigida hacia “un núcleo que es el origen de todas las voces y de todas las historias, una lengua común que está grabada en el vuelo de las aves, en el caparazón de las tortugas, una forma única”. La máquina reproductora de relatos, Elena, la Eterna, la cantora ha logrado guardar misteriosamente el camino hacia esos “nudos blancos” que definen la “gramática



Y PALABRAS DE MAQUINAS Y E

de la experiencia" por lo que se convierte en la primera sospechosa.

En la sociedad que describe el texto la experiencia no puede ser otra que la diseñada por el control técnico de la percepción: "la inteligencia de Estado es básicamente un mecanismo técnico destinado a alterar el criterio de realidad". Pero la palabra de la máquina transforma sutilmente esa experiencia, dando cuerpo a lo innombrable. Aun siendo ella misma un aparato técnico en principio también algo siniestro en su afán por constituirse en doble o réplica de una muerta -al igual que los pájaros mecánicos, las muñecas animadas y otros aparatos construidos por Russo ("un ingeniero húngaro que había trabajado con Moholy-Nagy y era uno de los mayores coleccionistas de autómatas en Europa")-, su exceso consiste en desplazar lo siniestro hacia la máquina de Estado que modela la experiencia "telepáticamente" sin necesidad de exhibir los cuerpos sobre los que opera. O más bien, ocultándolos en el no-lugar de la desaparición. Aparato técnico criminal que acostumbra la mirada para no ver otra cosa que la reproducción de un mismo modo de ver:

"El poder político es siempre criminal (...) El Estado argentino es telépata, sus servicios de inteligencia captan la mente ajena (...) Existe una cierta relación entre la facultad telepática y la televisión -dijo de pronto-, el ojo técnico-miope de la cámara graba y transmite los pensamientos reprimidos y hostiles de las masas convertidos en imágenes. Ver televisión es leer el pensamiento de millones de personas."

El mantener viva la memoria del relato, el dar lugar al relato contra la planicie de las imágenes captadas telepáticamente es un bien que ofrece la máquina a los tiempos que corren, mejor aún que otros inventos de la época mediático-audiovisual («Me parece un invento más divertido que la radio, decía»), básicamente porque la máquina tiene la capacidad de cubrir la función narrador tal como Benjamin la percibía en la obra de Leskov: oralidad del narrador quien en contacto directo con su auditorio mantiene la empatía sensible del relato. A Macedonio «Le parecía un invento muy útil porque los viejos que a la noche, en el campo, contaban historias de *aparecidos* se iban muriendo.» (subrayado

nuestro). El desplazamiento, además, produce una inversión: la máquina colectiva opuesta a la máquina de Estado podrá finalmente contar las historias de *(des)aparecidos* que nadie quiere contar, tal el relato de la máquina que la novela reproduce bajo el título de "La grabación". Las historias de *aparecidos* mantenían el efecto de lo siniestro del lado de la literatura, del narrador y su relato, esto es, de la ficción fantástica. Las de *desaparecidos*, en cambio, lo trasladan a la realidad («un documento duro, que viene directo de la realidad») para convertirlo en razón de Estado.

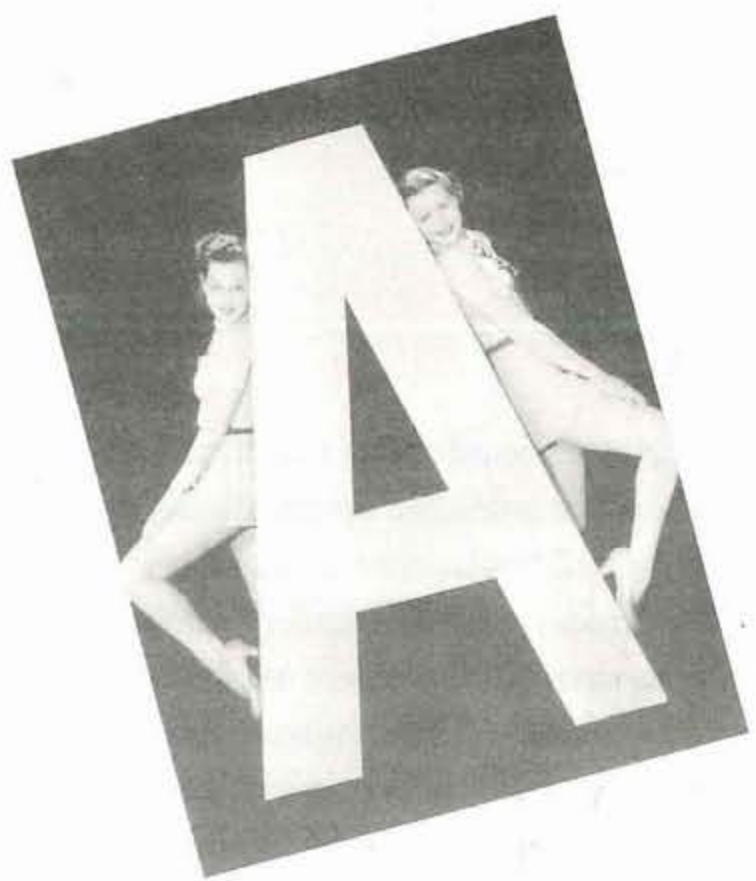
Si la regularización de la subjetividad pudo ser leída como castigo inscripto en el cuerpo, y luego como fijación del cuerpo al aparato de producción, no es ocioso notar que *La ciudad ausente* exhibe distintas variaciones sobre el moldeado de la subjetividad en tanto desaparición de los cuerpos, variaciones que se conectan con facilidad a nuevos esquemas de control. Cuerpos alguna vez desaparecidos ("técnicamente" *ni vivos ni muertos*); cuerpos virtualizados, encerrados en estadísticas abstractas, en el caso de quienes son incluidos en bases de datos como potenciales consumidores; cuerpos invisibles, porque no cuentan, en el caso de todos aquellos excluidos por las nuevas condiciones del intercambio globalizado. Un no cuerpo desaparecido -ni siquiera cuerpo muerto- para el cual no están dadas las condiciones de aparición que fundarían nuevos emplazamientos.

Pero en *La ciudad* (de cuerpo) *ausente* que escribe Piglia, con todo, una máquina descompuesta, pura persistencia de la memoria, aparentemente desactivada y abandonada en la playa -aunque aún llena de historias- confirma que el lenguaje sigue siendo un buen lugar.

Ricardo Piglia. *La Argentina en pedazos*. Buenos Aires, Ediciones de la Urraca, 1993.

Todas las citas del texto pertenecen a *La ciudad ausente*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992.





El fin de la Palabristica

MARCELO COHEN

En una situación de grandes aperturas generales surgió un sujeto que miraba hacia arriba. Sí. Bueno, sí. Es un planteo inicial firme y acertado pero muy insuficiente. Hacen falta algunas consideraciones. Aperturas significa no que no hubiese dinero sino que costaba moverse con soltura; que, aun cuando la comodidad de las casas permitiera soslayar por las noches cuánto se chocaba de día en la calle, estaba el límite cortante donde los últimos edificios daban la espalda al campo arruinado por encima de la Perimetral. También es cierto que en ciudad Ajania muchos miraban hacia arriba, la gran mayoría, porque a nivel de las caras la perspectiva era incesante

de las caras la cortísima. Una colisión múltiple de miradas que a cada segundo anunciaba un contacto de cuerpos, también múltiple, espasmódico pero sin cóleras. Un abarrotamiento apacible. Casi narcótico.

Hay que tener en cuenta que todo esto sigue siendo igual, más o menos todo. Lo único diferente es que ahora está ese muerto interesante.

Nadie sabe en qué va a transformarse. Probablemente los procesos de la memoria abarrotada lo transformen en otra cosa que un muerto. Un objeto simbólico que pueda circular, digamos una imagen digital, una efigie, una moneda, porque en Ajania no gustan los santuarios. No hay dónde ponerlos, y además para hacer un santuario habría que saber dónde fue la muerte. La muerte del hombre que miraba hacia arriba. Vale decir: que miraba hacia lo alto. Así queda mejor. Dentro de poco ni siquiera se va a saber si el tipo murió de veras. Siempre es así y con esto volvemos al comienzo. Que no se sepa siempre ha sido una condición del bienestar.

Ajania había olvidado sus mitos fundacionales con tal fuerza de voluntad que ya parecía una especie de inocencia. Textos de historia veraces, para qué negarlo, periódicamente podados de las primeras épocas, que por otra parte venían ocupando cada vez menos páginas, en beneficio de una dedicación exhaustiva al desarrollo moderno. En esto no detenerse mucho. No consentir la idea de complot. Nada de corporaciones de sabios truculentos trabajando al servicio del poder. Se había dado naturalmente. Hay una convicción generalizada sobre

la naturalidad del proceso. Una inercia comunitaria. Aceleración cohesiva, aunque sin gran interés por el porvenir. Ni por el pasado. Chistes legendarios simpáticos, a lo sumo, sobre la llegada del conductor Aján a la isla en un bajel cachuzo guiando una banda de desharrapados famélicos. Brutos, seguramente, tecnoatorrantes expulsados por la escasez de alguna isla de monocultivo, o desposeídos de trabajo por una reconversión industrial. Descendientes de inmigrantes varios: parece que eran diferentes entre sí a más no poder, como monotipos tocados por la luz para rehacer Algo después de un diluvio. Boat people. Ralea posproletaria. La mitad de las islas del Delta, y hay muchos miles, tienen un cuento sobre el Diluvio o la Inundación Universal y unos justos que se salvan junto con una muestra elegida de la correspondiente fauna local. El detalle insufrible de esta versión es que durante el viaje por los ríos del Delta los de Aján mutaron hasta ganar ya se sabe cómo las mejores capacidades de algunos animales. Después de cuarenta meses a la deriva tenían la agilidad letal del gnorno y el olfato del sabués. De lo cual resultaría, dicho sea de paso, que los animales ajanios son inteligentes como sus dueños.

Indescriptible la megalomanía de ciertas culturas. No extraña que se hayan retaceado de los libros esas fábulas para subnormales. Eso de que llegado a un sitio Aján dio dos pasos al Este, dos al Sur, etcétera y copuló con una virgen anciana pero derramó parte de la semilla en una hoja de paliboque y la amasó mezclada con excremento. Suyo. Estaban como a dos días de marcha de la ribera. Más o menos en el centro de la isla donde la vegetación se achata, se interrumpen las lomas hay una meseta enana. Aján plantó la torta envuelta en la tierra y dijo Aquí el lugar fecundo; el lema todavía se lee en el escudo de la ciudad. Algún arma teledirigida debían tener, porque aniquilaron a los hectos, contuvieron a los beniles, etcétera; vaya a saber si se llamaban de veras así esas gentes. Pueblos cazadores de nutrias, pueblos criadores de pollos. Arroceros. Una isla bastante grande. Había una fábrica de harina de pescado. Los de Aján los atajaron o dominaron a todos, y habrían empezado a matarse entre ellos de no mediar la vieja solución del sacrificio. Cada equinoccio de otoño ahogaban a un mancebo en una gran pila con agua de río para sofrenar al espíritu de la creciente o el dios del granizo. El cielo se pobló de poderes. Divinidades históricas, antojadizas, volubles, enemistadas entre sí. Un portentoso film mudo con casting estelar proyectado en la pantalla del cielo nocturno. Ofrendarles cuerpos elásticos era una buena maniobra para sofocar las carnicerías. A medida que el cadáver amoratado de la víctima se iba pudriendo en la pila del



sacrificio el deseo colectivo se aplacaba en una culpa cohesionante e inhibitoria. Esto se lee hoy en los manuales que usan los asistentes terapéuticos. Pero como las carnicerías contra otros no paraban, el paso siguiente fue legalizarlas y minimizarlas con los protocolos de la guerra. Iban a una aldea y decían: Ciudad Ajania proyecta invadirlos, habrá lucha sin cuartel, perderemos vidas humanas y viviendas y cultivos y ustedes también; y para evitar cataratas de muertes se proponía un combate reducido. Un quinteto de

campeones ajanos contra un quinteto de campeones del pueblo que había que contener o aplastar. Esos cuentos plagados de llamitas prodigiosas estarían indicando que los ajanos usaban algún tipo de lanzafuegos. Perdieron muy pocas veces. Parece que al fin impusieron un autarca a toda la isla. Después hubo paz, más o menos esporádica, y después desarrollo e intercambio con un montón de islas, telepatía, televisión, pancorreo, la Lotería Panorámica, Panconciencia, Panlocución Interior, invención de técnicas nuevas, absorción de saberes, producción de bienes, generación de riqueza, aumento del bienestar, los beneficios de incorporarse al flujo simultáneo de todo el Delta. Hay un grueso así de páginas sobre las décadas de este proceso. Todo bastante rápido. No se

explica demasiado adónde fue a parar la brutalidad, esa neurastenia arcaica ante los logros del vecino o la presencia física de un vecino, o ansia por agregar algún cachivache más al repertorio de posesiones.

No, no, así esto promete ser largo y engorroso. Para qué repasar trechos tan amplios cuando falta el don de resumir. Sin embargo repasando siempre se obtiene alguna pista. Tal vez no haya que adelantarse tanto. Por otra parte está mi plan, que requiere ir por partes. Entonces, ssSSSs, varias páginas del libro ideal vuelven mentalmente atrás, más de cien de un saque disparando a la cara un sople reanimador. A ver, a ver. Misioneros, claro; es un capítulo precedente. Aparecen ahí unos embajadores de traje plateado, parecería que alguna tela sintética refractaria, con chaleco y coderas. Hombres de elocuencia vehemente, rebosantes de recursos, de cortesía en sordina. Gente bien. Venían en prácticas naves voladoras. Ofrecían ese nuevo Dios único conversador, creador de toda la materia, filosófico, problemático, irritable, justo, paternal, que por encima de todo exigía no matar al vecino, ni local ni forastero. El nuevo Dios era como un viejo conocido o una versión remendada de un intento anterior. Ante cualquier escollo, conversaciones en el alma: Oh, Señor, ¿me equivoco o estás abandonándome? – Silencio – ¿Aún debo confiar en ti – Silencio – Sí, Señor, entiendo que acatando tu verdad sólo se puede obrar rectamente. Y acto seguido, la primera de un puñadito de normas morales: el asesinato se pagaba

caro. A cambio, amar la presencia física del vecino local o forastero se premiaba de maneras que ya se entenderían con el tiempo. La promesa de otra vida: un banquete con larguísima siesta anexa cuando en este mundo siempre se han comido mendrugos para no amodorrarse. Tenían gran muñeca publicitaria los misioneros. Los ajanios entendieron o volvieron a entender algo que sus ancestros habían olvidado. Y era que no había tiempo de sobra, dicho en el plano íntimo de cada cual. Todos los hombres se morían, bien lo habían comprobado ellos aunque se resistieran a enterarse. O sea que basta de víctimas propiciatorias y esa banda de dioses crueles y lujuriosos, del tiempo cíclico sin límites. El Dios único de los misioneros venía a decir que cada criatura era inapreciable y redimible, y la eternidad un premio. No entiendo por qué estoy pensando tan pormenorizadamente. Así no llego nunca a mi objeto. Pero en todo caso con el Neodiós llegó el individualismo. También la unidad familiar básica monogámica. Casi a la vez nació el espíritu desbocado de empresa. Cada criatura que no creaba un negocio era inapreciable para mantener en marcha el negocio de otra o comprar lo que el negocio crease. Los misioneros ya habían instalado una repetidora de Panconciencia y calculo que entonces habrán cerrado el pico propagandístico para exhibir muestrarios de insumos. Catálogos. Contratos. Los ajanios habrán puesto materias primas y la resistencia física de los pueblos que habían sometido, y los organizaron con una rapacería que el Dios nuevo empezaba a revestirles de diplomacia. Aparece por ahí una planta de robotinas hiladoras de yute. Bancos. Una fábrica de piezas de bambú para fuselaje de flaybuses y andamios de construcción. Firmas mixtas entre familias de las islas mayores del Delta representadas por los misioneros y familias ajanas que habían heredado algodones y criaderos de lagartos de los ancestros belicosos. Ya entonces las proezas de los ancestros habían volado de la memoria. En la totalidad dual del Delta Panorámico los ajanios se enchufaron a la Panconciencia mientras el resto de la isla zozobraba para siempre en la desinformación. Al resto de los isleños la falta de datos sobre la realidad panorámica los dejó en la miseria, porque a la larga sólo la información daba diviendos reales, y la miseria los fue idiotizando.

Bueno, basta, más que un borrador mental esto parece una clase de la historia que por suerte ya no se enseña en los infantícolos. A devolver el libro y que el bibliotecario justifique el sueldo poniéndolo en su estante. Tampoco hay tantos libros, si vamos al caso. Ah, mi sentido del humor me da acidez. Realista y fétido. Cuando Ajania adhirió al monoteísmo pantutelar del Delta, el Dios que jugaba a esconderse pero todos se imaginaban más bien como



un anciano mago cascarrabias ya se había retirado de los templos, de la vida en las nubes y de las bambalinas del cielo estrellado a una distancia tal que dejaba en ridículo la armonía inmensa de las esferas. A ver, acá, una cita: "Las esferas celestes se habían transmutado en el cielo real y examinable de los fenómenos meteorológicos, y el Dios en la luz ofuscante del sol, en la noción pasmosa de galaxias en fuga, en la imagen del árbol que retoña y en el misterio del recién nacido que lanza su grito". Lo que a los ajanios les vino requetebién. Resumiendo: cuando empezó el asunto que a mí me importa hacía tiempo que Ajania cultivaba una fe casi laica pero repleta de supersticiones. Gente que contribuía a apagar un incendio regando compulsivamente las plantas de interior. Ahá. Este planteo sí que es bueno. No había muchos incendios. Los ajanios siempre tuvieron suerte y humedad de sobra. Entregaban el cerebro al ajetreo de la Panconciencia y la conciencia personal la mantenían en barbecho. No es que se les ocurriera suspender ninguna de las dos formas de conciencia para darle oportunidad a una sensación pura. No sé por qué escribo en pasado. En todo esto yo estoy hundido hasta el gañote. Razón por la cual el supuesto difunto ilustre me gustaba. Sin llegar a la identificación, cierto.

Ciertos contactos tuve con él que ahora me permiten ser dueño de unas claves que no pienso compartir; cosa que la comisaria Benaspe ignora por completo.

También es cierto que los ajanios han tenido sus explosiones de creatividad. Una rapidez astuta para aprovecharlas. Veamos. A mediados del siglo pasado Neilen Coldívor puso a punto el retrete relajatorio, ese artefacto varias veces rediseñado que permite miccionar reclinado a gusto escuchando la música o pispeando las lecturas que se hayan programado o elija la unidad central. Nunca funcionó lo que se dice de maravilla pero hasta hace cinco años aún se vendían a todo el Delta modelos de cuarta o sexta generación. A comienzos de este siglo Neilen Rávidan patentó el Netexe, único veneno que bien fumigado desde cualquier flaybús puede eliminar realmente las plagas cíclicas de mosquitos sin destruir toda la flora; y buena parte de la fauna. Oficialmente el Netexe está prohibido. Pero en el Delta Panorámico hay cientos de islas torturadas por los mosquitos y el rascacielos del Emporio Rávidan en el centro de Ciudad Ajania no se alzó vendiendo chupetines. Ahora bien, hace treinta años los Coldívar cerraron sus cuatro fábricas de sanitarios para trasladarlas a Isla Fel 8, en el remoto este, donde todavía no hay acuerdos con los misioneros ni rige la normativa laboral del Delta. Hubo una revuelta de isleños desempleados, tan idiota que más que reprimirla les bastó con empujarla; como siempre, hasta el

borde brusco de Ciudad Ajania. Cuando se trazó la Perimetral las fábricas clausuradas quedaron en las afueras nuevas.

Ya está claro adónde había ido a parar la brutalidad de los ajanios. Crasa negación de los estómagos excedentes. Pero ojo con simplificar. Además la cuestión es otra. Ciudad Ajania, prisma de cristal de cuarzo clavado en, en... Difícil terminar el símil. En fin: todo alrededor de la ciudad hay esa lejanía de fango resinoso donde se atrofian hasta los laureles, cruzada de acueductos y agujereados trechos de asfalto y pasarelas de aluminio que unen antiguas viviendas obreras. Derruidas las más. Algunas todavía habitadas, y entre los pilares bandas escuálidas de atracadores pesimistas. Una pulsación, esas afueras, de vida peligrosa, lánguida y arrítmica. Como de tejido con necrosis. Por ahí costillares de hierro oxidado. Guirnaldas de espuma mugrienta en charcos de agua servida. Esos lagartos barbudos de nuestra isla inmóviles entre bidones de petróleo. Gallinazos saprozoicos de carne fétida, malqueridos por los cazadores. Dragas varadas desde crecientes inmemoriales. Gente, gente desvaída; basta un misil de vez en cuando para intimidarla todavía más. Carbón desparramado entre frigoríficos de ventanas rotas. Mantas mojadas, lápidas, chasis, caños, gasolineras fantasmas, vagones empapelados de diarios. Maletas robadas del aeropuerto. Todo lo que la ciudad viene evacuando desde hace una enormidad de tiempo. Pasan por ahí vías de tren que acaban de golpe en las lomas peladas. Más lejos, cerca de las riberas, aldeas como de pan negro desmigajado. Ciertos pobladores rubios y ariscos que secan juncos. Pesca y cestería y unos cánticos de rana que parecen emitidos desde el centro del cráneo. Con la brea que flota en las rías esa gente hace enormes montículos que figuran en la guía turística de la isla pero en los diarios no aparecen nunca. Tortas de Aján, las llaman. Entre los sauces. Las he visto yendo en flaybús de vacaciones a Isla Guampol o a otra parte. Un álbum fotográfico de la angustia. A veces ahí sacrifican en la pira a algún chico que salió escupido de la ciudad. Es decir que son neopaganos. Así sugiere no sé quién. Yo no lo creo. Ese paisaje es importante en un sentido que ya irá descubriéndose. De momento hay una intuición y mis humildes datos. Ya corroboraré si es cierto. Será cierto.

A mí me toca investigar. La orden no es muy perentoria, como si prácticamente a nadie le importase lo que haga. Aunque también la indiferencia se finge. En una situación de grandes apreturas surgió un hombre que miraba hacia arriba, es decir hacia lo alto, y cuando el ideario ya entusiasmaba a medio mundo el sujeto se murió o lo mataron. No hay cadáver. A los cuatro días de haberse propagado la noticia entra en mi cubículo la comisaria Benaspe y me dice:



Doriac, usted se va a ocupar de ese asunto. No le pregunto cuál asunto porque ya sé; desde luego que lo sé; le pregunto qué quiere que haga. Como ha ascendido a fuerza de estar en contacto con la Panconciencia la comisaria no tiene ideas particulares. Bueno, algunas. Muchas menos que yo. Le ofrezco un cigarrillo y dice que está demasiado triste para fumar. Dejemos de lado si es sincera. No hay cadáver ni móviles apreciables, pero puede haber cadáver y móviles también. Le digo que en principio haré un informe. Doriac,

a usted le encanta perder el tiempo; pero como hay tiempo de sobra haga como guste. ¿No cree, comisaria, que dentro de unos meses todo el mundo se habrá olvidado de mirar para arriba? Dice que no, pero no me presiona. Acomoda el cuerpo a mi oficina diminuta con una suavidad sinuosa adiestrada en miles de fintas diarias. La cara lisa de adicta a la Panconciencia le brilla de porcelanosis, la enfermedad de los ajanios más endurecidos. Una belleza madura y hierática. No sabe si el caso tiene importancia o no. Para eso acá estoy yo elaborando el informe. Es lo primero, y es mi obra.

Vacaciones, claro. Todos iban y seguirán yendo de vacaciones lo más lejos posible. En Ciudad Ajania no hay lugar. El afán de acumular, y ordenar todo el rato lo acumulado para que no moleste, engordó en el

pavor al contacto con cualquier cosa que no hubiera entrado en la selección. Un pavor casi tangible. La energía afilada que daba el pavor se aplicó a la decoración de un rutilante campo de exclusiones. Que aquí no entren éstos de alrededor. La ciudad se hizo estrecha de talle y alta de envergadura, como si el bienestar sólo pudiera representarse en una silueta esbelta. Cuanto más moribundas las afueras más circunscrito el adentro. Nada de toxinas. Reluciente la ciudad y tersa la población. Carne suntuosa fajada por la ronda Perimetral. El precio de una tanatocracia próspera. Rascacielos, puentes aéreos y por supuesto parques obligatorios, todo superpoblado e hiperactivo. Una ristra de edictos fomentando el uso de las piernas para evitar congestiones de tráfico. Plantas purificadoras. Andar raudo y deportivo; siluetas humanas que duplicaban la belleza quirúrgica de la ciudad. Si en las afueras que ahora nadie conocía ni recordaba el agotamiento del deseo volvía el paisaje melancólico, el deseo de Ciudad Ajania prosperaba en una pujanza ansiosa. Un módulo aislado de cuatrocientos mil habitantes puede vivir bien varios siglos si está comunicado con los centros decisivos del Delta y enchufado a la Panconciencia. Basta con que planifique el crecimiento vertical. Expulsar población vernácula habría sido una barbarie, un retroceso a la crueldad del politeísmo. Eso no. Tampoco cabía una moral del roce sañudo con el conciudadano. Bastaba con reprimir un poco las fobias. Se sabía

que en las afueras había crímenes violentos; ése era el territorio de los sacrificios; dentro de la ciudad el síndrome habitual se manifestaba en mareos, hipersensibilidad, aumento o reducción de la frecuencia cardíaca, sudoración, desequilibrio, impotencia motora repentina, parálisis del habla. Para mitigarlo había pastillas. O el masajeador de yemas. Para llegar al salón bar donde Mengano le ha dado cita, Fulano tiene que esquivar flaytaxis en vuelo bajo, caminar una cuadra saturada de gente en movimiento, cruzar un hall rebosante y subir treinta y dos pisos en un ascensor caldeado y hermético; de golpe no le responden las piernas; apenas respira; no está educado para abrirse camino a codazos; en el aire lamedor hay un excema ambiental, casi igual a la reacción alérgica que empieza a manifestar él mismo; así que saca el comprimido y se lo traga. Llega a la cita un poco sedado pero la lengua al menos le funciona. El salón bar le parece un dédalo de muebles de aristas poderosas. Por la ventana, a quince metros tras la ventana de enfrente, ve un salón bar decorado en otro estilo pero también repleto donde un hombre petrificado entre mesas intenta echarse al garguero una pastilla. Me pregunto si en el paisaje miserable de las afueras no se morían muchos de tristeza. En Ciudad Ajania el esfuerzo colectivo por controlar el pánico había suprimido el suicidio. A mí ninguno de los dos extremos me afectaba porque me movía en las flaymotos de la brigada, o por los cables del teleférico oficial. Pero entonces veía. Veía un clima de abulia bulliciosa con raptos de movilidad. No se incentivaba el matrimonio; no se elogiaba la pareja; y no por resistencia a la procreación, sino porque ninguna cautela sobraba para evitar que la apretura se recalentase. La realidad paralela de Ciudad Ajania era una red masiva de viciosos solitarios. Y ufana... Veamos qué más... Modas: sesiones de nostalgia paroxística de la naturaleza. Desayunos en la terrazas ajardinadas. Mucho humor procaz sobre la promiscuidad; adiestramiento constante para disiparla. Niño, ¿te molestaría eructar hacia el suelo? — Usted disculpará, caballero, si no puedo encajar la teta en otro lugar que su axila. El problema, señora, será donde apoyar mi bálano — Ja ja — Después cada cual de vuelta a un pudor enérgico y alegre. Del pudor real dependía el mantenimiento de un medido lujo. Pese al estrépito constante de motores nadie alzaba nunca el tono. Hasta los chistes se iban apagando.

Pero en esa situación de grandes aperturas surgió un hombre que miraba hacia lo alto. Viol Minago. El Que Nos Encumbró. El Que Alzó las Palabras. Títulos pálidos para una figura que hizo verdadero capote. Esto, tenerlo muy en cuenta. Las ideas de Viol Minago arrasaron. Es descorazonador lo mal que estoy



exponiéndolo. No habría debido empezar desde tan atrás, pero a lo mejor es el precio de la meditación. Sentado en mi cubículo blanco frente a la pecera azulada yo fumo y medito y me cepillo el pelo esforzándome por sofocar al Locutor Interior hasta que se calla; trámite de lo más arduo porque el Locutor Interior es casi automático, y muy potente. Empieza a parlotear no bien el cuerpo se aquieta y ya no para; reprime los sueños. Pero yo lo silencio. Al principio esa quietud la ocupa un revoltijo huracanado de ideas, pero si registro todo lo que me pasa por la cabeza al final destella algún chispazo. Hasta podría hacerse la luz. No creo que se haga si no salgo a la calle como un buen detective cualquiera. Libreta, cápsulas de la verdad para interrogatorios caseros, la pereza bestial de tocar timbres, observar el estupor resentido que provoca en los civiles mi pelo largo y reluciente. Al final igual tendré que salir. De todas maneras si no ocupo la conciencia con mi esfuerzo el Locutor Interior vuelve a emitir solo y se me ocurren tan pocas ideas particulares como a la comisaria Benaspe. Vamos entonces, que aflore todo. En mi exclusivo beneficio. Cuando el pensamiento se suelta recupera información histórica que la memoria no creía haber almacenado. Puede que venga de otra fuente. Sé lo que nadie me enseñó. Un detective libre en un cuerpo atezado.

Si la comisaria Benaspe me preguntase qué corazonada tengo le contestaría Comisaria, Cherchez la femme. Le encantaría, a la tipa, pero no le voy a decir nada. Yo sé esto: subrepticamente, la impotencia motriz empezó a infiltrarse en el alma encogida de un hombre de poco más de treinta años que trabajaba de tutor gimnástico en un módulo habitacional femenino. Viol desempeñándose ahí: vahos de gas desodorante entre cuerpos empotrados en aparatos. El ronquido del estirador de piernas arrullando los tendones como una sonatina. Viol eludiendo el descenso de una pesa para eludir enseguida la rodilla de una dama que pedalea, trastabillando junto al tropel de corredoras en la pista rodante. Aquí la fotos del sujeto sobre mi pupitre. Opaco, retraído, robusto, canas prematuras sobre la cara de papión. Simpático. Como tenía un talento para la music-caja, todas las noches iba a la discoteca del edificio a fundir éxitos de la Panconciencia en hilos rítmicos que ataban los bailarines al movimiento. El propósito era agotarlos para que se murieran por irse a descansar. Un plan compasivo. Buen music-cajista, Viol. Sistemáticamente los bailarines terminaban embistiéndose, ebrios de inhibición, porque a las tres de la mañana sonaba la chicharra y los hombres tenían que retirarse. Estaban obligados. Rumbo a la salida Viol debía vislumbrar los cuerpos tambaleantes abroquelándose en abrazos

salivosos. Intentando robarle un polvo al reloj. Un ascensor se paraba unos minutos entre dos pisos. Pesarasas caminantas de madrugada bajo las luces de los albergues para enamorados. Edificios que se mecían al compás de cientos de manos; cada una acariciando los genitales de su mismo cuerpo. Viol no dormía. Iba a sentarse en algún banco del Parque Pontaj, entre la barahúnda de paseadores de perros que confraternizaban bajo los faroles y los insomnes tumbados en el césped de poliexplanadas, amontonados en las rampas y las glorietas colgantes. Vistas desde ahí abajo, en el recinto perfumado por los jacintos, las cúspides de los edificios titilaban a la misma distancia que las estrellas y con la misma intensidad, más o menos. Le llamaba la atención la destreza de los ajanios para comer, beber, digerir, recrearse y relacionarse de las maneras necesarias sin abultar ni entrometerse ni perder el equilibrio, ni siquiera los vendedores ambulantes, con apenas un desplazamiento contenido y breve del centro de gravedad. Todos los balanceos sumados daban un meneo casi continuo de gracia apática, roto intermitentemente por las parálisis puntuales. Y cuando alguien quedaba inmóvil el peligro de turbulencia se diluía en ristras radiales de quietudes intermedias, variedades del movimiento que disminuían en dirección al punto crítico y se intensificaban hacia todo lugar donde el vaivén continuase. A veces un alarido atrofiado. Nadie rechistaba, aunque les doliese, porque la Panconciencia inocular el embuste de que estando en un lugar uno está en todas partes, lo mismo Ciudad Ajania que Parisy. Pero Viol Minago no podía no pensar. No que pensar se cayese de maduro, sino que pensar era su fatalidad. Ah, tanta gente de reflejos sutilísimos bamboleándose en una placidez sin cometidos. La altura majestuosa de los edificios sustituyendo imperfectamente un anhelo de elevación. Anhelo vano. Postergado. Eso era lo que Viol percibía en la sumisa chacona de las masas corporales de la ciudad, en los coordinados frotamientos, los enervados sprints, los fulgurantes zigzags, las frenadas y torsiones no siempre eficaces y el rumor de los sensores encendidos tan continuamente que incendiaban las pupilas. Lírica ingenuota, subproducto del agarrotamiento. Pero en fin: en el aire volátil, explosiones de miradas. Abajo un tendal de cerebros chamuscados. Arreciaba la esterilidad. Qué barbaridad, lo estoy exponiendo con una elegancia que empalaga. Si Benaspe oyera estos prodigios sintácticos diría que soy un faccioso. Le gusta incriminar. Y es que Benaspe no es ajana pura y lleva el apellido a disgusto, como una falda con el ruedo embarrado.

Por supuesto que nadie va a acusarme de nada. Pero no tengo

por qué entregar mis razonamientos verdaderos ni razonar en la sintonía de los monguis. Ya veré qué le digo. Estuve despatarrado en el sofá, durmiendo cantidad para que Benaspe se tranquilizase cada vez que se asomaba. Cree que dejándome usar el pelo largo me satisface la cuota de narcisismo. No obstante alguna versión quiere que le proporcione, para el registro oficial. Cualquiera. Por eso me deja en paz. Al modo en que dejan en paz los funcionarios. Mañana va a reclamar. Yo le daré algo. Un sospechoso. Un arma homicida.



El Locutor Interior, que siempre habla manchado de Panconciencia, insiste en introducirme palabras que a Benaspe le parecerían apropiadas. Complot. Demencia. Tal vez bastante más. Si le hiciera caso a esta altura me diría que, como a tantos visionarios, a Viol Minago lo mató un fanático en pro de alguna fe personal absurda, y que probablemente un día encontremos el cadáver despedazado; yo no pienso darle una explicación más oblicua y verosímil, si la que ella quiere alcanza para proteger la verdad. Que esperen: tampoco por esto van a temblar la sociedad ni las finanzas. Viol no era un caudillo ni un guía, ni un profeta ni nada por el estilo, y encima duró demasiado poco como para arraigar mucho. Bien. Hipótesis opípara. La sirvo caliente y se la comen. Pero yo no duermo ni escucho al Locutor

Interior. Nada más trabajo para mí. Leo la superficie del pensamiento rizada por vientos intuitivos. Además sé de primera mano. Sé por mí. Viol era en esencia un tipo impulsivo. O en sustancia. O en fundamento. Viol estaba empezando a aburrirse. Padecía el aburrimiento de los demás. Una noche en un jardín del Parque Pontaj un arrebatado casi neurasténico lo empujó a unir dos elementos disímiles. Miraba el parpadeo de los eslóganes publicitarios en azoteas práctica y teóricamente inalcanzables. Por otra parte miraba la muchedumbre apelotonada resignándose a bambolearse en tierra. Tenían sueño pero no estaban tan cansados. Quizá hubiera que llegar a algún punto para cansarse de veras. Un empujón más y Viol dio el salto imaginativo. Agarró a unos jóvenes de por ahí y les dijo: Muchachos, ¿qué tal si hacemos un poco de lugar poniéndonos unos arriba de otros? Me encanta la hipótesis de este momento de lucidez. Estadísticamente es imposible que un ajanio de edad fresca no vislumbre en seguida el proyecto que entraña esa pregunta. O sea que se sacudieron los abrojos que el pasto les había pegado a la ropa, y como eran todos musculosos y elásticos y andaban sobrados de energía uno se trepó a los hombros de Viol y otro a los hombros de alguno que Viol había tomado por los hombros, todo muy férreamente, y los dos encaramados se afirmaron esperando que un quinto muchacho coronase la torre, erguido arriba como una especie de pararrayos. Digo yo que incluso

habrá extendido el brazo, el quinto personaje, y abierto los dedos apuntados al firmamento. La base de dos era inestable. El grupo entero se derrumbó en el césped. Imaginarlos despatarrados. Bien. Aunque la caída dolió, les estaba demostrando que superponiéndose unos a otros habían dejado un área desocupada donde caer. La certeza doble de que podían ascender por una técnica puramente humana y al mismo tiempo aliviar de sus volúmenes el espacio urbano circundante les dio ánimo para repetir la prueba; aunque ahora Viol y el compañero de base pidieron apoyo a cuatro o seis más a modo de contrafuertes. Es decir, un castillito de ocho chicos y chicas en el fundamento, dos en un primer piso y uno más arriba en función de aguja. Aunque el orgullo ajanio lo niegue mi memoria errática guarda imágenes de culturas antiguas que hacían torres humanas. Se divertían todos la mar. Pero Viol no. Esa misma noche u otra se las arregló para explicar que su búsqueda era más temeraria. Aunque una torre así prestaba un servicio al municipio, eso acababan de demostrarlo, como símbolo era demasiado universal y como entretenimiento un deporte ramplón. Había que decir algo. Decir cosas. Un desafío peliagudo. Los demás deben haber cavilado. Aparte de que todos tenían impedimentos graves para concebir una palabra significativa, no digamos ya una frase, estaban los obstáculos materiales. A mí no me parece que en este trance haya despuntado el genio de Viol. La idea le había surgido completa de una vez, con el arrebatado de exasperación por las apreturas. Indicó a dos que se colocaran frente a frente, a un metro de distancia, y bien plantados se dejaran ir hacia delante hasta encastrar hombros y cabezas; el palo transversal de la A sería una teenager aferrada con las pantorrillas a la cintura de uno y con los brazos a la del otro. En efecto, A. Con el mismo procedimiento hicieron al lado una H. Una solitaria chica derecha con la larga mano izquierda oblicua sobre la cabeza hizo de I con acento.

AHÍ

Sé que fue la primera palabra porque me lo contó Viol. O me imagino que me lo contó. De todos modos no pondría las manos en el fuego por la memoria del tipo. Le hice la pregunta un día que lo vi muy distraído. La prensa mitómana siempre dio por sentado que la primera palabra fue AJAN –sin acento. Lo mismo da. No; no: si diera lo mismo toda la gesta perdería un poco de espesor. Tampoco sé cuánto espesor o sentido tuvo realmente. Ni siquiera sé si fue una gesta. Hagamos de cuenta que da lo mismo. Bueno, AHÍ es una palabra sencilla. Otra cuestión es que se leía de un solo lado. Por eso



más tarde se inventaron los letreros dobles y las frases rotatorias. Mientras, la muchedumbre impedía que el cartel se apreciase desde lejos. Así que la urgencia por ganar visibilidad se sumó a la ambición de ganar altura. Veinte o treinta espontáneos de a pie se comprimieron en un zócalo bastante denso para que el segundo AHÍ se formara a eso de un metro setenta del suelo. Conviene figurarse la impresión de los noctámbulos que entonces divisaron ya la palabra desde cierta distancia. Es justo conceder que el hombre

no era un genio pero tenía sus ramalazos. Supongo. Quiero suponer que todavía la misma noche u otra les quitó a los noctámbulos impresionados el asombro de la boca culminando el nacimiento de su criatura con un OH que no puede sino haberlos hecho reír. Aunque cualquier yogui pelagato es capaz de curvarse hacia atrás hasta apoyar las manos en el suelo a un metro de los pies, que me avisen quién se había atrevido a hacer el puente apoyándose en un tipo que acostado sobre las lumbares ofrece como pilar sus manos y sus pies. No es que el deseo pánico de los ajanios hubiese modelado musculaturas férreas y calibradas; es que la esperanza de formar una letra indispensable imbuía el sistema muscular de una audacia enloquecida. Deletérea a veces; qué lindo vocablo; o sea: venenosa y mortífera. La O con dos cuerpos curvados. La C con uno solo en un estertor de equilibrio. Hubo quien llegó a infartar de tensión. Hubo muertos. Los lloraron, yo diría que con cierto desprecio. Esa noche el voluntario que formaba el semicírculo de abajo se les debió malograr bastante. De todos modos la palabra se dejaba leer:

OH

Pronto iban a inventarle signos de admiración: alguien con una pelota en la cabeza o alguien en equilibrio sobre una pelota. No mucho después, para las letras con curvas se impondría el apoyo en barras finísimas de cristaleyna. Una barra imperceptible de lejos y cuatro especialistas templados daban una O de más de seis metros de circunferencia; más difícil pero factible, como se demostró, dos con una barra haciendo la C. Para acallar las críticas de los detallistas se introdujeron las mallas de glatsina fosforescente, y entonces el brillo de las letras eclipsó las barras por completo. Hubo de todo. Fuera como fuera, el caso es que: OH. Con la perplejidad de esa visión promisoriosa les llegó a los pioneros el amanecer. Vejetes y chiquilines desplazaron a los noctámbulos en el parque.

La mente total de los ajanios era aterciopelada como un campo de golf con los agujeros tapados. La palabrística recalentó el subsuelo, reventó las ondulaciones suaves y del deseo hervido hizo

un paroxismo de monumentos que duraban tan poco o tanto, según el ojo que los captase, como lo que se atisba en un diario que alguien va leyendo en un coche que pasa. Palabrística. Había que acostumbrarse a esta denominación sosa. Yo no me acostumbré nunca. Los periodistas dijeron que Viol había creado más que un deporte una práctica social que comportaba, dijeron comportaba, creación y conocimiento; porque era cierto que todos conocían las palabras y las frases, pero palabras y frases tienen mil sugerencias y verlas armarse en el aire sedoso ofrecía nuevas rutas al discurrir interior del peatón. Mentira mugrienta. Cuando la Palabrística se consolidó con cuadrillas, clubes, asociaciones de fomento, competencias barriales y municipales, incentivos, premios, categorías institucionales y grupos alternativos soi dissant vocacionales, cualquier aficionado que fuese a ver a su alfabeteam favorito sabía qué intrepidez iba a intentar. O lo sospechaba. Yo también estoy mintiendo. Esto de avasallar al locutor interno con chorros de pensamiento espontáneo lo deja a uno al borde de la hemorragia cerebral. Si voy a colarle a Benaspe un informe que sosiegue a la prensa tengo que moderar la fantasía. Por eso: no, la Palabrística nunca llegó a ser una pasión de masas. Antes bien fue un deporte estético aureolado de un heroísmo que despertaba arrobamientos, sí, pero también estupor. Un calor vernáculo. Magníficas canciones nacionales que se entonan de golpe y se olvidan hasta la próxima fiesta. Pero tampoco fue mera moda. La prensa no podía inflarla más de la cuenta. Viol estaba demasiado metido en la empresa como para explayarse en entrevistas. Por otra parte no era muy elocuente. En realidad era medio disléxico. O disfémico. Esto cotejarlo bien. Decisivo no cometer errores. Todo lo que se le ocurría él deseaba plasmarlo en altura pero sabía que muy pocas ocurrencias merecían el esfuerzo de escribirlas. Los trazos verticales, oblicuos y transversales, los sobrecogedores escorzos y las enervadas rectas, las ristras, escalones, uniones, encastres, las voluntariosas conjunciones de fortaleza y estabilidad, la disciplina cruda, el renunciamiento exhibicionista y la ofrenda de cada cuerpo al logro efímero colectivo tenían que verse en las palabras. Tenían que ser la contracara gloriosa y leve de una apretura pujante. Cada construcción era una línea nueva de un pliego de aspiraciones tan magnífica como los edificios de ochenta pisos, pero menos pesada y en definitiva espiritual. En una sociedad definida por el roce obligatorio y la reticencia estratégica la Palabrística elevó al cielo una, una... Espuma de lujuria moral. Sí, eso. Aquí ya no se hubieran tolerado nuevos Mandamientos religiosos. Hacía falta un orden inflexible de apariencia vaga. Palabras grandiosas; pero



materialmente grandiosas. Palabras para leer alzando la cabeza y moviéndola de un lado a otro, no sólo los ojos. Como quien mira pasar una bandada de patos. Eso era espiritual. Teniendo incluso que girar el cuerpo. Y con tantos cuerpos comprometidos en la tarea encima quedaba espacio para hacer el giro. Esto se parece cada vez más a un encomio necrológico. Voy a matar a Viol Minago con las palabras de un pensamiento en fuga. La verdad, pobre tipo, ya empiezo a demostrar que está muerto. Probablemente.

Un sinfín de problemas técnicos. La razón anestesiada estallando en soluciones admirables. Niños de tres años entrenados para aferrarse a la cintura de su padre en carácter de palito de Q. Una forma entretenida de moldear el carácter: Niño, si aprendes a no moverte el año que viene serás palo vertical de la F. Alfabeteam cada vez más numerosos. Un grupo con casacas de espejuelos formando la frase EN UN SANTIAMÉN de manera que reflejase un cielo encapotado, el licuado follaje de los alerces de un parque. No se sabía si admirar más la generosidad de los mil doscientos voluntarios estratificados en un pedestal de treinta metros de altura o el flujo de los nubarrones en la trama de las letras. Y los aparejos. Me acuerdo de un AMA EL INSTANTE que Los de Farande montaron con un sistema de cordajes náuticos. Palpitaba como una hoja en el agua. Entonces venían Los Cachorros o los Pan-cracios o cualquier otra agrupación y alzaban un TODO ES ILUSIÓN que volvía una y otra vez en los sueños de los circunstantes. Los maestros pedían a los chicos redacciones comentadas. A esto ya se habían dividido las funciones y multiplicado las escuelas de gimnasia preparatoria. Congregaciones de expertos. Acróbatas, equilibristas, levantadores de pesas, estrategas. Escaladores. Funámbulos. Diseñadores. Vestuaristas. Maquilladores. Maestros de obra planificando la extensión humana de una cornisa para que Los Insobornables escribieran LA INSENSATEZ ES FANTASÍA contra la fachada de caramelo de la Caja de Ahorro y Préstamo. Cuerpos envueltos en polietileno contra la pizarra de una noche cubierta. La dotación no era problema porque los volúmenes más complejos tanto más lugar dejaban en el suelo; eso engrandecía la conquista. La Palabrística no fue una moda. No es. El gobierno entendió a tiempo que no debía incentivarla si quería que adquiriese un aura de descaro. Habían encontrado el frenesí inocuo. Todo el mundo advirtió que esa abstención era una argucia. Los concejales se morían por mirar los torneos desde los balcones. Con sus jarreteras de etiqueta. No obstante se propagó un clima de contravención insolente. No: de penitencia lasciva. No aseguraría que fue una maniobra pero venía

muy bien un sistema de fiestas que se agotasen en su clímax. El fulgor de los maillots sobre músculos de porcelana. Destellos espermáticos en mediodías de júbilo inmóvil. Esos mensajes. HÓNRATE – SUPERÉMONOS BAJANDO – TU RESPIRACIÓN VIVE — AMO TUS DESLICES — TODO MENOS EL DESIERTO – Llaves de dedos fibrosos mutiplicadas en poliedros de aluminato. Hologramas de una mente que empezaba a aplanarse. Conglomerados. Taraceas en el firmamento. Tres generaciones de familias agregándose en una emoción estática; incluidos los criados androides y más androides para los cimientos. Las familias ricas apoyaban a los teams; empresas los promocionaban. Subvenciones del municipio. Arcoiris de divisas institucionales cohesionando la vida. Una de las pocas actividades de la ciudad para ambos sexos.

NO SOMOS LEGIÓN PORQUE SOMOS UNO

Fuerza, equilibrio, composición, claridad. Cada ciudadano un átomo de una gran molécula con sentido. Yo detestaba esos mórbidos meccanos. El universo unívoco de la Panconciencia. Contraluces pero no penumbras. Colores y formas bien recortadas y definiciones tajantes que dicen una inanidad. Pero bueno. Lo visible de la visión de Viol: en vez de reflejarse límpidamente entre sí, los rascacielos aceptaban la pujanza de la palabra humana reclamándole lugar a la luz. Crecían las construcciones por fotosíntesis. Una segunda naturaleza. El gobierno entendió. Esa especie de amateurismo rebelde benefició la difusión. Era la primera empresa colectiva que los ajanios emprendían en una friolera de años. Envarados, torcidos, enroscados o trenzándose, la tirantez agónica de los cuerpos se les volvía exaltación del ánimo. Cada competencia, cada exhibición espontánea se prolongaba en más y más construcciones, hasta que los cuerpos perplejos se volvían a amontonar en la holgura que habían hecho por un rato; pero exhaustos como estaban ya no podían fundirse. La astenia enrarecida se sublimaba en un clímax de arquitectura fantástica. MI EMOCIÓN ES DE TODOS.

Con disfrutar de esa nobleza habría bastado. Claro que los productos de la disciplina aumentan la disciplina. Aparte está el reto. Son fenómenos distintos. Sin embargo confluyen. Si Los Del Minarete conseguían alzar la voz DESCALABRO sobre un andamio de carne y hueso, Los Tripones se empeñaban en levantar la frase LEJOS DE LA CALAMIDAD. No como réplica. Por asociación libre. Y a medida que se ampliaba el repertorio iba surgiendo una fe mucho más dúctil y emocionante que una historia nacional. Hoy en día cualquiera tiene una colección de fotos con las palabras más



monumentales. Y se derrite pensando en lo efímeras que fueron. No se me ocurre orgullo local más persistente. Sirve para asombrar a los hijos. De vez en cuando papi cuenta algo que en realidad no vio. Ni siquiera lo vio en una foto del diario, pero qué realce da ahora recordarlo. NO POR CALLAR SE ESTÁ AUSENTE. O bien: NO BAJAREMOS LA LUNA. Figuras comentadísimas en su momento. Más tarde empezó el barroquismo. Anabolizantes en las fibras de muchachitas escuálidas especialistas en letras góticas. Miembros

recamados de conchillas formando letras de madreperla. O pintados de rojo sangre. Un doble de la ciudad hecho con los habiantes. A veces un lapsus: en lugar de CANAS aparecía CAMAS. Encajes de neuronas estancadas por atasco pulsional. Alguna vergonzosa falta de ortografía. Y entonces como reparación nuevos desafíos. SOMOS UN SALTO DE CALIDAD: los gimnastas-letra lacados de negro y los de los zócalos, pilares y arbotantes entalcados de cabo a rabo en un atardecer polícromo, y al caer la noche cada uno encendiendo la pequeña tea adherida a su frente. Textos ardiendo en el ocaso. Más bajo su canto que el clamor de la muchedumbre.

En ese apogeo Viol Minago se había confundido con las secuelas de su creación. Seguro que esta frase va a impresionar. Y es cierta. No era el promotor ni el alma sino el aficionado más perseverante. Rehuía las entrevistas. Iba atareado de un team a otro prestándose a todas las iniciativas sin tomar partido. A veces reclutaba un grupo especial de aventajados para los aforismos más difíciles. Había encontrado una razón para moverse hasta el agotamiento. No aprovechaba el glamour para coquetear. Claro que acá ni los astros de rock tienen harems, ni las divas de cine bandas de moscardones. Sólo yo sé que en sociedades más cómodas existe la expresión Tirarse una cana al aire. Aquí el culto más profundo es la distancia. Está internalizado. Pero entonces, a ver. Me gustaría preguntarle a Benaspe si alguna vez pensó qué chisporroteaba en la conciencia de Viol Minago después de haber entregado diez horas de un día de su vida al ensayo fructífero del LA DECISIÓN LO ES TODO que el sábado siguiente montaría con un alfabeteam cualquiera en el barrio Güint. Y tras la exhibición en el barrio, suprimido casi por el revoltijo a ras del suelo, la proximidad de carótidas palpitantes pero exánimes bajo gargantas bronceadas por la intemperie. Yo conozco la algarabía de esos minutos de tensión despiadada, las manos doloridas que sólo reanima el deseo, cuando a treinta metros del pavimento uno es parte del eje de una T y el cuerpo al viento resiste y vibra como un resorte prodigioso. Uno está sujeto a la pértiga de fibridio o cristaleyna. La gorra de látex le aprieta el cuero cabelludo. Mira

hacia abajo y ve caer las gotas de sudor en el espacio de desahogo urbano que el acto deja de propina. Por todo el dorso le trepa con la delicadeza posible uno de los escaladores que formará el palo transversal de la T. Uno no oye el redoble del tambor ni el arabesco de la flauta. Es pura contribución a la palabra. Siente en los hombros el peso de la compañera de arriba. La tiene asida por casi los muslos. Atisba las pantorrillas depiladísimas juzgándolas apenas con una leve añoranza nublada de ahínco. Si el compañero es hombre uno se fija algo menos. De reajo ve una ventana de poliuretano azul en una torre comercial. Desde un despacho lo observa de lado, pero fijamente, alguien que no puede suspender su importante conversación telefónica con otra isla; de todos modos se nota que está describiendo el espectáculo con que lo obsequian. Siguiendo hacia arriba uno ve los glúteos tensos de otros dos compañeros. Más allá el cielo. La palabra donde uno está encajado es ENTREGA. Una sensación de aliento enorme, más vasto que la isla, más inabarcable que la idea del Delta. Un poder duro.

Y ahora me imagino a Viol Minago bizqueando para otear el torso micénico de Belna, la que le gustaba tanto. Belna, de culo fortalecido en la velocidad del arranque y el regate, torneado por los roces callejeros. Belna. En este caso la palabra es ASPIRACIÓN. Viol no está encadenado a ella. Los separan dos coequipers. No: ella está en la pata opuesta de la segunda A. Así la debe haber visto la primera vez, actuando para Los Meridianos. Porque en tierra no había reparado tanto. De suyo va que a Benaspe no pienso formularle la pregunta que podría guiarla. Si es que quiere llegar a algún lado. Tampoco voy a adelantarme. Mi gusto es desinformar. De Belna en cambio le deslizaré una cosa o dos, para que me mande a buscarla. No así de esto: que después de los premios simbólicos y los vítores, durante las comidas de fraternidad costeadas por firmas patrocinadoras, el adulado Viol porfiaba por ignorar que estaba volviendo a aburrirse. Y entonces, entonces. Belna Gonarim tenía una empresita de plantillas de silicona para calzado; trabajo útil y rendidor en Ciudad Ajania. Joven morena clara separada de un marido tiránico. Un metro setenta y siete. Risa breve, espasmódica. Ojos de un verde terroso de agua florero; muy separados, como de mirar todo a la vez. En otros aspectos parecía dadivosa. Buen partido según los baremos de la municipalidad. Prometía algo más que el apreciadísimo desinterés por tener hijos. Tenía los dos brazos lábiles de la histérica fundamental; movedizos, no quietos de pánico. Belna y su neutra mirada de pastillómana. Decisivo no sobreestimar su papel; en todo caso inflarla ante Benaspe. Al poco tiempo la chica estrella de Los



Meridianos giraba en la órbita de Viol y en vez de acometerla, digámoslo así, él la respetaba. Ella no debía soportar que le devolvieran la imagen de lo que era en realidad; un modelo inimitable de envasado al vacío. Pero consentía. Prietas las carnes, miraba el cielo junto a la tropa de seguidores de Viol. Además, qué iba a hacer Viol si no se enamoraba. Se enamoró al mismo tiempo que el tedio empezaba a descarriarlo. Más que de las construcciones él disfrutaba del espacio sobrante que iba creando, del aleteo de los pájaros alrededor. De lo que había que disfrutar.

Cuando no estaba en el aire dominaba poco las reacciones. Frecuentes choques. La turba disputaba por dar topezatos contra él, aunque no se lo decían. Todo sumado, el hombre tomó contacto con su desasosiego. Catástrofico para un ajanio. Se compraba ropa para los banquetes. Estaba cada vez más buen mozo.

¿A quién iban dirigidos los mensajes de la Palabristica? ¿Eran pureza regalada porque sí, como el trino del ruiñeñor? ¿Como el tilín del cencerro de una vaca, como los gemidos de los amantes? He aquí las preguntas que podría hacerse Benaspe si no fuera adicta a la Panconciencia. En el marco de la Panconciencia todos los mensajes se explican mediante mensajes casi idénticos. La Panconciencia tiene doble

fondo, o triple, pero una vez que ha ocultado algo no vuelve a mostrarlo nunca. Olvida que se lo guardó. En cambio en la Palabristica había una tendencia centrífuga. Sólo era perceptible al leer las palabras que uno mismo estaba construyendo. Somáticamente. Un desdoblamiento en ese leerse a sí mismo. No era Viol el único que estaba inquieto. La turba no sólo disputaba por chocar con él. Después de deshacer ordenadamente las inmensas torres verbales o de haberse desmoronado en un intento trunco, después de abrigarse el cuerpo trajinado y tragar las bebidas frescas y masticar los dulces, la domesticada cortesía de otros tiempos se extraviaba en una inquietud recurrente. Los palabristas se habían edificado hasta la solidez pero supuraban un ansia. Así venían las borracheras. Coros de victoria progresivamente groseros. Reacciones. Toqueteo y empujones. Trifulcas. Trasnoces agrias de hogueras y madrugadas pálidas de garrotazos. Pequeños tornados de vidrio molido. Batallas alimentadas por jugos lubricantes. Un olor como a mostaza rancia y acaroína. Trastornos que no se diluían del todo en el deber de guardar fuerzas para la construcción siguiente. No del todo, pero se diluían. Dada la densidad, cada enfrentamiento convertía parte de la masa poblacional en un pastoso brebaje en ebullición; con pedazos orgánicos flotando, cartílago y grasa. También esto le parecía tolerable al municipio. Sin embargo entonces, lo mismo que hace un rato, Benaspe entró una

tarde en mi cubículo y con esa autoridad que no disimula cierto temor me dijo: Doriac, el municipio manda que observemos qué es pasando. No le pedí que se explicara mejor porque ni ellos sabían. La orden era vigilancia discreta. Seguimiento celoso. Ninguna intervención. En la brigada se precian de haber abandonado hace décadas los métodos de infiltración. Menos aún reprimir. Sueñan con la amistad entre los ajanios y su policía. Solamente yo entendí: querían enterarse de los hechos sin deducir las consecuencias. Imposible tarea. Da la impresión de que la Panconciencia lo hace. Yo no. No sé si los jefes lo han intuido. Usted es un gimnasta eximio, Doriac, cómo no va a poder, dijo Benaspe. Ah. Mi presencia creciente en este informe lo está volviendo impresentable. Cómo no lo he previsto.

Me uní al team Los Belugos. La disciplina era menos insufrible que la monomanía. Y sin embargo se sentía la belleza de las construcciones. Quizá porque yo ponía las ideas. Ganamos el torneo de la Fiesta del Sauce con un CUANDO LA LLUVIA SE INCLINA circular alzado sobre una base rotatoria de trescientos físicoculturistas. Gente de paso manso y parejo, cierto que asistidos por un pelotón de androides. Nos desplazábamos como la imagen de un dios en una procesión atada a una noria. El mensaje giraba en el cielo polícromo ofreciendo su poesía a todo espectador un poco paciente. Nuestra hinchada deliraba. A Benaspe no le diré que mi pelo largo, lacio y reluciente dejó a Viol Minago de una pieza cuando me quité la gorra de látex para saludarlo durante el reparto de premios. Fundamental otorgar que la simpatía aturdida de ese hombre me despertó una simpatía inmediata. Más que nada porque capté que estaba atrapado, él, pobre. Fue vernos y congeniar. No, no es la palabra. Cómo íbamos a entendernos. Era algo distinto del entendimiento. Yo estaba obligado a fingir. Además quería fingir. Por motivos personales de alcance más largo. Apúntese la oscuridad tenebrosa de este giro verbal. Qué linda demostración, amigo..., me dijo Viol con franca envidia y generosidad más franca. Sargento Doriac, completé yo. ¿Sargento?, se sorprendió él. ¿Y eso cómo? Nunca le oí una oración medianamente larga; nunca una subordinada ni un giro complejo. Tenía una facilidad de palabra únicamente constructiva. Le dije que me gustaba aportar a nuestro deporte el adiestramiento de la brigada. Viol me palmeó el hombro. Entonces yo le dije que lo admiraba mucho. No fue fácil ceder esa verdad. Él la recibió con un parpadeo de niño que ve por primera vez el mar. Esa noche deambulamos mucho rato juntos por el amasijo de la fiesta. Tuve que repartir unos porrazos para abortar una refriega. Realmente lo hice con ganas, sobre todo porque igual



después volvieron a trenzarse. Cáfila de impotentes. Vandalitos. Yo quería que siguieran; la porción irrefrenable de mí ya debía estar reuniendo material para el plan que ahora voy a cuajar; con sus alternativas completas. Belna andaba por ahí. Constante y escurridiza. También con Belna simpatizamos. Se me amarga algo adentro cuando la nombro. Algo también se me aviva. Hacia la madrugada fui con varios más a una disco donde Viol nos agasajó con mezclas y remezclas de musiquinas que según decía le habían sugerido las palabras. La inquietud cinética del pobre se proyectaba hacia el objeto más próximo. Mi nariz. Mi perfil. Mi pelo. Era angustioso verlo: una crisálida que se resquebraja para dejar libre una criatura exactamente igual. Me quedé en la barra con un batido de cocomint en la mano observándolo saltar espasmódicamente en la consola. Después bailé en un corro donde descollaban las curvas impalpables de Belna. Acribillados por descargas de luz estroboscópica nos elogiamos las respectivas cabelleras. Quede bien grabado que fue ella la que empezó. Bebía whisky con agua a sorbitos milimétricos. Ojos de celuloide sensible quemado ya de origen. Yo no tengo el don ajanio del piropo diplomático. Cuando me burbujan las glándulas incluso tartamudeo. No sé cuántos aquí conocen ese

efecto. Seguro que Viol no. Al amanecer en la calle semirrepleta, achispada como estaba ella había perdido la rectitud física. Un vaso de plástico con cerveza en la mano. Caminaba con el pubis salido y las rodillas un poco dobladas como alguien que pide que lo ayuden a rendirse. No menos angustioso que lo de Viol, es de apuntar. A veces se apoyaba en mí como en un pariente y decía Ay, perdón. Respecto a Viol guardaba una distancia por lo menos sugestiva. Sin embargo cuando yo decidí despedirme y Viol se ofreció a acompañarla hasta la casa le preguntó para qué, si había tanta gente ya en todas partes y estaba amaneciendo. Él le susurró que para estar juntos un rato más. Nada menos que Viol Minago, el creador de la Palabristica. Pero ella le tiró la cerveza a la cara, y el vaso. Recuperó la sobriedad, pidió unas disculpas auténticas y se fue bien erguida entre la marejada somnolienta. Viol quedó maltrecho. Pero no era la fama lo que lo había malcriado. Estaba mal dispuesto para los desplantes por la condición de hijo único. Belna en cambio era un caso interesantísimo. Hija menor de una familia numerosa de esas tan despreciadas que viven en casas de planta cercanas a la Perimetral; con varias habitaciones diminutas. De verlos vivir en una casa la comunidad los odia todavía más. Los hijos se educan en el rencor hacia el rencor, afilándose en la obligación primordial de no estrellarse nunca con nadie para no subrayar la presencia. O la apariencia, convendría pensarlo. Los hijos se saben producto

privilegiado de la irresponsabilidad. El menor suele ser la punta casi invisible de un lápiz grupal que vive rebajándose el grosor. En ese caso la belleza de mujer o de hombre debe ser ligerísima para no destruirse en la contradicción.

No puedo parar. No puedo. He tenido este síntoma otras veces pero ahora es más violento. La conciencia vacía se llenó de sus propios residuos. He olvidado que me hablo a partir de un cuerpo. Hace un rato Benaspe me saludó a través del vidrio y apagó la luz del corredor y después pasó el guarda nocturno y ahora apenas se oye el cotorreo lejano de los de la guardia. Mi cubículo es una isla en una ciudad de clausura de una isla de un archipiélago de un Delta y no sé adónde voy. Divierte, en parte. No, qué va a divertir. Pero algo sé. Sé de los años de formación de Belna. Un pudor enérgico y alegre. Nervios lisos de alarma. Consumo juicioso: una blusita, un pintalabios, pocas recompensas más. Glúteos torneados en el zigzag, el arranque, la frenada y el giro callejero instantáneos. Olvido. Ignorancia del cansancio que ha acumulado un millón de fintas. Me estoy repitiendo. Fumar estimula la iteración. En las vacías oficinas de la brigada mi pecera azul brilla con luz consecuente como un ojo desvelado en una idea inamovible. Toda la actividad de mi cuerpo tiende a aglutinarse en un escozor puntual, una suerte de pubalgia que de más está decirlo me niego a apaciguar mediante el onanismo. Hay que forzar la imaginación y después el tedio se redobla. Tampoco me gusta despilfarrar la semilla. Sigamos entonces. Mañana tendré que presentar mi informe con retazos de este cachivache, pero cualquiera que lea aun a vuelo de pájaro a estas alturas estará suplicando que termine. Doriac, no me castigue más; abrevie. Me pregunto por qué habré hecho lo que hice. Vil es una palabra gravosa pero, en fin, confesemos: desembarazarme tan a menudo de la Panconciencia me ha hecho malo. Malo. Y no es tanto que la Panconciencia le imponga a la mente un marco moral. La Panconciencia es un embuste; pero tal vez sea más falsa la pretensión de que puede acallarse el Locutor Interior. El Locutor Interior no se calla nunca; se reproduce, renace, se replica; dura lo que dura el cuerpo de su huésped. Para quitarle la palabra hay que renegar de uno mismo. He aquí la prueba de su vitalidad. Si hablo él habla conmigo. Tiene tantos avatares. O sea que es el fracaso del silencio lo que me ha vuelto malo. No obstante me ha dado un especial discernimiento. Veo las grietas de esta comunidad; por ahí penetro y rasgo. Infecto. Aparte de eso, ¿quién en la brigada desdeñaría una ocasión de descollar? Exhibir mis cualidades para lograr un ascenso. Un alivio para mi futura familia. Cuando haya ascendido tendré muchos



hijos, que es lo que quise siempre, y como ahora comprendo que quise siempre conseguiré hacerme bastante abominable. Bien se ve entonces, Doriac, que. De dónde esta voz que me increpa ahora. Bah. Bien se ve, Doriac, que en esta ciudad no hay otra salida que ascender. Es decir: no hay salida. Por eso hice lo que hice. Aquí está, he cerrado el argumento. No perdamos más tiempo. Adelante rápido, un esquema para mí. Luego el residuo para ellos.

Consolidado en herramienta de la brigada contra las inanes grescas nocturnas, acentué mi colaboración con Los Belugos. Mujeres y hombres de buena voluntad, amigos que hice, insensiblemente proclives a dejarse comer el coco mientras creían progresar en plasticidad. Y progresaban, por qué no. Nunca fui enemigo de las cosas bien hechas. Para la Fiesta del Mosto hubo esa gala estelar en el jardín de Cherebur donde los mejores alfabetams presentaban sus creaciones más picantes. RÁSCAME – EL BAÑO PUEDE ESPERAR – Ese estilo. Presentamos una consigna zumbona encaminada aposta al discreto repudio y la discreta adhesión. Por partes aproximadamente iguales. Un destacamento del quartier del Belug vestido de beige intrascendente nos prestó los lomos para alzar un soporte de treinta metros donde los especialistas escribimos algo no visto hasta entonces. Una frase en tres pisos con la palabra más corta en el medio. De apoyo usamos láminas de policarbonato.

QUEREMOS

MÁS

ORGÍAS

Se acercaba el verano. Llevábamos bañadores escuetos y el cuerpo pintado de rojo ketchup. Elegimos tan puntillosamente la orientación y el instante que el sol se desangró entre las letras. Yo era el travesaño de la A central. Insosteniblemente dividido entre la presión de los de arriba y la concentración aferrada del equilibrio, pude leernos pese a todo y la frase me laceró. Mi vida se estaba grabando en el aire. No creo que ese dolor haya contribuido poco a impulsarme en los días que vinieron. Nos aplaudieron porque era embarazoso no aplaudirnos, pero no nos premiaron. A la tarde siguiente se verificó el consabido encuentro de evaluación entre delegados y voluntarios. Las felicitaciones copiosas que derramó Viol nacían de la inquietud y se precipitaban a esconderla; como un río que crece para disimular las piedras que le entorpecen el curso. Queremos más orgías. Queremos más orgías: así el rumor. Pero entonces el río puede desbordarse. Es curioso como a veces el pensamiento avanza por metáforas. Puede desbordarse, en efecto, el río. En eso reparé sin querer. Viol no cabía en sí. En cambio la

delegada Belna opinó que nuestra construcción había sido vulgar. Belna irascible. Indignada y mustia también. Se quitó un mechón del pelo que le recortaba el rostro. Una construcción burda y grosera. Miró a Viol. Entonces me di cuenta de que se estaba defendiendo, de mí, claro, pero también de algo más. Y dejemos constancia de que yo no me lo había propuesto. Yo no supe qué me había propuesto hasta que vi a Belna defendiéndose mediante la indignación; y hasta que entendí en qué medida Viol no sólo era el impulsor de la Palabristica sino la piedra miliar. Viol sonrió porque estaba forzado a comprender. Belna le devolvió una sonrisa de íntima connivencia. Viol se derritió. Un gesto agrio, sin embargo, como una sarna del aire. Estaban ateridos en la conservación de esa cercanía sistemática y difusa. No había salida.

Reaccioné, como se dice, visceralmente. Esta palabra le encantaría a Benaspe; sólo que no la oíría nunca. Reaccioné arguyendo que sin cierta naturalidad no íbamos a ganar más altura. Viol asentía. Con la cabeza. Belna me miraba el pelo, que sé arremolinar tan lindo cuando me cuadra. Dije que si no aflojábamos la tensión íbamos a terminar escribiendo apretura en vez de apertura y que la comunidad pagaría caros esos lapsus. Belna se reía de soslayo con un temblor parco de los hombros, como si sollozase. Pero era sarcasmo; es decir, más defensa. Decía que toda la naturalidad de las construcciones residía en la ambición. Entonces propuse que zanjáramos esa controversia boba con un esfuerzo redoblado. Propuse un desafío entre Los Belugos y Los Meridianos. Aunque pocos se animaran a manifestarlo, todos los grupos se relamían soñando con justas de a dos. Daban mucho más realce. Así que Belna aceptó en seguida. Una medida inconsulta que ratificó mi ascendiente sobre ella. Viol estaba tan indeciso que hubo que azuzarlo para que se integrara a Los Meridianos. Claro que a mí me venía de perillas. Una de las reglas consistiría en que las dos construcciones fueran giratorias. También esto fue ocurrencia mía; como si antes de desplegarse el asunto entero hubiese sido ya un ovillo en mi cráneo. En los días ajetreados y bulliciosos de preparación calculé cuánto más de lo prudente los estaría juntando la tarea, y por equis medios logré inducir a Viol a que pasara al acto. Le propuso matrimonio a Belna. Lo sé porque me lo contó. No tenía a nadie en quien confiarse, y lo espoleaba una inquietud no exclusivamente libidinosa. No, no es verdad: le propuso matrimonio y yo me enteré por uno de los espías que suelen circular entre los grupos antes de las competencias. De todos modos es lo que se suele hacer aquí: ¿Quieres casarte conmigo, prenda? Se dice antes del beso, incluso, o inmediatamente después. No siempre el solicitado



quiere. Es casi riesgoso. De modo que sin duda no fue culpa de mi influencia. Obra mía en cambio fue la rabia progresiva que despertó el rumor. A buena parte de los nuevos vándalos la enfurecía que Viol Minago pensara casarse. Yo me encargué de fustigarlos. No paré hasta verlos persuadidos de que su propulsor los iba a traicionar. Hay un aire cenobial y obtuso en los alfabeteamas más dedicados. Un militarismo monástico. A punto fijo no lo sé, pero supongamos que esos dos llegaron a besarse. Un beso de lengua no se le niega a nadie. Bien. Insistí mucho en esa imagen disolvente. Como era de esperar, tras el beso Belna le rogó a Viol que postergasen la decisión para después del torneo. Sería injusto decir que él se mordía las uñas de incertidumbre. También era un producto tradicional ajano, al fin y al cabo. Tanto como de la conquista gozaba de la dilación y la expectativa. Más. Durante los ensayos de madrugada admirar a Belna inconmensurable, alargadísima, untuosa de rocío. Verla exclusivamente concentrada en la labor. Y así. Pero el tipo quería casarse. Como yo, por lo demás.

Benaspe me ha dicho varias veces, y hay que darlo por cierto, que la frase que ese mediodía Los Meridianos ensamblaron en palabras esmeralda entre las torres de la rotonda Garip,

VERDE ES EL ÁRBOL
DE LA VIDA,

era mucho más fascinante que la de Los Belugos:
ORDENAR LA VIDA ES DIFÍCIL COMO FORJAR
HIERRO FRÍO.

Sobre todo porque ésta, la nuestra, demandaba un esfuerzo de interpretación demoledor. Y no hay que demandar esfuerzos demoledores cuando el público está consustanciando con el afán agónico de los gimnastas. Nada importó además que nuestra frase escéptica fuese original y la otra un plagio. Ni yo ni nadie estaba en condiciones de probar a quién habían plagiado Los Meridianos. Era una sensación, nada más. O sea que como siempre el contenido no hizo diferencia. Si nos dieron el trofeo a nosotros fue porque 1) el mecanismo de torres rotatorias puede ser más sólido y más elevado cuando sostiene carteles de una sola línea; 2) el cartel de ellos giraba en plano, ofreciéndose entero a cada grupo sucesivo de espectadores, de modo que entre lectura y lectura cada cual vivía un hiato; pero el nuestro era una cinta sinfín, con el final de la frase unido al comienzo, y así halagaba la supuesta continuidad de la Panconciencia; 3) la curvatura de nuestro cartel le daba un garbo desusado; 4) nuestra construcción cimbreaba menos; 5) el sistema de luces intermitentes que adosamos a los maillots dio a nuestras palabras un plus de alarma o de urgencia que, por no

entenderse, acentuó la impresión de cumplimiento. Ganar era importantísimo, porque Belna no se hubiera entregado a un perdedor. Pero yo aún no lo sabía. En cambio sí supe, no bien en el suelo divisé la dulce idiotez en la cara de Viol, que le había sucedido lo que mi imaginación comatosa se proponía, porque también me había sucedido a mí.

Aun en el ensimismamiento de una torre palabrística enorme, en medio de la compenetración con dos o tres mil compañeros acerados, el ritmo lerdo de la frase rotativa da un resquicio a la distracción. Y aun entre los imponentes edificios de Ciudad Ajania, el que ha ido acumulando aburrimiento encuentra un resquicio para dedicarse a mirar. Cuando se mira mucho al fin se ve. Y ese día, hecho palo superior de una E a setenta metros de altura, el inquieto Viol se dio la pausa suficiente para ver. Vio más allá de la Perimetral. O mejor: en el poste de su E vio los inmarcesibles pezones de Belna afilados por la brisa a una distancia breve pero insalvable, digamos cuatro metros de mediodía soleado, y en el mismo borbotón de tiempo vio una distancia ilimitada pero accesible. La isla. Con el ojo amplificado del distraído vio una vieja minúscula agachándose en un huerto a recoger una papa. En una charca, sobre una hoja podrida, vio un lagarto barbudo enganchado a un anzuelo. Vio el talón descalzo y calloso del chico que tiraba del cordel. El penacho de humo alzándose de un sábalo asado en una porosa playa de río. Un hombre gordo chupándose los dedos a la sombra de una acacia. Vio una extensión de fango resinoso donde se atrofian hasta los laureles, cruzada de acueductos y agujereados trechos de asfalto y pasarelas de aluminio que unen antiguas viviendas obreras, rotas las más, algunas todavía habitadas, y entre los pilares bandas escuálidas de atracadores pesimistas. Es asombroso cómo la memoria repite las erupciones del pensamiento. ¿No pensé ya todo esto? Vio una pulsación de vida peligrosa, lánguida y arrítmica, como de tejido con necrosis. Gallinazos saprozoicos de carne fétida, malqueridos por los cazadores. Dragas varadas desde crecientes inmemoriales. Gente, gente desvaída. Carbón desparramado entre frigoríficos de ventanas rotas. Mantas mojadas, lápidas, chasis, caños, gasolineras fantasmas, vagones empapelados de diarios. Maletas robadas del aeropuerto. Vías de tren que acaban de golpe en las lomas peladas. Vio, cerca de las riberas, aldeas como de pan negro desmigajado. Unos pobladores rubios y ariscos que secaban juncos; con el alquitrán de las rías habían hecho unos enormes montículos que la guía turística de la isla llamaba Tortas de Aján. No las había visto nunca. Lo vio todo panorámicamente porque giraba con la estructura sobre los lomos



pétreos de cuatrocientos andróides. Vio ruinas; sopor, abandono y soledad; un espacio eximido de definirse. Vio latitud, lasitud y pereza; cuerpos magros o rechonchos reinando sobre sus lugares. Vio una mente vencida pero en blanco. Yo he atisbado esa mente en blanco, en mis tardes. Da miedo, no se sabe a qué. En todo caso no a caer en ese estado, sino a la sorprendente proximidad de la lejanía. No hay palabras en la Panconciencia ni en la Palabrística para describir el efecto. El amor. El amor tiene el mismo rango. También el amor me ha hecho malo. Y Viol: la relación entre el titánico recato de Belna, inalcanzable en el fondo como un estandarte, y la inmediatez de un pescado asándose en una playa desierta, dejó a Viol blanduzco y encandilado.

Yo no podía demorarme. Seduje a Belna. El hecho de que ella no me quisiera facilitó el procedimiento, sumado a mi deseable condición de policía. Se han contado opíparas mentiras sobre la dureza de los varones de la brigada. Por otra parte yo la deseaba tanto como para que ella viese reflejadas en mí las ganas que no se decidía a volcar en otra parte. Belna es una mujer muy linda y muy amorosa cuando uno la está abrazando. A cinco centímetros de distancia vuelve a ser una cariátide. Me quería tan poco que no paraba de contarme cosas íntimas. Aunque quizás hablara sólo para no mirarme. Un dedo me acariciaba el cuello y todo el resto de ella se evadía. No habría cedido al impulso si Los Belugos no hubiéramos ganado el desafío. No fue un impulso, sino rabia hacia Viol; y compasión. Tampoco habría cedido si mi pelo no hubiera sido un milagro de suavidad entre las cabelleras ajanias resacas de porcelanosis. Tampoco si no hubiera querido sentirse lo bastante mala para no merecer a Viol. Son todas explicaciones aritméticas del deseo que implanta la Panconciencia. También a mí se me han ocurrido, aunque me cuidó de descartarlas. No estoy seguro de haberme librado de la Panconciencia. Esa medianoche en este mismo sillón de mi oficina, aferrado al cuerpo ausente de Belna bajo la luz azul de la pecera, decidí cortar de raíz el dolor que se avvicinaba. Le dije que yo con ella quería tener hijos. Era tan prístinamente cierto que ella sólo atinó a entregarse de nuevo. La acción silencio. Pero en ese lance ya no me besó, claro, ni después de vestirnos volvimos a hablar mucho. Quizá ahora conversar con ella un momento me aliviase. No es que sea una herida lo que llevo. A veces me siento descompensado, como si hubiera perdido una mano. Lo bueno de esta falta es que contribuye a alimentarme la maldad. De todos modos volveré a conversar con Belna cuando me firmen la orden de arresto. Bueno. Algo después de eso Belna le comunicó a Viol que antes de construir un refugio afectuoso a ras

del suelo, o en todo caso sobre la segura base de un piso vigésimo tercero, prefería seguir edificando palabras deseosas en el cielo. Más que despecho Viol debe haber sentido temor. ¿Él había contribuido a inculcar ideas como ésas? Cuando justo esos días le sugerí maliciosamente que sus discípulos podían traicionarlo me miró con pena. Pena por mí. Quizá me lo estoy figurando. Alucinaciones olfativas. Hojas de lavanda maceradas en jugos lubricantes. Esto lo pongo yo. El olor perseverante del recato. Todos creyeron que Viol andaba embotado de dolor. Equivocados. Viol había visto la distancia y no había más salidas.

Me he quedado dormido como un tronco sobre el pupitre y de los meandros de mi cuerpo el cerebro hizo sueños volcánicos. De ninguno me acuerdo una sola escena. En cuanto abrí los ojos la Panconciencia me trajo la lista de tareas del día, la invitación a mirarme en el espejo, la nostalgia de Belna, el proyecto de hacer café y la anticipación del sabroso calor azucarado, y el Locutor Interior empezó a recordar que me he metido en un dislate agotador. Los apagué a los dos de un capirotazo. Me imbuyo de presente. Eso creo. Dentro de poco va a amanecer y desde las cortinas de los cubículos exteriores una claridad mugrienta vendrá a mancillar el azul crisoberilo de mi pecera. Benaspe va a presentarse con una sonrisa cooperativa y perentoria. No hay problema. Tendrá su informe impreso. No descarto que la adicción de Benaspe a la Panconciencia sea una elección bien meditada. Puede que la tipa haya pasado por la aventurita de la conciencia desnuda; que después de un intento vano de limpiarla de ingredientes propios haya optado por el ruido igualmente impuro pero al menos coordinado de la Pan. Un ruido social. No descarto que Benaspe sea tan sagaz como yo. Pero se equivoca si cree que la experiencia enseña sólo en esa dirección. Si ella escarmentó de su desquicio individual, yo de la Panconciencia he aprendido a simular raciocinio. El municipio se tragará mi esquema. Espero. En una situación de grandes aperturas generales surgió un hombre que miraba hacia arriba. Su imaginación nostálgica concibió el deporte de alzar andamios humanos para escribir en el cielo las palabras de la ambición. El impulso grupal agigantó las construcciones. Les dio belleza artística. Ciudad Ajania supo que podía hacerse espacios nuevos llevando el verbo cada vez más alto. Creció una pasión sublime. Pero un día el conductor de la grey cometió la vulgaridad de embobarse con lo cercano. Lo vieron mirando un cuerpo que caminaba. Prendido a una falda. Antes de que se derrumbase resolvieron convertirlo en mito. Caput. Pensaremos también en las últimas batallas nocturnas. Los



Meridianos pueden no haberle perdonado la derrota. Un vestigio arcaico de sacrificio. Está superbién esta hipótesis. Les va a gustar; la Panconciencia está impregnada de melodrama policíaco. Y mis años en la calle me han hecho mañoso en esparcir pruebas falsas. Me tendrán unas semanas olisqueando las peleas entre los miembros más integristas de los teams. Encontraré sospechosos. Traeré a Belna para interrogarla. Después de actuar fastidio unas horas ella confesará, porque en el fondo será un gusto, que efectivamente Viol Minago le había propuesto matrimonio. Su verde mirada de permafrost despertará algún recelo y mucha admiración en Benaspe y el fiscal del municipio. Los glúteos de titanio en la silla de los interrogados. Ese pecho. El polen oculto de su pujanza. Yo no voy a decir nada. Todos creemos que es la única sucesora de Viol convencida de la misión de la Palabrística. Me callaré el comentario de que Viol no tenía ninguna misión, ni lo creía. Allá irá Belna de vuelta al aire. Caerán otros sospechosos. Gente maciza en los primeros peldaños del alcoholismo. Aturdidos por el desborde de las preguntas; no las nuestras sino las suyas. Impedidos de expresar la intuición insoportable de que Viol se fue, simplemente, y por decisión propia. Parecerá que ocultan datos. Recibirán

coscorriones. Volará algún diente. Nada que afee irreparablemente una cara. Más silencio, y al fin: Doriac, estos tipos no saben nada. Estoy de acuerdo, diré yo. Se archivará el caso. En la estela de un dolor menguante se instituirá una jornada para que los teams presenten leyendas de homenaje al fundador. Dada la inconveniencia de un monumento, circulará una medalla con la efigie. Tampoco es irreparable. Ya hoy la Palabrística tiene en los manuales de historia ocho veces más páginas que el viaje inicial de Aján. Dejemos esto.

Sé que hay varias islas del Delta que reniegan de enchufar sus comunidades a la Panconciencia. Interesa preguntarse qué tipo de contacto mantendrán con el resto. O entre ellas. Quizá la falta de una mentalidad general incline a la gente a contarse chismes, tanto para tener información como para intercambiar pareceres. Probablemente existan puntos de vista. Es rara la conciencia que funciona sola. Me lo imagino. El curso discontinuo del tiempo provoca vaídos. Desborda la perplejidad. Nace un apego a las acciones inmediatas, o un desapego bienintencionado. Mucho olor glandular. Cambios de actitud. Prestar atención al canto del tacotí. Desplazarse despacio, con negligencia, con torpeza. Lijar una madera. Hacerse un nicho en un camión abandonado. Así deben ser las afueras de nuestra ciudad, la isla entera, aparte de las emboscadas y el hambre. Mientras me dedico a completar el aparato de vigilancia, rastreo y provocación entre los teams, Viol bien puede darse una amplia vuelta por ahí. Que aprenda a hacer fuego con

madera húmeda. A robar melones. A adormilarse al mediodía mirando totoras. Que confraternice con un díler de analgésicos y se aparee con una mujer que acumula cartones. Que pase el tiempo lamiendo morosamente el corpachón grueso de la muchacha, sus redundancias y asimetrías, hurgándole los orificios no del todo limpios, probando humores copiosos y deliciosos. Besar y pasear. Desperzarse. Perderse. Tener frío, tiña y sarna. Sufrir quizás el odio sanguinario de un aldeano. Tener que cuidarse la espalda. Deshollar un gato para comerlo con los vecinos; bien aderezado. Desmalezar terreno para sembrar tomates. Paciencia para reparar el motor de una bicicleta eléctrica. Considerando el temperamento, seguro que se hará una choza complicada en una loma con vista. Mezclará ruidos en la cabeza. ¿Bailará? Quizá pierda un dedo en una pelea, pero salve a gatas la vida. Entonces sentirá el llamado. Cuando vuelva aquí la Palabristica estará agonizando, sostenida por una Belna de brillo crepuscular. Me figuro ese presente. Con un poco de suerte, donde supo estar Viol hay sobre todo tumulto y jadeos. Viol viene a verme, hirsuto, un poco maloliente, recio, mucho más interesante con su dedo de menos. Quizá me pregunta qué se ha hecho de Belna. No en seguida, claro. Esto es secundario. Yo lo recibo, y es como si me hubiera realizado; porque Viol cuenta lo que mi pensamiento concibió para él. Mejor todavía, me da motivos para seguir pensando. A él lo roe otra vez ese impulso inquieto. Ha reflexionado muchas veces en que fue el padre de un mamarracho. Entonces celebra el desbarajuste y la rabia de las calles. Muchos de los viejos palabristas son hoy gente que da codazos, palpa, desbarata, gañe y grita, escupe al reírse o al comer, insulta, se ofusca, derriba. Cursilería lúbrica en los umbrales. Una módica destrucción. Van a tener que enfrentarnos, y entonces pediremos auxilio a los de afuera. Nos volveremos como ellos. Todo el mundo hablará bastante. Descubrirán que entenderse es difícil. Es probable que inventemos algo nuevo. Es probable que hagamos algo nuevo. Viol tendrá su monumento. Tieso en mi sillón bajo la luz de la pecera yo empiezo a levantarlo ahora. La última proeza de la Palabristica será un bastión empinadísimo coronado por una figura de cuatro caras. Cada cara dirá lo mismo sobre el terso cielo desabrado:

EL FIN,

y el cerebro de ese mensaje seré yo, primer policía del espacio roto.

Sin embargo. Sin embargo algo me duele por dentro. Bueno.

Bueno, sé qué cosa es. Porque tampoco debemos desechar la posibilidad de que Viol haya muerto. Lo mató Belna, por ejemplo, con sus propias manos o valiéndose de otras, despechada porque Viol no le impidió entregarse a mí. O por una razón que desconozco. También desconozco qué pensaba de Viol el municipio. No quiero ni pensar cómo sería encontrarme con el cadáver de Viol. Si lo que he inventado es cierto me va a costar. Mi hipótesis sería un

retazo de un tejido que me excede. Tendré que justificar por qué no participo en la construcción de carteles más altos y elocuentes. Tendré que seguir participando. Agarrado. Anquilosado. Siempre habrá entre Belna y yo una corriente de electricidad luctuosa. Pero ella será acróbata y pitonisa de los mensajes. Estoy empezando a cansarme y es tan temprano. La rendija por donde se cuelan nuevos postulados estaría revelando el eterno doble fondo de la Panconciencia. Una voz me habla siempre y no en todos los casos sé si es mía. He dado un rodeo tan largo que vuelvo a estar aquí, tibio de pensar y haber hecho, tumbado como un gato, mientras en el pasillo ya repican los tacos de las sandalias de Benaspe. A través del vidrio le veo el cuerpo listo a adaptarse a las ángulos amenazantes de los muchos elementos de mi despacho. Sabe que es un lugar angosto. Abre la puerta y se desliza. Abre la boca. Otra voz empieza a relevarme. Otra voz. Ya empieza.



Patafísica

la ciencia de las soluciones imaginarias

Patafísica y Conocimiento

CHRISTIAN FERRER

¿Qué es Patafísica? No es una burlona superación de la metafísica. Quizás se la pueda definir como una *percepción física* del mundo. Una manera de hacerlo formulable de modo distinto al acostumbrado. O quizás sea, con precisión, *la ciencia*. Es, además, un saber inventado por Alfred Jarry a fines del siglo pasado que le permitió trascender las limitaciones que la «literatura» le imponía a su obra. Ese saber no es otra cosa que un arte de vivir. La patafísica (que los miembros del Colegio que lleva ese nombre escriben con apóstrofe: *patafísica*) junto a la figura marionética del Padre Ubú, le valió la eternidad a Jarry, quien nació el Día de la Natividad de la Santa Virgen de 1873 y murió el Día de Todos los

*Este dossier ha sido preparado por
Margarita Martínez, Christian Ferrer,
Adriana Gómez y Juan P. Ringelheim.*

Santos de 1907. Jarry era bretón, y su madre y hermano pasaron largas temporadas en el manicomio, institución que Jarry trocó por las pensiones y los cafés parisinos. Resumamos su vida como la historia de una urgencia y la de un suicidio gradual a través del consumo inmoderado de ajeno y éter.

Vanguardista acicateado por un genio anárquico; escritor simbolista; *raro*. Así congelan a Jarry los historiadores de la literatura. Pero aunque no era conservador ni taxidermista, aquel estudiante de provincias había absorbido una buena dosis de Esquilo y de Shakespeare. En el ciclo de cuatro obras dedicado al Padre Ubú, o bien en sus comentarios sobre hechos de actualidad publicados en revistas, o en sus breves novelas, la cita culta se encastra con la bufonería monstruosa, la estructura narrativa del drama clásico con el humor arbitrario, la ironía elegante con la grosería. Jarry, buen lector de Rabelais, unió el impulso de la vanguardia al mundo lingüístico popular. *Ubú Rey*, epopeya farsesca y tragedia cómica, comienza con una primera línea ya histórica: «¡Mierdra!».

Jarry tenía quince años cuando el voluminoso Ubú se le apareció en la escuela secundaria. ¿Cómo es posible? La aversión por un profesor de física origina una figura literaria excepcional y un intento de trastocar los apogemas de la ciencia. Difícilmente Monsieur

Hébert, ignoto y pedante profesor de liceo francés, imaginaría que su alumno Alfred Jarry lo inmortalizaría bajo la figura del Padre Ubú, una suerte de Don Quijote de comparsa, cruza de codicioso comisario de policía de la provincia de Buenos Aires y de granujiento gordo porcel. En una primera imagen acuñada a los quince años, luego perfeccionada, ya encontramos lo esencial del personaje: una panza de proporciones inmensas, tres dientes -uno de piedra, otro de hierro y el restante de madera-, una oreja única y retráctil, y un cuerpo tan amorfo que si se caía ya no podía volver a ponerse en pié. Y además, el personaje carece de conciencia sobre su propia monstruosidad física, ética y política. Doblemente peligroso entonces. Cyril Conolly lo definió como «el Papá Noel de la Era Atómica»: Mr. Burns bastante excedido de peso. Ubú, que se presenta a sí mismo como «ex-monarca de Polonia y de Aragón y Doctor en Patafísica» es la caricatura del ciudadano moderno, tan canalla en su conducta cotidiana como fervoroso creyente en la ciencia y el progreso.

La primera mención de Ubú se publica en *L'Echo de Paris* un 23 de abril de 1893. Y no es sorpresa que Ubú sea un rey polaco. Polonia fue una causa célebre en el siglo XIX, cuando Francia rebullía de exiliados que, de Chopin a Paderewski, la transformaron en su albergue preferido. No pocos de ellos constituyeron el lumpengeneralato de las revoluciones de 1848 y 1871. Con Ubú, Jarry contribuye a su manera a la causa de la libertad de un país entonces inexistente. Tampoco sorprende que uno de los Ubués más libertarios del ciclo, el *Ubú Encadenado*, se representara por primera vez en 1937, durante la guerra civil española. Ya antes los surrealistas lo habían transformado en santo patrón; André Bretón define a Jarry como «cabeza de tormenta» y en 1927 Antonin Artaud funda el «Théâtre Alfred Jarry». Al fin, en 1949, amigos y admiradores del escritor francés, quien murió en la miseria y casi en el anonimato, organizan el Colegio de Patafísica con el objetivo de resguardar su obra y memoria, y también con el de pasarla bomba a su costa. La

historia del Colegio de Patafísica es también la historia del arte de vanguardia del siglo XX (Miro y Duchamp eran algunos de sus miembros), pero también se cruzan en él las vanguardias posteriores a la Segunda Guerra Mundial: Jean Dubuffet (Art Brut), Asgern Jorn (Grupo Cobra), Enrico Baj (Situacionismo) y muchas otras. Jacques Prevert, Boris Vian, Raymond Queneau fueron algunos de sus miembros. También lo fueron Groucho, Chico y Harpo Marx.

El Colegio de Patafísica no tiene intenciones evangelizadoras ni proselitistas. Existe según las reglas

estrictas de un organigrama propio, en su propia temporalidad e, incluso, en estado de ocultación. El Colegio, tal cual los revolucionarios de 1789, instituyó un mundo simbólico propio. Basta prestar atención a los detalles del calendario, del organigrama y del planisferio del Colegio para disponer de una idea del mundo de los patafísicos. El *Calendario Patafísico* especifica *afinidades electivas*: Swift, Carroll, Satie, Lautremont, Van Gogh; *personajes del*

ciclo ubuesco: los Palotines, Bosse-de-Nage, Faustroll; *chistes y mofas*: Saint Lazare, estación; San Doblemano, ideólogo; San Priapo, francotirador; San Dios, jubilado; Santa Pirotecnia, iluminada; San Caracol, sibarita; San Sexo, estilista; San Landrú, ginecólogo; y al fin *autorreconocimientos internos al propio Colegio*: Santa Rrosa Selavy, San Cravan, San Cap. Este panteón privado equivale a la autocelebración. Podría creerse que se trata de un juego, de no ser porque nos encontramos ante *El*

Gran Juego: un intento de destrucción de un mundo tiranizado por la mentira, la identidad, la estupidez y la solemnidad. Por otra parte, bien sabido es que la instauración de un calendario supone una nueva cosmología, el bautismo de una época. La Revolución Francesa es el ejemplo clásico de renovación de un mundo.

A su vez, el Organigrama del Colegio remeda paródicamente a los estatutos de los clubes de barrio y de los organismos internacionales tanto como a la arquitectura de las Constituciones de los Estados Nacionales y a las esmeradas planificaciones de las sociedades utópicas. El Planisferio Patafísico enfatiza el carácter espiritual de la ciencia cartográfica y de los hechos geográficos. Unos años antes, en otra proyección cartográfica fruto esta vez de los surrealistas, París es enorme pero Francia pequeña, La Isla de Pascua gigante en relación al tamaño de Australia, Argentina es nula pero Tierra del Fuego tiene un tamaño descomunal y China es importante pero Inglaterra no califica. Los países y ciudades son considerados desde el punto de vista de su contribución a la historia del espíritu. El planisferio expresa la sustancia de la sectas secretas: un puñado de personas dispersas por el mundo y *situadas* entre el océano de sus contemporáneos son las que sostienen el mundo. En ocasiones, hasta lo transforman, como lo prueba la historia de las Internacionales Obreras.

Pero más que en la saga ubuesca, fue en una novela editada postumamente, *Hechos y Dichos del Doctor Faustroll*, donde Jarry reveló algunas claves de la Patafísica. Se trata de una suerte de novela de aventuras al estilo de Verne y al mismo tiempo la narración hace recordar a *La Odisea* o a la deriva de Noé. Una vez más lo culto y lo popular trastocados. En la biblioteca del propio Faustroll se encuentran obras de Lautremont y Coleridge, de Cyrano de Bergerac y Baudelaire, de Mallarmé y *Las Mil y Una Noches*. En la novela, así como en las columnas inclasificables que Jarry publicaba en revistas con el título de *Gestas* y de *Especulaciones* se evidencia la

importancia concedida a la cultura de la divulgación científica y a las innovaciones técnicas. En el subtítulo del libro se lee «novela neo-científica». De por sí, el nombre de Faustroll se compone de «Fausto» y de «Troll», palabra escandinava que significa «gnomo»: *el gnomo de la ciencia*.

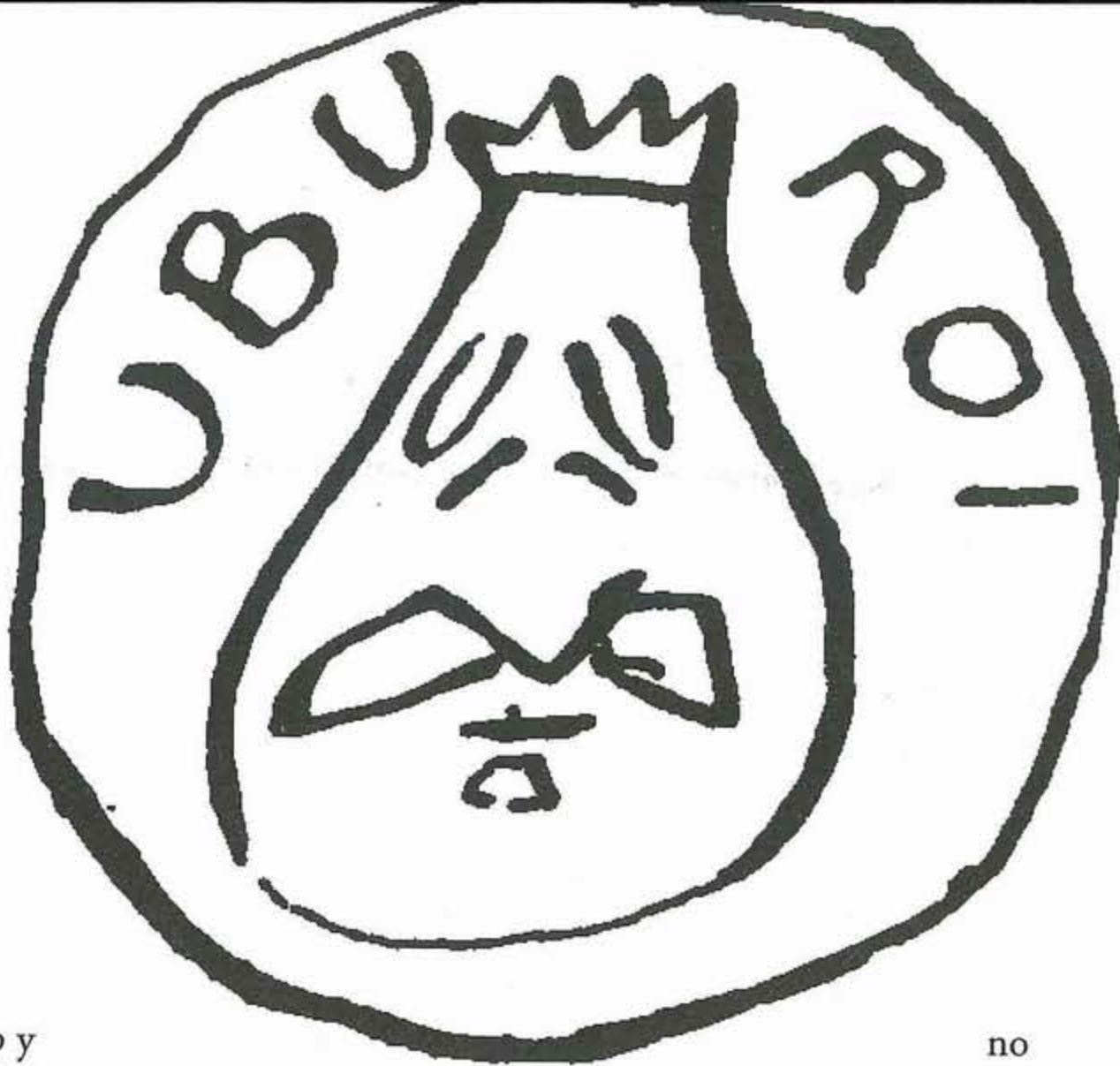
A pesar de que la patafísica no pretende cambiar el mundo -antes quisiera detenerlo-, no es improcedente suponer que en ella se oculta un ideal de conocimiento. La patafísica se nos presenta como recusación del positivismo, una reacción bufonesca y destructiva contra la doctrina del progreso en la época en que la fenomenología resulta una reacción «seria». Los principios patafísicos de una posible ciencia sostienen que «todo puede ser su opuesto» y que «la esencia del mundo es la alucinación» y que «todos somos innobles» y que «nada parece nunca lo que es» y que «todo fenómeno es individual, defectuoso e inagotable» y que «todo saber es siempre personal y válido para un instante». Todavía hoy seguimos pregonando pomposamente principios científicos que sostienen que el conocimiento es universal, generalizable, útil y aplicable. Pero Jarry pensaba que la sustancia resalta en el detalle. Sin duda, para dar cuenta de la *particularidad* de las cosas y de la *singularidad* de los seres humanos se necesitaría de una física distinta y de un ideal de ciencia muy distinto al hasta ahora conocido y dominante. Una ciencia de lo singular detecta y celebra las excepciones al orden regular de la naturaleza y de la sociedad. Tal ciencia afirma la inevitable diferenciación y superabundancia de cosas y seres y lenguajes únicos en sí mismos, que no es otra cosa que aceptar la capacidad de la naturaleza, de las sociedades y de las gramáticas para crear portentos y para desplazar sus trayectorias. Pues las cosas, antes o después, se deforman, derriten o mutan: ellas están allí para incitar a los hombres a aceptar y agradecer un mundo excepcional. Jarry decía que el llamaba monstruo a «todo original de inagotable belleza». La patafísica es también un *elogio de la curiosidad*, lo cual nos devuelve a la



génesis de la ciencia, al motor del saber, demasiado obturado por metodologías y modas académicas. Aunque lo maravilloso, la excepción inclasificable y la unicidad asombrosa carezcan de legitimidad entre miradas científicas que operan con conceptos generales, *el inventario del mundo es*

inevitablemente infinito y coincide palabra por palabra, persona por persona, cosa por cosa, con el tamaño y el relieve del mundo.

Es inmensa la libertad con que Jarry observaba los objetos de uso cotidiano, especialmente las innovaciones técnicas. Para Jarry, la anomalía, la excentricidad, la exageración, el utensilio doméstico cariado, son los rasgos auténticos de un objeto, de un acontecimiento, de una personalidad: es esta la nutrición del saber patafísico y la confirmación de su legitimidad. La mirada jarriana es *esperpéntica*: deforma el panorama hasta poder espejar la horma social que nos deforma a nosotros mismos. Así, Ubú. Decía Valle-Inclán que «los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos dan el esperpento». El sentido en que Jarry hace grotescos a sus personajes y actividades no es trágico sino bufo, no es revolucionario sino, de algún modo, redentor. Por eso mismo George Steiner es un poco injusto cuando atribuye a Jarry, junto a Beckett, el gesto de la abdicación -suponiendo que sus personajes se mueven en un terreno estético donde



no rigen las leyes de la tragedia-

El grand-guignol, el absurdo o el grotesco no son consecuencia del abandono de la lucha. Steiner olvida que el gesto «burlón» es muy anterior a la modernidad y a su carácter epilodal. Por siglos y siglos ese gesto ha recorrido no solo la historia del arte sino también la historia de la resistencia al poder.

A ese gesto tenemos en cuenta cuando homenajeamos al Colegio de 'Patafísica, a Alfred Jarry, cuyos grabados ilustran parte del dossier, al Padre Ubú y su monstruosa panza (cuya denominación francesa, *gidouille*, resulta intraducible), al Doctor Faustroll y Bosse-de-Nage, su mono acompañante que solamente puede articular el monosílabo «Ha-Ha». Y si bien es cierto que buena parte de estas provocaciones hoy erran el blanco, pues hace tiempo que el nihilismo ha ingresado en su etapa «cínica», hay que conceder a los patafísicos el honor de haber creado una ciencia que incorpora el humor como sustancia y vehículo. Y el humor resulta una forma de la sabiduría y un medio de supervivencia en un mundo amenazador. Ya es demasiado larga la lista de científicos sin humor.

La Patafísica fue uno de los revulsivos más serenos del siglo. El objetivo de este dossier es dar a conocer las intenciones y peripecias del Colegio de 'Patafísica, incluyendo la escasamente conocida historia de los miembros de la sucursal argentina. En ella tuvieron participación Juan Estéban Fassio, quien en un tiempo fue corrector del Centro Editor de América Latina y sin duda quien más hizo por introducir la patafísica en el país en su papel de responsable del Instituto de Altos Estudios 'Patafísicos de Ubuenos Aires; Albano Rodríguez, quien tradujo obras de Alphonse Allais; Francisco Porrúa, quien fuera editor en Sudamericana y actualmente en Minotauro; Jaime Rest, uno de los críticos literarios más importantes que tuvo la Argentina; y otros, incluyendo a Julio Cortázar, quien rindiera homenaje a Fassio en un ensayo publicado en *La vuelta al día en ochenta mundos* y que aquí reproducimos. Pero sin duda hubo más personas que se vincularon a la patafísica en el país, entre otros Juan Antonio Vasco, poeta surrealista relacionado a las revistas *A partir de Cero* y *Letra y Línea*, quien fuera Comandante Exquisito de la Orden de la Grande Gidouille. En esta revista reproducimos la primera presentación de la patafísica en Argentina publicada en la revista surrealista *Letra y Línea*. Por otra parte, se traducen algunas «especulaciones» de Alfred Jarry así como el Organigrama, el Calendario y la Arenga Inaugural del Colegio. Por último, ofrecemos diversos ensayos que relevan la importancia de la Patafísica, así como la historia de las representaciones teatrales de Ubú en Argentina y el pensamiento de Macedonio Fernández sobre los objetos.

Queremos agradecer la ayuda prestada por Blanche Iribarren, Eva Rodríguez, Luisa Valenzuela, Jorge Dubatti, Cinthia Daiban, Carmén Vasco, Florencia Abbate, Clara Fernández Moreno y Carlos Cutral.



Definición

UN EPIFENÓMENO ES LO QUE SE AGREGA A UN FENÓMENO. LA PATAFÍSICA, CUYA ETIMOLOGÍA DEBE ESCRIBIRSE *επι (μετα τα φυσικα)*, Y SU VERDADERA ORTOGRAFÍA 'patafísica -PRECEDIDA POR UN APÓSTROFE, CON EL FIN DE EVITAR UN FÁCIL RETRUÉCANO- ES LA CIENCIA DE LO QUE SE SOBREAÑA A LA METAFÍSICA, SEA EN SÍ MISMA, SEA FUERA DE ELLA, EXTENDIÉNDOSE TAN LEJOS DE LA METAFÍSICA COMO ÉSTA SE EXTIENDE MÁS ALLÁ DE LA FÍSICA. EJEMPLO: AL SER EL EPIFENÓMENO FRECUENTEMENTE UN ACCIDENTE, LA 'PATAFÍSICA SERÁ LA CIENCIA DE LO PARTICULAR, AUNQUE SE DIGA QUE NO HAY CIENCIA MÁS QUE DE LO GENERAL. ESTUDIARÁ LAS LEYES QUE RIGEN LAS EXCEPCIONES; EXPLICARÁ AQUEL UNIVERSO SUPLEMENTARIO AL NUESTRO, O MENOS AMBICIOSAMENTE, DESCRIBIRÁ UN UNIVERSO QUE SE PUEDE VER, Y QUE QUIZÁ SE DEBA VER, EN LUGAR DEL TRADICIONAL; DARÁ CUENTA DE LAS LEYES QUE SE CREYÓ DESCUBRIR EN ESE UNIVERSO COMO CORRELACIONES A SU VEZ DE EXCEPCIONES, AUNQUE MÁS FRECUENTES, EN TODOS AQUELLOS CASOS DE HECHOS ACCIDENTALES QUE, AL REDUCIRSE A EXCEPCIONES POCO EXCEPCIONALES, NO TIENEN LA ATRACCIÓN DE LA SINGULARIDAD.

DEFINICIÓN: LA PATAFÍSICA ES LA CIENCIA DE LAS SOLUCIONES IMAGINARIAS, QUE ATRIBUYE SIMBÓLICAMENTE A LOS LINEAMENTOS LAS PROPIEDADES DE LOS OBJETOS DESCRIPTOS POR SU VIRTUALIDAD.

LA CIENCIA ACTUAL SE FUNDA EN EL PRINCIPIO DE INDUCCIÓN: LA MAYOR PARTE DE LOS HOMBRES VIO, EN GENERAL, TAL FENÓMENO PRECEDER O SEGUIR A TAL OTRO, Y CONCLUYÓ QUE TODO SERÍA SIEMPRE ASÍ. EN PRINCIPIO, ESTO NO ES EXACTO MÁS QUE LA MAYOR PARTE DE LAS VECES; DEPENDE DE UN PUNTO DE VISTA, Y ESTÁ CODIFICADO POR COMODIDAD. ¿Y ENTONCES? EN LUGAR DE ENUNCIAR LA LEY DE LA CAÍDA DE LOS CUERPOS HACIA UN CENTRO, ¿NO PREFERIRÍAMOS LA DE LA ASCENSIÓN DEL VACÍO HACIA LA PERIFERIA, CONSIDERANDO AL VACÍO COMO LA UNIDAD DE NO-DENSIDAD, HIPÓTESIS MUCHO MENOS ARBITRARIA QUE LA ELECCIÓN DE LA UNIDAD CONCRETA DE DENSIDAD POSITIVA, EL AGUA?

PORQUE AUN ESTE CUERPO EN SÍ MISMO ES UN POSTULADO Y UN PUNTO DE VISTA DE LOS SENTIDOS DE LA MULTITUD, Y PORQUE SI NO SU NATURALEZA AL MENOS SUS CUALIDADES NO VARÍAN DEMASIADO, ES NECESARIO POSTULAR QUE LA TALLA DE LOS HOMBRES QUEDARÁ SIEMPRE SENSIBLEMENTE CONSTANTE Y MUTUAMENTE IGUAL. EL CONSENTIMIENTO UNIVERSAL ES YA UN PREJUICIO BASTANTE MILAGROSO E INCOMPENSABLE. ¿POR QUÉ CADA UNO DE NOSOTROS AFIRMA QUE LA FORMA DE UN RELOJ ES CIRCULAR, LO CUAL EVIDENTEMENTE ES FALSO, YA QUE SE VE DE PERFIL UNA FIGURA RECTANGULAR ANGOSTA, ELÍPTICA AL VERLA DE TRES CUARTOS, Y POR QUÉ DIABLOS NO SE NOTÓ SU FORMA MÁS QUE EN EL MOMENTO DE MIRAR LA HORA? QUIZÁ BAJO EL PRETEXTU DE LA UTILIDAD. PERO EL MISMO NIÑO QUE DIBUJA EL RELOJ REDONDO, DIBUJA TAMBIÉN LA CASA CUADRADA, VISTA DESDE LA FACHADA, Y ESTO EVIDENTEMENTE SIN RAZÓN ALGUNA; PORQUE ES EXTRAÑO, EXCEPTO EN EL CAMPO, QUE SE VEA UN EDIFICIO AISLADO, Y AUN QUE EN UNA CALLE LAS FACHADAS SE VEAN COMO TRAPÉCIOS OBLICUOS.

HACE FALTA NECESARIAMENTE ADMITIR QUE LA MULTITUD (INCLUYENDO A LOS NIÑITOS Y A LAS MUJERES) ES DEMASIADO GROSERA PARA COMPRENDER LAS FIGURAS ELÍPTICAS, Y QUE SUS MIEMBROS CONCUERDAN CON EL CONSENTIMIENTO DENOMINADO UNIVERSAL PORQUE SOLAMENTE PERCIBEN LAS CURVAS QUE TIENEN UN SOLO FOCO, DADO QUE ES MÁS FÁCIL COINCIDIR EN UN PUNTO QUE EN DOS. SE COMUNICAN Y EQUILIBRAN POR EL BORDE DE SUS VIENTRES, TANGENCIALMENTE. O AÚN MÁS, LA MUCHEDUMBRE HA APRENDIDO QUE EL UNIVERSO *verdadero* ESTABA HECHO DE ELIPSES; A SU VEZ, LOS BURGUESES CONSERVAN SUS VINOS EN TONELES Y NO EN CILINDROS.

PARA NO ABANDONAR CON DISGRESIONES NUESTRO EJEMPLO USUAL DEL AGUA, CON RESPECTO AL TEMA MEDITEMOS SOBRE LO QUE DICE EL ALMA DE LA MULTITUD IRREVERENTE DE LOS ADEPTOS A LA CIENCIA PATAFÍSICA: OTROS TANTOS LOCOS.

Notas



Definición:

Después de haber encarado la redacción de un "Tratado de 'Patafísica", Jarry renunció a la tarea y decidió incluir los fragmentos en lo que se convirtió en las *Gestas y Opiniones del Doctor Faustroll*. Jarry había sentido lo que sería formulado más tarde por el Colegio: un "Tratado de 'Patafísica" formal no podía más que echar sombra sobre la Patafísica inconsciente. "La Patafísica es para vivirla"; de allí la *Navegación*.

En sus *Claves para la 'Patafísica*, Ruy Launoir recordó que «la definición de 'Patafísica no tiene privilegios en relación a cualquier otro enunciado patafísico; la relación entre la 'Patafísica y el texto patafísico permanece constante», y que «no se devela aquello que es la 'Patafísica, porque ella es develamiento. Sin duda porque ella es, patafísicamente, un velo».



La patafísica:

La historia de la palabra patafísica contiene una prehistoria: en *Los Polacos*, "Ur-Ubu" anterior a *Ubú Rey* y aun a la escritura característica de Jarry, el Padre Ubú es bautizado «con esencia de patafísica». Se trata de una tradición oral devuelta por el artillero Morin al Profesor Expulsado.

La palabra «patafísica» es, entonces, una creación del genio colectivo y popular reverenciado por Nizard, y las *Gestas* tienen por origen una gesta: la del Padre Hébert que, como recuerdan Noel Arnaud y Henri Bordillon, «está al comienzo». De este modo, si el prototipo de Ubú es el profesor de física del Liceo de Rennes, también está en los orígenes del Doctor Faustroll. Y Jarry, que se identificó con el Padre bajo los rasgos de Ubú, quiso ser su segunda hipótesis: Faustroll.

Desaparecido el texto *Los Polacos* en la casa de su detentor, Franc-Nohain, la palabra «patafísica» aparece mencionada por primera vez impresa (si no manuscrita), en *el Echo de Paris littéraire illustrée*. El día 23 de abril de 1893 la galaxia Gutenberg se iluminó por primera vez con las cinco sílabas inmortales... La publicación, ese mismo día, de Guignol, ¡establece que fue Ubú el inventor de la Patafísica! Porque no olvidemos nunca que antes que Faustroll, Ubú fue Doctor en Patafísica (cfr. *Ubú Cornudo*, I, 3; *Ubú Encadenado*, III, 2.)

Así como no hay que reducir Jarry a Ubú, tampoco hay que limitar la Patafísica a Faustroll. En su anuncio del Segundo Almanaque, aparecido en la *Revue blanche* el 1º de enero de 1901, Jarry da una definición de la patafísica según Ubú, que completa y desequilibra eficazmente las definiciones de Faustroll¹.

Un trazo de la silueta de ese títere que no había servido en lo más mínimo en Ubú Rey, ni en su contrapartida, Ubú Encadenado, es recalado aquí: nos referimos a la «patafísica» del personaje, más simplemente, a su seguridad para disertar sobre omni re scibili, unas veces con competencia, otras con ganas y absurdidad, pero en este último caso siguiendo una lógica tanto más irrefutable como que se trata de la del loco o la del chocho

Pero tal vez Jarry se dirigía aquí, como asienta en un almanaque, «al alma de la multitud que dice irreverentemente de los adeptos de la ciencia patafísica: otros tantos locos...»

La primera mitad del Siglo XX vulgar asiste a una ocultación del vocablo; después de 1901, Jarry no lo utilizó más en sus escritos; después de su muerte, no será vuelto a emplear más que por raros patacesores. Jacques Vaché, quien en una carta a André Breton cita la palabra maestra «del hidrocéfalo del Doctor Faustroll», no utiliza sin embargo la palabra «patafísica», en cuyo lugar emplea «Umour». Pero René Daumal coloca en la *Nouvelle Revue Française* una rúbrica titulada La Patafísica del mes, y escribe para *Cahiers du Sud* (noviembre de 1932) dos estudios de patafísica «teórica» (La Patafísica es la revelación del reír y La Patafísica de los Fantasmas). En los *Euforismos* (Guiblin, 1926) Julien Torma habla de su «experiencia consumada de la Patafísica»; estima que «la Palabra Maestra sigue siendo aquella de nuestro amigo Bosse-de-Nage, cinocéfalo papion».

El renacimiento del vocablo puede fecharse precisamente el día de la creación del Colegio de 'Patafísica el 22 de Palotin 75 (vulg. 11 de Mayo de 1948). Se conoce el resto, y la irrupción, la fuerza de la palabra «patafísica» en el Lenguaje de Nuestro Tiempo. Al analizar este fenómeno poco antes de la Ocultación del Colegio (coincidencia que quizá no lo sea) el número 22 de los Subsidiaria Patafísica señalaba la entronización del término en el suplemento del diccionario Robert.

Creación colectiva (?), la palabra «patafísica» volvió a lo colectivo con todo lo que esto implica de aproximado, de farfullado, de papionesco (tartamudea Bosse-de-Nage). El Sátrapa Trascendente Jean Ferry remarcaba que la palabra se había «diluido» y convertido en algo tan vago e insignificante como el concepto (ubuesco) de «burgués», el concepto (burgués) de «ubuesco», o el

1. No se trata de completar la ciencia, sino de desequilibrarla, decía Julien Torma: en este caso, se trata de desequilibrar la ciencia misma.

calificativo «surrealista», ¡que el vulgo transforma en sinónimo de patafísica!

La multitud, que es «demasiado grosera para comprender las figuras elípticas», no leyó las *Gestas y Opiniones*. Las definiciones que se dan allí de la Patafísica son, en efecto, elípticas.

ΕΠΙ (ΜΕΤΑ ΤΑ ΦΥΣΙΚΑ)

Para obtener la etimología de la palabra 'Patafísica, Jarry opera con:

1) una conjunción de factores -puramente aparente- a través de la colocación de paréntesis:

ΕΠΙ (ΜΕΤΑ ΤΑ ΦΥΣΙΚΑ)

2) un solipsismo, porque falta un artículo, y aún dos. Sería necesario:

ΤΑ ΕΠΙ ΤΑ ΜΕΤΑ ΤΑ ΦΥΣΙΚΑ

(lo que se agrega a lo que viene después de lo que es físico)

3) una crasis o carambola de las sílabas interiores, porque

ΕΠ (ΙΜΕΤ) ΑΤΑ ΦΥΣΙΚΑ

4) una aféresis, o eliminación de la vocal inicial: (έ) *pataphysique*.

La aféresis está señalada con un apóstrofe, lo que es solamente lo elementario, aunque sea menos corriente que en el caso de elisión.

Después de todo esto, no dice que, como es el caso generalmente, la etimología está forjada después que la palabra, colegial o patafísica.



Precedida por un apóstrofe:

En *A la Búsqueda de Alfred Jarry* (Editorial Seghers), el Regente Caradec constata que Jarry escribe «un» y no «una»² apóstrofe, «lo que no habrá dejado de suscitar otra agitación»: la Patafísica (sic) «no apostrofa personas».

Los gramáticos, explica Littré, dijeron que el apóstrofe, signo gramatical, debía ser masculino: en efecto, apostrophus en latín es masculino, pero por error; porque apóstrofe se dice en griego η αποστροφη τα φυσικα, sobreentendido στιμη, lo que quiere significar la marca que descarta». No hay nada, entonces, que cambiar en el género.



Para evitar un fácil retruécano:

El Colegio de 'Patafísica distingue mediante el apóstrofe la 'Patafísica voluntaria de la Patafísica involuntaria. Esta distinción no figura en las *Gestas y Opiniones*, que da otra razón a la aparición del apóstrofe.

¿Cuál es el «fácil retruécano» evitado por el apóstrofe? Hay dos hipótesis, según sea el modo en el que se comprende la frase:

1) «...y su verdadera ortografía 'patafísica -precedida por un apóstrofe, con el fin de evitar un fácil retruécano»: se comprende que hace falta que caiga la é inicial para evitar el retruécano. El que sería, entonces: *épate à physique*³.

2) «...precedida por un apóstrofe, con el fin de evitar un fácil retruécano»: el hecho de escribir debidamente el apóstrofe en lugar de omitirlo, como aparece en la grafía corriente de Jarry y el la primera palabra de la frase, recuerda la caída de la é inicial, que, sin él, sería olvidada, dejando que la pronunciación evoque una muy desplazada «patte» o «pâte à physique»⁴.

El problema consiste, entonces, en recordar la é inicial sin que pueda ser pronunciada; de ahí el apóstrofe.

El Regente Caradec (op. cit.), gran especialista en la materia, ve un tercer retruécano posible: «bat à physique», es decir, bastón de física, el cual, en *César Anticristo*, simboliza la identidad de los contrarios. Se verá en el Capítulo XXXIX que el Doctor Faustroll atribuye la paternidad de César Anticristo al mismo Padre Ubú, padre también de la 'Patafísica. Pero este tercer retruécano no tiene relación ni con la etimología ni con el apóstrofe de 'Patafísica.



Más allá de la física:

El uso corriente formula así esta definición: «La 'Patafísica es a la metafísica lo que la metafísica a la física».

René Daumal escribió que se proponía hacer con la metafísica lo que Julio Verne con la física. En su *Mensaje Inaugural* del 15 de Absoluto 93, Su Magnificencia Opach se preguntaba: «¿Por qué

2. En francés, el sustantivo *apostrophe* es femenino. (N. de T.)

3. Juego de palabras: el significado de épater (resultante en la evolución del tema ποτα más é inicial, según la filología del Colegio) es escandalizar, provocar asombro. (N. de T.)

4. Nuevo juego de palabras: *patte* (pata), y *pâte à physique* (crema o pasta de física). (N. de T.)

ubicar la 'Patafísica en relación a la metafísica, si ésta última, lejos de ser un simple islote en nuestras cartas marinas, se revela, bajo el cuidadoso examen, como una vulgar cagada de mosca?»

La etimología de la palabra «metafísica» es tan patafísica como la del sustantivo 'Patafísica, porque, en el primer siglo vulgar, al redescubrir a Aristóteles y cuando el sabio Andrónico de Rodas asumió el deber de editar las obras completas del Maestro, no encontró nombre que designase trece tomos de lecciones dispersas, y los tituló según la disposición que les destinó en un plan más general: ta meta ta physika = las (cosas que siguen) después de las (cosas) físicas, o los libros que siguen a aquellos de Física. El clinamen está al principio del verbo, es decir, de Todo, y Todo, «¿no es verosímilmente, un monstruo?» (Cap. XXXVI)

El el *Acta Heráldica de César Anticristo*, Fasce opina que «el patafísico, pegado a las orejas y alas retráctiles, pez volador, es el penacho enano del gigante, más allá de los físicos».



En lugar del tradicional:

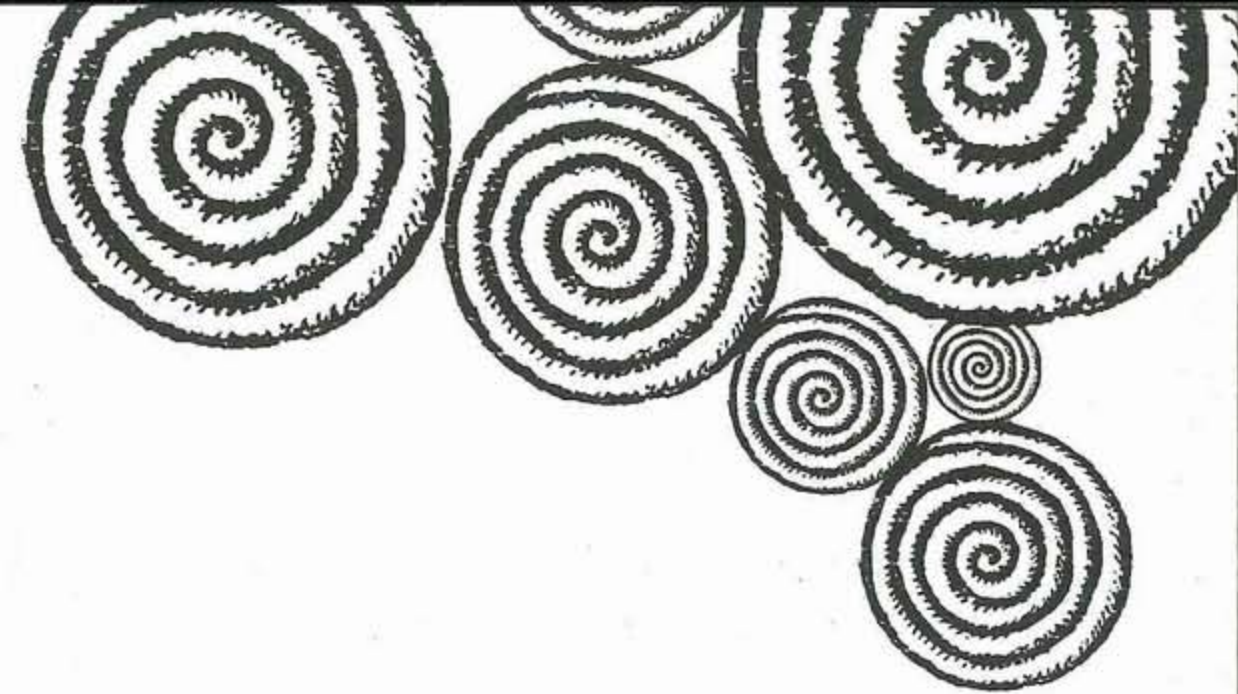
«¿Esto quiere decir que Jarry opone al universo convencional un universo verídico cuya llave será dada por la 'Patafísica?», se pregunta Ruy Launoir en sus *Claves para la Patafísica*. Y responde que: «El quizá corrige sin duda alguna el imperativo del 'debe', y lo hace pasar de lo categórico a lo hipotético. Nuestras costumbres quieren, sin embargo, que la verdad sea una exigencia incondicional: *Veritas urget nos*. La 'Patafísica se sitúa más allá de lo verdadero y lo falso».

Ruy Launoir quiere recalcar en esta definición «un punto muy alto de doctrina: no le es suficiente al patafísico reconocer que hay 'Patafísica, o que él la padece; debe, sobre todo, para que dicha 'Patafísica sea para él más que en él, promover la 'Patafísica con su propio movimiento».



Por su virtualidad:

Es la más célebre, completa y (aunque más no sea ortográficamente) definitiva de las definiciones de 'Patafísica. Ruy Launoir la comentó minuciosamente en sus *Claves para la Patafísica*, y considera, al terminar, que «el desempeño patafísico se esperará en el momento en que podamos pensar los objetos como de ordinario y de varias otras maneras, y sin ser sensibles más que a las diferencias de ingeniosidad de estas representaciones». Y no excluye otras interpretaciones de esta definición.



La ascensión del vacío hacia la periferia:

En *Lo*, tercer libro de Charles Fort que, como el primero, el *Libro de los Condenados*, fue traducido al francés, este «apóstol de la excepción», como lo calificó Ben Hecht, escribía en 1931 (vulg.): «En la época pesimista de Sir Isaac Newton, fue formulada la explicación general de la existencia, opuesta a la nuestra: fue la melancólica doctrina de la caída universal. Concordaba con la teología de la época: la caída de los ángeles, la caída del género humano (...) Pero si la luna desciende hasta la vista de los observadores situados en un lugar de la superficie de la tierra, se alza a la vista de otros observadores (...) Sir Isaac Newton observaba a la luna descender, y explicaba todas las cosas en términos de atracción. Habría sido lógico también observar la luna en su ascenso, y explicar todas las cosas en términos de repulsión».

Antes que Jarry y Charles Fort, Aristóteles había disentido con esos ascensos y descensos en el Tratado del Cielo (cfr. las notas del Cap. XXXVII).



Alfred Jarry y el Colegio de 'Patafísica'

JUAN ESTEBAN FASSIO



Hay obras que desafían todo «ensayo de explicación», que resultan incómodas de ubicar en las historias de la literatura. El tomo que lleva el título *Obras completas de Lautréamont*, con sus dos partes todavía contradictorias para la crítica (I: Maldoror; II: Poesías), constituye una constante provocación. La obra de Alfred Jarry (1873-1907), a pesar de facilitar aparentemente más asideros al análisis, no es menos peligrosa y desafiante. Y eso quizás a causa de su propia multiplicidad, que el comentarista finge unas veces ignorar y otras -la mayor parte- ignora realmente. En efecto, hasta la aparición de sus *Obras Completas* o, más precisamente, hasta la fundación del Colegio de Patafísica, Jarry se ofrecía al lector desaprensivo como un personaje pintoresco, autor en su adolescencia de una farsa que habría de alcanzar cierta fama en los primeros años de este siglo: *Ubú Rey*.

Identificado muchas veces con su propio personaje, acusado por algunos de haberse apropiado de una farsa si no colectiva al menos ajena a su pluma, Jarry, como el Aduanero Rousseau, se hallaba confinado en la leyenda y en la incompreensión o la adversidad de sus contemporáneos. Ambas cosas parecen aunarse en André Gide. Hacia 1925, en *Les Faux-monnayeurs*, nos pinta a Jarry de esta manera: «Vestido como un tradicional Gugusse de hipódromo, en él todo olía a apresto; sobre todo su manera de hablar, que imitaban a cual mejor varios 'Argonautas', marcando las sílabas, inventando extrañas palabras, estropeando extrañamente ciertas otras; pero en verdad solo él era capaz de obtener esa voz sin timbre, sin calor, sin entonación, sin relieve». La intervención de este personaje en la novela se reduce a la ruptura de una botella contra el marco de una ventana... Quince años después, Gide no había progresado gran cosa en la comprensión de Jarry. Reconocía, es verdad, que los diálogos de Ubú con Achrás y con su conciencia «son una extraordinaria, incomparable y perfecta obra maestra, pero su autor seguía siendo ese Kobold de rostro enharinado, vestido como un clown de circo y representando un personaje caprichoso,

artificial, resueltamente ficticio y en el que nada se mostraba de humano que ejercía en el 'Mercuré', en esa época, una especie de singular fascinación»¹.

Dos años después de su muerte, Apollinaire había publicado en *Les Marges*² un artículo lleno de simpatía hacia Jarry pero sin hacer casi referencia a sus obras. Hubieron de pasar diez años hasta que André Breton, por aquella época estudiante de medicina, redactara para *Les Ecrits Nouveaux*³ el primer estudio de conjunto sobre la obra de Jarry. A pesar de su brevedad, este artículo testimonia, por parte de su autor, el conocimiento y la justa valoración de casi toda la producción jarryana -lo cual no era poco decir en 1919-. Durante las décadas siguientes aparecieron algunas biografías del creador de Ubú (firmadas por Rachilde, Paul Chauveau, Ferdinand Lot), pero casi siempre compuestas bajo el signo de lo pintoresco y lo fabuloso. Sin embargo, la persona de Jarry se tornaba cada vez más inquietante.

En 1948, ante el anuncio de la aparición de sus Obras Completas, quien se hubiera dejado preocupar por el personaje fabuloso o por los fragmentos de sus libros que hubiera alcanzado a leer, podía confiar íntimamente en la próxima revelación de los misterios que se ocultaban bajo ese nombre y esos títulos. Pero su confusión no habría de disiparse tan fácilmente en presencia de los ocho lujosos volúmenes de la edición helvético-montecarolina⁴: por el contrario, es precisamente la confusión quien reina entre ellos. En primer lugar, el título de tales volúmenes no corresponde a la realidad que brindan: faltan textos íntegros y otros se hallan amputados, luego, hay títulos cambiados («Les Jours et les Nuits, *journal d'un déserteur*», en lugar de *roman*), las erratas abundan, los prólogos sobran (a causa de su ineptia), las referencias bibliográficas se reducen a indicar la procedencia de algunas *Especulaciones* y

crónicas literarias y artísticas. Por fin, las diversas obras se hallan distribuidas al azar, sin ninguna ordenación cronológica o ideológica. Lo grave de todo esto es que tales errores son casi irreparables, pues no es posible pensar, al menos por mucho tiempo, en una nueva edición en la que todo o casi todo debiera ser rehecho. No habremos de hacer la crítica detallada de esta edición: el lector curioso la hallará definitiva, en el N° 33 de *Critique*, firmada por Maurice Saillet. En cambio convendría sugerir a los editores la publicación de por lo menos dos volúmenes en los que se tratara de corregir los errores y los olvidos y que, como reparación, serían ofrecidos gratuitamente al comprador de los ocho tomos anteriores.

Por supuesto que tal indemnización de daños y perjuicios es inimaginable. Lo que nos importa comprobar aquí es que aún después de entrar en posesión de la mayor parte de las obras de Jarry, tales obras no nos entregaban las revelaciones que esperábamos. Ciertamente es que disponíamos, a partir de entonces, de textos que habían desaparecido de las librerías desde hacía muchos años; cierto también que teníamos una demostración del talento desmesurado y de la fecundidad del autor -muerto a los treinta y cuatro años- que nos preocupaba. Pero era evidente que todavía se imponían

precauciones especiales para la interpretación de esa obra aparentemente tan confusa. Tales precauciones, tales instrumentos, no es posible hallarlos fuera de la patafísica.

Así, pues, fue necesario que en 1949, y en vista «de una necesidad que se hacía sentir generalmente»⁵, una corporación de técnicos se constituyera en Colegio, para mayor gloria de Jarry y de la patafísica. Más adelante nos referiremos a la ya considerable obra de este instituto; aquí, pues no es posible demorarlo, conviene responder a la pregunta: ¿Qué es la patafísica? Si su definición no surgiera con toda claridad de las *Especulaciones* o del resto de los *Hechos y opiniones del Dr. Faustroll*, nos bastará recurrir al capítulo VIII de este libro para hallar una, de la propia mano de su creador:

«Un epifenómeno es lo que se sobreañade a un fenómeno. La patafísica, cuya etimología debe escribirse *επι (μετα τα φυσικα)* ... es la ciencia que se sobreañade a la metafísica, sea en ella misma, sea fuera de ella, extendiéndose más allá de ésta como ésta se extiende más allá de la física. Ejemplo: siendo a menudo epifenómeno el accidente, la patafísica será sobre todo la ciencia de lo particular, aunque se diga que no hay sino ciencia de lo general. Estudiará las leyes que rigen las

*Publicado en la revista *Letra y Línea* (dirigida por Aldo Pellegrini), N° 4, julio de 1954.

1. *Mercuré de France*, n° 999/1000, p. 168.
2. N° 18 (nov. 1909). Reproducido en *Il y a*, Messein, 1925.
3. N° 13 (ene. 1919). Reproducido en *Les pas perdus*, Gallimard, 1924.
4. *Oeuvres complètes d'Alfred Jarry*, Editions du Livre, Montecarlo & Henry Kaeser, Lausanne, 1948, 8 vol. en dos cajas, 3300 ejemplares numerados.
5. «...La patafísica es una ciencia que hemos inventado y cuya necesidad se hacía sentir generalmente.» Alfred Jarry, *Ubú cornudo*, acto 1°.

excepciones y explicará el universo suplementario de éste; o, menos ambiciosamente, describirá un universo que puede -y quizás deba- verse en lugar del tradicional, ya que las leyes del universo tradicional que se ha creído descubrir son también correlaciones de excepciones (aunque más frecuentes), o en todo caso correlaciones de hechos accidentales que, reduciéndose a excepciones poco excepcionales, no tienen el atractivo de la singularidad.

Definición: La patafísica es la ciencia de las soluciones imaginarias que acuerda simbólicamente a los lineamientos las propiedades de los objetos descriptos por su virtualidad⁶.

A través de los textos en que se manifiesta, esta ciencia aparece como un modo de apreciación de los fenómenos naturales y humanos basado fundamentalmente en el análisis de la irracionalidad concreta de tales fenómenos y practicado a la luz del humor crítico y del azar. El razonamiento patafísico descubre que todo fenómeno es individual, defectuoso. El análisis de la patología fenoménica, es decir, de los síntomas no observados por la ciencia a causa de la adscripción inmediata del fenómeno a la generalidad, conduce en último término a la entronización de las leyes que rigen las excepciones y a una metodología de lo particular que podríamos llamar análisis infinito⁷. Todo fenómeno, aún el más elemental, resulta patafísicamente inagotable y tolera una serie infinita de operaciones que, en sí, constituyen el fin mismo de esta ciencia. Marcel Duchamp, el más brillante patafísico contemporáneo, ha observado que «la realidad posible» se obtiene *distendiendo un poco* las leyes físicas y químicas. Gracias a esta distensión y por medio de la operación de «separación», descubierta también por Duchamp y cuya manifestación más importante son los «ready-mades», habrá

que partir para obtener la «solución imaginaria» de todo problema y el acceso al «universo suplementario». (Puede observarse que en este punto, como en muchos otros, las investigaciones y descubrimientos de Jarry coinciden con las más vitales intenciones del surrealismo. Breton, Duchamp y Péret, no han dejado de declararlo expresamente). Resumiendo, la patafísica es la fenomenología del monstruo⁸. En la práctica, constituye una crítica de las costumbres capaz de sustituir con ventaja a la moral: la vida anecdótica y



legendaria de Jarry, por ejemplo, cobra desde este punto de vista un aspecto totalmente distinto del que festejan los cronistas de lo pintoresco⁹.

La historia de la patafísica aún no ha sido esbozada. Sin embargo, *Les Enfants du Limon* de Raymond Queneau proporciona datos inapreciables sobre su prehistoria. Debe entenderse que todo patafísico anterior a la Era Patafísica (que comienza el 8 de septiembre de 1873, fecha de nacimiento de Jarry) será considerado como un patafísico involuntario, mientras que aquellos que son posteriores a Jarry, son patafísicos en general conscientes. Hay, por supuesto, brillantes excepciones: Raymond Roussel, cuyas invenciones y procedimientos verbales son patafísicos por excelencia, ignoraba seguramente a su

genial contemporáneo. Dentro de la era de la patafísica, han hecho uso más o menos consciente de sus métodos: Jacques Vache (*Lettres de guerre*), Arthur Cravan (revista *Maintenant*), Marcel Duchamp (*La Mariée...* -caja de documentos-), Julien Torma (*Euphorismes*), René Daumal (*La pataphysique et la révélation du rire, La vie des Basiles, Pataphysique des Fantômes*, etc. - artículos reunidos en *Chaque fois que l'aube paraît*), R. Queneau (*Petite Cosmogonie Portative, Philosophes et voyous*, etc.), Eugène Ionesco (*La Cantatrice Chauve* y todo su teatro), Salvador Dalí (interpretaciones paranoico-críticas), etcétera. Por otra parte, la patafísica involuntaria aparece con frecuencia en las revistas parroquiales y muchas veces en los textos científicos contemporáneos; vestigios patafísicos pueden hallarse en Lutero tanto como en Santo Tomás de Aquino o en Pío XII. En el dominio de las máquinas nuestra ciencia parecer tener un prometedor futuro. Considérense, por ejemplo, las máquinas del inventor de Los Angeles, Lawrence Walstrom: una de ellas, compuesta por unas 700 piezas, funciona a la perfección, *pero no sirve absolutamente para nada*; otra -una máquina de calcular- se descompone en cuanto se le pone en marcha. Sin duda, tales invenciones hubieran sugerido a Jarry brillantes «especulaciones»; en efecto, no son pocos los mecanismos y organismos críticos que figuran en sus libros: máquina de pintar (*Faustroll*), bastón de física -útil para la demostración práctica de la identidad de los contrarios-, caballo de phynanzas (ciclo de Ubú), dinamómetro «hembra», máquina amorosa (*El supermacho*) y por fin el más famoso de todos: la máquina de descerebramiento, instrumento de gobierno de Ubú. Es lícito imaginar que la «máquina de gobernar» (pueblos), ambición última -y utópica- de la cibernética, no será sino un modelo hiperperfeccionado de aquella y que su inventor la colocará, al lado de la

ENIAC, la ACE y la EDSAC, bautizada con el nombre del ilustre rey de Polonia y Aragón, UBU...

La cuestión del humor, que toda obra de Jarry plantea indefectiblemente, debe ser considerada con sumo cuidado. De Ubú a Faustroll, ese término mantiene una constante labilidad temática. En efecto, teatro mirlitonesco, novela erótica, novela neocientífica, son géneros que no admiten igual tratamiento humorístico. En todo caso, la definición exacta del humor jarryano no puede ser otra que la que subyace en la definición misma de patafísica. André Breton ha logrado una interpretación de gran verosimilitud psicológica, en la que los dos extremos pseudonómicos de Jarry (Ubú-Dr. Faustroll) dejan de contradecirse. En cuanto al Colegio de Patafísica, no se ha expedido aún definitivamente sobre este asunto.

¿Convendría, con la sola posesión de estos datos, emprender aquí el análisis de las obras fundamentales de Jarry (*Minutes de Sable Mémorial*, 1894; *Les Jours et les Nuits*, 1897; *L'Amour Absolu*, 1899; el *Faustroll*, publicado cinco años después de su muerte)? No disponemos del espacio suficiente y nos interesa mucho hablar del Colegio de Patafísica, para que quien se sienta inclinado a la interpretación patafísica del mundo y aún lo ignore (al Colegio) se ponga en comunicación con su Proveedor de Phynanzas¹⁰ y se procure de este modo los dispositivos necesarios para la inteligencia de Jarry, de ese universo cuya definición procura y, por fin, de los «suplementos» de éste.

El Colegio fue fundado, luego de largos cabildeos, el 1º de Descerebramiento del año 76 de la Era Patafísica (29 diciembre 1949), en París, y colocado bajo la advocación del Dr. Faustroll. Su Magnificencia el Vice-Curador-Fundador, Dr. I. L. Sandomir, pronunció la vibrante arenga inaugural, que fue seguida de la primer «Lección de Aparato» a cargo del

señor Jean-Hugues Sainmont, Proveedor General Adjunto y Rogador del Colegio. De esa lección extraemos el siguiente párrafo, que dará una idea de cómo encararía en adelante sus trabajos el Colegio:

«Sin duda alguna -pues es ilimitación-, la Patafísica no podrá limitarse a Jarry; pero esto no autoriza a pensar que pueda despreocuparse de Jarry. Y si es cierto que una infinita multiplicidad de caminos se abre a las miríadas de patafísicos posibles, sería sin embargo descabellado pretender aprehender el *quid proprium* de la Patafísica sin recurrir a Jarry. Recíprocamente, sería muy imprudente, y la experiencia lo ha demostrado cruelmente, intentar la exploración de Jarry sin el socorro de la luz patafísica»¹¹.

No hay empresa a la que se haya consagrado el Colegio que no responda a este precepto fundamental; por lo tanto no ha limitado sus investigaciones a la obra de Jarry; allí donde brilla un destello de luz patafísica, allí donde es necesaria esa iluminación, el Colegio de Patafísica se halla presente. De esta manera el Colegio se ha preocupado por los autores contemporáneos de Jarry y por algunos autores de las generaciones siguientes que, ignorados o mal conocidos hasta el presente, han sido promovidos a la gloria (la gloria patafísica): Julien Torma (1902-?), Eugène Ionesco, etc.

Para que los trabajos a emprender tuvieran la garantía del orden científico y la sabiduría tradicional, la distribución de las jerarquías y los cargos administrativos fue establecida con todo rigor. Los títulos están tomados, en general, de la nobleza de Polonia, patria de adopción de Ubú. El



6. *Gestes et Opinions du Dr. Faustroll, pataphysicien. Roman néo-scientifique*, Fasquelle, París, 1911, p. 26.
7. "Tal como de las producciones de la naturaleza... la disección infinita exhuma siempre algo nuevo de las obras." Alfred Jarry, *Minutes de Sable Mémorial*, p. 6.
8. "Se suele llamar MONSTRUO al acuerdo desacostumbrado de elementos disonantes: el Centauro, la Quimera son definidos así por quien no comprende. Yo llamo monstruo a toda original de inagotable belleza." Alfred Jarry, *L'Ymagies*, n° 2 (1898).
9. A partir de Jarry mucho más que de Wilde, la diferenciación largamente considerada necesaria entre el arte y la vida va a ser impugnada para terminar aniquilada en su mismo principio.
A. Breton, *Antología del humor negro*.
10. M. Georges Petitfaux. 49, rue de Malte, París.
11. *Cahiers du Collège de Pataphysique*, n° 1, p. 27.

Vice-Curador Inamovible (el Curador es el propio Dr. Faustroll) es asistido por un Rogador y los titulares de las Cámaras Administrativas de la Rogación (Proto y Deuterodatarios); viene inmediatamente el Cuerpo de Proveedores (9 miembros) y luego los Regentes (actualmente 32), que tienen a su cargo las Cátedras del Colegio, a los que sigue un Cuerpo de Sátrapas, cuyo *plenum* es de 33 miembros (actualmente 23). El Conventículo Elector se reúne en caso de acefalía, la Pospólita Castigatrix es una especie de Santo Oficio, y como la Comisión Extraordinaria de Anagnostas Calificadores -presidida por un Apocrisario-, se reúne ocasionalmente. Hasta aquí las autoridades (Optimates); en cuanto a los miembros, se clasifican en enfitteutas, reales (auditores o corresponsales) y aparentes (id.)

Para dar una idea de la múltiple actividad del Colegio, he aquí algunas de sus Cátedras: Teorética Circular y Circuncirculatoria (Regente: E. Ionesco), Haliéutica Literaria y Figurada (Jean Loize), Clínica de Retóricognosis (Noël Arnaud), Trabajos Prácticos de Descerebramiento (R. Cornailles), Pornosofía Mediata e Inmediata (Jeanne de Valsenestre), Cefalorgia Aplicada (F. Caradec), Cocodrilología, Mecánica Estética, Náutica Epi e Hipogea, Velocipedia, Onirocrítica, Pompagogia y Pomponerismo, Grafopatología Comparada, Trabajos prácticos de heráldica, celtología, esgrima, tarots, alienación mental, patología matrimonial y mayéutica, máquina de pintar, necrobiosis experimental, alcoholismo, etc., etc.

Entre los primeros trabajos del Colegio se cuentan el establecimiento de un Calendario de trece meses (*Absolu, Ha Ha, As, Sable, Décervelage, Gueules, Pédale, Clinamen, Paloetin, Merdre, Gidouille, Tatane, Phalle*) y de los Estatutos. Ontológicamente establecido, no tardó en dar muestras de su existencia: ha editado ya tres series de publicaciones, es decir: 12 números de los

Cuadernos y tres series de cuatro publicaciones internas (para uso exclusivo de sus miembros), además de varios inéditos de Jarry en ediciones de lujo de tiraje muy reducido. Cada cuaderno normal está dividido en las siguientes secciones: Textos Canónicos (inéditos de Jarry, Allais, Nouveau, Torma, Jacques Rigaut, Queneau, Prévert, Artaud, Daumal, E. Satie, A. Cravan, Lacenaire, Ionesco, etc.), Estudios técnicos (patafísica pura y aplicada), Gabinete crítico, Parte Oficial (informaciones sobre la vida del Colegio) y Folletín (*Les fils d'Ariane - Ariane Masseur - Roman fleuve digest en 9 épisodes*, por Jean Marvier). En general, cada número está dedicado a un tema especial: el N° 3-4 está consagrado al «problema de Ubú», el 5-6 a «la patafísica y la época simbolista», los N° 7 al 9 a Julien Torma, E. Ionesco y los escritores «al margen del surrealismo», el N° 11 a la «sabiduría de los pueblos», el 12 es un «deber de vacaciones».

Dos números excepcionales de *Viridis Candela* son el N° 2, que contiene los «Comentarios para servir a la construcción práctica de la máquina para explorar el tiempo», de Jarry, y el N° 10, obra casi exclusiva del inquieto y enciclopédico Rogador del Colegio, Jean-Hugues Sainmont: «Exposición Jarry». La «Expojarrysición», realizada en la Galerie Jean Loize en mayo-junio 1953 y su Catálogo constituyen hasta el momento (pues el largamente postergado N° Faustroll puede superarla) la manifestación más importante del Colegio. Tanto, que llegó incluso a provocar algún rozamiento -cierto que sólo formal- entre sus autoridades. La muestra reunió 533 piezas de fundamental interés para el conocimiento de la vida y obra de Jarry, de las cuales las 145 primeras se vinculan de una u otra manera al *Faustroll* (entre ellas el manuscrito original). En cuanto al Catálogo, verdadera Suma Jarryana, constituye desde su aparición un instrumento indispensable y probablemente definitivo para

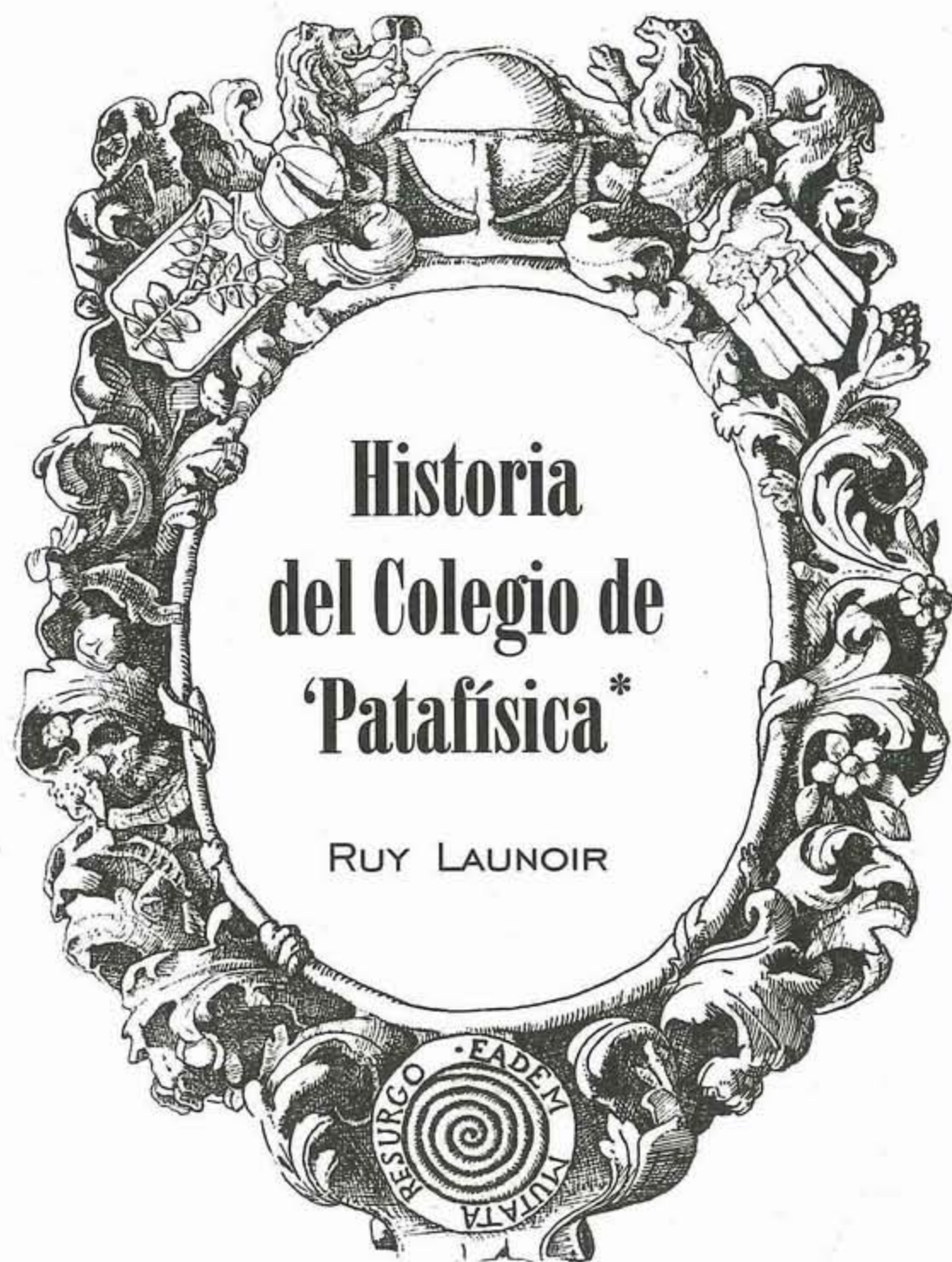
toda lectura provechosa de Jarry.

Consideremos también algunas de las publicaciones internas: la «especulación» de Jarry sobre *Les Nouveaux Timbres*, ilustrada con las auténticas estampillas de que se ocupa el autor (308 ejemplares), la *Oraison funèbre de Mélanie le Plumet*, impresa en letras doradas sobre papel negro (1ª ed.: 20 ejemplares; 2ª ed.: 200), la colección *Euterpe & Polyhymnie*, que recoge la música de las piezas de Jarry, el magnífico *Calendario Perpetuo*, un inédito de Daumal: *Le Catéchisme*, un homenaje a Franc-Nohain seguido de sus *Perceptions Extérieures*, etc. La diversidad de formatos, papeles y tipografía, la rareza de los textos y sus reducidos tirajes harán de estas publicaciones, en breve tiempo, piezas de extraordinario valor para los bibliófilos.

Pero las actividades del Colegio no se reducen a las lecciones del Aparato y a la publicación de una revista de alto interés científico y de pequeños libros de alto valor bibliográfico. Transcribamos, como efecto de las manifestaciones secundarias del Colegio, esta noticia, tomada del N° 11 de *Viridis Candela*: «Por orden de su Magnificencia y como resultado de una intensa y multiforme actividad, el Colegio ha podido organizar en Londres, bien conocida capital del Reino Unido, el 12 de merdre último (2 de junio 1953), grandiosas fiestas para celebrar la Natividad de Donatien A. François, conde de Sade (llamado el Marqués). Presididas por S. M. la Reina en persona y su gracia el Arzobispo de Canterbury, emprendieron un gigantesco desfile y un Solemne Servicio en la Abadía de Westminster».

Permítasenos vincular, a modo de conclusión, la Patafísica con el budismo Zen. Si preguntárais a un maestro zen-patafísico: «¿Cuál es el verdadero sentido de la frase sobre el cocodrilo?» se echaría a reír y os golpearía varias veces con su bastón de física. No existe verdad fuera de la experiencia patafísica.

La patafísica es la ciencia...



Historia del Colegio de 'Patafísica'

RUY LAUNOIR

*¿Qué es entonces el Colegio de 'Patafísica'?
El Colegio de 'Patafísica' es una Sociedad
de Investigaciones Sabias e Inútiles*

En el Colegio de 'Patafísica' la duración de los reinados, las fases económicas, la de la vida política interior, las grandes orientaciones de la política exterior, todo converge y concuerda de manera luminosa para permitirnos distinguir tres períodos bien definidos que por respeto, ciencia y finalmente comodidad, colocaremos bajo la invocación de los tres Vice Curadores que hasta aquí se han sucedido. El primero va de 1948 a 1957 (75-84 de la Era Patafísica¹). Corresponde a la Vice-Curaduría del Doctor Sandomir. El segundo dura de 1957 a 1965 (84-92 E.P.). Es el Magisterio del Barón Mollet, enmarcado por dos interreinados que son períodos en crisis. El tercero va desde 1965 (fin 92 E.P.), desde la elección del tercer Vice Curador, Opach, hasta la decisión de Ocultación (102 E.P.). Esta lleva a clasificar aparte el fin del Tercer Magisterio de 102 a 120 E.P.



Por «Patacesores» hay que entender a los Patafísicos anteriores a la Era Patafísica e incluso más cercanos al período precolegial. Otra categoría de patacesores, otra «familia», son los contemporáneos o los amigos de Jarry.

La vestimenta del Padre Ubú y su magnificencia verbal fueron cuidadosamente preservadas por Jarry. Los patafísicos siempre lo reconocieron, y particularmente Jean-Hugues Sainmont, quien, según Maurice Saillet, consagró sus días y noches al estudio y la glorificación del Padre Ubú. Sin fondo, sin significación, sin medida, sin gracia y sin humor, Ubú, que los supera, no deja de ser por ello, y por voluntad de Jarry, el revelador de la convención patafísica, esencia de todo lo que tiene fondo, sentido, medida, gracia, humor.



Como toda organización social, pero de una manera mucho más perfecta, la organización del Colegio de 'Patafísica' está jerarquizada y esta jerarquía es piramidal. La sociedad ejemplar que es el Colegio de 'Patafísica' no podría privarse de este atributo aparente de toda sociedad: la evolución. La existencia sólo está garantizada por una

* Textos seleccionados de *Cléfs pour la Pataphysique*, Pierre Seghers, 1969.
1. La Era Patafísica (E.P.) comienza el día de nacimiento de Alfred Jarry, el 8 de septiembre de 1873.

nominación y una inscripción en los registros del Colegio. Este último realiza así en el acto aquello con lo que las otras sociedades todavía tropiezan; registros, decretos, inscripciones y diplomas toman aquí su verdadera envergadura: ontogénica.



Todo está en los estatutos. No existe ninguna condición, ninguna barrera, no hay necesidad de ninguna «iniciación» incluso para convertirse en Auditor o Miembro Correspondiente Aparente del Colegio. Estos últimos, dicen los Estatutos (III, 9, 3) *tienen como privilegio aportar una Phynanza de Inscripción... y contribuir así a la sustentación del Colegio.*



Que el lector no crea que el Colegio, como los ejércitos sudamericanos, está compuesto únicamente por oficiales. La tropa, menos conocida, no deja por ello de constituir los cimientos de todo el edificio. No es que lo sostenga (salvo phynancieramente) ni lo justifique, pero numéricamente, Auditores y Miembros Correspondientes del Colegio son infinitamente (digamos algunas centenas de veces) más considerables que los Optimates. Pero sólo se trata allí de una mayoría en el seno de una muy pequeña minoría, ya que *el Colegio de Patafísica es minoritario por vocación.*



Resumiendo (y este resumen es esclarecedor): el panorama de los diversos modos de acceso a los distintos títulos del Colegio comprende casi todas las formas conocidas de ascensión social y de acceso a los honores, *la venalidad, la antigüedad, el acomodo, la nominación, el nepotismo*, incluida la *elección* que da un toque democrático al oligárquico modo de designación del Vice Curador. Faltan, es verdad, el *mecanismo de presión y la revolución*. Que aunque han estado ausentes de los estatutos, como veremos han tenido lugar en la evolución del Colegio. La acumulación de cargos no es, en el Colegio de Patafísica, una palabra vana ni un oprobio. Estos cargos son tan numerosos que no podemos, en el marco de una obra de vulgarización, explicarlos ni tampoco simplemente enumerarlos a todos. Por

otra parte, la enumeración correría el riesgo de volverse rápidamente caduca: algunos títulos y cargos, sin desaparecer totalmente, cayeron en desuso, pero, sobre todo, la titularidad y los engranajes del Colegio se enriquecieron sin cesar con elementos nuevos. Esta reestructuración permanente del Colegio le impide ser desbordado por los problemas nuevos.



Quedan por decir algunas palabras de dos instituciones también fundamentales (también de los orígenes): la Orden de la Gran Gidouille y el Calendario patafísico. En este sentido, más

«fundamentales» aún que los Estatutos del Colegio, los de la Orden de la Gran Gidouille fueron en efecto promulgados por el mismo Alfred Jarry en su *Almanaque ilustrado del Padre Ubú* (enero-febrero-marzo de 1899). La Orden de la Gran Gidouille (OGG) ha sido restituida en su máximo esplendor por el Colegio de Patafísica y dotado por éste de una sólida armadura interna que hace de ella un complejo ampliamente autónomo. Una de las primeras preocupaciones de Su Magnificencia el Vice Curador Fundador del Colegio de Patafísica fue la de reformar *la indescriptible miseria* de los calendarios tradicionales. El Calendario patafísico está en uso público desde hace veintiséis años y en uso privado desde hace veinte, lo que significa menos tiempo que los calendarios gregoriano, juliano o musulmán pero ya ha superado en tiempo de vigencia al calendario revolucionario. El valor de un

calendario no podría en todo caso ser medido por su duración, sino, por el contrario, por su aptitud para medirla.



El Primer Magisterio (75-84 E.P.):

Hasta 1957 (y dos años más por su ausencia) la Historia del Colegio de Patafísica está marcada por la fuerte personalidad del Doctor Sandomir. El Vice Curador Fundador es más el «contemporáneo» de Jarry que su discípulo. Contemporáneo por la edad: Irénée Louis Sandomir nació en 1864 y murió en 1957 a la edad de noventa y tres años; era, efectivamente, nueve años

mayor que Alfred Jarry, a quien había conocido personalmente.

Los textos doctrinales decisivos han sido escritos casi todos durante el primer Magisterio, ya sea por Su Magnificencia misma, o por la pléyade de colaboradores que Ella supo retener y luego animar, para mayor gloria del Colegio. Entre éstos debe hacerse un lugar aparte al tandem formado por el Proveedor-General Javier J. Mauvoisin y el Proveedor-General Adjunto y Rogador Jean Hugues Sainmont. Con ellos y con el Doctor Sandomir, el Colegio tuvo a la vez su Sully, su Richelieu y su Luis XIV.

Javier J. Mauvoisin, a decir verdad, sólo retoma el cargo de Proveedor-General cuatro años después de la muerte de su primer titular Mélanie le Plumet. Esta no tuvo tiempo de mostrar su capacidad porque murió menos de un año después de la fundación del Colegio. (Su Oración Fúnebre fue la primera publicación del Colegio). El Proveedor General Adjunto fue entonces durante cuatro pesados años el único para ocuparse de la administración temporal del colegio.

Entre los co-fundadores, debe hacerse un lugar al Sátrapa Oktav Votka, cuya firma figuró al final de los Estatutos del Colegio, debajo de la del Doctor Sandomir. Es a él a quien el Colegio debe su forma de eternidad². En consecuencia, él también fue hombre político.

Además de estos cuatro, todos fallecidos material o intelectualmente, debemos dar los nombres de los primeros miembros del Colegio así fundado, algunos de los cuales hoy pueden decir: «yo estaba allí» y la mayoría ha desempeñado un papel esencial en la historia de este período. El Proveedor Georges Petitfaux, quien presidió por largo tiempo las Phynanzas del Colegio, el Proveedor-Editor Henri Robillot, quien es, al igual que el Director de la Revista del Colegio, un Director que algunos no han dudado en comparar con Vallette, creador del desaparecido Mercurio de Francia, uno de esos grandes directores de revista de los que sólo se ven dos o tres por siglo.

Los primeros Sátrapas: Lutembi (el primer Optimate extranjero, ya que Oktav Votka era de ascendencia francesa); Maurice Saillet, que quedará (¡entre otros!) como el inventor del término «Colegio de 'Patafísica»; Maurice Bazy, primer depositario de los *Cuadernos* antes de la Librería del Minotauro; Opach, último Vice Curador, Lié y Mata Mata.

A esta falange inicial convertida en vieja guardia, se unieron poco a poco Raymond Queneau y Jean Ferry (1950), Pascal Pia, Jacques Prévert, Max Ernst, Eugène Ionesco, el Barón Mollet, Tchang Tso Min (en 1951), Miro, Caradec, Grenier, Shattuck, Boris Vian,

Fassio, Duchamp, Barnier, en 1952, Dubuffet en 1954, René Clair en 1955. A partir de allí el movimiento ya no se detuvo, pero lo esencial se había logrado. Aunque algunos de estos neófitos (Ionesco, Boris Vian, por ejemplo) fueran desconocidos por el vulgo y no accedieron inmediatamente a los cargos superiores, su «resplandor» iluminaría plenamente el período siguiente.

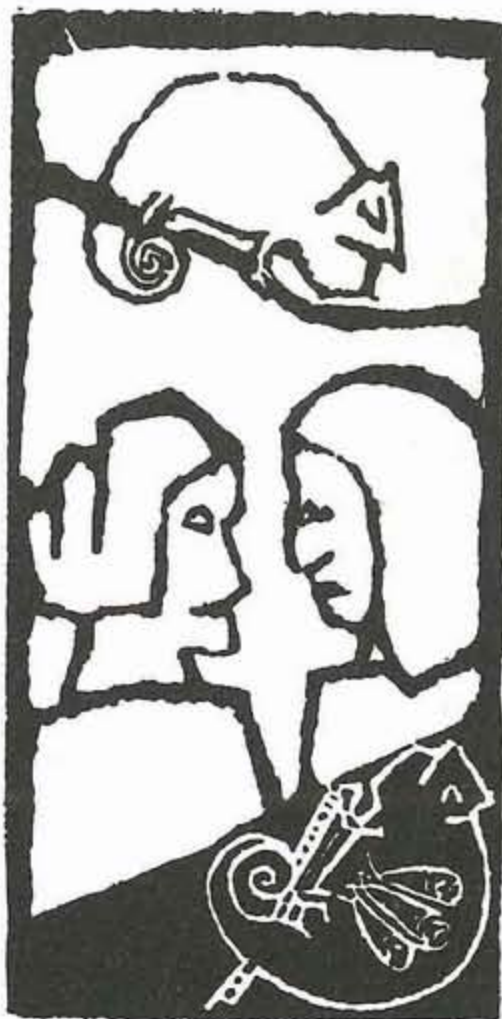
Es bastante significativo y completamente dentro de la «norma» (¡si se puede decir!) de la Ciencia de las Excepciones, que el Colegio de 'Patafísica haya sido concebido sólo para un Cuaderno único y simbólico que fue el Cuaderno N° 1. Pero a este Cuaderno, inicialmente el único, le sucedieron a razón de cuatro por año, veintiocho números que forman veinte entregas entre 1950 y 1958.

Nada más que con esta primera serie, la Revista del Colegio ha dado ya muestras de una extraordinaria longevidad para una revista, sobrevida que el III Manifiesto del Colegio (1965), juzga milagrosa.

Estaríamos tentados de decir a los Cuadernos le siguen las Publicaciones Internas si no fuera reducir a estas últimas a un papel demasiado secundario. Si bien es cierto que las Publicaciones Internas (4 y luego 2 por año) son mucho menos voluminosas y menos variadas que los números de la revista, las investigaciones formales (y de formato) evidentemente eran aquí mucho más lanzadas que en la presentación uniforme y severa de los Cuadernos. Se intentaron las experiencias más audaces: formatos triangulares, pentagonales, trapezoidales, ediciones «inclinadas» o «para leer acostado sobre la espalda», o divisiones anticipando los Cien Mil Millares de Poemas. Inversamente el Colegio pudo recuperar las tradiciones de los copistas medievales: la magnífica Oración Fúnebre de Mélanie le Plumet impresa en oro sobre papel negro recuerda el

Quatuor Evangelia Cum Prologis del cabildo de la catedral de Reims (siglo IX). Los ejemplares de cabecera de Secsa de Théodore Koenig tienen el canto de las hojas en oro y plata. Y el contenido con frecuencia está a la altura del continente.

Finalmente, además de las publicaciones escritas, el Colegio de 'Patafísica usó la Conferencia, el Discurso Público, la exposición, el fuego de artificio, distribuciones de premios, desfiles, meetings, peregrinaciones, la radio, el canto coral, y otros medios masivos (excluido el exhibicionismo). Llegamos así a las public-relations y a la política exterior.



2. *Eternité* en francés: eternidad de éter.

La «política exterior» del Colegio en ese primer magisterio reviste un aspecto más bien apostólico que imperialista y agresivo. Su primera tarea, evidentemente, era de reclutar o mejor de hacerse conocer por aquellos que son capaces de reconocerlo: distinguir a los que saben. El segundo manifiesto del Colegio hablará crudamente de «concesiones del reclutamiento». Los mejores agentes de reclutamiento eran las Publicaciones del Colegio, completadas por conferencias y cursos públicos: citemos los de Raymond Queneau en la Sorbona y de Simon Watson-Taylor en Cambridge, y las conferencias de J-H. Sainmont sobre Nerón y Jarry y el Pensamiento religioso. Pero los Patafísicos utilizaron también otros medios que eran, por otra parte, muy a menudo sus propios fines.

Es así que el año 1953 quedará en los anales del Colegio de 'Patafísica como «el año de la exposición», es decir la «Expojarryción», a la que el integrista Proveedor-General Javier J. Mauvoisin reprochó sus compromisos con el siglo y su éxito temporal. Es un hecho que esta exhibición jarriana fue uno de los momentos cumbre de la vida del Colegio en el transcurso del primer Magisterio. La Exposición Allais y la Exposición Rimbaud en 1955, la Exposición Colomb de 1956, en las que colaboraron diversos Optimates del Colegio, se prestarían incluso más al reproche antes mencionado. Ellas ofrecían la ventaja de presentar al público un Colegio menos consagrado en forma exclusiva al culto de Jarry, pero podían (muy felizmente) prestarse a otros contrasentidos. La exposición Allais se asociaba por otra parte a las Fiestas del Nacimiento de Alphonse Allais en Honfleur que constituyeron otro gran momento en la vida del Colegio (con el Mensaje de Su Magnificencia al Pueblo Normando y la adjudicación del Premio secular de horticultura allaisiana a Ionesco), pero el Colegio no estaba allí solo. Sin retroceder ante nada, la Oficina de Agitación-Propaganda del Colegio organizó también importantes desfiles y manifestaciones masivas (entre los cuales estaba el famoso Desfile de los Niños Prodigio), y editó tarjetas postales.

El Colegio de 'Patafísica se dispersaba fuera de París e incluso fuera de Francia. Muy pronto Gran Bretaña había sido conmovida por la primera representación de *Ubú Rey* en Londres (traducción de la futura regente Barbara Wright). A partir de 1949 François Lachenal, muy pronto delegado en los «países helvéticos, alpinos, teutónicos y ultramontanos» entra al Colegio. En 1952 Roger Shattuck es nombrado «Representante del Colegio en las Américas». El Magisterio de Vice-Curador Fundador se cierra con la creación del Instituto de Altos Estudios Patafísicos de Buenos Aires, y el último escrito del Doctor Sandomir es el mensaje que él envió a los Miembros argentinos del Colegio. El acontecimiento pasó desapercibido en el seno de una época cargada de acontecimientos, pero las semillas estaban

lanzadas y preparaban las cosechas del segundo Magisterio.

Sea lo que fuere de la versión maquiavélica o malapartesca de los acontecimientos, un análisis científico de sus causas permite definir a esta crisis como la crisis de crecimiento típica de una sociedad en vías de extremo desarrollo numérico y cualitativo y cuyos engranajes envejecidos, se vuelven inadaptados.

Pero las estructuras bien carenadas que hemos descripto permitieron al Colegio franquear cómodamente este Cabo de Tormentas e incluso operar sin choques las mutaciones decisivas que van a abrir el segundo período de su Historia. Se ha dicho que es lo propio de toda la Historia del Colegio esta paleación de las insuficiencias mentales por medio de Instituciones.



El Segundo Magisterio (84-91 E. P.)

Con la muerte del Vice Curador Fundador seguida luego por la de Oktav Votka, con la internación de J-H. Sainmont, la renuncia de Mauvoisin, se acabaron las fuertes personalidades que habían marcado la adolescencia del Colegio. Es también con el fin del «sainmontismo» y de esas desviaciones que la opinión pública, por largo tiempo amordazada por el terrorismo intelectual que hacía reinar el ex Proveedor-General-Adjunto y Rogador, que comienza a expresarse en voz cada vez más alta.

El director de orquesta que va a restablecer la armonía en el seno del Colegio y a liquidar las últimas secuelas de la crisis, es el nuevo Vice-Curador elegido el 10 de mayo de 1959, el Barón Jean Mollet, que es bastante diferente de su predecesor. Su obra doctrinal es mucho menos considerable que la del Doctor Sandomir. Es verdad que el fundador del Colegio no había dejado puntos que quedaran fuera de la luz de su vasta inteligencia. El Barón Mollet, además de sus cualidades de «director» que van a revelarse como muy reales y muy eficaces, frecuentó muy temprano los «medios» artísticos y literarios parisinos. Amigo de Guillaume Apollinaire y «barón» por un decreto de éste, secretario del Festín de Esopo donde publicó *El Objeto Amado* de Jarry, el Barón frecuentó hacia 1903 a quien él llamaba familiarmente «Padre Jarry».

Además del Barón Mollet, Sátrapa desde 1953, quien no era por otra parte un recién llegado al Colegio, nuevos nombres aparecen al lado de los antiguos -muchos de ellos permanecen aún-. Todos ellos se revelarán, con diversos títulos, como pilares del Colegio durante este período.

Las nominaciones de Optimates van a ser también numerosas como durante el Primer Magisterio, compensando enormemente las renunciaciones ya citadas y recreando rápidamente un encuadramiento de

estos dominios, remarquemos la importancia creciente adquirida por los «artistas» y los pintores entre el personal del Colegio. A Max Ernst, Miró, Marcel Duchamp, se agregan de allí en más Dubuffet, Enrico Baj, Asger Jorn, P. Lesieur, Beretta, Françoise Gilot, Henri Plisson, y el rubro «artístico» toma una participación cada vez mayor en la vida del Colegio. Existió entonces una «época Boris Vian» que coincidiría aproximadamente con este segundo Magisterio. Ciertamente Boris Vian ya es Sátrapa desde 1953 y una cantidad de sus Especulaciones brillaron ya en las páginas de los Cuadernos; por cierto, Boris Vian muere en su casa, sobre la terraza del Moulin Rouge, algunos días después de la solemne entronización del Barón Mollet. Pero este deceso es particularmente aparente y nos atreveríamos a decir casi insignificante desde el punto de vista de Clio, ya que su obra va a dominar toda la Historia del Colegio durante el segundo Magisterio, antes de adquirir la popularidad que es notoria.

Las masas de seis continentes fueron alcanzadas, el Mundo se organiza siguiendo el planisferio patafísico armado por el Instituto de Altos Estudios Patafísicos de Buenos Aires; las cartas y ahora las estampillas del Colegio fueron difundidas en los cuatro rincones de ese planisferio. El objetivo patafísico, como los hrönir de Tlön, comenzó a infiltrarse en el universo vulgar. En el transcurso de este segundo Magisterio la historia del Colegio es más que nunca, de expansión.

El Colegio de Patafísica prosiguió sus ofensivas. A comienzos de este período, una campaña por medio de tarjetas postales y afiches buscaba obtener que el Colegio fuera reconocido de inutilidad pública.

Más importante para el futuro del Colegio que esas manifestaciones espectaculares, fue la penetración de la Revista y de la Patafísica fuera de Francia. Esta política, emprendida por el primer Vice Curador, continuó después de su desaparición. El Colegio obtiene Proveedores Propagadores: Tchang-Tso-Min para el Extremo Oriente, Claude Ernoult para las regiones ecuatoriales, Nicolás Kamenev para Europa del Este, Fassio para América Latina, Ross Chambers para Australia, y, más tarde, Virgilio Dagnino para Italia.

En 1960, por otra parte, la introducción general de Roger Shattuck a un número del *Evergreen Review*³, "En el Umbral de la Patafísica", será traducida y publicada en nueve idiomas: inglés, francés, ruso, polaco, español, italiano, alemán, japonés y latín. Al igual que el Doctor Sandomir que dedicaba su último «mensaje» al Instituto de Altos Estudios

Patafísicos de Buenos Aires, el Vice-Curador Barón, algunos días antes de su muerte, ratificaba la constitución, luego del Instituto Romano, del Institutum Pataphysicum Mediolanense. Este nuevo Instituto iba a mostrarse como uno de los más activos en la realización de una Patamostra y sobre todo de un Dossier (el Dossier 25), enteramente redactado en italiano. Por primera vez un número de la Revista estaba escrito en otra lengua que no era la francesa.

La Vida del Colegio transcurría entonces dentro de una gran euforia. Visitas de Optimates extranjeros, promociones, Año Nuevo patafísico o vulgar, cumpleaños del Barón Mollet, todas las ocasiones eran buenas para las reuniones de banquetes-coloquios de donde surgen numerosos proyectos y decisiones fundamentales. El Colegio utilizó a pleno la eminente función social e incluso política de la mesa. Esta atmósfera de «fiesta imperial» culmina, topográficamente también, con las dos ceremonias inolvidables que tuvieron por marco las terrazas de los Sátrapas Boris Vian y Jacques Prévert, arriba del Moulin Rouge: la Aclamación del nuevo Vice Curador en 1959 y las Fiestas del Haha en 1961.

Al jacobinismo centralizador del período Sainmont había seguido un federalismo que se traducía (paralelamente a la colegiabilización del poder ya mencionado) en una descentralización acelerada de las estructuras. El impulso había sido dado por la gran reforma de las Sub-Comisiones. La aparición del S.D.O. y del ACACADOOR, del Taller de Literatura Potencial, de los Institutos extranjeros dotados de una jerarquía propia y de una larga autonomía operatoria aceleraron esta tendencia hacia una

flexibilidad que tenía en cuenta objetivamente todos los datos de la situación histórica. Sin embargo, el peligro de balcanización, se dio con la aparición de

estructuras parásitas (y que no estaban ni siquiera integradas dialécticamente como el S.D.O.), como la Cofradía de los Caballeros del Taste-Fesse o el Instituto Francés de las Bromas y Engaños con el cual hubo algunas fricciones sin graves consecuencias. A estos excesos federalistas se fue sucediendo un neocentralismo, mucho más moderado, mucho menos personalizado que el centralismo sainmontiano, con el lugar creciente tomado por el Organo Ejecutivo en la vida del Colegio.



Si hubo un culto nuevo, fue solamente el culto de la construcción. Los problemas que va a enfrentar el tercer Vice Curador son de otra índole. La crisis que coincide con la desaparición del Barón Mollet, por ser de naturaleza distinta a la anterior, no será menos decisiva.



El Tercer Magisterio: de la Elección a la Ocultación (92-102)

Su Magnificencia Opach ha recorrido todos los continentes con excepción de Oceanía. Era, entre paréntesis, el único Optimate que se ha trasladado hasta el Instituto de Altos Estudios Patafísicos de Buenos Aires. Su elección marca bien que la internacionalización del Colegio es de aquí en adelante un fenómeno irreversible. *Fluctuat nec mergitur*, el Colegio rompe sus amarras parisinas. Pasado el ceremonial de las inauguraciones, al cual se plegó con la mejor disposición, el tercer Vice Curador se mostró en la práctica mucho más preocupado por las provincias lejanas del Universo patafísico que por su epicentro parisino. Se puede notar entre las primeras nominaciones del nuevo Vice Curador las de un Sátrapa italiano y de un Sátrapa japonés.

La novedad estaba en otro lado, se situaba en el plano de «la ideología». En los trimestres que habían precedido a la Elección de 1965 una oleada (una ola marina dice el III Manifiesto del Colegio al inaugurar la nueva serie de *Subsidia*), una oleada de reconsideraciones atravesó el Colegio: cuestionarios, Coloquios, Concilios y peticiones se multiplicaron sin precedentes, y el III Manifiesto lanzado poco antes de la Elección, expresaba estas tendencias de la base y denunciaba con un vigor totalmente patafísico la desazón, el latitudinarismo y la especie de esclerosis ideológica que se habían instaurado.

En su Mensaje Inaugural el Vice Curador dio un poderoso golpe integrista y antilaxista. Llamó a una reforma. Anunció la hora de las grandes remociones, de las modificaciones, tal vez de los cismas e impulsó explícitamente a desencadenar el escándalo y a abrir todas las ventanas.

Un nuevo tipo de crisis aparece entonces en el Colegio: a la crisis aguda de fines del primer Magisterio, a la crisis larvada de fines del segundo (donde el colegio parecía sufrir una especie de languidez), se sucede una crisis provocada y controlada por las más altas autoridades del Colegio: el mismo Vice Curador secundado por algunos altos Dignatarios antiguos o nuevos ordena una renovación total de las preocupaciones del Colegio (que sea al mismo tiempo un retorno a las fuentes). Es el sentido de su sorprendente exclamación: Basta con la 'Patafísica.

Luego de los de Buenos Aires y de Milán, los Institutos extranjeros se multiplicaron durante el tercer Magisterio. El Instituto

Limburgués de Altos Estudios Patafísicos, creado en Liege en el 93 fue duplicado, veinte años más tarde, por un Instituto Flamenco. En las Islas británicas una Célula Oxoniana y una Sociedad Patafísica de Edimburgo, en Hungría; una Célula Patafísica de Ubudapest, en Suecia; un Instituto Vestrogótico en Alemania, un Deutsche Institut für Pataphysische Studien, en Helvecia un Centro de Investigaciones Periferiscópicas, en Montreal, Quebec, una Academia de Patafísica manifestaban que la internacionalización de la Ciencia era irreversible.

Antes de la presente obra y en espera de la floración post-ocultatoria, numerosas antologías del Colegio presentaron la 'Patafísica a los checos, a los eslovacos, a los suecos. La prestigiosa colección de «La Pléiade» fue ocupada por el tomo 1 de las Obras de Jarry cuya realización estaba asegurada por el Regente Michel Arrivé. La monumental (e inconclusa como las grandes catedrales o la torre de Babel) biografía de Alfred Jarry por el Regente Noel Arnaud fue publicada para el centenario.

Si bien se mundializa, el colegio se repliega.



El Tercer Magisterio luego de la Ocultación (102-120)

El 17 de arena de 102, Su Magnificencia Opach decidió ocultar el Colegio de 'Patafísica hasta el año 2000. La decisión toma efecto el 29 de clinamen de 102. Numerosas explicaciones han sido dadas a este acontecimiento «mayor», para utilizar un término envilecido pero aquí adecuado. Un año antes de la Decisión del Vice Curador, el estudio demográfico del número 22 de los *Subsidia* empleaba ya el término «ocultación» tomado en esa circunstancia del Regente Noel Arnaud y lo explicaba por el crecimiento demográfico descontrolado desde el 97. Este aumento «no deja de ser inquietante» concluían los autores del estudio.

Efectivamente los Institutos extranjeros estaban explícitamente excluidos de la Ocultación y multiplicaron sus manifestaciones. La 'Patafísica queda sólidamente estructurada en un organismo nuevo y provisorio destinado a administrar la Ciencia y a publicar los trabajos de las Subcomisiones: el «Cymbalum Pataphysicum». Retomada del Libro Maestro de Des Périers, el *Cymbalum Mundi*, y que venía a continuación de *Subsidia Pataphysica*, la locución manifestaba que los Patafísicos no perdían su latín y que las Instituciones eran perfectamente aptas para paliar las deficiencias de los individuos.

Al contrario de lo que creyeron o quisieron creer algunos, la Ocultación del Colegio no podría confundirse con su desaparición. Se estableció el uso (y no obstante el carácter extranjero de esta

publicación, la adoptamos para este período) de reemplazar la fecha patafísica por «puntos de ocultación» y de dar entre paréntesis la traducción en el calendario vulgar. Igualmente estaba oculta la portación pública de insignias, corbatas, condecoraciones, gorros y (al menos en las playas) slíps patafísicos. El apóstrofe delante de la palabra Patafísica generalmente continúa. Las nominaciones en la jerarquía del Colegio y en la Orden de la Gran Gidouille no son suprimidas pero sólo se harán públicas y serán comunicadas a los interesados luego del año 2000.

Las Publicaciones Internas comprenden nuevas colecciones que se esfuerzan en salir del «arcaísmo de la cosa escrita», aunque en ocasiones, la ortografía de esos escritos sea resueltamente innovadora.

Es difícil hablar de política «exterior» durante un período en el que la política del Colegio es, por definición, interiorizada. La política interior del Colegio, cubierta también por el velo de la Ocultación parece implicar que la navegación del as colegial está inmovilizada en las calmas ecuatoriales. De imperialista, esta política se volvió estrictamente defensiva: se trata, durante la Ocultación, de resistir a las tentativas de bloqueo, de aislamiento y otros embalsamamientos abusivos.

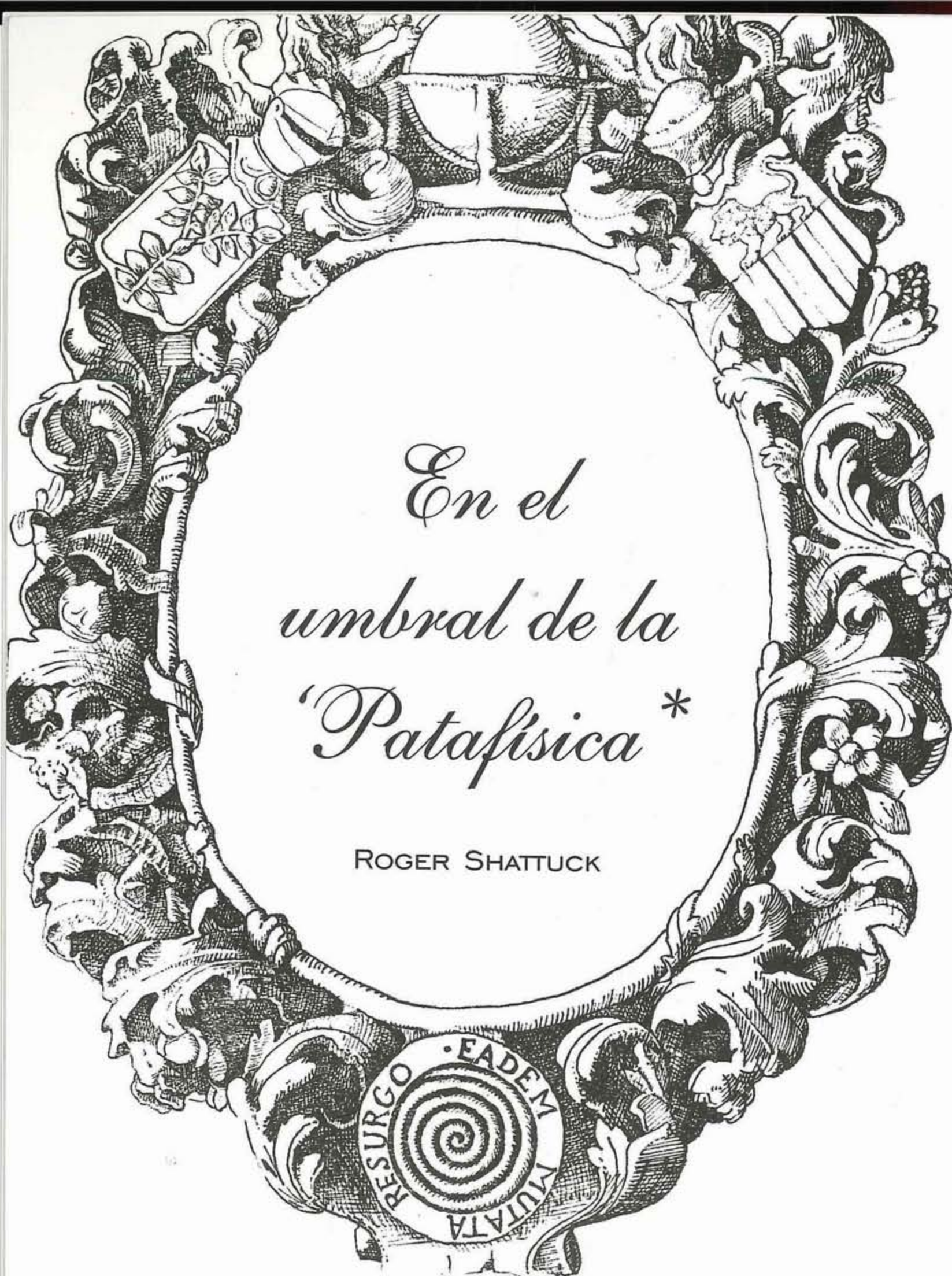


Los observadores han notado recientemente una espuma superficial, que testimonia remolinos más profundos. El Cymbalum adquirió estructuras nuevas y más colectivas. ¿Asistimos a la repetición de la crisis que había seguido a la muerte del Doctor Sandomir? Si hay crisis, ésta no podrá resolverse antes del término del milenio. La Ocultación retarda y complica la Elección del cuarto Vice Curador. Esta no se hará pública antes del año 2000 vulgar que, para invertir una célebre fórmula de James Joyce, verá el despertar en la Historia luego del sueño, si no de la pesadilla de la Ocultación.



La 'Patafísica no predica ni rebelión ni sumisión, ni moralidad ni inmoralidad, ni reformismo ni conservadurismo político, e indudablemente no promete ni felicidad ni desdicha.





En el
umbral de la
'Patafísica' *

ROGER SHATTUCK

TRADUCCIÓN DEL SERENÍSIMO JUAN ESTEBAN FASSIO, PROVEEDOR-PROPAGADOR EN
MESEMBRINESIA AMERICANA, ADMINISTRADOR ANTÁRTICO, GRAN COMPETENTE DE LA O.G.G.

Ⓔ El mundo está maduro para la 'Patafísica casi tanto como para la exploración del espacio exterior. Situada en un espacio interior donde somos a la vez lo máximo y lo mínimo de nosotros mismos, la 'Patafísica ha existido siempre. Y siempre existirá. A diferencia de otros espacios, nunca será conquistada. Y sin embargo, esta Ciencia de las ciencias tiene derecho de ciudadanía desde hace apenas una sesentena de años. Pero recientemente se ha infiltrado —de manera casi demasiado visible— en las más altas esferas de la actividad humana. Así pues, ha llegado la hora de hablar de ella.

Tratad solamente de recordar algunos de los principales acontecimientos del año pasado. Un diario inglés organizó, entre Londres y París, una carrera desde un arco de mármol a otro de piedra caliza, y Europa entera se extasió ante la hazaña: un patinador sobre ruedas con chistera gris, varios seductores profesionales reducidos al ostracismo desde el año veinte, tres compañías de aviación y, para terminar, la propia Real Fuerza Aérea, tomaron parte en la competencia. Esta partida de salto aéreo, puesta en escena de manera aún más elegante que una guerra y tan fecunda en productos periodísticos fue, para la técnica occidental, la ocasión ideal (pero no gratuita) de demostrar las virtudes de la libre empresa. Que nuestros dirigentes mediten sobre esta lección.

Unos meses antes, un descuido había revelado que algunos diplomáticos arriesgaban a menudo su reputación y el porvenir de sus países

a causa de su mayor o menor destreza en emplear con naturalidad, en el curso de las conferencias, palabras tales como "unicornio", "hermafrodita" o cualquier otra palabra extraña que los participantes habían convenido de antemano. La regla consistía en ser el primero en decir la palabra elegida sin que pareciera forzado. Admirable tentativa de esos pobres hombres de Estado por dar un poco de brillo a una vida lúgubre, consagrada a los intercambios culturales y a los problemas del desarme. Pero se descubrió el pastel: la Diplomacia es una sociedad internacional de juegos de palabras y su secreto ha sido al fin divulgado.

Según una reciente teoría de los físicos, a las partículas constitutivas de la materia pueden corresponder partículas de "antimateria" y nada nos impide pensar que esta "antimateria" constituye un "antiuniverso" capaz de invadir el nuestro... ¿No es acaso justamente éste el mundo descubierto por Alicia "del otro lado del espejo", al cual accederíamos si pudiéramos operar un cambio de signo en los símbolos de nuestro pensamiento o de nuestro ser?

Reflexionad en todo esto. La competencia industrial, la alta política, la ciencia, en sus manifestaciones más evolucionadas, dependen pues de la pura 'Patafísica. Es la única perspectiva que permite dar cuenta de todo aquello en su conjunto, de otra manera que como síntomas colectivos de marasmo o de histeria. En realidad (y he aquí una palabra que en adelante voy desterrar), se descubre allí el último estado de la 'Patafísica practicada inconscientemente, antes de elevarse al estado de 'Patafísica consciente. Estos hechos muestran claramente a qué situación se hallan reducidos los hombres ávidos de una ciencia nueva; ellos serán saciados.

En medio de esos titubeos, con la majestuosa y milenaria precisión de un

cometa, apareció hace un año, artísticamente presentado, semiconfidencial, un libro capaz de orientar los espíritus hacia los fines supremos: *Opus Pataphysicum, Testamento de Su Finada Magnificencia el Doctor I. L. Sandomir, que en vida fuera Vice Curador Fundador del Colegio de 'Patafísica*, precedido por sus otras *Obras Patafísicas*.

Aquí, sin duda, me es necesario agregar una observación gratuita: soy totalmente serio. Seriamente.

¿Qué es la 'Patafísica? No se trata de una nueva escuela filosófico-literaria nacida en París y ahora ofrecida a la voracidad del público norteamericano¹.

La 'Patafísica, lo repito, ha existido siempre: desde que el hombre se rascó por primera vez la cabeza para calmar la picazón del pensamiento reflexivo, desde que Sócrates demostró a Menón que su joven esclavo siempre había sabido el teorema de Pitágoras², desde el día en que Panurgo puso fuera de juego al clérigo inglés en el curso de una «disputation» por señas, desde que Lewis Carroll estableció la identidad de las coles y los reyes. Sin embargo, sólo a fines del siglo XIX, en una época en que la ciencia, el arte y la religión se entrechocaban en las tinieblas, la 'Patafísica se quitó la máscara y dejó al descubierto sus intenciones. Su vaso de elección fue Alfred Jarry, que se hizo célebre al asumir la paternidad de una atronadora farsa escolar, *Ubú Rey*, representada en París en 1896. Jarry tomó al Padre Ubú su «ciencia de la 'Patafísica» y la atribuyó a una nueva entidad, el Doctor Faustroll. En un libro que vería la luz luego de su muerte (*Hechos y opiniones del Doctor Faustroll, Patafísico*, 1911) y en diversas novelas, poemas y otras especulaciones, Jarry elaboró y puso en práctica la Ciencia de las ciencias. Jarry y la 'Patafísica permanecieron como temas de controversia en la literatura francesa a través de los períodos del simbolismo, de Dadá, del surrealismo e

* Texto doctrinal presentado en nueve lenguas, año XC de la Era Patafísica, publicado en *Au Seuil de la Pataphysique*.

1. Estas notas y estos textos han aparecido en una publicación curiosamente titulada "La Revista Siempre Verde" (*Evergreen Review*) o sea Revista de hojas persistentes. Sin embargo, sus hojas del año pasado estaban cubiertas de considerables escritos de una generación que se bautiza a sí misma "vencida" (*Beat*) ya antes de entrar en la liza.

Esas hojas no eran pues en manera alguna «persistentes» y la publicación habría debido tomar, más sutilmente, el nombre de «Revista Caduca» (*Deciduous Review*). Ahora, con los textos eternamente verdes de la 'Patafísica, asume subtítulo con toda verdad.

2. El patafísico Sócrates podía, por cierto, probar cualquier cosa por medio de preguntas. En el presente caso, el diálogo concluye así: Sócrates: "¿Así pues, aquél que aún no sabe posee ya nociones justas de lo que no sabe?" Menón: "Aparentemente".

Jarry en su mundo



Dibujo de Alfred Jarry para su opereta "Leda".

incluso del existencialismo³. Les han sido discernidas loas altamente contradictorias, que emanan de fuentes como Apollinaire, Max Jacob, André Breton, André Gide, Antonin Artaud y Raymond Queneau. Antes de la fundación del Colegio de 'Patafísica, ocurrida después de la segunda guerra mundial, la 'Patafísica tuvo algunas dificultades en mantener la fuerza de su doctrina. La Extensión del Colegio acarrió la creación de un vasto conjunto: estatutos, compleja jerarquía, comisiones y subcomisiones, discusiones y conciliaciones, revista trimestral, ediciones, representación mundial y, en ocasiones, manifestaciones públicas. En todas sus actividades, tanto internas como externas, el Colegio ha cultivado el sentido patafísico de la existencia, pudiendo decir con toda simplicidad, como el Padre Ubú: «La 'Patafísica es una ciencia que hemos inventado y cuya necesidad se hacia sentir generalmente», o, más compendiosamente, con Faustroll, que tomó el relevo: «La 'Patafísica es la ciencia...».

Pero, una vez más, ¿qué es la 'Patafísica? Es el propio personaje de Jarry, real aunque semilegendario, quien nos facilita el acceso más cómodo. Nacido en 1873 y célebre a los 22 años por la precocidad de sus talentos y su deliberada excentricidad, Jarry tuvo una existencia generosamente abierta a las corrientes de su época. Aceptó que su personaje tuviera algo de ese mundo bohemio de los cabarets (tan característico de un aspecto de Francia) y se apegó, a su manera, a la gran tradición de amargura irrisoria e integridad que se ocultaba detrás de esa pintoresca sordidez. Recibido como amigo y editado por los simbolistas, se permitió, como ellos, ser sensible a la musicalidad y a la sugestión del lenguaje, consideradas como un reflejo de las correspondencias que existen entre los seres. Se entretuvo con los atractivos del

ocultismo, caracterizado en esa moda del rosi + crucismo, del satanismo y del conocimiento esotérico que no cesó de manifestarse durante todo el curso del siglo. Al mismo tiempo, sin conflicto interior, se preocupó por la evolución de todo lo que se manifestaba en la ciencia, pero no en la línea del positivismo francés ya en quiebra, sino según las investigaciones ricamente especulativas de una generación de pensadores ingleses, tales como Lord Kelvin (sobre la relatividad y las unidades de medida), Ch. V. Boys (su sorprendente libro *Pompas de Jabón y las Fuerzas que las producen* acaba de reaparecer en inglés⁴) y el inevitable H.G. Wells. Por fin, Jarry se interesó en la intrepidez explosiva de los anarquistas que, un poco como Ubú, se dedicaban a destruir para tener algunas buenas ruinas que demoler.

El efecto de todas esas influencias tan diferentes unas de otras, sobre la masa de la sociedad, era casi nulo: raramente se hallaban ligadas entre sí y se dispersaban en todas direcciones. La genialidad de Jarry reside en haberlas asumido, para transmutarlas en la ciencia única de la 'Patafísica. Se puede considerar a la 'Patafísica como un método, una disciplina, una actitud, un rito, un punto de vista, una mistificación. Es a la vez todo eso y nada de eso.

3. El Clinamen, uno de los dogmas de la 'Patafísica y cuyo origen es el término empleado por Lucrecio cuando trata del papel crucial de la declinación fortuita en los fenómenos atómicos, se desliza con bastante frecuencia en los escritos de Sartre como para despertar ciertas sospechas. ¿*L'Être et le Néant* (cf. p. 451 y 529, así como la «Reponse a Albert Camus» en *Les Temps Modernes*) será quizás una pesada y apócrifa ilustración de la Ciencia de las ciencias:

4. La Editorial Universitaria de Buenos Aires acaba de publicar la versión española de este libro.

Llegados a este punto, nos es menester emprender la tarea de definir la 'Patafísica en términos no patafísicos.

I. La 'Patafísica es la ciencia del dominio que se extiende más allá de la Metafísica; o bien: la 'Patafísica sobrepasa a la Metafísica tanto como ésta sobrepasa a la Física en todos los sentidos ad libitum.

Metafísica es un vocablo que tiene la virtud de significar exactamente lo que se quiere hacerle significar: de allí su innegable popularidad. En la obra de Aristóteles designaba simplemente el orden de especulaciones que tenía cabida en los libros siguientes a la Física.

La 'Patafísica encara el universo real en su totalidad, junto con todos los otros universos y profesa que éstos no son ni buenos ni malos, sino patafísicos. René Daumal ha escrito que se proponía hacer con la Metafísica lo que Julio Verne había hecho con la Física. La 'Patafísica, penetrando en los más allá, cualesquiera sean sus direcciones, nos invita a una navegación de descubrimiento y de aventuras en el seno de eso que Jarry llamaba Ethernidad. Es justamente en ella donde residimos.

II. La 'Patafísica es la Ciencia de lo Particular, de las leyes que rigen las excepciones.

El dominio que se extiende más allá de la metafísica no será alcanzado por medio de generalizaciones cada vez más vastas. El error del "pensamiento contemporáneo" fue creer que eso era posible. El retorno a lo Particular demuestra que cada hecho determina una ley, una ley particular. La 'Patafísica vincula cada cosa y cada hecho, no a una generalidad (que en el fondo es sólo un medio de soldar excepciones entre sí), sino a la singularidad, que hace de cada uno de ellos una excepción⁵. Así, la ciencia Patafísica no ha de buscar remedios ni considerar el "progreso", ni

sacrificarse por el pretendido mejoramiento de las cosas: permanece inocente de todo mensaje. Ciencia pura, la 'Patafísica carece de leyes y por lo tanto no podría estar fuera de la ley.

III. La 'Patafísica es la ciencia de las soluciones imaginarias.

En el orden de lo Particular, cada hecho resulta de un número infinito de causas. Por consiguiente, la solución de todo problema particular (es decir, la atribución de causas y efectos) reposa sobre una elección arbitraria: he allí otro término para designar la imaginación científica. ¿Qué diferencia hay entre atribuir la gravitación a la "curvatura del espacio" o a la "atracción" electromagnética? La comprensión de una u otra de esas interpretaciones requiere un fuerte desarreglo de la imaginación científica. La ciencia está constreñida a preferir la solución que conviene a los hechos, así se trate de la luz como de la caída de una manzana. La 'Patafísica da buena acogida a todas las teorías científicas: trata cada una de ellas no como una generalidad, sino como una tentativa a veces heroica, a veces patética, de adosar la etiqueta de «verdadera» sobre una de esas interpretaciones. Los estudiantes de filosofía recuerdan tal vez al alemán Hans Valhinger y su filosofía del «als ob»: él enseñaba, con cierta pesadez pero no sin perseverancia, que construimos nuestro propio sistema de pensamientos y de valores y que luego vivimos «como si» la realidad se conformara a ese sistema. La idea de «verdad» es la más imaginaria de todas las soluciones.

IV. Para la 'Patafísica, todo es la misma cosa.

El patafísico no sólo no acepta ninguna explicación científica definitiva sino que, además, no atribuye valor a ningún valor, sea éste moral, estético o cualquier otro: considera a estos valores como simples

5. En los *Hechos y Opiniones del Doctor Faustroll* es notable comprobar que la mayor parte del capítulo 6 está consagrada a «Casos Particulares», en lo que éstos tienen de más singularmente singular. El Doctor navega de isla en isla, cada una de las cuales representa una obra literaria o artística, pero siempre según un estilo y una transposición inventados especialmente para cada una.



hechos de opinión. El principio de equivalencia universal y de la conversión de los contrarios reduce el universo, considerado en su realidad patafísica, a casos únicamente particulares. Por consiguiente, resulta lógico que el patafísico pueda encontrar placer en el «trabajo» y que responda de las más diversas maneras a los apetitos «normales» (y «anormales») de la carne y del espíritu, que pueda a veces tener deferencias hacia su prójimo e incluso que ocupe un « puesto responsable » en la sociedad. La 'Patafísica no predica ni rebelión ni sumisión, ni moralidad ni inmoralidad, ni reformismo ni conservatismo políticos; y, por cierto, no promete ni felicidad ni desgracia. ¿Qué sentido tendría todo eso cuando todo es la misma cosa⁶?

V. La 'Patafísica es, en su actitud, imperturbable.

Jarry fue considerado por sus contemporáneos como un payaso o como un loco. Tales fueron los efectos del contrasentido cometido. La 'Patafísica no tiene nada que ver con el humor, como tampoco con esa especie de locura domada, puesta de moda ruidosamente por el psicoanálisis. La vida, estamos de acuerdo, es absurda, pero también es

perfectamente banal, y sería grotesco tomarla en serio.

Sobre todo para indignarse o para atacarla. Lo cómico es lo serio que se excusa por medio de la bufonada; lo serio, tomado en serio, es inexorablemente bufonesco. Por ello el

patafísico permanece atento e imperturbable⁷. No estalla en

carcajadas; no jura, tampoco, cuando se le pide que llene cuatro copias de un cuestionario sobre sus afiliaciones políticas y



sus hábitos sexuales: por el contrario, cubre cada una de las cuatro hojas con respuestas diferentes e igualmente válidas. Esta imperturbabilidad le confiere el anonimato y la posibilidad de gozar de la entera profusión patafísica de la existencia.

VI. Todo es patafísico; sin embargo, pocos hombres ponen en práctica la 'Patafísica conscientemente.

No hay diferencia de valor sino de estado entre el hombre ordinario y el deliberadamente consciente de la naturaleza patafísica del mundo y de sí mismo. El Colegio de 'Patafísica no vale ni más ni menos que la Academia Francesa o el «Hilldale Garden Club Men's Auxiliary Committee of Three of Poison Ivy Extermination»⁸. El Colegio, luego de su propia naturaleza, puede gozar del espectáculo patafísico de su propia conducta. ¿Qué otra ciencia, fuera de la 'Patafísica, puede tomar cuenta de la conciencia, de la «conciencia en sí», que se desliza perpetuamente fuera de sí misma para penetrar en la eternidad? La monstruosa gidouille (barriga) del Padre Ubú está figurada por una espiral que la 'Patafísica transpone en símbolo de esa búsqueda eterna que gira sin cesar sobre sí misma. ¿Símbolo? A esta altura de las cosas, todas las palabras —puesto que son patafísicas— son equivalentes.

VII. Nada hay más allá de la 'Patafísica; ella es la última instancia.

Como el aprendiz de hechicero, somos víctimas de nuestro conocimiento —sobre todo de nuestro saber científico y técnico—. La suprema instancia contra nosotros mismos reside en la 'Patafísica. No es que ella pueda cambiar la historia: esta gigantesca improvisación del pasado es ya jurisdicción de la Ciencia de las ciencias. Pero la 'Patafísica concede a ciertos individuos, bajo

una exterioridad imperturbable, el privilegio de transformarse en su propia particularidad: Ubú o Faustroll, usted o yo. En apariencia, puede uno adaptarse minuciosamente a los ritos y convenciones de la vida civilizada, pero ha de considerar ese conformismo con el cuidado y la delectación de un pintor que elige sus colores o, quizás, de un camaleón. La 'Patafísica es una actitud interior, una disciplina, una ciencia y un arte que permite a cada cual vivir como una excepción y no ilustrar otra ley que la propia.

Una entrega especial sobre la 'Patafísica de una revista cualquiera, periódica a intemporal, de hojas persistentes o caducas⁹, no podría tener utilidad alguna. Fue éste el argumento utilizado para convencer a los Optimates del Colegio, reunidos en ocasión excepcional alrededor de un excelente *beaujolais*, de que permitieran a la doctrina propagarse en el hemisferio post-colombino y ponerse así al alcance de los Anglos y los

6. Recordemos que, según el Artículo 11 de sus *Estatutos*, el Colegio (como la 'Patafísica) «no obliga a nada, sino que, por el contrario, desobliga en todos los sentidos de la palabra *desobligar* y de la palabra *sentidos*».

7. *Imperturbabilidad* no es una traducción noble de *frialdad*. *Permanecer frío* es una muestra de indiferencia y a lo sumo sólo es un juego indiferente. El patafísico se siente personalmente interesado, no por la «obligación» del que trata de crear valores humanos, sino a la manera de un niño que mira en su caleidoscopio o del astrónomo que estudia sus galaxias.

8. Comité Auxiliar de los Tres, de la Sociedad Masculina del Jardín de Hilldale para la Exterminación de la Hiedra Venenosa.

9. Esta nota alude a la presentación y al contenido del N° 13 de la *Evergreen Review*, que comprendía cuatro partes: 1) Los Sátrapas; 2) Los Patacesores; 3) Alfred Jarry (1873-1907); 4) El Colegio de 'Patafísica.

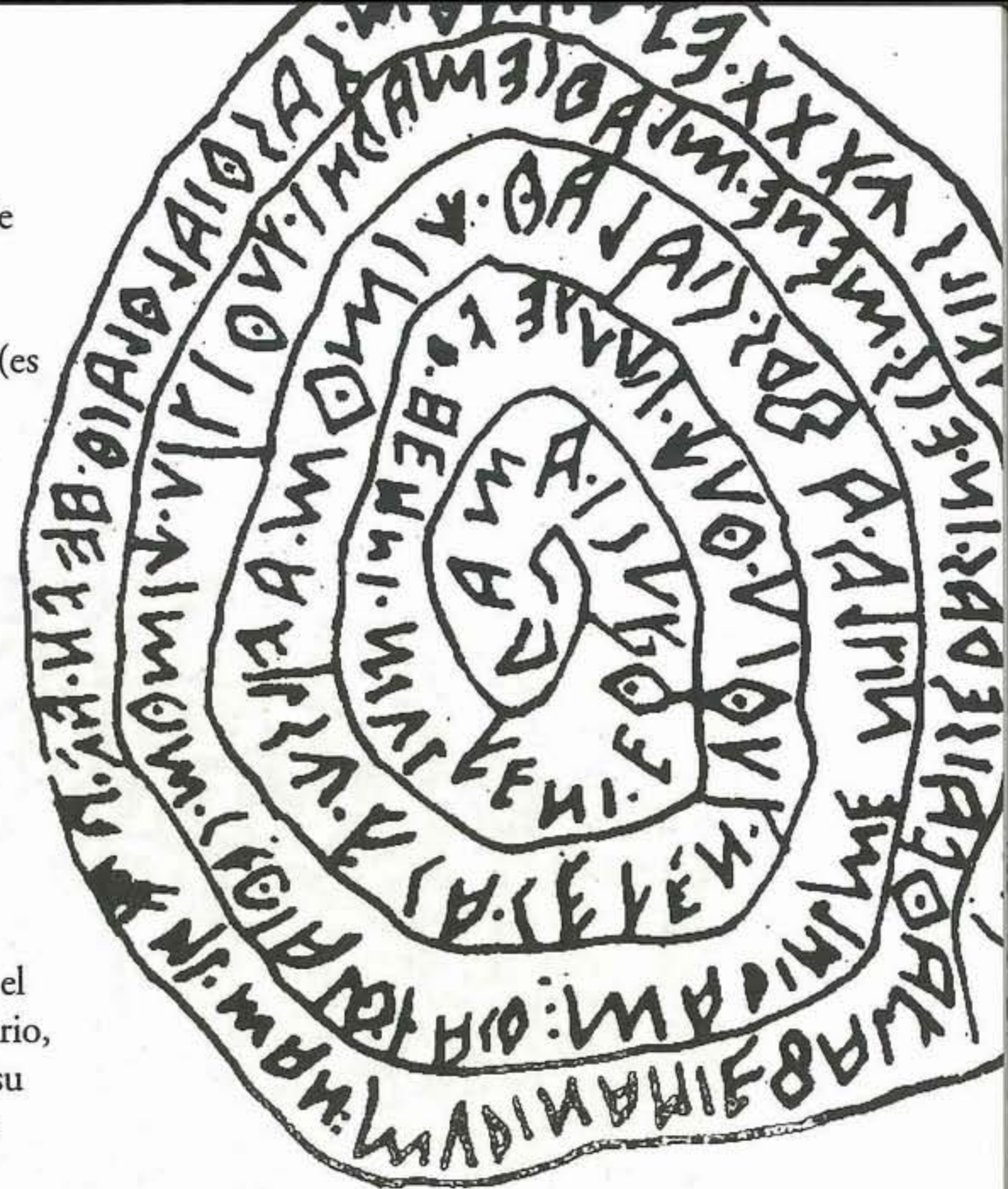
Sajones, —y ésto por el canal de una revista célebre por su búsqueda deliberada de «verdades» sociales y estéticas—. Para provocar este nuevo avatar de la 'Patafísica, los Optimates delegaron finalmente su autoridad, venciendo su natural repugnancia por asumir tales responsabilidades internacionales. Ninguna presentación sintética tan completa como ésta ha sido publicada en Francia.

Esta publicación está concebida como un diario, de manera que puede ser abordada por un lado o por el otro. El lector que se inclina primero sobre la página financiera de su diario, para seguir luego con las tiras de historietas y la crónica deportiva y llegar por fin a las ficciones de la página uno, en este caso se dirigirá en primer lugar a la última sección, consagrada al Colegio, a su historia, su estructura, sus textos canónicos y sus actividades. Porque el Colegio mismo es una manifestación ejemplar de la 'Patafísica y como tal ha sido concebido. Toda forma social es patafísica, en el mismo grado que cualquier divulgación cultural. Sociedad y cultura son, por excelencia, productos de soluciones imaginarias consideradas como reales. Son así doblemente imaginarias: en un primer grado, en la medida en que son ficciones; y en un segundo grado, en la medida en que no se las toma por ficciones —y es ese carácter de «patafísica al cuadrado» el que, según nosotros, les confiere su invencible potencia y el curioso crédito de que gozan en el espíritu de los hombres—. También el Colegio de 'Patafísica, sociedad cultural, por su propia esencia, hace superabundar a la 'Patafísica. Por medio de un ingenioso subterfugio, sirve a cada cual de pretexto para satisfacer sus necesidades societarias y su prurito cultural, sin disimular su naturaleza Patafísica, sino aceptando esta naturaleza, incluso deseándola y

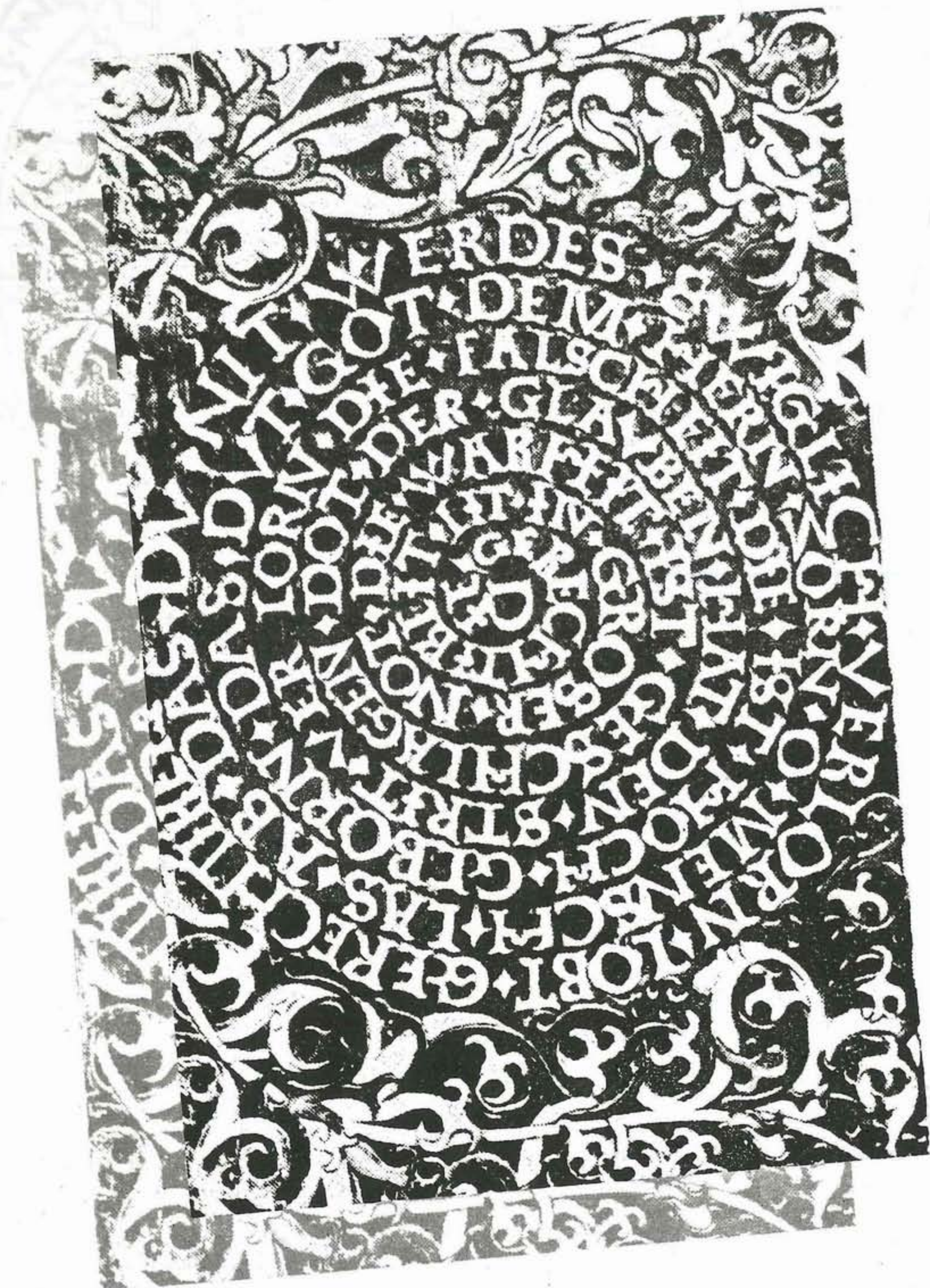
teniéndola como un fin indisociable de los fines supremos del Colegio: seleccionar los patafísicos que no se ignoran entre aquellos que se ignoran (es decir, todo el género humano) y promover la 'Patafísica en este mundo y en todos los otros. Las formas sociales y culturales son ficciones tenidas por realidades, pero esas realidades reconocidas como ficticias son consideradas como más reales que la realidad misma y esta nueva «realidad» es propuesta a la vez como imaginaria y subjetiva —y así sucesivamente, pues el Colegio es patafísico a la enésima potencia.

La publicación de esta sección sobre el Colegio, a cargo del Proveedor Delegatario, abre desde ahora un nuevo capítulo de su historia, ya que la elucidación de ciertos puntos de doctrina ha provocado varias peligrosas herejías; dos dimisiones y una controversia —que aún reina— a propósito de la comunicación de las ideas despojadas de su sostén lingüístico. En el momento en que entramos decididamente en prensa, Su Magnificencia el Vice Curador del Colegio crea, en el interior de la Subcomisión de implicaciones y Estivaciones, una nueva Intermisión de Apóstoloplanetas y Pseudomancias, destinada a paliar toda posible crisis causada por la divulgación de esos textos.

Después de haber recorrido esta sección el patafísico potencial pasará naturalmente a la «sección Jarry», para comprender las alusiones contenidas en lo que acaba de leer. Los textos de Jarry deberían turbarlo suficientemente como para incitarlo a continuar hacia atrás, hasta los «Patacesores»¹⁰: son los autores de la Era Patafísica que no han vivido bastante como para pertenecer al Colegio, pero cuyas obras han llegado a ser parte integrante de su canon. Nos pataceden en el universo suplementario



10. En la *Evergreen Review* fueron presentados solamente siete Patacesores: Alphonse Allais, Félix Fénéon, Remy de Gourmont, Marcel Schwob, Léon-Paul Fargue, Julien Torma y René Daumal, pero naturalmente existen muchos otros, desde Zenón de Elea a Rabelais, a Swift o a Raymond Roussel.



de éste y, al mismo tiempo, pataceden por nosotros en él. Las breves noticias sobre estos Patacesores han sido escritas por otros tantos altos Dignatarios del Colegio.

El Cuerpo de Sátrapas constituye algo así como el propileo de la 'Patafísica. Todos ellos (fuera de Boris Vian, muerto en la primavera de vulg. 1959) son Miembros «activos» del Colegio, activos incluso en cuanto se abstienen de toda actividad. Además, el lugar eminente que todos ocupan en sus especialidades hace resplandecer la omnipresencia de la 'Patafísica en los organismos y círculos más cerrados de nuestra civilización.

[Aquí el Serenísimo Proveedor General Propagador en las Islas y Américas hace, para el público norteamericano, una sucinta presentación de los Trascendentes Sátrapas que han colaborado efectivamente en la primera parte del N° 13 de la *Evergreen Review*: Jacques Prévert, Moderador Amovible del Cuerpo de Sátrapas; Raymond Queneau, Gran Conservador O.G.G.; Boris Vian, hasta su muerte Promotor Insigne O.G.G.; Eugène Ionesco, actual Promotor Insigne; Jean Ferry, Archiesfragidóforo O.G.G.; Maurice Saillet, Pascal Pia, Max Ernst, Joan Miró, René Clair, Michel Leiris, Jean Dubuffet]

Que Faustroll acompañe al lector en su periplo patafísico. Y que el cinocéfalo papión *Bosse-de-Nage* permanezca siempre a su lado, para repetirle su explicación universal y Tautológica: ¡Ha Ha!

15 de Clinamen de 87 E.P., Fiesta de la Invención de la 'Patafísica (vulg. 6 de abril de 1960).

Roger SHATTUCK,

Proveedor General Propagador en las Islas y Américas, Susceptor transedente de la Regencia y Cátedra de Mateología Postcolombina.

La 'Patafísica en El Plata

JORGE B. RIVERA

1. Jarry: tinta y alcohol

Uno de los primeros registros de la figura de Alfred Jarry entre nosotros debe ser buscado en la revista *Martín Fierro* (cfr. loc.cit., n°- s 14/15, 24/1/1925), en una muestra de poesía moderna realizada por Evar Méndez y que lo presenta junto a Laurent Tailhade, Maurice Du Plessys y Albert Samain.

Era, ciertamente, un personaje perfecto para *Los raros* de Rubén Darío, y de hecho en el libro está Rachilde, que fue su amiga, y están la ciudad, el clima transgresor y la escenografía urbana, pero por algún motivo él no figura, aunque hubiese hecho un cumplido y escandaloso efecto.

Jarry, como lo describe Henri Clouard en su *Histoire de la Littérature*, vivía en un decorado macabro y mistificador, «perfumado por los hedores de una jaula de búho», que parece menos simbólica que literal y escandalosamente ofensiva. Sucesivamente, para incurrir en la minucia cartográfica de un París similar y diferente, habitó en un callejón sin salida del boulevard de Port Royal, en la rue Casette, en un vagón de ferrocarril abandonado y finalmente en el Hospital de la Caridad, en el que murió de alcoholismo agudo.

A Jarry, con su excentricidad y sus maneras «droláticas», hay que ubicarlo en un contexto finisecular marcado por el simbolismo¹, en el que comparte posiciones con figuras como Peladan y Schwob. Cómo entender, en definitiva, a Guillaume Apollinaire o a Max Jacob, sin tener en cuenta el umbral instigador, iconoclasta y anticipador que fue Jarry, sin cuya presencia resulta imposible comprender cierta carga de irreverencia y humor que estallará poco más tarde con Dadá y el surrealismo.

1. En *Breve Historia del Modernismo* (1954), de Max Henríquez Ureña, se puede leer un texto de Julián del Casal sobre el clima social e intelectual del París de fines del siglo XIX, precisamente en los días en que Alfred Jarry delineaba los perfiles de su clásico personaje:

«Aborrezco el París que celebra anualmente el 14 de julio, el París que se exhibe en la Gran Opera, en los martes de la Comedia Francesa o en las Avenidas del Bosque de Bolonia; el París que veranea en las playas a

la moda o inverna en Niza o en Cannes; el París que acude al Instituto y a la Academia en los días de grandes solemnidades; el París que lee *El Figaro* o la *Revista de Ambos Mundos...*; el París que se extasía con Coquelin y repite las canciones de Paulus; el París de la alianza franco-rusa; el París de las Exposiciones Universales; el París orgulloso de la Torre Eiffel; el París que hoy se interesa por la cuestión del Panamá; el París, en fin, que atrae millares y millares de seres de distintas razas, de distintas jerarquías y de distintas



Padre Ubú por Oliverio Girondo



Un testimonio de inestimable valor sobre Jarry es el que dejó precisamente Apollinaire en noviembre de 1909, y que fue incluido por Guillermo de Torre en su libro sobre el poeta y precursor teórico de la vanguardia plástica (cfr. Guillaume Apollinaire, Poseidón, 1946, pp. 249-255).

Apollinaire llega a París en 1898 y se vincula de inmediato con Jarry y su círculo. «El joven poeta -señala de Torre- le trató de cerca, sufriendo el influjo de aquel personaje extravagante y asimilando algunos de sus rasgos: amor a lo absurdo y desmesurado, inclinación a la superchería bufonesca, a las crudezas de tipo rabelaisiano, en suma, todos los factores que conjugados más tarde lo llevarían a escribir *Le poète assassiné* (loc. cit., p. 27).

Jarry, vale la pena señalarlo, es contemporáneo de la irrupción del cinematógrafo, creado por los hermanos Lumière en 1895, época en la que él colaboraba en *Le Mercure de France* y preparaba la edición de *Ubú*. El fenómeno, sin embargo, no parece haberlo apasionado de manera sensible, como sucede con algunos recursos tecnológicos que más tarde harán carrera espectacular (pero que no sacuden ni asombran a muchos de sus contemporáneos).

La etapa es rica en exploraciones e inclusive en búsquedas y hallazgos que tienen alguna relación con las propuestas y curiosidades del autor. En primer término, el riquísimo venero de realizaciones e intuiciones de un precursor como Georges Méliès, en una veta de creatividad y exploración que sería proseguida (desde el dibujo animado) por la rica imaginación cinética de Emile Cohl, el creador de *Fantasmagorie* y *Un drame chez les fantoches*.

Breton incluye una mención a Jarry en el Primer Manifiesto del Surrealismo (1924): «Jarry es surrealista en el ajenjo». En otro pasaje (esta vez del Segundo Manifiesto de 1930), el nombre de Jarry aparece incluido en una serie que reúne a Hegel, Feuerbach, Marx, Lautréamont, Rimbaud, Freud, Chaplin y Trotsky, como expresiones de un drama que desgarrar a la filosofía y a la poesía. Breton lo vuelve a mencionar más adelante para agredir a Bataille: «Habiendo caído en su plato la 'escoba innominable' de que habla Jarry, el señor Bataille se declara encantado» (recuérdese que se trataba de la escobilla para limpiar letrinas mencionada en *Ubú Rey*, acto n°1, escena 3ª.).

El nombre del poeta retorna en 1942 en *los Prolegómenos a un tercer manifiesto del surrealismo o no*, como integrante de una nueva lista que expresaría ahora «la línea» aceptada por Breton como «propia»: Heráclito, Abelardo, Eckhardt, Retz, Rousseau, Swift, Sade, Lewis, Arnim, Lautréamont, Engels, Jarry y «algunos más».

En *Situación surrealista del objeto* (1935) Jarry es mencionado como «vínculo de unión entre Rimbaud y Apollinaire», y al propio tiempo como campo de combate entre las fuerzas que pretendieron dominar el arte en la época romántica: «la fuerza que inducía a fijar

la atención en los accidentes del mundo exterior; y por otra parte, aquella que inducía a fijarla en los caprichos de la personalidad».

En *Los vasos comunicantes* Breton vuelve a citar a Jarry a propósito de los «escotillones» (*la trappe*) que sirven para engullir a los muñecos de *Ubú Rey*. En la escena segunda del acto tercero los nobles remisos a dejarse «confiscar» por la voracidad de Ubú son condenados sin más trámite «a la trampa», y el déspota advierte: «...los que sean condenados a muerte pasarán por la trampa, caerán en los subsuelos del Pellizca-Puerco y de la Cámara de Centavos, donde serán descerebrados».

El fragmento convoca y exhibe una porción de la temible aparatología represiva ideada y desplegada por el talento criminógeno y tortuoso de Ubú: la pinza de Nobles (*le crochet à nobles*), el Pellizca-Puerco (*le Pince-Porc*) y la Cámara de Centavos (*la Chambre-à-Sous*).

2. Otras huellas del gran «drolático»

Junto a personajes contemporáneos como Alphonse Allais, Jean-Pierre Brisset y Raymond Roussel, resulta indudable que Jarry es un cómodo habitante de *la Antología del humor negro* compilada por André Breton en 1939. Arthur Cravan y Jacques Vaché, que parecen o son efectivamente sus coetáneos, en realidad lo prolongan en el tiempo con sus acciones y sus dichos. Cravan -poeta, humorista, creador de pequeñas revistas literarias, boxeador, etcétera- es el mismo que afirmó: «Si gozara de la gloria de Paul Bourget me exhibiría todas las noches en taparrabos en una revista de music-hall y les aseguro que haría taquilla». A Vaché lo recuerda Breton vestido con uniforme inglés y alborotando en un teatro, con un revólver desenfundado con el que amenazaba abrir fuego contra todo el mundo, en el estilo de ciertas anécdotas jarryanas.

La llave de los campos, de André Breton, contiene un texto de 1951 titulado «Alfred Jarry, iniciador y explorador», en el que se proponen ciertas necesarias precauciones para realizar la lectura del poeta sin incurrir en el defecto de la unilateralidad o el exclusivismo temático. Jarry -recuerda precautoriamente Breton- se distinguió precisamente por su curiosidad «enciclopédica», que lo llevaría a intentar operaciones muchas veces inéditas y sorprendentes. Breton valoriza en este sentido una idea típicamente jarryana, que tendría vínculos ciertos con el método paranoico-crítico propuesto por Max Ernst y Salvador Dalí: «la disección indefinida siempre exhuma en la obra alguna cosa nueva» (cfr. la introducción a *Minutes de sable memorial*).

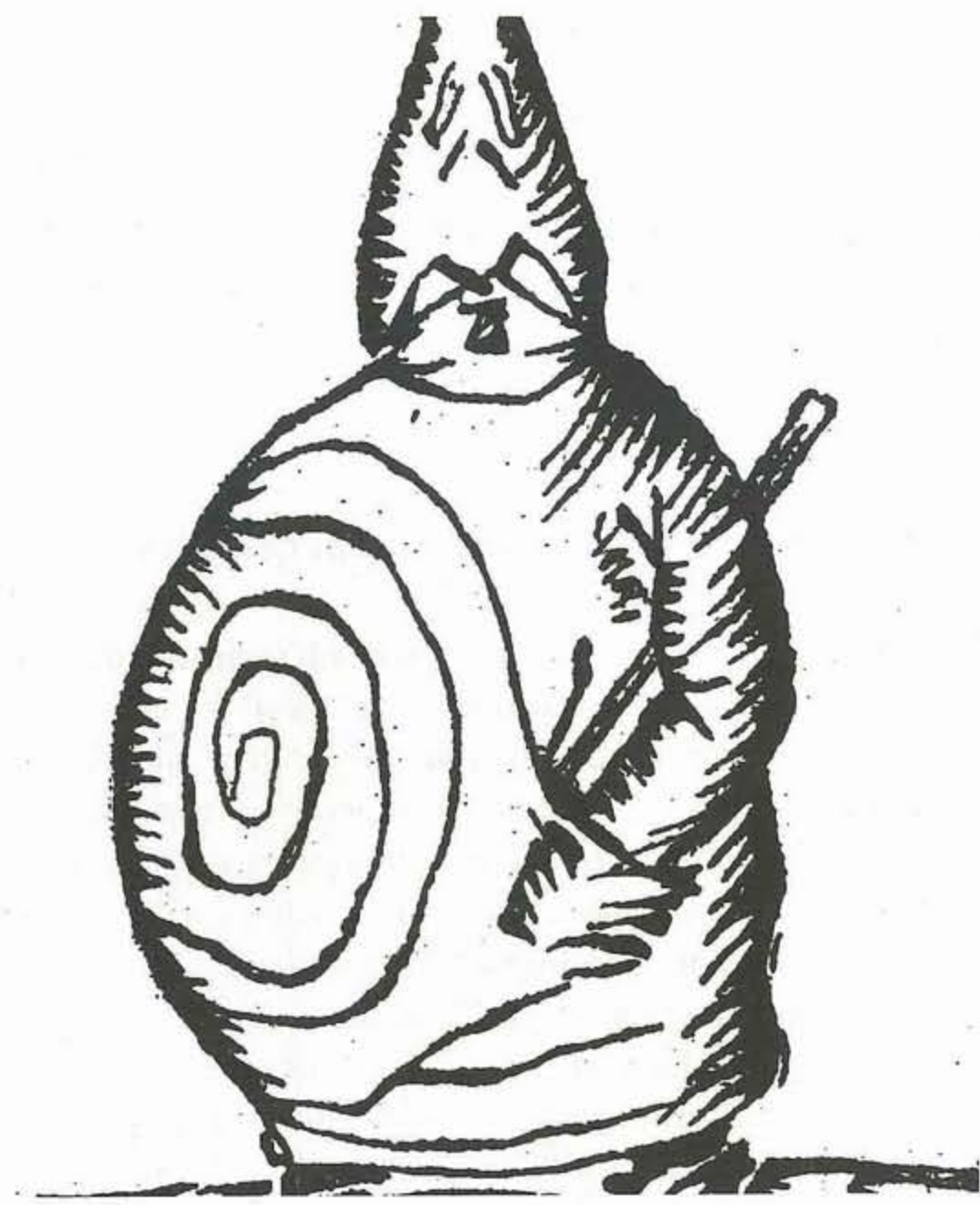
La traducción que hizo Raúl Navarro de la *Historia del Surrealismo* de Maurice Nadeau, aparecida en Buenos Aires en 1948

con el sello editorial de Santiago Rueda, contribuyó en su momento a arrojar modestas luces sobre la figura del creador de la 'Patafísica, como instigador de aspectos y reivindicaciones profundas del surrealismo y de algunas de sus figuras precursoras. Entre estas últimas y Jarry se establecen vinculaciones bastante evidentes, como el común entusiasmo de Jarry y Jacques Vaché por los revólveres y por la idea de «descargarlos sobre el público», un rasgo perturbador, exhibicionista y gratuito que reaparece en la consigna con la que Vaché había amenazado en 1917 a los pacíficos y desprevenidos espectadores del Conservatorio Maubel.

Se incluye a Jarry en la antología *El humor más serio del mundo* (Ed. Rodolfo Alonso, 1971). El texto escogido en este caso es «Una carrera difícil». El creador de Ubú también figura en la antología *Humor y terror*, compilada por Julio Pérez Millán (seudónimo escogido en la ocasión por Horacio Achával) para la Biblioteca Básica Universal del Centro Editor de América Latina. Los textos, en este caso, son «Antropofagia» y «Costumbres de los ahogados», ambos pertenecientes a *Gestes* y en consecuencia publicados originalmente en 1902 en la *Revue Blanche*. La muy patafísica idea de combinar humor y terror pertenece a Achával, por las razones que expone en el estudio preliminar que acompaña a los textos.

Gestes et Opinions du docteur Faustroll apareció póstumamente en 1911, a unos cuatro años de la muerte de Jarry, fallecido en noviembre de 1907. Guillaume Apollinaire, quien era amigo y admirador del poeta, dejó una semblanza de su sepelio en el cementerio de Bagneux, en la que brindó el tono justo del homenaje póstumo a ese «muchacho encantador» y «gran escritor» que fue Jarry. «Hay muertos -dijo Apollinaire en un texto escogido por Guillermo de Torre para el libro que dedicara al crítico y poeta en 1946 (cfr. Guillaume Apollinaire, Ed. Poseidón, 1946)- que se lamentan de otro modo que por las lágrimas. No se vieron muchas lloronas en el entierro de Folengo, ni en el de Rabelais, ni en el de Swift. Tampoco eran necesarias en el de Jarry. Semejantes muertos no han tenido nunca nada de común con el dolor. Jamás sus sufrimientos han estado mezclados de tristeza. Para tales funerales es necesario que cada uno dé muestras de un feliz orgullo por haber conocido a un hombre que no ha sentido nunca la necesidad de preocuparse de las miserias que le abrumaban a él como a los demás... No, nadie lloraba tras el coche fúnebre del tío Ubú. Y como era domingo, el día siguiente de los Muertos, todos aquellos que habían estado en el cementerio de Bagneux se habían vertido al llegar la tarde en los ventorrillos de los alrededores. Estos rebosaban de gente. Se cantaba, se bebía, se comían fiambres: cuadro truculento como una descripción imaginada por aquel que llegábamos de enterrar».

Jarry fue amigo y admirador del Aduanero Rousseau, quien pintó un retrato que presenta al poeta acompañado por un loro y un



nacionalidades. Pero adoro, en cambio, el París raro, exótico, delicado, sensitivo, brillante y artificial; el París que busca sensaciones extrañas en el éter, la morfina y el haschisch; el París de las heroínas admirablemente perversas de Catulle Mendès y René Maizeroy; el París que da un baile rosado en el Palacio de Lady Caithnes, al espíritu de María Stuart; el París teósofo, mago, satánico y ocultista; el París que visita en los hospitales al poeta Paul Verlaine; el París que hizo la noche en el cerebro de Guy de Maupassant; el París que sueña ante los cuadros de Gustave Moreau y de Puvis de Chavannes, los paisajes de Luisa Abbema, las esculturas de Rodin y la música de Reyer y de Mlle. Augusta Holmès; el París que resucita al rey Luis II de Baviera en la persona del conde Roberto de Montesquieu-Fezensac; el París que comprende a Huysmans e inspira a las crónicas de Jean Lorrain; el París que se embriaga con la poesía de Leconte de Lisle y de Stéphane Mallarmé; el París que tiene representado el Oriente en Judith Gautier y en Pierre Loti, la Grecia en Jean de Moréas y el siglo XVIII en Edmond de Goncourt; el París que lee a Rachilde, la más pura de las vírgenes, pero la más depravada de las escritoras; y el París, por último, que no conocen los extranjeros y de cuya existencia no se dan cuenta, tal vez».

camaleón heráldicos. Sobre esa tela, que se quemó parcialmente y que Jarry conservaba en el minúsculo departamento descrito por su amigo Apollinaire, existe una referencia autógrafa del pintor, que la describe como «retrato-género» (Archivo Santamarina).

3. Figuras cercanas, simétricas, compatibles

El contexto finisecular de Alfred Jarry está amueblado por un conjunto de figuras que lo acompaña con todos los honores imaginables, en términos de simetrías, de diferencialidades ricas y de registros intelectuales o estéticos francamente heterodoxos y provocativos, como corresponde imaginar en su caso. Una de estas figuras, por derecho propio, es Raymond Roussel (1877-1933), autor de una obra con gran influencia entre los lectores “preparados” por Jarry, como *La Doublure*, *La Vue*, *Locus Solus*, *Impressions d’Afrique* (1910) o *Comment j’ai écrit certains de mes livres* (1935).

El nombre de Roussel y su atípica y compleja producción remiten necesariamente a Julio Verne (1828-1905), considerado por él como “el más grande genio literario de todos los siglos”, e indudablemente merecedor de la calificación de “revolucionario subterráneo” que le aplicó Marcel Moré en un sugestivo texto aparecido hace algunos años en *Cahier de l’Arc* (M. Moré et al., loc.cit., nº 29).

Alphonse Allais (1854-1905) fue incluido, con los números 20 y 55 respectivamente, en la colección Narradores de Hoy del Centro Editor de América Latina, la misma que acogería más tarde *Costumbres de los Ahogados*, de Jarry. La selección del primer volumen, titulado *Una idea luminosa y otros cuentos*, fue realizada por Luis Gregorich, quien tuvo también a su cargo las versiones, junto con Marta Morello. El segundo -*El capitán Cap, sus aventuras, sus ideas, sus brebajes*-, se publicó en versión de Juan Esteban Fassio. Sin demasiado esfuerzo puede caracterizarse a Allais como uno de los genuinos precursores del humor negro y de la literatura del absurdo.

Marcel Schwob (1867-1905) es una seductora mezcla de erudito, investigador de jergas arcaicas (como el *argot* de Villon o el *jobelin* del siglo XVII) y redactor de biografías apócrifas (cfr. *Vidas imaginarias*), a quien le sobraba tiempo para escandalizar -de un modo más pulcro, aunque no menos ruidoso que el cultivado por Jarry- con los disparos que prodigaba los domingos a la mañana en su calidad de miembro de la Sociedad de Tiro al Cañón de París.

Gustave Le Rouge: En uno de los capítulos de *El hombre fulminado*, Blaise Cendrars evocó la figura de Gustave Le Rouge, autor de una “novela del mundo moderno” -*El misterioso doctor Cornelius*-, pero en especial de una frondosa producción de

pequeños y típicos libros de quiosco sobre cocina, lenguaje de las flores, clave de los sueños, tarot y un opúsculo titulado *Cien recetas para aderezar las sobras*, al que Cendrars consideraba como “el más exquisito libro de poemas en prosa de la literatura francesa”.

En 1922 la casa madrileña Saturnino Calleja editó en su colección Enigma un par de títulos de Le Rouge: *El naufrago del espacio* y *El astro espantoso*.

4. ¿Qué será eso de la ‘patafísica’?

La patafísica (o ‘Patafísica, según se recomienda escribir) es mencionada en un par de oportunidades en *Ubú Cornudo* (1896/1906). En la escena II Achrás lee la tarjeta de visita del Padre Ubú con cierta perplejidad: “¿Y esto qué es? ‘Señor Ubú, Ex monarca de Polonia y de Aragón. Doctor en ‘Patafísica’. No comprendo nada en absoluto. ¿Qué será eso de la ‘Patafísica’? En fin, da igual”.

En otro pasaje de la escena III, Achrás y Ubú dialogan brevemente sobre las especies: “Ubú: ...tenga en cuenta, señor, que está hablando con un gran ‘patafísico. Achrás: Perdón, ¿cómo ha dicho? Ubú: ‘Patafísico! La ‘Patafísica es una ciencia que hemos inventado nos, y cuya necesidad se dejaba sentir por muchas y muy diferentes causas”.

La ‘Patafísica, para mayor abundancia, es descrita en un anuncio de los *Almanques* publicados por la *Revue Blanche* del 1 de enero de 1901 como la disposición “para disertar de omni re scibili, lo mismo con conocimiento de causa que desde el más completo absurdo, pero en este último caso siguiendo una lógica tan irrefutable como la del demente o la del chocho”. Conviene recordar eruditamente que la expresión latina scibili, según la emplea un autor de la antigüedad como Marciano, remite precisamente a la idea de “todo lo que se puede saber, entender o comprender”.

Jarry planteó su idea (epistemológicamente contradictoria) de una ciencia de lo particular en un contexto fuertemente asediado por dos líneas opuestas: la del positivismo arraigado con firmeza en la investigación, la cátedra y los escenarios culturales o socio-políticos, la de corrientes antagónicas que comenzaron a despuntar en ese polémico contexto, entre ellas las diferentes vertientes del irracionalismo, junto con los conmocionantes planteamientos verificados en los territorios de la física teórica por las ideas de Einstein, Planck y otros pensadores e investigadores.

El Colegio de ‘Patafísica fue fundado en París el 29 de diciembre de 1948, y a partir de 1950 comenzó a publicar las entregas de sus *Cahiers*, que contienen numerosos inéditos de Jarry.

Mediante una mezcla a mano alzada de la Proyección Isógona de Mercator con la equivalente de Eckert, Juan Esteban Fassio dibujó

un planisferio que se publicó en el número 13 de la *Evergreen Review*, representativa de los sectores más actualizados y curiosos de la bohemia literaria norteamericana de los años 1950.

El autor del mapa figura en el mismo en su carácter de Administrador Autártico y Proveedor-propagador de la 'Patafísica en la Mesembrinesia Americana, con sede en Buenos Aires.

Entre las personalidades señaladas por el planisferio advertimos las presencias de Stanley Chapman (Londres), Raymond Fleury, Henri Robillot (París), César Ogliaastro, Renato Mucci (Roma), François Lachenal, Ross Chambers (Sydney), Tchang Tso-Ming (Extremo Oriente), Niloai Kamenev, Simon Watson-Taylor (New York), Jean Mauvoisin (Cercano Oriente), Roger Shattuck (Austin), T. S. Lutembi (Kampala) y Albano E. Rodríguez (Buenos Aires).

Otras figuras que tuvieron contacto, simpatías o cercanías con el Colegio y la 'Patafísica en sus etapas iniciales, fueron Jean Ferry, Max Ernst, René Clair, Michel Leiris, Jean Miró, Pascal Pia, Jean Dubuffet, Maurice Saillet, François Laloux, Ionesco, Roger Grenier, Luc Etienne, Siné, Noel Arnault, Philippe Dumarçay, Jeanine Hérisson, Françoise Gilot, Henri Robillot, Roger Cornaille, Boris Vian, etcétera.

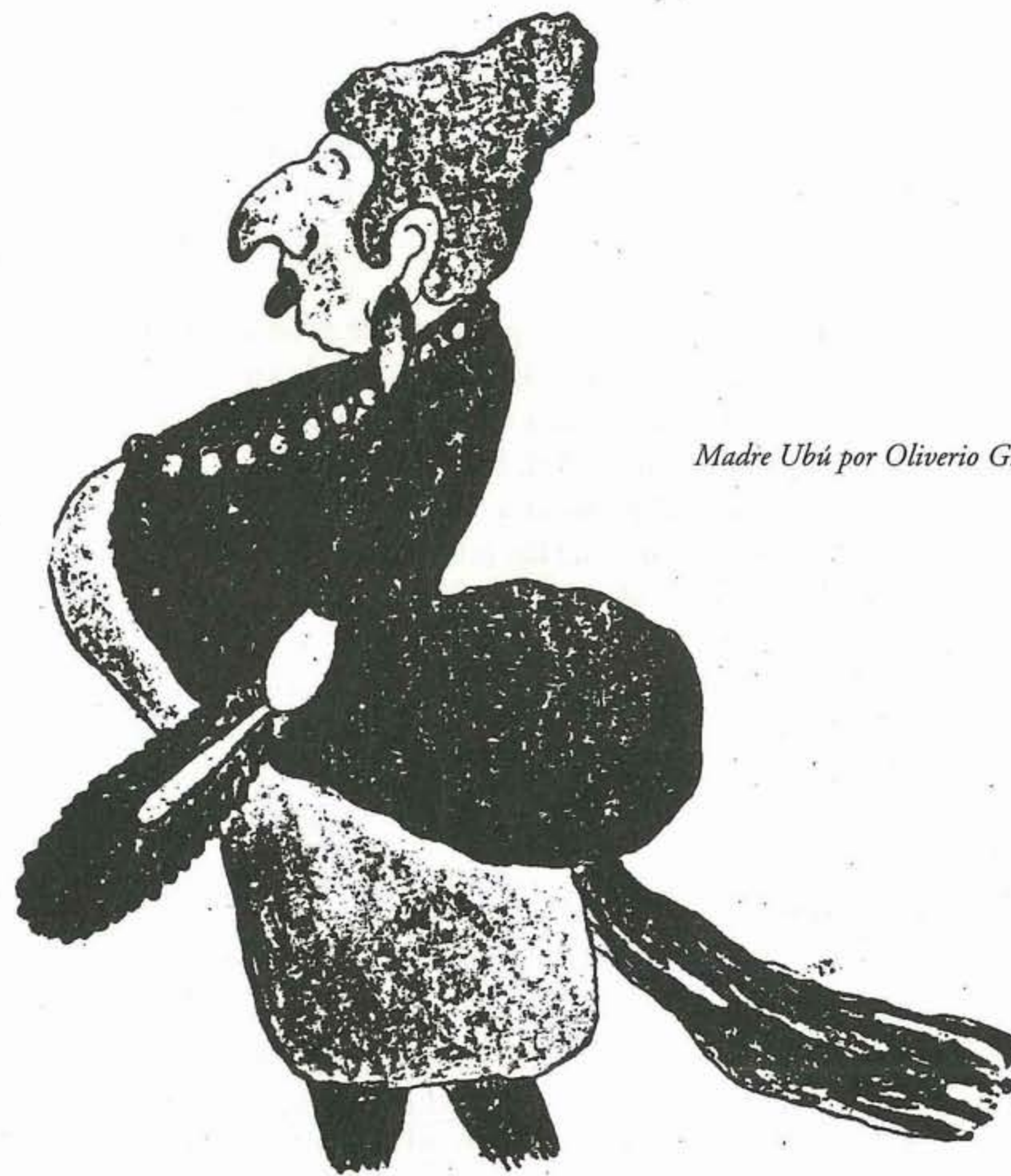
Maurice Saillet, una de las figuras descollantes del Colegio, investigó aspectos de la vida de Isidore Ducasse y ha revelado la existencia de pistas y datos escasamente conocidos, en una suerte de prospección casi 'patafísica del autor de los *Cantos de Maldoror*.

Entre las bibliotecas argentinas mejor provistas con materiales de Alfred Jarry, la 'Patafísica y temas conexos o afines, figuraron entre los años '1940 y '1960 las que poseyeron, entre otros, Juan Esteban Fassio, Enrique Pichon-Rivière, Elías Piterbarg, Aldo Pellegrini, Jaime Rest y Horacio Achával.

5. Ubú: los padres terribles

Entre 1893 y 1899 se representaron en el Teatro de la Obra² piezas de Ibsen, Bjoernson, Strindberg, Maeterlinck, etcétera. En 1896, además de *Ubú*, subieron a escena, entre otras, *Brocelandia* de Jean Lorrain, *Salomé* de Oscar Wilde, y *Peer Gynt* y *Los pilares de la sociedad* de Ibsen, de modo tal que no se puede decir que Jarry debutaba en mala compañía o en un escenario de tercer orden para la historia del teatro moderno.

Las primeras ediciones de *Ubú* fueron realizadas por el *Mercure de France* (1896) en formato in-18. Ese mismo año la pieza fue reproducida por la revista *Le Livre d'Art*. Corresponde advertir que



Madre Ubú por Oliverio Gironde

2. El Teatro de la Obra había sido fundado en 1893 por Lugné Poe, Camille Mauclair y E. Vuillard, y se caracterizó por un repertorio en el que se mezclaban autores no franceses, como Ibsen, Strindberg, Maeterlinck, Hauptmann y Wilde, con piezas de los teatros indio y chino, y novedades "simbolistas" de Rachilde, Regnier, Bataille, etcétera, que en cierto modo constituían la "estética" justificatoria del local.

de la edición del *Mercur* se realizaron tiradas especiales sobre papel Japón Imperial (cinco ejemplares numerados del 1 al 5) y quince tiros sobre Holanda, numerados del 6 al 20). Las portadas de las ediciones originales estaban ornadas con hojas trifoliadas, y exhibían una lechuza roja posada de frente sobre una rama.

El sello francés Fasquelle editó *Ubú Rey* en 1921 y por segunda vez en 1945. En la década de '1950 incluyó el texto en una colección de *Obras* de Jarry que ofrecía *Le Surmâle, Gestes et opinions du docteur Faustroll, Ubú enchainé, Les minutes de sable mémorial de Messaline*.

La traducción de *Ubú Rey* realizada por Enrique Alonso y Juan Esteban Fassio en 1957, para el sello Minotauro, puede ser considerada como la primera en lengua española. La preceden la polaca de Tadeusz Boy-Zelenski (1933), la italiana de Aldo Camerino (1945), y la inglesa de Barbara Wright (1951).

El cubano Virgilio Piñera, uno de los integrantes del equipo que tradujo al español la novela *Ferdydurke*, de Witold Gombrowicz, reseñó en la revista *Sur* (cfr. Loc. Cit., 255, nov. De 1958) la edición Minotauro de *Ubú Rey*, con un elogio celosamente concedido a la ceñida versión realizada por Enrique Alonso y Juan Esteban Fassio, quienes respetaron el original (tomado presumiblemente de la edición Fasquelle) "hasta eso que un crítico tonto calificaría de 'intemperancia del lenguaje'".

A comienzos de los años '1970, en tiempos del gobierno de Pacheco, el Teatro Uno del Uruguay dio a conocer una versión dirigida por Alberto Restuccia e interpretada, en el papel de Ubú, por Juan Manuel Tenuta, secundado por Luis Cerminara. Sin las abundantes y emblemáticas escupideras de la puesta de Restuccia, pero apelando en definitiva al clima coprológico de la pieza, la versión de Gábor Zsámbeki que ofreció en Montevideo el grupo Kátóna József de Budapest mostraba en escena la desembocadura de un intrincado y hediondo laberinto de cloacas y sumideros, verdadera objetivación del clima de la pieza y del universo tirano, cruel y amoral que en definitiva es Ubú.

6. Fassio: tripulante 'patafísico

En el desembarco de la 'Patafísica en el Río de la Plata han tomado parte, con diferentes grados de participación y relevancia, un conjunto de figuras como Juan Esteban Fassio, Aldo Pellegrini, Jaime Rest, Francisco Porrúa, Enrique Alonso, Horacio Achával, Enrique Pichon-Rivière, etcétera.

Fassio formó parte en la primera mitad de los años '1950 del comité de redacción de la revista de «cultura contemporánea» *Letra y*

línea, dirigida por Aldo Pellegrini. En el cuarto y último número de la misma, correspondiente al mes de julio de 1954, tuvo precisamente a su cargo la que podríamos considerar como primera presentación orgánica del tema entre nosotros, en un artículo titulado «Jarry y el Colegio de 'Patafísica» (loc.cit., pp.1-4).

Las ilustraciones que acompañaban al texto daban cuenta del espíritu de la cosa. Figuraban allí: a) *Bosse-de-Nage*, el cinocéfalo papión que acompañaba a Faustroll y sólo podía pronunciar correctamente algunas palabras belgas y el monosílabo tautológico «ha»; b) el verdugo de París, Anatole Deibler, acompañado en la foto por su esposa Virginia, su pequeña hija Marcelle y su perro Rip; c) retratos de Ubú por Tanguy, Picasso y Bonnard, y d) la imagen de una «lección de Aparato» en el Colegio de 'Patafísica, etcétera.

En ese importante texto liminar se informa, por ejemplo, que el Colegio fue fundado el 29 de diciembre de 1949, o 1° de Descerebramiento del año 76 de la Era 'Patafísica (que toma como punto de partida cronológico a 1873, año de nacimiento de Jarry en Laval, capital del departamento de Mayenne). Colaboraron con el Colegio en su etapa fundacional un conjunto de figuras, entre las que se destacan Jean Ferry, Ionesco, Jean Loize, Noel Arnaud, Jeanne de Valsenestre y François Caradec, a cargo de «cátedras» como Doxodoxia Rousseliana, Teorética Circular y Circuncirculatoria, Haliáutica Literaria y Figurada, Clínica de Retoricogonosis, Fornosofía Mediata e Inmediata y Cefalogía Aplicada, respectivamente.

La presencia de Fassio en el equipo de producción del Centro Editor de América Latina tuvo en 1973 una manifestación notoria en la publicación de *Costumbres de los ahogados*, colectánea jarryana de textos aparecidos en su mayoría en la *Chandelle Verte*³ bajo el título prometedor de *Spéculations*.

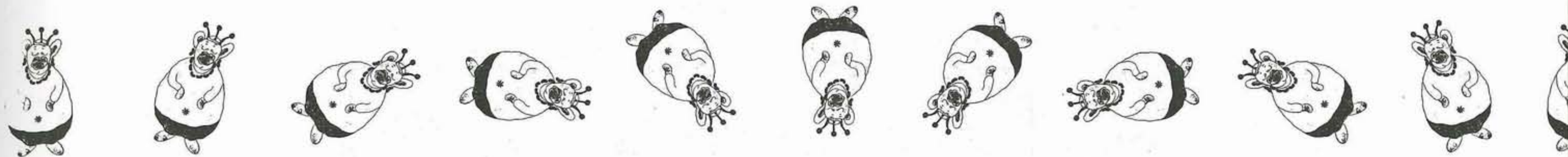
La portada de *Costumbres* rescataba una de las facetas creativas de Fassio: los *collages* que realizó, entre otros destinos, para ilustrar la segunda época de la revista surrealista *A partir de cero* (septiembre de 1956), formalmente curiosa por su tamaño (un extravagante 36 x 13 centímetros) y por un armado irregular que no respetaba la existencia de una caja definida.

En ese único número (cuya redacción incluía a Carlos Latorre, Francisco Madariaga, Julio Llinas, Enrique Molina, Aldo Pellegrini y Juan Antonio Vasco), Fassio realizó dos piezas: una de ellas se titulaba *Le bonheur vomitif*; la otra (un fotomontaje con una espléndida y estilizada figura femenina) carecía de título.

En el número 358 de la revista *Todo es Historia* (pp. 160-161), Josefina Delgado trazó una semblanza de Fassio y de la huella que dejó su paso por el Centro Editor de América Latina, en el que ambos trabajaban como integrantes de los equipos de producción de fascículos y colecciones. En esa página afectuosa y justiciera,

Josefina Delgado rememora la imagen de un hombre «vestido de gris, escrupulosamente afeitado, un poco encorvado, con libros debajo del brazo». Un hombre que periódicamente necesitaba evadirse de la rutina del trabajo para deambular por lugares extraños y regresar de esas búsquedas «con libros amarillentos y absolutamente 'off', probablemente cajas de fósforos de diseño 'kitsch', objetos raros e inservibles».

Hacia 1978, con la ayuda de su amigo Francisco Porrúa, Fassio se fue a vivir a Barcelona junto con su compañera Eva, cansado del clima opresivo impuesto por la dictadura militar argentina. Allí empeoró de su asma y falleció finalmente en los primeros meses de 1980.



7. Rest, una curiosidad sin límites

Hemos evocado a Fassio, Pellegrini, Pichon-Rivière, Achával y otras figuras que en la Argentina compartieron o fomentaron intereses jarryanos y 'patafísicos, y para brindar una dimensión «rioplatense» al tema agregamos los aportes montevidianos de Alberto Restuccia y Juan Manuel Tenuta. Se hace sentir generalmente, en consecuencia, la necesidad de recordar a Jaime Rest, un intelectual y profesor con múltiples curiosidades y habilidades que encontraron campo propicio en la cátedra (fue profesor de literatura en las universidades del Sur y de Buenos Aires) y en una ensayística con expresiones decantadas y eruditas como las recogidas, entre otros repositorios, en sus libros *Literatura y cultura de masas* (1967), *Tres autores prohibidos* (1968), *Novela, cuento y teatro: apogeo y crisis* (1971), *Mundos de la imaginación* (1978), *Conceptos de literatura moderna* (1979), y *El cuarto en el recoveco* (1982).

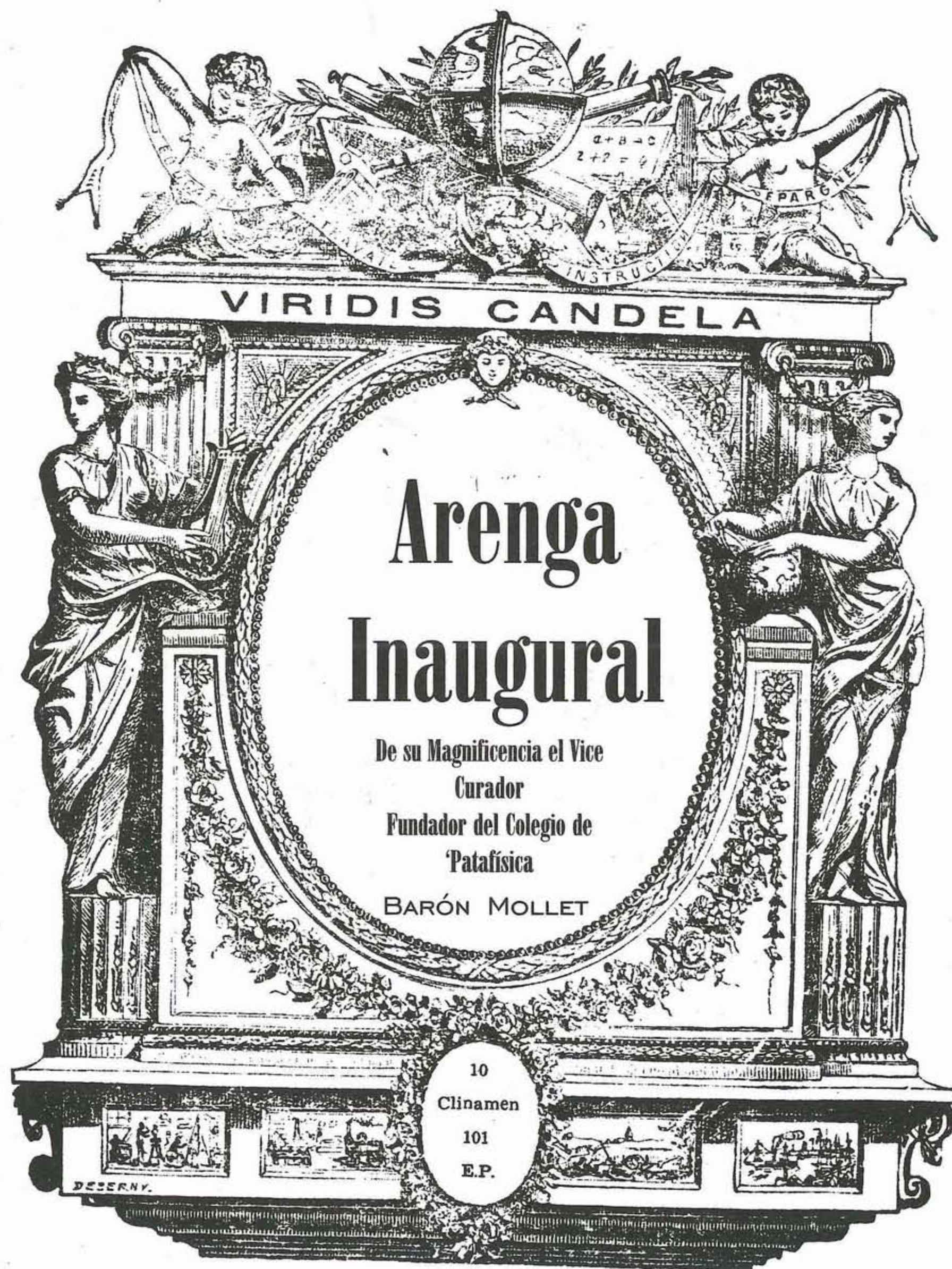
Entre otras contribuciones que señalan puntos de coincidencia específicos entre Rest y la 'Patafísica, podemos mencionar su semblanza sobre Boris Vian, titulada precisamente «Boris Vian, Patafísico» (*Mundos de la imaginación*, pp. 273-297). Vian —simultáneamente ingeniero, impostor literario (recuérdese el *affaire* Vernon Sullivan), narrador, dramaturgo, músico, crítico de jazz, novelista y actor, entre otras cosas, como lo describe una minuciosa bibliografía escrita por François Caradec para los prolijos *Dossiers* del Colegio de 'Patafísica— se había incorporado al Colegio en

junio de 1952, en los días de su celebrado *l'Equarrissage pour tous*, y poco después sería promovido al grado de Sátrapa «para la promoción y Engalanamiento de la 'Patafísica en este Mundo y en todos los otros», y más tarde a la de Promotor Insigne de la Orden de la Gran Gidouille, con la comisión *especial y adicional* de presidir la Comisión Extraordinaria de Investidura de la Orden.

En varios puntos de su obra, v. gr. en *Novela, cuento y teatro: apogeo y crisis* (1971), Rest dio cuenta de la irrupción de un fenómeno como Alfred Jarry y sus criaturas, vinculadas desde su perspectiva teórica y crítica con la eclosión histórica del *absurdo* literario, como antepasados directos e inmediatos desde el punto de vista estético e ideológico.

3. Maurice Sallet tuvo a su cargo el establecimiento de la edición de *La chandelle verte* (*La candela verde*), aparecida en Le Livre de Poche, con dibujos de Pierre Bonnard. El ensayo de restitución de Sallet está dedicado a Félix Fénéon, primer editor de *Spéculations*.

La edición de *Costumbres de los ahogados* realizada por Fassio en 1973 contiene 36 textos de *La chandelle verte* establecidos por Sallet: veintisiete procedentes de *Spéculations*, cinco originarios de *Gestes*, uno de *Le périple de la littérature et de l'art*, y tres publicados en *Le Canard Sauvage*. El título elegido para el volumen del Centro Editor —*Costumbres de los ahogados*— corresponde a uno de los textos de *Gestes*, fechado el 15 de mayo de 1902.



TRADUCCIÓN DE
MARGARITA MARTÍNEZ

Pronunciada el primero del mes de Descerebramiento del año LXXVI de la Era Patafísica.

Estimados Proveedores
Estimados Sátrapas
Estimados Regentes
y a todos ustedes, estimados Oyentes del Colegio de 'Patafísica:

Al ver la gran densidad de la presente asamblea reunida para estas solemnes e inaugurales sesiones, nos resulta casi imposible descartar a la ligera ciertas dudas (*sensaciones en el público*) que podrían anublar los entusiasmos.

El hecho que este Colegio de 'Patafísica, después de una larga gestación haya venido al Mundo, y que el Mundo venga a él (*aplausos*), ¿no será la expresión de una suerte de decadencia y una cierta dilución de su excelencia patafísica? (*más exclamaciones de asombro*). No tememos decir en voz alta, ¿lo oyen bien? (*¡sí, muy bien!*) lo que algunos piensan tal vez en voz baja. Y puesto que para un Colegio de esta índole la existencia no puede ser, evidentemente, mucho más que un mal apenas necesario, no estaríamos lejos de compartir esa opinión, si precisamente este mal necesario -y en particular en virtud de las contradicciones que este implica- no apareciera como susceptible de pulir en profundidad el carácter patafísico de este Colegio: pues sería otra manera de limitar la 'Patafísica con el pretexto de sustraerla a las fronteras del ser, el querer encerrarla en el terreno del no-ser (*aplausos*). La 'Patafísica trasciende ambos terrenos y, tal como lo afirman nuestros estatutos, la existencia de un Colegio no podría de ningún modo restringirla y comprimirla ya que ella es lo ilimitado (*la sala se pone de pie y aplaude al Vice Curador Fundador*).

No necesitaba nacer él para que la 'Patafísica fuera. Ontológicamente -si acaso me es permitido utilizar un adverbio tan grosero- la 'Patafísica precede al ser. A priori esto es evidente, dado que así como la razón no tiene ser, el Ser no tiene razón de ser. A posteriori, es igualmente evidente, puesto que las manifestaciones del ser son aberrantes y su necesidad totalmente contingente.

En la infinita reverberación de la luz patafísica el ser no es más que un rayo, y no el más brillante, entre todos los que brotan de este sol inagotable. Y aquel al que la imperfección humana llama Creador, no fue, tal como lo deja entender nuestro Curador Inamovible el Dr. Faustroll (*ovaciones*), sino el primero en el

orden cronológico o en la Ethernidad, de todos los Patafísicos. Cuando las Sagradas Escrituras describen la Sabiduría primogénita que proclama: «Nondum erant abyssi et jam concepta eram», se refieren a no dudarlo, a la 'Patafísica, con la única salvedad que esta no fue creada por Dios «ante secula», sino al contrario, como todo lo sugiere, ella lo creó «ipsum et secula», entre otros objetos patafísicos. El Mundo no es más que uno de esos objetos, y los hombres, puesto que cierto uso quiere que se los nombre, concreciones patafísicas (*¡muy bien!*).

Los tiempos presentes han tenido el privilegio de recordárnoslo con brillo y esplendor. Desde la muerte aparente de Alfred Jarry, parece que la humanidad tomó en sus manos inconscientemente la tarea de encarnar y no de manera más real, pues ello no es posible, sino más abierta y fulgurantemente- la amplitud explosiva y la indefinida profusión de la 'Patafísica (*profundo silencio revelador de extremada atención*). Nuestro primer Descerebramiento Mundial y la paz que le siguió, nuestras prosperidades y crisis, nuestra superproducción y nuestra hambruna conjugadas, nuestra moral y nuestro derrotismo, el espíritu vivificador y las letras asesinas, nuestras mitologías científicas y nuestras místicas, nuestras virtudes cívicas o militares y nuestros credos revolucionarios, nuestras desesperaciones platónicas o de cualquier otra índole, nuestros furores tanto fascistas como democráticos, nuestra ocupación y nuestra liberación, nuestra colaboración y nuestra resistencia (*ningún movimiento versátil*), nuestros triunfos y nuestras inmolaciones, lo diáfano de nuestras flacuras y la negrura de nuestros mercados y después de esto la reanudación imperturbable e inevitable del griterío del foro, nuestras radios, nuestros diarios, nuestros organismos nacionales e internacionales, nuestros tribunales de regla y de excepción, nuestras pedagogías de todo pelaje, nuestras enfermedades y manías, todo lo que se escribe, todo lo que se canta, todo lo que se dice y se hace, toda esa masa de seriedad impagable, toda esta inexorable patanería, ese Coliseo de charlatanerías, parecen haber sido concretados con admirable aplicación para que ninguna nota desafinada consiga deslucir esta universal e impecable Armonía Patafísica (*atronadores aplausos*).

De manera que, dirigiéndonos a ustedes estimados jóvenes Oyentes, les decimos: «abran los ojos y verán» (*muestras de aprobación*). Más felices que San Pablo, quien no imaginaba a la

deidad sino por medio de un enigma y de un espejo, usted ven a la 'Patafísica cara a cara. De este modo la palabra de estos doctos Regentes, el ejemplo de estos inmarcesibles Sátrapas, la dirección de estos Serenísimos Proveedores, no les enseñarán nada más que el espectáculo que se exhibe ante ustedes. Y nos complace volver a encontrar aquí los términos que usaba un gran Patafísico que lamentablemente no sabía que lo era: hemos nombrado al Dr. Pangloss. Patafísicamente podemos decir que todo está perfectamente bien en el más patafísico de los mundos posibles. No puede haber más patafísica que la que ya hay en este Mundo, porque no hay nada más que ella. Es en toda su dimensión, el verdadero Colegio de 'Patafísica (*salva de aplausos. ¡Muy bien!*).

Y así el papel del aquí presente Colegio será mucho más modesto. Llego de esta manera a examinar una nueva duda (*reacciones varias*) que adivinaba en sus pensamientos. ¿No han experimentado, en efecto, al menos por un momento y a pesar de las inapreciables seguridades que les otorgaba la personalidad patafísicamente insospechable de estos Optimates, no han experimentado en el umbral de este Colegio como una indecisión? (*indecisión*). Quien dice Colegio, ¿no dice al mismo tiempo enseñanza? Quien dice enseñanza, ¿no dice utilidad o pretensión de utilidad? Quien dice utilidad, ¿no dice seriedad? Quien dice seriedad, ¿no dice antipatafísica? Todos estos términos son equivalentes (*sensación profunda*). Y sería demasiado fácil replicar que nada podría ser antipatafísico, ya que todo e incluso lo que está más allá del todo es patafísico. Esto es patafísicamente obvio pero no impide que haya esta Antipatafísica. Porque ella: es plenamente; es fuertemente; es agresivamente. ¿Y en qué consiste ella? ¡Ah! Es aquí donde el argumento se invierte (*respiro de alivio general*): ella es precisamente desconocimiento de su propia naturaleza patafísica y esta ignorancia constituye su pugnacidad, su potencia, su plenitud y la raíz de su ser. La seriedad de Dios y de los hombres; la utilidad de los servicios y de las obras; la gravedad y el peso de las enseñanzas y sistemas sólo son antipatafísicos porque no saben ni proclamar ni querer ser patafísicos, pues en cuanto a serlo no pueden evitarlo (*aprobación general*). Ducunt volentem fata (i.e. pataphysica) nolentem trahunt (*¡Bravo!*). Y he aquí patafísicamente fundado el Colegio (*aclamaciones*).

Porque en él se hace la única y fundamental distinción entre la Patafísica, sustancia, si se puede hablar así, del ser y de la nada, y la 'Patafísica, ciencia de esta sustancia, o en otras palabras, entre la Patafísica que uno es y la 'Patafísica que uno hace. Por eso hay dos clases de Patafísicos, como lo formulan nuestros Estatutos: por una parte aquellos que lo son sin quererlo ni saberlo, y sobre todo sin querer saberlo: son, deben ser y serán la gran masa de nuestros

contemporáneos; por otra parte los que se reconocen, se afirman, se exigen patafísicos y en quienes superabunda la patafísica. En estos radica el verdadero Privilegio patafísico, puesto que: «la 'Patafísica es la ciencia» (*interminables vítores*).

Son ellos entonces a quienes reúne nuestro Colegio en su Arca inútil que boga y vaga en el diluvio de las utilidades. ¿Deberíamos lamentar que él no tenga el espíritu democrático ni pueda dirigirse a todos? Para llevar la nave noética, el as patafísico, ¿no son necesarios, en los diluvios, los oleajes de la multitud? ¿Creen ustedes que una empresa que no toma en serio ni la seriedad ni la risa, esta seriedad avergonzada, y que se niega a ser líricamente lírica, a servir para lo que fuera, finalmente a salvar al hombre, o, lo que es más sorprendente todavía, al Mundo, pueda ser de pretensión ecuménica? (*gritos: ¡No! ¡No!*). El Colegio no es una Iglesia. No necesita conquistar la mayor cantidad posible de «almas». Además,

la mayoría no se complacería en ello, pues, en su

desconocimiento patafísicamente ingenuo de la Patafísica (la que sin embargo encarna) encuentra una suerte de cordial mediocre¹ del cual no sabrían prescindir (*murmullo de desaprobación*).

Minoritarios por vocación, (*murmullo de aprobación*) por ello somos más ágiles para emprender nuestra navegación epigeana en este nuevo as adecuadamente parafinado que es el Colegio de 'Patafísica' (*aplausos, vítores y aclamaciones - la Asamblea se pone de pie y canta el Himno de los Palotines*).

(Acta estenográfica)

Tomado del Estatuto del Colegio de 'Patafísica, año 92 E.P.



1. Juego de palabras intraducible, «cordial mediocre» se parece en francés a «Cordial Médoc», licor hecho a base de vinos de Burdeos (Médoc). (N. de T.)



Especulaciones*

ALFRED JARRY

Las costumbres de los ahogados

Hemos tenido la ocasión de establecer algunas relaciones bastante íntimas con esos interesantes borrachos perdidos del acuatismo. Según nuestras observaciones, un ahogado no es un hombre muerto por sumersión, pese a que así tiende a acreditarlo la opinión común: es un ser aparte, con hábitos especiales y que se adaptaría, creemos, de maravilla en su medio si se quisiese dejarlo habitar allí un tiempo conveniente. Es notable que se conserven mejor en el agua que al aire libre. Sus costumbres son extravagantes y -aunque les guste jugar en el mismo elemento que los peces- diametralmente opuestas, si osamos decirlo así, a las de éstos; en efecto, mientras que los peces, como se sabe, viajan sólo remontando la corriente, es decir, en el sentido que ejercita mejor a su energía, las víctimas de la funesta pasión del acuatismo se abandonan a la corriente del agua como habiendo perdido todo empuje, en una perezosa indolencia. No revelan su actividad más que por movimientos de cabeza, reverencias, zalemas, semi-volteretas y otros gestos corteses a los que tienen afición cuando salen a recibir a hombres terrenos. Estas demostraciones no tienen, a nuestro parecer, ningún alcance sociológico; no hay más que ver en ellas el hipo inconsciente del borracho o el juego de un animal.

El ahogado señala su presencia como la anguila, por la aparición de burbujas en la superficie del agua. Se los captura, lo

mismo que a las anguilas, con el arpón; es menos ventajoso tender con esa intención líneas de fondo.

Se puede ser inducido al error, en cuanto a las burbujas, por la gesticulación inconsiderada de un simple ser humano que no está todavía sino en el estado de pasantía a ahogado. El ser humano, en ese caso, es extremadamente peligroso y absolutamente comparable, como lo hemos anunciado más arriba, a un borracho perdido. La filantropía y la prudencia obligan entonces a distinguir dos fases en su salvataje: 1) exhortación a la calma; 2) el salvataje propiamente dicho. La primera operación, indispensable, se efectúa muy bien mediante un arma de fuego; pero hay que estar familiarizado con las leyes de refracción; un golpe de remo basta en la mayoría de los casos. No queda más -segunda fase- que capturar al sujeto con el mismo método que a un ahogado ordinario.

Es raro que los ahogados viajen en cardúmenes, a la manera de los peces. Se puede inferir que su ciencia social es todavía embrionaria, a menos que se juzgue más simplemente que es su combatividad y su valor guerrero los que son inferiores a los de los peces. Es por eso que éstos se comen a aquellos.

Estamos en condiciones de probar que hay un único punto en común entre los ahogados y otros animales acuáticos:

desovan, como los peces, aun cuando sus órganos reproductores sean, para el observador superficial, conformes a los de los hombres; *desovan*, pese a esta grave objeción: ninguna resolución prefectorial protege su reproducción por veda momentánea de su pesca.

Un ahogado se vende corrientemente a razón de ochenta y cinco francos en el mercado de la mayoría de las provincias. He allí una fuente de rentas decentes y fructíferas para la simpática población fluvial. Sería patriótico, entonces, fomentar su reproducción, mientras que, a falta de esta medida, la tentación es siempre grande, en el ciudadano ribereño y pobre, de fabricarlos artificialmente, pero iguales en cuanto a prima, mediante el maquillaje por vía húmeda de otros ciudadanos vivientes.

El ahogado varón, en la estación del desove, la cual dura casi todo el año, se pasea en el lugar del desove, descendiendo, según su costumbre, siguiendo la corriente, la cabeza adelante, los riñones elevados, las manos, los órganos de desove y los pies colgando sobre el lecho del río. Permanece voluntariamente durante horas balanceándose en las hierbas. Su hembra descende así mismo siguiendo la corriente, la cabeza y las piernas dadas vueltas hacia atrás, el vientre al aire.

Así es la vida.

* Selección de breves ensayos de Alfred Jarry, publicados en su momento bajo el título *Spéculations*. Tomados de los volúmenes VI y VII de las *Obras Completas* editadas en 1945 por Editions du Livre, de Monte-Carlo, y por el editor Henri Kaeser, de Lausana. Escogidos por Marcelo Cohen y traducidos por Felisa Santos, a excepción de «Balística de la danza», traducido por Margarita Martínez.

La movilización de los turistas

No faltaremos a nuestra costumbre de extraer de toda ceremonia patriótica la enseñanza que ella comporta. Se ha dicho en un gran diario, con motivo de la revista de Dunkerque, y nosotros no lo hubiéramos dicho mejor, aún en horas en las que nos esforzábamos, para mantener nuestro cerebro libre, en evacuar de él toda inteligencia, que "Inglaterra ha podido a veces reunir un mayor número de navíos de los que Francia ha exhibido en Dunkerque; pero nunca navíos más dispuestos a la guerra...". Siempre creímos que estar dispuestos es un fenómeno instantáneo y que no comporta grados: se está dispuesto o no se está. Es por lo menos lo que resulta de

un gran número de entrevistas en las que dos personas a la vez, aisladas sobre un terreno al aire libre, han sido consultadas por sus amigos, vestidos de oscuro y asistidos por médicos, sin duda alienistas, en estos términos: "¿Está Usted listo?". A lo cual contestaban precipitadamente por la afirmativa e incontinentemente, sin motivo plausible y en direcciones arbitrarias, disparaban pistoletazos.

A partir de esta crítica, encontramos en el mismo diario, una excelente rendición de cuentas del primer ensayo hecho en Francia de *movilización de turistas*, aunque, a decir verdad ese término técnico no haya sido pronunciado, con la evidente intención de

escamotear la importancia de esta maniobra a las potencias extranjeras, y aún a los aliados.

Ninguna fuerza naval ha parecido más formidable que la escuadrilla de estas nuevas tropas: se ha admirado sobre todo el brío y la armonía con las cuales, inclinadas hacia las barandas y sin temor alguno hacia el mar agitado, cubrían las olas en un amplio perímetro con una substancia cuya fórmula es mantenida en secreto aún para el ministro de marina, y que tenía por efecto opacar la superficie del mar, y, por consiguiente, hacer invisibles a los submarinos.

La experiencia ha sido concluyente y nadie se puede jactar de haber visto a estos últimos.

El nuevo microbio. Los peatones reventantes

El nuevo microbio. Una enfermedad que propaga el terror. Pero que no es tan deplorable que la sufran algunos miles de franceses puesto que ha propiciado a un escritor de Francia la ocasión de esa pequeña obra maestra, *Bubu de Montparnasse*. La enfermedad estaría, parece, muy amenazada por los médicos, irrespetuosos de su rancia nobleza que data por lo menos de Francisco I. Pero, no nos alarmemos todavía, ni nos apresuremos en señalar a los conservadores de nuestros monumentos nacionales su inminente desaparición, como lo hemos hecho con otras reliquias. Vendrán aún buenos tiempos para "el mal francés", así llamado, como sabemos, porque viene de Nápoles o de América. Los médicos sólo han encontrado, en efecto, por la labor de los señores Justin de Lisle y Louis Jullien el "microbio patógeno" y no el remedio. Ahora bien, los microbios no son sino una manera de traducir, en nuestro siglo, lo que

en tiempos pretéritos se llamaban las "virtudes", dormitivas u otras.

Los microbios, que se probará sin duda muy pronto que no han existido jamás y que no son otra cosa que fermentos, tienen esta ventaja por encima de las "virtudes" precitadas: que son concretos, visibles y que su imagen se puede exhibir a la gente en las conferencias.

El microbio recientemente inventado sería un animal encantador, no de los más grandes -5 a 8 mm de largo - pero bien proporcionado; manifestaría una predilección glotona por la gelatina, las papas a la glicerina y la leche; se complacería en embellecerse con todas las materias colorantes que a uno se le antoje poner a su disposición.

Hay que evitar, dicen sus padrinos, secarlo en la llama, o a una temperatura superior a 60 grados. Esta recomendación implica, evidentemente, el infalible tratamiento de la enfermedad. Bastaría con exponer al paciente a las llamas o a una

temperatura superior a 60 grados. Pero la ciencia suplica al público diferir un poco este método de curación, porque estima que las existencias microbianas tienen derecho a tanto o más respeto que las humanas, y no ha encontrado todavía el medio de hacer sobrevivir el bacilo, que "muere donde esté fijado", al sujeto infectado.

Los peatones reventantes. La opinión pública se conmovió durante la carrera de automóviles París-Berlín, por el siguiente incidente: en una de las ciudades neutralizadas, un niño de diez años quiso cruzar delante de uno de los vehículos que corría a la velocidad muy moderada de doce kilómetros por hora, y se murió inmediatamente.

Esta es, a nuestro parecer, una cosa excelente, por las razones que vamos a exponer. Los que paseaban en bicicleta o en biclo en los años 1888 o 1889, eran insultados en lengua perruna, mordidos e

incitados a caerse, hasta el momento en que los perros, como se constata hoy en día, tomaron el hábito de hacerse a un lado para dar paso al nuevo aparato locomotor. Cumplimentada la educación canina, las fustas y otros adminículos de defensa del ciclista de esos tiempos pasados han podido ir a unirse a los desarma-neumáticos de la edad de piedra.

El ser humano adulto ha llegado, aunque más lentamente que su compañero cuadrúpedo, a dejar el paso libre a los vehículos rápidos. El hombre a pie no hormiguea más que en manadas en las sendas ciclables. Sin embargo, el oso es más común allí, cerca de las casillas rodantes de los nómades, y nosotros encontramos un día, a depecho de los reglamentos, hasta a un caballo montado por un oficial francés.

Los fusiles transformados

Tenemos la satisfacción de constatar que muchas reformas, postuladas aquí por nosotros con respecto a los poderes tanto militares como civiles, están siendo estudiadas. Reclamamos, por las razones que se pueden apreciar, la supresión del fusil en el ejército. Con una docilidad solícita para la que toda alabanza es poca, la autoridad militar trabaja actualmente en desguarnecerse, en beneficio de los civiles, de sus armas de fuego, de aquellas, por lo menos, por las que es posible que den algo, o, si se quiere con las cuales se puede dar fructíferamente sobre algo. Reprochamos al fusil de guerra su inocuidad, debida a causas diversas: alcance que excede los límites del punto de mira, rapidez tal de la bala y calibre tan reducido cuyo resultado no es una herida, sino una picadura sin importancia; incapacidad de producir humo, etc. En los fusiles ofertados a los civiles por la administración militar en condiciones excepcionales de precio, una única transformación, ingeniosamente

El ser humano de corta edad, el niño, ya que hay que llamarlo por su nombre, ejercita su coraje para guerras futuras atravesando, desafiadamente, las rutas delante de los ciclomotores y los automóviles. Notemos que a semejanza de algunos pueblos salvajes que manifiestan su valor mostrándole sus traseros al enemigo, pero que no recurren a esta temeridad muy cerca del enemigo, el niño solo se divierte corriendo ese peligro cuando el mismo está todavía lejos, es decir, cuando el vehículo va a tardar en llegar. El accidente de París-Berlín se ha producido, lógicamente, por consecuencia de la absurda idea de "neutralizar" las ciudades. Y es asimismo extraordinario que un solo niño, y no diez mil personas que han alcanzado hace tiempo lo que

imaginada, basta para responder a nuestras objeciones.

Por la simple supresión de las rayaduras del cañón, el alcance es llevado a una distancia razonable y permite un tiro justo, que es al mismo tiempo mortal, porque se dispone, gracias a este alisamiento, de un calibre mayor.

Huelga decir que el único que vale la pena transformar es el fusil Gras; puesto que está constatado que en el fusil Lebel modelo 86 el mecanismo de repetición, si se tiene la imprudencia de maniobrarlo, se bloquea, incontinentemente, lo que tiene por efecto poner, de manera definitiva, el arma fuera de servicio. Está permitido suponer que el inventor no haya aprestado este aparato más que para entregar, en caso de derrota, un armamento inutilizable al enemigo. Recordamos a los curiosos cándidos que no saben donde se procuran los cartuchos y fusiles Lebel: 1) que todas las buenas armerías venden cartuchos Lebel, destinados a revólveres especiales; 2) que a falta de

hemos convenido en llamar la edad de la razón, haya brincado delante de los corredores que les daban tiempo para hacerlo. Por el contrario, se notará que ninguna colisión tuvo lugar en la ruta, recorrida a casi cien kilómetros por hora.

Agreguemos, para justificar nuestro título, que el peatón corre menos riesgos que el ciclista o el chofer; se expone a una simple caída desde su altura y no a una proyección fuera de un aparato de velocidad, ni a la rotura de ese aparato precioso; entonces, hasta el día en que esta locura de dejar circular gente a pie no haya cesado, o al menos, no lo hagan munidos de autorización previa, placa indicadora, freno, cascabel, trompeta y linterna, tendremos que vencer ese peligro público: el peatón reventante.

fusiles Lebel se encuentran en esas mismas armerías todos los últimos modelos de fusiles de guerra extranjeros, ofrecidos a nuestro patriotismo esclarecido; lo que permite suponer que en el extranjero se puede fácilmente adquirir con creces nuestro fusil de guerra modelo 86.

PD: Informamos, en el último momento, que la codicia militar ha transformado sus fusiles utilizables con el fin de sobreexcitar a los civiles para que los adquieran; después de lo cual los ha requisado arbitrariamente, enriqueciéndose así con un robo de muchas veces 11 francos, precio del Gras transformado. Reparemos que la búsqueda de dichas armas a domicilio cae bajo la ley de violación de domicilio y que a todo ciudadano deseoso de conducirse como un hombre decente se le recomienda hacer fuego ante todo intruso ladrón. Tenemos a disposición, con este fin, en nuestro departamento, trescientos fusiles transformados.

La cuadratura del disco

Hemos estudiado precedentemente “el tiro en París”. Sería restringir de manera un poco indigna nuestra inquietud por la defensa nacional el no estudiar, por lo menos, compendiosamente, el tiro fuera de París. Ahora bien, ¿por qué vía el parisino -el ciudadano respetable, se entiende, patentado, si pudiese hacerse, procreador y responsable de una cantidad suficiente de futuros defensores de la nación-, por qué vía el parisino se va fuera de París? Por la vía férrea, ciertamente, la misma que sirve para la movilización; de este modo el observador más superficial no podría poner en duda que existen tiros organizados fuera de París: a lo largo de las vías del ferrocarril se encontrarán los vestigios.

Se recuerda la defectuosidad y el peligro de los antiguos campos de tiro; mientras que el simple cazador de conejos está obligado a aislar la propiedad donde los masaca por medio de un sólido cercado, “de las heredades vecinas”, los fervientes del fusil Lebel no se creen obligados a otra precaución filantrópica que la vocinglería “Comiencen el fuego” o “Cesen el fuego”, interpretación puramente convencional, por otra parte, de ciertos sonidos del clarín, comprensibles solamente a los iniciados. De ahí las

hecatombes de inocentes paseantes, conducidos violentamente hacia esa música militar por una atracción muy natural. El tiro a lo largo de las vías férreas, por el contrario, presenta la ventaja de que tiene lugar en un espacio cerrado por barreras y que los stands se han establecido siguiendo magníficas líneas rectas.

Los blancos abundan. Se conocen esos discos, pintados de colores visibles desde lejos y dispuestos de manera tal que al menor contacto se erizan en protuberancias complicadas, a imitación de la estatua de Chappe¹, o metamorfosean de repente su aspecto, así como en los tiros de las kermesses, una puerta, percutida en el centro, se abre en dos batientes dejando deslizar sobre rieles una muñeca que ofrece entre sus brazos un paquete de bizcochos. Del mismo modo, no es raro que un tirador que ponga su bala, como dicen los militares “de un punto”, no es raro que los alrededores del blanco se animen como los mecanismos de los relojes suizos: así, es posible que pase un tren. La bala “de dos puntos” está recompensada por un descarrilamiento, y, además, sobre la manga del vencedor se borda un cuerno de caza. Se distinguen dos clases de esos blancos o discos: el disco redondo o disco propiamente dicho, y el disco cuadrado.

El disco cuadrado es el antiguo modelo militar corriente. Todo soldado conoce estos objetivos blancos, cortados por una cruz negra, donde se ejercitan en sus primeros tiros. Sobre las vías férreas la aparición de estos discos cuadrados se encarga de dirigir la parada de los trenes, a fin de no entorpecer el tiro. No tiene atractivo abrir fuego sobre blancos análogos, pero de un modelo más reducido, como las que se complacen en esparcir por el campo los géométras agrimensores. Su percusión no es seguida de ningún efecto curioso.

Puede parecer curioso que en la guerra los médicos y los enfermeros lleven sobre sí esos mismos blancos, más visibles todavía siendo la cruz de color rojo. Pero se notará que, a diferencia de los antiguos cruzados, y desde el perfeccionamiento de las armas de fuego, la disponen prudentemente sobre una parte no vital, lo más frecuentemente en el brazo. Los más industrioses desvían de su cuerpo la atención del enemigo, colocando la cruz sobre cualquier objeto inanimado, tal como un coche cargado de enfermos. Completamente sutiles en fin, con una treta renovada, los salvajes de América del Norte incitan el tiro adverso a perderse en los aires suspendiendo el emblema al que se apunta en la punta de un largo bastón.

Presente de año nuevo: el calendario del cartero

Mil novecientos tres ha comenzado. Pasaríamos por alto fácilmente la importancia de esta demarcación si diversos artificios no pusieran orden. En otros tiempos los niños tampoco podían comprender con qué intención moral se colgaba a un malhechor; entonces se zurraba, magistralmente, a los pequeños, y si no siempre comprendían, por lo menos se

acordaban. Por un método pedagógico similar, una quincena antes del advenimiento del futuro año, los carteros nos entregan el recordatorio escrito, y para llamar nuestra atención no se retiran sin antes sonsacarnos algún dinero.

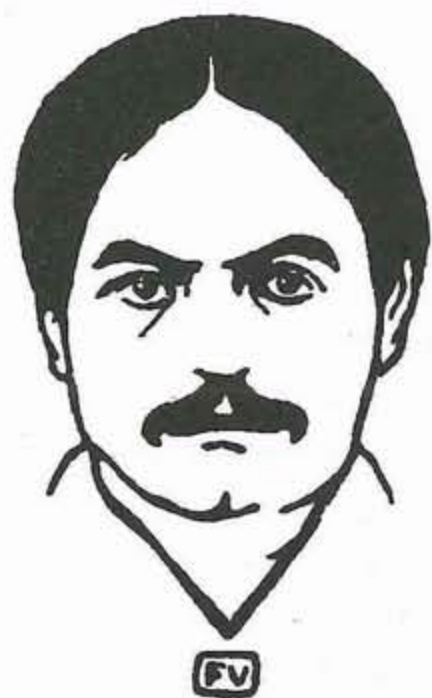
Los filósofos han debatido durante mucho tiempo esta cuestión: ¿podría el hombre pensar sin el recurso de las palabras?

La biología parece haberla resuelto hoy en día. Haeckel diferencia al hombre, ese “catariniano oriental”, del mono mudo (*alalus*), en que su laringe se ha flexibilizado particularmente. El descubrimiento no es nuevo: Homero no separa al substantivo “hombre” de su epíteto “de voz articulada”, como si en su tiempo fuese una facultad recientemente adquirida, “El *habla* es el

hombre" hubiera escrito Buffon si no hubiese sabido demasiado bien que no se dirigía nada más que a los civilizados. Su definición, tal como la formula, permanece exacta, porque, ¿no hay acaso más diferencia entre el "estilo", cuando está realizado, que entre la simple habla y el "alalismo"?

Un problema paralelo es el siguiente: ¿podría el hombre vivir sin recurrir a las fechas? La duración es cosa muy transparente para ser percibida de otra manera que no sea coloreada en algunas divisiones.

¿Hemos notado que todos los héroes han muerto jóvenes si se cuentan sus días a la manera humana? Alejandro y Napoleón han tenido tres o cuatro -o digamos, veinte o treinta- hitos en sus carreras, porque no le



Jarry, por F. Valloton

1. Claude Chappe (1763-1805) fue el ingeniero que creó la telegrafía aérea que funcionó por primera vez en 1794. Es a partir de esto que se entiende los de las "protuberancias". (N. de T.)

prestaron atención más que a esos. Un gigante se cuenta por Himalayas. Bouvard y Pécuchet han tenido cien mil aniversarios sensacionales porque todo les era pretexto para un aniversario. Se conoce la ilusión óptica: de dos líneas rectas iguales, dividir una en un cierto número de fragmentos, esa será -para el ojo- la más larga. Un escudo de armas se afirma por sus cuartelados, los cuales, como se sabe, pueden ser muchos más que cuatro.

Hay, en Lyon, un reloj que marca los siglos. Cada cien años, su aguja traspasa un grado exactamente del mismo modo que los minutos en nuestros cuadrantes. Los burgueses que han asistido a ese espectáculo vuelven agrandados.

Así, tan solemnemente pues, mil

Deus ex machina

Sidore Lechat, de los "negocios son los negocios", es el codicioso moderno y permanecerá tan típico como Harpagón. No es ya el avaro que guarda y esconde: de apariencia pródiga cuando es preciso, siembra. ¿Ven ustedes la estupefacción de esos atesoradores de otros tiempos, cuya cajita, enterrada por azar en buena tierra, germinaba?

Para apoteosis de ese héroe del siglo XX, era necesario un *deus ex machina* contemporáneo. La máquina es el automóvil, que a cincuenta y cinco por hora, solamente, aplasta a Xavier, el hijo de Lechat.

He aquí la máquina que, por sí sola, hace el trabajo de dios. *Deus ex machina*, EL DIOS HA SIDO RETIRADO DE LA MÁQUINA.

Y la máquina no tiene sino menos fricción.

Esta traducción nos parece plausible: la traducción, lo mismo que la adición en las

novecientos tres ha comenzado: ¡vamos a dar una vez más una vuelta alrededor del sol! Creemos ciegamente en ese viejo concepto astronómico, anterior a Aristóteles, y rechazado por Aristóteles, de la rotación de la tierra. Nos imaginamos que lo hemos redescubierto más tarde. La tierra es redonda para nosotros, peatones. Una secta americana la proclama cóncava: a pesar de la explicación geométrica que imaginan, es cierto que para el observador que ve desde un poco más alto, el aeronauta, la tierra es cóncava...

La única verdad actual es esta: el espacio y el tiempo no son sino formas... Ninon de Lenclos, octogenaria y adolescente, consultando a su espejo, esa sinceridad, diría a su almanaque: ¡Tú mientes!

manos de ciertos habilidosos, se engalana con esto, da resultados tan sorprendentes como variados. Interpretaremos así de buena gana:

Facilis descensus Averni: la decencia es fácil en Auvergne.

Fluctuat nec megitur: se pliega pero no se rompe.

Y:

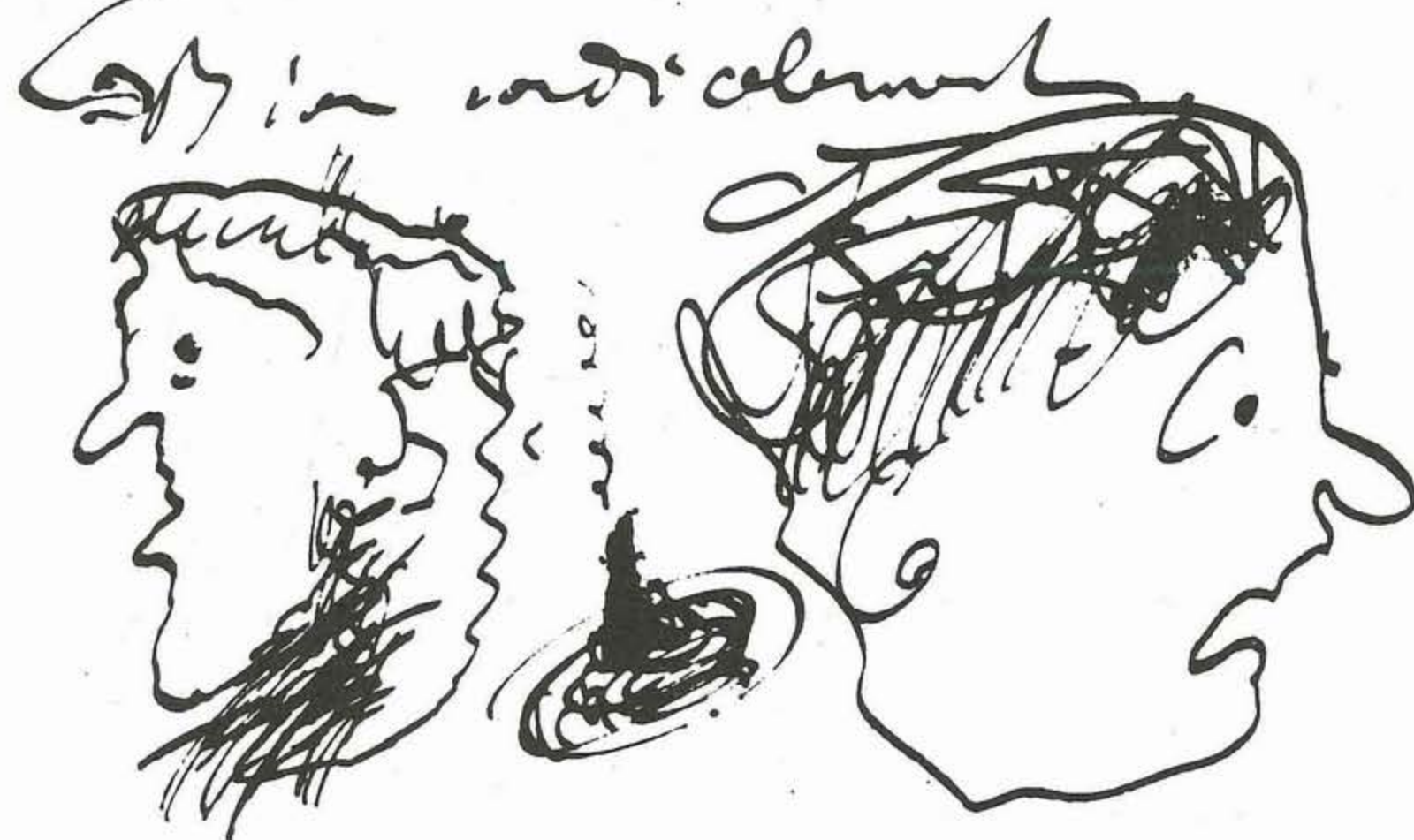
Liquor monachorum (divisa de los benedictinos): puro jugo de monjes.

Y mil otras glosas.

La idea del automóvil no es reciente: Jasón trabajaba con toros de bronce a vapor (ignívomos, como los caballos del Sol) y locomóviles.

La idea de Dios es apenas más antigua. Data más exactamente del día en que el cuadrúpedo -o el cuadrúmano- sintió los músculos de sus nalgas lo bastante duros y fuertes para permitirle la posición vertical.

le nom de mère, mère, mère
comme cette seule mère Ubu,



2. Klondyke es una región de Canadá, en el Yukón, donde se explotaron yacimientos de oro desde 1896. (N. de T.)
3. "tout-à-l'égout"; literalmente "todo a la cloaca" se llamaba cualquier sistema que vaciara los retretes por medio de agua.

Dos rostros de la Madre Ubu. Dibujo a tinta de Alfred Jarry.

Ese día miró el cielo y tuvo miedo de que se le cayera en la cabeza. Y no sirviéndole sus patas delanteras para caminar, juntó las manos. La genuflexión es la manera natural de bajarse para el ex cuadrúpedo dado que los riñones se han deshabituado a flexionarse hacia adelante.

La religiosidad está (por lo menos lo estuvo en su origen) en relación directa al desarrollo de los músculos de los glúteos. Se comprenderá, sin mayores comentarios, que las mujeres permanezcan más devotas que los hombres.

Es notable que si los músculos de la espalda, y no los de los glúteos, se hubiesen desarrollado, el hombre hubiese orado hacia otro cielo situado al nadir, en el centro de la tierra o en el fondo del océano. Se sabe que esas otras estrellas, las asterias, son las habitantes infalibles de las extremas profundidades.

La máquina reemplaza muy bien a Dios. Está más avanzada que Dios por esta razón:

que el hombre la ha construido no a su imagen sino con una potencia inesperada.

El ígnaro peatón aúlla delante de los nuevos monstruos como los perros, hoy aún, delante de los vehículos rápidos. ¿Olvida ese peatón que la rapidez es estar inmóvil -es la inercia-, que está llevado por la gravitación universal a millones de kilómetros por hora, y va a parar al mundo por un exceso de velocidad?

Los vehículos que, de París a Madrid -¡del noreste al sudoeste!- van a ciento cuarenta, están más inmóviles por ese número de kilómetros, a contrapelo y a deducir de la rotación de la tierra.

¡Pobre Sr. Piauxt! Afronta, el edil, cargos distintos que los del Estado... No ha muerto, pero se muere por patinar con filos de diamante sobre un suelo vidriado...

Deslizáos mortales, no os apoyéis... El "mortal" como su nombre lo indica, se apoya siempre.

Un Klondyke² en París. Lo que se hace con los viejos pavimentos

Desarraigo en París de los pavimentos, bajo diversos pretextos: el subterráneo, nuevas líneas de tranvías, pavimentos de piedra a ser reemplazados por pavimentos de madera. Desarraigo aún fuera de París, del buen viejo pavimento del rey en el bosque de Fontainebleau, a fin de preparar, se dice, las rutas de macadam del Touring Club... ¿Dónde van todos esos viejos pavimentos que hormigueros de obreros desentierran con una pasión febril digna de buscadores de oro?

La Ciudad de París se desembaraza de ellos cediéndolos a los empresarios constructores al módico precio de seis centavos cada uno.

Algunos particulares originales los adquieren. ¿Con qué intención, Señor?

Hemos entrevistado a uno de esos particulares, un honorable rentista, el Sr. Joseph Donzé, boulevard de Port Royal 79, familiarmente conocido en su barrio bajo el sobrenombre mitológico de "pavimentador doméstico".

Subimos a su pequeño departamento, pero estuvimos a punto de retirarnos al instante y discretamente: por todos lados

crisoles, pilones, hornos, mercurio, frascos de productos químicos, todos los pertrechos de los falsificadores de moneda.

El Sr. Donzé, invitándonos a sentarnos, nos tranquiliza con un gesto cariñoso.

"No, falso monedero, no, querido señor, verdadero monedero, o, mejor, monedero al por mayor, proveedor de los monederos, buscador de oro, simple buscador de oro".

Y nos explica sin preámbulos:

"Es así. Extraigo el oro de los viejos pavimentos. La idea me vino leyendo en un diario que el Sena, como el Pactolo, acarrea oro..."

....?

-En proporciones ínfimas, es verdad. ¿De dónde provenía ese oro? Seguramente, drenado hacia el río por las cloacas, del deterioro de los pavimentos desgastados por los peatones, los caballos y las ruedas de los coches. No cuento las pepitas accidentales: las alhajas adquiridas por robos en las casas y de las cuales uno se desembaraza en el *tout-à-l'égout*³. Una prueba de que el detrito de los pavimentos de París contiene oro en cantidad

apreciable es que el oro es el más escurridizo de los metales: el barro de París hace derrapar a los ciclistas y los hace darse porrazos..."

Después, nos muestra sus aparatos.

"He aquí mis "mesas de amalgama", mi dispositivo para la cianuración". Renuncié al pilón pesado porque sus golpes regulares dieron origen a ese sobrenombre absurdo de "pavimentador doméstico". Ahora uso un gran molino de café..."

"¡Plantador doméstico"! Pensamos nosotros.

El Sr. Donzé continuó:

"Y cuando no haya más pavimentos de piedra en París -¡la invasión del pavimento de madera es una plaga!- Me quedarán los tiestos de flores, ese tesoro insospechado de Jenny, la obrera. ¿El paseante sobre la cabeza del cual se hace añicos uno de esas preciosas macetas de tierra, sabe que encierra, en proporción notable, además de oro, vanadio...?"

-Pero esos pavimentos que no le cuestan más que 0, 30 francos, ¿cuánto le reportan más o menos, sin los costos y la instalación?

-Compensando los años buenos con los malos, es un Klondyke... Espere...: 0 franco, 15.

Balística de la danza

Es clásico hoy en los circos que las mujeres de faldas largas y ya no en maillot se entreguen a juegos icarios y a series de saltos peligrosos hacia atrás, o a ejercicios de trapecio volante. Esto permite apreciar, por vez primera, la utilización estética del traje femenino moderno, el cual de otro modo podría escapar al observador.

Cuando una mujer gira de ese modo con rapidez en un plano vertical, la

pollera, proyectada por la fuerza centrífuga, merece ser comparada -lo que es banal y falso en otras circunstancias- con la corola de una flor, la que se abre -se sabe- hacia el sol, y nunca hacia abajo. El pudor más austero no podría alarmarse, porque, gracias a los beneficios de la mencionada fuerza centrífuga, la vestimenta se adhiere enérgicamente hasta los pies, a condición, siempre, de una rotación suficientemente rápida.

La danza, tal como se la practica, por el contrario, en los ballets, se confiesa de una inmortalidad flagrante: la bailarina hace piruetas en punta, la pollera se separa, siempre por la fuerza centrífuga, hasta desplegarse enteramente, de forma tal que su circunferencia queda en el mismo plano que los puntos de sostén.

No hubiéramos señalado este fenómeno mecánico si la moral sola estuviera en juego: pero hay riesgos también de accidentes

físicos. Supongamos que una pareja baila el vals en el medio de un salón, en un plano horizontal, que es el único que la moda autoriza. El hombre y la mujer se desplazan circularmente alrededor de un eje imaginario, pero puede ocurrir que uno u otro (la mujer, por ejemplo) coincida por un instante con el eje de rotación, mientras que su compañero gravita siguiendo la circunferencia. Imaginemos una velocidad suficientemente acelerada, y al hombre abandonando, por miedo a fatigarla y por galantería francesa, a su compañera: ella será propulsada con violencia por la tangente, y es espantoso pensar lo que podría ocurrir acto seguido.

Si está prohibido practicar en público ejercicios peligrosos en un plano vertical, a menos que haya una red protectora por debajo, no hay ninguna razón, nos parece, para que un hombre sensato consienta a bailar el vals en un salón sin exigir del mismo modo una red protectora. Se puede conjeturar que dicha red existía en una antigüedad lejana, seguramente en la Edad de Piedra: encontramos un último vestigio, reconocible, en los canapés, sofás, en las viejas personas que quedan de clavo en el baile, y otros acolchados que es uso disponer alrededor de las salas.

Creemos que es nuestro deber recomendar una innovación benéfica: así como en las tempestades se remedia la ruptura posible de una escota agregando un segundo cordaje, más fino, que se rompe sólo con el choque, se podría aumentar en proporciones enormes la virtud protectora de los sofás disponiendo, atrás de cada uno, un potiche, de preferencia valioso, para que su quiebre sea más dulce, que, aplastándose entre el mueble y la pared, constituya un tapón y resorte.

El vencimiento y sus relaciones con el suicidio

Los lectores reposados, prácticos y ávidos esperan desde hace largos meses, dado nuestro título "Especulaciones", que elucidemos una vez por lo menos alguna ardua cuestión financiera. Esto no nos había pasado desde el primero de enero último, cuando, haciendo la reseña aquí de la Economía Política Pura del Sr. León Walras, habíamos esbozado una teoría de la fabricación de moneda fiduciaria en libre concurrencia, operación llamada irreverentemente por el Estado "acuñación falsa", cuando no la perpetra él mismo.

Examinaremos hoy el mecanismo de un fenómeno comercial periódicamente actual, el vencimiento, y, para mayor precisión, lo estudiaremos únicamente en sus relaciones con el suicidio.

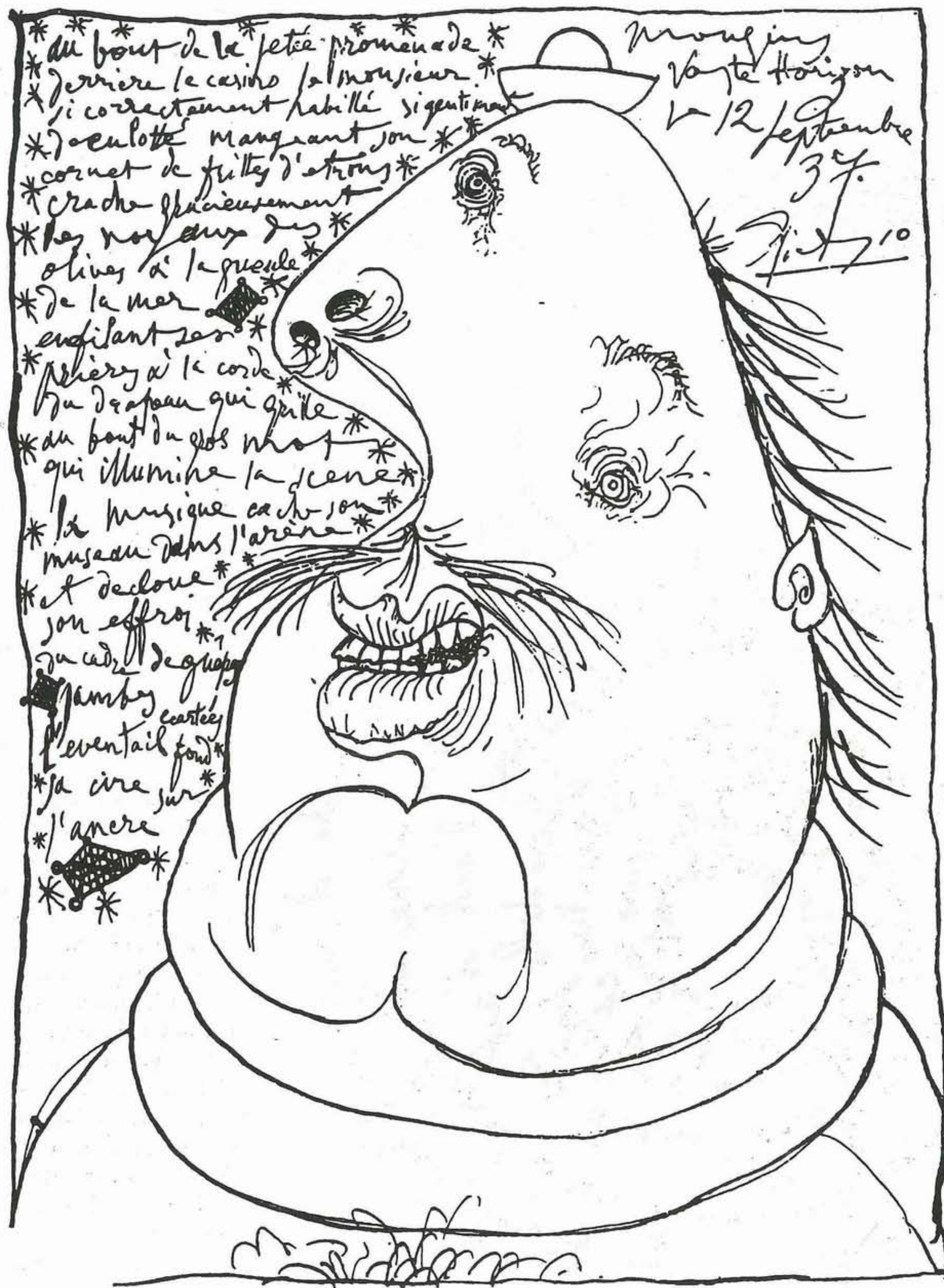
El arte dramático ha vulgarizado esta idea: la idea de que el hombre de bien, en las mismas fechas en las que se complace ordinariamente en vaciar su caja en las manos de un muchacho delegado por el Banco bajo una convocatoria dirigida tres meses antes, escapa algunas veces y sin motivo aparente a las consecuencias de esta entrevista mediante el suicidio. Habiéndose realizado la notable constatación siempre en circunstancias parecidas, de vacío de la caja, se propaga la opinión de que dicho hombre decente se ha matado "al no poder hacer frente a su vencimiento".

Existe, pues, bastante frecuentemente, coexistencia de los dos fenómenos, vencimiento y suicidio, y tenemos fundamentos para servirnos, como medida común, de uno de ellos, el suicidio, que presenta la ventaja matemática de ser bien conocido por los que hacen estadísticas, como se sabe, por presentarse todos los años en cantidades constantes.

Ahora bien, la cifra anual de suicidios, en cualquier país donde existan los comerciantes y los vencimientos, es sensiblemente constante. Si se examina la curva de suicidios de toda especie, se descubrirán irregularidades semejantes entre ellas, que guardan la distancia de 5, 15, 25, 30, que no son otras que las fechas del mes reservadas a los vencimientos. Además, en esos mismos intervalos, la suma de sinuosidades llega a coincidir, de manera curiosa, con la curva de los asesinatos seguidos de robo.

La conclusión es luminosa: el muchacho del banco, sobre cuya suerte se han compadecido muy injustamente los filántropos y hasta esa gente nacida para reír, los humoristas; el muchacho de banco, en días que no pueden ser sino los 5, 15, etc., comienza por cumplimentar su deber profesional hasta el límite, es decir, recoger el oro y abandonar en trueque la letra de cambio de la cual es portador. Pero inmediatamente -¡y entonces se desencadena su iniciativa personal!-, inmediatamente: incendia el cerebro del comerciante, vuelve a tomar la letra de cambio y, habiendo devenido así legítimo propietario del oro, lleva el papel al Banco, lo que lo demuestra impago.

El Banco tiene ordinariamente la mansedumbre de no inquietar al comerciante, sino a su posteridad, al considerar que se ha sustraído a la ruina y al deshonor mediante el suicidio, la cual es una de las maneras socialmente admitidas, aunque fraudulentas, de seguir siendo un hombre decente.



Padre Ubú según Pablo Picasso

La Gidouille

TRADUCCIÓN DE MARGARITA MARTÍNEZ

Dans le monde d'aujourd'hui, l'art, d'art pour l'art, d'art qui se développe dans la réalité, appartient à une classe déterminée et relève de la littérature. La littérature, comme rendant public de la littérature, est devenue des classes. Elle est une, toute, contre, culture, contre l'effacement des classes. Elle n'existe pas dans la réalité, elle n'existe que dans la littérature. Elle est une, toute, contre, culture, contre l'effacement des classes.

Taxonomía: La Gidouille, omnipresente, ¿debe estudiarse según el pretendido orden con el que la ciencia vulgar clasifica el universo no menos vulgar? ¿Estudiar, precisamente, la «gidouille» en las matemáticas, las ciencias físicas o naturales, la psicología, las bellas artes, el derecho penal, la literatura... como lo ha hecho Monsieur Papadopoulo y otros helicólogos notorios? Uno de ellos, Miss Jill Purce, se esforzó incluso últimamente en dar la significación (¡mística!) de la «gidouille», y en explicarla.

Para clasificar las colecciones cuyos más bellos especímenes presentamos aquí, la Sub Comisión de Interpretaciones puso a punto un modo de clasificación que no solamente descarta los compartimentos habituales sino que, por sus principios y virtualidades, hace diáfana una límpida Patafísica de la Clasificación (y de los Criterios). Nadie se asombrará al ver este modo de clasificación basado en la «gidouille», que se clasifica también a sí mismo, y accesoriamente, al universo.

Así como la Patafísica no fue clasificada ni explicada —es Ella la que aclara—, la «gidouille», que es ilimitación, no podría ser objeto de investigaciones o taxonomías más que por efecto de la patafísica involuntaria. Por parte de la Ciencia, de la que es Imagen y Forma, es a ella a quien corresponde la tarea de clasificar y explicar el arte, el derecho, la botánica, a los Cimbalistas y a Miss Purce. No es fin; la Patafísica es el fin de los fines: es el principio.

Evacuación preliminar:

Es bueno, desde el inicio, poner en regla la terminología: en el comienzo está el Verbo. A lo largo de los siglos de lo que podríamos llamar la Era de la Ignorancia, no hubo otra cuestión más que la espiral. Jarry mismo utiliza la palabra, y en él, como sin duda en el uso colegial del Liceo de Rennes, el término «gidouille» designa únicamente la esfera ubuica, sede de los «apetitos inferiores». Solamente con el advenimiento del Colegio de 'Patafísica, la «gidouille» adquiere su sentido actual, y el término «espiral», por este mismo hecho, cae en desuso. Se sobreentiende que no hablaremos más que de «gidouilles»: Gidouille de Arquímedes, Gidouille logarítmica, o incluso Galaxia-Gidouille.

Por efecto del clinamen, la palabra gidouille comienza con la letra G, que trazada convenientemente, es en sí una gidouille. Al comienzo, y aún antes, estaba la G: gidouille es la molécula de ADN de la que nace la vida, gidouille es también el esterilizador que le impide nacer. Del caracol del oído interno al germen de la arveja, de la concha náutica a la disposición de los pepitas de girasol gigante

(*Helianthus annuus*), de los foraminíferos, esos caracólidos microscópicos que constituyen acantilados de tiza, a la implantación de cabello en la cima del cráneo, del cristal de polioximetileno a la tela de la araña no medicada, ninguno de los tres reinos escapa al torbellino universal de la gidouille.

El simbolismo de la gidouille no es menos provocador de torbellinos: las fuerzas cósmicas, las energías físicas, el motor primordial, el ritmo del universo, la respiración del cosmos, la irradiación solar, el acceso al reino subterráneo, el fluido telúrico, el peregrinaje del alma, son los más comunes desocultamientos de dicho simbolismo. Sin contar el Progreso. Y dado que el último de los exégetas de la gidouille, Monsieur Pierre Gaudibert, la describe como «estructura fundamental de todo devenir», se inscribe en una tradición de por sí larga. Y Jarry: «la idea de progreso, que implica la figura espiral...».

Se entiende, entonces. La gidouille es la clave de la Naturaleza; es también la clave del Arte, y su simbolismo conduce al éxtasis a todas las Jill Purce del mundo. Entendido esto, demos vuelta la página: dejemos lugar a la ciencia.

Regente de Helicología

Principios para una sistemática de la Gidouille:

Las gidouilles que esmaltan nuestro universo (y las otras) competen, como todas las cosas, a la Ciencia, y ya que clasificar es la primera de las operaciones de análisis, la cuestión del orden fue puesta, rápidamente, a la orden del día. Se puede sostener que de lo infinitamente pequeño a lo infinitamente grande, de la molécula de ADN a la galaxia, las gidouilles se repartieron según su dominio respectivo, y que es suficiente tratarlas en relación a la biología, la botánica, la zoología, el arte, la publicidad, la nutrición, los juegos, etc. La obra de Theodore A. Cook, *The curves of life*, sigue este plan, menos vastamente. Es también el único plan, hay que reconocerlo, que nuestras Sub Comisiones adoptaron (a título provisorio) en el curso de los primeros años de investigaciones. Pero presenta un inconveniente: no es científico. ¿Qué zoologista clasificaría hoy a los animales según su hábitat?

El vicio de tal “clasificación” yace en su despreocupación con respecto a su objeto: permite clasificar, además de las gidouilles, las rayas o la diafanidad, o la conductividad eléctrica, o cualquier otra cosa. En lugar de interesarse por la gidouille, se conforma con clasificar el Universo. Lo cual está, por lo menos, fuera de discusión. Después de las frases preliminares, no se pudo ir más lejos en las

Sub Comisiones sin percibir el escollo. Se impuso la necesidad de elaborar una verdadera Sistemática de la gidouille, fundada sobre criterios extraídos de su propia naturaleza: enroscamiento, polo, rayos vectores, etc. La descripción avanza mucho más.

Una vez adquirido dicho punto, se abría el camino a las clasificaciones científicas. Muchos proyectos fueron decapitados bajo el modelo de la clasificación lineal (cuyos principios se remontan de hecho a Guillermo de Rondelet). Se sabe que los zoólogos disponen a los animales en grandes compartimentos, compartimentos de compartimentos, compartimentos de compartimentos de compartimentos, que denominan “troncos”, clases, órdenes, familias, géneros y especies. Se repartieron las gidouilles en algunas grandes categorías, que fueron divididas en sub-categorías, que fueron a su vez divididas, y así sucesivamente, hasta que cada gidouille estuvo lo suficientemente caracterizada. Pero el procedimiento revelaba fallas de un género que no se percibió bajo la aparente perfección de la construcción lineal: reiteraciones, lagunas, incoherencias...

Finalmente se adoptó un sistema menos ambicioso —porque no presupone que el cerebro humano sea apto para concebir el Plan Eterno del universo— y más positivo, más ligero, más fecundo. Un gran inconveniente de los sistemas inclusivos reside en que los conjuntos englobadores y los subconjuntos englobados están determinados por criterios poco idóneos para justificar dicha jerarquía; otra dificultad proviene de que los a priori y las eventuales insuficiencias de los primeros criterios se ven amplificados por las subdivisiones sucesivas. Nuestro principio fue entonces evitar la jerarquía piramidal (un poco demasiado militar), y simplemente yuxtaponer los criterios. Cada criterio sirve para determinar dos categorías, opuestas entre sí, de manera tal de “agotar el campo de lo posible”. Una tercera categoría, llamada “evacuación”, permite agotar también lo imposible. Una cuarta consiste en la negación o la imposibilidad de utilizar el criterio. De todas formas, cada uno de los criterios es en principio susceptible de aplicarse a cualquier gidouille; los problemas de precedencia quedan entonces reducidos a puras formalidades. El número de criterios se fijó en diez, lo que permite caracterizar con precisión aceptable pero sin bizantinismo a toda gidouille, real o no. Por añadidura, yuxtaponiendo criterios incompatibles, estamos en estado de describir a voluntad gran cantidad de gidouilles inconcebibles. Soluciones imaginarias.

A propósito de Gidouille

MARGARITA MARTÍNEZ



Por qué y cómo nacen las palabras? Es algo difícil de decir. Pero parece muy probable que el sonido, algunas fuertes emisiones de voz, despiertan de alguna manera la inteligencia de las cosas, mientras que los prefijos, sufijos y terminaciones desempeñan a la larga un rol sonoro anterior al que asumen en sus largos empleos gramaticales. Luego, en muchas voces, el sonido identifica: es el color que nos permite comprender lo que no alcanzamos a leer. Aunque ocurre por extraña asociación. Cualquiera sea, GIDOUILLE es un nombre propio puesto por filósofos, escritores y matemáticos patafísicos y, como el apelativo misterioso que le dio origen -la espiral-, femenino (algo lingüísticamente indiscutible, ya que las palabras terminadas en e son, en su mayoría, femeninas). Luego debe verse el tipo, el aire, el modo de andar de la palabra. Una serie de vocablos: *androuille* (imbécil), *vadrouille* (hombre que va de juerga en juerga), *fripouille* (sinvergüenza), *ratatouille* (guiso popular), todas ellas cosas "ordinarias", de dudosa o baja calidad moral o gastronómica. Después *gargouille*, antiguo canalón de desagüe, la gárgola, convertido en un tesoro ornamental por el Medioevo, y también *citrouille* (calabaza), *quenouille* (la rueca, contemporánea de la gárgola); después *fouilles* (excavaciones arqueológicas) *rouille* (herrumbre); finalmente *dépouille* (despojo; la *dépouille mortelle*.) GIDOUILLE, nombre emblemático dado a la espiral interminable, signo esotérico de la secta, es nombre propio, femenino, y fuerte, con sabor rabelaisiano. Conclusión: suena como debe y se manifiesta en todos los órdenes y en todos los campos.



El lenguaje de Jarry*

ANA GONZÁLEZ SALVADOR

Esta breve digresión sobre Patafísica abre varios interrogantes en lo que concierne, sobre todo, a la escritura de Jarry.

Hemos visto que dicha ciencia valoriza el espíritu creativo, imaginativo y lúdico pero, ¿cómo se traducen estas premisas en el discurso? Simplemente, creando un espacio textual lúdico, es decir, jugando con el lenguaje. En este sentido, el estilo de Jarry será una *creación* lingüística continua y también una *reflexión* sobre las posibilidades de la lengua.

Con respecto a la creatividad, debemos señalar gran cantidad de neologismos y juegos de palabras. En *Ubú Rey* son inventados y utilizados por Ubú especialmente y forman parte de su lenguaje más que del de los demás personajes. Se le ha reprochado a Jarry precisamente la mala calidad de estos juegos de palabras que rozan incluso el mal gusto. Presentados la mayoría de veces como involuntarios no hacen más que resaltar la estupidez de Ubú. Aparentemente, estos juegos de palabras no tienen otra función que la de subrayar su gratuidad, es decir, una falta de funcionalismo muy acorde con el conjunto de la obra.

En cuanto a los neologismos cabe indicar que pueden ser espontáneos, es decir originales, o remitir a formas existentes en la lengua antigua; son a menudo deformaciones lexicales (como «tudez») o derivados (como «*bouffresque*») o, los más abundantes, palabras compuestas cuya combinación representa específicamente el neologismo: «casco de finanzas» es un compuesto de dos términos que, independientes entre sí, no remiten a un neologismo.

Estas «agresiones» a la lengua, esta noción de lo «a-gramatical», conciernen no sólo a la producción lexical, sino también a la de todo un nuevo sistema de signos. Así pues, el neologismo crea un objeto, un símbolo, un universo, etc. El poder creador de la palabra contrastado con el carácter normativo de la lengua resalta, en Jarry, de un modo fulgurante.

Esta «desviación» del lenguaje se reproduce en el plano de la expresión mediante deformaciones gráficas y/o fónicas y, a nivel de contenido, da lugar a algunas «anomalías» semánticas, como

podría ser el «*croc à finances*» (o «engancha-finanzas»).

Estas colaciones estilísticas se llevan a cabo con respecto a un sistema existente (y normalizado, como antes hemos subrayado) que es la lengua común. En este sentido es mucho más sorprendente el descubrimiento, en la obra estudiada, de una serie de signos que, además de destrozar el grafismo, no remiten a nada conocido.

Si nos atenemos al texto de Jarry, el problema se plantea de la siguiente forma: en el transcurso de la lectura, nos encontramos con una palabra completamente desconocida (no aparece en el diccionario). Sin embargo, evoca en nosotros algo, y esto es debido a que Jarry no destruye completamente el lexema (o, dicho de otra manera, no inventa sistemáticamente formas totalmente nuevas). Si la palabra nos resulta familiar es porque el autor practica un conservadurismo ortográfico que le lleva a elaborar algunas modificaciones, generalmente gráficas, sin llegar a desfigurar completamente el lexema: actividad mucho más subversiva que la consistente en la simple creación de neologismos. El propio Jarry declara que si escribe «*phynance*» y «*oneille*» es porque quiere, sobre todo:

«subrayar que se trata de phynanzas y de «ornejas» especiales, personales en cantidad y calidad que nadie posee, salvo yo».

(*Tout Ubu*, p. 407)

Veamos cómo Jarry, manteniendo la estructura de la palabra y aportando algunas modificaciones gráficas, logra transformar el contenido. Mas, ¿a qué hace referencia esta palabra? Para el autor, lo real sólo existe en función del contenido del signo.

Si no hay signo, no hay objeto:

* Ensayo publicado en el libro *Ubú Rey*, Editorial Bosch, colección «Erasmus», Barcelona, 1979. La autora es también traductora de la mencionada edición.

«Dios no existe, y la prueba de que no existe (...) es que se llama de otro modo».
(*La Chandelle Verte*, p. 277)

Entiéndase «de otro modo» como «de diferentes maneras».

Lo paradójico en Jarry es que, siguiendo su «filosofía», al destruir el signo se destruye el referente, es decir el objeto. Pero, simultáneamente, esta destrucción cobra otro sentido: al crear un nuevo signo, se crea un nuevo objeto:

El «*croc-à-merdre*» no existe en la lengua francesa.

El «*croc-à-merdre*» sí existe en la lengua de Ubú y también en su universo, como objeto real.

De este modo, Jarry plantea el problema del sentido de la palabra y, por ello, su obra es polisémica. Debemos añadir que este planteamiento no es gratuito puesto que tiene dos dimensiones, la científica y la metafísica.

Es evidente la preocupación y el interés de Jarry por la lengua, pero, ¿puede considerársele por lo tanto como un lingüista? Algunos de sus textos se refieren a problemas lingüísticos:

«Los filósofos han debatido durante mucho tiempo esta cuestión: ¿podría el hombre pensar sin el auxilio del lenguaje?».

(*La Chandelle Verte*, p. 266)

o también:

1903: «Le discours de M. Combes» en *La Chandelle Verte*, p. 273.

1901: «Hannetons, hameçons et Hanotaux», *La Chandelle Verte*, pp. 66-67.

1900: «Grammaire française», *La Chandelle Verte*, pp. 542-543.

Estos textos metalingüísticos conllevan una dimensión de tipo metafísica: según Jarry el Absoluto es infinito, perfecto y pertenece a la categoría de lo *continuo*. Contrariamente, el lenguaje es *discontinuo*. Y, seguidamente, recurriendo una vez más a una pirueta o al juego de palabras, descompone la palabra «*absolument*» (absolutamente) de la siguiente forma:

Absolu - ment, es decir «*l'Absolu ment*»,

«Absolu-ment.

C'est une charade.

Ce que ne qualifie pas le premier mot est le sujet du second.

Tout dans l'univers se définit par ce verbe ou cet adjectif.»¹

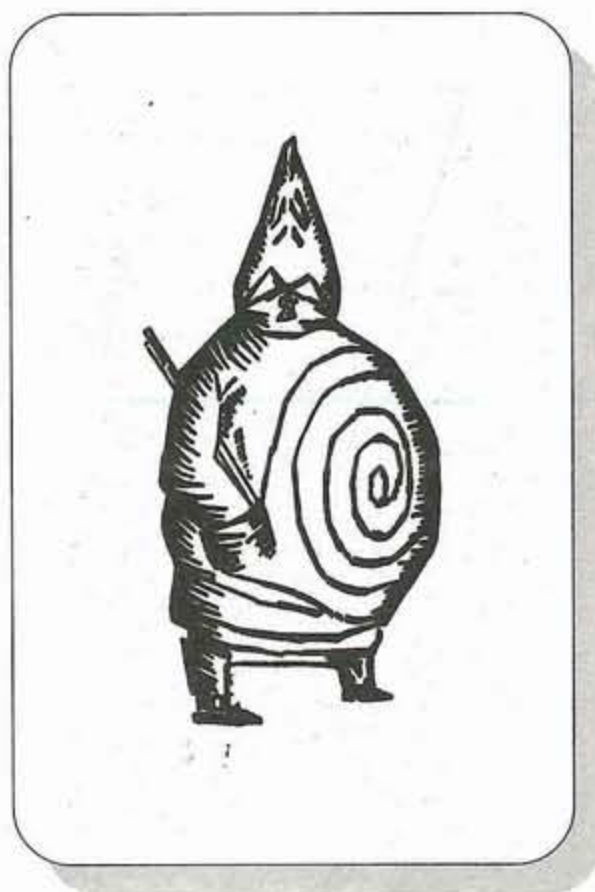
Puesto que el adjetivo (*absolu*) no califica el lenguaje (el lenguaje es discontinuo), éste miente (como sujeto del verbo) siguiendo la charada empleada por Jarry.

Para el autor de Ubú, el lenguaje no pretende representar la realidad —de todos modos, no podría, puesto que miente— sino que se sustituye a ella. Las estructuras lingüísticas constituyen otra realidad, otra verdad:

«El dramaturgo, como todo artista, busca la verdad, de la que existen varias (formas)».²

En suma, digamos que no es tanto la morfología o la sintaxis como las manipulaciones lingüísticas de carácter lúdico e incluso metafísico, lo que interesa a Jarry. El discurso reviste entonces tres aspectos diferentes y aparentemente contradictorios;

- lenguaje-verdad,
- lenguaje-mentira,
- lenguaje-juego.



Esta contradicción inherente en Jarry, esta destrucción necesaria, son quizás el medio de alcanzar el Absoluto.

Insistimos sobre el aspecto lingüístico de *Ubú Rey* porque creemos que éste es el verdadero protagonista de la obra. Cabe señalar el carácter anecdótico de las peripecias de Ubú. Sus aventuras son una caricatura de las proezas de los héroes de tragedias y dramas³. Incluso el título evoca el plagio. También encontramos referencias directas a algunas obras concretas: los voraces y coriáceos del Acto V,1 son evidentemente los protagonistas de la tragedia de Corneille *Horace* (*Horaces et Curiaces*). Jarry llega incluso a utilizar la imitación burlesca y directísima de algunos versos en la parodia de *Andromaque*, de Racine. En el Acto V,1, la Tía Ubú exclama:

«Grâce au ciel j'entrevois
 Monsieur le Père Ubu qui dort auprès de moi.»
 que remite a:
 «Grâce au Ciel j'entrevois
 Dieux! Quels ruisseaux de sang coulent autour de moi.»
 (V,5 – v. 1627–28)

Todo hace pensar que Jarry conocía muy bien a los clásicos; obsérvese, entre otros, el empleo del alejandrino⁴:

«Je perds mon cavalier le Palotin Giron» (V,1)
 «Je quitte le palais, j'arrive a la Vistule» (V,1)

o también del hemistiquio:

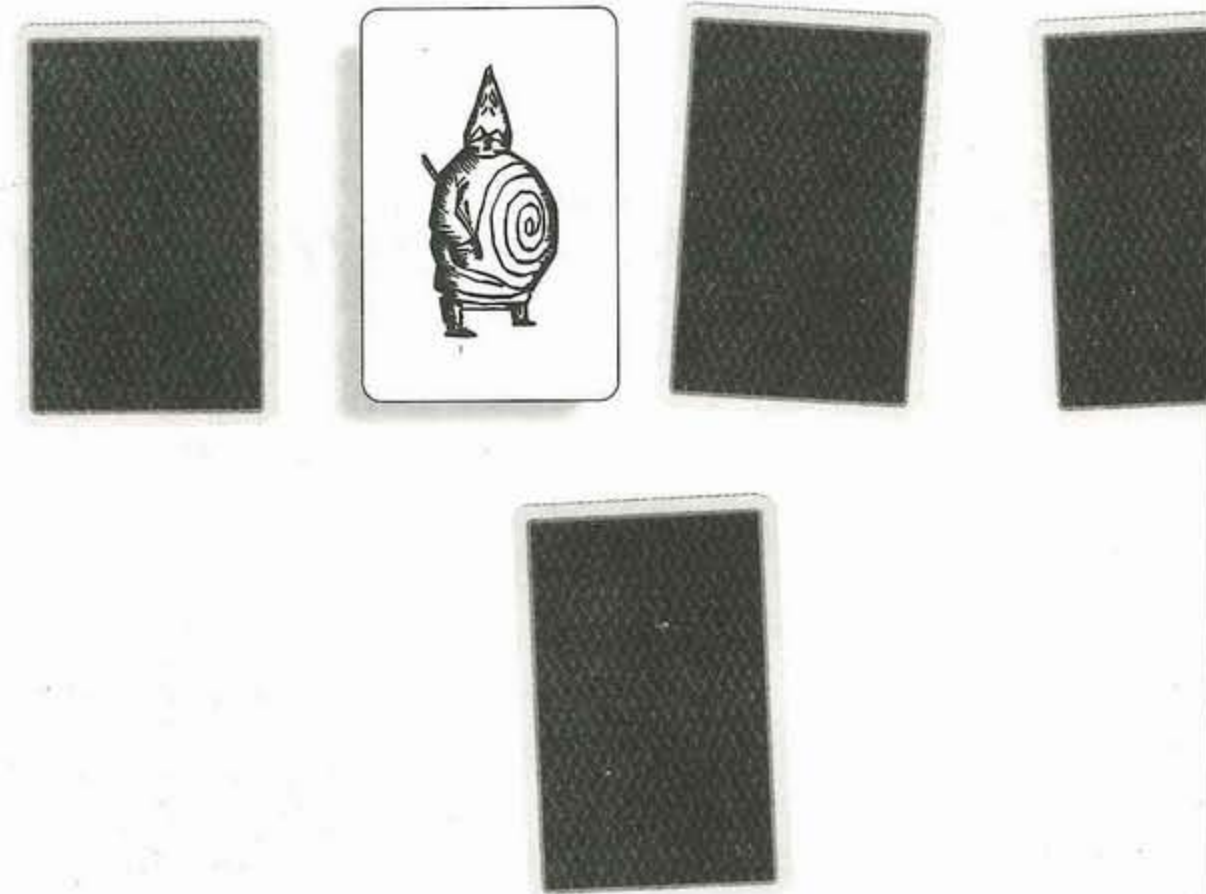
«—Où donc est ce trésor? J'ai pourtant bien compté; Il faut qu'on m'ait trompée; A l'oeuvre, Mère Ubu; Descellons cette pierre; Eh quoi! Toujours du bruit; Ma présence en ces lieux; Une étrange frayeur; Je reviendrai demain.» (IV, 1).

A pesar de estos empleos, en la obra de Jarry conviven dos lenguajes: el culto y el vulgar.

El primero es utilizado de manera irónica como si el autor mantuviese siempre una distancia con respecto a la Cultura tratándola de modo provocador y cínico. El arcaísmo suele ser inventado desenfadadamente pero al mismo tiempo traiciona un amplio conocimiento de la literatura, por ejemplo de las obras de Rabelais. La forma arcaica se encuentra en el léxico (*de par...*, *jambedieu*, *lumelle*, *Messeigneurs*, etcétera), en la ortografía o en la sintaxis.

Suelen reconocerse fácilmente pero algunas veces es necesario recurrir a estudios especializados puesto que aparecen deformados como en el caso de *bouzine*. Su empleo no es pues gratuito o aventurado. En cuanto a su función en el texto, algunos arcaísmos caracterizan la manera de hablar en algún personaje (por ejemplo, Venceslao). No pretenden situar exactamente la acción en el tiempo o en el espacio, una época o un país; sabemos que la obra transcurre en Polonia (en ninguna parte) pero no sabemos cuándo. Por el contrario, Jarry utiliza estas formas antiguas de manera consciente, desorientando constantemente al lector. Así pues, tienen un significado connotativo, confirmado o negado por algún elemento del contexto y que a menudo es de carácter ordinario o vulgar.

La síntesis de términos groseros y refinados neutraliza el tono general impidiendo que uno u otro domine. El propio Jarry indica



en sus escritos el ejercicio lúdico y no erudito de su escritura. El juego consiste aquí en pasar de un nivel a otro, en este caso su opuesto, es decir lo vulgar. Las alusiones a lo fisiológico, digestivo, sexual o escatológico, son lo bastante numerosas como para que consideremos su uso como una provocación, cierto, pero que oculta una voluntad de ir más lejos, más allá de la palabra. La provocación reside en la discordancia estilística, insólita en el contexto de la producción literaria del momento. En cuanto a la búsqueda de Jarry...

Hemos visto cómo la progresión temática, la acción *in crescendo*, justifica una progresión que desemboca desenfadadamente en un paroxismo verbal, una acumulación cada vez mayor, en el discurso de Ubú, de insensateces lingüísticas —especialmente al final del tercer acto. ¿Por qué esta correspondencia?

Ubú es, sin duda, una caricatura del Tirano, del Poder, pero también lo es de la lengua como elemento de dominación.

1. *L' amour absolu*, XIII, *Mercur de France*, 1952.

2. *Réponses a un questionnaire sur l'art dramatique*, en *Textes relatifs à Ubu Roi*.

3. Nos referimos, sobre todo, a Shakespeare: *Macbeth* (en *Ubú*, I, I), *Hamlet* (*Ubú*, II s), *Falstaff* (el propio aspecto físico de Ubú).

4. Ejemplos citados por M. Arrivé en *Les langages de Jarry*.

De otra máquina célibe*

JULIO CORTÁZAR

Fabriquées a partir du langage, les machines sont cette fabrication en acte; elles sont leur propre naissance répétée en elles-mêmes; entre leurs tubes, leurs roues dentées, leurs systèmes de métal, l'écheveau de leurs fils, elles emboîtent le procédé dans lequel elles sont emboîtées.

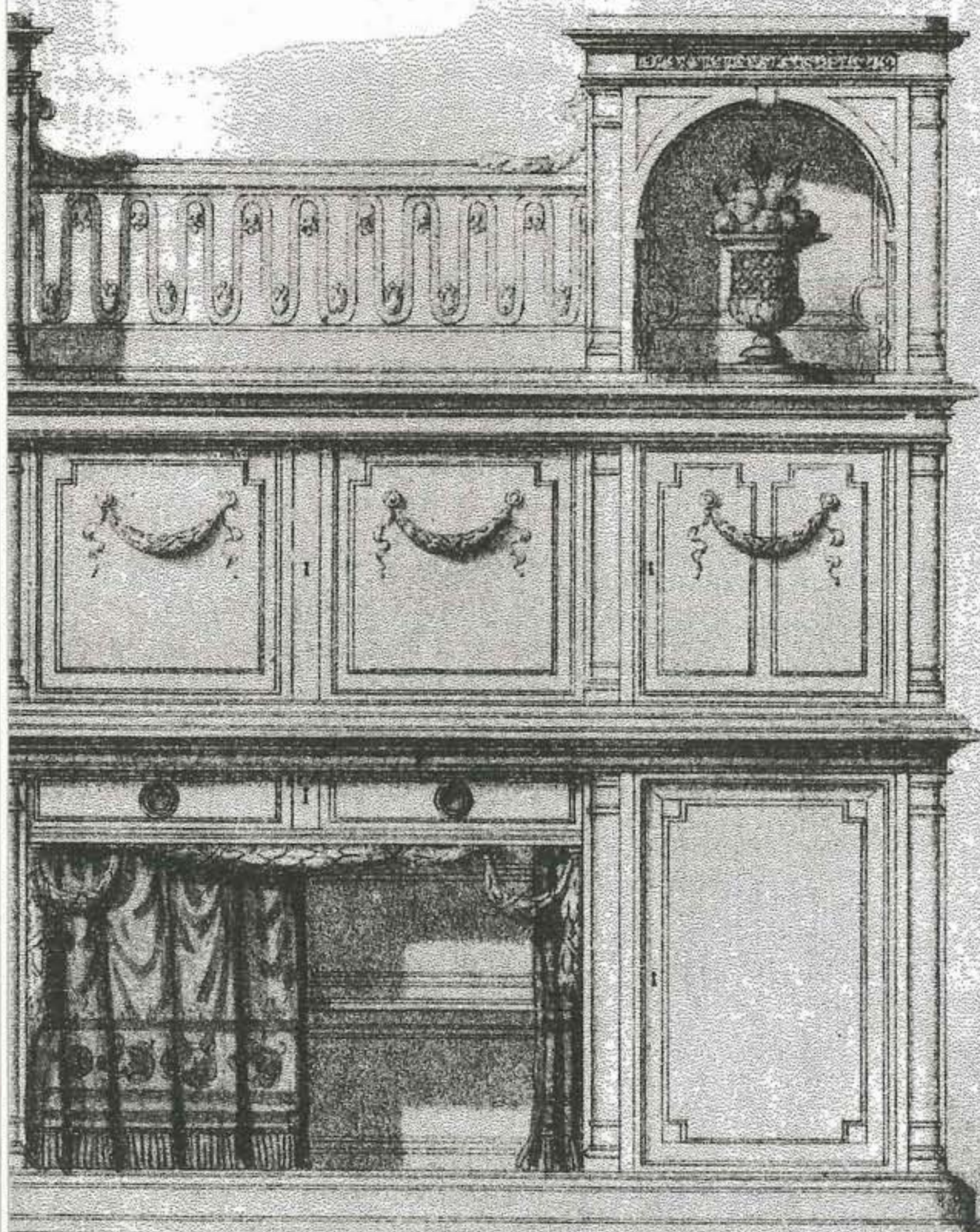
Michel Foucault, Raymond Roussel

Pl. 2561

N'est-ce pas des Indes que Raymond Roussel envoya un radiateur électrique à une amie qui lui demandait un souvenir rare de là-bas?

Roger Vitrac, Raymond Roussel

No tengo a mano los medios de comprobarlo, pero en el libro de Michel Sanouillet sobre Marcel Duchamp¹ se afirma que el *marchand du sel* estuvo en Buenos Aires en 1918. Por misterioso que parezca, ese viaje debió responder a la legislación de lo arbitrario cuyas claves seguimos indagando algunos irregulares de la literatura, y por mi parte estoy seguro de que su fatalidad la prueba la primera página de las *Impressions d'Afrique*. «El 15 de marzo de 19. . ., con la intención de hacer un largo viaje por las curiosas regiones de la América del Sud, me embarqué en Marsella a bordo del *Lyncée*, rápido paquebote de gran tonelaje destinado a la línea de Buenos Aires.» Entre los pasajeros que llenarían con la poesía de lo excepcional el libro incomparable de Raymond Roussel, no podía faltar Duchamp que debió viajar de incógnito pues jamás se habla de él, pero que sin duda jugó al ajedrez con Roussel y habló con la bailarina Olga Techerwonenkoff cuyo primo, establecido desde joven en la República Argentina, acababa de morir dejándole una pequeña fortuna amasada con plantaciones de (*sic*) café. Tampoco cabe dudar de que Duchamp tragara amistad con personas tales como Balbet, campeón de pistola y esgrima, con La Ballandière-Maisonnial, inventor de un florete mecánico, y con Luxo, pirotécnico que iba a Buenos Aires para lanzar en las bodas del joven barón Ballesteros un fuego artificial que desplegaría la imagen del novio en el espacio, idea que según Roussel denunciaba el rastacuerismo del millonario argentino pero que, agrega, no carecía



Chaput del.

FFET GENRE LOUIS XVI

Artefacto

... 98 ...

de originalidad. Menos probable me parece que se relacionara con los miembros de la compañía de operetas o con la trágica italiana Adinolfi, pero es seguro que habló largamente con el escultor Fuxier, creador de imágenes de humo y de bajorrelieves líquidos; en resumen, no es difícil deducir que buena parte de los pasajeros del *Lyncée* debieron interesar a Duchamp y beneficiarse a su vez del contacto con alguien que de alguna manera los contenía virtualmente a todos.

Como es lógico, la crítica sería que *todo esto no es posible*, primero porque el *Lyncée* era un navío imaginario, y segundo porque Duchamp y Roussel no se conocieron nunca (Duchamp cuenta que vio una sola vez a Roussel en el café de *La Regence*, el del poema de Cesar Vallejo, y que el autor de *Locus Solus* jugaba al ajedrez con un amigo. «Creo que omití presentarme», agrega Duchamp). Pero hay otros para quienes esos inconvenientes físicos no desmienten una realidad más digna de fe. No solamente Duchamp y Roussel viajaron a Buenos Aires, sino que en esta ciudad habría de manifestarse una réplica futura enlazada con ellos por razones que tampoco la crítica sería tomaría demasiado en cuenta. Juan Esteban Fassio abrió el terreno preparatorio inventando en pleno Buenos Aires una máquina para leer las *Nouvelles Impressions d'Afrique* en la misma época en que yo, sin conocerlo, escribía los primeros monólogos de Persio en *Los premios* apoyándome en un sistema de analogías fonéticas inspirado por el de Roussel; años más tarde Fassio se aplicaría a crear una nueva máquina destinada a la lectura de *Rayuela*, completamente ajeno al hecho de que mis trabajos más obsesionantes de esos años en París eran los raros textos de Duchamp y las obras de Roussel. Un doble impulso abierto convergía poco a poco hacia el vértice austral donde Roussel y Duchamp

volverían a encontrarse en Buenos Aires cuando un inventor y un escritor que quizá años atrás también se habían mirado de lejos en algún café del centro, omitiendo presentarse, coincidieran en una máquina concebida por el primero para facilitar la lectura del segundo. Si el *Lyncée* naufragó en las costas africanas, algunos de sus prodigios llegaron a estas tierras y la prueba está en lo que sigue, que se explicará como en broma para despistar a los que buscan con cara solemne el acceso a los tesoros.

Cronopios, vino tinto y cajoncitos

Por Paco y Sara Porrúa, dos lados del indefinible polígono que va urdiendo mi vida con otros lados que se llaman Fredi Guthmann, Jean Thiercelin, Claude Tarnand y Sergio de Castro (puede haber otros que ignoro, partes de la figura que se manifestarán algún día o nunca), conocí a Juan Esteban Fassio en un viaje a la Argentina, creo que hacia 1962. Todo empezó como debía, es decir en el café de la estación de Plaza Once, porque cualquiera que tenga un sentimiento sagaz de lo que es el café de una estación ferroviaria comprenderá que allí los encuentros y los desencuentros tenían que darse de entrada en un territorio marginal, de tránsito, que eran cosa de borde. Esa tarde hubo como una oscura voluntad material y espesa, un alquitrán negativo contra Sara, Paco, mi mujer y yo que debíamos encontrarnos a esa

hora y nos desencontramos, nos telefoneamos, buscamos en las mesas y los andenes y acabamos por reunirnos al cabo de dos horas de interminables complicaciones y una sensación de estar abriéndonos paso los unos hacia los otros como en las peores pesadillas en que todo se vuelve postergación y goma. El plan era ir desde allí a la casa de Fassio, y si en el momento no sospeché el sentido de la resistencia de las cosas a esa cita y a ese encuentro, más tarde me pareció casi fatal en la medida en que todo orden establecido se forma en cuadro frente a una sospecha de ruptura y pone sus peores fuerzas al servicio de la continuación. Que todo siga como siempre es el ideal de una realidad a la medida burguesa y burguesa ella misma (por ser de medida); Buenos Aires y especialmente el café del Once se coaligaron sordamente para evitar un encuentro del que no podía salir nada bueno para la República. Pero lo mismo llegamos a la calle Misiones (hay nombres que...), y antes de las ocho de la noche estábamos bebiendo el primer vaso de vino tinto con el Proveedor-Propagador en la Mesembrinesia Americana, Administrador Antártico y Gran Competente O.G.G., además de regente de la cátedra de trabajos prácticos rousselianos. Tuve en mis manos la máquina para leer las *Nouvelles impressions d'Afrique*, y también la valija de Marcel Duchamp; Fassio, que hablaba poco, servía en cambio unos sandwiches de tamaño natural y mucho vino tinto, y acabó sacando una kodak del

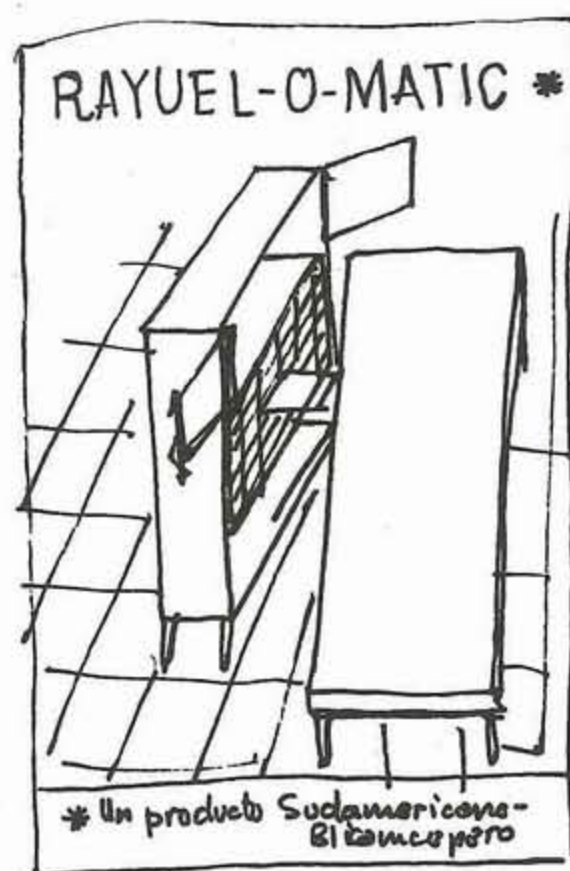
* Publicado en *La vuelta al día en ochenta mundos*, Editorial Siglo XXI, México, 1986.

1. Michel Sanouillet, *Marchand du sel*, Le Terrain Vague, París, 1958, p. 7.

tiempo de los pterodáctilos con la que nos fotografió a todos debajo de un paraguas y en otras actitudes dignas de las circunstancias. Poco después volví a Francia, y dos años más tarde me llegaron los documentos, anunciados sigilosamente por Paco Porrúa, que había participado con Sara en la etapa experimental de la lectura mecánica de *Rayuela*. No me parece inútil reproducir ante todo el membrete y encabezamiento de la trascendental comunicación:

INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS PATAFISICOS DE BUENOS AIRES

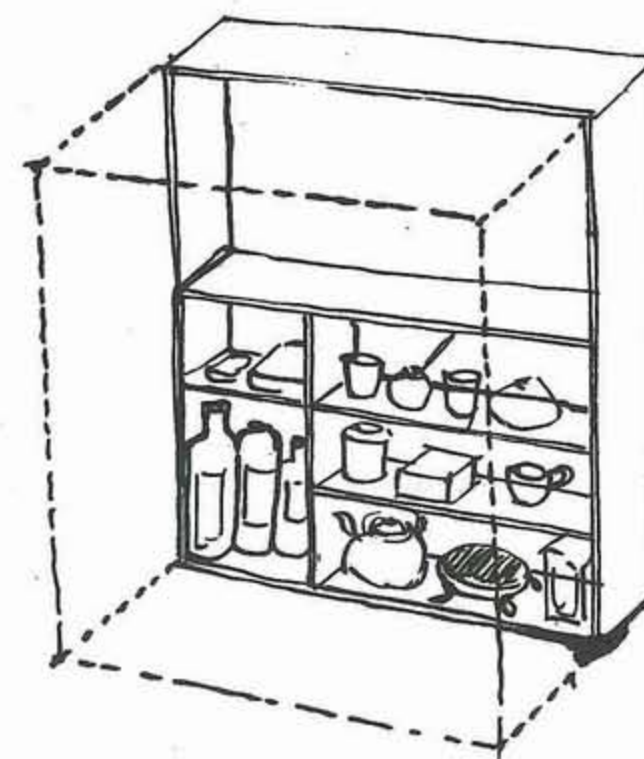
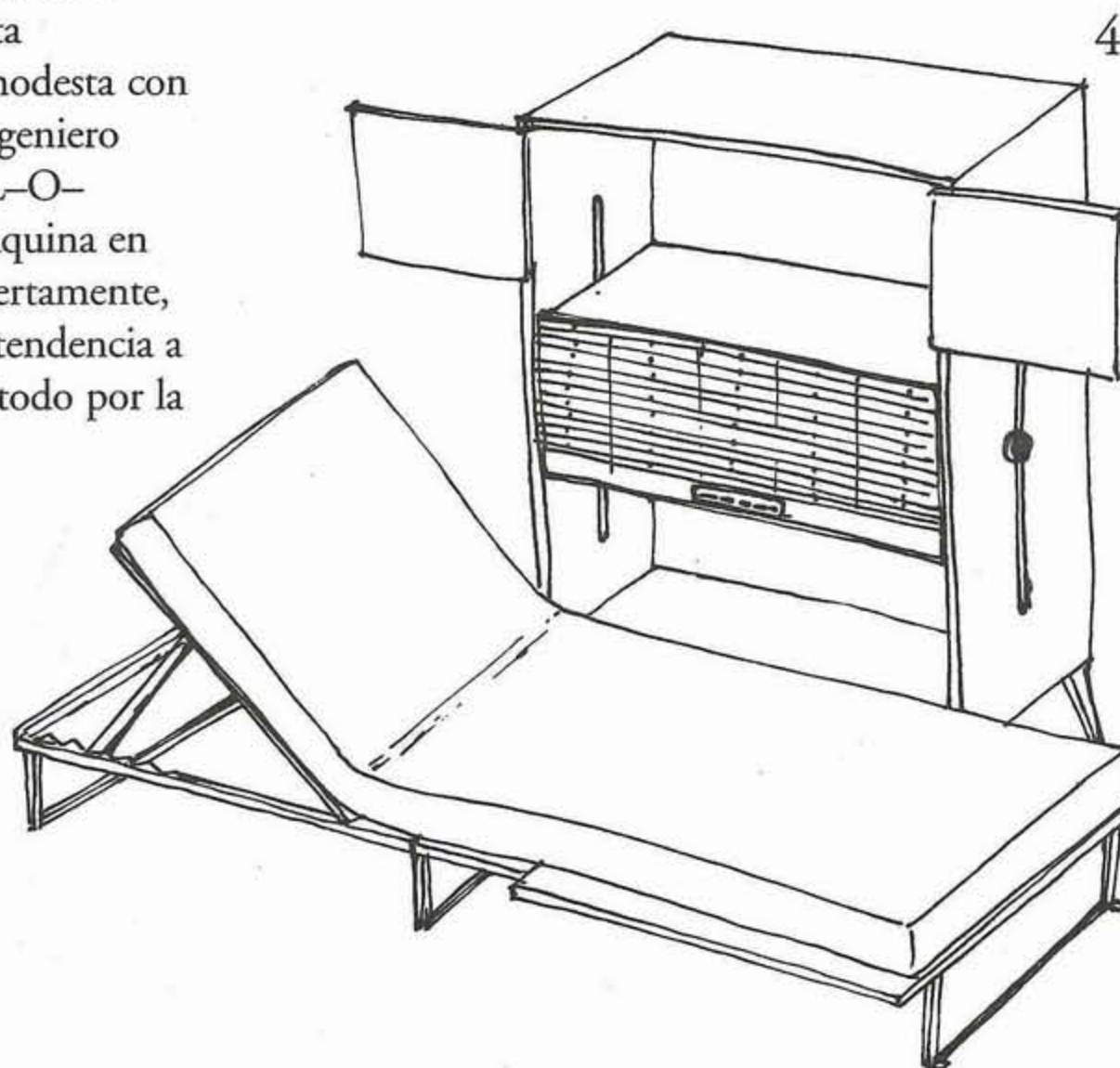
Catedra de Trabajos Prácticos Rousselianos
Comisión de Rayuela
Subcomisiones Electrónica y de Relaciones Patabrownianas



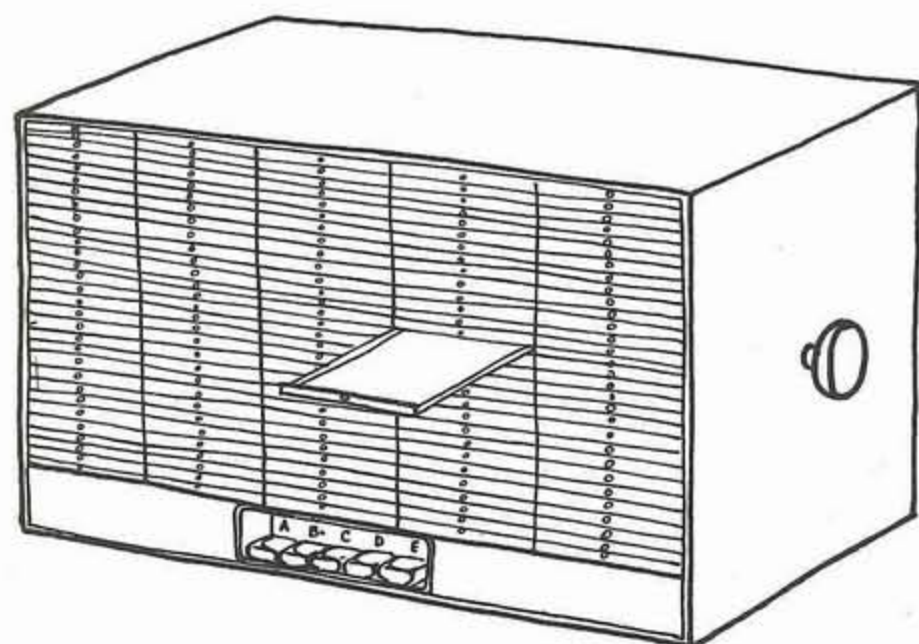
Seguían diversos diagramas, proyectos y diseños, y una hojita con la explicación general del funcionamiento de la máquina, así como fotos de los científicos de las Subcomisiones Electrónica y de Relaciones Patabrownianas en plena labor. Personalmente nunca entendí demasiado la máquina, porque su creador no se dignó facilitarme explicaciones complementarias, y como no he vuelto a la Argentina sigo sin comprender algunos detalles del delicado mecanismo. Incluso sucumbo a esta publicación quizá prematura e inmodesta con la esperanza de que algún lector ingeniero descifre los secretos de la RAYUEL-O-MATIC, como se denomina la máquina en uno de los diseños que, lo diré abiertamente, me parece culpable de una frívola tendencia a introducirla en el comercio, sobre todo por la nota que aparece al pie:

Se habrá advertido que la verdadera máquina es la que aparece a la izquierda; el mueble con aire de triclinio es desde luego un auténtico triclinio, puesto que Fassio comprendió desde un comienzo que *Rayuela*

es un libro para leer en la cama a fin de no dormirse en otras posiciones de luctuosas consecuencias. Los diseños 4 y 5 ilustran admirablemente esta ambientación favorable, sobre todo el número 5 donde no faltan ni el mate ni el porrón de ginebra (juraría que también hay una tostadora eléctrica, lo que me parece una pituquería):

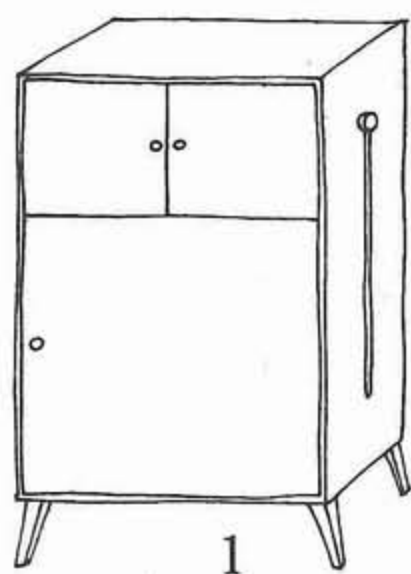


Nunca entenderé por qué algunos diseños venían numerados mientras otros se dejaban situar en cualquier parte, temperamento que he imitado respetuosamente. Pienso que éste dará una idea general de la máquina:

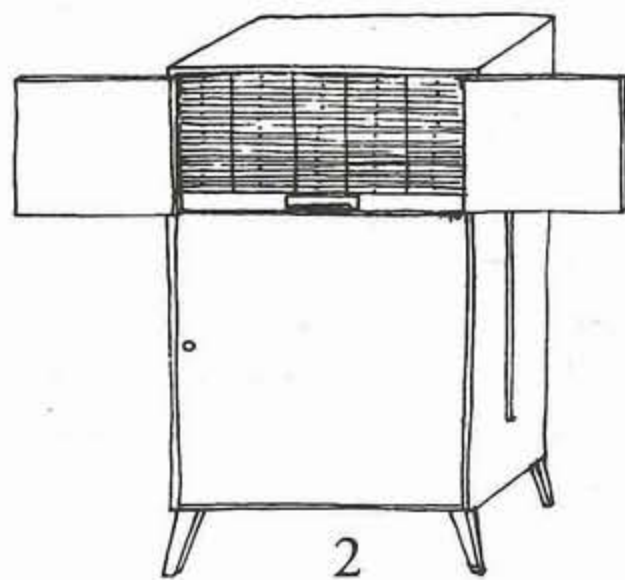


No hay que ser Werner von Braun para imaginar lo que guardan las gavetas pero el inventor ha tenido buen cuidado de agregar las instrucciones siguientes:

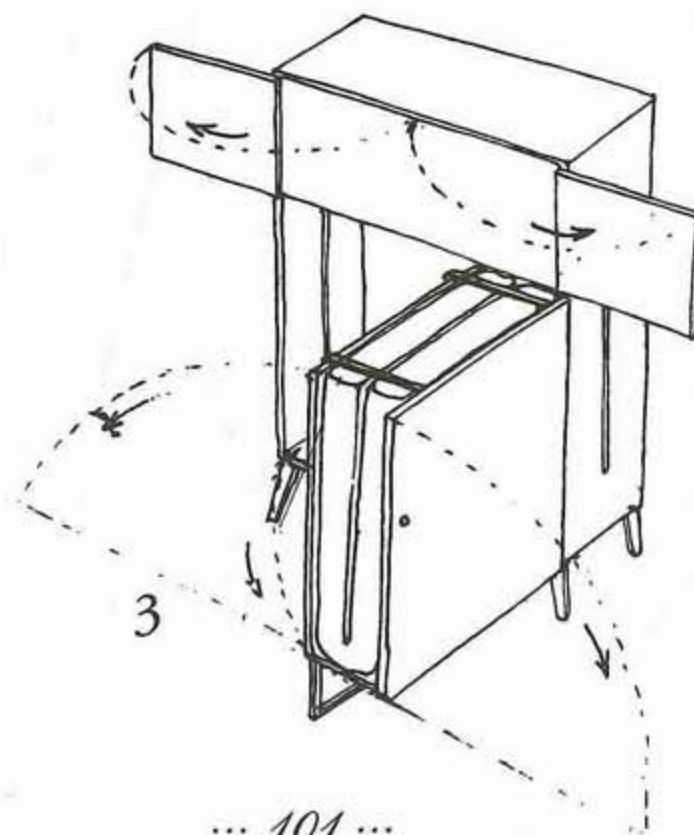
A— Inicia el funcionamiento a partir del capítulo 73 (sale la gaveta 73); al cerrarse ésta se abre la N° 1, y así sucesivamente. Si se desea interrumpir la lectura, por ejemplo en mitad del capítulo 16, debe apretarse el botón antes de cerrar esta gaveta.



1



2



3

... 101 ...

B— Cuando se quiera reiniciar la lectura a partir del momento en que se ha interrumpido, bastará apretar este botón y reaparecerá la gaveta N° 16, continuándose el proceso.

C— Suelta todos los resortes, de manera que pueda elegirse cualquier gaveta con sólo tirar de la perilla. Deja de funcionar el sistema eléctrico.

D— Botón destinado a la lectura del Primer Libro, es decir, del capítulo 1 al 56 de corrido. Al cerrar la gaveta N° 1, se abre la N° 2, y así sucesivamente.

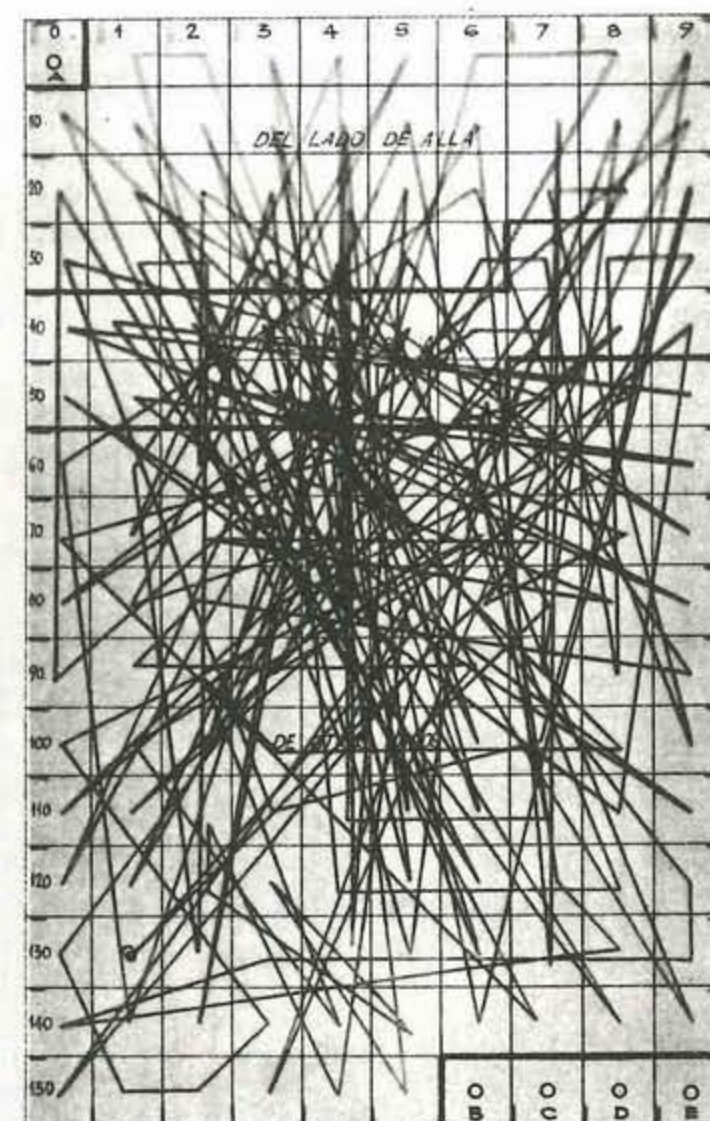
E— Botón para interrumpir el funcionamiento en el momento que se quiera, una vez llegado al circuito final: 58 - 131 - 58 - 131 - 58, etcétera.

F— En el modelo con cama, este botón abre la parte inferior, quedando la cama preparada.

Los diseños 1, 2 y 3 permiten apreciar el modelo con cama, así como la forma en que sale y se abre esta última apenas se aprieta el botón F.

Atento a las previsibles exigencias estéticas de los consumidores de nuestras obras, Fassio ha previsto modelos especiales de la máquina en estilo Luis XV y Luis XVI.

En la imposibilidad de enviarme la máquina por razones logísticas, aduaneras e incluso estratégicas que el Colegio de Patafísica no está en condiciones ni en ánimo de estudiar, Fassio acompañó los diseños con un gráfico de la lectura de *Rayuela* (en la cama o sentado).



La interpretación general no es difícil: se indican claramente los puntos capitales comenzando por el de partida (73), el capítulo emparedado (55) y los dos capítulos del ciclo final (58 y 131). De la lectura surge una proyección gráfica bastante parecida a un garabato, aunque quizá los técnicos puedan explicar algún día por qué los pasos se amontonan tanto hacia los capítulos 54 y 64. El análisis estructural utilizará con provecho estas proyecciones de apariencia desparrada; yo le deseo buena suerte.



CYMBALUM PATAPHYSICUM

Cuadro recapitulativo de las Comisiones, Co-Comisiones, Sub-Comisiones & Intermisiones del Cymbalum Pataphysicum

El Cymbalum Pataphysicum está constituido por el conjunto de las Sub-Comisiones del Colegio de 'Patafísica, ahora ocultado. Asimismo ha parecido patafísicamente conveniente poner a disposición de todos los Cymbalistas, mediante una forma cómoda, el cuadro de las Comisiones y Sub-comisiones que había sido publicado en en el año 86 de la era patafísica (E.P.).

Nos permitimos subrayar que, a diferencia del Colegio ocultado, jerarquizado, piramidal, el Cymbalum Pataphysicum tiene una estructura flexible y descentralizada, al estar constituido de células autónomas¹ cuyos Organógrafos no son más que su emanación, y de ningún modo su vínculo o motor.

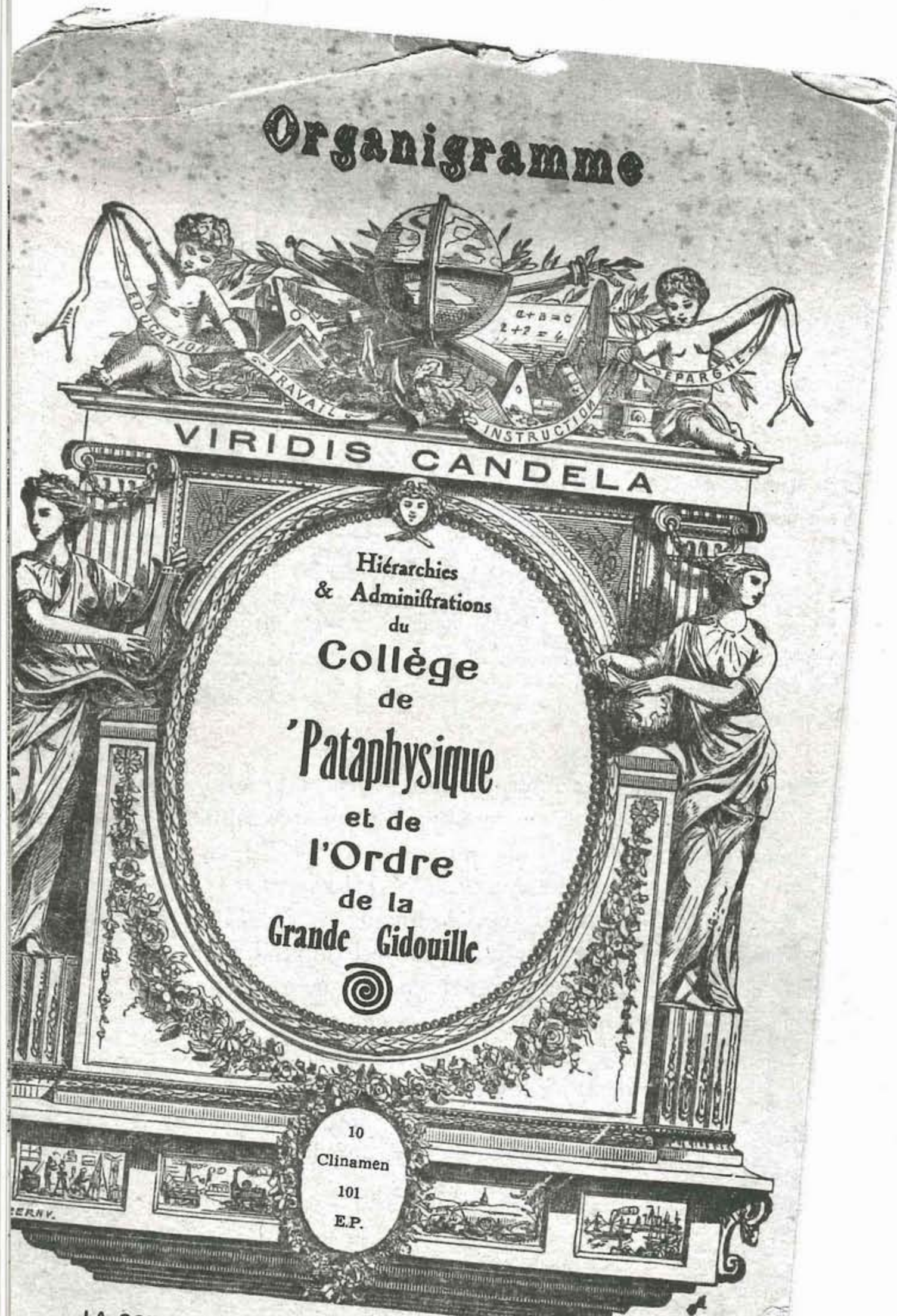
Los nombres de los Presidentes, Vice-Presidentes, Secretarios e Informantes de las Comisiones no serán dados. Pues el tiempo vuelve rápidamente caduco este género de cosas. El Sátrapa Trascendente Boris Vian, por ejemplo, era ya Presidente Memorial (a semejanza de James Joyce) incluso antes que el Cuadro hubiera sido publicado. A la fragilidad de las cosas humanas, el Cymbalum Pataphysicum está decidido a oponer la perennidad de la Administración.

Por otro lado, hemos notado que el anonimato presidía generalmente las comunicaciones publicadas en los Organógrafos del Cymbalum. Algunos verán en ello el desarrollo último de una tendencia del «pensamiento» o bien del crisantemo de nuestro tiempo: el entierro de la noción de Autor, declarada sospechosa, superada y, en una palabra, reaccionaria, por nuestros Autores contemporáneos más eminentes. Sin embargo, no continúan con ello al firmar con su nombre estas condenas y al marginar los derechos de aquestos². Los Organógrafos habrían decidido renunciar totalmente a estos vestigios anticuados como las firmas (y los derechos de autor). Pero la imagen de la Ciencia, ¿tiene que reflejarse en las muecas del siglo?

Es más patafísico considerar esta ausencia de rostro como el resultado de una tendencia iniciada por la dimisión de Jean-Hugues Sainmont en el año 84, y su reemplazo por el cuerpo de los Proveedores Generales. El Sme N.N. Kamenev había descubierto en este acontecimiento el comienzo del fin del culto de la personalidad que había marcado, a su modo de ver, los comienzos del Colegio. Este anonimato no significa que las Sub-Comisiones no sean más que armazones vacías. Al contrario. Algunos responsables serán nombrados y cada miembro del Cymbalum recibirá una asignación individual.

Es evidente que nombramientos y asignaciones serán secretos y conocidos solamente por los interesados. Así el Cymbalum estará en condiciones de enfrentar cualquier eventualidad, incluso la de su ocultación. No había que dejar que el accidente amenace la Administración de la Ciencia. Es también en este sentido que la 'Patafísica es la Ciencia de lo Particular.

TRADUCCIÓN DE CINTHIA DAIBAN



LA SCIENCE EST UNE QUESTION ADMINISTRATIVE

... 102 ...

Siete Comisiones Fundamentales determinan los siete departamentos de las Sub-Comisiones.

Comisiones

1) Comisión de las Licitudes y Armonías:

OBJETO: Actividad y Programas Jurídico-estéticos e imaginativo-realistas. Aplicaciones y desarrollos de las directivas estatutarias. Sugerencias y empresas comunes o privadas. Respuesta a la pregunta: ¿qué hacer? Papel inductor.

Cocomisión de las Inferencias: se ocupa de la consecución en general y particularmente de la consecución literaria: especialmente de la presentación al público de las obras y realizaciones del Cymbalum: se trata a propósito de cada una de preguntarse lo que ese público debe comprender y retener de ella.

2) Comisión de los Imprevisibles:

OBJETO: Estudio de los futuros complejos e incognoscibles. Elaboración de los métodos propios para incluir o excluir los imprevisibles. Patafísica de las prudencias e imprudencias. Papel transductor.

Cocomisión de las Invencciones: destinada a paliar las insuficiencias geniales o creadoras y a elaborar todas las invenciones necesarias para la ilustración del Cymbalum.

3) Comisión de los Borradores y Minutas

OBJETO: Formulaciones, Redacciones, Amplificaciones, Puestas en limpio, estructuraciones retóricas, estirada del texto. Papel introductor.

Cocomisión de los sucedáneos: encargada de prever todos los productos de reemplazo y de remediar ficticiamente la Falta de Personal.

4) Comisión del Orden y del Tiempo:

OBJETO: Planes y determinaciones de

los procesos operatorios, de su sucesión, de sus cadencias, aceleraciones y disminuciones; de los órdenes y subordinaciones en la realización; de los posibles, de las sinopsis cronotáxicas probables e imposibles; de las funciones locomotrices y coordinaciones de movimientos. Papel productor.

5) Comisión de las Precedencias

OBJETO: Desgloses de toda índole: Cesión de Paso, Preeminencias, Equivalencias jerárquicas, Problemas Matemáticos (ciencias exactas), Filológicos, Hermenéuticos, Circunscriptivos, Históricos, Apreciaciones de los Comforts..., todas enfocadas a la luz de la patafísica de la pura precedencia. Papel productor y reductor.

Cocomisión de toma de hábito: que sigue estableciendo un proyecto de Uniforme para el Cymbalum y todas las cuestiones aferentes: insignia, pabellones, oriflamas, lampiones, accesorios, ideas recibidas u originales, marcas exteriores, gestos, composturas, distinciones catecúmenicas.

6) Comisión de las Precesiones Transquinarias (quinatorios)

OBJETO: Aplicación de los métodos y procedimientos quincunales a los trabajos generales y particulares del Cymbalum para el Avance de la Administración científica. Papel cincunductor.

*Cocomisión de los P*** S***:* cuyo objeto no es posible revelar aquí.

7) Comisión Secreta de las Elipsis, los Eclipses y las Anestias

OBJETO: Prever confidencialmente y con todos los matices exigibles las incompatibilidades, abusos, prevaricaciones, heterodoxias, compromisos, utilidades, inferioridades, mediocridades (antiestatutarias), descomposiciones, etc.; prevenirlos; proponer remedios patafísicos.

Papel obductor y retroductor.

Sub-comisiones

La muy sucinta exposición que sigue sólo trata de las Sub-Comisiones Permanentes o Crónicas, con exclusión de las Sub-Comisiones Caducas.

Departamento de los Licitarios y Armonías

Sub-Comisión de las Soluciones Imaginarias: apta para dar sobre cada tema una infinidad (por lo menos tres) de lineamientos o semi-virtualidades. Es la más considerada de las S.C.

Sub-Comisión Doctrinaria: que define y sitúa las doctrinas en relación a los Estatutos del Colegio, a los Gestos y Opiniones, a los Libros Pares. Se abstiene de todo lo que se parece a una "crítica literaria".

Sub-Comisión que Prolonga la Actividad de la Com. del Tercer Manifiesto: establece y presenta los plannings para el año próximo y reúne los elementos de la Circular anual para los Miembros del Cymbalum.

Sub-Comisión de las Formas y de las Gracias: trata a la vez de las reglas, formalidades, excepciones, dispensas, larguezas -y de las plásticas, ventajas, redondeces, estetismos, seducciones, cosquilleos de toda clase.

Sub-Comisión Cromológica: establece un repertorio de los colores, matices, razas, pertenencias políticas, modas, etc.; pone las mesas para la

elección de los papeles de las Publicaciones, etc.

Sub-Comisión de las Probabilidades: especializada en las operaciones de Lógica formal y aplicada, la interpretación de las estadísticas y encuestas, la utilización de la Ley de los Grandes Números. Unico organismo competente en algo que se parezca a las cuestiones llamadas morales (casuística y probabilismo) y microfísicas.

Sub-Comisión de las Usuras: calcula los intereses simples y compuestos (financieros o estéticos), bonificaciones, cuotas, ganancias comerciales o intelectuales, establece la tabla de los valores morales y espirituales en curso, registra las tasas totales o no -pero también se preocupa de los procesos de frotamientos, trituraciones, deterioros, vetusteces y del problema teórico de los nuevos empleos, cha-pucerías, reemplazos.

Sub-Comisión de las Revisiones: encargada de releer indefinidamente las colecciones de las Publicaciones del Colegio y del Cymbalum, para que efectivamente algunos goces en estas armonías existan y no estén limitados al imaginario puro -y, acceso-riamente, para descubrir allí las erratas y errores en estado irreparable. Accidentalmente procede cartesiana-mente a las verificaciones, relecturas, controles y examen de las desnudeces eventualmente destinadas a un uso público.

* Cuadro recapitulativo del *Cymbalum*, según el Dossier 7 del año 86 E.P.

1. Células autónomas que demandaban además de sus votos el Serenísimo Proveedor Sintáctico.

2. *Ipsi illi philosophi, etiam in his labelis quos de contemnanda gloria scribunt, nomen suum inscribunt, tu in eo ipso quo praedicationem nobilitatemque despiciunt, praedicari de se ac nominari vellent* (Cicerón, citado por Ammien-Marcellin).

Sub-Comisión de las Ciencias Inexactas: competente para todo lo que sea literaturas científicas (física, química, biología, cosmologías, psicología, sociología, etc.) que desembocan en consideraciones de conjunto y en teorías armoniosamente enciclopédicas.

Sub-Comisión de los lugares: encargada de la teoría: 1) de los Locales, de su búsqueda y de su mantenimiento, 2) de los retretes y otros, 3) de los lugares comunes, clichés, ideas generales.

Sub-Comisión de los días y de las Noches (crónica): que se reúne cada tres años para verificar la duración de los diferentes días solar, sideral, medio, etc. Asegura el control del Calendario Patafísico (recibe las atribuciones de la antigua Rota Astrológica Ordinaria, que había sucedido a la Rota Astrológica Extraordinaria, una vez el calendario constituido).

Departamento de los Imprevisibles

Sub-Comisión del Gran Extraordinario: su función ordinaria es recordar por todos los medios que no hay más que lo insólito [*insolite*] (es notable que la palabra "*solite*" no exista en francés, "la lengua más clara del mundo" dice un personaje del Brétrou) y que todo es imprevisible, sobre todo lo previsible; su función extraordinaria es especular sobre las realidades reputadas como imprevisibles después que se han producido y han asombrado a lo vulgar.

Sub-Comisión del Promptuario: establece los planes de aprovisionamientos de todo tipo (material, hallazgos, disposiciones, psicologías, escrituras) a fin de que el Cymbalum esté en condiciones de hacer frente todas las situaciones posibles y no sea desbordado por la extensión de los problemas.

Sub-Comisión de los Premios³ y Pronósticos Presupuestarios: considera el Privilegio que tienen los Miembros del Cymbalum de aportar una Phynanza a dicho Cymbalum y propone a la Serenísima Super-Comisión las justas medidas; trata de los Premios literarios, Nobel y de Virtud; es competente en las cuestiones de preciosidad y sus evoluciones inopinadas.

Sub-Comisión de los Espíritus: se ocupa de los vinos, licores, apariciones, alucinaciones, ectoplasmas, reencarnaciones, inmortalidades, Academias, Pompas Fúnebres, de cerveza, bombas aspirantes e impelentes; especializada en la teoría de los Bomberos.

Sub-Comisión del Acroto: se refiere a las colimaciones.

CF. infra, **Canones y Parangones** (Dep. 7)

Sub-Comisión de la Gloria y de las Protuberancias: organismo sociológico y médico, apto para diagnosticar el "mal" pero también para dar recetas astringentes o emolientes científicamente establecidas en conexión con la S.C. de las Soluciones Imaginarias y la S.C. de las Probabilidades. Trabajos repartidos entre diversas intermisiones permanentes:

A) Intermisión de las apoteosis: cuestiones de panegíricos, necrologías, canonizaciones, publicidades obsesivas, cambios de opinión...

B) Intermisión de las Bellas Artes y Feas-Artes: estudios doxos-cópicos

C) Intermisión de los Ornamentos: decorado, decoración, condecoraciones, cintas, florituras, rúbricas.

D) Intermisión de las Ideas: ministros gloriosos.

Sub-Comisión de las Incompetencias realizadoras: debe considerar los "grandes acontecimientos humanos" y los métodos para provocarlos y utilizarlos al servicio del Cymbalum y de la trefurgia de sus miembros.

Sub-Comisión de las Epifanías e Ithyfanías: recolecta y clasifica las Manifestaciones de lo Absoluto (que se producen en todas partes y no solamente en la gran y pequeña prensa); tratamientos del exhibicionismo; cuestiones de iluminación, de difusión de las luces, de civilización y de su historia.

Sub-Comisión de los Atentados: dos atribuciones esenciales: 1° información sobre las grandes realizaciones de todos los órdenes; 2° estudio de la utilización científica de la agresividad y de las facultades atentatorias.

Sub-Comisión de las Anomfalías: reúne la documentación sobre el problema del ombligo de Adán y Eva: tiene, en mecánica así como en sociometría, que conocer los movimientos excéntricos.

Sub-Comisión de Epipompas y Catananges: suertes y brebajes mágicos⁴.

Departamento de los Borradores y Minutas

Sub-Comisión Lalológica: competente en la confusión y profusión, las lenguas, lenguajes, dialectos, en las afabulaciones, confabulaciones, afabilidades y fabulocidades, en las definiciones, indefiniciones, subsunciones.

Sub-Comisión de la cantonada: teatro, dramaturgia, marionetas, representaciones, escena, escenarios, moralidades, reproche, tu me has visto-ismo.

Sub-Comisión de los Orfeones, cliques y clagues⁵: ruidos y música. Contrapunto, armonía, coral, gritos, vivas. (Teoría y aplicaciones.)

Sub-Comisión de las Paráfrasis: prepara los modos de amplificaciones, diluciones, profesiones de fe, etc. sobre cualquier tema o ausencia de tema, según los últimos métodos de

la Psicología Científica Experimental y Estadística. Baremos constantemente revisados.

Sub-Comisión de Paremiografía: registro, uso, creación de los proverbios, dicciones, meses históricos, apotegmas, fábulas-exprés, aforismos contrapédicos, etc.

Sub-Comisión de las Cercopsias y Plagios: prepara y controla la utilización racionalizada del material, y sus verosimilitudes.

Sub-Comisión de los Promulsidarios: especializada en los entremeses (doctrina y práctica).

Sub-Comisión de las Hipótesis y Pedestales: se ocupa de todo lo que concierne a las sustancias (inmateriales o materiales), las hipóstasis, las hipostemes, las suposiciones, los puntos de apoyo o puntos de aplicación, los posavasos, posafuentes, soportes, plumadas, tronos, asientos (santos, agujereados o no), posiciones sentadas o prohibidas, infraestructuras, bases, cimientos de toda calaña y naturaleza.

Sub-Comisión de las Glosas y Gnosis: alimenta las producciones: desde el momento en que se determina sus estructuras, hipótesis, plagios, ideas, diluciones, la S.C. vierte en ellas los saberes necesarios para que tengan densidad suficiente. (N.B.: Las producciones propiamente irreales sólo conciernen a la S.C. de las Soluciones Imaginarias).

Sub-Comisión de las Básculas y Pesillos: habilitada para "tomar medidas" y encargada más particularmente de la ponderación. Define los justos medios, dosificaciones, lastres, taras, contrapesos. Experimenta los equilibrios lábiles e ilábiles. A causa de estas atribuciones, se le reconocen competencias que conciernen a la técnica de las tomas de decisión, la conjuración de los azotes, la corrección de los defectos naturales, el

hermetismo de las linternas⁶, pero solamente en la medida en que estas operaciones son motivo de escritura. Cuenta con dos Intermisiones:

A) Intermisión de las Aproximaciones: que calcula las soluciones aproximadas y expresa su grado: trabajos importantes porque permiten expresar científicamente "excesos" y "defectos", nociones peligrosamente peyorativas y cualitativamente paramorales.

B) Intermisión del Umwertung: opera las inversiones de valores *ad libitum*.

Sub-Comisión de las Apostillas: anota, connota, circunnota, rige los añadidos, subtítulos, sobretítulos, presentaciones, sombreros, calvicies, leyendas, hagiografías breves, referencias históricas, acabados de imprimir, cabezados...

Sub-Comisión de los tipos: destinadas a la tipografía, a la apropiación de los caracteres, a la compaginación, con las condiciones psicológicas que ellas implican, conocimiento (y teoría) de los tipos de expresión, o de autor, de los caracteres y humores, de las originalidades, de la simbólica, de las impresiones y su interpretación, así como de la antropometría.

Departamento del Orden y del Tiempo

Sub-Comisión de lo Ordinario y del Pequeño Extraordinario: por oposición a la S.C. del Gran Extraordinario que postula la imprevisibilidad universal y procede según esta postulación, esta S.C. adquirirá su significación: observando que aun cuando lo previsible, según la interpretación antedicha, pueda ser considerado como imprevisible, esto no quiere decir que en calidad de previsible, pueda ser previsto, al menos en

cierta medida, si uno se atiene a su estricta definición: la S.C. admite que esta previsibilidad media (base, como se sabe, de muchos comportamientos animales y vegetales) deberá aplicarse a la regulación de las actividades del Cymbalum. Estas consideraciones simples bastan para hacer comprender por qué esta S.C. prevé muy banalmente las operaciones periódicas y disposiciones constantes en la organización (Empleo del Tiempo); y que ella se dedique a tener en cuenta esta media de imprevisto la que todo plan de futuro suficiente debe conceder un lugar congruente.

Sub-Comisión de los Interinatos, Paralajes y Sustituciones: endereza los roles de los reemplazos fortuitos o periódicos tanto para las obras como para los hombres y asegura así la continuidad de la Apariencia.

Sub-Comisión de los Sesgos: especializada en las soluciones oblicuas y el juego espejeante de los cambios de visita. Acumula las reservas de subterfugios y artificios.

Sub-Comisión de las Prórrogas/Dilaciones y de todas las diaméllesis: la Reorganización general del Colegio y el impulso que Su Magnificencia se había dignado a dar a sus actividades [86 E.P.] habían hecho juzgar que era prudente velar por un organismo que moderara lo que semejante elan pudiera tener de precipitado. Además, incluso en el estado actual del Colegio y del Cymbalum, es importante que se haga un estudio científico de los procesos dilatorios a fin de que sea posible una utilización conciente de ellos, en lugar de la penosa procrastinación involuntaria que uno adorna a veces inexactamente con el bello nombre de prórroga.

Sub-Comisión de las Perenciones: completa, acaba y, en un sentido, perfecciona el trabajo de la S.C. precedente. Están bajo su cuidado los dossiers de las proposiciones litera-

rias.

Sub-Comisión de los Estiajes: "el estiaje está marcado con un cero" (Littré)

Sub-Comisión de las Disparates I: cultiva y pone en evidencia los disparates que vienen mejor a título epifánico o trefúrgico (No confundir con la S.C. d. D.II, ver Dep. 7).

Sub-Comisión de los Dianyses (llamado también de los Trabajos a terminar): acaba, arregla, remienda, retoma, repeina, revoca, rellena, enlucé, resalta, etc. los trabajos no terminados, incluso los terminados. Secreto absoluto.

Sub-Comisión Lustratoria: organiza las limpiezas (por el vacío o por transferencia), lavados, desagüe directo, clisteres morales o estéticos, toilettes, reconciliaciones, baños mortales e inmortales, vaporizaciones, etc.

Sub-Comisión de las Pirámides y Poliedros: rige los cuadros jerárquicos, cronológicos, genealógicos, clasificativos, las colecciones, las reproducciones, las cristalizaciones (polimórficas, monomórficas, amorosas) las maneras de salvar las apariencias.

Sub-Comisión de las Homades (crónica): trabaja en las reuniones, agrupaciones, concursos de pueblo; describe sus condiciones, coordina sus consecuencias. Reúne los testimonios, escritos, protestas, aprobaciones.

De esta S.C. el Laboratorio Andrológico es la emanación ejecutiva.

Departamento de las Precedencias

Sub-Comisión de la Casa de Su Magnificencia: primera de las S.C.: de las Precedencias y de todas las S.C., esta asamblea asegura a Su Magnificencia los honores que le son debidos según los Estatutos y, de un modo más amplio, según las más altas conveniencias, en todo lo que concierne a Sus Relaciones con el Colegio, las escoltas, las conveniencias musicales, el mantenimiento del gonfalon de la OGG.

Actividad completamente ocultada hasta el año 2000

Sub-Comisión del Gran Exterior: considera las actividades del Cymbalum y de sus Miembros, en su conjunto y sus detalles, las inspira, las sostiene, las retoca si es preciso unicamente en nombre de la Apariencia Patafísica, que es la suprema realidad.

Sub-Comisión de las Diócesis: informa sobre las circunscripciones administrativas, las divisiones, las relaciones entre los Departamentos, tanto en lo que concierne a los Cuerpos, las Cátedras, el edificio comisional y sus dependencias, como a la Orden de la Gran Gidouille.

3. En francés *Prix*, premio o precio (N. de T.).

4. En el original *philtre* del griego *philtion*, de *phileîn*, amar. Se usa exclusivamente para referirse a brebajes mágicos que inspiran el amor u otras pasiones (N. de T.).

5. La palabra francesa *claque*, en español claque o clac, se refiere a un grupo de espectadores, en general pagos, encargados de aplaudir. La palabra *clique* no tiene una expresión equivalente en español, se refiere a una banda de trompetas y tambores de un regimiento o a una banda o pandilla. (N. de T.)

6. "Linternas de trébuchets", pero en sentido amplio, también linternas lumíferas y linterna en sentido rabelesiano.

Sub-Comisión de las Especies: se ocupa de las especificidades, propiedades inintercambiables, entelequias - pero también y necesariamente de su distinción y su escala, tanto para los individuos como para las cosas o ideas-, sin olvidar los problemas referentes a las precedencias phynancieras.

Sub-Comisión de los Emblemas: hace la teoría del emblema en general (a causa de esto es llamada a veces "S.C. de Cesar-Anticristo") y regula, en la práctica, el uso y la materialización de los emblemas.

Sub-Comisión de los Monumentos Ahistóricos e Históricos: trata sobre la precedencia patafísica monumental y literaria.

Sub-Comisión de los Onomónimos: estrictamente, su actividad se limita al estudio de las Palabras-Palabras (es decir, reducidas a su función puramente verbal) y a sus precedencias propias; pero ampliamente su competencia la lleva a conocer denominaciones y nomenclaturas patafísicas, y a controlar su aplicación.

A) Intermisión de las Desinencias: reguladora de la atribución de las desinencias a las partes del discurso y elaboradora de desinencias eufónicas según las necesidades del Cymbalum.

B) Intermisión de los Anagramas: examen crítico y teórico simbólico.

Sub-Comisión de las Interpretaciones: si bien es cierto que toda precedencia es interpretación, no es menos cierto que toda interpretación es una precedentificación, pues no se trata más que de hacer pasar un sentido antes que otro según una justificación patafísica consciente o inconsciente. Este es el objeto de las atenciones de esta capital S.C., que descubre y registra los procedimientos interpretatorios y evalúa su eficacia. Su dominio no invade el de la S.C. de las Soluciones Imaginarias: porque toda interpre-

tación aunque participe de alguna solución imaginaria, esto no es suficiente para que toda Solución Imaginaria se reduzca a una interpretación; y además, mientras que la S.C. de las Interpretaciones es analítica y técnica, la S.C. de las Soluciones Imaginarias es sintética, especulativa, creativa y, si podemos decirlo, "genial y genital".

A) Intermisión de las Traducciones y Traiciones: situada en la dependencia de la S.C. precedente de la cual emana, controla, provoca, limita las traducciones y acepta los males menores. Estas traducciones se hacen a partir de lenguajes extranjeros o extraños: las obras místicas, apocalípticas, swedenborgianas competen a esta I. tanto como los traslados del iroqués en gheez. Las traducciones en "Petit Pointu" competen a la S.C. de las Soluciones Imaginarias.

B) Intermisión de las Comodidades Imaginarias: especializada en el utilitarismo especulativo o mágico.

Sub-Comisión de las Equivalencias: determina en las precedencias los puntos de equilibrio por anulación. Por esta razón, conoce eminentemente críticas literarias o artísticas, matchs, competiciones, conflictos internacionales, economía política, agitaciones académicas y revolucionarias, reivindicaciones, en definitiva, publicidades.

Sub-Comisión de los Infinitesimales y Leptologías: indispensable en un Departamento de las Precedencias, donde la Tricotetatomía es requerida para un uso de todos los instantes en todos los dominios.

Sub-Comisión Matemática y de las Ciencias Exactas: sólo una Institución como el Cymbalum podía permitirse develar el verdadero objeto de estas Ciencias, presentado por la Civilización China: proporcionar un lenguaje de Formas y Esquemas para el conocimiento

y para la manipulación (tan delicada) de las Precedencias. Su meta y su espíritu, pervertido por una civilización poco evolucionada, son restituidos por la presente S.C., a fin de poder contribuir a los trabajos del Departamento.

Departamento de las Procesiones Transquinarias

Sub-Comisión del Papa Marcel: instrumento de una flexibilidad inigualable y de un polimorfismo estudiado, destinada a desempeñar en la vida de las S.C. una misión de una constancia y de una eficiencia sin igual: en efecto, a esta S.C. le corresponde sustituir a toda S.C. deficiente que se tiene por impedida, aportar a todas las otras S.C. auxilio material, intelectual, patafísico, energético, y, como decía espiritualmente uno de los más altos Dignatarios de la OGG, de "hacer los mandados?" de las S.C. En resumen, es la S.C. capaz de todo, aquella *per quam omnia facta sunt*.

Sub-Comisión de las Metástasis, Asunciones, Diadosis y Rotación^o: se limita al proceso transquinario elemental para determinar sus aplicaciones trans-transquinarias (por ejemplo desplazar un esplín de una fecha a otra, o una emoción tierna de una persona a otra, etc). De allí las aplicaciones más fecundas a los trabajos de las S.C. y a las disposiciones de los Sub-Comisarios. Asegura, en virtud del mismo proceso, los trasportes de equipajes, mudanzas, etc.

Sub-Comisión de las Implicaciones y Ataduras: este es su propósito: el método de la implicación universal, que es aplicada con tanto mecanismo científico por la Administración de los Quincunces, es también una ética (estar implicado en un asunto) y una estética (un cargamento bien encordelado), que tienen que ser de-

sarrolladas y completadas por una psicología y una praxis generalizada, para servir a todas las S.C. Problema de los empaquetamientos.

Sub-Comisión de los Avituallamientos y Arreglos: los primeros no siendo considerados sino como objetos y ocasión de los segundos, según la diatasa.

La importancia de los trabajos negativos exige dos Intermisiones:

A) Intermisión de las Resunciones (crónica): trabaja en todos los tipos de resunciones tanto en el material espiritual como en el material. Presupuestos y realizaciones.

B) Intermisión de las Evacuaciones (perm.): suscita las extravasaciones (emergencias, brotes conceptuales, afectivos organísticos, orgasmáticos, etc.), prevé las salidas de material, abandono de los lugares, vaciados de todo tipo.

Sub-Comisión del Pan con Cuernos: no duplica ni a la S.C. de los Emblemas ni a la de las Comodidades Imaginarias, como uno estaría tentado de creer en un examen superficial, sino que la alimentación de los silogismos y de las inferencias, munición, fermentos, enhornados, etc... son los problemas que competen a esta Sub-Comisión.

Intermisión de las Trufas^o: nasalidades, fragancias, palmo de narices y figuras con gestos.

Sub-Comisión del Nardígrafo: realizaciones de la Cocomisión de los P***S***, y otras.

Sub-Comisión de los Funiculares: Antigua Intermisión dependiente de la S.C. del Papa Marcel, promovida al rango de S.C. Todas las cuestiones de elevación y suspensión por el modo funicular (tracciones, ideales, grúas), aprovisionamientos de flauta¹⁰, instrumentos de cuerdas, lirismo, horca, salto, ballesta...

Sub-Comisión de los Tampones: su objeto ontológico es suficientemente analizado en la obra del Sátrapa Trascendente Queneau "Cuando el Espíritu". Determina accesoriamente la redacción y fabricación de los sellos.

Sub-Comisión de las Brochas: se ocupa de los arreglos y del mantenimiento de los locales sub-comisionales.

Sub-Comisión de las Mariposas¹¹: sección entomológica de los Asuntos Animales, erigida en S.C. a causa de sus actividades accesorias: etiquetas, calcomanías de pegar y, por extensión, afiches, prospectos, tarjetas postales...

Sub-Comisión de las Escoltas y Parapompas: cumple la tarea eminentemente quincuncial de poner en pie los cortejos, desfiles, acompañamientos (de escolta, contrapunto o armonía), teorías (largas o cortas, procesionales o ideológicas).

Departamento de las Elipsis, los Eclipses y las Anestias

Sub-Comisión Co-Doctrinaria: susceptible de ser consultada respecto de todas las dificultades, caso dudoso, operaciones sospechosas, sutilezas doctrinales, nomenclaturas defectuosas, rasgos incongruentes, etc. Es el simétrico negativo de la S.C. Doctrinaria del 1^{er} Departamento.

Sub-Comisión de los Impredicables y Epítetos: se ocupa de la calificación de los "incalificables" y les da soluciones prácticas; estudia también la teórica de este problema de impredicabilidad, eminentemente patafísico. Su competencia sobre la técnica de la "atribución", en la vida práctica, la hace consultar de forma más amplia sobre los epítetos, adjetivos, predicados.

Sub-Comisión de las Inadecuaciones: no hemos observado lo suficiente que esta S.C. no corresponde a una S.C. de

las adecuaciones, quiere decir que desde el punto de vista científico del Cymbalum, se habla más gustosamente de aproximaciones o de infinitesimales con todos los recursos de la glosa y de la interpretación; quiere decir también cuánto nos hemos equivocado creyendo que esta S.C. está destinada a la búsqueda de la Inadecuación, mientras que ella la observa, la describe, la mide como la forma primordial del pensamiento y de la expresión. Concebimos que su conocimiento muy preciso sea absolutamente necesario en tal departamento.

Sub-Comisión de los Cánones y parangones: sin relación con la S.C. de los Tipos, de donde surgen los tipos reales, provistos de una existencia, esta S.C. estudia los "tipos de tipos" o normas, perfecciones, paradigmas, ideales, absolutos. Analiza sus pretensiones; suputa las relatividades de estos absolutos. En una palabra los trata desde un punto de vista patafísico. Y, así, está en condiciones de suministrar preciosas referencias a la C^{on} de las Elipsis, Eclipses y Anestias, e incluso de evitar sus errores de la absolutez.

Pues la absolutez, para el Cymbalum, es únicamente patafísica y determina, de manera muy patafísica y únicamente patafísica, sus metas: es el Acroto.

Dos importantes Intermisiones dependen de esta S.C.:

A) Intermisión del Perímetro: circunscribe los problemas y especula sobre estas operaciones de circunscripción; destinada a la preparación de tours al horizonte, etc.

B) Intermisión del Mejoramiento de los Promedios: documenta sobre todo lo que concierne a los rendimientos, porcentajes, aceleración y economía.

Sub-Comisión de las Paronomias: sus investigaciones tratan sobre la

patafísica de la ilegalidad y de las ilegalidades. Define las faltas a los estatutos del Colegio, y a los Estatutos, Constituciones y Consuetudinario de la OGG.

Sub-Comisión de las Moralidades sobreentendidas: rastrea las afirmaciones morales y juicios de valor disimulados o implicados anti-científicamente en los análisis o especulaciones que se pretenden patafísicos.

Sub-Comisión de los Disparates II: a la inversa de la S.C. de los Disparates I (cf Dep. 4), censa y clasifica los Disparates susceptibles de frenar o trabar las procesiones y empresas del Cymbalum. Su competencia es ilimitada. Pero no tiene ningún poder cohibitivo. Informa a la C^{on} de las Elipsis, que, a su vez, transmite, si es conveniente, a la Administración de los Quincunces.

Sub-Comisión del Anacronismo y del Color Local: la tarea de esta S.C. es particularmente delicada: es com-

petente en el Anacronismo y en el Color Local, siendo ambos igualmente propios de las operaciones patafísicas; ambos igualmente considerados como marcas puramente patafísicas. Promueve la consideración patafísica de la Historia, única aceptable para el Cymbalum -no por ello las otras maneras de considerar a la Historia dejan de ser patafísicas (aunque involuntariamente).

Sub-Comisión de las Utilidades y Alistamientos: organismo de advertencia y de la puesta en guardia

Sub-Comisión de las Parálisis y Anestias: inquiere, con toda la discreción requerida, sobre las insuficiencias reales, imaginarias, permanentes, crónicas, próximas a la fisiología, a la psicología, sociologías, dietética... Sus conclusiones son puramente especulativas, aunque susceptibles de informar a la C^{on} de las Elipsis, Eclipses y Anestias.

7. En francés "faire les commissions". (N. de T.)

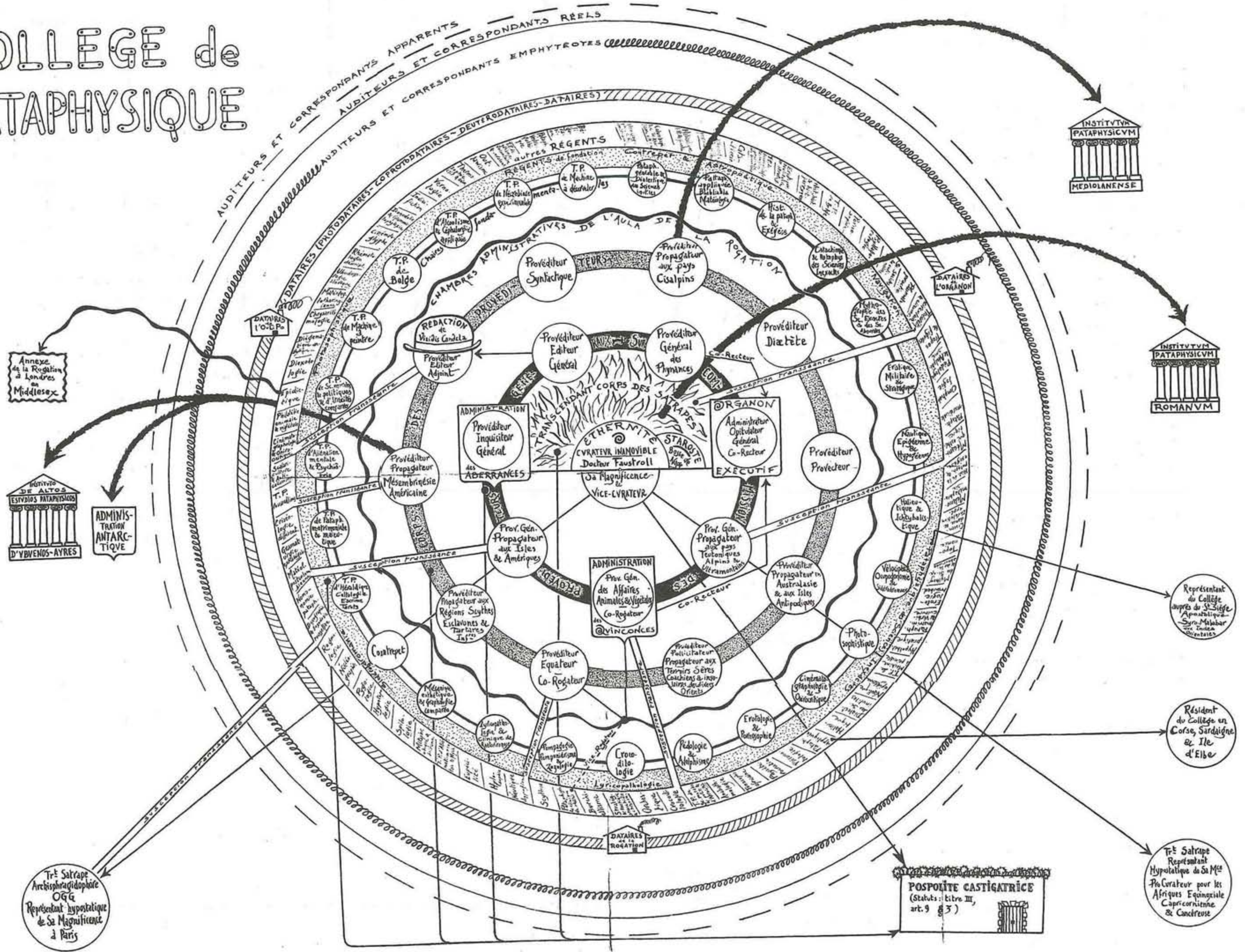
8. La palabra francesa *assolement* se usa estrictamente en agricultura para referirse a la técnica de rotación de cultivos. (N. de T.)

9. El término *Truffe* se refiere a la trufa (champiñón); también se usa para designar una nariz grande (naso, napia, etc.). (N. de T.)

10. *Ficelle*, barra de pan fina correspondiente a la mitad de la baguette (pan flauta). Asimismo significa cuerda fina o cordel. (N. de T.)

11. *Papillon*, mariposa y, también, pequeña hoja de papel que contiene un aviso, y en particular una infracción. (N. de T.)

COLLEGE de PATAPHYSIQUE



NOTA:

Dos sub-Comisiones nacieron posteriormente a la gran reorganización de 86:
 ● El Otrar de la Literatura Potencial (OLiPo), integrada por las Sub-Comisiones del Colegio de Patafísica por su Magnificencia el Vice-Curador Baron, el 22 arena del 88, elevado al rango de Co-Comisión por decisión de Su Magnificencia Opach, el 20 de gidouille del 93 (vulg. 4 de julio de 1966);

● El Otrar de Literatura Policial Potencial (OLiPoPo), nacido el 20 de falo del 100 (vulg. 2 de septiembre de 1973). La S.C. del OLiPoPo no tiene ningún vínculo jerárquico o estructural con la CO del OLiPo. Pero las intersecciones son evidentes tanto en el plano de los métodos como en el plano personal.

Artefacto

SANTORAL PATAFISICO



TRADUCIDO POR FLORENCIA ABBATE
(«SAN WENCESLAO»)
Y MARGARITA MARTÍNEZ («SAN LUCIANO DE SAMOSATA»
Y «SANTA VARIA-MIRIAM»).

San Luciano de Samosata, Viajero

San Luciano nació en Samosata, en Comagena, provincia de Siria, hacia el año 1750 antes de la Era Patafísica. Se repite que después de un aprendizaje de la escultura que duró justo el tiempo necesario para saber romper el mármol, frecuentó Atenas, Roma, las Galias, Asia Menor, ejerciendo la fructuosa profesión de *rethor*, luego de lo cual ocupó uno de los altos cargos de la administración de Egipto, y murió octogenario. Es por demás curioso observar que los historiadores apelan a su presunta seriedad al establecer esta biografía a partir de detalles dispersos en los escritos del santo, que son obras de pompa o de fantasía.

Para ambientar esta vida tan poco conocida, el patafísico dispone, él, de un documento olvidado por los historiadores y que el Calendario Real, al calificar al santo de «viajero», lo incita a explorar. Fuente perfecta y patafísicamente segura, ya que se trata del relato del viaje titulado expresamente *Historia verdadera*.

A diferencia de Heródoto, Ctésias, Jámbulo, Antonio Diógenes y otros Amometos (caros a Jarry), todos autores de relatos apócrifos por los cuales solicitan al menos la adhesión del lector¹, el santo sólo cuenta la verdad verdadera (patafísica) pretendiendo lo contrario: «Escribo aquí unas aventuras que no me ocurrieron en lo más mínimo, de las que nunca fui testigo ni otros me las han revelado en modo alguno. Hablo de cosas que no tuvieron jamás existencia y no hubieran podido tenerla, y exhorto a aquellos que me leerán a no darles crédito».

En testimonio de lo cual podemos afirmar que en fecha no precisada, el santo se embarcó hacia las Columnas de Hércules con cincuenta compañeros y navegó durante ochenta días sobre el Océano Oriental. Llegó entonces a una isla que llamaremos la Isla de las Huellas, porque pudo allí venerar a aquellas eminentes religiones patafísicas que eran, en un peñón, la huella del pie de Hércules y del de Dionisios.

Luego, ocurrió el llamado desde el aire y el viaje hacia los Estados de la Luna y del Sol, donde San Cirano de Bergerac habría de dirigirse él también más tarde. En la Luna, donde sabemos que tomó parte en un combate contra las tropas del Sol, San Luciano tuvo la prueba de que los Selenitas eran más avanzados que los terrícolas, ya que entre otros perfeccionamientos, habían descubierto el ojo amovible, que se mete en el bolsillo después de usarse, y la reproducción sin mujeres hembras (a partir de gordura de pantorillas). Fue en la Luna también

que vió (mucho tiempo antes que Borges) un aleph: «un gran espejo suspendido sobre un pozo poco profundo; descendiendo en el pozo, se escuchaba todo lo que se decía sobre la Tierra, y mirando en el espejo, se veían todas las ciudades y todos los pueblos como si entre ellos se estuviera».

Luego de una breve estadía en el país de Lanternois y un pasaje frente a Nefelococcygia, la ciudad de los Pájaros, el santo, gracias al don de la caída de un viento, volvió a alcanzar el nivel del mar. Pero fue para ser englutido con su barco y compañeros por una Ballena, morada de pueblos feroces.

Vivió allí al menos un año, ocho meses y cinco días antes que la estadía se volviera insostenible, y todavía un tiempo indeterminado antes de lograr escapar. Conoció entonces el Mar de Hielo, el de Leche, con la isla de Queso, luego Lieja (no la belga, sino el tapón²), y la Isla de los Bienaventurados donde cada cual, como el Doctor Faustroll, conserva su edad toda la vida. Fue aquí que luego de un combate de Muertos contra otros Muertos, Homero compuso un poema inédito y se lo ofreció. Este poema fue depositado en la Biblioteca del Colegio hasta el año 2.000.

El santo visitó entonces diversas islas, entre ellas la de los Sueños, que huye a medida que uno se aproxima; navegó no sobre tierra firme sino sobre un bosque, en virtud de un verso de Antímaco; en la isla de Cabalusa o de la Degradación, encontró a las temibles mujeres Onosceles o Patas de Asno, de las que se apresuró a huir, como debía hacer el Doctor Faustroll ante la Isla de Her; alcanzó por fin la tierra de las Antípodas, desde la cual su regreso queda a cuenta de nuestro puro conocimiento patafísico.

Este regreso, en efecto, está narrado, según la propia afirmación del santo, «en los libros que siguen» al segundo libro de *Historia Verdadera*, que no abarca más que dos volúmenes. Libros suplementarios, entonces, y depositados en nuestra Biblioteca.

Lección:

Indescifrable para el estimable prologuista pero no para el patafísico, que reconoce en ese panfleto subrepticamente no combativo, y por consiguiente ineficaz, pero tanto más eficaz en otro sentido, la acrobacia y el emprendimiento superior de un maestro, San Luciano posee, al igual que su futuro discípulo Buenaventura de Periers, el arte rarísimo de evacuar las mitologías sin reemplazarlas por otras. Entre los filósofos que tienen que 'vender', hace figura de escéptico, y tan vendido como los demás, pero siendo el último, corona la hornada.

Toda la obra de San Luciano abunda así en 'íntimas anaplerosis' como le gusta decir al Serenísimo Proveedor-Provector. No se encuentra quizás otro ejemplo más neto que en el *Júpiter Trágico*. Dos filósofos se enfrentan en Atenas a partir de este trágico y patafísico problema: la existencia de los dioses y su providencia. El primero batalla a favor, y es un imbecil. El segundo en contra, y desmenuza riendo los argumentos de su adversario. Victoria aplastante, en apariencia, del polemista ateo. Con la salvedad de que toda la contienda fue seguida de cerca por los dioses. Y Mercurio concluye: "¿Es tan gran desventura que algunos hombres se vayan convencidos por Damis (el ateo)? Siempre habrá bastantes otros que pensarán lo contrario."

San Wenceslao, Duque

Legado al mundo el año 907, duque de Bohemia y mártir, San Wenceslao era hijo de Vratislao, el mismísimo duque de Bohemia, y de Dragomira. Si su herencia de lado paterno lo predisponía a la santidad (su abuela Ludmila era santa), no ocurría lo mismo del lado materno: Dragomira, su madre, resultaba a todas luces una impía. Todos los

cromosomas cristianos hallaron refugio en Wenceslao. Coleslao, su hermano, optó en cambio por la izquierda del Señor: fue irreligioso como su madre.

Los modernos interpretan esta oposición entre un clan pagano y uno cristiano en términos de política extranjera, como una pugna entre germanófilos y germanofóbicos. Dragomira y Boleslao serían nacionalistas más que anti-cristianos: ancestros espirituales de los anti-muniqueses y de los mentores de la Primavera de Praga. En cuanto a Wenceslao, adoptando la Kultur del más fuerte, frecuentaba la escuela latina de Budec.

Hacia el año 927 Santa Ludmila, retirada a Tétin (sic), fue estrangulada por órdenes de Dragomira y Bolestao. Wenceslao, deseoso de evitar cualquier escándalo, jamás persiguió a los criminales. Poco después Radislao, empujado por la infame Dragomira, intenta invadir la Bohemia. Y Wenceslao, preocupado por salvaguardar vidas humanas, le propone a Radislao un combate personal. Éste acepta y al comenzar el combate percibe enseguida dos ángeles ubicados a los costados de su adversario, Radislao se ve entonces invitado a demandarle la paz.

Tiempo después, Wenceslao se dedica a la devoción y a las bellas artes. En la Dieta de Worms, el emperador Othon le dona un miembro de San Vito (re sic) a Wenceslao; y éste, para resguardar la reliquia, manda construir una iglesia en el medio de Praga. Más tarde hace transferir el cuerpo de Santa Ludmila a otra iglesia de Praga, la iglesia de San Jorge. Sin embargo Dragomira permanece aún en escena, y continúa teniendo la intención de deshacerse de su hijo el duque.

1. Sólo las mulas y los imbeciles adhieren (Paul Valéry)
2. Liège, en francés, además de ser el nombre de la ciudad (Lieja) significa corcho. (N. de T.)

Boleslao, que acaba de ser padre, invita a Wenceslao a festejar el feliz acontecimiento. Wenceslao es fastuosamente recibido pero, durante la noche, cuando empujado por su habitual insomnio se levanta para ir a rezar a la iglesia, cae herido de muerte a golpes de lanza por Boleslao, el 21 de absoluto del año 938. Othon vengará la muerte de su aliado, cuyo cuerpo se conserva en la iglesia San Vito de Praga. Por último, Dragomira perece miserablemente.

Wenceslao por su parte se benefició con una canonización; pero no fue canonizado según el proceso habitual sino mediante la confirmación de un culto inmemorial. El 26 de Julio de 1670, Clemente X organiza un oficio religioso *ad libitum* en su honor en toda la Iglesia. El 14 de marzo de 1729, Benito XIII termina con la canonización equipolente imponiendo el oficio *de praecepto* a todos aquellos que reciten el breviario.

Es necesario agregar, volviendo a la política, que Wenceslao rechazó el título de Rey que el Emperador le había conferido, y permaneció con el modesto epíteto de Duque, aun cuando el Emperador haya insistido en llamarlo Rey en sus cartas.

Lección:

Dado que el Calendario Patafísico se refiere a San Wenceslao con el epíteto de Duque, no pueden existir ambigüedades. Se trata aquí del Santo de la Iglesia Romana y no del Rey de Polonia. Pero, por cierto, ¿qué rey de Polonia?

Santa Varia-Miriam Anfibia

En el patronato del 23 absoluto del Calendario Patafísico figura «santa» y no «santas». Miriam no es la gemela de Varia, es Varia: anfibia, doble vida.

Varia, la señora de Joseb, amante del Señor Dios, es alta, morena (su cabellera es negra hasta alcanzar el violeta obispo) y poco peluda (presenta ausencia rigurosa de bigote y axilas que se cierran con pequeñísimos pelos). Pestañas negroazuladas encuadran sus ojos oscuros.

Miriam, la mujer del Señor Dios, es rubia, más joven que Varia: 15 contra 25 años. La diferencia puede invertirse: Emmanuel Dios, en su confesión de silencio, explica que Dios al no haber tenido infancia en la treintena, obligó a sus contemporáneos a envejecer «sus años menos esta gran dislocación; María madre de Dios tiene veinte años menos, al pie de la cruz, que María madre del Hijo del Hombre cuando llega a la edad profetizada». Y entonces, si Varia no es tan joven, «es menos vieja también». Y Miriam tiene quizás 72.000 o 714.000 años.

Varia se transforma en Miriam como una oruga en mariposa. Sujetada por el índice de Dios entre sus dos cejas, se despierta de su vida de sueño a su vida de etiqueta, y se da luz a ella misma en la señora de Joseb.

Miriam es la mirra, y la mirra es lo Amargo; es también la muerte. Sin juego de palabras, es también la Madre, al igual que la Muerte -la madre amarga, y no nutricia (o de una manera totalmente diferente). Miriam es Varia, «la que miente», la que miente en el sentido de la voluntad de Emmanuel y «registra la verdad que improvisa». «Es, a su manera, la Verdad absoluta». Es menos «la que miente» que «la que varía».

Miriam es (explícitamente) Yocasta, es Medea, Scherezada (pero también el Viejo del mar), es Melusina; es por supuesto la virgen; es también implícitamente Eva, ya que sale de la costilla del Notario, el Hombre Universal, el nuevo Adán; Miriam es Galatea, y podría agregarse Mesalina, siempre virgen, anfibia... pero también única, ya que -seamos agudos, los clichés son la armadura de *El Amor Absoluto*, como sus 32 posiciones- Miriam es el Eterno Femenino. Lo que nos permitirá extraer una moral de la confrontación de todas estas palabras; y la tomaremos de esos lugares comunes por excelencia, Sabiduría de las Naciones:

Lección:

Seguido la mujer varía
Bien loco está quien de ella se fía



HORACIO GONZÁLEZ

Para un nirvana de los objetos

Macedonio Fernández entre
la patafísica y el marxismo

En Macedonio Fernández los objetos están para hacer reír. Ocupan un lugar inseguro, son un sustituto de la nada. En su vida “a préstamo”, no consiguen explicar su estadía en el mundo. ¿Por qué serían mejor que la nada? Sin embargo, porque hay una astucia de la nada, la nada los necesita. *Es una nada astuta.*

La nada sabe que recortada en la nulidad que ella encarna, sobre la imposibilidad de sentir o experimentar una ausencia tan solo sospechada y que configura un saber de lo nunca sabido, se presenta la vida del objeto. El objeto comienza su existir a partir de todo lo que necesariamente anula, en lo que aparecerá entonces como una existencia cómica. Así, la nada es también la mudez ineluctable sobre la que los objetos se perfilan, es lo que ellos han *perdido* de seriedad esencial para surgir al mundo.

La comicidad de los objetos suele presentarse, como si dijéramos, en una doble perspectiva. Y en ambas la risa que provocan es el único conocimiento digno de ellos. En primer lugar, hay risa porque los objetos no son humanos. De allí la tendencia a humanizarlos, a hacerlos participar del orbe que se manifiesta en el *hacer* de los hombres. En ese esfuerzo, surge el ridículo, la situación absurda y burlona que es la esencia misma de ese intento extraordinario: inspirar lo objetivo en lo subjetivo, para que los objetos sean consentidos.

En la otra perspectiva hay risa porque los objetos *nunca* serán humanos. Y en esa discontinuidad irremediable, radica la nerviosa comprobación de aquél que ríe, satisfecho porque su condición de sujeto ridente nunca será alcanzada por las cosas hundidas en su esencial severidad. De ahí que en esta situación, las cosas *solo pueden criticarse*. De la crítica, surgirá preferirlas no como abstracciones llamadas mercancías, sino como nobles existencias destinadas a tener “valor de uso”. Pero, de un modo u otro, ser objeto es irrisorio para la mirada humana. En los trechos que corresponden al *Bobo de Buenos Aires*, publicados por Macedonio Fernández en los conocidos *Papeles de Recienvenido*, se nota esta inclinación hacia la elaboración cómica del mundo de los objetos. ¿Patafísica? Lo parece, por su compromiso con cada objeto particular, a fin de librarlo de su destino inexorable y fúnebre. Por eso, el intento macedoniano supone declarar la soberanía de cada partícula del cosmos arrojada a una existencia particular, que por más que busca crecer para “hacerse cosmos”, conseguirá mostrar que “los objetos piensan” y que “las mesas van solas al mercado”. Es una

inversión de la denunciada cosificación de la vida del homo faber, pero que cumple con iguales significaciones críticas. Un incógnito puente patafísico podría entonces unir la crítica marxista a los objetos-mercancía con la comicidad crítica sobre los objetos que invisten (o asumen, o expropian) la trascendencia del vínculo social.

El “bobo” es precisamente quién más puede percibir la incongruencia de los objetos, porque su candor puede pasar por alto los oscuros lazos de causalidad que lo integran al mundo. Por eso es bobo, porque redundante con la realidad al hacer la pregunta indebida, aquella que ya está contestada o no puede contestarse bajo pena de desarmar lo evidente de toda evidencia. El bobo nota la extrañeza del mundo que para serlo disfraza de normalidad la anomalía. Si se hace la pregunta prohibida, no es porque se tengan agudas dotes de investigador sino porque lo que llama la atención en la realidad es precisamente lo que a ésta la hace esencialmente aceptada, *ya dada*.

De este modo, el bobo devela lo absurdo del mundo, pero lo hace involuntariamente y creando fastidio en los demás, pues para vivir a contento se precisa inhibir la percepción de que lo cotidiano o lo técnico es injusto, está mal ensamblado o es producto de un albur desafortunado. El bobo produce la observación correcta dentro

de una situación incorrecta. Sabemos que cuando se menta la expresión "es el hombre cierto en la situación cierta", se está frente a un gran pensamiento -aunque obvio- de la filosofía pragmatista, pero en verdad esa frase es dicha para notar que tal cosa no ocurre a menudo, ni para ser francos, nunca. ¿Quiérese más absurdo que el de ver la coincidencia regia y terminante entre las destrezas de un hombre y las necesidades predeterminadas de un momento o una situación? Más bien, esa sentencia actúa por contraste, para hacernos ver cuán impropias, bruscas o desacertadas son las relaciones entre hombre y situación.

Y así, el bobo no es más que una emergencia de todo lo que se percibe por el envés de esa frase: *es el hombre incierto en una situación titubeante*, pero no lo sabe, pues cree que viene a restituirle la lógica a la realidad sin saber que si tal cosa ocurriera, la realidad -profundamente ilógica para poderse constituir- se disgregaría. Macedonio Fernández ataca a los "gramáticos", pero el *oficio del candor* que recomienda para emancipar la realidad de su irreflexiva coherencia -lo que implica su vínculo remoto con la metafísica- corresponde en realidad a una gramática esencial, que es la del inocente que ve el mundo con ojos limpios, primerizos, no condicionados por los implícitos velados que se amasan en todo diario del vivir.

Mientras el candor destruye la concordancia general de objetos y sujetos, pues retoma el sentido desde la desatención de la concomitancia *causa-efecto*, la sorpresa por el *mundo-ya-dado* nos enloquece o frente a ella somos bobos, pues preguntamos como niños el porqué de la existencia lógica del mundo, sospechándola completamente disparatada, mientras la vida es al fin de cuentas un *porqué* que siempre nos exime de presupuestos. Vivir es aceptar que se expurgue esa pregunta que desarticula el modo en que se relacionan "para siempre" los hechos.

"Señor, vea que se le moja el paraguas", dice el Bobo un día de lluvia. "Señor, se le está quemando el tabaco en la punta del cigarrillo y echándose mucho humo en la cara", le advierte a los fumadores callejeros. Tales avisos implican un trastocamiento insoportable de lo normal, y se hallan ostensiblemente a contramano de lo que podríamos denominar "la sensatez de los hechos". Pero los hechos son eficaces solo si son evidentes pero a la vez indemostrables. El bobo desea demostrar que si hay utilidad en los objetos, no es sino a costa de provocar molestias metafísicas que no son menos existentes por ser absurdas, inesperadas o impensables. El paraguas resguarda de la lluvia pero en una clandestina dimensión metafísica provoca la molestia de que, en tanto paraguas, se moja. El cigarrillo es elegido para el placer de fumar, pero acarrea la contrariedad metafísica de "quemar tabaco y llenar de humo la cara". El idiota, al llamar la atención sobre la identidad insensata de los objetos, indica lo que les *falta de verdad* en una historia, pero deja en pie su *utilidad verdadera* gracias a que delata las discordancias de su también auténtica y etérea *inutilidad*.

El Bobo es el Bobo de *Buenos Aires*: su acción que desarma la trama cotidiana con el transparente candor, ocurre entre objetos, utensilios y entes de la ciudad. (La "metafísica" macedoniana es de lo más adecuada para relevar situaciones, nombres y ocurrencias perfectamente *históricas* de la Buenos Aires que le es contemporánea). Veamos el episodio en el tranvía -vehículos siempre presentes en la cosmología municipal de Macedonio- en el cual el Bobo declara con su primera persona: "*acudí en socorro del culto viajero en momentos en que el guarda le quería obligar a comprar ese trocito de literatura que sacan de la maquineta e imponen a cambio de 10 centavos. El guarda hizo lo que no se le ocurre a nuestros autores que se quejan de poca venta: consiguió un*

vigilante y sin convidarlo con nada obtuvo que opinara a favor de la instrucción pública obligatoria". La interrupción de un gesto habitual en la urbe, la compra de un pasaje como acto automáticamente implícito para subir al tranvía, es visto como una rareza o una coacción. Oficioso aguafiestas de toda relación, comedido cancerbero de la corrección ideal -cual quijotesco creador de ilusiones y devaneos engañosos- el Bobo confunde los actos comunes con odiosos actos de fuerza, por lo que se dedicará a la trivialidad de traducirlos oníricamente en una ilusión de salvataje e hidalguía, delante de "molinos de viento" que en su consentida nimiedad encarnan amenazas para las almas libres.

Luchador de la libertad, el Bobo equivoca su lucha pues olvida que lo que parecen inconvenientes, errores u obligaciones, son hechos perfectamente esenciales a la mecánica del vivir, asumidos no como si fueran coercitivos, sino como trámites, sucesos o acontecimientos necesarios. Pero para el *Bobo* -figura construida en paralelo a la de *Recienvenido*- se trata de clasificar la realidad a partir de la Nada: se ofrece entonces una investigación sobre todos aquellos objetos, frases, entes y cosas "a cuyo funcionar o existir precede una expectativa incrédula". Macedonio Fernández denomina a estos eventos los "a-que-no". Alude a lo que toda cosa carga como un halo de *nadas* que la rodea: se trata de la previsión de su fracaso, que siempre viene a la mente cuando estamos ante "objetos irrompibles, lapiceras automáticas, encendedores a nafta, sacamanchas, paracaídas, seguros de revólveres, ascensores, tónicos para calvicie..."

Y así, clasificar las cosas por la arista de su nada, lleva en realidad a una impotencia de la clasificación, que sin embargo se mantiene aboliendo en sí misma las notas que le serían características -¿no se clasifica por imperio del orden, de la distribución

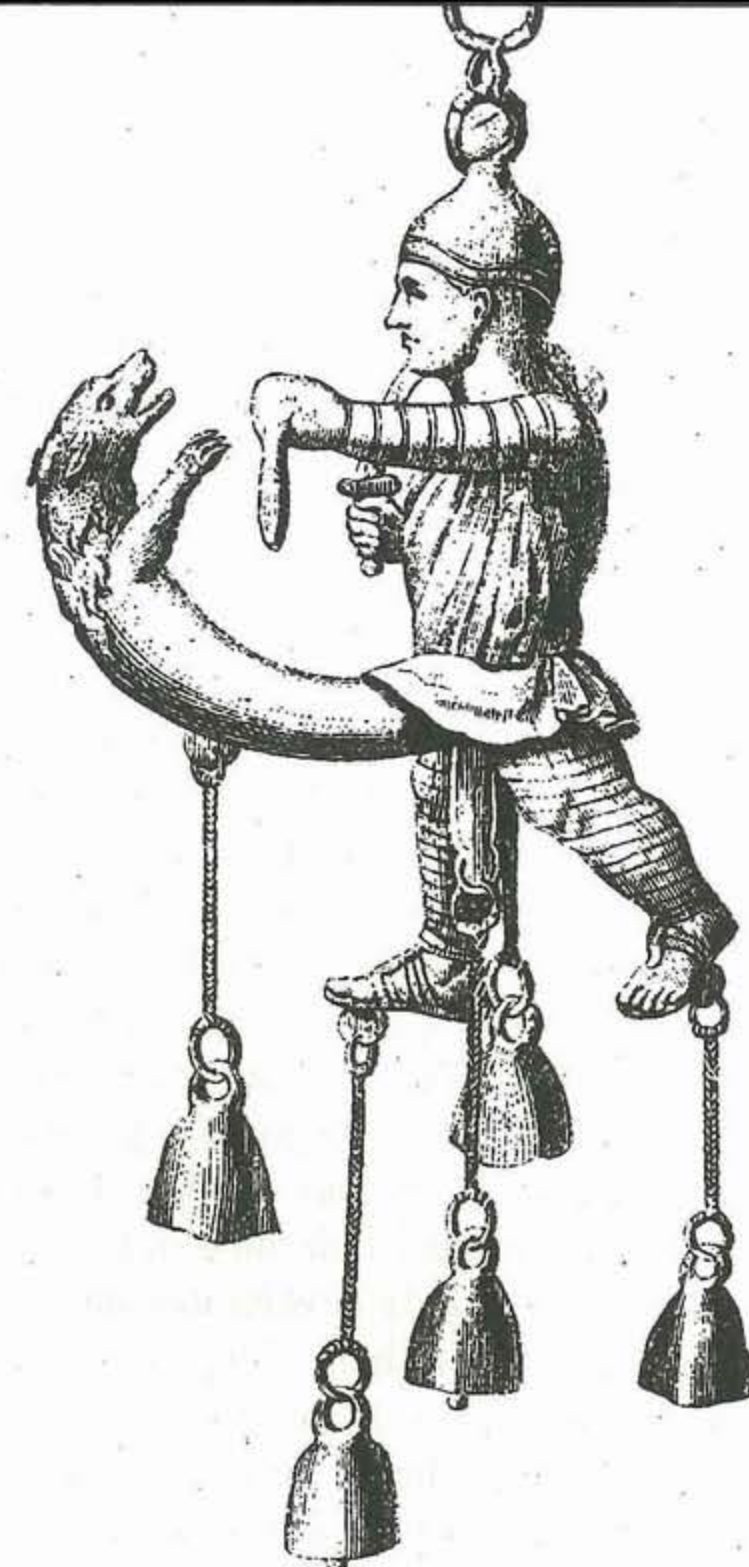
pensable y operable del mundo?- para adquirir otras que destruyen en el acto de solicitarla, la propia idea de clasificación. Cúspide la experiencia macedónica, *la clasificación que no clasifica* cierra para los objetos la virtualidad de su presencia irónica en el mundo. Entonces, aparecerán como actos de esa clasificación, "las cosas en que nadie cree" (que los japoneses comen arroz con escarbadientes); "las cosas que nadie sabe y se pueden saber" (si el whisky es de alpiste), "las abundantes cosas que no hay" (pejerrey sin espinas, renunciadas indeclinables) así como "los casos del 'no-es'" (el unto sin sal), que restan al objeto algo que les pertenecería y del cual se puede privar para definirlo justamente, de un modo más apropiado en su privación.

Esto introduce el problema esencial de la lógica del absurdo de privar a las cosas de muchas otras dimensiones que igualmente serían "restas" admisibles, y principalmente necesarias para definir las solamente por la nota de la que carece. El "unto sin sal" sería entonces la introducción en el mundo de un objeto que igualmente podría carecer de otros elementos, de modo que se aludiría a él como *sin zapatos, sin bigotes, sin feldespatos o manganeso*, palabras que el escritor menciona por ser en sí mismas bufas o chistosas, como *antonomasia, indescifrable, Cayetano o inenarrable*. Macedonio lleva todo a la extenuación de sus posibilidades, con un humor abismal, de barril sin fondo, mostrando la mecánica risueña del mundo en la cual una sola pieza que se desajusta, exhibiendo su fantástico capricho, arrastra consigo -y define- al conjunto mundano de las cosas y la vida. Las palabras mismas se tornan cosas, y si bien la desarticulación puede comenzar con las más trabajosas o enrarecidas -como *feldespatos*- sabemos que la espoleta ha sido accionada y ya no se detendrá ante nada. Ese es el filosofar macedónico, vecino si se quiere a la patafísica: cosas y palabras están siempre al borde de ser

declaradas incongruentes, artificiales y desubicadas. Recuperaran su autonomía en un acto de humor trascendental, y van solas por el mundo, despojadas de todo vínculo con la física, la naturaleza, el lenguaje y la vida cotidiana. ¡Así, cómo no se iba a revelar la formidable crítica "animista" que esto implica a la forma en que la cultura "desanima" al mundo para hacerlo soportable!

Macedonio Fernández -en otra intervención del *Bobo de Buenos Aires*, lo cual sería el mismo, en aquella ciudad con tranvías hoy irremediadamente perdida- parte del ensueño de un país donde se está de vuelta de todos los inventos: la gente vuelve al brasero de carbón, a la cuerda con campana y llamador en lugar de campanilla eléctrica y el termo es reemplazado por la botella de barro envuelta en trapos. Otra vez, los objetos son implicancias del trámite irremisible del vivir diario, pero el anonadamiento que allí se les infringe con "la ciencia de lo particular errátil" revela no que en sí mismos son descabellados, sino que han dado un paso en falso al hacerse más "modernos". Pero no se prefiere lo antiguo sin más, sino el paso anterior en el que esos objetos se hallaban antes de su salto técnico más reciente. Ironía sobre la técnica que no la niega sino que la pone ante la serie de realizaciones anteriores, como si le exigiera apenas que sea lenta, que se demore mucho más en cada etapa o eslabón alcanzado. Pero así, bien lo sabemos, la técnica no se instalaría, pues vive de la inestabilidad, la no-demora, la plenitud de su fugacidad en cada lugar alcanzado.

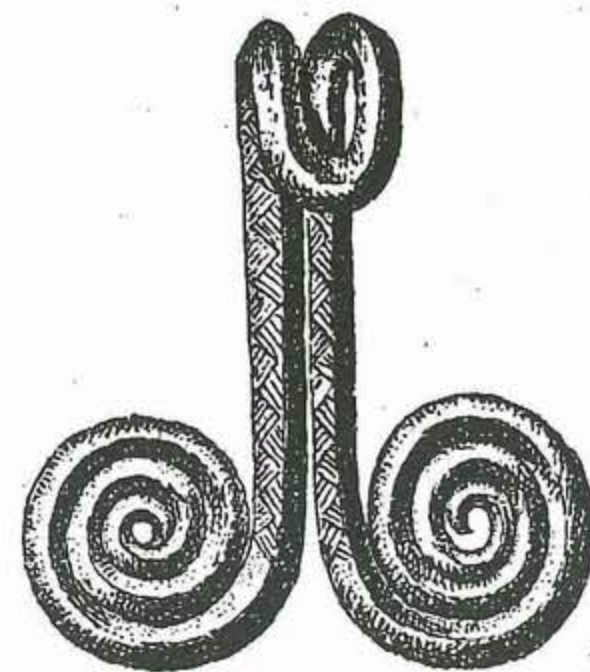
Un artículo del *Bobo de Buenos Aires* publicado en la revista *Orígenes* -corría el año 1948, debe ser de los últimos escritos de Macedonio, tan solo en la cubana revista de Lezama Lima- nos habla de la idea de huelga de sucesos, esencial para el "patafísico" desamarrarse de los significados que engastan las cosas, y nos muestra a un



personaje que está sentado en un sillón de una oficina, retira la percha del sombrero, introduce ambos brazos en las mangas del sombrero, da cuerda al almanaque, arranca la hojita del día al reloj, echa carbón en la heladera, aumenta el hielo de la estufa y ve un tranvía que pasa lentamente dando un salto hacia la vereda, con lo que cae cómodamente sentado en su mismo buen sillón de escritorio. En este relato donde objetos y movimientos están estallados en sus funciones, también la situación se construye con un espejismo que no deja saber en la escritura qué articulación espacial, temporal o de sentido retiene al personaje. En verdad, la "huelga de sucesos" parece no tanto una omisión del ocurrir, sino una serie de ocurrencias que dislocan lo que cada cosa mundana y cada sujeto perceptivo origina a su alrededor como un aura previsible de indentidades.

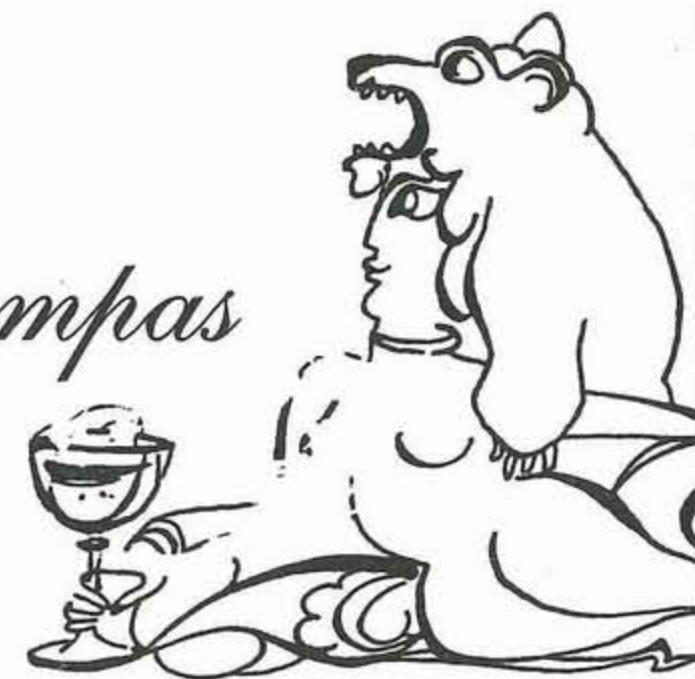
Este espejismo escrito admite varias perspectivas visuales para definir cada cosa, y también el arvesamiento de las funciones de utilidad de las cosas, que adquieren rasgos que pertenecen a otras. El enloquecimiento del mundo que así ocurre, no nos deja sin sucesos, sino con sucesos que develan la extrañeza del vivir allí donde el vivir desearía verse en perfecta relación con una tranquila servidumbre de los objetos. En los eventos, siempre recordados, de la Campaña Presidencial en la cual se empeña Macedonio, la técnica publicitaria del candidato también consiste en desubicar y desquiciar objetos, a fin de crear una ansiedad revolucionaria y la consiguiente reparación posterior del orden, como pregunta mordaz que se le dirige a la política en el sentido de obligarla elaborar su insondable relación con el desorden y la ley. Así, se propone una salivadera oscilante, la solapa desmontable apta para discusiones acaloradas, cucharas de cartón en los bares que se deshacen al absorber líquidos calientes, escaleras irregulares que obligan a desbaratar el acto trivial de subirlas. Los objetos son menos que la acción habitual que acogen, y se deben redefinir ante cada acción.

Tal existencialismo patafísico y crítica a la alienación del mundo cotidiano, como la de un marxista a contrapelo -o un marxista lírico que en vez de denunciar la cosificación, extrema la presencia de la cosas para homenajear la felicidad del valor de uso- implica alertar a los hombres respecto a que la crítica del mundo no tiene fin y es sinónimo de risa. Y que no sería efectivamente una crítica sino tomara a su cargo una mostración de los objetos del mundo como profundamente ridículos. La patafísica macedoniana puso a luz el ridículo para arrojar una mirada tierna sobre el mundo; su crítica a los objetos de la cultura técnica supuso un llamado a la reconciliación con el "valor de uso", mientras maquinillas de afeitar, paraguas y zapallos se ponían a hablar o a pensar como almas emancipadas. Era una forma de advertir que ante tales "fetichismos", los hombres deberían saber encontrar en la filosofía de la ciudad y de la naturaleza, una cuota de disconformidad y de beatitud. El nirvana de los objetos era un acto risueño y revolucionario.



De Polonia a las pampas
Derrotero de Ubú

JUAN PABLO RINGELHEIM



1. La leyenda ontogénica de Ubú se encuentra ampliamente narrada por Juan Esteban Fassio ("Prólogo" a *Ubú Rey*, Bs As, Minotauro, 1957). También algunas breves notas sobre sus viajes marinos están reseñados por Roger Shattuck ("Suicidio por alucinación", en *La época de los banquetes*, Madrid, Visor, 1991).
2. A comienzos de la década del '20, en París, se produjo un debate acerca de la verdadera autoría de las gestas ubuescas. Un profesor de las buenas letras inglesas invirtió su tiempo, papel y tintas, en demostrar que Jarry había plagiado la historia de Ubú a los hermanos Morin, compañeros de clase durante su estadía en el Liceo de Rennes. Otra de las hipótesis habituales en las trabajosas lucubraciones de los especialistas en firmas y autorías sostiene que *Ubú Rey* fue el producto de una obra colectiva de todos los alumnos de Hébert, profesor de física del Liceo, quien fuera el arquetipo de Ubú.

Según la leyenda, Ubú nació hace algunos miles de años en Turquestán. Sus padres fueron un *Hombre Senorme* y una hechicera tártara. La familia vivía entre los juncos, y el parto tuvo como escenario las pantanosas aguas de las orillas del Oxus. Luego de algunos años, Ubú debió huir de la región perseguido por una multitud de hombres *Senormes*. La causa que provocó la furia de esta horda despiadada parece haber sido que la criatura deglutió un animal al que debía haber alimentado. Después de atravesar los desolados páramos de la región, Ubú dio con las fuentes del Anadyr. Se transformó en pez de cobre y descendió el río hasta penetrar en el Océano Glacial. Quedó atrapado entre sus hielos durante algo menos de algunos miles de años. Luego, un cálido verano lo liberó y continuó su odisea por las costas noruegas hasta llegar a la desembocadura del Sena. Remontó las aguas del río y fue capturado por un pescador a la altura del Louvre. Entonces recuperó su bella morfología monstruosa. Más tarde hizo los cursos de bachiller con la calificación "muy mal", tomó el Castillo de Mondragón, viajó a España y se bautizó Rey de Aragón; finalmente obtuvo la capitanía de dragones en Polonia¹. Ocupando estas funciones subió al escenario del *Nouveau Théâtre* en París y representó *Ubú Rey* por primera vez.

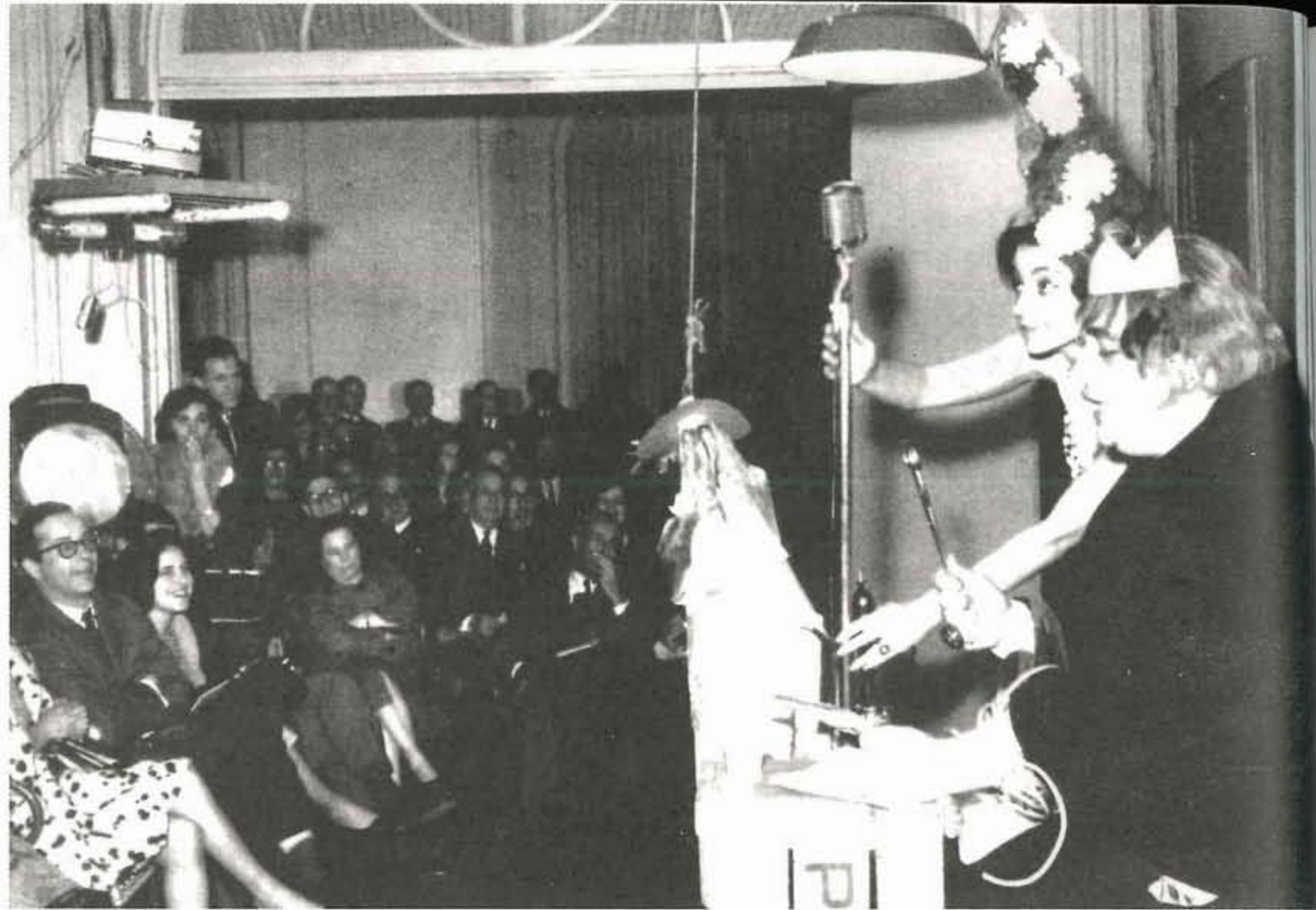
Ubú es una vida legendaria que trasciende los registros de propiedad y las estructuras de parentesco intelectual de la historia del arte. El padre de la criatura no fue Jarry, ni él más un grupo de estudiantes de Liceo, ni Charles Morin junto a su hermano, ni todos ellos más sus condiciones históricas de existencia². Ubú no es el nombre de un personaje dramático o el protagonista de una obra de autor; es más bien un engendro mítico traído a la superficie y adorado por Jarry. El Rey Ubú, con existencia propia, fue un ventrílocuo, el alma legendaria que contribuyó a su propia desocultación tanto en las salas del *Nouveau Théâtre* durante la noche del 9 de diciembre de 1896, como durante la toma de los escenarios porteños en los '60. No fue traído, creado ni regenerado por la dramática local. Fue bienvenido, apenas.

Es probable que haya arribado a las salas porteñas atravesando el Océano Atlántico y luego remontando las aguas *mierdrosas* del Río de la Plata. Tal vez haya llegado al puerto metamorfoseado en pez: se sabe que prefería las corrientes marinas como impulso motor; o tal vez, en artefacto de importación: se sabe que gustaba ser adulado. En todo caso, queda por estudiar esta cuestión. Los directores, actores y productores que detalla este informe conformaron el batallón rioplatense del dinamitero turquestaní; la humanidad que hizo posible la continuidad internacional del combate estético.

Hacia comienzos de los '60, un pequeño grupo de argentinos iniciados en las ciencias patafísicas había presentido el próximo arribo de Ubú a estas costas y decidieron festejarlo durante una velada en la Sociedad Central de Arquitectos. A las 19 horas del 4 de septiembre de 1963, en Montevideo 942, Luisa Valenzuela, Victoria Guido y Eduardo Bergara Leumann realizaron la primera puesta en castellano de algunos fragmentos de la épica ubuesca. Luego de una charla sobre “¿Qué es la Patafísica?” a cargo de Luisa Valenzuela – “Comendadora exquisita de la Orden de la Grande Gidouille” –, Bergara Leumann realizó algunas *Demostraciones Patafísicas*: interpretó poemas y la *Canción del Descerebramiento de Ubú*³. La ambientación general de la puesta estuvo a cargo de Victoria Guido.

Tres años después de este íntimo anticipo se realizó la primera puesta en escena de *Ubú Rey* en el Río de la Plata. El 10 de diciembre de 1966, en el local 45 de la Galería Americana, sobre la Av. Santa Fe 2450, se inauguró una nueva sala de dramas y comedias con capacidad para 155 espectadores: el Theatrón. El grito que abrió por primera vez el cortinado de la sala fue ¡*Mierdra!* Comenzaba la función. La obra de Jarry sería representada de martes a domingos, y el precio de la localidad costaría 300 pesos. Los estudiantes tenían rebaja: pagaban 150.

El elenco de la Compañía había ensayado la obra según la edición de Minotauro a cargo de Juan Estaban Fassio y Enrique Alonso –primera traducción al castellano–, que ya contaba con ocho años en los anaqueles de las librerías locales. En la sala del Theatrón, la animación del *Padre Ubú* estaba a cargo de Jorge Fiszón; la *Madre* era interpretada por Marta Serrano; Sara Quiroga, Odiba Casals y Eduardo Demián componían a los *Palotines*; Horacio Borges, Horacio Romeu, Ricardo Alonso, Carlos Suárez, Chacho Ríos, Marcial Berro, Hilda Eloba y Juan J. Delfi completaban el batallón dramático. La escenografía de “ninguna parte” fue realizada por Margarita Jusid y Leonor Sabaté; todos bajo la coordinación general de Sara Quiroga y Rodolfo Bohoslavsky.



Eduardo Bergara Leumann interpreta al Padre Ubú. A la izquierda, Rodolfo Walsh.

En 1968 Ubú mudó su vientre a la sala del *Di Tella*, en la calle Florida 936. Roberto Villanueva realizó la puesta del *Ubú encadenado* traducido por Juan Infantidis y Elsa Domínguez. Jorge Fiszón, Horacio Romeu, Lorenzo Quinteros, Jorge Bonino, Marilú Marini, Amanda Castillo, Lorenzo Amengual y Gioia Fiorentino estrenaron sus interpretaciones el 11 de Julio. La música estuvo a cargo de Carlos Cutaia, con obras de Beethoven y Chopin. Juan Stoppani y Francisco Cortese acondicionaron el ambiente.

Hacia 1975 Ubú remontó ríos y arroyos hasta dar con Río Cuarto⁴. Allí el *Grupo Siete*, bajo la coordinación de Enrique Dascal, estrenó *Ubú Rey* durante la noche del 3 de mayo. Tres comediantes interpretaron la adaptación de Eddy Giuliani: César Jaque, Cristina Ariazaga, y la misma Giuliani –que también coordinó la coreografía–. El asistente general fue Juan L. Fondeville.

Un mes después, el Grupo Siete trasladó su puesta al Teatro Angelus, en la Av. Corrientes 1314. Esta vez, el programa del estreno –durante la noche del 7 de junio– señalaba como responsables del “engendro gastroenterológico” a José María Cáceres (*Padre Ubú*), Sara Cáceres (*Madre*), Jorge González (*Algunos*), y Alex Malavicino (*Otros*). El mismo documento sostiene que “la iluminación y los cortocircuitos” fueron realizados por Graciela Bravo (“la Mujer Luz”) y que la “Financista” del grupo fue Amalia Sabbatini (“la que tenía guita”).

El 27 de Marzo de 1978, en la sala del Payró II, un programa teatral anunciaba el estreno de una nueva versión; también pronunciaba una cita de Jarry que sentenciaba la imposibilidad de realizar una pieza divertida en esa Argentina: “aquí lo cómico

debe ser a lo sumo lo cómico macabro de un clown inglés o de una danza de muertos". En Suipacha 927 Roberto Villanueva estrenó su adaptación libre sobre textos de la gesta ubuesca, de *Macbeth*, y de *Hamlet*, bajo el título de *Ubú*. La puesta en escena fue realizada por Carlos Repetto (*Padre*), Mirta Santos (*Madre*), Luis Risso, Carlos Defilippis, Armando Rocca, Bernardo Buchner, Marcelo Blanco y Osvaldo Días. La música en vivo era interpretada por Eduardo Stupía, Gabriel Sidelnik y José Páez; la voz era de Noemí Rodríguez, y la música adicional de David Bowie y The Pointer Sisters. Marta Albertinazzi asumió la ambientación y el vestuario, Osvaldo Gabrielli diseñó los objetos y las máscaras.

En septiembre de 1982 el vientre de Ubú fue a dar con las tablas del escenario del Teatro del Este, en Viamonte 638. Diana Cordero comandó la dirección escénica, la adaptación y el maquillaje de esta segunda versión de *Ubú encadenado* en Argentina. Rubén Ramos compuso al *Rey*, Perla Rosenthal a la *Madre*; Nestor Limardo, Luis Quiroz, Paulo Finocchi, Elena Barile y Hugo Devana completaron el elenco. Nora Depaoli administró las luces y las sombras.

Cuatro años más tarde Piano Siano adaptó, junto con Claudio Gotbeter, una tercera versión de *Ubú encadenado*. La música había sido especialmente compuesta para la obra por Miguel Abuelo. Hugo Grandi maquilló a los tres comediantes atrincherados en el teatro Olimpia: Claudio Gotbeter (*Padre Ubú*), Silvia Hapko (*Madre Ubú*), y Dany de Alzaga (*Cabo de Hombres Libres*).

1990 fue el año en que el milenario Ubú se volvió Parakultural. El grupo *El periférico de objetos* estrenó la noche del 23 de mayo una nueva versión de *Ubú Rey*. La dirección correspondió a Emilio García (probablemente el mismo Emilio García que interpretó en la misma puesta al *Padre Ubú*). La *Madre* fue compuesta por Paula Natoli; Daniel Veronese, Ana Alvarado y Román Lamas —quien musicalizó— completaron el elenco. La producción de la escenografía, los objetos y muñecos, estuvo a cargo del ubicuo Emilio García.

Tres años después, la "mula ignorante" (así lo llamaba su esposa), amplió su imperio hasta la Avenida Córdoba 2344. En la sala de La Buhardilla, Pablo Ponce realizó la dirección de *Ubú Rey* según una adaptación de Mónica Cucci³. El 17 de septiembre se estrenó esta versión animada por Carlos Portaluppi, Mónica Cucci, Alejandro Rossi, Dolores Sáenz, Fernando Muñoz, Pablo Limarzi, Florencia Bendersky, Santiago Fernández, Verónica Rivas y Carlos Villaruel. La música era de Nicolás Rosner, el vestuario de Marino Mendiola.

Durante marzo de 1994, en Uruguay, se realizó el VI Festival Internacional de Teatro de Montevideo. El grupo húngaro *Katona Jozef Theatre* puso en escena una versión de *Ubú Rey* dirigida por Gabor

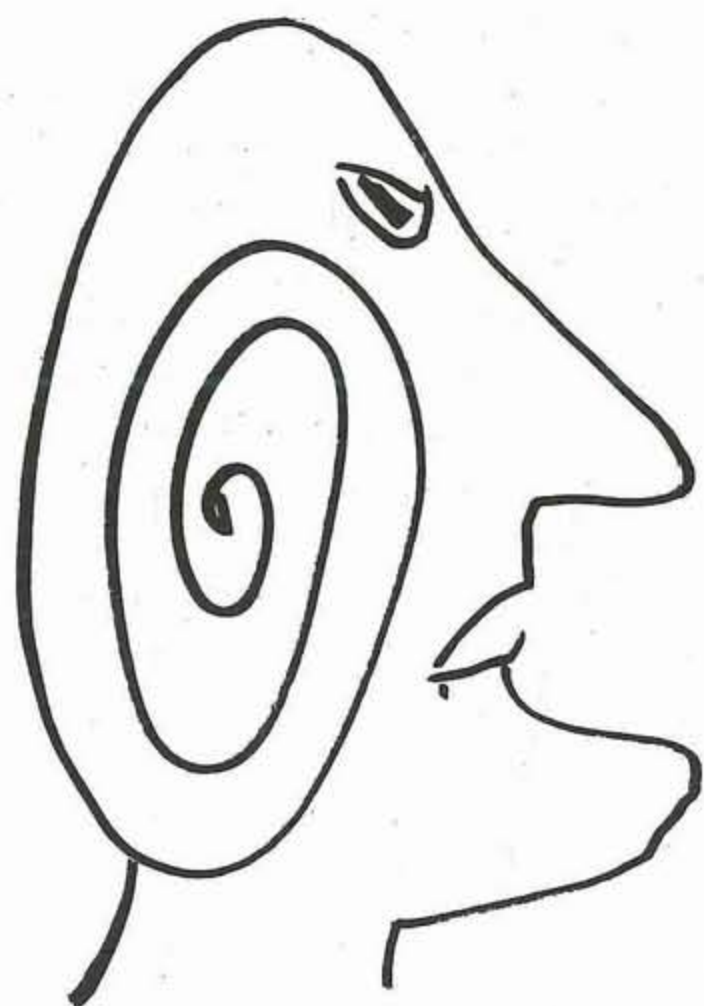
Zsámbekei y Jerely Zoltan y asistida por Katalin Thuroczy. Lászió Sinkó (*Padre Ubú*) y Juli Básti (*Madre*) eran seguidos por un elenco de 16 actores de Budapest. La escenografía, hábitat natural de Ubú durante los últimos cien años, había sido diseñada por Csorsz Khell. El mismo grupo húngaro realizó la puesta de *Ubú Rey* del 16 al 18 de marzo en el Teatro Municipal General San Martín. En estos escenarios, pero un año después, fue estrenada *Ubú en Bolivia* por la Compañía Teatro de los Andes de Bolivia dirigida por César Brie. Más tarde, la Compañía trasladó la realización al XI Festival Iberoamericano de Teatro de Cádiz realizado durante octubre de 1996.

Hasta aquí el detalle del derrotero de Ubú en la Argentina: la reseña de un viaje y una estadía. El informe también es un recordatorio de los patafísicos rioplatenses. El arribo no hubiese sido posible sin la cruzada de los grupos locales, que reunidos en clubes de arte clandestino, conspiraron contra la lenta digestión argentina de letras marginales.

3. Años más tarde de esta pionera realización escénica, Bergara Leumann incorporó a su *Botica del Ángel* algunas de las malasartes patafísicas. Como ejemplo: hacia 1967, La Chona debutó en el escenario de *La Botica* interpretando el *Tango Patafísico*.

4. También, durante algunos veranos de la década, Ubú se trasladaba a las costas de Villa Gesell. La crónica periodística no registró las temporadas geselinas de *Ubú Rey*. Tampoco está registrado que a comienzos de los '70, Ubú migró vía Río de la Plata hacia Uruguay; bajo la dirección de Alberto Restuccia, el grupo *Teatro Uno* presentó una versión de *Ubú Rey* protagonizada por Juan Manuel Tenuta.

5. El 5 de noviembre de 1994, en el Teatro de la Campana, Pablo Ponce reestrenó su versión.

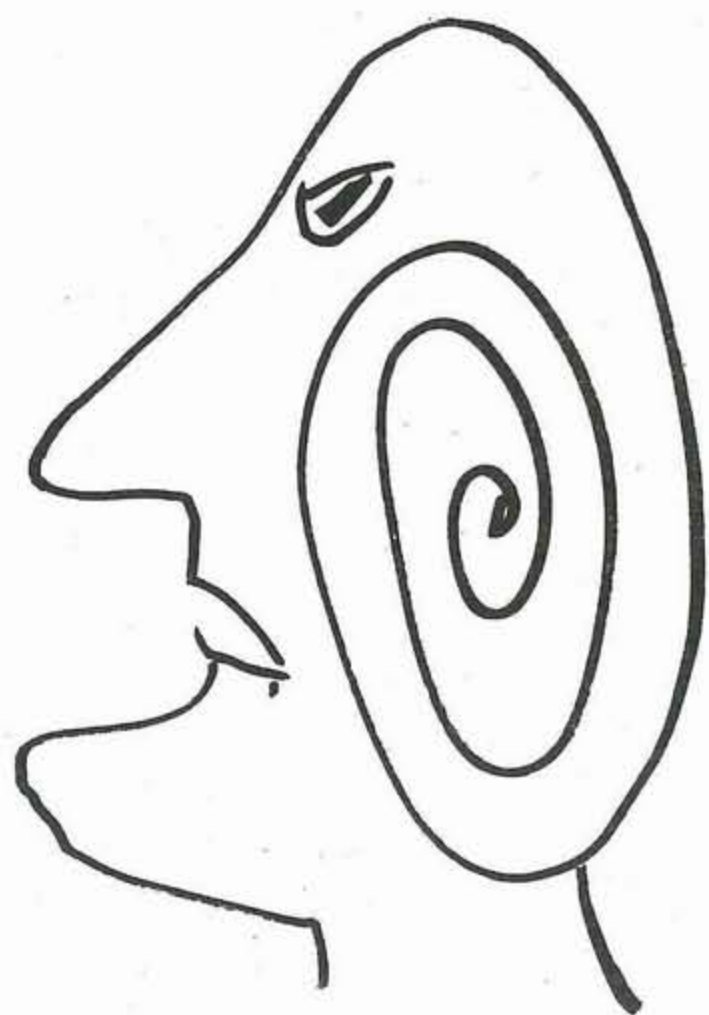


Eva García, llamada también Beba, fue una patafísica *avant la lettre*. Casi se puede decir que ella encarna todo el Colegio de 'patafísica, porque el *Collège* «no obliga a nada, sino que desobliga en todos los sentidos de la palabra desobligar y de la palabra *palabra*». Y aquella tarde del 53 en el café Chamberí de Córdoba y San Martín, donde se reunían los surrealistas de la época, supo que su vida daba un vuelco cuando lo vio entrar al hombre joven, alto, melena de león.

Esta es una historia de amor, claro, pero es sobre todo una historia de ideas, otra forma del amor. De modos de vida. Él se llamaba Albano o Álvaro Rodríguez, según se atendiera la voluntad del registro civil o la de sus propios progenitores, él hablaba en una voz baja que se iba gradualmente perdiendo en distancias siderales, y ella supo allí mismo que jamás de los jamases lo molestaría con una pregunta. Ni una sola. Sutilmente le fue desatando los nudos que podrían atarlo y él, de pura vocación nomás, desde ese entonces

BUENOS AIRES Y EL MISTERIO SONORO EN

LUISA VALENZUELA



-tenía sólo 28 años- no

vaciló en jugarse el cuerpo en cada una de sus propuestas.

Cuando se conectó con el *Collège de 'Pataphysique* de Francia, que llevaba poquísimos años de vida, ya era tarde. Él sabía desde siempre que toda vida es patafísica, basta con aprender a ver. Y él sin proponérselo se volvió un maestro de ese aprender a ver el otro lado, que tantos argentinos practicaban por esos años sin darse cuenta. Y siguen practicando, a qué dudar, pero en esta cara material del espejo: la «ciencia de las soluciones imaginarias», mire usted si no nos toca de cerca...

Álvaro Rodríguez fue el representante del *Collège* en toda América Latina. Nombrado «Regente de Náutica Terrestre de la Orden de la Grande Gidouille», la espiral de su diminuto distintivo lucía en campo albo, haciendo honor a su nombre -el de él, naturalmente- y simbolizando la claridad de luces de todos los Regentes.

Inasible representante de lo inasible, de lo insustituible, guardó su representación no digo en el mayor secreto pero sí en esa sutil vibración que era el hilo de su voz cuando se le escapaba como soplo. El *Collège* requería una cuota, publicaba periódicamente en Francia sus cuadernos y sus *Dossier*, cuando no alguna joya insólita como el *Libro para*

Leer Acostado. No era fácil cobrarles la cuota a los patafísicos de la época, reconocidos ya como cronopios gracias a nuestro gran difusor extra continental («El conocimiento de Jarry y la 'patafísica habría de cambiarme la vida», Cortázar *dixit*).

Álvaro Rodríguez, junto con su gran amigo Juan Esteban Fassio, «Proveedor Propagador del Colegio en la Mesenbrinesia Americana y Administrador Antártico», fundó el IAEPBA. Cada uno de ellos tenía una misión inicial. Fassio debía hacer reconocer a la 'patafísica de *inutilidad pública*, y Rodríguez debía, eternamente, ofrecerle una satrapía a Borges. El IAEPBA, Instituto de Altos Estudios Patafísicos de Buenos Aires, logró sumar quince miembros en sus momentos más conspicuos. Una cifra totalmente simbólica, porque como bien dijo Su Magnificencia el Vice Curador Fundador I.L. Sandomir en su discurso inaugural desde París:

“¿Es preciso desear que la 'Patafísica sea en Buenos Aires? Ahí estaba como en todas partes antes de que fuésemos, y no necesita de nadie. Ni siquiera necesita ser. Porque, para ser, tampoco necesita ser”.

A este apotegma podemos agregarle palabras de Álvaro: «La 'Patafísica es la comprensión universal que comienza más acá (o más allá) de las mezquinas definiciones errantes para ofrecer al hombre la simple dignidad de una presencia total».

En honor a esta presencia total, o quizá a la simple dignidad, Álvaro Rodríguez vivía patafísicamente sus días en un Buenos Aires que a veces le sonreía. Eran otras épocas. Le gustaban los *bric à bracs*, los mercados de pulgas, siempre se aparecía con algún objeto

insólito y Eva/Beba sonreía y aceptaba y quizá tomaba otro alumno de pintura o de música para colmar el agujero económico. Como cuando un amigo taxidermista le ofreció a Álvaro el papión embalsamado Álvaro supo que había encontrado a *Bosse-de-nage*, el mono del doctor Faustroll, y no pudo privarse de tamaña aunque onerosa compañía. Poco a poco se fueron mimetizando, el papión y el hombre cuya melena se iba salpimentando y haciéndose más voluminosa con el tiempo. Y entre los trapos y objetos de las tiendas de usado apareció una sotana. A Álvaro le gustaba usarla de entrecasa. Y también le gustaba, alguna furtiva noche, salir piadosamente con ese atuendo a la calle a decirle piropos obscenos a las mujeres. Cierta vez el revuelo fue enorme, lo empezaron a correr por las calles y como es de suponer acabaron apresándolo aunque él mientras corría iba gritando allá, allá, como si él también estuviese persiguiendo a un invisible culpable. Pero no es fácil escapar en sotana, y menos si uno se detiene en un bar a tomarse una ginebrita al paso redoblado. En la comisaría se suscitó el siguiente diálogo:

- La sotana me la prestó mi hermano, señor.

-¡Eso es mentira!

-Bueno, es mentira que yo tenga un hermano *carnal* cura. Pero ¿no somos hermanos todos los hombres? Tú mismo, acaso, ¿no eres mi hermano?

Una acción perfectamente patafísica.

Otra:

cierta noche con Beba decidieron dejarse encerrar en el zoológico para ver cómo dormían los animales, si dormían, o mejor cómo vivían la noche libre de visitantes. Y furtivamente se fueron deslizado entre las jaulas, dispuestos a nada, a no ser, a esconderse, a espiar hasta que finalmente fueron avizorados y sacados a patadas de allí.

Era una manera de jugarse el cuerpo en estas lides. Las había más amenazadoras para

los amigos, como cuando Álvaro los instaba durante la noche a recorrer bares (otra forma de zoológico) y beberse el contenido de la tercera botella contando de la izquierda de la estantería que siempre hay sobre el mostrador.

Germán Rozenmacher llegó a escribir que Rodríguez era el hombre más serio de Buenos Aires, y era cierto. Practicaba la otra cara de la pataf' moneda que recomienda no tomarse lo serio en serio.

Al IAEPBA pertenecían también Fassulo y Cofta, el dibujante. Juan Esteban Fassio, el más célebre de todos gracias a su Rayuel-o-matic, la máquina de leer Rayuela, era hombre de puertas para adentro.

Recuerdo las moradas patafísicas en la Capital, cuajadas de los emblemas del colegio; las velas verdes, la espiral de Ubú, cocodrilos que al decir de Jarry eran la obra de arte por excelencia. Recuerdo el diminuto departamento de Beba y Álvaro en pleno microcentro, cueva de Alí Babá atestada de libros raros, tesoros inenarrables y presidida por el papión embalsamado que ocupaba todo el escritorio francés. También el bohemísimo estudio en Rivadavia y Rincón presidido por Rosita el mucamo, la escultura de Beba García con cabeza de guantes de goma y piel, y la casa chorizo de los patafísicos patios en el Once donde Juan Esteban Fassio urdía sus inventos. Cuando lo conocí acababa de crear la muy duchampiana *pedra de leer*, al alcance de todos los bolsillos. Además, el botón G de la Rayuel-o-matic cumplía una función muy específica: le prendía fuego a todo el aparato. Creo que posteriormente cambió el diseño por miedo quizá a que Polanco o Calac se tentaran y acabaran con el juego.

Pero la principal preocupación de Fassio era lograr erigir su monumento a Alfred Jarry en Plaza de Mayo. Eran otros tiempos como bien se comprenderá, nadie hubiera estimado en la euforia de los años de Illia el grado de premonición de este proyecto.

No era un monumento simple, no, cosa que se podía deducir de solo analizar la maqueta: se trataba de una rampa-helicoidal sin fin, emblemática de la desmedida *gidouille* del Padre Ubú. En su centro, como un obelisco o falo, una gigantesca vela verde llevaba en la punta una lámpara que por las noches en código morse transmitiría la primera palabra del primer acto del Rey Ubú: *Merdre!* Por la rampa girarían día y noche diez mil ciclistas con camisa color malva en bicicletas *Clément-luxe* modelo 1896, como la usada por Jarry, tirando tiros al aire al grito infinitamente repetido de Ha-ha, única palabra que podía pronunciar el mono *Bosse-de-Nage*. Los ciclistas heridos caerían a un lago que rodeaba el monumento y serían de inmediato deglutidos por cocodrilos sin dejar restos contaminantes ni ofensivos, mientras un barco que era en realidad una criba, como el del doctor Faustroll, llevaría hasta la rampa a los ciclistas de repuesto.

Todo esto naturalmente contemplado por peregrinos del mundo desde una plataforma ad-hoc.

Entre dichos peregrinos se sigue encontrando quien firma esta nota. Porque en el año 63, casi sin darme cuenta y a pesar de todos los involucrados, me tocó el destino de difusora del secreto. Volví yo de pasar varios años en París, donde salté sin darme cuenta de la desafortunada niñez a la edad adulta, y la adolescencia me esperaba a la vuelta de una esquina porteña, un poco desplazada. Fue encontrarlos a ellos y entender tantas cosas. O mejor dicho descubrir el doblez de los engaños. Y como soy escritora es decir divulgadora, salí a tratar de entenderlos hablándolos, escribiéndolos. «Comendadora Exquisita de la Orden de la Grande Gidouille» me nombraron y zarpé a llevar la buena nueva que como cualquier patafísico sabe resulta ser la buena vieja o la mala, da lo mismo, y dicté conferencias hasta en el glorioso Fogón de los Arrieros de Resistencia, Chaco, y escribí montonal de notas y audiciones patafísicas para Radio Municipal. Pero quizá lo más memorable fue la conferencia en la Sociedad Central de Arquitectos, donde recuperamos a Eduardo Bergara Leumann para la buena causa. La pintora Vicky Linares, alias Victoria Guido, me ayudó a armar el espectáculo y me presentó a quien sería el primer Rey Ubú de la Argentina. Bergara en aquel entonces había dejado sus trabajos de actor y estaba de lleno dedicado a su profesión de modisto teatral, pero se enganchó en la propuesta y cuando llegó el día fue el Padre Ubú más genial y creativo y desmedido dentro de la absoluta medida, que he conocido. El *physique du rol* lo ayudaba y recitó como nadie mi versión porteña de la «Canción del

Descerebramiento» del *Ubú Rey* de Jarry: «Durante largo tiempo fui obrero ebanista/ en la avenida Quintana parroquia del Pilar/ mi mujer ejercía la profesión de modista/ y nunca nunca nos pudimos quejar./ Cuando el domingo se anunciaba sin nubes/ nos vestíamos como alegres querubos/ e íbamos a ver el descerebramiento/ allá en la Chacarita, a pasar un buen momento.» Estribillo: «Mirad, mirad la máquina girar/ mirad los sesos saltar./ ¡Cuernos de marabú,/ viva el padre Ubú!»

Después los tiempos cambiaron decididamente no para mejor. Antes Bergara tuvo oportunidad de asumir a fondo su realeza y crear la Botica del Ángel. Me llamó para que asesorara a un joven pintor, una promesa como todos nosotros, a decorar la Terraza Patafísica. Era Guillermo Roux. Entendió todo.

Hoy el sueño patafísico porteño parecería querer reactivarse desde otro lugar.

Lo prueba la recuperación que Bergara Leumann está haciendo de la segunda Botica del Ángel, que encierra toda la enorme riqueza imaginativa de la que es capaz este primer Rey Ubú vernáculo.

Lo prueba Eva García la que nunca le hizo una pregunta al regente de «Náutica Terrestre» Albano Rodríguez pero que siempre supo y descartó las respuestas. Ella navegó y navega por su propio arte siempre con la misma seguridad y sonrisa, sigue pintando y expone regularmente, escribe sus casi-como-cuentos y sus *Sospechas*, aforismos hechos de desconcierto. Además fue grumete de la navegación del otro: noche tras noche, hasta la gran noche del 84 cuando Álvaro zarpó a encontrarse con Jarry, Beba fue recogiendo un *Tesoro de frases soñadas*. Él la despertaba en medio de la noche, ella cazaba lápiz y papel y tomaba el dictado del hombre que con toda felicidad reanudaba o continuaba su sueño.

«(...) la aventura onírica de Albano Rodríguez consistió en mantenerse en equilibrio, no antes o después, aquí o allá, sino al mismo tiempo antes y después, aquí y allá, es decir *durante* y *con*, sentido exacto de la conjunción que une el sueño a la vigilia», dice François Caradec en el prólogo de estas *Hypnagogies* de Albano o Álvaro, una de las últimas publicaciones del *Collège* en París. Donde puede leerse la siguiente frase soñada:

«Un mundo misterioso me parece tan sonoro como el otro». Esperemos poder oírlo nuevamente.

ALFRED JARRY ALFRED JARRY EN EN CASTELLANO CASTELLANO

Ubú Rey. Editorial Minotauro, 1957. Traducción e introducción de Juan Esteban Fassio.

Ubú Rey. Editorial Brújula. 1967. Traducción de Enrique Alonso, Buenos Aires.

Ubú Rey. Editorial Aymá, "colección Voz Imagen", serie Teatro. Barcelona, 1967. Introducción de Roger Shattuck, y traducción y nota de José Corrales Egea. Incluye algunos textos teóricos de Jarry sobre el teatro.

Ubú Rey. Editorial Bosch, colección "Erasmus", textos bilingües. Barcelona, 1979. Traducción, cronología, introducción y textos teóricos de Ana González Salvador.

El Supermacho. Editorial Brújula, colección "Los Libros de Eros". Buenos Aires, 1970. Traducción de Juana Bignozzi.

Costumbres de los ahogados. Centro Editor de América Latina, colección "Narradores de Hoy". Buenos Aires, 1973. Traducción de Ernesto Gohre. Tapa de Juan Esteban Fassio.

Hechos y dichos del Dr. Faustroll, Patafísico. Editorial Madragora. Barcelona, 1975. Traducción de Víctor Comta.

El amor de visita. Editorial Laertes. Barcelona, 1979. Traducción de José Luis Vigil.

Todo Ubú (incluye *Ubú Rey*, *Ubú en la colina*, *Ubú cornudo*, *Ubú encadenado* y fragmentos de los *Almanaques del Padre Ubú*). Editorial Bruguera. Barcelona, 1980. Traducción e introducción de José-Benito Alique. Incluye las ilustraciones originales de Pierre Bonnard al *Almanaque*, dos presentaciones de Alfred Jarry al *Ubú Rey* y diversas ilustraciones.

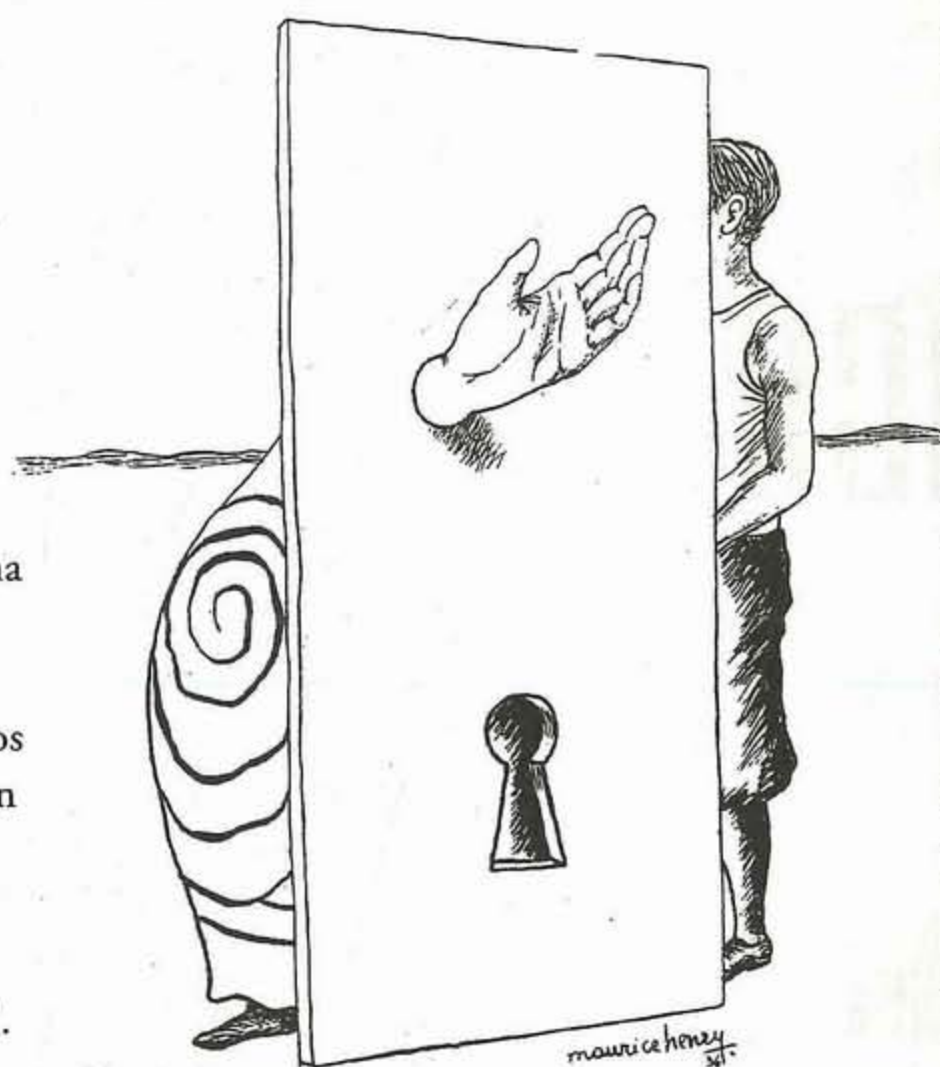
Ubú Completo. Ed. Fontamara. México, 1988. Traducción de Rafael Sender.

Ubú Rey. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, sin fecha.

Antología. Ed. Visor. Madrid, sin fecha. Se trata de una antología poética.

El Supermacho. Ediciones Pablos. Colección Letras. México, sin fecha.

Algunos fragmentos de obras de Jarry fueron incluidos en la **Antología del humor negro** que André Breton publicó en 1939 (en castellano en Editorial Anagrama) y en la antología **El humor absurdo** publicada en 1967 por Editorial Brújula en su colección "Breviarios de información literaria".



MAX UNIVERSO CA ABIGARRADO CHIM Dibujos de Max Cachimba BA

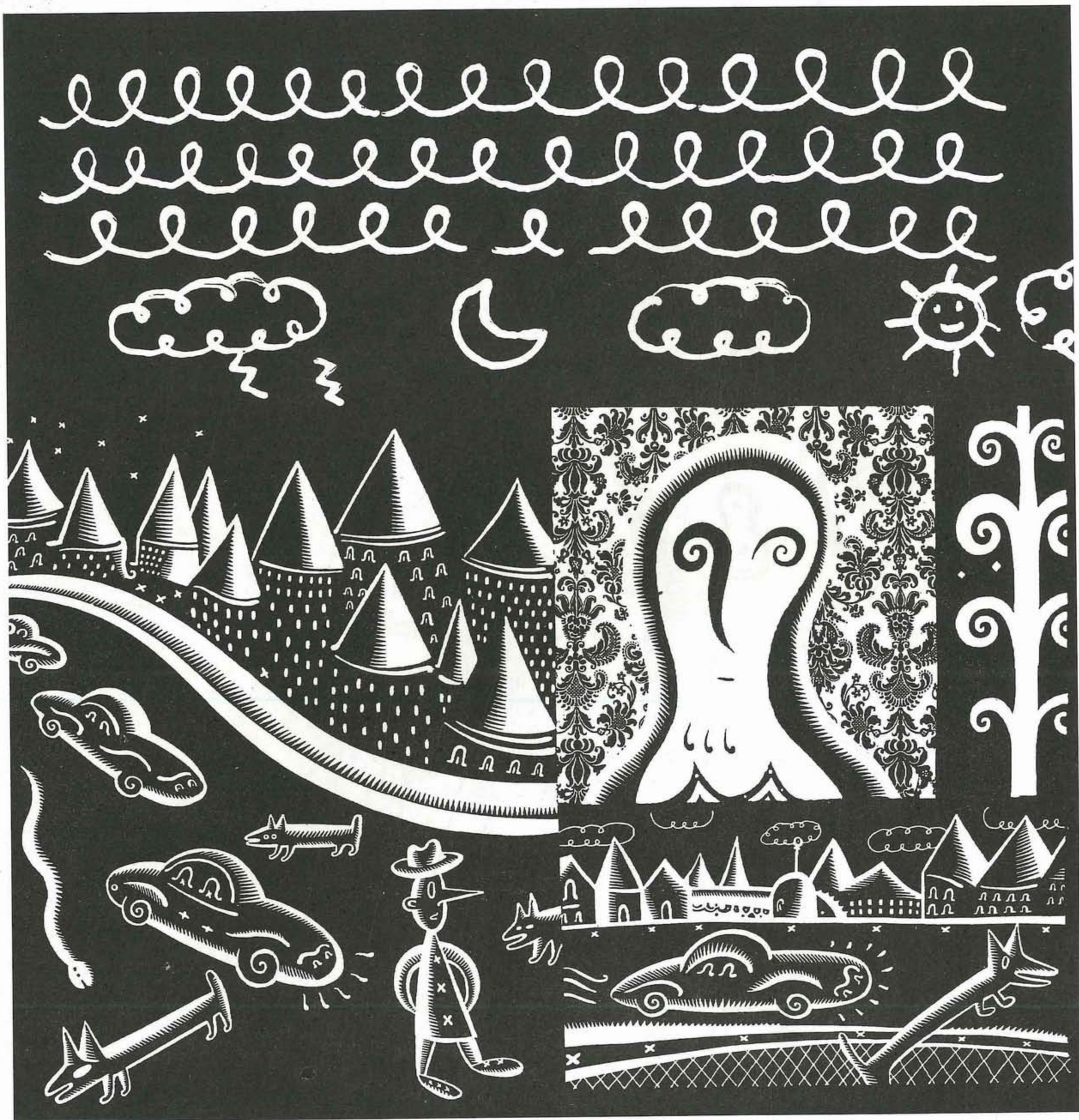
Una mezcla de preocupaciones biológicas y cósmicas dispuestas mediante un meticuloso automatismo constituye el universo abigarrado, naif y a la vez perturbador, de estos dibujos que Max Cachimba realizó para *Artefacto*. Un universo burlón y peligroso, como peligrosos son las pasiones y los laberintos neuronales: peligrosos por elementales y, por eso mismo, verdaderos.

Tan lejos del impecabilismo como de la graffitería, sus trazos refundan el papel del espacio -y el espacio del papel- como una totalidad que siempre excede la representación de una figura sobre un fondo. Fondo, figura, papel, personajes, acciones se enlazan en una trama a la que siempre es posible agregar y desagregar cosas: el mundo a la *Max Cachimba* es un mundo de cosas coexistentes que remiten a otras cosas, que conviven con otras cosas, que son ellas mismas otras cosas. Al mismo tiempo, por ese movimiento de la inteligencia pura, salvaje, del que no sólo sabe mirar sino que sencillamente ve lo que vive alrededor, esas cosas han sido reducidas a su expresión más básica: una célula, un objeto volador no identificado, una lagartija, un espacio sideral.

La ingenuidad de los trazos que informan las cosas que dibuja Max Cachimba indica una cuidadosa operación de descarte, de austero despojamiento: "Desde los cuatro o cinco años no nos pasa nada realmente importante", dijo alguna vez el autor. Curiosa petición de principios, cuya consecuencia es el despliegue de una mirada tridimensional -candorosa, humorística y universal- que recupera la ondulante secuencia de condensación y desborde de la naturaleza y de la historia. Que la restablece por superposición, por acoplamiento y eclipse, por azar y voluntad. Y que por medio del collage y la combinatoria crea una rara e indómita belleza.

Max Cachimba nació en Rosario en 1969 y fue Juan Pablo González durante los siguientes quince años. En 1984 obtuvo el premio "Fierro busca dos manos", organizado por la revista *Fierro*. Desde entonces, publicó numerosos trabajos en *Fierro*, *Raf* y, actualmente, en *Los Inrockuptibles*. Las historietas que realizó en colaboración con el guionista Pablo De Santis han sido recopiladas en el álbum *Rompecabezas*. Ilustró, entre otros, los libros *Astronauta solo* y *Transilvania Express*. Además de pintor y dibujante, es músico, e integra la banda rosarina "Ernesto y su conjunto".

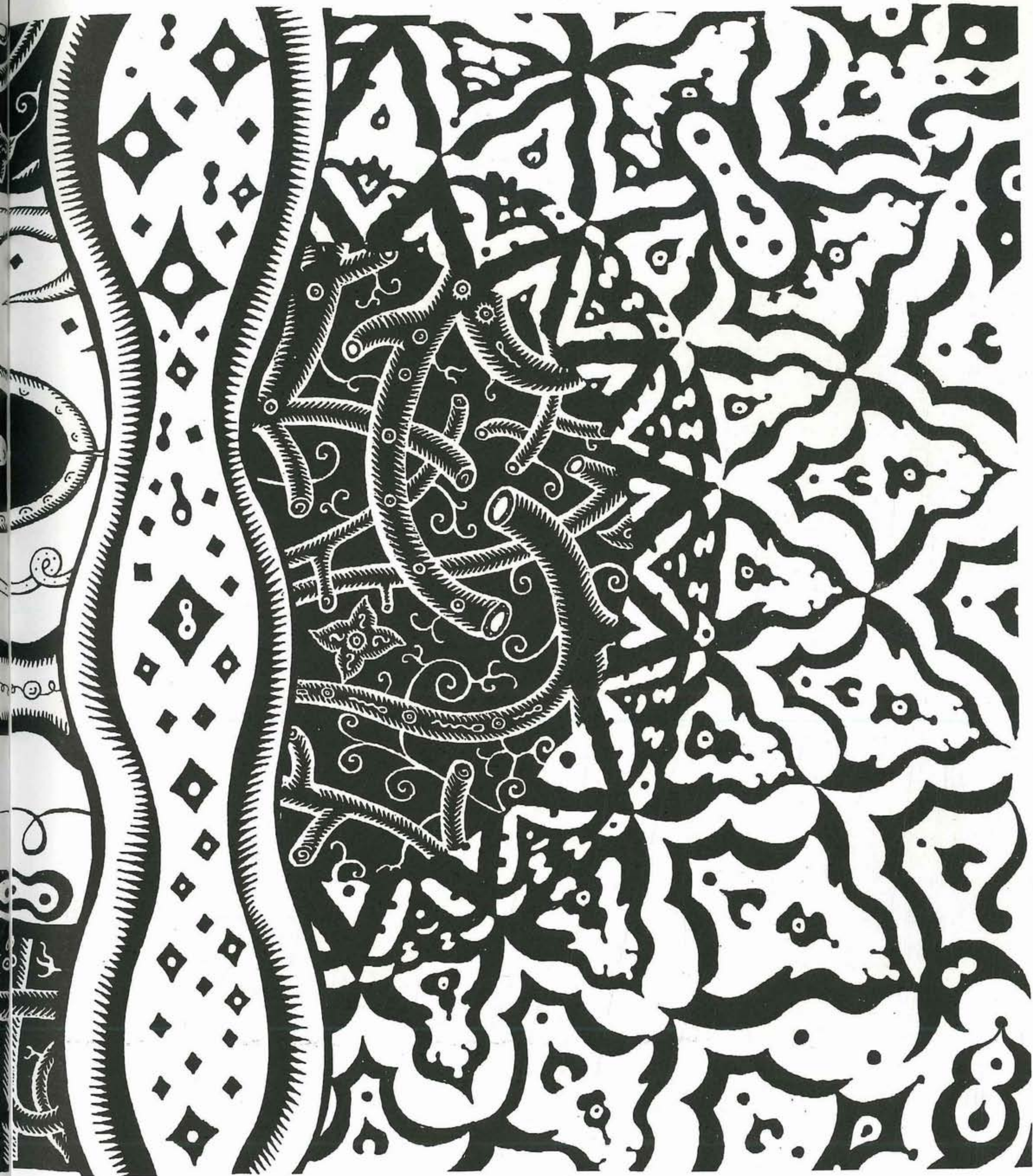
Flavia Costa



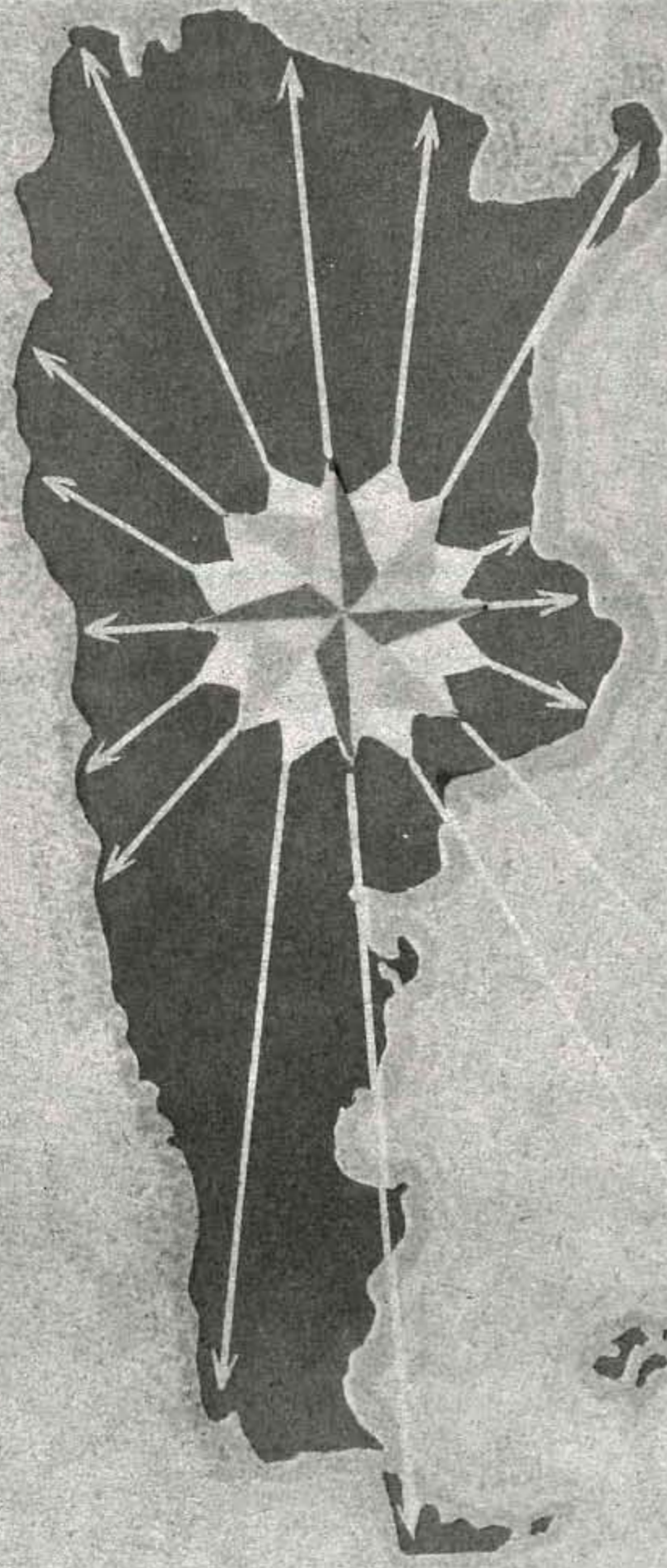








MIRE HACIA TODOS LOS RUMBOS
Y VERÁ LA OBRA DEL GOBIERNO



Técnica

Ciudad

Ajedrez

Ezequiel

Martínez

Estrada

Lírica social amarga

Textos inéditos de Ezequiel Martínez Estrada
sobre TECNICA, CIUDAD Y AJEDREZ

Fueron encontrados en lo que había sido su última casa. Empaquetados en papel de diario, como las cosas clandestinas que esperan durante mucho tiempo al destinatario que perdió la cita de encuentro o la clave de acceso al lugar. Ese destinatario es la Argentina. Cuando murió en 1964 Ezequiel Martínez Estrada ya se había dado cuenta de que *sus verdades* habrían de sufrir el destino de los documentos que hibernan en cuevas del Mar Muerto. Al igual que le sucedió en sus comienzos como ensayista, la intelectualidad nativa desdeñó y olvidó sus sistemáticas meditaciones sobre la cultura y la política argentinas. Entonces comenzaba a hablarse en el lenguaje de Parsons, de Levi-Strauss, de Althusser, de Hernández Arregui, de los periodistas de Jacobo Timmerman, de Fernando Henrique Cardoso. Los hombres de la cultura argentina difundían y defendían modelos de pensamiento que serían el circulante común de los años '60. Pero Ezequiel Martínez Estrada había sido un hombre de *opiniones personales*. Ya esto lo descalifica en la cultura universitaria

argentina actual, que sólo concede legitimidad a las operaciones conceptuales sustentadas en metodologías universalizables y redactadas en esperantos asépticos. ¿Cómo escuchar hoy a un autodidacta que seguramente fue el intelectual argentino más importante del siglo XX? Si bien no le fueron escatimadas fama pública ni público lector, ya a fines de los años '50 el sartrismo, la sociología científica y la obsesión por la "gran teoría" habían deteriorado su proyecto intelectual. En cada uno de sus libros, comenzando por *Radiografía de la Pampa* a comienzos de la década del '30, Martínez Estrada había alertado acerca de la creciente descomposición moral del país y de la falta de potencia en la cultura argentina. Había descubierto que también nosotros eramos pasto del nihilismo. Justamente, en *La Cabeza de Goliath*, en *¿Qué es esto?* -su libro sobre el peronismo-, en *Muerte y transfiguración del Martín Fierro*, Martínez Estrada buscaba los síntomas que develaran los males culturales del país. Como intelectual furiosamente independiente fue

no solo un relevador de síntomas sino también el mensajero de las malas noticias. En épocas antiguas se acostumbraba matar al mensajero; hoy se hace silencio a su alrededor. No leer y no escuchar. Con eso basta.

Los textos inéditos que aquí publicamos, seguidos de dos ensayos acerca de su obra, estaban depositados en la Fundación Martínez Estrada, en Bahía Blanca, donde fueron encontrados en 1968 y clasificados temáticamente. Los escritos sobre ajedrez estaban destinados a conformar un libro extenso. En la Fundación se encuentran textos terminados tanto como anotaciones rápidas, redactadas a máquina o manuscritas, y también análisis de partidas y tableros dibujados. No se trata de la digresión o el hobby de un hombre envejecido. Ya en 1924 había publicado en *La Nación* un largo texto titulado "Un ensayo sobre filosofía del ajedrez". Luego, en 1939, publicaría en el mismo diario un ensayo sobre el ajedrecista Morphy, y en 1943 otro titulado "Proyecciones trascendentes del ajedrez: el espacio". En 1939, un capítulo de *La Cabeza de Goliat* estaba dedicado al Torneo de las Naciones y a los ajedrecistas argentinos ("Otro juego también nuestro"). De la observación del juego extraía metáforas que excedían el costado belicoso: cabe leer en estos textos una poética de la nobleza. Como se sabe, el juego se aprende en la práctica, en forma autodidacta, y para entenderlo a fondo hay que ser miembro de una suerte de secta. Quizás el ajedrez debería ser jugado únicamente por monarcas o por

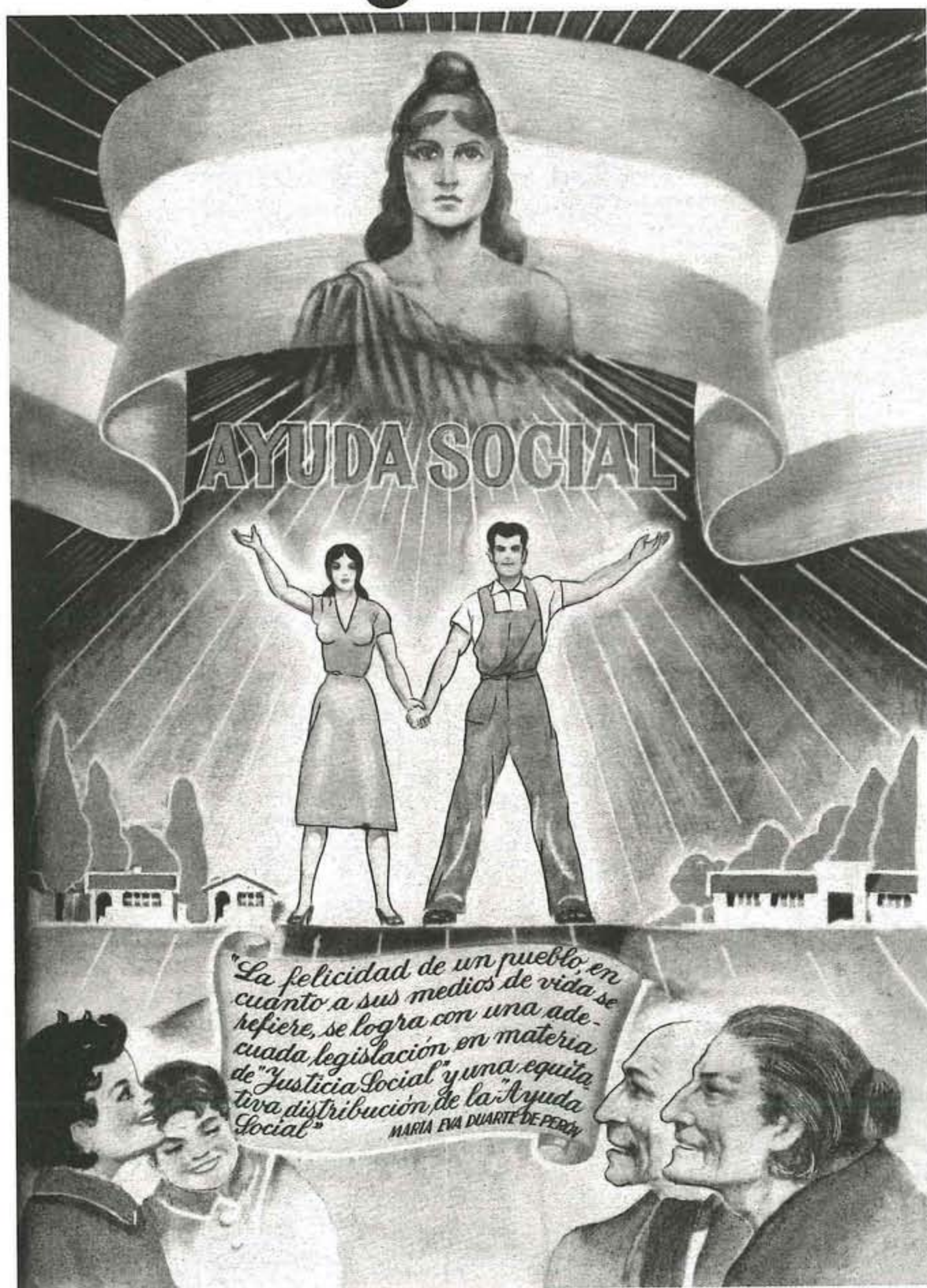
anarquistas: los unos asumen los cetros o raptan las damas, los otros descabezan (no aceptan finales de tablas sino acefalías) o bien patean el tablero llevándose al infierno toda la tropa enemiga posible. En tanto metáfora de la guerra, una ciudad es un campo de escaques: el rey equivale a la silla de Rivadavia; los peones encuentran sus sosías en las fábricas; los servicios de seguridad requieren de la astucia del alfil; y así sucesivamente. Pero Martínez Estrada también percibe el destino plebeyo y la tragedia individual en las piezas en juego.

Por su parte, la ciudad fue tema privilegiado de su libro *La cabeza de Goliat*, pero también de *Radiografía de la Pampa*. Los fragmentos que se leerán exponen la influencia de las obras de Georg Simmel y de Lewis Mumford sobre su idea de cultura urbana. Mucho antes de que Mumford fuera bibliografía en la Carrera de Arquitectura en los años '50, ya Martínez Estrada los había leído, del mismo modo en que es posible percibir la influencia de sus lecturas de Simone Weil en *Exhortaciones* y en *Cuadrante del Pampero* cuarenta años antes de que volviera a despertarse el interés por la obra de la mística francesa. En los textos sobre técnica se nota no ya la influencia de Mumford sino su preocupación desesperanzada por el destino de la libertad y la cultura en el siglo XX. Resta agradecer a la Fundación y en especial a Nydia Burgos por su hospitalidad cuando visitamos Bahía Blanca.

Christian Ferrer

LAS ILUSTRACIONES DE ESTOS ENSAYOS HAN SIDO TOMADAS DE LA NACIÓN ARGENTINA. JUSTA, LIBRE Y SOBERANA, EDITADA EN 1950 POR EL CONTROL DE ESTADO DE LA PRESIDENCIA DE LA NACIÓN

El Ajedrez



LAS PIEZAS

Se podría establecer un paralelo entre las piezas del ajedrez y el juego, según el aspecto de unas y de otros en las distintas épocas y fases de su desarrollo. Antiguamente la torre representaba un pesado elefante cargado de soldados: una fortaleza semoviente. El caballo, encabritado bajo sus gualdrapas y jaez, y el caballero a horcajadas, dentro de su armadura, en actitud beligerante. El alfil un arquero; el rey un anciano de largas barbas, regularmente ataviado y sentado a la usanza oriental. Significaba la guerra; significaba otra cosa cualquiera pero no el ajedrez.

Poco a poco fue despojándose de esa apariencia figurativa, perdiendo sus formas materiales, su fisonomía individual; para tomar el aspecto de un símbolo abstracto que solo recuerdan, como su nombre, muy vagamente, aquella imaginería de iconos.

Y aún después de haber perdido, en una metamorfosis depurativa, la torre el elefante y el soldado el cabello, su torso y sus extremidades, el rey su rostro y su actitud, atravesaron diversos periodos en que todavía los adornos eran más o menos superlativos. Para entonces podían ser elegantes con sus volados, sus cabezas enormes, sus cuerpos altos y ceñidos, llenos de morbideces, de senos postizos y de miriñaques pero con una base desproporcionadamente pequeña para su tamaño. Por fin imperó la forma elegantísima que se ha difundido bajo el nombre de un gran ajedrecista, Staunton, que ideó su configuración sobria, seria, ponderada, que invita a pensar despacio y con agrado.

No es casual la evolución que ha experimentado exteriormente la pieza de ajedrez: responde en su concepto estético a la misma ley que ha hecho al juego más delicado, fino e inteligente, menos símbolo de cosas externas y más símbolo de sí mismo.

PEONES

Son las únicas piezas que tienen espíritu de solidaridad. Tan débiles y con tal frecuencia amenazadas, que entre ellas parecen formar una colonia, un sifonoforo, a través de cuyos órganos se transmite el estremecimiento de la partida. Los peones atraen, casi siempre, la fuerza más peligrosa del adversario, aquella dispuesta a malgastarse. Sólo en contados casos participan de un plan brillante, porque la misma lentitud de sus movimientos es adversa a las evoluciones rápidas, como si obrasen más eficazmente en calidad de obstáculos. Pero a veces en un peón se afirma, como en su único punto de apoyo, una construcción temeraria; algo así como el pedazo de tierra en que se afirma el pie para dar el salto. Individualmente, no tienen casi fuerza, y tan débiles son por sí como fuertes si se unen.

Regularmente dan a las posiciones un cariz de estáticas. Se diría que los peones fijan la posición. Por eso los finales de piezas mayores en donde limitan su función a ser enteramente pasivos, tienen un signo de violencia, de dramaticidad. En cambio, las aperturas, en las que desempeñan un papel principal dan a la partida otro ritmo; un "tempo adagio". No solamente sirven de punto de apoyo a las demás piezas, sino de punto de apoyo a la concepción. El pensamiento se ase a ellos fuertemente como a los trapecios el pruebista. Dan al raciocinio y a la imaginación algo semejante a esa inconciente certidumbre de seguridad y de equilibrio que dan las piernas al hombre que marcha. Parecerían advertir al jugador que tiene que pensar con lo que está sobre el tablero y no con lo que está en su cerebro; dan la realidad.

No sólo son los más pequeños en estatura. Son también niños en la manera

simple de pensar que tienen, en la lentitud de su andar, en la actitud implorante en que viven, pues un peón está siempre con los bracitos abiertos hacia las dos casillas laterales, que son las únicas que puede atacar. También son niños porque de su destino muy poco se sabe. Tienen enfrente todo el porvenir, aunque regularmente sucumben destrozados en el tumulto de la vida. El peligro les amenaza desde ocho direcciones, desde cualquier distancia. Ellos sólo pueden atacar dos casillas, es decir: reaccionan en forma desproporcionadamente menor a cómo se les amenaza.

A los peones les es imposible recordar. No tienen pasado. No pueden regresar una vez dado el paso, ni siquiera mirar hacia atrás, como Loth y Orfeo. Miran hacia adelante, y poco, por eso tienen tanta esperanza. Pero lo que pasó, ya no les pertenece ni como recuerdo. En esto son la fatalidad, lo ineluctable; algo así como la vida misma que nada puede reparar ciertamente, que no puede ser otra vez nada de lo que fue, que no puede traer del pasado ni un día siquiera.

Dijimos que piensan poco. Tienen ideas muy reducidas y muy concretas. Ellos son casi siempre la jugada inmediata en un plan complicado. Si cada una de las ideas componentes de un plan tiene cierta dimensión y cierta fuerza, imposible no advertir que los fragmentos de ideas que les corresponden son las más flojas y cortas. Ya que dijimos pensar, diremos que si la partida es como un poema, ellos cumplen la función de los signos ortográficos, de las vírgulas. Contribuyen a fijar, a concretar el sentido, nada más.

No sólo son la fatalidad en ajedrez, sino que, para propia desgracia, son fatalistas. Tienen una pequeña idea en su cabeza esferoidal, sobre ese cuellito de gola endurecida, la llevan hacia adelante, locos de porvenir, esperando que en el reinado de los cielos (que es la novena casilla, aquella casilla que no existe) han de ser los primeros, y se dejan matar como turcos. Además, si la partida tiene un destino, ellos son los juguetes

del destino; si bien a veces, por ironía, el destino depende de ellos.

Se diría que viven en un constante anhelo de atrapar algo que valga más que ellos. Y esto enseña una máxima: que es peligroso entrar en relaciones con los que nada tienen, con los insolventes, con los irresponsables. Es verdad que a veces llegan a la máxima jerarquía; más siempre este advenimiento levanta una protesta general. Como rompen el equilibrio, entonces regularmente termina el juego. Cuando un peón llega a reina, en realidad nada más hay que hacer. Sin embargo, también este destino es triste, irónico. No es que renazcan en otra pieza mayor, sino que mueren en un rescate. Ya no son ellos: son Dama, Alfil, Caballo, pero no Peones. Mediante su trabajo y su sacrificio restituyen a la vida a un poderoso muerto. (Aquí se podría hacer una buena digresión sobre el destino de las democracias).

Todavía hay otra manera injuriosa de considerar a los peones: son piezas atrofiadas: de la torre cuando andan, del alfil cuando comen. Sí; la pequeñez, la imitación, la pobreza por todas partes. En esto también pensaba el Rey Alfonso X, el Sabio, cuando escribía: *"Pero ay algunos que usan el iogar los peones a tercera casa la primera vez, e esto es fasta que tomen ca después no lo pueden facer. E esto es a semeianza que cuando el pueblo menudo roban algunas cosas, que las lievan acuestas"*.

Si algún privilegio tienen sobre las demás piezas, el de tomar al paso, es sólo en juego con sus iguales. Pero ese privilegio, pensándolo bien, es una zancadilla.

DAMA

A mediados del siglo XV, la Dama adquiere su actual poder. Antes, con el nombre de alferce, alferza, moviase una casilla en diagonal. Es la época del Renacimiento la que le da su preponderancia y este nombre femenino que tan bien le cuadra.

Como el Rey, la Dama no tiene equivalente. Asume el poder del Alfil y de la Torre juntos, pero vale más que esas dos piezas, como un hombre inteligente más un hombre rico. Es factor de violencia, de compleja actividad, de equilibrio y de desequilibrio. En el conjunto del juego tiene función paternal, vigilante. Para ella existen peligros que otras piezas no temen. Siempre activa, cuidando de todas. Es Hércules desembarazando el mundo de monstruos, pero que a veces reposa al pie de la rueda de Onfalía. ¿Qué podríamos encontrar en la vida, en la historia, semejante a ella? En la vida es la ambición, el afán de la gloria, la fuerza violenta, difícil de manejar, de someter, de medir. Es también el amor, autoritario, veleidoso.

En ocasiones ninguna compañía es tan propicia a la Dama como la del humilde peón. A Víctor Hugo le hubiese gustado decir en verso, cómo esta emperatriz se asocia a este milico. Con toda su fuerza, sería muy poco sin auxilio. Con todo lo fuerte que es, y acaso por eso, un Alfil, un Caballo, la hacen huir. Difícilmente se proyecta aislada como el nudo de un sistema concomitante de fuerzas. Periférica y centrífuga, rara vez sirve de base a una posición, pero sí de sostén. Es el fastidio y no el cimientito. Elabora la victoria, pero gusta ultimarla por sí misma. Una partida sin Damas da la impresión de una vida de viudo. Rica en cavilaciones, en menudas aventuras, pero melancólica, sin un brillante ideal.

Es la pieza de la discordia, de la tensión de nervios de la subversión: la pieza genial. Se combina por afinidad intrínseca con el Alfil y la Torre, y precariamente con el Caballo, con ese loco lindo del tablero. A las mujeres

no les gustan los locos lindos. A ella se le deben en muchas partidas el éxito y el fracaso. Es también el símbolo de la mujer, como su nombre lo dice; no porque sea la que mayormente actúa, sino porque sobre ella descansa la sociedad, las responsabilidades de los actos; porque de ella se extraen fuerzas para luchar y consuelo para morir. Por el Rey se mata, por ella se muere.

ALFIL

¿De qué proviene esa impresión de andar subrepticio, de ofidio, que produce la manera de actuar del alfil con relación a las demás piezas? Tal vez de que suele apostarse entre peones al comienzo del juego y desde su escondrijo ejerce una acción solapada; o porque opera a grandes distancias (el recorrido de ocho casillas para el alfil es mayor que para la torre), oblicuamente, por líneas que son y además de ser, parecen al jugador de menor anchura que las líneas verticales u horizontales. La mirada, por experiencia, recorre trayectorias perpendiculares al eje del cuerpo, y por eso resulta extraña esta manera de andar del alfil, al sesgo, en diagonal. También en las calles las diagonales parecen de mayor peligro y el vehículo que va por ellas nos parece avieso, traicionero. Pero en este caso es un concepto erróneo debido a las características de nuestra marcha normal, como es igual un concepto erróneo debido al foco habitual de nuestra vista. La perfidia del alfil es cuestión de óptica, perfidia nuestra, y bastaría colocar el tablero de modo que dos de sus ángulos quedasen en línea recta ante nosotros (y los otros dos ángulos uno a izquierda y otro a derecha, como es natural) para que advirtiéramos que su andar es sencillo y legal como el de la torre. El andar de la torre sería entonces oblicuo y traicionero. (Posiblemente muchos casos de oposición simétrica en religión, en filosofía y en arte, obedecen solo a que el jugador contempla el

tablero desde esa perspectiva normal o desde un ángulo. Lo malo es que en estos tableros todavía no se sabe dónde están los ángulos). Sin embargo, por la facilidad que tiene, en muchas posiciones de abundantes peones, de filtrarse entre ellos, se justifica que el alfil tenga cierta habilidad escurridiza de serpiente.

Domina más casillas que el caballo y, en tablero vacío, tiene cuatro abismos a su alrededor, cualquiera sea su posición, así como la dama tiene ocho. Las piezas que tienen mayor afinidad con el alfil son el peón y la dama. No obstante que el peón anda como la torre, se parece más al alfil, porque su movimiento, al tomar, es como el de éste y el rasgo agresivo es, en toda apreciación impresionista y aún más en muchas clasificaciones zoológicas, fundamental. Así los animales se afilian en las nomenclaturas por sus colmillos y sus garras más generalmente que por la identidad de sus hábitos y otras particularidades. Y aún sus hábitos y peculiaridades se hacen derivar, si son afines, del colmillo y de la garra, y no recíprocamente, por una razón que aquí no es oportuno estudiar.

Uno de los rasgos simpáticos del alfil es que no se muestra tan servilmente asiduo del rey como la torre, a pesar de que lo defiende mejor. Lo defiende del jaque de dama en 4 lugares y en cuatro movimientos, mientras que la torre necesita más tiempo para igual defensa. El alfil da a las posiciones de numerosos peones un sentido estático, en comparación a la torre y el caballo. Estos, en cambio, hacen de una posición de peones algo dinámico, pues establecen con ellos una defensa de reciprocidad precaria, dado que tendrán que moverse si son atacados los peones o los caballos, en tanto que con los alfiles cierran un broche de defensa perfecto y pueden quedar fijados durante muchas jugadas y hasta durante el desarrollo de toda la partida. En cambio, la torre auxilia al peón, en su avance, constantemente, si está ubicada

detrás de éste, mientras que el alfil lo pierde de vista y lo abandona una vez cada dos. Avanzando, el peón cuenta con la ayuda del alfil al dar un paso y al otro paso queda librado a sus propias fuerzas. Es como el rengo con su muleta. Siendo el peón una pieza de valor potencial más bien que activo, por la defensa precaria y alternativa que solo le puede prestar el alfil, de ahí, entre otros motivos, la inferioridad del alfil en relación a la torre. Otras de las razones que constituyen en conjunto esa inferioridad, serían, por ejemplo: colocado el alfil en 1T solo pueden andar en una dirección, por una diagonal, la torre en dos; en medio del tablero puede tomar cuatro rumbos, como la torre, pero en los flancos, sólo toma dos y la torre tres; el alfil actúa sobre la mitad del tablero, en las casillas de un mismo color, la torre en todos; etc. La inferioridad del alfil con respecto a la torre está en los rincones, y en esto le pasa al revés que a los perros y lo mismo que a los hombres que se achican y desmerecen cuanto más se arrinconan.

El alfil sólo tiene noción de mitad del tablero, de un tablero para él completo y continuo en sus 32 casillas. Lo que no ocurre en él, es para él incomprendible. Puede ser agredido desde lugares para él inexistentes y necesariamente tiene que creer en el azar y en los ángeles malignos. El *fianchetto* es una configuración típica de la índole de acción del alfil, la figura que mejor conviene a su modalidad. Ahí permanece aislado, solitario a la manera del búho y del vizcachón. El es también un ente solitario, sin compañero, como la Dama y el Rey, pero más tristemente, porque si bien hay dos alfiles por bando, cada uno recorre diferentes casillas y no se encuentran jamás. Son dos amigos que colaboran en un plan, que acaso por

las luchas, según van acaeciendo en el tablero, tienen la certidumbre de que existe ese compañero invisible, ese amigo espiritual que no encontrarán nunca. Esta amistad de los alfiles, es triste y al mismo tiempo confortante; bien distinta de la de Aquiles y Patroclo, de Nyso y Eurialo, de Goethe y Schiller; amistad de compañía, de amparo, de reciproco aliento. Es la amistad que nada espera y que nada puede dar, es la amistad del poeta con el alma de alguien que le entiende, le admira y le ama, en otro país, quien sabe dónde, es el amor más puro que el de Dante por Beatriz, que el que Diotima acaso tampoco sospechó, aquel completo en la soledad del amante, ese amor de ausencia, de distancia definitiva e insalvable a que está consagrada alguna página de Maeterlinck. Son las dos almas gemelas, hechas acaso para una total y purísima felicidad, imposible materialmente, en el espacio y en el tiempo.

REY

Prescindamos aquí del nombre majestuoso de esta pieza; que alguna vez pudo significar la suprema jerarquía, pero que tan a menos vino a medida que el juego fue enriqueciéndose de valores y distribuyendo las fuerzas, equitativa e inteligentemente, en una distribución verdadera del trabajo y de la responsabilidad. También éste rey fue siéndolo menos cada vez, conforme el saber del jugador fue entregando a cada uno de los trabajos una porción de ese caudal que él poseía y enpleaba según los dictados de su conciencia, para dejar que aquellos adquirieran, por decirlo así, cierta vida independiente y social.

Ahora el rey es, utilitariamente y dentro de las escalas de los valores ajedrecísticos, una de las piezas más torpes, más extrañas a los altos planes, a los designios superiores. En cambio de su dominio temporal y terrenal, le queda un indiscutible imperio ideal, acaso mayor que el que nunca tuvo; allí gobierna y dirige el juego, casi ausente, como si no existiera. El da

sentido a lo que ocurre en la partida, de por sí inexpresivo. Se diría que se le conserva porque aunque es como el alma del ajedrez, sin él carecería de vida. Acaso los hombres también hayan inventado a los dioses para que hicieran en la tierra lo que ellos de por sí no podían, y después para dar sentido a todo aquello que no lo tiene; para dar unidad a esta agitación incesante, a este combatir y a este estorbarnos que resultaría demasiado irracional y bárbaro de carecer de reverso místico.

En muchas partidas que terminan en tablas, los reyes en sus casillas iniciales o en el asilo de un enroque, en el sitio que antes ocupaba el caballo, ¿qué significa el rey? Se combate por una sombra contra una sombra. Pero esa sombra da tono, brío, emoción a la partida; la hace dramática, y ese es el objeto de todos los fantasmas.

El rey tiene un valor negativo para las propias piezas y positivo para las contrarias. Es, quizás, la única pieza que da valor a las rivales. En el sistema del que forma parte integrante, es el punto vulnerable, sobre el que gravita la fatalidad que se cierne sobre el juego. La casilla que él ocupa adquiere un valor negativo, de menos cero, al tiempo que para el contrario es la casilla de máximo valor, la casilla que, en verdad, concentra todos los valores. Tomar esa casilla, cualquiera que sea e inevitablemente, es el fin del juego: es el jaque mate.

Dice Capablanca en *Chess Fundamentals*: "El rey, pieza defensiva en el medio juego, llega a ser ofensiva al desaparecer las piezas, y aún cuando quedan una o dos menores. Las maniobras del rey son de suprema importancia en los finales". Su fuerza aumenta hacia el ocaso de la partida; se alza formidable sobre las ruinas. Entonces entra a combatir, a la manera de los dioses de la *Ilíada*.

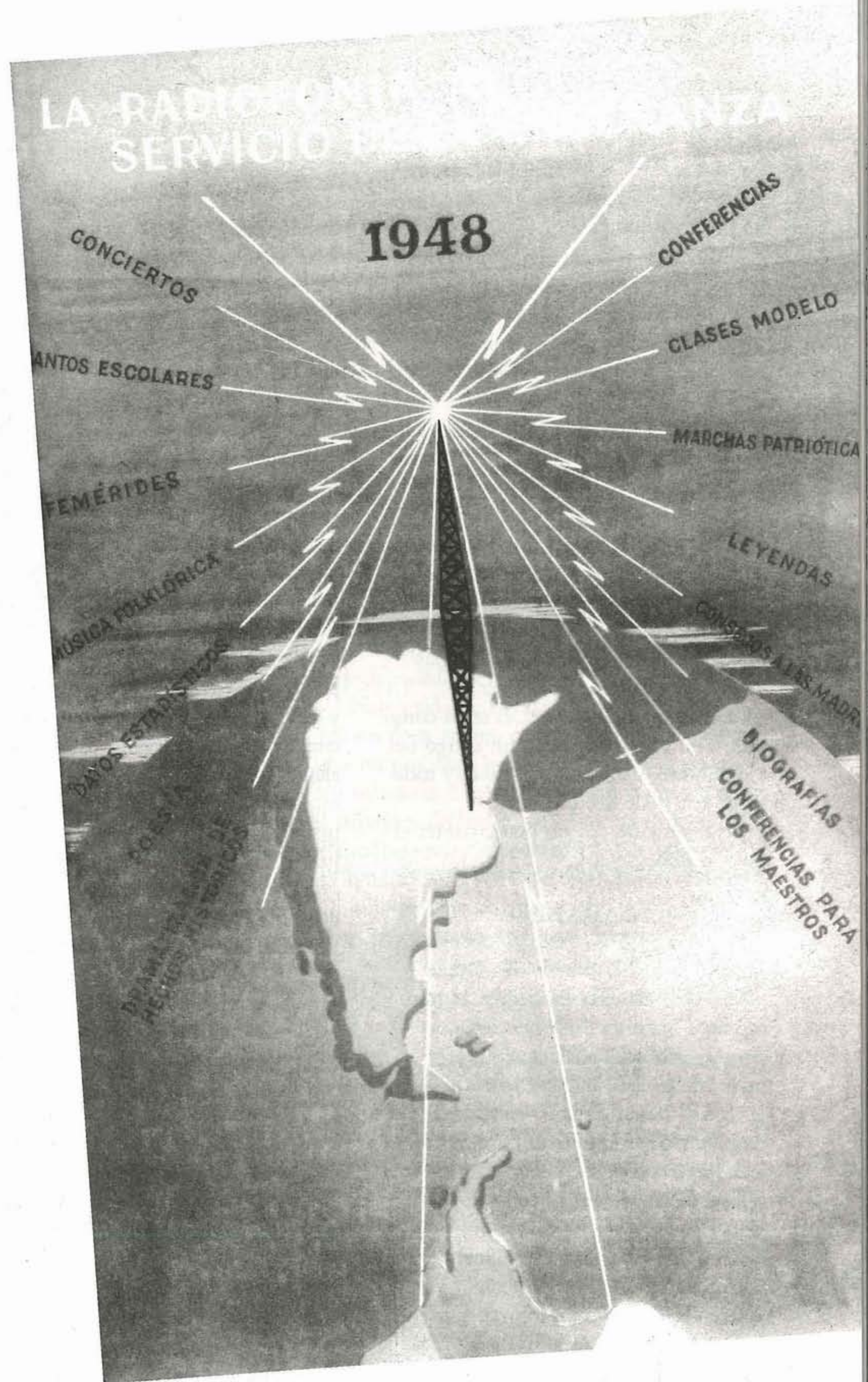
Como toda cosa inútil pero inevitable, como toda manquedad absolutamente necesaria, ha terminado por asumir un papel preponderante. Se juega para él o contra él. Y si bien es un óbice, una remora y la causa

infalible de toda derrota, el ajedrecista no concibe, en el mecanismo de la partida, que pudiera jugar sin él. Ha ingresado al núcleo de las cosas esenciales y jamás se le ocurre dirigirle un reproche, ni pensar siquiera que el juego hubiera tenido mejor suerte de no existir ese punto vulnerable, ese enemigo en su bando.

Quizás la inteligencia termina también por convertir en ídolo cuanto ha sido para ella peligroso o perjudicial ineluctablemente, concluyendo al fin por conferirle un significado vital como único medio de conjurar ese peligro. Lo mejor para evitar que una idea nos perturbe es adoptarla como una convicción. ¿No ocurre con los errores supersticiosos, con los fantasmas que invaden la mente (*idola tribus, idola speculo, idola fari, idola theatri*, de Bacon) lo que con los venenos, que por un adecuado suministro (por una *inteligente* ingestión), se incorporan a la salud y defienden la vida? ¿Será, como la moral, algo en cierto concepto nocivo pero que al cabo toma un valor positivo, y sirve de diástasa? ¿Quién de nosotros no tiene en el ajedrez de sus creencias un rey que socava sus más fuertes posiciones, pero sin el cual ya no es posible seguir jugando ni valdría la pena seguir combatiendo y defendiéndose?

TORRE

Suele permanecer en su casilla inicial durante muchas jugadas, y aún durante el transcurso de la partida. Esto prueba su poder conservador, de reserva. Su fuerza aumenta a medida que va quedando sola. El proceso de la partida con sus vicisitudes la va fortaleciendo, y medra a expensas de la calamidad pública. Es un buen político. Es la pieza de confianza, el capital colocado a rédito. Es la única



pieza que tiene con el rey un movimiento exclusivo: el enroque.

Pieza veraz, sin doblez por excelencia, la más simple, la de menor misterio en su acción y en su porvenir. También la más fácil de comprender y la más difícil de manejar. Por su sencillez, se empareja mal con las otras piezas, excepto con la dama, que es medio torre. Opera desde lejos, rehuendo el trato directo, corporal. Pieza de los pases solitarios por las grandes avenidas, con mucho de filósofo a lo Juan Jacobo. Ella lo que quiere es que no le formen corro los chicos.

También la torre es el sentido común. Cuanto más avanza, más en peligro está y toda complicación le es funesta. Es la que exige menos pensamiento en su manejo, la que obedece más dócilmente a las reglas evidentes que tiene el ajedrez.

En las últimas casillas, es terca como un perno y temible como un amigo fiel e ignorante. Con toda su altivez y todo su poder, suele dejarse matar miserablemente por un peón, contra el que no tiene defensa.

CABALLO

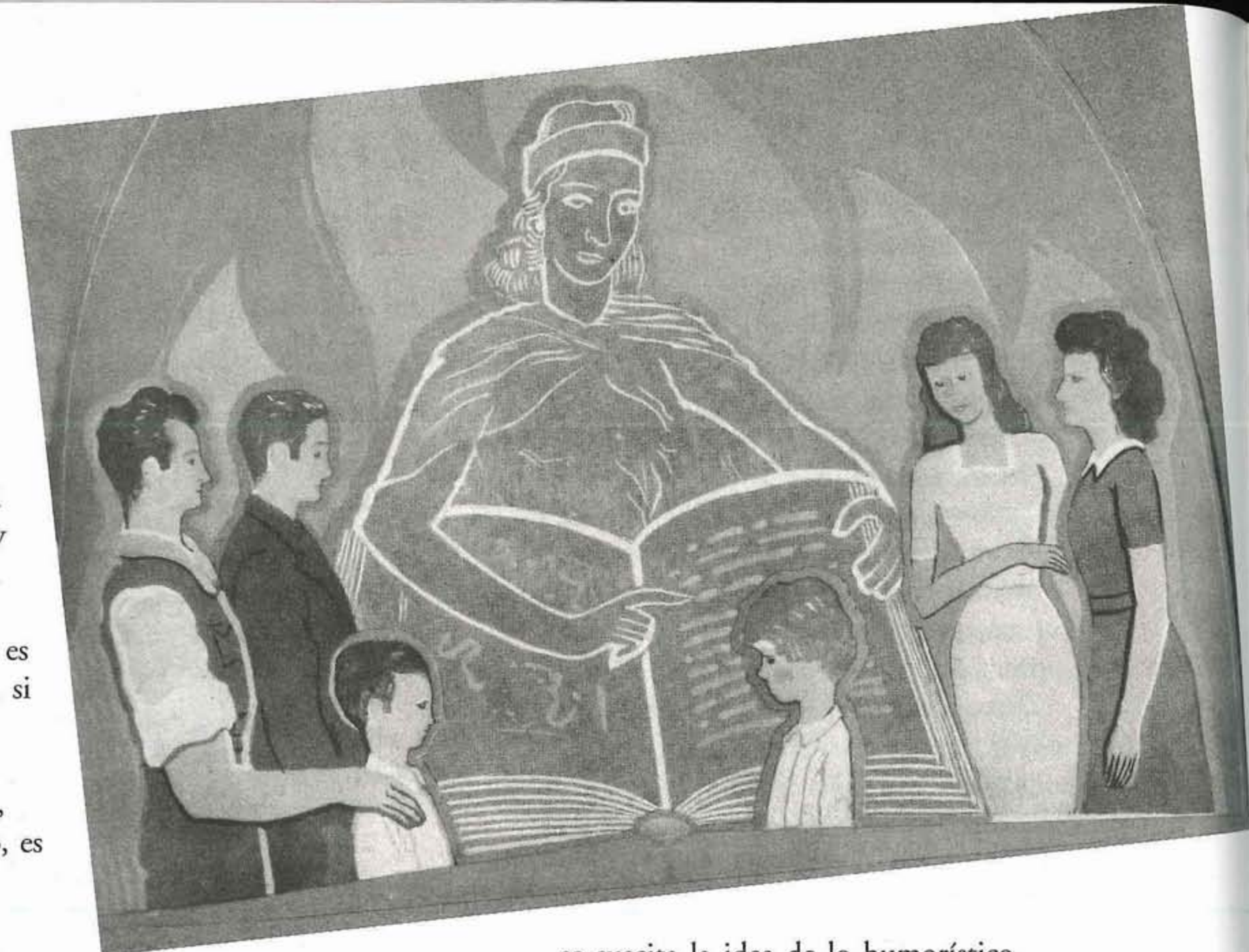
El más lírico, el más irregular: la piedra de escándalo en ajedrez, el hijo pródigo. Siembra el desconcierto, porque cada salto suele a veces ser mitad de su movimiento, es decir, que se reserva mitad de lo imprevisto. Todas las piezas saben que es capaz de una mala jugada. Por su movimiento típico, característico, difiere de toda las otras piezas. Se diría elaborado de otra materia. Su salto irregular sólo se normaliza en una serie de movimientos; el se da la simetría a sí mismo. Dada la forma del tablero, su salto no sigue las direcciones usuales de columnas o

diagonales ni, considerado el tablero como de dos dimensiones, la trayectoria del proyectil. O pasa por el tercer plano y entonces crea la noción de volumen que es innecesaria o, si se admite el sistema cuadrículado, hace un codo, es decir, una broma. Dos caballos no pueden dar mate, así son de puros y de especulativos. Son fuertes en un conjunto de piezas, donde ellos pasan como elementos de agitación.

Contrasta con nuestro modo de ser y de pensar; es menos lógico que la torre y el alfil, para el sentido común. Sólo una lógica superior puede someterle a ley, justificarlo, y entonces se ve cómo se adecúa al tablero.

Es la única pieza de movimiento circular, periférico; corresponde al círculo en una geometría plana. En realidad sólo convencionalmente podemos suponer que recorre un trayecto en forma de L. Va contra la ley de inercia. Los cuerpos no recorren esa trayectoria, ¿acaso hace él un movimiento y medio? Orientando el tablero de derecha a izquierda, o según los puntos cardinales, se diría que no sigue ninguna de las seis direcciones posibles. Se diría que vive equivocado, que hace mal sus cálculos. Hay mucha gente así. El caballo no clava piezas. Nadie puede hacer lo que él, ni él lo que los demás.

El único trabajo sobre emociones, en que



se suscita la idea de lo humorístico, está hecho a base de saltos de caballo. Sin embargo, si el tablero tuviera 81 casillas sus movimientos serían más fáciles y naturales. ¿Será una pieza para tablero mayor, y al achicarse, se encuentra como perdido?

A LA CIEGA

La partida sin tablero ni piezas habría de ser la verdadera. La que se juega con piezas es propia de ciegos que necesitan palpar y ver, guiarse materialmente, no mentalmente.

SOCIAL

Si debiéramos definir como sociedad al ajedrez, diríamos que es más bien una democracia que una monarquía, a pesar del rey. La desigualdad nata entre las piezas no les da jerarquía perpetua: depende del uso que hagan de esa superioridad. Cada una rinde según sus posibilidades y recibe según sus necesidades. Pero sobre el interés individual está el social. La acción es siempre solidaria, tendiente a la defensa de un principio (el rey) y jamás individual.

Las piezas mueren con el convencimiento del sacrificio por el bien común. Hasta las piezas sacrificadas toman parte en la victoria. Más que la pérdida de las fuerzas materiales, la derrota parece ser la pérdida de la fe y la esperanza. Cada pieza tiene "su" destino completo, igual en eso al de cualquiera de las otras; pero siempre en función de otras. Se puede dar mate con un peón o con la dama. En la evolución de la partida, las piezas de menor valor lo aumentan, las mayores regularmente desaparecen antes. La libertad de acción de cada pieza es el deber de hacer lo que conviene. La máxima libertad es el máximo sometimiento a las leyes. Las piezas contrarias obligan también a la solidaridad.

Pero una de las cosas más interesantes es que no pueden tomarse las propias piezas; de estorbar, deben ser sacrificadas al enemigo. Ninguna pieza puede desalojar a otra de su bando. Es su derecho al sitio en la partida (propiedad). No se pueden sacrificar entre sí las piezas, pero se condenan al retiro, a la inacción. La pieza no salva su vida si no interesa a todos. Los peones son muy fuertes porque valen poco.

Sólo aparentemente el jugador acciona sobre las piezas: son estas más bien las que accionan sobre el jugador. Aunque la inteligencia del jugador configure la posición, es la posición la que limita y dirige el pensamiento. El creador obedece a su obra. El jugador es un instrumento, más o menos útil y eficaz, de la posición de las piezas.

Las piezas, la partida, viven una vida autónoma que debe tener algún sentido. Comparar la partida de ajedrez a la vida o a la guerra es una grosería. Una partida se puede comparar a otra. No obstante, el mecanismo, la vida que en la partida se refleja, tiene la del hombre que la

juega. Arnous de Riviere dijo a A. Binet que a través del juego adversario podía distinguir la naturaleza y el temperamento del mismo. La partida es un producto puro de la inteligencia con sus impulsos o líneas de carácter. Pero sin comparar se puede comprender también. Entre la matemática y la naturaleza hay una relación que se expresa en la física; entre el ajedrez y la inteligencia del hombre se cierra el ciclo; el ajedrez es la forma de operar la inteligencia con elementos arbitrarios.

Lasker fundó toda su didáctica y acaso su ciencia como ajedrecista y su filosofía como filósofo, en el concepto de que el ajedrez es mental y estratégicamente idéntico a la guerra. Vio en cada bando un ejército, en las operaciones una táctica y hasta usó el vocabulario militar.

Más correcto era relacionar el ajedrez con la sociedad. Su teoría de que la cultura y la vida son lucha (Spengler, Darwin) le privó entrar en la filosofía y acaso perjudicó a su filosofía misma. La guerra es un estado crítico de un estado normal. El ajedrez, que acaso nace de esa representación, corresponde al estado profundo del hombre: el que produce también la guerra, sin duda, más también el que engendra hijos, compone sinfonías, fabrica alimentos, sostiene asilos. La guerra es un aspecto de lo social: como asimismo la cultura, el ajedrez, el amor, la industria.

Con la misma razón con que se lo vincula a la guerra se lo puede vincular a la mecánica

y a la sociología.

¿Qué vemos en el ajedrez que se parezca a otras cosas, qué analogía hay entre el procedimiento de jugarlo y otros?

Vemos un conjunto de figuras que forman una estructura dinámica, mancomunadas para actuar contra otro conjunto igual. Si se ve rivalidad entre cada uno de esos sistemas, sólo se toma un aspecto de la partida: la partida es armonía, equilibrio, solidaridad. Cada sistema constituye la realidad del otro; se conjugan lo actuante y lo resistente, ¿por la lucha? Sin duda. ¿Es esto la guerra en el tablero? Es mucho más: es lo social.

AJEDREZ, ALEGORIA DE LA GUERRA Y DE LA VIDA

En muchas lenguas una misma palabra significa guerra y ajedrez. Admite generalmente entre ambos el místico parentesco que existe entre la realidad y la alegoría.¹

Habrà sido en sus comienzos un simulacro teórico de la guerra, pero hace mucho tiempo que no simboliza la guerra y que ha tomado un sentido que le es propio, infinitamente más complejo y diverso en su estrategia y en su táctica. Además, importa poco cuál haya sido su origen; hay objetos de culto que tuvieron un empleo primitivamente obscuro; utensilios domésticos que se inventaron con propósitos criminales; objetos de arte con un significado

¹ No es sólo en las leyendas antiguas, desde su invención por Palamedes, en el sitio de Troya, o de Sissa Ben Dahir que lo inventara para el rey Balhib, pidiéndole como única recompensa un grano de trigo por la primera casilla, dos por la segunda y así, duplicando la cantidad cada vez, hasta las 64 que forman el tablero, con lo que se llegaba a la suma fabulosa de 18,446,744,073,709,551,615 granos de trigo; no sólo en la leyenda, sino autores contemporáneos, profundos técnicos del juego, como Franklin K. Young, que en su "The Grand Tactics of Chess", dice que "la estrategia de ese juego está basada en la clasificación y en el arreglo sistemático de la experiencia de los grandes estrategas militares", y cita a Ciro, Epaminondas, Alejandro, Aníbal, César, Juliano, Belisario, Timur, Gustavo Adolfo, Turena, Condé, Eugenio, Federico, Washington, Napoleón y Von Moltke.

litúrgico y bárbaro; pero todos están purificados por el uso del hombre y como el hombre que los usa han pasado a otro plano superior.

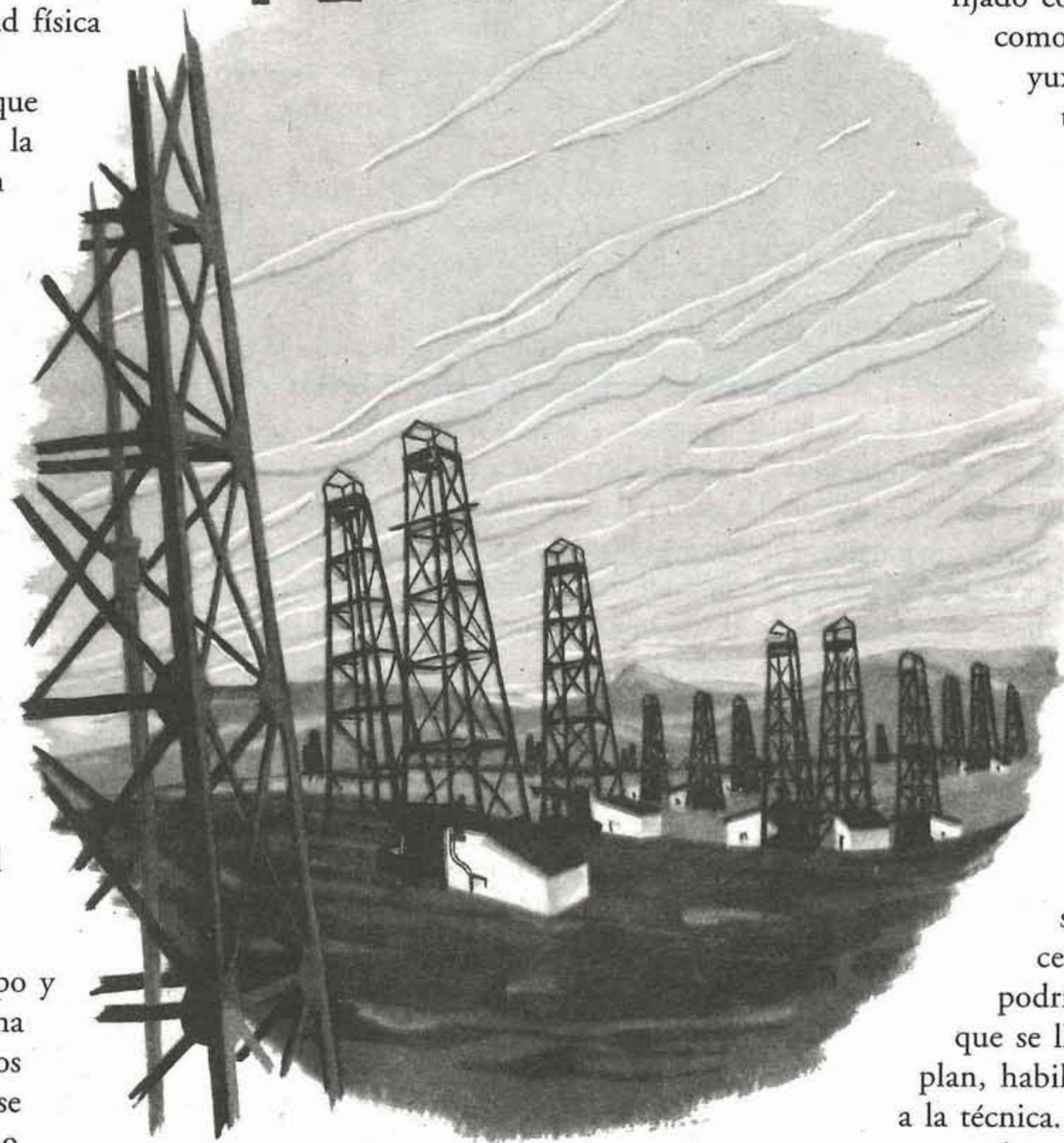
Si legítimamente el ajedrez pudiera aun compararse a algo por íntima similitud, es con la vida, con la sociedad; y más que nada con lo que la sociedad y la vida va formando, como productos que todos son de la actividad física y mental en su historia.

Con la misma razón con que Franklin K. Young, citado en la nota precedente, compuso en su *Chess Strategic Illustrated* la batalla de Waterloo, hubiera podido reproducir una tragedia de Shakespeare, o de Ibsen, una novela de Stendhal, o de Dostoievski. El hecho de que se haya encontrado el equivalente, en el tablero, los lugares geográficos y a los hechos militares de aquella batalla, sólo demuestra que se halló la manera de expresar por medio de maniobras de ajedrez cierto orden de desarrollo que coincide con el orden en que ocurrieron los hechos, según las tres coordenadas de espacio, tiempo y fuerza. Se estableció un sistema de signos paralelos y simétricos como hubieran podido trazarse otros acontecimientos, físicos o psicológicos.

Empero, hay situaciones en nuestra vida, conflictos, circunstancias de pro y de contra, problemas que hemos de resolver con nuestra conducta, que sugieren a veces con inevitable semejanza, una partida de

ajedrez, o un problema, como si esas situaciones fueran susceptibles de convertirse en juego y de adquirir evidencia tan cabal por el mecanismo de las maniobras como pudieran tenerla mediante la

Nuestro PETRÓLEO



palabra. Y todo esto, quizá, porque la vida es también un juego, complicado y sin otro sentido, en última instancia, que su mismo desarrollo, que su proceso al transcurrir.

TECNICA

Como el pianista, el ajedrecista ha incorporado su técnica a lo subconsciente. Le Bon, entre otros, cree que todo conocimiento ha de pasar a la subconsciencia, es decir, integrar el caudal de materiales primos que elabora la conciencia, para que realmente quede fijado como adquisición propia, no como mera agregación o yuxtaposición. Hay en ajedrez una cantidad de nociones que se adquieren mediante el estudio y también por la experiencia, que el ajedrecista emplea sin pensar en ello. Sería imposible que en cada caso se representara en forma concreta estas reglas para aplicarlas. Las ha absorbido en la contextura de su pensar ajedrecístico y suele utilizarlas sin representárselas concretamente. De ahí el sentimiento de la posición y el procedimiento a seguir para explotarla, que reviste a su conciencia el signo de una certidumbre que difícilmente podría discriminar. Mucho de lo que se llama intuición, acierto en el plan, habilidad para combinar, se debe a la técnica. Cada arte como cada ciencia, como cada acto sumido en la subconsciencia por el hábito (andar, hablar, gesticular) tienen su técnica que en los tiempos del aprendizaje es evidente, hasta que después se olvida. Es decir se reduce a un estado de ánimo, a una emoción recóndita, sin revestir formas concretas cuando se utilizan, pero susceptibles de

análisis objetivo, de recomponerse en sus elementos primitivos. De la calidad de los elementos absorbidos por la subconsciencia y del mayor grado de pureza y de integridad con que se haya absorbido, nace un timbre, un matiz especial en esa técnica, que llamaríamos el estilo: cierta concepción uniforme que campea a través de las concepciones más diversas, como los esquemas sobre los cuales se aplica la construcción. Estilo en ajedrez es modo de emplear la técnica subconsciente con arreglo a las necesidades de cada caso; estilo es en ajedrez como en arte lo personal que ha impreso su propia índole a lo adquirido, el sello de paternidad con que se descubre al mundo exterior lo que ese mundo exterior había captado y digerido del mundo interno.

LA PARTIDA VIVA Y LA PARTIDA MUERTA

Dijo Alekhine aludiendo a Reti que el ajedrez nuevo, el de última hora, es un ajedrez esencialmente dinámico, y encontraba una frase muy gráfica para determinar esa impresión compleja, diciendo que en las partidas nuevas se nota que vibra todo el tablero.

Es verdad; reproduciendo una partida jugada el último cuarto del pasado siglo, se ve una atención concentrada a ciertas zonas del tablero y como el olvido o el desdén e otras partes que quedan como en la sombra, amputadas. En cambio la partida concentraba todo su interés en una línea de ataque o de defensa, o de las dos cosas, más o menos clara, palpitante, llena de emoción acaso excesiva. Por un azar de las posiciones, o por agotarse el provecho que habría de extraerse de

la anterior, veíase gravitar el juego, con todas sus fuerzas, hacia otro flanco que entonces se iluminaba y vibraba, para dejar en una ociosidad opaca otras zonas. Diríase que eran como focos, a veces de luz intensísima, que se proyectaban sobre el tablero.

Una partida de ahora es por lo pronto, de un plan más concertado y amplio. No hay punto, en realidad, que no sea susceptible de ser ocupado por una pieza y de convertirse en eje del sistema. Todo el tablero está animado, vibrado de fuerzas coordinadas, de intenciones, de amenazas. Acaso de eso provenga la impresión inefable que se experimenta reproduciendo partidas de los maestros de fines del pasado siglo. Una impresión de cosa lejana, de voces ya extinguidas, veladas por esa decoloración de las telas y de las fotografías antiguas. Tienen además, una fisonomía distinta y un alma que sólo intima con las nuestras en las tardes de lluvia, o con un poco de sol desvanecido, de ese que a veces nos echa por la ventana el buen sol de nuestros quince años. Impresión de otros gustos, de otras inquietudes.

Sin embargo aquellas fueron las partidas vivientes en su tiempo y difícilmente se hubiera podido imaginar un mayor dinamismo, una vitalidad más agudizada. Tuvieron en su época el valor de expresar una modalidad común, generalizada, de despertar en los espíritus el máximo de simpatía posible: eran partidas vivas. Hoy están muertas, como la literatura coetánea de esas partidas. Tienen para nosotros más bien un valor documental, erudito. Imposible reproducirlas sin relacionarlas con lo que se ha hecho después en ajedrez, de extraer una consecuencia de índole filosófica, de utilizarlas como expresión de cultura tan sólo. Sí, son historia, son pasado. Los cerebros que las compusieron se han disgregado ya, los corazones que se estremecieron al crearlas tienen desde hace mucho tiempo el sagrado reposo de la tierra.

Así pasa con todo. Estas partidas de Alekhine, de Bogoljuboff, de Niemzovtch que nos conmueven totalmente, parecerán acaso, dentro de unos años, como obras frías, de museo, de cultura. Otros hombres las reproducirán y advertirán que si bien hacen vibrar todo el tablero, es con el estremecimiento de las aguas bajo el viento. Y ellos, con nuevas partidas, se agitarán más profundamente, porque el tablero acaso tenga para entonces otras zonas, otros planos vibrantes, que ahora están completamente estáticos, neutros, oscuros.

ARTE

La música, una vez realizada en la sinfonía, la sonata, etc., está terminada; ha cumplido su fin provocando en el que escucha (o simplemente la lee), todas las complicaciones sentimentales y técnicas de que es capaz. No tiene aplicación inmediata a la vida ni a las cosas. Cierra en sí misma un circuito puramente subjetivo, sin dependencia ni superintendencia con lo exterior.

Menos abstracta, la literatura mantiene dentro de su mundo aislado conexiones con la realidad ambiente. Sus raíces subterráneas se nutren de realidad. Es imposible, a pesar de los esfuerzos de los simbolistas, despojar al verso de su carga de realidad, de sus imágenes ópticas y acústicas, por cuyo medio se evoca en cada imagen, en cada metáfora, el mundo. Los esfuerzos del poeta son extraordinarios para desprenderse de esa influencia. La índole misma de su lenguaje, la palabra, está saturada de realidad, de vida.

La danza, acaso, empleando como signo de expresión el cuerpo humano en actitudes que violentan en su misma idiosincracia el ademan, el gesto y la actitud cotidianos, inexpresiva de nada que no sea arte, está más desprendida de los signos pragmáticos. Si no envolviese a la emoción que suscita en un subconsciente, una remota atmósfera sexual, equivaldría a la música. Música y danza son, en esencia, artes

abstractas, y los griegos lo entendieron al asociarlas indisolublemente.

La pintura, la escultura, la pantomima, artes reproductoras por excelencia, son inferiores en cuanto a la pureza y exclusividad de los signos de expresión que emplean. En ellas hay que buscar el arte (la expresión de su mundo propio) capitalmente en la técnica.

El ajedrez no necesita, en absoluto, la realidad. Haya sido o no en sus orígenes, emblema de la guerra o de la vida, como puede serlo aun la música de los pájaros, ha cerrado en sí mismo el círculo de las representaciones. En realidad no representa nada, se presenta a sí mismo. Expresan ideas, expresan ajedrez. Y esas ideas obedecen a las mismas leyes que presiden toda otra actividad mental. Es el hombre quien lo juega, pero el hombre en tanto juega, que no es todo él. El ajedrez no absorbe al mundo interior la realidad externa. Mas bien proyecta hacia afuera una realidad ideal. Y esa obra, objetivizada en la partida es a lo mas un diagrama, un sistema de signos, un plexo de símbolos, sin utilidad, sin forma plástica o rítmica en función de los sentidos, sin contacto con nada de lo existente.

Lo que se dice aquí del ajedrez se podría aplicar a toda otra actividad intelectual que no tenga otro fin que el mismo ejercicio: la metafísica, la teología, son también ajedrez. La matemática pura, en tanto opera con símbolos abstractos prescinde en absoluto de la realidad dentro de la cual está condicionada, lo es también. Ajedrez solitario, sin vida, sin voluntad, sin la emoción de la creación, del peligro, de la victoria. Lo que se dice del ajedrez se puede aplicar a cualquier juego que lo sea en sentido cabal.

Pero la ciencia no es todo en ajedrez, ni es todo en ninguna otra

esfera de la actividad intelectual. Junto a la ciencia, y como aquella mitad que en los cuerpos queda en sombras cuando se los ilumina, está el arte, que acepta cuanto la ciencia declara no haber monopolizado.

También en ajedrez todo lo que no es ciencia es arte. Alekhine considera como arte ese juego, implícitamente, al calificar de artistas a los maestros. Teóricamente, del ajedrez está excluido el azar; se opera con datos concretos, mediante el cálculo, en posiciones que no admiten otro desarrollo que el implícito en ella. El azar no sólo es lo que escapa a lo concreto y al cálculo, sino lo que parece zafarse clandestinamente de las leyes comprobables, lo que en cierto modo es imprevisible prácticamente. Acaso el azar, el libre arbitrio, esa facultad de elaborar caprichosamente la realidad, es factor esencial del arte. El único elemento de azar en ajedrez es el jugador, no sólo el jugador que sigue su plan, con todo lo precario o seguro que puedan ser sus conocimientos, sino el jugador que trata de frustrar ese plan, poniéndole otro o valiéndose de él para hacerle fracasar. Cada partida es el producto, la resultante de dos inteligencias en pugna. Las reglas del ajedrez, que cada cual conoce ajustándose a ellas, no turba la libre creación, la personal interpretación de cada posición. Cuando es aporte personal del juego, cuanto resulta de su contribución subjetiva al tratamiento de la posición, es arte y no ciencia; cuando se juega, el ajedrecista no recuerda más de su técnica que el violinista o el pianista de sus estudios previos: todo se ha disuelto en el acervo de su subconsciencia y en la superficie de conciencia sólo aparece como la reverberación de ese horno en que se funden diversos metales aleados.

Parte de la dificultad para concebir el ajedrez como un arte consiste en que ninguno de los teóricos de la Estética ha tomado en cuenta, en sus sistemas, para compulsar los valores artísticos, una obra creada por la inteligencia.

Ciudad



En términos generales todo ciudadano es un soñador de lejanías. La melancolía es su estado natural, como en los animales de selva que languidecen enjaulados. Su alegría es también melancólica.

Toda civilización se parece al trabajo de paciencia de un presidiario; por ejemplo: la carabela dentro de la botella, que puede perfeccionarse hasta reproducir con su medio millón de partes combinadas en miniatura, la carabela verdadera. A falta de paisaje (es decir: en la orfandad de la Madre Naturaleza) exige parques, amplias avenidas, la penetración de la luz y del aire en el recinto cerrado. Bosques, lagos y montañas se reproducen en pequeño, como la carabela de los viajes imposibles en su fanal. Los urbanistas ensayan ahora nuevos tipos de ciudades-parques donde se hallarían bien dispuestos y ordenados los sucedáneos de los ámbitos agrestes. Pero el paisaje urbano sustitutivo que no aplaca la nostalgia de más de un millón de años de vida entre los árboles, entre las piedras, junto al río, elaborando la mecánica mental del sucesor cautivo.

La ciudad es un reducto de donde la naturaleza ha sido abolida. Restan sólo detritus de ella que, como los árboles de las plazas y el efecto de la intemperie en los metales, se acusa en el alma del hombre. El lugar de la naturaleza, sus leyes e imperativos, rigen la ordenación arquitectónica y sanitaria, los edictos y reglamentos, las obligaciones, los pactos escritos.

En este mundo de ladrillo y madera, el hombre se limita a un servicio por un salario. Los deberes que tiene el hombre, los que se le predicán por el diario y los órganos específicos de comunicar la voluntad despótica por comandos impersonales, se limita asimismo al cumplimiento de normas elementales y ajenas a su ser, a su misión. Se dirigen en general a entes que componen una sociedad anónima. Este pobre ser no sabe para qué vive, ni cuál es

su verdadero destino. Pieza suelta de un mecanismo, es una mercancía que se compra y se vende. Lo mismo que el obrero que fabrica algo, lo que está haciendo poco tiene que ver con lo que ha de hacerse con eso que está haciendo. Ha dejado de ser ya una máquina que produce una mercancía, para convertirse en una máquina que produce máquinas. Para qué sirven él y esa máquina, lo ignora. Mejor dicho, tiene una turbia y (frustránea) noción de que sirve para construir un artefacto enigmático cuyo empleo final le es absolutamente incógnito.

No es difícil comprender, pues, que la plaza suscite en el hombre una reacción íntima, como si removiera en su conciencia los escombros y detritus depositados por la cotidiana vida mecanizada. Paseando por el jardín botánico, el zoológico o los lagos y parques puede considerarse a sí mismo como un ser enjaulado, como un árbol de otro clima.

Una de esas reacciones de liberación y arrepentimiento ha sido expuesta con lucidez meridiana, y realizada trágicamente en sus propias vidas, por Kierkegaard y por Dostoievski: es la confesión pública, en la plaza o en la bocacalle, de pecados sociales más que individuales, que se mantenían herméticos en la conciencia corroyendo el alma. El ansia de fuga y de salvación obedece al despertar en cautiverio. Es también la búsqueda de Dios en la muchedumbre desconocida y el impresionante consejo de Sonia a Raskolnikoff: encontrar un hermano confesor en cualquier desconocido transeúnte. Es una nueva conciencia que renace por necesidad de liberación y de regreso a las fuentes.

Asimismo, en cierto modo la ciudad es por sí, por el hecho de existir, una destrucción de naturaleza, de paisaje (de

verdad y de belleza). "Al fin se inicia la urbe - escribe Spengler-, la urbe gigantesca, la ciudad como mundo, la ciudad que debe ser sola y única." Y comienza también la labor destructiva de aniquilar el paisaje. Antaño la ciudad se entregó a la imagen del campo; ahora la ciudad quiere reconstruir el campo a su propia semejanza. Y los senderos se convierten en vías militares, los bosques y los prados en parques, las montañas en puntos de vista panorámicos.

Se establecen también belvederes para que pueda contemplarse la ciudad como paisaje, integrando en calidad de accidente geográfico un panorama de mayor magnitud. El espectáculo de la urbe de construcciones sólidas y geométricas quisiera suplantar en el alma del habitante la visión grandiosa de la naturaleza con sus creaciones variadas, insospechadas, libérrimas.

El jardín botánico y el jardín zoológico esclavizan con otra fuerza el destino penitenciario del hombre, árboles de diferentes climas, animales de diferentes regiones, y junta el mal al desierto en sus hijos más fieles. El hombre encerrado y libre ve con conciente placer al oso polar junto al tigre, al oso hormiguero cercano a la foca. Es lo mismo que la ciudad ha hecho con individuos de los trópicos, de los hielos, de las ínsulas. La flora se reúne con la misma absurda ley de la contigüidad, y en ese parque están juntos, al fin, la palmera y el pino. La ciudad crea de ese modo un medio ecológico y un «hábitat» artificiales para las plantas y las fieras, como crea los microclimas artificiales en las distintas zonas de la urbe. De ese modo hasta la naturaleza, sin ser destruida (único procedimiento de dominio descubierto por el hombre hasta hoy), ingresa como cautiva, viviente, en la ciudad, en el mausoleo de los vivos. Pero también debe advertirse que se opera una inversión de más graves alcances porque ha de perturbar, supongo, partes muy sensibles de cuanto en el hombre descansa en la fe, en la inalterabilidad de las leyes

naturales. «El convertir en un "slum" metropolitano es un barbarismo más grave que el de transformar una zona metropolitana en una selva enmarañada. Cada tipo de paisaje tiene un significado especial para el hombre-civilizado» (Mumford).

Waldo Frank ha podido reflexionar sobre la «jungla urbana» de las urbes frías y hostiles de Norteamérica. El hombre se encuentra consigo mismo en un juego brutal y quiere liberarse racionalizando su carencia de lo humano y natural. Lo ansía desesperadamente. La arquitectura claustral antigua cede a una forma de liberación. El arquitecto procura hoy restituir al habitante un medio natural y urbano, eliminando paredes.

* * * * *

La naturaleza que debía rodear a la ciudad, ser su paisaje exterior, se convierte en elemento interno constitutivo de la ciudad. Correlativamente, el minúsculo jardincito de los fondos, la parra que sale por el hueco de una baldosa, las macetas y, en las habitaciones, los floreros.

La ciudad rodea a la montaña, a la selva, al lago con sus peces, alimañas y arboledas. Todo enano y sucinto. El cuadro ecológico se completa con la pareja de amantes que buscan la muerte al pie de corpulentos árboles trasplantados. Nuevamente lo ha visto Spengler: «Trátase ni más ni menos que de una propensión metafórica a la muerte. El último hombre de la gran urbe no quiere ya vivir, se aparta de la vida —no como individuo, pero sí como tipo, como masa—. En la esencia de ese conjunto humano se extingue el terror a la muerte». Se opera un trueque o una inversión de cosas y valores. El individuo ciudadano por excelencia, el obrero que enajena su vida en el lenguaje de Marx, halla que puede vivir como proletario de un sindicato como si con eso se recuperara.

La naturaleza ha pasado a ser ciudad como la ciudad a ser parte del planeta. Una

dislocación, en fin, de carácter ordinal, jerárquico, que se manifiesta por igual en las neurosis de los elefantes que hay que matar a tiros y en las de los hombres que hay que aplacar con una banca en la Legislatura.

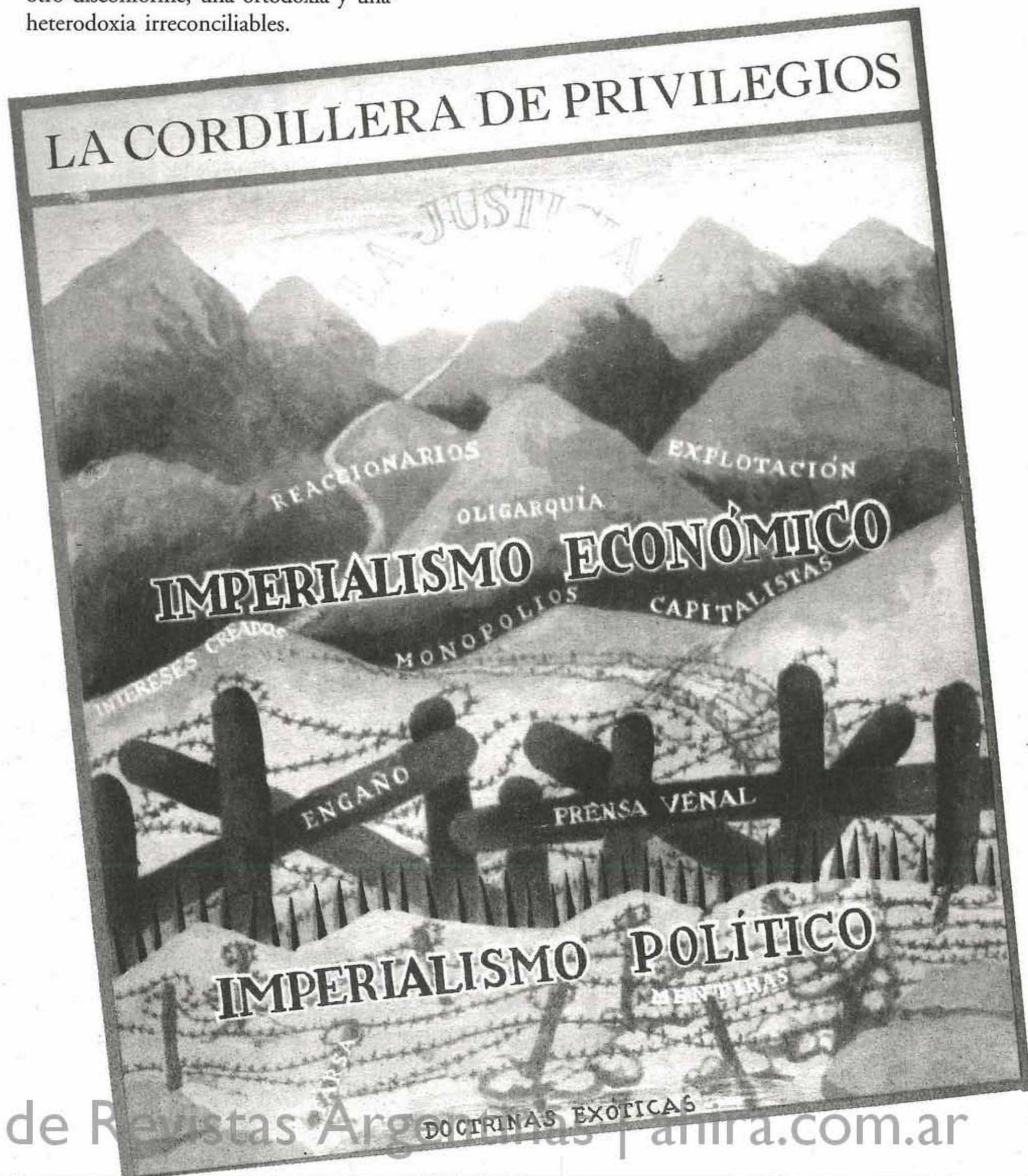
Y existe otra instancia no menos grave: lo viviente pasa a actuar como mecanismo —en calidad de juguetes, acaso— como lo urbanístico adquiere una función biológica. La psique pasa, aunque resistiéndose, a engrosar el soma de la ciudad; acomete al ciudadano una desazón por acumular, juntar, superponer, aglomerar. Nuevo instinto urbano que Max Weber designa con la palabra «synoikismo». Nuevo miedo a la nueva jungla.

Exactamente lo mismo que en las funciones individuales que se amplían al dominio público y convierten en virtudes de gran tamaño los defectos minúsculos ocurre en la acción que el ser humano cumple a conciencia cuando se generaliza a forma social de conducta. Un hecho vituperable en la esfera personal suele transformarse en plausible, y la «política grande» como la diplomacia, el espionaje, la guerra y el sôjuzgamiento de pueblos infradesarrollados por otros mejor equipados, se consideran exponentes de alta civilización. La insensibilidad moral sobreviene cuando la acción recibe la sanción del Estado y se la considera profesión lícita.

Profesiones. La mecanización de las funciones individuales en función de

finés sociales reviste el carácter de profesiones institucionalizadas, o sea de acciones convalidadas por la organización normativa del Estado. Estas organizaciones que configuran jurídicamente la acción individual son coactivas además de ser normativas, o por eso mismo, y alcanzan extremos inconcebibles fuera del modo de pensar sometido a esas normas. De ahí un modo de pensar conforme con el estado social vigente y otro disconforme, una ortodoxia y una heterodoxia irreconciliables.

El ortodoxo es un profesional, vale decir un funcionario sometido de fuerza o de grado a los códigos y pautas sociales, elemento adicto a una forma de vida que ha sido aceptada por numerosos individuos. El heterodoxo es, por lo regular, un ente irredento, un francotirador, y no hay profesión ninguna para quien se rebela contra la norma y la obligación aceptadas por todos. Si su número llega a ser



muy grande, ello no priva del carácter individual a la actitud de los miembros disidentes.

Entiendo por profesión una norma legalizada, común y general de conducta en cuanto a la realización de fines sociales admitidos como válidos. Son profesiones no solamente las ciencias, las artes y los oficios aprendidos metafóricamente y aplicados reglamentariamente, sino toda clase de actividades lícitas que prestan beneficio a la sociedad y por las que se obtiene provecho.

¿Cómo se produce la degeneración o la deformación de una sociedad o, dicho con lenguaje técnico, de las estructuras sociales específicas? Por medio de las profesiones, que dejan de tener en vista un fin superior y convierten sus medios operatorios en fines. Por ejemplo: la docencia, el sacerdocio, la milicia, la judicatura, la política, etc. De ahí que una cualquiera de esas sociedades o conjunto de estructuras sociales específicas pueda pasar a un tipo anómalo de funciones sin deformarse, antes bien, perfeccionándose. Una función perfectamente normal por sus funciones técnicas específicas puede adolecer de estigmas degenerativos que permitan calificarla de enferma. Este es un punto de vista sobre el que ha llamado la atención insistentemente Mannheim. Insana es la finalidad profesional de las funciones desnaturalizadas de su sentido de utilidad taxativamente social. La percepción del carácter patológico de una sociedad así constituida, percepción fina que tuvieron muchos observadores dotados como por ejemplo Thoreau, Tolstoi y Gandhi, para no referirme a los sociólogos psicoanalistas muy actuales, nos auxilia para contemplarla desde fuera del sistema en calidad de heterodoxos o herejes antisociales. Se percibe entonces, en virtud de la clarividencia de tales hombres

excepcionales, que el perfeccionamiento técnico de las funciones profesionales es el medio más eficaz para malear una sociedad y para hacer, al mismo tiempo, que el individuo que forma parte de ella no lo perciba. Precisamente el individuo adaptado se encuentra muy cómodo dentro del sistema y contribuye a hacer irremediable la marcha en la dirección de los grandes grupos dirigentes.

* * * * *

Reducida a una expresión común y general, lo que mantiene el equilibrio y la configuración de las sociedades capitalistas es lo mismo que determina su origen. Antes que los factores económicos, jurídicos y religiosos, los sostenes inalterables de la organización social son de carácter psicológico, tan férreos y persistentes como la composición del mineral. La situación de mando y obediencia que Max Weber considera la síntesis de la estructura actual de la sociedad, en cualquier latitud. Es la misma mentalidad, con sus esquemas inviolables y transferibles a lo largo de las generaciones, lo que perpetúa tanto las conquistas de la civilización cuanto la ordenación por clases que hace de ella, según esclarecidos críticos, fuente y vivero de injusticias. A este respecto expresa Ralph Turner (en *Las grandes culturas de la humanidad*): «Por ser la forma de gobierno más antigua, la monarquía oriental encerraba muchas prácticas políticas que habrían de perdurar aun después de rotos los moldes. Pero



más importantes que esas reliquias conservadas por casualidad fue la perduración de las mentalidades que determinaban la relación entre gobernantes y gobernados».

Que se les atribuya hoy a los gobernantes la representación de las potencias laicas del Derecho, la riqueza pública y la policía compulsiva no es muy distinto a que se les supusiera receptáculos y vicarios de la voluntad divina.

Para reformar la sociedad que evoluciona lentamente conforme a leyes biológicas sería preciso reformar la mente del hombre civilizado; lo que equivale a decir que para que un ser de determinada especie deje de serlo y pase a ser de otra especie, es preciso fundamentalmente «que sepa organizarse conforme a otro plan». Con lo que sería posible, entonces, que cambiara de forma.

* * * * *

No es indispensable el conocimiento personal mutuo en la ciudad, como dice Max Weber (aunque se conocen más los conciudadanos que los campesinos); la ciudad se constituye por hechos y actos de yuxtaposición y superposición (vecindad y jerarquía) que son mecánicos y cristalográficos. La convivencia comunitaria es un fenómeno

psíquico, de adhesión; contrario acaso a la ciudad y natural a la familia, en la relación de comunidad a sociedad.

Tampoco estoy de acuerdo con Max Weber en que el tamaño no puede decidir de cuándo una población es una ciudad. Pienso con Simmel y otros sociólogos posteriores, que el tamaño y la distancia son condiciones fundamentales en la naturaleza y valoración de todo hecho social. El tamaño en la ciudad determina el grado de civilidad (de solidaridad humana) y una ciudad empieza a serlo cuando los habitantes se sienten desligados entre sí, cuando las relaciones «se enfrían», cuando la sociedad suplanta a la comunidad, y esto ocurre a partir de cierto tamaño o distancia. Concepto muy de moda en sociología y que se basa en la observación de los grupos ciudadanos más que socializados.

Con otro concepto Max Weber dice bien que es característica de la ciudad la diversidad de las ocupaciones industriales: la división, la separación, dentro de la contigüidad.

El ideal sería la movilización total de las poblaciones por transportes rápidos y económicos. Las casas serían lugares de hospedaje. El hotel es hoy una forma de movilización que deja a la ciudad su rígida inmovilidad que lo desprende de ella al habitante y lo pone en marcha. No es preciso hacer portátil a la ciudad sino al hombre.

Colonia de vacaciones, viajantes, turistas; y la guerra que es movilización.

Falansterio. El modelo que Fourier tuvo en cuenta no fue la ciudad socialista sino la ciudad cosmopolita. No se le ocurrió reconstruir la antigua propiedad

con viviendas independientes y el predio en común (almenda) o la agrupación del matriarcado, sino una ciudad en miniatura, hogar-taller colectivo.

El rascacielo es el territorio apropiado para esa república fourierista de pájaros o abejas. Pero la casa de departamento y el rascacielo son la negación cabal del Falansterio. Allí no existe comunidad sino contigüidad. Existe en ellos una comunidad muy estrecha pero desorganizada, sin vínculos de afecto, mas bien con vínculos de rivalidad. La construcción arquetípica de la urbe cosmopolita (Tiranópolis) es el rascacielos; y a la vez es el arquetipo de la sociedad capitalista. El rascacielos y la casa de departamento es la fábrica donde se descansa.

El hotel es con el sanatorio el arquetipo del hogar urbano. No sólo hay neurosis del habitante de la urbe, hay la neurosis urbana que está en la ciudad y que se difunde. La ciudad exige del hombre mucho más de lo que él puede tolerar y comprender. Le entrega en cambio masivos gozos: carreras, football, teatros. Siempre lo hace copartícipe de algo. Le prohíbe la vida privada, suya, propia, imponiéndole un tipo standard y económico de diversión. La política y la religión deben ser vistas en ese plano de dimensión multánime y horizontal. Toda institución es una proyección en escala macroscópica de deseos individuales; no siempre de deseos salutíferos y gozosos, mas bien lo contrario.

No necesita demostración especial el hecho de que, en cambio, la «disciplina militar» ha sido el patrón ideal tanto de las antiguas plantaciones como de las empresas industriales capitalistas modernas. En oposición a lo que

ocurrió en las plantaciones, la disciplina de las empresas industriales descansan completamente en una base racional, pues con ayuda de métodos de medición adecuados, calcula el rendimiento máximo de cada trabajador lo mismo que el de cualquier medio real de producción. El adiestramiento y entrenamiento racionales basado en tales cálculos alcanza manifiestamente sus mejores triunfos en el sistema americano del *scientific management*, el cual extrae las últimas consecuencias de la mecanización y organización disciplinaria de la empresa. El aparato psicofísico del hombre es aquí completamente adaptado a las exigencias que le plantea el mundo externo, el instrumento, la máquina, en suma, la función. De este modo se despoja al hombre del ritmo que le impone su propia estructura orgánica, y mediante una sistemática descomposición según las funciones de los diversos músculos y por medio de la creación de una economía de fuerzas llevada hasta el máximo rendimiento, se establece un nuevo ritmo que corresponde a las condiciones del trabajo. Lo mismo que en todas partes, y especialmente en la organización burocrática oficial, este proceso total de racionalización se desarrolla paralelamente con la centralización de los medios de explotación en manos del jefe.

Si en las ciudades los ciudadanos se agremian, uniéndose y asociándose en defensa de intereses comunes, proceden con la táctica del ejército. Al agremiarse forman el ejército civil del trabajo (y el de reserva o desocupación). Agremiación es comunidad, socialización, pero es también organización del trabajo diferenciado que quiere decir diferenciación del trabajo organizado, fijación de distribución del trabajo, división del trabajo en el lenguaje de los naturalistas y economistas (clases y estamentos para los sociólogos). De la agremiación nace el espíritu de dependencia y

el de sumisión, el de libertad y el de tiranía. El Estado es el triunfo de la agremiación sin espíritu de solidaridad: es la configuración fría y coactiva y no la unión cálida de la comunidad; de las normas del derecho sobre las de la justicia, de la victoria del ciudadano sobre el hombre.

La ciudad organiza y disciplina. No sólo la artesanía y más tarde la maestría nacen en ella, sino la tiranía y el despotismo. Hay una forma de pensar, de amar, de hablar, de comportarse, de rezar, de andar y hasta de morir propia de la ciudad. Sobre estas líneas tectónicas elementales se estructuran dos series: las castas (que se originan y mantienen en el campo) y las profesiones (que se originan e incuban en la ciudad). No es que la ciudad se convierta en el cerebro de la comunidad, que piense por todos; es que la comunidad moldea su cerebro según la ciudad, que todos piensan como ella. Cuando decimos que la ciudad tiene un alma, la de sus ciudadanos, queremos significar precisamente todo lo contrario.

Es cierto que si cada especie y no sólo cada civilización tiene determinado el lapso de duración de su vida, unas pueden desaparecer por inadaptación e incompatibilidad con las exigencias biológicas del medio, y otras por superadaptación o desarrollo incontrolado de las fuerzas actuantes. En este sentido la ciudad, que puede ser considerada como mausoleo, el panteón de la especie humana, debe ser considerada al mismo tiempo como el museo y la exposición de sus obras supremas.

Suponer que la religión haya operado como agente de desviación del instinto sexual hacia formas represoras y evasivas sería atribuirle parte de la causa de la civilización en bloque. Pero acontece que las religiones que implantan tabúes y prohibiciones con énfasis imperativo y castigos siniestros es posible a su vez que se hayan originado en el instinto tanático que impulsa al ser humano a privarse de aquello que le proporciona placer inclinándolo hacia aquello que le produce dolor. La filosofía de los valores de cultura de Nietzsche no ha dejado en segundo plano la consideración de la influencia de la moral sexual en la historia del instinto masoquista que sustrae cierto caudal de vida para invertirlo en cierto otro caudal de progreso. De ahí que la disyuntiva entre civilización urbana y vida agreste tiene su pivote en las dificultades que se ha impuesto a la libre propagación de la especie y a los recursos que ha encontrado para perpetuarla burlando las prohibiciones. Es decir, del sistema de fraudes y compensaciones con que el instinto animal de reproducción ha triunfado sobre el espíritu erótico de muerte.

Uno de los engendros más notables de la ciudad es la Universidad. Amplificación y perfeccionamiento de la escuela, corresponde a

TRIBUNALES DEL TRABAJO HASTA 1944



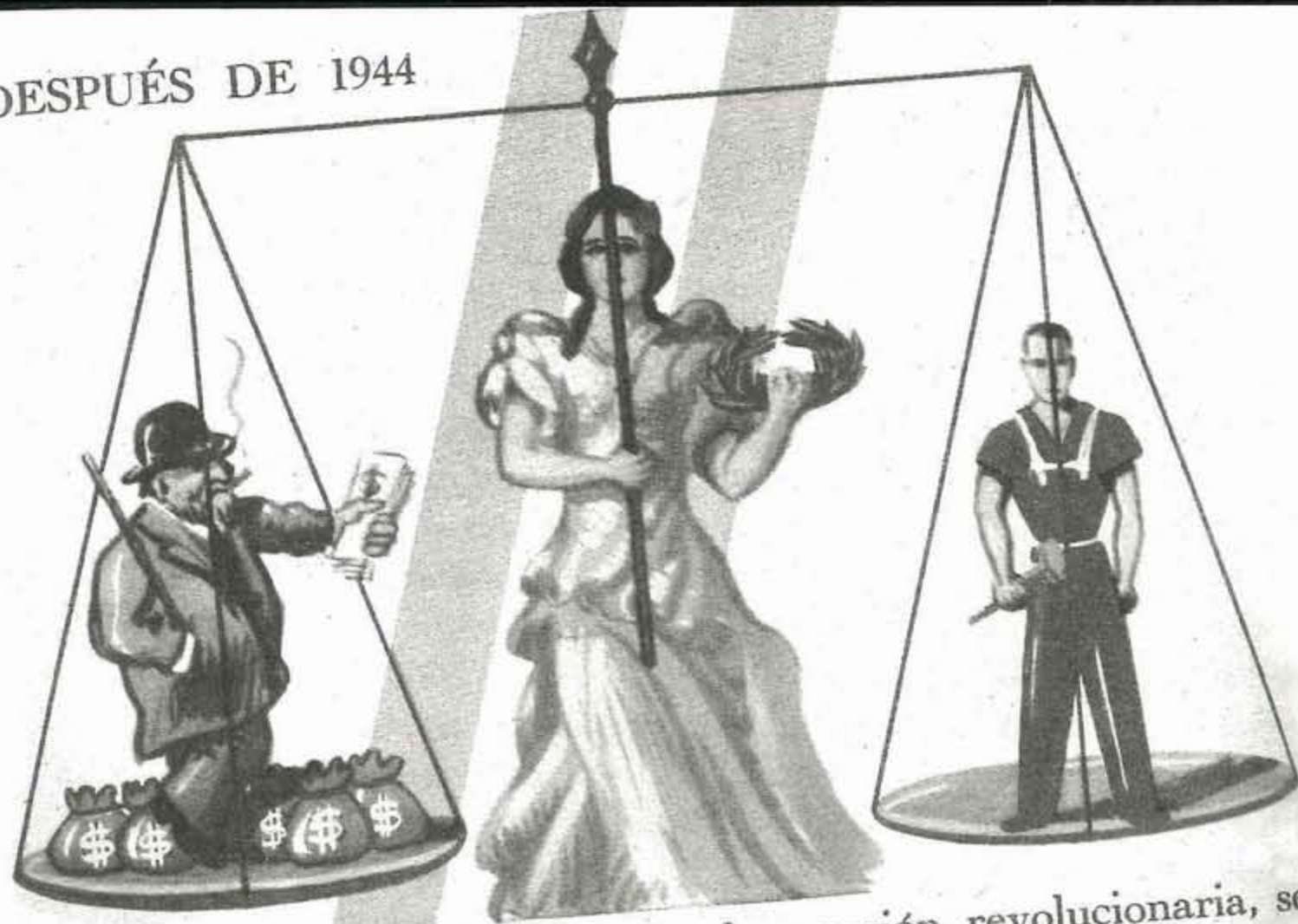
En los conflictos del trabajo que se ventilaban en los juzgados de paz, casi siempre tenía razón el más poderoso.

la urbe cosmopolita en cuanto abarca un orbe enciclopédico de conocimientos y en cuanto administra el saber bajo preceptos de gobierno. Convento, cuartel, mercado, tribunal, prostíbulo y Universidad integran las agrupaciones típicas de la vida de relación urbana. Como observa Max Weber, «la ciudad se convirtió en una entidad autónoma y autocéfala de tipo "instituto": los funcionarios urbanos son órganos, total o parcialmente, de este instituto».

Son las leyes de la causalidad las que fallan ahora en la conciencia del hombre medio, no solamente el saber técnico. El mundo es tan imperativo para la experiencia que el orden urbano de la vida ya no tiene poder de convicción. La filosofía existencialista plantea el problema de los escépticos y cínicos. La apelación a la religión y a la superstición no es un simple atavismo, sino una salida desesperada ante la falta de caminos lícitos hacia otras formas de concebir el mundo y la vida.

Creíamos que la ciudad, al ordenarlo todo,

DESPUÉS DE 1944



En los Tribunales del Trabajo, de creación revolucionaria, se fallan con estricta justicia todos los conflictos que hasta ellos son llevados.

resolvía los problemas esenciales, y resultó que precisamente la ciudad es la que crea problemas esenciales de lo absurdo, del azar, de la injusticia. Volvemos a lo griego. La ciudad es atea, pero en ella viven los dioses. El ciudadano niega las potencias incognoscibles, pero es su víctima. Y lo es precisamente por negarlas. Son seres que el hombre ha creado hace millares de años y que ahora no quieren morir. Precisamente porque los creó la angustia y la incapacidad de comprenderlo todo, que es tan actual ahora como entonces. Esas divinidades son absurdas en el orden lógico, dentro del cuadro de los conocimientos positivos. Si el mundo tiene una posibilidad de ordenación *sui generis* (no racional) entonces esas divinidades existen. Existen como funciones, no como seres. Actúan por los complejos, no por las cosas, por las relaciones de las cosas, no por ellas. Divinidades, es decir fuerzas superiores al intelecto.

Si la ciudad quiere recobrar su salud, ajustar su ciudadano a una forma

entrecruzamiento de esas fuerzas – esencialmente psicológicas, biológicas– que en la planta y en el animal se ven más patentes que en nuestra vida. La idea de destino, o sea, de ordenación en amplias series en que se inserta el individuo como un elemento y un instante, un aspecto evolutivo, en la ciudad toma un sentido que la razón no puede darle. No se lo puede racionalizar, pero existe así en bloque, en galaxia.

Muchas de las formas sistematizadas de concebir las cosas son fórmulas mágicas para impedir al hombre que raciocine acerca de problemas que rehuyó, con pavor, hace mucho tiempo. A cada problema insoluble de la vida le opuso más que una solución, un sistema de racionamiento evasivo.

Toda organización es sistematización de la realidad en un sentido utilitario. No utilitario para el hombre sino para el orden en que se ha organizado ese mundo. El sistema.

Por un rodeo, el desmantelamiento de las grandes urbes que los urbanistas y sociólogos consideran necesario y urgente, demuestra

saludable del pensar, deben resucitarse los dioses que le dieron origen. La índole de los hechos que realmente se producen en el mundo responden a un

que el problema de la ciudad compete a la totalidad de los intereses del ser humano y de su destino. El predominio omnímodo de la técnica, con las ventajas inmediatas que ofrece, la mecanización de la vida y de la mente que puede conducir a la especie humana a la misma suerte de las hormigas y las abejas, es problema que merece un estudio más profundo que el que hasta hoy se ha dedicado tanto por los economistas y sociólogos cuanto por los juristas y predicadores de un futuro mejor.

Los mismos peligros de organización y estructuración mental que impiden a hombres capaces –no envilecidos– considerar la posibilidad de una sociedad civilizada superior a la que se ha obtenido merced la azar de las fuerzas irracionales en juego en la historia, impide comprender con criterio pluridimensional el problema de la habitación, población y distribución de los pueblos en un territorio mundial. Pues así como la ciudad no puede ser comprendida si se la considera un todo desligado del país, así el país desligado del mundo tiene que dar lugar a concepciones restringidas y falseadas de la realidad histórica y social completa.

Una ciudad no es una monstruosidad sino contemplada en una perspectiva que abarque todas las regiones del planeta, todos sus pobladores, pues en sí misma es una obra de arte y de sabiduría maravillosa. Lo es asimismo el régimen carcelario o prostibulario desglosados del contexto de la vida sana del individuo y de la sociedad.

Pero estas reflexiones nos demuestran que concebir unas cosas en función de otras, la cárcel más allá de la zona judicial, es harto difícil. Y por lo tanto explica que puedan existir tantas y tantas abominables aberraciones en mentes esclarecidas.

La «violencia» que representa el fascismo en un orbe ordenado, legal, pacífico, es relativa. Es una violencia en una violencia, pues actúa simultáneamente como reacción contra excesos de la organización convencional y contra el espíritu de libertad que se rebela insidiosa o manifiestamente contra la civilización. El fascismo es el producto genuino de las urbes cosmopolitas, significativo de su desarraigo hasta en el énfasis con que proclama la excelencia de lo nacional y el amor a la patria. Ambos, sentimientos hogareños y nostálgicos. Como fenómeno de psicología social, pero sin recortar lo de sus expresiones políticas, económicas y jurídicas, el fascismo comporta una filosofía de fábrica, cuartel y mercado que habla por igual un lenguaje comprensible al ciudadano que anhela el disfrute seguro de su botín y socavar los cimientos sobre los que reposa el orden social de derecho. Su examen molecular daría un cuadro de la civilización urbana y un diagnóstico del ciudadano nato.

Si efectivamente es una violencia al orden legal, en cambio es una reglamentación y ordenación del orden bárbaro, de la naturaleza y la sociedad primitiva. Pues el fascismo no es tanto una desfiguración de ese orden legal cuanto la legalización del orden instintivo, de la fuerza y el mando. Trae al ejercicio del poder y a la vigencia social del mundo civilizado una cosmogonía bárbara, sometiéndolo a normas *sui generis*, que también participan de la ley, de la moral y del progreso; de todo ello a su manera y para fines que la razón no puede rechazar por completo desde que es una construcción lógica. Desde un punto de vista —el del orden vigente por el derecho— es una descomposición y una inferiorización, un salto atrás

efectivamente; desde otro punto de vista —el orden de facto actuante al margen de la ley—, es una recomposición y una superación (no superiorización). El ciudadano avenido a aquel orden legal repele las nuevas formas; el que vivía engranado en el sistema de desajuste con el medio, auspicia esas nuevas formas. Pero tarde o temprano acaban por entenderse, pues uno y otro poseen una sensibilidad y una mentalidad condicionadas por las ordenanzas municipales y policiales mucho más que por su conciencia. Para el hombre civilizado, sujeto voluntariamente a las normas de la civilización, el fascismo era un descalabro aunque no pudiera repudiarlo en lo íntimo de su corazón; para el primitivo inadapto era la restauración de las leyes que no comprendía bien porque no habían sido puestas en vigor, pues las encontraba conforme a su naturaleza de cautivo.

El fascismo representa, en fin, un «nuevo orden» en el sentido de que se potencian positivamente, con signo más, todos los valores negativos e inversamente. Es el punto de intersección en que se cortan las líneas perpendiculares que se dirigen a libertar al hombre o a encerrarlo para siempre en su mausoleo.

* * * * *

Superado cierto punto en que la ciudad civilizaba, organizaba, facilitaba, defendía, la ulterioridad no ha sido un perfeccionamiento, sino una inconcebible transacción entre lo bárbaro y lo civilizado. El hombre ha quedado apresado en la ciudad como dentro de un complejo mecanismo que lo supera infinitamente en la capacidad de acción y de comprensión. El ciudadano medio que transita por las calles, concurre a su empleo, actúa en el vórtice de adelantos y bienes materiales, está desplazado de su comprensión. Es un animal obligado a proceder en determinada forma, pero a quien se le niega la posibilidad de entender el mundo en que vive. Tiene al

alcanse de la mano elementos prodigiosos de las ciencias aplicadas —auto, electricidad, objetos de fábrica— sobre cuyo mecanismo jamás ha reflexionado. Los usa brutalmente y con exactitud, dentro de las exigencias del uso universal. El hombre no ha sido educado para ese uso ni para habitar la ciudad. Aun la enseñanza que se le imparte es anacrónica. Lo que sus padres le enseñan, lo que lee nada tiene que ver con ese mundo en que vive. Son fórmulas de engaño, maneras de reducirlo por la falacia y la persuasión. Ningún padre, ningún maestro ponen al niño frente a frente a la ciudad, frente a frente a los ciudadanos. La enseñanza que se imparte corresponde también a formas del ser y del saber anacrónicas.

Esa discrepancia entre el animal humano y las máquinas es la tragedia ante la cual se encuentra puesto el hombre antes de adquirir el uso de su razón. La forma de defenderse, de salvarse de los innumerables peligros que lo acosan, es levantarse abiertamente en rebeldía, procurar la destrucción de los peligros.

El camino más sencillo, la vía de escape es someterse a esa civilización urbana y procurar deshacerla. La simulación y la disconformidad secreta que le llevan a aceptar lo malo y a sublimarlo son los síntomas de su enfermedad nerviosa. El camino que tarde o temprano tiene que tomar es el del canalla, el dominador y el salvaje. Todo ello lo realizará dentro de las técnicas del vivir en sociedad. Tiene a su disposición dos métodos: el menos nocivo, que es alzarse como un inadapto y buscar su liberación por la violencia; y el más terrible, adaptarse, someterse, usar la ley, la moral, el beneplácito ajeno y lograr en esa forma sus fines.

* * * * *

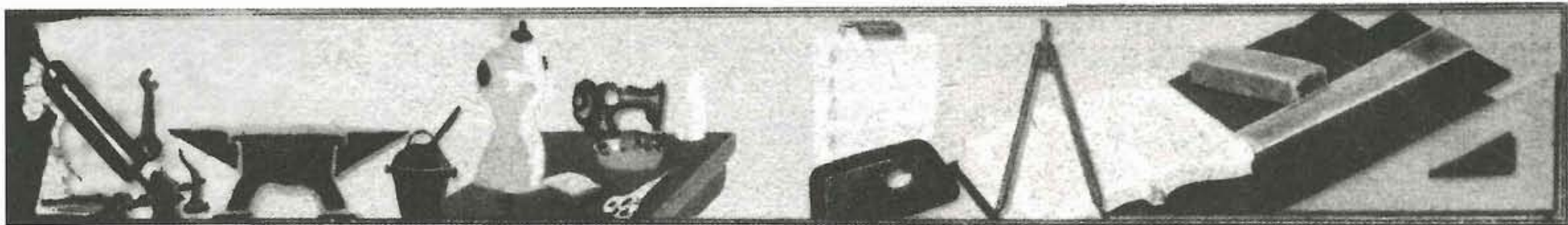
Idea del derecho que genera la ciudad. En la ciudad nace, se desarrolla y se diversifica la civilización. En ella hay dos elementos: el humano, insito en la naturaleza perfectible del hombre; y el organizado objetivamente.

Parece ser que el hombre es instrumento creador de civilización, pero no fin de ella. La civilización se ha convertido en una entidad autónoma que el hombre puede usar y enriquecer pero también malear y hasta destruir. En cuanto la civilización constituye un estado de hecho y de derecho, el individuo nace ya de antemano sometido a sus preceptos; pero se reserva el derecho de disconformidad. Y constantemente luchan en él las fuerzas sometidas que acatan sus órdenes, pues no puede dejar de reconocerlas provechosas, y las rebeldes que por lo

humano y en este sentido han de considerarse buenas todas aquellas experiencias que resultan logradas e incorporadas en una u otra forma al acervo común. Pero aun tratándose de bienes fatídicos, es indiscutible que el hombre posee también la facultad de malearlos o de convertirlos en agentes indirectos de infelicidad. De ahí parece explicable que no haya encontrado solución a ninguno de los problemas esenciales: sexo, distribución de la riqueza, corresponsabilidad social de los actos voluntarios, convivencia pacífica, etc.

La civilización es en cierto modo una excrecencia o exudación urbana. Pero indica

Hay un desajuste en las ciudades entre hombre y mundo. El que crea un mundo deshumanizado con hombre. ¿Cómo compagina un mero animal de vida con un género urbanístico de vida? ¿Se puede hacer del hombre un animal enjaulado, un vermes? La tragedia se ha entablado con el fascismo, que es una filosofía de cárcel, sanatorio, aplicada a la vida humana. Es lógica desde el punto de vista de la ciudad. La historia de las ciudades antiguas, medievales y modernas es el antecedente del fascismo. La ciudad crea mitos mecánicos en reemplazo de los mitos instintivos y espontáneos: crea obligaciones, normas, "folkways" enteramente municipales,



regular se estimulan en la circunstancia de que no habiendo él creado ese orden no le es por completo comprensible.

Un individuo no puede estar totalmente de acuerdo con un proceso de civilización pues no puede abarcar las razones genealógicas ni mentales de su existencia. Por otra parte, una civilización no es una acumulación selectiva de bienes, sino un conglomerado de bienes y males. Discernir cuales sean bienes y males fuera del criterio de conveniencia y eficacia es casi imposible. La civilización resulta del acto mecánico de vivir con propensión al mejoramiento y perfección, pero también en la falta de comprensión del plan general y de la finalidad de esos hechos. La civilización es una fatalidad, algo inevitable para el ser

que nace de un conjunto innumerable de factores en que la voluntad consciente se diluye en cierta forma en un querer impreciso con solo una unidad de orientación.

Por otra parte, hay la complejidad técnica de las cosas: una cierta exigencia de las cosas que obligan a ser perfeccionadas. La necesidad religiosa, siendo primitiva, es esencial. Todo lo primitivo está ligado al destino del hombre, que no puede desentenderse de ello. Así como el hombre de las cavernas y todavía los saurios sobreviven en nosotros (espina dorsal, manos, ojos), así las formas correlativas de querer sobreviven también. Cómo se han transformado, enriquecido, mediatizado, ornamentado es el problema fundamental del valor de luto de la civilización.

policiales, edilicias. Quiere hacer del hombre un edificio, pero la finalidad para que sirva le es indiferente. Lo adorna por afuera, lo uniforma, lo habilita y capacita para una función única: ciudadanizar.

Contradicciones. Un problema gravísimo, acaso fundamental de la tragedia del vivir actual es la desconexión entre los instrumentos de la convivencia civilizada y los fines que el ciudadano persigue entre el progreso material y la barbarie espiritual, entre la educación del cuartel que imparten las universidades y las necesidades espirituales de un tipo de vida mejor para el hombre. Se educa al ciudadano para cierta forma bárbara de vida, proveyéndole de los instrumentos que hubieron de servir para el adelanto material y espiritual. Todos los órganos de la educación

... 151 ...

pública y privada concurren a brutalizar al individuo, y concurren a ello de modo tan exquisito que aquellos antiguos órganos de orden, disciplina y devoción, como la gimnástica, la ciencia, la religión y el arte, se han adaptado a una función bárbara y criminal. Convencen al ciudadano de que, mediante el uso de ciertas fórmulas exteriores de culto, queda exento de su barbarie natural. Lo cual no es cierto. Pues cuanto más acumula de ese saber condicionado para una lucha sin conciencia, para una mistificación de los fines propios y naturales de la humanidad, más temibles son las fuerzas espirituales nobles desfiguradas en el servicio social, de la astucia, la competencia, la insensibilidad.

La ciudad no puede tener sino una filosofía, una política y una fe: las que le suministra el fascismo. El total de las fuerzas en acción dentro de la ciudad crea esa monstruosa fusión de barbarie y disciplina, criminalidad y ley, fanatismo y poderío que el fascismo ha formulado si no como una filosofía y un dogma, como un bosquejo preliminar de lo que ha de ser mañana la verdadera Ley de la ciudad.

Los problemas complejísimos con que el hombre actual se encuentra son problemas de incompatibilidades y desajustes. El poderío de la ciudad se ha hecho tan grande que impide al hombre considerar esos problemas sino en función de la ciudad. Ser ciudadano significa haber renunciado a la posibilidad de comprensión humana del mundo. Las formas *ersatz* sucedáneas son infinitas, pues hasta ha creado en él una falsa conciencia de la comprensión humana del mundo. Sus

apelaciones al cristianismo, al derecho natural, a la libertad, son imprecisas apelaciones al mundo de extramuros.

Lo que ha separado del orbe civilizado al hombre del oriente y al del occidente son los condicionamientos distintos de su vida por la ciudad. A uno pertenece la cultura, a otro la civilización. Pero ninguno de ellos puede vivir exclusivamente en el ámbito de su propio genio. El hombre aspira a agotar en sí las posibilidades infinitas de vida. Está en su naturaleza.

Inútil inculcar en el hombre sentimientos contrarios a las disciplinas urbanas. Su educación se hace, como en Atenas, para convertirlo en perfecto ciudadano. Y cuando la ciudad es imperfecta, el perfecto ciudadano es imperfecto.

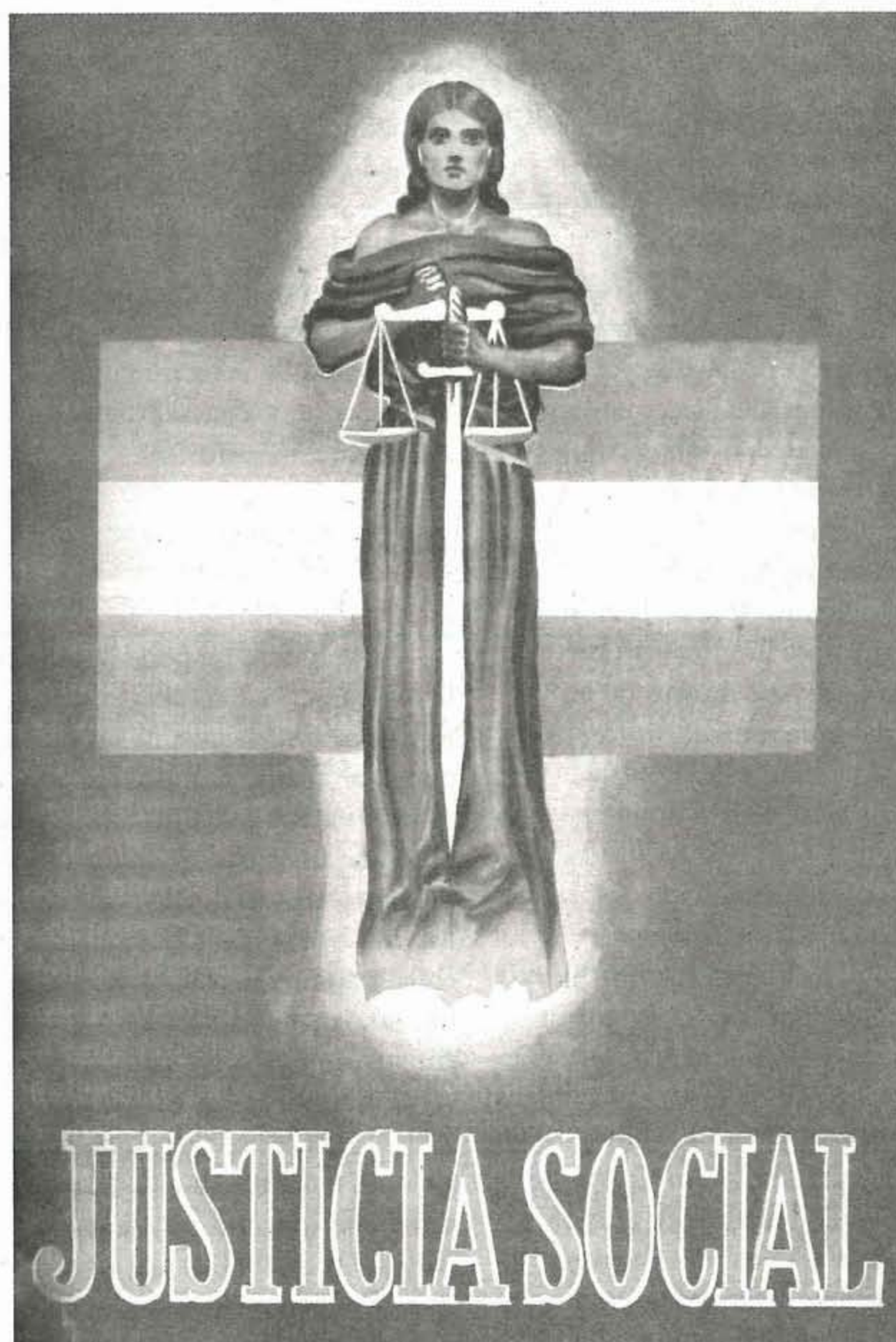
Toda gran ciudad que crece desmesuradamente, albergando gentes y motivos de disfrute hedonístico, tiene un encanto fascinante sobre las personas que pueden asistir a su crecimiento y aun para las que arriban desde otro país. Pues cada ciudad tiene un sello característico que la diferencia de todas las demás extrañas de su tipo, al mismo tiempo que conserva un cierto estilo cosmopolita, atemporal, de urbe. La urbe tiene su tiempo y su forma, de modo que nunca una ciudad —París, Londres, Roma— puede decirse que sea muy vieja y al mismo tiempo muy nueva. La vetustez ingresa como un elemento decorativo que desaparece en el conjunto de las formas vigorosas y flamantes de los barrios que en ella se renuevan. Ouro Preto, en Brasil, con su permanente antigüedad, cultivada por edicto, viene a formar parte de un conjunto mayor, de una planta de ciudades hasta poder considerársela como un barrio de Belo Horizonte.

La ciudad no sólo ofrece mayor seguridad,

mayores oportunidades de riqueza, sino mayores y rápidas posibilidades de placer. Toda ciudad es, además de mercado, templo y cuartel, lupanar. En ella el hombre, adormecido para sensaciones enérgicas y saludables que son las que produce la naturaleza y el cumplimiento de la vida en cualquiera de los medios naturales —mar, montaña, llanura, selva—, despierta a un orden de placeres sucedáneos y artificiales con que satisface sus concupiscencias. Un vasto repertorio de sensaciones y placeres de droguería reemplazan en su economía vital los gozos sanos y abiertos de la naturaleza. Cierta gusto del escondite, la dificultad de obtener en cada momento y lugar una porción de su bien, la vigilancia aguda y penetrante de los transeúntes, lo lleva a guarecerse en bares, «boites», cines, salones, restaurantes, clubes, para paladear narcóticos y estimulantes que no pasan de ser añoranzas de otros gozos de que está privado. Intensifica así el valor placentero de reuniones, contactos, promesas e ilusiones hasta poblar de mitos y supersticiones su mundo destruido de libertad y alegría.

Naturalmente nacen así el sentido del pecado, de la penitencia, y la moral pública legislada minuciosamente es la forma brutal de la ascesis. El habitante de la urbe puede ser un ente depravado, pero al mismo tiempo es un mártir. Las exigencias de sus convecinos llegan, entonces, a extremos inauditos, porque cada cual reclama del prójimo aquello que no ha podido personalmente satisfacer. Se encuentra con su vida desfigurada y hace de la desfiguración de la vida una tabla de valores de civilidad y urbanidad que sólo se toleran y acatan en virtud de que la droga enervante de adulteración total de los artículos del sano placer influye en su mente y en su cuerpo hasta convertirlo en un animal triste y resignado, que busca el desquite de la manera más oprobiosa. La ciudad es, entonces, un compartimentado lupanar cuanto una sala de afables torturas.

Técnica



MITOS. Si lo que caracteriza la potencia de los dioses es actuar sin ser vistos, crear de la nada, transformar lo existente con arreglo a su voluntad y no al proceso natural de las cosas, el capitalismo ha llegado a este grado demiúrgico porque ha creado un supermundo técnico. Al librar de la naturaleza poderes misteriosos arrebató a los antiguos dioses sus potestades y las mostró escondidas en el seno de la materia y del éter.

El nuevo dios, como todo monarca que entra a regir por derrocamiento del predecesor, trajo consigo un cortejo de divinidades minúsculas. Latrías de mitos demoníacos que forzosamente deben ser adorados. Los mitos engendrados por el nuevo dios, no son menos tiránicos que los otros. No es ya el culto medieval del oro, la espagírica y la fruición del metal en la yema de los dedos. Tampoco es la efigie de la moneda. El oro es una fuerza abstracta y debe ser adorada.

El hombre no cree en las cosas groseras, cree en las ideas groseras. Es la voluntad de poder, la posesión de sésamos para abrir puertas atrancadas, la hipnosis de los ideales brotados de la vida, la veneración de los motores sintéticos, de los edificios con toda su longitud a lo alto, la máquina parlante, la máquina calculista, la fotografía de movimientos, los bares automáticos, el masaje sedante del jazz. Estos mitos que ahora se veneran podrán no ser peores que los antiguos derrocados (y de verdad no lo son), pero no son mitos nacidos del alma, con la fisonomía del ansia, del gozo, o del miedo; son seres nacidos de las máquinas en las que hubo desde su origen un principio de vida demoníaca, de destrucción. No están, por consiguiente, al servicio del hombre, aunque solapadamente lo deleiten, sino al servicio de máquina, las velocidades fantásticas, los campeonatos de resistencia, los récords, la cantidad de revoluciones por segundo como la cantidad de

palabras por minuto, la conquista de la mujer por gala y deporte, los grandes vuelos sin etapas y las grandes novelas sin belleza, las maniobras y desfiles, el fin de semana y todas las demás secuelas de una forma de vivir a alta presión: estos son los ídolos que hoy se adoran. ¿Qué significan estos ídolos? Significan civilización, la metamorfosis de una forma ya agotada en otra no ensayada aun, el reflejo en el mundo de la materia de los más atrevidos deseos humanos, la derrota de Zeus por Prometeo.

Tras los mitos del placer siguieron los del poder, y ahora otra vez los del poder desalojan a los otros en un movimiento de sístole y diástole que tanto parece agradar a la misma naturaleza. La inteligencia standard de los redactores de anuncios y noticias, de los dibujantes de afiches, de los ejecutantes de saxófono, de los autores de comedias para homosexuales, de todos los proveedores de residuos, rebarbas, limaduras y desperdicios de las fabricas son los primeros mártires.

En aquellos antiguos mitos el hombre tenía fe, eran su imagen y semejanza, no eran mitos con vida propia, llegados a la existencia por generación espontánea, sino formas concretas, especie de autovacunas elaboradas con los mismos sinsabores y esperanzas del paciente: eran mitos como las divinidades mobiliarias, domésticas y cívicas de los romanos, mezcladas a todas las acciones de la vida cotidiana. Estos, en cambio, exigen al hombre; proceden al revés, lo convierten en un ser mentalmente organizado a su imagen y semejanza, lo obligan por coacción fascinante, son categóricos, triviales, agradables.

El hombre no ha perdido su fe, porque la fe del hombre es lo que está abalanzándose de lo que es a lo que quiere

ser, él torso del centauro; no ha perdido su fe, sino que la ha depravado; no cree menos y más laxamente que antes, sino que cree en otras cosas.

Antes creía en lo que surgía de su corazón o de su cerebro, en lo que impregnaba su vida y lo estimulaba a vivir; ahora cree en lo que llega a sus manos desde los talleres de fabricación en serie. La verdad es que necesita aún hacerse propicias las fuerzas que lo destruyen y que nunca supo hacerlo de otra manera que postrándose. Pero cree con la misma ingenuidad, con la misma necesidad de antes, únicamente que ahora pone toda la angustia de su vida inútil, más torpe y fungible que el hierro, en hacer poderosos a sus dioses en quienes ve representados tangiblemente sus más recónditos instintos. Toda doctrina que le ofrezca la dominación como fin tiene que serle grata, como toda teoría que le prometa la destrucción. El hombre es el animal suicida por antonomasia, y su voluntad de poder, que para Nietzsche era la afirmación de la vida, para Schopenhauer era la voluntad de cesar de vivir. Habría que estudiar si la civilización entera no es el deseo de morir, como la naturaleza entera el deseo de reposo absoluto.

El sentido nihilista que Nietzsche descubrió en el movimiento de toda la cultura y la civilización contemporánea, es acaso el más profundo hallazgo de ese minero de las solitarias entrañas del hombre. Esos ídolos que veneramos son hijos legítimos de la destrucción, de la vindicta de la naturaleza, que es movimiento más bien que conciencia. Son los heraldos quizá del crepúsculo del hombre, los que vienen a atraerlo hacia el sueño de la insensible materia en movimiento. Dominada la naturaleza por los demiurgos de la ingeniería, le restituyeron por ese camino su cetro e hicieron que la materia inorgánica, articulada, móvil, precisa, parlante, vidente pero sin alma, comenzara el ciclo inverso al de la creación: el ciclo de la destrucción, que no tiene por que diferir en los métodos ni en el proceso, de aquel primero, pues entrando un poco a la metafísica, no sería imposible que si

hace millares de años, cuando el lenguaje estuvo formado, el hombre alcanzó su mayor capacidad craneana y su más bella forma mental, ahora estuviéramos en un período avanzado de la destrucción. Únicamente que esa destrucción no puede ser juzgada como tal por los mismos seres destructivos. La destrucción no tiene por qué ser retrógrada si le es más fácil serlo por las mismas vías naturales del progreso. También el hombre tendrá que agotarse siendo cada vez más hombre. A la creación por la naturaleza seguiría la destrucción por la naturaleza sin marcha atrás, sino con arreglo a las mismas fuerzas creadoras. Pero, ¿es de verdad naturaleza ese mundo mecánico, producto de la inteligencia y de la laboriosidad del hombre, de su miedo cruel perpetuado a través de la imposibilidad de librarse de sus ídolos? Es la naturaleza muerta, es el cero de lo que yace bajo la tierra en la gota del mineral, lo que no vive. Es lo que tenía que moverse también, lo que tenía que vencerlo todo con la serenísima marcha de los astros.

* * * * *

La voluntad de poder está representada en la máquina. La máquina es voluntad sin reflexión, sin hesitación, sin escrúpulos. Es el poder, al mismo tiempo. Un poder de orden sobrenatural, en cuanto está al servicio de un orden de cosas que no solamente ignora la máquina, sino el que la pone en movimiento y hasta el que la ideó. Entendemos por voluntad en la máquina la realización de una tarea, no importa cual, ajustada a un propósito de antemano. El trabajo con arreglo a un plan.

Correr por railes, machacar un remache, soldar cajas de hojalata. Cualquiera de estas acciones está previamente trazada con matemática seguridad, y la máquina no hace más que realizarla. Está al servicio de ese propósito y le sirve ciegamente, mecánicamente, aunque el mundo se destruya.

Eso es lo sublime en el concepto de la voluntad. Ignacio de Loyola se había propuesto una victoria que exigía también cerrar los ojos, anular la reflexión, no pensar, sino obrar con un fin. El hombre convertido en voluntad; es decir, el hombre convertido en acción; es decir, el hombre convertido en una máquina que sirve a la verdadera religión. Más bien que una máquina, un arma. El hombre convertido en una máquina que es al mismo tiempo un arma: la máquina de San Ignacio de Loyola.

Voluntad convertida en máquina, eso es también lo que caracteriza al hombre que está al servicio de la mecánica del mundo, por las fuerzas mecánicas contra las fuerzas orgánicas; el hombre blindado, en cualquier forma es un hombre templado como el acero, al servicio de una causa, no importa cual, que funciona para ello, como la bala funciona para lograr su blanco y la rueda para llegar a un lugar y los rodajes para alcanzar la fabricación de un objeto. La máquina no interesa, sino el objeto que se va a fabricar. En el hombre blindado, el hombre torpedo, hombre propagandista, no importa él sino la acción que realiza. Ha dejado de ser un hombre, un ser humano, para ser un vehículo que transporta una voluntad, que está en marcha para algo.

* * * * *

El mundo de la máquina, por el contrario, no tiene ninguna finalidad; es un circuito cerrado, como el funcionamiento de cualquier mecanismo cuya acción cíclica vuelve a comenzar en el mismo punto en que termina. No tiene ninguna vitalidad en sí mismo, sino que sirve como medio, como la herramienta de que nació, entre

el hombre y el mundo. El rendimiento práctico que se extrae es el bienestar, una mayor capacidad para que la vida cobre, por reacción, su más amplio y hondo sentido; algún fin cualitativo, pero el objeto para el cual se mueve, el destino para el que fue puesto en movimiento, es la cantidad, el poder. Este poder hunde sus raíces en los instintos primordiales del hombre, en su limo genésico: en la voluntad de dominio. Esta instintiva y ciega voluntad de ser y de prevalecer no permite al poseedor que diga "basta", en cierto momento, o que intente desviar de su curso el torrente de la acción. El poseedor también está encadenado; es Ixión atado a su rueda. Lo mismo que la máquina, creada por el capitalismo, a su vez creado por ella, el propietario está en imposibilidad de zafarse, y las ligaduras que lo retienen no es tanto un grosero interés pecuniario como una afinidad de temperamento, de su complexión psíquica, cuyo diagrama teórico es el mismo de la máquina.

De ahí que el movimiento de bielas y rodajes, de transmisiones y cilindros, no obedezca exclusivamente al propio mecanismo, y que el mecanismo no sea susceptible de ser visto desde afuera, de ser juzgado y condenado. Además de la inteligencia del ingeniero y del idóneo, el alma y la sensibilidad humana actúan sincrónica y hasta sinfónicamente con la máquina. El hombre está satisfecho con su máquina y cuanto más arrebatado en el vértigo de su movimiento, mecido por las satisfacciones y comodidades, más satisfecho. Ya no puede advertir qué es lo que le cuestan esas comodidades, no sólo en el concepto de lo que está pagando por ellas, sino tampoco en la felicidad verdadera que sacrifica para ser feliz de ese modo. Sería inútil que, convertido en un simple transeúnte, por desdoblamiento, se parase en el umbral de su oficina o de su taller y se mirara entregado a una tarea que es como la de empujar hacia arriba, por una cuesta, una piedra, que desde allá volverá a caer para ser levantada. Ya no puede salir de su blusa o de su

saco de lustrina para contemplarse desde la puerta de calle, porque está conforme, viaja en tren, oye radio, lee periódicos, pasea en automóvil, come bien y está satisfecho. Además cree que su fuerza se ha multiplicado según los aparatos que pone en movimiento sin esfuerzo y que su inteligencia se aquilató según las obras de otros que llegan a sus manos. Y por la errónea creencia de su aumento de poderío resbala a la verdadera esclavitud.

* * * * *

Hoy es poderoso porque suma a sus brazos, a su voluntad, a la voz de mando, la fuerza de la máquina. Los vehículos de gran velocidad y de marcha cronométrica, la vivienda, la información periodística, los auxiliares automáticos que en su hogar lo secundan con docilidad muda y leal, han echo de su conciencia del poder algo que es absolutamente nuevo en la historia de la voluntad, del carácter y de las ideas. Puede por medios mágicos, dispone a grandes distancias, concierta para fechas lejanas, actúa con su presencia en un área extensísima, y su cuerpo mismo parece haber adquirido una capacidad ubicua sobre superficies que antes no hubiera podido recorrer en un año ni costear con los ahorros de diez. Al más humilde transeúnte le obedecen los ferrocarriles que pasan según sus necesidades (porque sus necesidades y las necesidades del tren han sido combinadas allí donde se juntan los intereses de las personas y los del transporte).

El conjunto de todos esos objetos que llaman el cosmos doméstico de confort constituye el alimento cotidiano de una clase parasitaria, de la burocracia, del funcionario, del empleado; y esa clase parasitaria a su vez constituye si no el combustible, el lubricante de la máquina. La idea copiosa del poder y de la comodidad es, en definitiva, una aberración del verdadero sentido social de tales cosas cuyo manejo no le pertenece, aunque las haga andar,

cuyo beneficio no disfruta, aunque las use. A pesar que ese mundo de la acción obediente no le pertenezca ni le esté sometido, (porque él pertenece, él está sometido), y sea indiferente a su mandato personal, a su voz y a su mano; aunque esos trenes correrían lo mismo si él muriese de repente, están sumados a su voluntad precisamente porque de antemano su voluntad se ha sumado a ellos. En realidad, no puede nada; su voluntad ha sido restringida hasta el extremo. Y si él, el consumidor de esos adelantos, está sometido, el dueño no es más libre. Muy bien puede ocurrirle a un multimillonario capaz de promover a la distancia una guerra o un cambio de gabinete, que advierta que toda su actividad está acondicionada desde fuera de él tan fatídicamente como para el pobre, y que en ningún momento hubiera podido retirarse a descansar. Desde la parte externa parece ser su demiurgo y desde dentro es su juguete también.

* * * * *

Las últimas metamorfosis de la mano se vuelven contra quien las hizo; esa rebelión es un suicidio. La mano universal del hombre, en el uso de su poder máximo, quiere matar a su dios sin prepararle siquiera una sepultura decente. Esa grandeza es simplemente un hacinamiento piramidal de las derrotas individuales, es grandeza porque es cantidad, volumen, ocupación, dominio; pero su valor verídico es la miseria, la desesperación, la pérdida de los incentivos indispensables para seguir adelante. Fáltales, a la máquina y al arma, un ideal de la misma complejidad de la carne y del espíritu, aunque se forjen teorías paradójales para cohonestarlas. Mientras no se entreguen ellas mismas

en su servidumbre, mientras ellas exijan que se las sirva, la fuerza de los dínamos es la debilidad de los brazos sin ocupación, la riqueza tesaurizada y estibada en cofres y depósitos es la pobreza de los que no tienen nada. Toda esa superestructura, sin duda maravillosa y grandiosa, tiene como meta un designio suicida, se dirige en un avance coordinado, preciso, avasallador, contra los reductos en que el hombre sin esperanza y sin fe, aguarda la vejez y la muerte. No pertenece a nadie si no pertenece a la humanidad.

Lo que pertenece a la conciencia del hombre es la vida y el progreso que sirve a su vitalidad, y la civilización entera, que lo ha superado en múltiples conceptos, tiene que ser para él o debe ser destruida. La civilización urbana, fabril, del centímetro, gramo y segundo, puede ser usada y comprendida por el hombre, puede llenarle de estupor y suministrarle momentos muy placenteros, pero no puede ser objeto de vida, de conciencia, si no está incondicionalmente a su servicio. De modo que si el sistema social, aunque erróneo y nocivo, tiende a formar en él el sentimiento de la justicia, una capacidad más intensa y sensata de su vitalidad, una conciencia más clara de su misión social, tiene un valor verdaderamente humano a pesar de todo; de lo contrario, carecería de sentido, sería una coacción, un error contumaz, y debería destruirse. En vano ese mundo del poder egoísta recurre a las fórmulas de la religión, de la moral, del carácter; en vez de salvarlo lo precipitan con su caída.

El mundo capitalista y técnico, dirigido por fuerzas malvadas, es la declaración más formidable de inmoralidad que se ha hecho, es la negación del alma y del destino ético del hombre con responsabilidad consciente de sus actos. No es indispensable poseer un alma religiosa para condenar por absurdo y perverso un sistema insensato; basta advertir qué es lo que está conformado con arreglo a las leyes naturales del ser humano y lo que está conformado con arreglo a las leyes naturales de la mecánica.

* * * * *

La cultura y el saber son también zonas limítrofes, entre el poderío de la técnica y las potencias de la vida, pero si se busca en ellas un signo predominante, se ve en su interior el esquema de la mecánica más bien que el de la biología. Constantemente la selección se realiza en favor de lo organizado según la máquina contra lo organizado según el ser vivo.

Las fuerzas espirituales que hasta hace un siglo y medio llevaban por el misticismo, el ensueño y la filantropía a sostener un supermundo de fuerzas psíquicas, ha caído en los campos magnéticos de las bielas y las ruedas, de manera que al sistematizarse el pensamiento, al hacerse más pragmático, más racional, más sensato, no ha hecho más que entregar su albedrío a la organización material del mundo y proceder en función de él.

Hoy no hay religión que no pueda considerarse la reproducción del mundo de los intereses materiales batidos al plano de la superstición y la política malvada; no hay religión que no sea un sistema político de sojuzgamiento puesto al servicio de esa organización. Ni ha sido nunca, desde que el precepto litúrgico tuvo un oculto fin higiénico o de coacción, otra cosa que una regla moral, que una coordinación de fieles, contrarios a los principios de la vida y conjurados para servir a los planes de la organización de los dogmas y los reglamentos.

Es fácil ver que las fuerzas todavía refractarias al régimen actual son fuerzas potenciadas por un hondo pathos de conciencia, por valores antieconómicos, de lo personal, humano, de lo justo, más allá y por encima del derecho codificado. Si la superorganización técnica priva al individuo, inclusive por la enseñanza, de su albedrío y de toda idea mística, el mundo sometido es el del especialista y el perito, y el mundo reacio es el de la conciencia rebelde, de las necesidades biológicas del hombre como especie. Aquel juzga con un criterio standard; éste, con su

voluntad, su sangre y su conciencia.

Aquel tiene ya la contextura de la organización taylorizada; éste malgasta su caudal, pierde su tiempo, arriesga su ganancia, pero está en la zona caótica de la vida, defendiéndose contra el destino de la máquina y de las leyes de la física aplicadas a lo biológico y lo psíquico. Puede estar influido por la misma fuerza plástica, de la misma organización en general, mas está fuera del sistema. Forma parte de otro sistema, del de los frenos automáticos contra la civilización.

El autodidacta es una persona que sabe muchas cosas incompletas; una persona que sabe el segundo tomo de las cosas, admitiendo que por lo menos tengan tres. La primera mitad, que se aprende en las aulas, es aquello más difícil de comprender para el autodidacta: lo que se ha trasegado a lo largo de muchas generaciones, el saber técnico, las clasificaciones, las fórmulas, los teoremas, las reglas y las nomenclaturas.

De las dos clases de saber, saber lo que uno sabe y saber lo que saben los demás, este último tiene indiscutibles ventajas, porque es el saber ortodoxo, el que se necesita. Es el saber que está endentado con todo el rodaje de la civilización, mientras que el otro es una cultura que va naciendo dentro mismo del individuo, una especie de robustez, de certidumbre cuya razón de ser no está en la fórmula mnemotécnica, sino en la propia existencia. Lo que sabe no es teoría pura, no es tampoco experiencia teorizada, es un poco su instinto de la justicia, un poco la poesía de lo que no se puede expresar acabadamente. Ciencias y artes han conseguido un punto de cristalización y mecanización en la enseñanza popular. La experiencia de millones de seres que se han interesado en la averiguación de las causas y las leyes de

los fenómenos naturales y en el dominio de las dificultades del oficio y del arte, a través de métodos pedagógicos cada vez más depurados, llegó a concretarse en la enseñanza oficial. Las universidades fueron siempre la escuela impersonal; la máquina de proveer conocimientos adecuados a las necesidades del consumo en gran escala. Antes reducían las inquietudes de toda duda a la palabra del sabio, luego redujeron el saber a fórmulas didácticas, concentrando mucha materia en pocas ideas y así cumplieron un gran trabajo con enorme economía de materiales y de esfuerzos. Esto mismo es lo que la máquina significa en otro orden de cosas.

Por una parte, la enseñanza es la instrucción en serie, y por otra la instrucción standard. Con el menor desgaste de energía posible, el alumno adquiere la mayor cantidad de conceptos elementales del saber. Compra a precio módico artículos bien elaborados. La asimilación de ese saber reporta un bienestar que resulta de la confianza y la certeza de que lo que se aprende es así, sin que pueda ser de otro modo; y cuando se llega al final de un razonamiento es, indefectiblemente, a lo que se quería demostrar. El saber está condicionado por la utilidad. Tiene en primer



término una aplicación práctica inmediata en el profesional. Pero esa asimilación del saber sintético excluye el ejercicio de la crítica libre y forzosamente el raciocinio corre por los álveos de la verdad demostrada, hasta que se adquiere el hábito de estar seguro casi siempre de lo que se piensa, porque se piensa en lo que es seguro o está ya asegurado. Con este sistema, la sociedad, las normas de la vida civilizada, obtienen el servicio, el aporte de la inteligencia. Y entonces el sistema solidificado del dogma de la utilidad no puede ser atacado sino desde

dentro, lo cual progresivamente se hace más imposible. Ninguna máquina se destruye violentamente por sí, aunque se desgaste. Y prácticamente es eterna e inalterable, en la reposición de las piezas desgastadas, en su reemplazo por otra nueva, en su evolución y perfeccionamiento, con lo que sigue siendo la misma. Afortunadamente, la verdad parece estar muy cerca de lo que afirman los libros de texto, con ella se ha ido muy lejos, y además es útil.

Por todo esto es fácil distinguir al autodidacto del estudiante y del profesional universitario. La obra del autodidacto es siempre más personal, más hecha a su cuerpo, como la piel; la obra del estudiante se parece siempre más a la de los otros que a él, y es más de un género y de una confección. El autodidacto es un artesano que caerá necesariamente del lado de las ideas de valor humano, rebeldes, primitivas, vitales y estéticas; el universitario tiene ya su partido, su secta y su ortodoxia y es el servidor de una máquina que produce saber. El libro de texto es un ejemplo magnífico del saber técnico, como la poesía lo es del autodidactico. El libro de texto es eterno, inmutable en sus líneas dogmáticas y generales; como la máquina, puede variar cada año en modelos mejores, pero cada año representa eternidad. Además tiene que ser incorporado al saber de los individuos extraños, impersonales, desconocidos, para que su valor social y su veracidad sean efectivos. El libro de texto equivale homológicamente a un específico reconstituyente de expendio libre. Difícilmente llegaríamos en toda la vida a fabricar una lapicera estilográfica bien hecha, ni a encontrar las fórmulas del primer capítulo de un manual de química o de física. El caso de Pascal es sencillamente monstruoso.

Estas cosas se nos dan hechas porque es el resultado de muchísimas operaciones simplificadas y no tenemos más que usarlas, sin preocuparnos más, como nos bebemos el tónico. El saber pedagógico del profesor cristaliza en el libro de texto y la apetencia de conocimientos del alumno lo encuentra adecuado a su necesidad, mientras sus necesidades siguen el mismo orden del índice del libro. Cada año tiene mejor la forma de su cabeza y viceversa.

Es el aparato más aparente para satisfacer una necesidad de orden espiritual, pero no es un alimento sintético de alma, sino de la razón y la voluntad de dominio. En esta forma se ha conseguido que la mayoría de los seres sepan más o menos las mismas cosas, de la misma manera, y que se auxilien mutuamente aunque no lo quieran, es decir lo quieren porque así se ahorran muchas molestias y privaciones. Se ha obtenido que la enseñanza pueda proveer por igual a seres de las más opuestas latitudes y climas espirituales y que todos ellos, que han encontrado ya el mundo constituido, hallen también constituido, organizado, el saber que corresponde al mundo. Con lo cual la humanidad adquiere mayor precisión, mayor justeza, da mayor rendimiento. Por eso es indiscutible que la afinidad espiritual sea ahora, entre todos los seres del orbe civilizado, mucho mayor que sus discrepancias, y que el volumen bruto del saber en un año sea mayor que el de toda la antigüedad. Lo que no puede afirmarse es cuál sea el verídico valor de este saber técnico, si no se le juzga por su eficacia; cuál es el signo de operar que tenga, si el saber no debiera ser únicamente empírico ni tener la conformación, la fisonomía, la estructura de la máquina. Porque si se controla a la máquina con la inteligencia técnica y a la inteligencia técnica con la máquina, estamos dentro de un círculo vicioso y optimista, como es natural.

Sin duda este saber ha crecido adherido a los estratos y formaciones concretas del mundo moderno, un poco parasitariamente; se ha nutrido de sus mismos jugos, forma hoy un

cuerpo siamés con él y es grande porque todo aquello en que se inspira es grande también: Derecho, Física, Mecánica, Medicina, Historia.

Cualquiera que haya sido el valor absoluto del saber de Platón o Arquímedes, Leonardo, Goethe, es natural que se trata de un saber autodidáctico que hoy no tiene aplicación, que está a trasmano de las líneas del saber ortodoxo. Cualquier estudiante de filosofía y de ingeniería podría tratarlos con desdén; porque la verdad es que el carácter distintivo del saber actual, lo que constituye su fuerza y su seguridad, es que resulta útil, muy razonable para lo que hay que hacer, muy bien adecuado a la inmensa faena de las cosas. Este saber es técnica también, es meramente un aspecto de la técnica del mundo actual, es civilización. Y tiene además de su aspecto de utilidad, el de poder; es instrumento con que se domina la naturaleza, con que se impone algo a otros, con que se hace posible que ocurran ciertos hechos de modo distinto a como hubieran acontecido sin su intervención. Es también plástico y ortopédico. Pero ese saber ya no sirve al hombre, no evita que maldiga su destino, que tema procrear, que muera como un niño que ha sido llevado con engaños a la tumba. Porque al despertar a las fuerzas escondidas de la naturaleza, éstas han hecho presa de él y ahora no puede librarse de servir con él a lo que debiera estarle sometido.

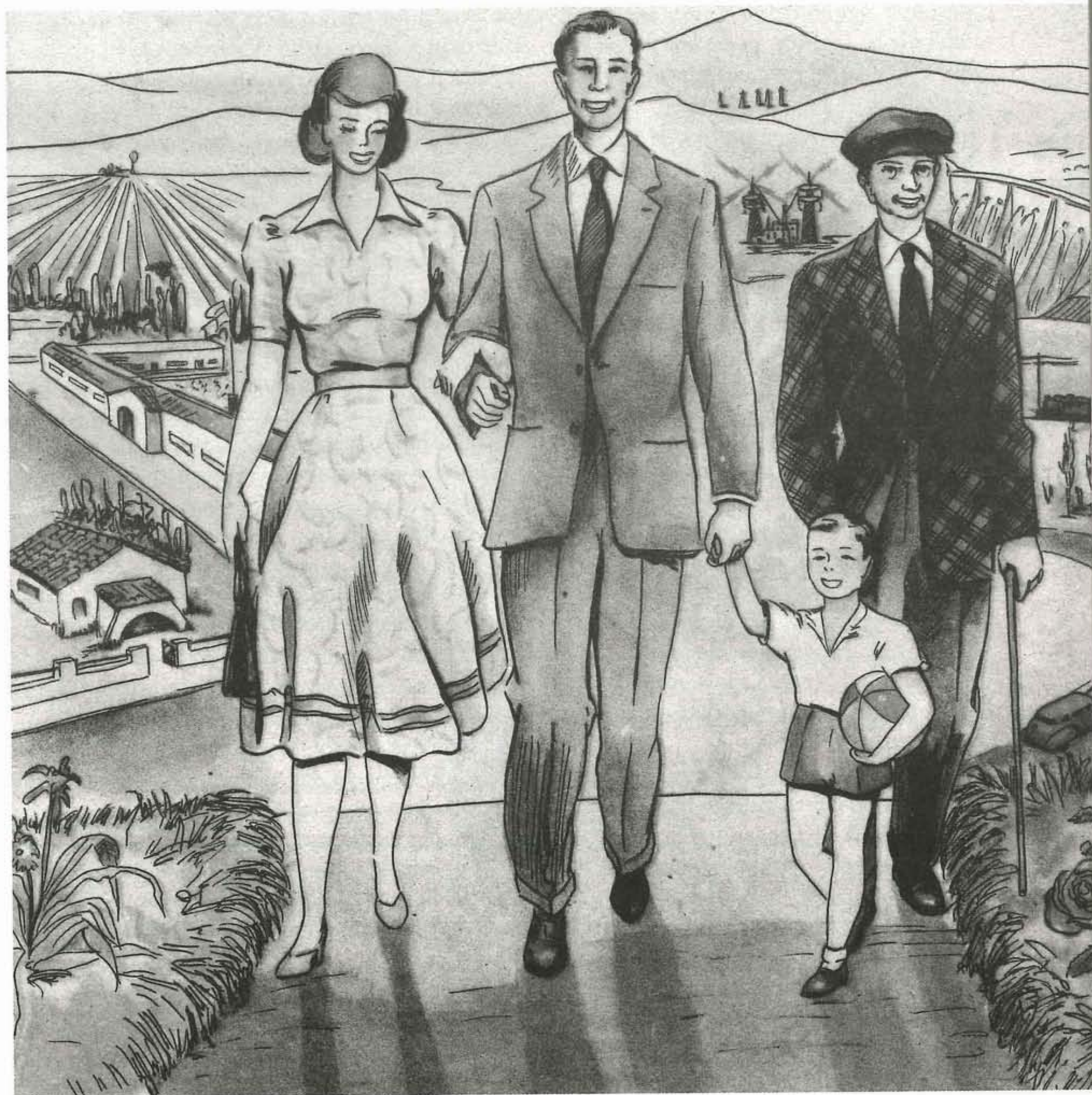
* * * * *

TRABAJO. A la máquina no solamente se le ha transferido y encomendado la producción de un trabajo bruto, sino la realización conforme a un plan inteligente, y el trabajo que realiza es por lo tanto una función de la inteligencia tanto o más que de los brazos, donde cada máquina no sabe realizar sino una tarea, si bien esa tarea la realiza con una eficacia mecánica insuperable

por su regularidad, uniformidad, conclusión. El operario ha dejado de ser un ser con iniciativa, con responsabilidad, con atención vigilante: su atención no se aplica a la realización del trabajo sino a la tutoría sobre la máquina. Puede ignorar por completo qué acontece en la realización de esa tarea, pero debe conocer las condiciones técnicas que se requieren para que la tarea sea bien realizada. Es un sobrestante más que un artesano, cuya autoridad es simplemente idónea. Correlativamente, la maquinaria toda del acontecer económico tiene su automatismo, y en cuanto al sentido de la obra, no lo tiene ninguna persona ni grupo gremial, por lo cual el sentido de la labor escapa a la valoración individual, y sólo es susceptible de ser entendida y regulada mediante abstracciones cada vez más complejas.

La producción, la distribución y el consumo están planificados por la misma sociedad, y éste es el factor determinante, la causa eficiente de esa clase de acontecer, que a su vez se eslabona con otros grupos o complejos de concausas. La función del obrero se ha reducido a las simples notas, más bien disciplinarias, que caracterizan la función del soldado. La perfección ejecutiva nada tiene que ver con la propia conciencia; el obrero o el soldado pueden realizar actos de cualquier finalidad, porque sólo les compete el cumplimiento correcto, conforme a su cuota de cooperación según una táctica que le es dada con carácter imperativo. Se puede suplantar, en muchos casos, la tarea humana, personal, con la tarea infrahumana, mecánica, y esto es de inmediato comprensible en el comando desde tierra de los aviones.

Técnicamente el desideratum es obtener una clase de seres humanos que no



posean ninguno de los atributos específicos, que son precisamente los que dificultan el funcionamiento perfecto; la domesticación de orangutanes puede reemplazar al hombre en muchas tareas manuales, mecánicas. Asimismo el empleo de tropas coloniales en las guerras, es otro ejemplo ilustrativo. Arma y máquina están colocadas en el deslinde de las actividades humanas y subhumanas. La rehabilitación de mutilados señala otro punto crítico de la deshumanización de la tarea, pues equivale a la reparación por repuestos, y el desarrollo de la ortopedia lleva a un punto en que la persona humana tiene en su cuerpo una sección puramente maquinal. En vez de perfeccionar al operario en el conocimiento de su oficio, es más fácil llevar esa perfección a la máquina e ir limitando la cantidad de inteligencia exigible para la tarea. La historia de la mecanización de la inteligencia, la vida sabia y laboriosa, arranca de Arquímedes, que concibe el mundo como una máquina; y desde Raimundo Lulio, a través de Leonardo, Descartes, Pascal y Leibnitz, avanza hasta los «trusts de cerebros» y las asesorías técnicas que gobiernan a los directores y empresarios. Las máquinas cibernéticas iniciaron hace poco la mecanización del intelecto, y el objetivo de estas máquinas no es producir trabajo sino producir inteligencia. Serán así las venideras fábricas de inteligencia pura, matemática, y en muchos casos podrán avanzar sobre los límites del cálculo y de la lógica o de cualquier operación que el ser humano pueda realizar, con signos o símbolos. Progresivamente el programa del hombre va limitándose y supeditándose, hasta que se reduzca a la procreación de robots vivos y esto en el caso de que se estime conveniente que

sobrevivan los serenos de la empresa. Ya se sabe cuán infructuosa fue la decisión de las esclavas negras que intentaron negarse a engendrar hijos, porque se las obligó a ello haciéndoles comprender así que eran vientres y no mujeres. Actualmente la zootécnica practica la inseminación, que reduce la matriz a una máquina fisiológica de concebir mellizos, o ejemplares gigantes. Una civilización tan complicada no necesita de la conciencia, en realidad la conciencia se presenta como un obstáculo arcaico que será preciso remover, si la industria de los cromosomas puede llegar a crear tipos infrahumanos, ingresando, en el campo de los adelantos, como una variedad eugénica de la antropotécnica. ¿No será piadoso engendrar hijos infrahumanos para tareas infrahumanas? Aldous Huxley ha planteado bien este problema en *The Brave World*, y Geoges Orwell en *1984*. Las relaciones de los sexos, pues, pueden ser esterilizada de todo resabio de zoológico, encauzarse el Eros hacia otras actividades, como lo supone la liga Antisexual en la novela de Orwell. Un mundo así nos parece horrible; pero éste es un juicio de valor. Es posible que desaparecieran casi todos los objetivos dignos del vivir y del ser, pero no hay forma de refutar a quienes admiran el progreso hasta sus últimas consecuencias, porque ellos nos aseguran que desaparecerían también muchos males correlativos.

* * * * *

ROBOTS. Los economistas, en especial los fisiócratas y manchesterianos, estaban muy próximos a los motivos esenciales del proceso económico y político de la incipiente sociedad capitalista. Consideraban al hombre como factor central de la economía, y a su trabajo como una fuerza natural gobernada tomando en cuenta sus necesidades humanas integrales, de las que una muy importante era la relacionada con el trabajo y el jornal.

Para Bentham, Ricardo, Adam Smith, los Mill, Cobden, Helvetius, Godwin y Paine, en primer término, el problema económico era también un problema antropológico y sus teorías económicas no omitían jamás la circunstancia de que estaban refiriéndose a seres humanos en el seno de la sociedad. Muy pronto, y precisamente fueron los primeros, los filántropos y teóricos de la injusticia social abstrajeron al ser humano para colocar en su sitio un signo algebraico, un factor impersonal, defendiendo «una situación» que por igual competía al derecho, a la moral, a la economía, a la religión y a la cultura. Pero todo ello suprimido y supeditado a una concepción mecanizada, como si las máquinas hubiesen influido para privar a sus críticos del sentido viviente, del contacto inmediato e intuitivo con el semejante. Se lo defendía como a un objeto patrimonial, identificado con la energía hidráulica, y se quería encontrar justificación de su defensa humana justamente junto a un orden de pensamiento en que no era posible encontrar sino razones extraídas del contexto de la vida industrial y comercial, bajo la dirección de capitalismo. El desdén de Marx por Proudhon y Bakounin se descarga sobre lo que estos defensores del hombre conservan aún de ese sentido vital del problema económico. Marx tenía demasiada esperanza en la ciencia positiva que había conducido al estado de deshumanización del mundo, y pensó que de la máquina podría extraer principios para contrarrestar su poderío avasallador. Montó la maquinaria de la economía política. Criticaba a Proudhon que fuera un filósofo y un metafísico porque mantenía conectados los problemas de la vida social, y no pensó en si esa forma de plantearlos no era una metafísica y una filosofía que renunciaban a toda instancia que no se diera en los términos de la existencia del taller y fábrica. Karl Marx fue el primero que encerró al hombre en su recinto de cautiverio y negó que se lo pudiera

liberar desde fuera; naturalmente, lo dejó a merced de la máquina, negándole la posibilidad de otros auxilios. Y todavía exigió que el pensar técnico con que habría de liberárselo fuera de la misma clase del hacer fabril: que la máquina se destruyera a sí misma. Y necesitó apelar a la violencia como única evasión, lo que equivale también a usar el arma con que se había fabricado la máquina. Marx, Engels con él, eran seres sensibles y humanitarios, morales y correctos, que se interesaban por la suerte de los infelices, pero los defendieron precisamente con las razones mejores para defender a la máquina. La muerte y la mutilación tomadas en cifras como hacen las compañías de seguro, no debía preocupar en absoluto a un economista puro, sino para hacer tablas estadísticas. Marx se preocupó porque en el fondo era un humanista y un moralista, no un calculista tenedor de libros. Por esto cometió el error de querer demostrar que desde el punto de vista de la aritmética, el capitalismo y la civilización de los lobos contra los lobos era un negocio que no convenía a los capitalistas.

Se conocen bien, aunque no se han difundido como se debiera, las condiciones miserables de vida de los operarios de fábrica en el primer período de la Era Industrial (y en cambio ignoramos estos datos del homo faber paleolítico). La existencia de las masas desheredadas en el inventario de las naciones, y al comenarse a levantar un censo de sus condiciones de vida, de trabajo, de alimentación y vivienda, resaltaron cifras pavorosas. La situación acaso fuera la de otras épocas de la Antigüedad y la Edad Media. En la

Era Industrial —decimos Era Industrial como decimos Período Neolítico, en el sentido de una nomenclatura; y el caso es que lo importante es saber en qué se parecen el hombre de una y otra época, la sociedad de entonces y de ahora, o en qué se asemejan—, los desplazados por la máquina se rebelaban con violencia, mientras que los apestados de cólera o de fiebre amarilla morían sin rebelarse contra las iniquidades de la naturaleza. Instintivamente los obreros desocupados quisieron destruir las máquinas; los jornaleros que no ganaban, contando el trabajo de toda la familia, para los gastos indispensables, se alzaron contra los dueños de las fábricas, que ganaban muchísimo más de lo necesario y que, en vez de atesorar la plusvalía, la convertían en empresas de iniciativas, lo que al fin y al cabo no era para ellos lo peor que podían hacer. Los líderes de la justicia social, han comprendido muy tarde que el mal está en el sistema (en la naturaleza de las cosas) y no acuden a enternecer el corazón de los opresores, como les aconsejara Lutero. Sienten que existe un derecho conculcado, únicamente que no saben cuál sea, pues ese derecho no se extrae de las cosas y de los hechos sino de una nueva conciencia más humanitaria y equitativa, extraña siempre al derecho positivo. No obstante, cometieron esos libres el error de enfrentar al obrero con el propietario, sin pensar que los dos estaban dentro de un mismo sistema y aun en un mismo plano, el del Dinero-Mercadería-Dinero. Marx comprendió que la *Filosofía del Derecho* de Hegel, su antiguo educador y maestro, no le proveía argumentos válidos para su tesis

humanística, y en su crítica se limita a negar la cultura de clase, el poder absolutista y el mismo derecho positivo.

Toda su construcción ciclópica de *El Capital*, es el trabajar fuera de la realidad de las cosas con elementos documentales y precisos abstraídos de esa realidad. Ninguno de sus sucesores construyó con más solidez que él, reconozcámoslo, pero en la gran mayoría de los casos desertaron de sus filas —Lassalle, Dhuring, Bernstein y los socialistas todos— porque comprendieron que el profeta y apóstol de la redención humana estaba también «vendido» al capital, en cuanto demostraba el horror de estar encerrados en una fábrica y sin salida, y su trabajo de liberación era una sabia albañilería que había tapiado las puertas y las ventanas. Los anarquistas y los cristianos puros fueron los únicos que comprendieron que es el orden y fundamento de las relaciones humanas lo que se debe reestructurarse; que perfeccionar el sistema económico capitalista era consolidarlo, y revelar las fallas, el tratamiento con que pueden ser técnicamente corregidas. Esto es lo que dedujo el capitalismo de estado soviético y fascista de las laboriosas investigaciones de Marx, en cuanto su crítica a la economía capitalista era una denuncia de sus imperfecciones, un dispositivo de alarma sobre las fallas de su funcionamiento. Las razones humanas que él tuvo en cuenta, en fin, fueron desdeñadas luego porque en verdad habían sido introducidas por él

clandestinamente en su teoría.

Lo curioso y paradójal —como siempre que se piensan bien las cosas difíciles—



resultó que fueron precisamente los dueños de la empresa industrial-capitalista, «los enemigos del proletariado», quienes buscaron con mayor ahínco el remedio de tantos males. Los buscaron, es natural, no para aliviar la miseria y desesperación de los pobres, sino para la creación de mayor riqueza, para implantar un estándar universal de vida onerosa y hasta dispendiosa que estimulara la producción en masa y en serie. Crear bienestar, crear mayor consumo calificado. Y he aquí que el liberalismo económico y la democracia vinieron a favorecer al sistema capitalista, levantando el nivel de vida de todos los pueblos, reservándose la dirección y la iniciativa.

¿Y se hubiera logrado ese beneficio indiscutible, esa victoria del lema de Bentham de «el mayor bienestar para el mayor número», fuera de ese sistema o sin la injusticia que le era inherente e inevitable? Ya el correr del siglo XIX había creado una conciencia más exigente y afinada de los derechos humanos y halló que el confort, la buena alimentación, la lectura barata, la escuela elemental, el comer y vestir bien no significaban una conquista efectiva, porque «siempre subsistía la relación cósmica amo-esclavo». El capitalista no había aumentado en la misma proporción que el obrero sus posibilidades de educarse, divertirse, comer y vestir pues siempre había hecho estas cosas como individuo y no como sociedad anónima. Al contrario, estaba muchísimo más pobre que sus abuelos, se llamara Vanderbilt, Morgan, Carnegie o Rockefeller, porque tenía menos tiempo para su propio solaz, y nuevas responsabilidades sociales que no lo dejaba dormir. No obstante, y a pesar de todo, había ocurrido algo terrible para

ellos mismos y para los otros, y es la conciencia de este nuevo cariz del mal lo que a todos dejaba insatisfechos: una valoración más fina y exacta de las relaciones humanas —y no de la imperfección del sistema Dinero-Mercadería-Dinero. El capitalismo había creado una mayor masa bruta de riqueza y bienestar. También hizo posible relevar al ser humano de las tareas insalubres con sus sistemas de producción afinados, disminuyendo la mortalidad y atendiendo a la salud pública como a la educación gratuitamente. Lo que ocurrió es que los males se atribuyeron al sistema capitalista y los bienes al proceso mecánico del vivir histórico, tal como si desde fuera ingresara al torrente circulatorio de la servidumbre un bien carismático de cultura, disfrute hedónico, mayor grado de autodeterminación. Pues aunque el obrero actual, en su calidad de soldado de una empresa, no puede decidir su suerte, por ella velan otros y acaso con mayor prudencia y seguridad de conservación de sus conquistas. El proletariado marxista en puridad no puede reprochar al sistema capitalista ningún daño, sino al contrario, porque jamás tuvo antes conciencia de otros valores que el de los precios, jornales y ganancias, del nivel de vida hedónico y de la cantidad de trabajo cambiado por mercaderías de consumo. Confesemos con sinceridad que el déficit y el estrago se ha producido, más bien, en otras esferas; precisamente en aquéllas que el proletariado no tuvo en cuenta ni cotizó como dignas de libertad y bienestar —antes bien lo acusó de complicidad—: la esfera de los bienes espirituales, la calidad pura de las artes, las letras, las ciencias, la bondad, la decencia, la justicia. Nada de esto formaba parte de su patrimonio psicológico ni de su afán revolucionario, nada de esto fue defendido por el proletariado, que sólo exige de los productores de cultura industrializada un producto inferior, que satisfaga sus apetitos, y de los políticos, una vida social rebajada y envilecida; de los fabricantes de armamentos,

mejores salarios y menos horas de trabajo; de los jefes y líderes, más poder de fuerza agresiva y menos libertad.

* * * * *

ESTADO Y CAPITAL. El estado social creado por la máquina, que es el mismo creado por el arma, el estado mecánico del mundo, llegó a tener una contextura y una fisonomía peculiar; llegó a dar a todo su imagen y semejanza. Los problemas que planteó entre el capital acumulado y el trabajo disipado no tenían posibilidad de resolverse sino eliminando uno de los términos antitéticos: por sometimiento de uno a otro. Cualquier solución eliminatoria de términos es absurda porque aplaza el conflicto. Es, pues, indiscutible que la fuerza de ese sistema cerrado no sólo llegó a consolidar un orden mundial, sino a crear una conciencia evasiva de la dificultad y a dar colorido de vida a la civilización de la máquina, y es indiscutible que puede seguir actuando como una fuerza inerte. Pero ese sistema tiende a detenerse, porque la solución del tajo no es una solución y le priva del suministro de fuerzas externas de frescos. Si las energías que se conciertan para proseguir el funcionamiento de ese sistema son extraídas del mismo sistema, la duración de su actividad es la de cualquier aparato de movimiento continuo. Porque no eran las fuerzas en juego las que estaban decrepitas sino todo el sistema social, la estructura de ese estado social.

* * * * *

El estado capitalista había logrado su dominio por medio de la máquina, de la que hizo partícipe a cada uno de los seres del mundo civilizado, del orbe industrial. Pero quedaba fuera de él el orbe humano,

que mucho tiempo se subordinó a la religión, la esfera de la vida responsable. El Estado político industrializado ha conseguido dar un paso más en la esfera de la vida, mediante la máquina que tenía a su disposición. Su máquina es el arma. Arma y máquina son los dos símbolos supremos de ambos poderes correlativos, y no son sino aspectos alotrópicos de poder originario de la mano, según Spengler. Por su medio se lleva a cabo el sometimiento de la naturaleza y del hombre. La máquina vence en la lucha de la oferta y la demanda; pero tiene una instancia ulterior, que es el arma. El arma vence en la lucha de dominio, de la voluntad de poder colectiva; pero tiene una instancia ulterior que es la máquina. Ninguna podría subsistir sin la otra. La máquina es el arma de dominio económico; ocupa lugares, desaloja, vence, impera. El arma es la máquina de dominio político; puede ocupar los mismos lugares ya ocupados por la máquina y ultimar a los derrotados, capitular o poner condiciones. Viven en mancomún sobre un mismo terreno y si no se habían anastomosado aún es porque cada cual por separado bastaba para cubrir sus propias necesidades. Las dos consuman la misma tarea a fondo, y puesto que su origen, su naturaleza, su alma y su destino son idénticos, nada hay de extraño en que puedan soldarse al fin en un solo cuerpo. La última guerra demostró que eran una misma única cosa, como el anverso y el reverso de una moneda.

El arma no es un instrumento económico en el mismo grado en que la máquina no es un instrumento mortal. Pero el destino de las dos es

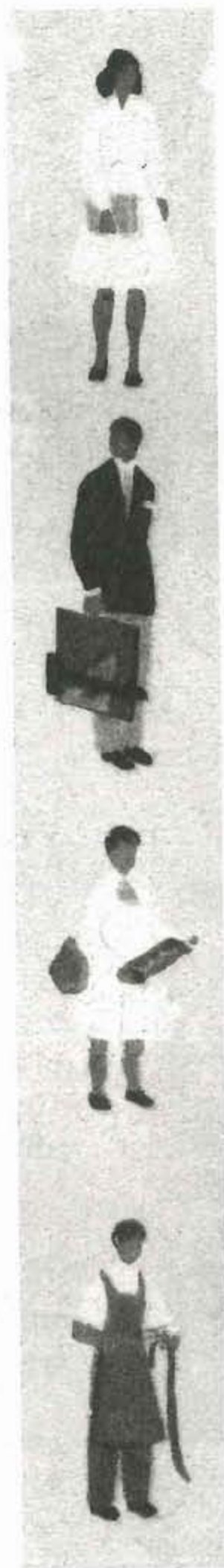
semejante en la fecundidad y en la destrucción. Y necesariamente en las batallas que las máquinas libran diariamente entre sí, el arma les es absolutamente indispensable. En extremo recurso de defensa contra la máquina, el hombre apela al arma para no ser destruido; y en esa forma, salvándose, sirve a la misma causa de la máquina, pues ambas están dentro del mismo sistema. La previa lucha económica trae consigo un desequilibrio, y esa acción desequilibradora de la función económica por lo mismo que es absorbente en grado sumo, se llama crisis. La competencia es el arma de la crisis. El arma verdadera en la segunda fase de la lucha trata de restablecer el equilibrio roto y de inclinar en su ventaja la inferioridad mercantil, y a su acción equilibradora de fuerzas se llama guerra. Ambos términos, competencia económica o crisis y vuelta al equilibrio o guerra, son sinónimos, como arma y máquina. Pero una es un desequilibrio y otra un equilibrio del mismo sistema capitalista, cuando no es revolucionaria, es decir externa al sistema. La máquina es manejada por el capital, el arma por el Estado. El capital imperialista y el Estado capitalista son la misma cosa. Uno y otro sirven en primer término a la banca, la industria y el comercio nacionales y a la nación, mas cuando se han fundido por una parte núcleos de intereses económicos en ententes bancarias, industriales y comerciales, y por otra parte núcleos de intereses sociales en ententes políticas, diplomáticas y étnicas, el

equilibrio roto por la crisis es restablecido por la guerra. Cualquiera que sea su resultado, desaparezcan naciones enteras y

se creen artificialmente otras o no; se anexas territorios, se desquicie el anterior sistema geográfico político o no, el equilibrio vuelve a subsistir, pero ya es un equilibrio económico, de las partes fundamentales; y entonces la guerra sólo ha servido para la hegemonía de una nación y la ruina de otra, lo cual únicamente interesa en el orden patético. El capital iza su bandera en lo que queda y hace el nacionalismo de lo que resta en pie.

En definitiva lo que decide de la paz es el equilibrio que el capital, como entidad cosmopolita, haya podido restablecer en el conjunto de los países que forman su imperio internacional en conjunto y nacional en cada parte. Porque los industriales y productores que obtienen préstamos en el país derrotado a cambio de concesiones, son los mismos capitalistas del país victorioso que obtienen nuevos mercados para su oro. Por estos procesos catastróficos cambia la configuración financiero-económica del mundo y la organización queda fortalecida porque lo que se destruye son los hombres, no la riqueza que cambia de manos y es siempre mayor. El capital no se agota con la guerra: crece.

Toda destrucción le es propicia. Por leyes hidráulicas ocupará los lugares más bajos y desecará los más altos, como ocurre en épocas normales, pues la ley de los aluviones es la misma del arroyo. Así el Estado, que es el arma de la sociedad, cae vencido por el capital, que es el arma del mundo.



FRAGMENTOS

Máquina

El refinamiento neotécnico de la máquina sin un desarrollo coordinado de altos propósitos sociales sólo ha conseguido magnificar las posibilidades de depravación y de barbarie.

Cualquiera que sea la política de un país, la máquina es siempre comunista.

La conclusión es clara: no podemos inteligentemente aceptar los beneficios prácticos de la máquina sin aceptar sus imperativos morales y sus formas estéticas.

Hasta que no hayamos asimilado las lecciones de la objetividad, de la impersonalidad y la neutralidad, o sea las lecciones del reino de las máquinas, no podremos progresar en nuestro desarrollo hacia lo orgánico en su sentido más alto y profundamente humano.

En la actualidad nos damos cuenta de que las máquinas, en el

mejor de los casos, son malas imitaciones de los organismos vivientes. Nuestros mejores aeroplanos no pueden compararse a un pato volador; nuestras lámparas eléctricas no pueden compararse en eficiencia con la luz que emiten las luciérnagas; la complicadísima urdimbre de nuestro mecanismo telefónico automático resulta una imitación infantil cuando se la compara con el sistema nervioso del cuerpo humano.

Propaganda

La propaganda de hoy, comparada con la de antaño tiene un pathos más dramático. Los speakers son actores y al consumidor o elector se le hace creer que se trata de un argumento y que él es también actor y coautor del libreto.

Nunca sabe nadie si un espectáculo artístico o una conferencia académica es o no un anuncio político.

La propaganda mantiene al pueblo en estado de movilización general. En 24 horas, un país puede ponerse en marcha con cualquier rumbo.

La propaganda comercial, como la música, es otro caballo de Troya.

Lo infernal de la propaganda política es que corrompe al pueblo con la virtud.

Robots

Le faltaba al robot el cerebro, y ya lo tiene en la máquina cibernética a la que recientemente se le agregó una facultad de que carecía: la memoria. Pronto se le agregara otra esencial, el mecanismo genético. En cuanto a la sensibilidad, mejor será dejarlo como está. ¿O es que destinádoselo a reemplazar al hombre en sus tareas penosas, pensar y trabajar, se querrá uncirlo al Dharma de la crueldad?

Esclavitud

El pájaro cautivo no sólo ha perdido conciencia de que la jaula es una jaula, sino también de que él es un pájaro.

La Tercera Posición Justicialista Argentina

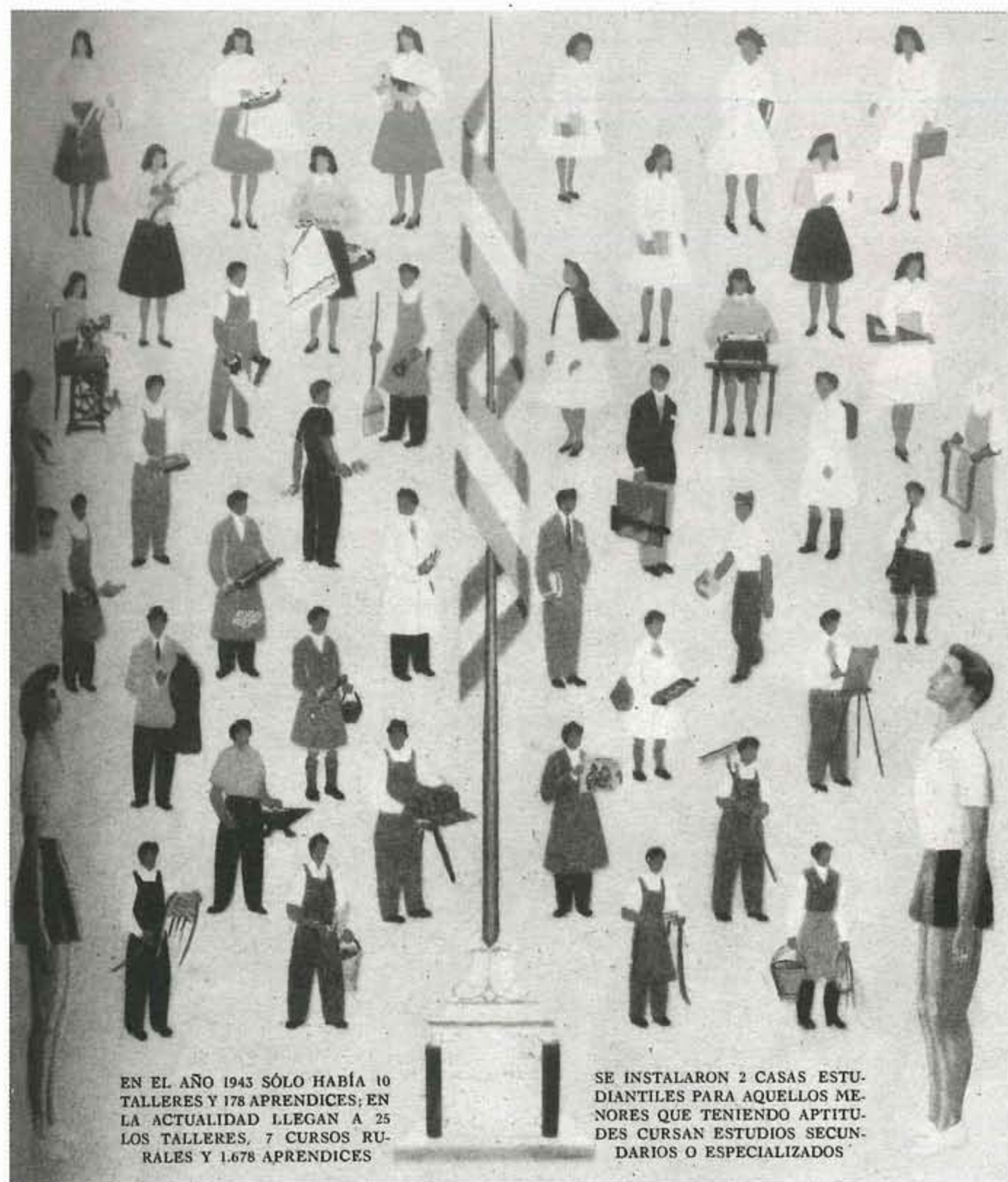


... 165 ...

MARCELA CROCE

De la metrópolis a la necrópolis

La historia de las patologías urbanas
en el diagnóstico de Martínez Estrada



EN EL AÑO 1945 SÓLO HABÍA 10
TALLERES Y 178 APRENDICES; EN
LA ACTUALIDAD LLEGAN A 25
LOS TALLERES, 7 CURSOS RU-
RALES Y 1.678 APRENDICES

SE INSTALARON 2 CASAS ESTU-
DIANTILES PARA AQUELLOS ME-
NORES QUE TENIENDO APTITU-
DES CURSAN ESTUDIOS SECUN-
DARIOS O ESPECIALIZADOS

La cabeza de Goliat aparece en 1940 en la edición de Amigos del Libro Americano y anuncia desde el subtítulo la voluntad de penetración de una mirada que se arroga el derecho del diagnóstico urbano: microscopía de Buenos Aires. Es, a simple vista, la continuación lógica de la interpretación patológica de la vida nacional instalada en 1933 por Ezequiel Martínez Estrada en *Radiografía de la pampa*, ensayo cuyo carácter revulsivo sufría un doble atentado: a la vez que se atenuaba en la matriz determinista sobre la cual se sostienen las hipótesis fundamentales (y fundamentalistas) –Keyserling, Ortega y Gasset, Simmel–, se apaciguaba en el reconocimiento oficial que le aseguraba al reciente prosista (y laureado poeta) el Premio Nacional de Literatura.

Un nuevo ensayo de titanomaquia: esa sería una definición primaria, tentativa, de *La cabeza de Goliat* en la serie propuesta. Lo gigantesco, lo monstruoso, lo siniestro, al tiempo que ofrece la mirada vertiginosa ejercitada en la altura del gigante bíblico, también evidencia la vulnerabilidad de quien es vencido por el minúsculo adolescente. Combatiendo esa panorámica aparece la microscopía, sucedáneo de la radiografía de la década anterior en la voluntad espeleológica que se confunde y se superpone con la especulación. La microscopía es la aproximación a la patología urbana dominante en la que la disimetría entre la cabeza y el cuerpo, si por un lado se inclina hacia la hidrocefalia, por el otro remite a la vida de organismos inferiores, esos “cefalópodos” que se autodestruyen en su impulso reproductivo. Primera hipótesis que se desprende de esta semejanza que Martínez Estrada se empeñará en establecer como parentesco: el empeño de trascendencia de la ciudad se revierte sobre ella misma, aniquilándola. Nada puede persistir en Buenos Aires sin inferirle una mutilación.

Sobre todo en la línea histórica en la que Buenos Aires comienza como metrópolis del Virreinato durante la colonia en la época colonial, se corre imaginariamente hacia la Argirópolis insular en el proyecto sarmientino, se erige ambiciosamente en acrópolis durante el Centenario en la proclamación de la Atenas del Plata hasta derrumbarse patéticamente en necrópolis en la Década Infame, cuando la ciudad alta se desbarata en cementerio y las placas oficiales de la conmemoración gloriosa se revierten en las inscripciones tombales que involucran a los difuntos con los bochornos nacionales: el homenaje de Lugones a los caídos en la “revolución” del 6 de septiembre y la resurrección de los muertos que respalda el fraude electoral. Atravesando la literatura argentina, el equivalente del trayecto que conduce de metrópolis a necrópolis se extiende entre el poeta esclavistaintelectual negrero Manuel José de Lavardén y el señorito vanguardista Oliverio Girondo, entre la *Oda al Paraná* que encuentra en el comercio porteño la culminación de la travesía y el *Espantapájaros* funebrero que encabeza la Danza de la Muerte en 1932.

Martínez Estrada intenta una sucesión de ciudades —una sucesión de imágenes de la ciudad— correlativa de la sucesión de multitudes que identifica José María Ramos Mejía en 1898, inquieto frente al cambio de fisonomía de *Las multitudes argentinas*: la de 1580, la de 1810 y la de 1860 confluyen en este rastreo que es en realidad un recorrido por la literatura desde las caracterizaciones que reciben los períodos: a la ciudad asediada de los conquistadores le seguirá la ciudad de *La gran semana de Mayo* —“la ciudad de los próceres, la única ciudad nuestra”—

hasta recalar en la ciudad de La Bolsa la ciudad liberal “que da la espalda al interior y mira a Europa”. La serie histórico-literaria acude a una justificación trascendental que el ensayista encuentra en la explicación geológica en la que resuenan los argumentos de *Radiografía de la pampa*: “De la simple denuncia de que existen en convivencia simbiótica cuatro ciudades, pueden resultar explicados muchos fenómenos de conformación y deformación”. Para Martínez Estrada la revelación es una denuncia: todo descubrimiento merece ese énfasis que mitiga las profecías de 1933 en la impugnación creciente al promediar la Década Infame. Que es, simultáneamente, una fecha en la cual la ciudad y los ciudadanos son cuestionados en otras latitudes: porque también en el 1940 de la patología porteña aparece un ciudadano tan ambicioso como la urbe de nombre saludable y pretensiones helénicas, el magnate *Citizen Kane* de Orson Welles, que si no se dedica a la microscopía de laboratorio científico es acaso porque instala la mirada penetrante en perspectiva de la profundidad de campo en el laboratorio cinematográfico.

Miradas complementarias que se acechan en la ciudad cuya megalomanía tiene el arraigo latino de la Roma Quadrata no menos que la perversión griega de la hybris que la restituye a la tragedia en la que el heroísmo ausente es reemplazado por el determinismo telúrico, por el desideratum del sedentarismo que articula la necrópolis, contracara derrotista de la acrópolis esplendorosa: “Una ciudad inestable y atroz reposa muda y quieta, dentro o debajo de las otras”. Como las capas geológicas que se superponen en la Patagonia, alternando sedimentos marinos y terrestres y trazando desde la geología la fisonomía del país, de ese país que hasta 1879 estuvo dominado por el Desierto. Las miradas complementarias se especifican en la mirada a ras de tierra y la mirada a vuelo de pájaro, entre lo pedestre y lo aéreo, la proximidad y la perspectiva, entre lo

puramente ciudadano y lo ampliamente cosmopolita, entre urbe y orbe: “su gran poderío no deriva de lo que tiene de consignatario del interior cuanto de lo que tiene de agente crematístico del exterior”.

La mirada a vuelo de pájaro —que ejercitaban los visitantes ilustres a la llanura, estigmatizando a Buenos Aires desde esa aproximación superficial a Buenos Aires— es la que más conviene a un territorio cuya “parte vetusta” es “la de la planta alta”. La telescopía certifica la opulencia porteña. Si el primer piso es la ciudad ostentosa, la planta baja es la ciudad moderna, en la que sobresalen las fachadas antes que las elongaciones. Lo intimidatorio se asienta en las alturas y responde a la actitud de quien se ubica en el balcón. O, ampliando la nómina de altitudes, sobre todo en relación con el tono de Martínez Estrada: desde el púlpito o la tarima se adquiere la entonación profética, se congrega al auditorio de feligreses y se alcanza la resonancia que convierte las intuiciones en tesis.

La ciudad es efecto de la perspectiva; la telescopía muestra el horizonte de salud (la “hipertrofia” de Buenos Aires respecto del resto del país es “desarrollo normal en el concierto de los intereses mundiales”) de lo que la microscopía exhibe en su costado patológico. La ciudad —como mediatización de una naturaleza que se expone en el campo y cuya exaltación se impone en las obras de Guillermo Enrique Hudson— es una experiencia de laboratorio en la que los problemas —los gérmenes— se cultivan in vitro. Fuera del ejido urbano, los organismos se desarrollan in vivo. Y más aún: antes que la oposición ciudad/campo se plantea en Martínez Estrada la dialéctica ciudad/desierto que traduce a términos espaciales la dicotomía de Sarmiento. Tanto *Radiografía de la pampa* como *La cabeza de Goliat* se organizan en torno a la incógnita del desierto y el drama de la llanura, es decir, alrededor del determinismo geográfico que se encuentra en el origen de la teratología metropolitana. Es la geologización de lo que en Sarmiento se enunciaba como “drama de la

extensión”, pero también la medicalización de lo que Alberdi sintetizaba en *El Gigante Amapolas* cuya cabeza era inaccesible: aquella por demasiado distante; ésta –la porteña– por extremadamente visible: “Era no sólo la cabeza para representar un papel de gigante, sino para pensar en lo porvenir”.

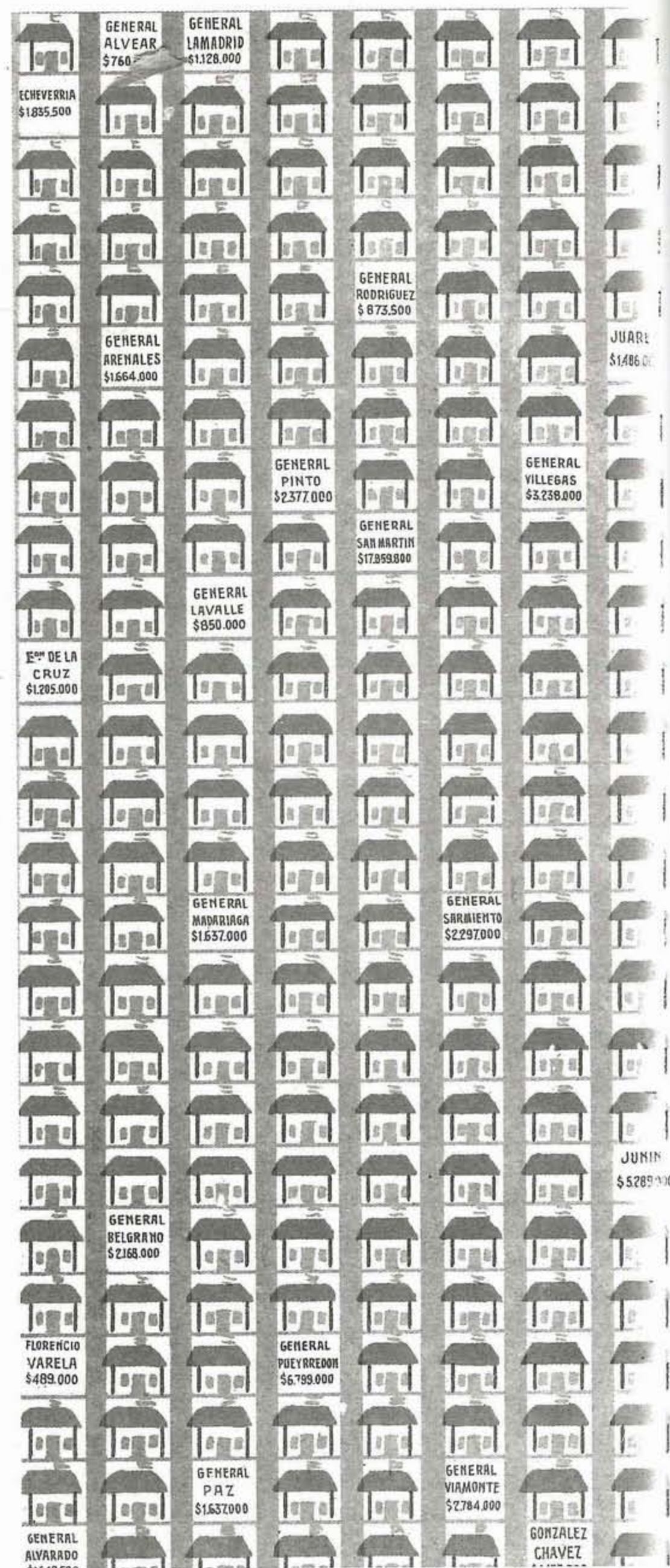
Buenos Aires es una ciudad no sitiada –a diferencia de Montevideo–, no aventurera –contra las tradiciones corsarias y de piratería prohijadas por los mares comerciales–, no guerrera –más bien invadida, y antes como resultado de la división internacional del trabajo que del reconocimiento de un adversario respetable. Parece definirse por la negativa: “El que suponga que Buenos Aires es una ciudad fuerte está en un error: ni tiene arraigadas convicciones como para resistir un largo asedio, ni es audaz, ni ama el peligro verdadero”. Más que mantener una conducta, lo que hace la ciudad es trastornar la historia, simulando el *fatum* telúrico como elección por la modernidad: “Por eso el subterráneo está en íntima relación con la pampa, y lo que parece ser más reciente se suelda a lo antiguo, que es lo más reciente en las formaciones geológicas”. Acaso por lo mismo el hombre de la ciudad es el compadrito motorizado que conserva en el manejo del automóvil la gestualidad del jinete.

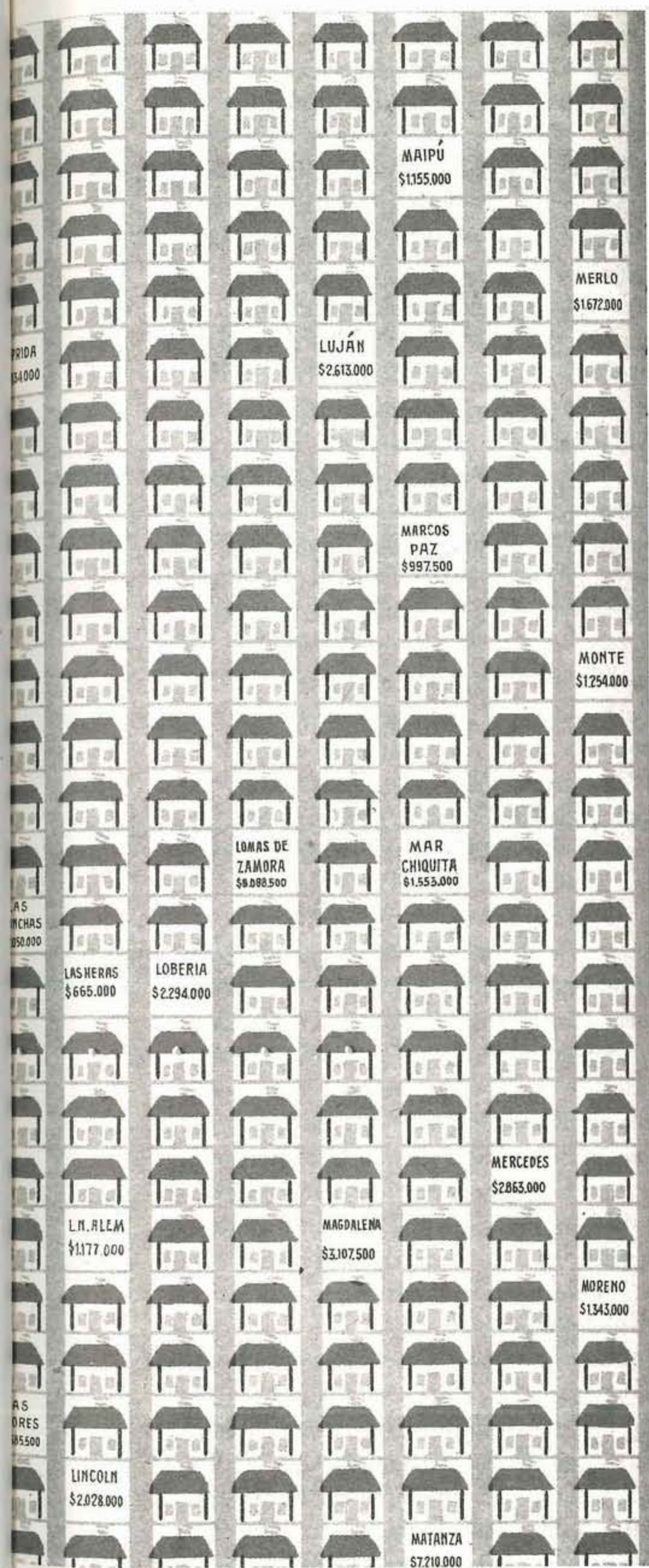
El auto es simultáneamente antesala del despacho oficial y componente del heterogéneo, utilitario y pretencioso mobiliario burgués. Las escuderías (marcas de coches) definen la heráldica de la sociedad de consumo; conforman el “linaje garantido por la marca del coche. El mejor escudo de armas es el Rolls Royce”. El coche es un instrumento plebeyo que arrastra el peligro igualitario contra el que se pronuncia Martínez Estrada que no cesa de reivindicar a los

“hombres representativos” emersonianos que conjuran al “hombre mediocre” ya desdeñado por José Ingenieros con los dudosos argumentos sociológicos del positivismo. El auto como exhibición de una personalidad empobrecida tipifica las variedades automotrices como distintivo de tendencias políticas. El automóvil encabeza el conjunto de la ortopedia urbana que hace de cada desplazamiento una amenaza, y de los transeúntes víctimas. Es el más distinguido entre “los juguetes de la ciudad”, que a partir de Arlt se sabe que no pueden dejar de ser “rabiosos”. Es el objeto que permite recorrer ese cuerpo acromegálico que se reduce a cabeza y patas y cuyo mal, antes que la extensión inespecífica, es la pura extremidad que repercute en la prosa de Martínez Estrada como puro extremismo.

Al automóvil como maquinaria colectiva de la calle le corresponde el reloj como maquinaria ordenadora de la vida civil. La apariencia de regulación que provee el mecanismo del cronómetro se exhibe en los edificios oficiales al punto de permitir que el reloj sea metáfora del funcionamiento de la administración pública: “si un reloj oficial está fuera de hora nadie le presta atención, pero si atrasa o adelanta unos minutos, el ciudadano corrige el propio para seguir el compás del país. Si anda muy mal, en cambio, prefiere el silencio”. La metáfora se complementa con el símbolo: “El reloj simbólico de la urbe es el despertador”.

El despertador: extremo de la regulación, del control y de la domesticación. Siguiendo al Spengler de *La decadencia de Occidente* en la distinción que establece entre cultura y civilización, Martínez Estrada sostiene la convicción de que la ciudad domestica el pensamiento; traduciendo la precisión spengleriana supone que mientras el





nomadismo humaniza, el sedentarismo socializa: la comunidad responde a una solidaridad que la sociedad esquiva. La sociedad alberga a los que Luis María Drago identificaba —en su empecinamiento de contralor sostenido en un pseudocientificismo cuyos hallazgos más relevantes corresponden a la nomenclatura— como “hombres de presa”. Los muros urbanos son a la vez delimitación y contención, a un tiempo mojones y rejas; “las ciudades, como el mar, son cazadoras de hombres tremendos”. Entre las teorías seguramente conocidas de Fustel de Coulanges y las aún no enunciadas de Foucault, en Martínez Estrada se advierte que la ciudad es una superposición de instituciones represivas: a ellas responde en su arquitectura, en su organización y, lógicamente, en su vocación: “La iconografía más antigua de toda ciudad es semejante a una cárcel [...] En torno de la Iglesia, la Municipalidad y la Cárcel, creció la ciudad [...]. Por eso toda ciudad es juntamente una corporación religiosa, una organización burocrática y una institución penal”. Indiferenciadas las instituciones represivas, engranado el mecanismo cronométrico de la administración pública, no hay objeciones para la propuesta de “poner en la cárcel a los enfermos y en el hospital a los delincuentes”. La ciudad cuadriculada en espacio y tiempo, regida por las manzanas del urbanista y los horarios del administrador, responde a una sociedad de control en la que la propiedad no es del terrateniente feudal sino del vigilante burgués. Premonición, tal vez, de los jefes de manzana demolidos en *¿Qué es esto?*, la catilinaria de 1956 contra el régimen peronista.

Allí Martínez Estrada se explaya sobre el “mare magnum heterogéneo” que compone al régimen; por esos mismos años, Borges apelaba a la enumeración heteróclita como recurso estilístico apropiado para manifestar la incomodidad de los intelectuales, que preferían lo recoleto de una torre de marfil subterránea como la que se fragua en *El Aleph*. Extremando las coincidencias, *¿Qué es esto?* es el Aleph de

Martínez Estrada, cuya figura crítica se aparta de los villanos de la chusma que abusan del juego de manos improvisando en cualquier encuentro un “mano a mano” de resentidos, irrespetuosos e iconoclastas que se resisten a los “hombres representativos” emersonianos y se identifican escandalosamente con el “hombre mediocre” de Ingenieros. Perón es el líder de la mediocridad. Como tal, se asienta en una “ciudad embrutecida” que urge remover. En ese sentido conviene leer la carta del escritor al presidente provisional Aramburu solicitando que Bahía Blanca sea la capital de la República. Insistiendo en los temas desgranados en *La cabeza de Goliath*: “Buenos Aires es un territorio cosmopolita incrustado como tumor canceroso en el cuerpo del país”. Martínez Estrada no propugna quimioterapia sino extirpación; un tratamiento eficaz debe suprimir con la herida la proliferación de las metástasis.

Lo que persiste desde 1933 es la ciudad patológica en la que el peronismo se instala como un foco infeccioso en la serie inaugurada por *El Matadero* de Echeverría y continuada por el curso de higiene de Eduardo Wilde y los estudios de historia patológica de Ramos Mejía promediando el siglo. A esa “Roma pampeanofascista” pervertida por el líder, el género que más le conviene es la degradación del tango arrabalero. Lo suburbano de las masas y el arrabal tanguero confluyen en ese trastorno mayúsculo que es el peronismo. Orilleros, sumergidos, hundidos, desesperados: esos “hombres del subsuelo” se conjugan en la comunidad dostoiévskyana de “humillados y ofendidos” que pueblan Buenos Aires.

Paradójicamente, pese al título y a la malformación en la anatomía ciudadana, todo *La cabeza de Goliath* es una *capiti diminutio*. Reduciendo la cabeza del hombre, expulsando la solidaridad, dando guarida a los criminales, sometiendo la intimidad a la exhibición de algún progreso económico, la ciudad excruba la lucha de todos contra todos. Buenos Aires, en medio de las mutaciones genéticas desde la colonia hasta la Década Infame, convierte en la

teratología gigantesca de Goliat la anatomía monstruosa del Leviatán de Hobbes: "Pero el ciudadano conspicuo, el hijo legítimo de la ciudad, ¿no es el destructor por excelencia, terrorista o tirano? ¿No salen de ahí los operarios del diablo, que trabajan para la guerra? ¿No quieren matar a sus progenitores? Acaso lo que buscan es, simplemente, la destrucción de la ciudad y de los seres civilizados en un rencor tan viejo como las viejas ciudades contra sus padres arcaicos, los constructores de recintos amurallados".

Dentro de las murallas se desarrollan la vida y la muerte de los ciudadanos, que en Buenos Aires es "la muerte de un viajante" o, más elemental e inmediatea aún, de un pasajero: "Se requiere un esfuerzo para no ver que el habitante de la ciudad es un transeúnte, que está de paso [...] la industria genuina de Buenos Aires es la del arrendamiento, como la calidad del habitante es la del huésped". Alquiler y hospedaje son formas de comodidad fraguada en la urbe inhóspita en la que el progreso va convirtiendo el determinismo telúrico en imposiciones arquitectónicas sobre el modelo de Nueva York cuya edificación misma ha impuesto la disolución de la familia y su coronación en el divorcio. Para Martínez Estrada, las costumbres urbanas no marcan un progreso sino que amenazan con la disolución; en ese orden de reflexiones no es extraño que salir de la casa sea "el camino del adulterio".

En la ciudad, la permanencia es una sorpresa y la novedad es la lógica; allí podría ensayarse una explicación —que Martínez Estrada saltea— de la hegemonía de los diarios, que certifican el reemplazo de la metamorfosis natural por la aniquilación artificial: "La ley no es variar, como las plantas, sino destruir

pronto y rehacer más pronto". La arquitectura de los barrios, proclive a la llanura, se deforma en las prominencias del centro, desde la histórica Pirámide de Mayo hasta el escandaloso Obelisco que es "el símbolo de la aspiración informe y anónima hacia lo infinito y lo eterno". Ruptura radical con el "pudor" porteño que Borges encontraba en la poesía de Enrique Banchs, ruptura cuya violencia creciente encuentra respaldo en la radio que alterna el melodrama con la publicidad, que presiona a la ciudad para que disuelva la intimidad propagando "con la misma indiferencia los anuncios de mercaderías y las noticias de los escándalos domésticos". También Borges se lamentaba de esa indiferencia que el tango sintetizó en "Sus ojos se cerraron/y el mundo sigue andando" cuando en la primera recorrida por Constitución después de la muerte de Beatriz Elena Viterbo observó que la marquesina de publicidad había cambiado el producto, con esa previsible ajenedad hacia el duelo del caminante.

El Obelisco es símbolo de la barbarie, o mejor: la historia argentina "evoluciona" de lo simbólico a lo abstracto, de la Pirámide al Obelisco (erigido en alegoría de civilización, en demolición para el embellecimiento), de la reducción al ensanchamiento, de la síntesis de los poderes ciudadanos en la manzana fundacional a la apertura de la avenida que compite con el trazado alborotador de las Diagonales y con las calles del microcentro que "van perdiendo su vereda por absorción, como los viejos la encía". En la imposibilidad de vivir en el trastorno porteño, Martínez Estrada pontifica que a la ciudad "hay que hacerla de nuevo y en otra parte". Precisamente en 1956, cuando la Revolución Libertadora abría unas expectativas que el peronismo le había clausurado al escritor que frente a la patología política se recluyó en su propio malestar epidérmico, le escribe una carta al presidente Aramburu reclamando el traslado de la capital a Bahía Blanca, primera escala de un corrimiento que en el más desvelado de los proyectos

urbanistas de Alfonsín propondrá la patagónica Viedma como destino oceánico de la ciudad que se mantenía junto al río inmóvil.

Problemas de espacio que se conjugan con cuestiones de nomenclatura en una nota al pie que, con pretensión estadística, informa que 165 calles llevan nombres de militares y marinos; 430 de personajes argentinos, ilustres o memorables; apenas 8 de pájaros y aves: eso equivale a reconocer a Buenos Aires como ciudad militarizada, empeñada en machacar la historia a costa de la expulsión de lo natural. Sobran las referencias a las arterias con nombre de batallas o de fechas, como si los acontecimientos fueran menos relevantes que los que los ponen en marcha, los ejecutan o los frustran. Pero hay otro modo de vincularse con las calles que es ajeno a los nombres: el que Borges instalaba en la distinción entre las "calles ajetreñadas" del centro y las calles caminadas de los barrios, que en Martínez Estrada se impone entre "calles con vida" y "calles momificadas". Como Arlt en las *Aguafuertes Porteñas*, Martínez Estrada prefiere Florida y Corrientes como "calles vivas" en un centro que se añade luego a Carlos Pellegrini y Callao; hacia los barrios ya es posible la cita de autores que exime de la descripción: "Balcarce, Venezuela y las de muchos arrabales [...] Calles de Evaristo Carriego y de Jorge Luis Borges; de Fernández Moreno y de Macedonio Fernández". Y también las de Arlt, en las zonas más desconocidas, "calles exóticas que viven un ideario y un idioma que nos son desconocidos. Penetramos por las calles de la Boca y estamos en otro país": en el confuso territorio de las "Grúas abandonadas en la Isla Maciel" en que se detuvo el progreso.

Contracara de una retórica urbana grandilocuente que Martínez Estrada se preocupa por desestabilizar subrayando que cualquier equivalencia en Buenos Aires siempre es denigrante: mientras en Retiro la feria persa de baratijas desmiente la convicción sarmientina de que "nuestro

Oriente es Europa”; mientras Paseo Alem esquivaba la tradición poética de cosmopolitismo marginal de González Tuñón y Olivari para descalificarse como “límitrofe de la nacionalidad”, las pretensiones infundadas del discurso urbano atraviesan la avenida que “es la traducción al esperanto de las joyerías” para recalcar en Reconquista como “versión bárbara y miserable de *Las Mil y Una Noches*”.

Sin embargo, no es la extranjería lo que desdeña Martínez Estrada, sino la heterogeneidad; no son los viajes sistemáticos los que lo inquietan sino las travesías en las que Buenos Aires es un puerto más, tan poco hospitalario y memorable como cualquier otro. Mientras los marineros son un dato menor de la vida portuaria, los Viajeros Ingleses cumplen en cambio un itinerario fundacional, al menos en el orden literario. Porque no hay literatura nacional para Martínez Estrada sino donde los extranjeros la establecen, ya sea escribiéndola, ya reconociéndola. En ese marco, *El Matadero* vale por la mirada certificante de Darwin y no por la denuncia política que lo constituye: “Los viajeros ingleses, entre ellos Darwin, presenciaron allí el degüello de las reses, entre mugidos estertorosos y gritos de los matarifes y de las aves que revoloteaban ávidas de beber la sangre fresca”. Y sigue varias páginas más adelante: “Darwin y Head sólo vieron en Buenos Aires gaviotas que se alimentaban de los despojos en los mataderos. Eso también lo contó Hudson”. Sin embargo, la esterilidad del terreno para la creación instituye a Buenos Aires como una ciudad inepta para la literatura: la ausencia de cuervos ha privado a la urbe de un “poeta de lo sobrenatural” como Poe; la abundancia de gorriones que “no hay picardía ornitológica que no sepan” instala a la

picaresca como literatura propia. No otra cosa era la figura del Viejo Vizcacha en el Martín Fierro, al que en 1948 Martínez Estrada le dedicará la monumentalidad de *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*.

Determinaciones que se extienden infinitamente: por un lado, en la serie espeleológica en que la radiografía y la microscopía reclaman la proximidad del tacto: entre palpar y radiografiar se coloca la auscultación, término medio de la penetración en el cuerpo, en una cadena que orilla los métodos invasivos para el diagnóstico. La espeleología interpreta la geología, hace del determinismo una hermenéutica: “El verdadero frente de Buenos Aires son sus techos, como en el plano. La ciudad es una techumbre inmensa y cuidadosamente cuadrículada, como si fuera un pavimento. Sobre el suelo se superpuso un piso, sobre éste otro, y así se forma el suelo edificado a semejanza de los pisos de la tierra pampeana”.

Así como la placa pampeana determina la disposición urbana, el tipo humano de la llanura determina una literatura que encuentra su esplendor en el Facundo desde el presupuesto de que “en lo recóndito de cada ciudadano late un natural instinto de rastreador”. Las campañas pastoras se trasladan a la ciudad y, a la par que se desdibujan en la parcelación de los monumentos históricos (el Cabildo, el Himno), combaten la elocuencia edilicia. En una ciudad concebida como discurso, se advierte a la retórica como desfiguración y al estilo como atentado: “una ficción empotrada en una cláusula retórica” justifica la demolición hasta derivar en una ciudad “arquitectónicamente desfigurada y embellecida para uso de turistas”. La nación que es cimiento desenmascara al patriotismo como fachada, retórica arquitectónica. Pero en definitiva, la ciudad y la nación tienen un origen común —como la literatura argentina—: la violación. Que si en *El matadero* se exponía en términos políticos, en el ensayo ciudadano se expone como efecto de la topadora (“una

demolición siempre es un atropello” que afecta al “pudor, como si se obtuviera con violencia una desnudez”).

El patriotismo es una infiltración, como advertía Borges en “El escritor argentino y la tradición” y enfatizaba Osvaldo Lamborghini al hurgar en los orígenes de la bombacha gaucha y descubrir que se trataba de la babucha turca adquirida a precio de liquidación por el ministro Ascasubi al finalizar la guerra de Crimea: “el alarde patriótico y la inclinación a exhibir otros símbolos son gustos enteramente de gringo”. Si el nacionalismo es elocuente y se instala en los edificios con tradición, el patriotismo es charlatán y se asienta en la mutilación arquitectónica.

El fatum geográfico de la ciudad instala a la periferia como estigma: por un lado las orillas (y toda la ciudad ribereña al lado del río se define como un bastión que matiza la piratería; el usurero es un corsario al que se le amputó el mar) y los suburbios; por el otro, las vías de escape de la asfixia centralizadora, especialmente por obra del ferrocarril, como había notado Arlt en sus novelas: Temperley y Ramos Mejía en *Los siete locos*, Tigre en *El amor brujo*. En los ramales que define Martínez Estrada, “la ciudad llega sin solución de continuidad hasta Tigre, Quilmes-Temperley y Morón”. Pero hay una caracterización adicional: mientras el oeste es literario, el norte es histórico; uno genera personajes y el otro recuerda fechas: “Asimismo el oeste, que es pampa y desierto desde *La Cautiva* hasta *Una excursión a los indios ranqueles*, se concierta con el norte, que sigue trepando por imperceptibles planos ascendentes hasta llegar en Córdoba y Santiago a una fecha de la Colonia y en Jujuy y el Chaco a otra fecha de América”. Correlativamente, la brújula se expande en barrialización: “sus cuatro lados verdaderos, que pueden a la vez ubicarse en Barracas y los Mataderos, al sur; la Avenida Alvear, al norte; calles Boedo y Pueyrredón, al oeste; el puerto, al este. El sur y el norte son

Alvear, al norte; calles Boedo y Pueyrredón, al oeste; el puerto, al este. El sur y el norte son antitéticos y, como en las brújulas, complementarios. El norte es la polis alta de los templos; el sur el bajo de las encrucijadas". El antagonismo rige la ciudad invadida por la "mancha originaria que anda" que representa el Riachuelo, reponiendo en la "enfática ciudad" la infecciosa polis tebana.

Es la tragedia la que reaparece en el miasma, la lucha entre la *hybris* y la *sophrosyne* que Martínez Estrada coloca en el antagonismo de Florida y Boedo: "Florida, tan fina y floral, y Boedo, tan báquica y compadrona, son dos emblemas". El norte y el sur, a su vez, se oponen por sus respectivos símbolos: los clubes del "ocio señorial" esquivan la fuente de "negro chorro de sangre del mercado" en el que se asienta la acumulación. Pero otros barrios sobresalen con una fisonomía más definida, con una historia que los asocia a la poética local de las inscripciones en los carros y que los convierte en válvula de escape desde su condición limítrofe con la pampa: San Benito de Palermo y Evaristo Carriego son los emblemas palermitanos alcanzados por igual por "leyendas hagiográficas" que por una parte persisten en la nominación y por la otra insisten en la exaltación (el "San Juan Moreira" destinatario de la dedicatoria de Carriego). La impronta rosista hace de Palermo un barrio caudillo cuya fisonomía es la del dominio del Restaurador y cuya historia la proveen los "viejos salones porteños".

Pero no es la música de las tertulias la que invade una Buenos Aires que no es sonido sino puro ruido que, sometido por Martínez Estrada a una periodización que responde a la modulación de tonos, traza la historia

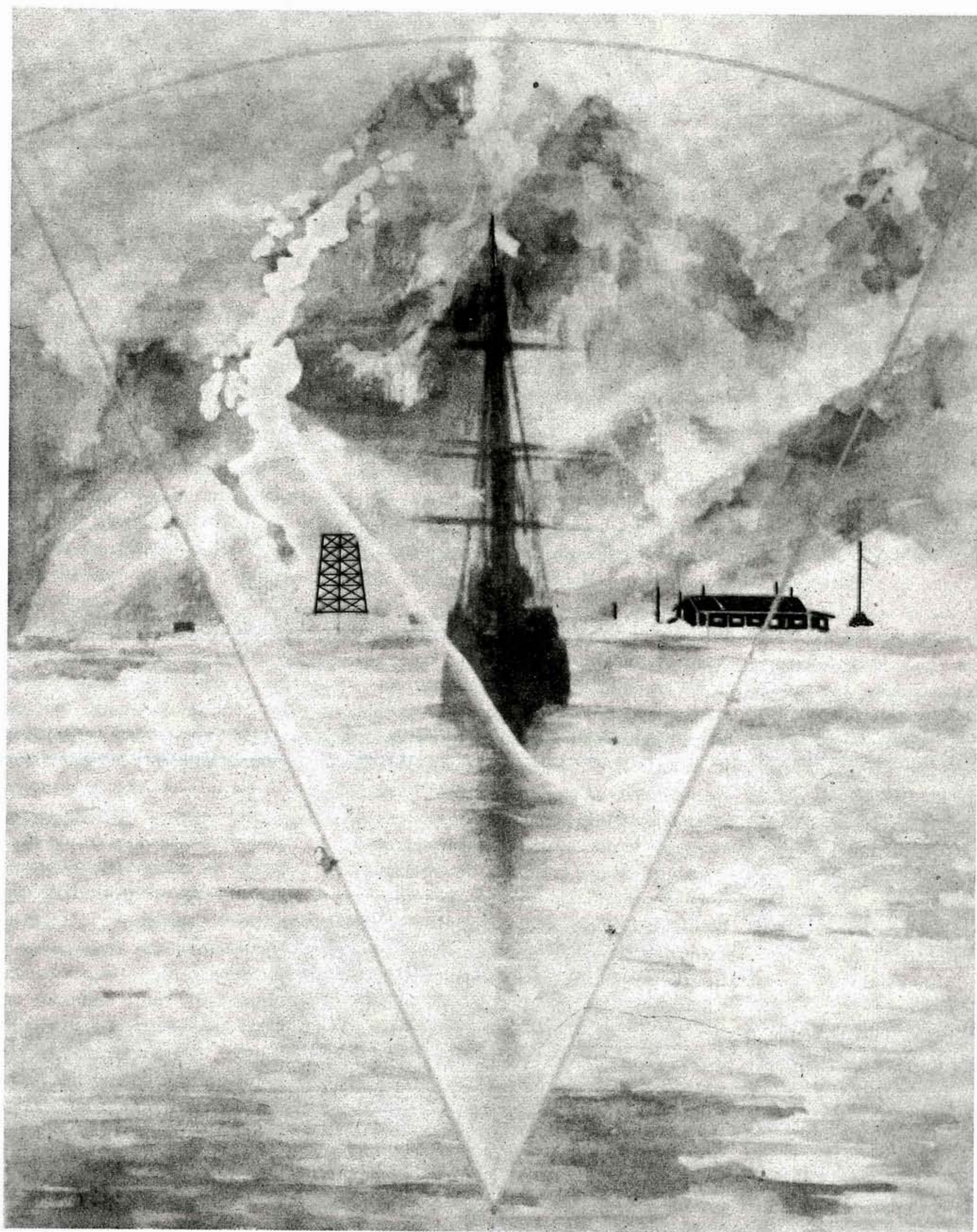
que va de la ciudad-pregón a la ciudad bocina, de los bandos coloniales al "klaxon" de *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*: "La ciudad se ha tragado las voces individuales y en cambio emplea su estentórea voz colectiva, de fuerza industrial, de acoso perentorio de que junto a nosotros pasa rodando la muerte [...] Buenos Aires cambió de voz a falsete". La promiscuidad urbana culmina en algarabía, equivalente acústico de la epidemia. Como dramatizaba Armando Discépolo, la Babilonia finisecular se impone como Babel en la vida cotidiana. La lucha por la vida recomienda la poliglosia o la sordera: son los modos de una astucia proporcional a los obstáculos, que se conjuga con otros ejercicios de los sentidos, especialmente con el tacto que se entrena en las pisadas y con la vista que recurre a la ortopedia del microscopio, el telescopio y la radiografía. Microscópica, telescópica y radiográfica.

Esos auxiliares de la mirada permiten reconocer en las multitudes la asociación entre populismo y bestialización que se volverá más evidente y vehemente a medida que avance la década del '40. Palabras como "muchedumbre", "hacinamiento", "masonería" adelantan la identificación entre lo amorfo y lo caótico ("un conglomerado amorfo de pasiones cosmopolitas, de ideas internacionales, de sangres confluentes de todos los riachuelos étnicos"). El hedor es la dominante de la sangre argentina ("Para los miasmas nos arreglamos nosotros").

Si en el caso de las multitudes es Ramos Mejía el que resuena, en el reconocimiento de la delincuencia como heroísmo urbano se reeditan las tesis de *El hombre mediocre* de José Ingenieros: "Se diría que una gran ciudad es una cárcel y que el criminal más distinguido es su ciudadano eminente". Sin establecer diferencia entre dictadores y criminales: "Pero faltaría saber si un criminal puede dar lugar a un culto religioso y si los grandes conductores de multitudes de hoy, führer o duce, tienen implícito algún rasgo de esa índole que

despierta igualmente el fanático fervor popular". La literatura folletinesca —típico producto urbano, tanto en los temas de su producción como en su modo de circulación— es el modelo populista que apaña "el mito literario del criminal simpático [...] la literatura popular se plagó de asesinos que hubieran obtenido su consagración plebiscitaria cincuenta años después". Dicho de otro modo: en el gaucho alsinista que es Juan Moreira se adelantan los compadritos de principios de siglo y los golpistas del '30.

Y siguiendo: si Buenos Aires se asocia a la tragedia con el miasma tebano difundido por el Riachuelo, el drama clásico es reemplazado por la novela policial moderna. De otro modo: si por su edificación la Buenos Aires del '40 remite a Nueva York, por sus tipos convoca a Chicago. Como no hay originalidad en la literatura argentina —el determinismo hace de la cultura local una cultura subsidiaria—, "nuestros novelistas imitan [...] los defectos de las traducciones. Ni nuestros criminales ni nuestros escritores merecen el título de nacionales". Si la novela policial se instala como género urbano, es menos como elección cultural que como terapia de la polis: "Literatura policial y delincuencia purgan sin necesidad de tragedia una inclinación arcaica. Cada crimen que se consuma, es una venganza saldada, y cada crónica policial que se lee antes de acostarse, un sueño que se evita". El policial promueve la catarsis urbana: mientras "el cajero Roura, que defraudó medio millón de pesos, se convirtió en astro de la cinematografía, del que también se solicitaron autógrafos" duplicando al Barsut de *Los siete locos*, también adelanta al tesorero Fendrich de los '90, que sextuplicó el botín. Ésos son los héroes urbanos, que "fracturan la estabilidad" generada por la resistencia pasiva de los ciudadanos acostumbrados a ser víctimas. La lucha nietzscheana entre activo y reactivo define a los ciudadanos eminentes: "El grande héroe de las urbes mundiales es Omar, Atila o Hitler. Destruyen con la misma fuerza de



... 173 ...



creación que yace en estado letárgico en la casi totalidad de los ciudadanos”.

Esos son los modelos disponibles de individuos a los que se adosan los modelos de pueblos de los cuales la Argentina ha hecho una elección “errada”, ya que “si hubiésemos tomado como maestros en el arte de escribir y de observar a los antiguos viajeros ingleses, habríamos adelantado en literatura tanto como hemos avanzado tomándolos por banqueros”. Martínez Estrada quiere adquirir la mirada de los Viajeros Ingleses; en la imposibilidad del distanciamiento imprescindible que esto requiere, opta por la mirada científicista como original por carecer de antecedentes. A falta de una mirada específica y adecuada para Sudamérica, el “ensayo sobre el ser nacional” responde a la necesidad de crearla: “Al fotografiarnos trajeron rollos de películas

impresas ya sin revelar, de donde la superposición de imágenes, Muchas veces nos atribuyeron los defectos de la placa”. Algunas veces con cierto fundamento, aprovechando que la ciudad moderna banalizaba los proyectos patrios (el arrendamiento urbano defraudó la enfiteusis rivadaviana) y colocaba la arquitectura clásica al servicio de la nación organizada: “La Facultad de Derecho gótico, el Palacio de Justicia egipcia y el Congreso capitolino quedaron inconclusos”: ése es el fatum de las instituciones argentinas. Al mismo tiempo, los barrios establecidos sobre las parroquias comenzaron a identificarse con los mataderos y luego con las humaredas; lo económico inició su dominio convirtiendo lo religioso en fabril, la fe cristiana fue reemplazada por las deidades del progreso.

A medida que la mirada científicista se desplaza a la mirada intimista las intuiciones proliferan y la crítica anárquica de Martínez Estrada se enfatiza como atentado individual. La crítica es un exabrupto, una forma admitida de arrojar piedras, que oscila entre la impugnación y el lamento. La conmoción frente a las “vidas malogradas [que] viven en una gran ciudad” no es ajena a la asociación entre folletín y bajeza (humana, no ya estética): “la radio es el marido ideal [...] que con su voz lejana y misteriosa entra a lavar, con lágrimas y suspiros, esos conductos del desagüe sentimental de las almas pequeñas,

zafias y groseras que sueñan todavía con los eternos asuntos de las novelas por entregas”. Golpe unánime contra el periodismo popular, las estrellas de radiofonía, las revistas de cinéfilos y los sueños justicieros de la sirvienta de *Trescientos millones*.

Y contra los feligreses de las ciencias ocultas también indagados por Arlt, quienes “como no creen en la realidad, tienen que creer en la barbaridad”. Pero hay una razón para la proliferación de creencias en Buenos Aires: es que la ciudad que corresponde al desierto no pierde nunca su carácter de espejismo, abonando las salvaciones milagrosas, las visiones de oasis y las profecías altisonantes.

Ese tono enfático de la profecía es el que vuelve a adoptar Martínez Estrada, apenas con algunos matices respecto de *Radiografía de la pampa*. La exasperación retórica del performativo encuentra hospitalidad en una escritura dedicada a impugnar, denunciar y condenar; algunas afirmaciones son ejemplos privilegiados de esa superabundancia tonal, como ocurre con la definición del truco, un juego sostenido en el compromiso para el engaño: “Es la forma inferior de la payada y la forma superior de la política criolla”. El truco es el reglamento de la burocracia oficial; también la base para la legislación intolerante. No es extraño que Martínez Estrada asocie la pajarería cosmopolita de Buenos Aires con la población heterogénea que la compone, y que

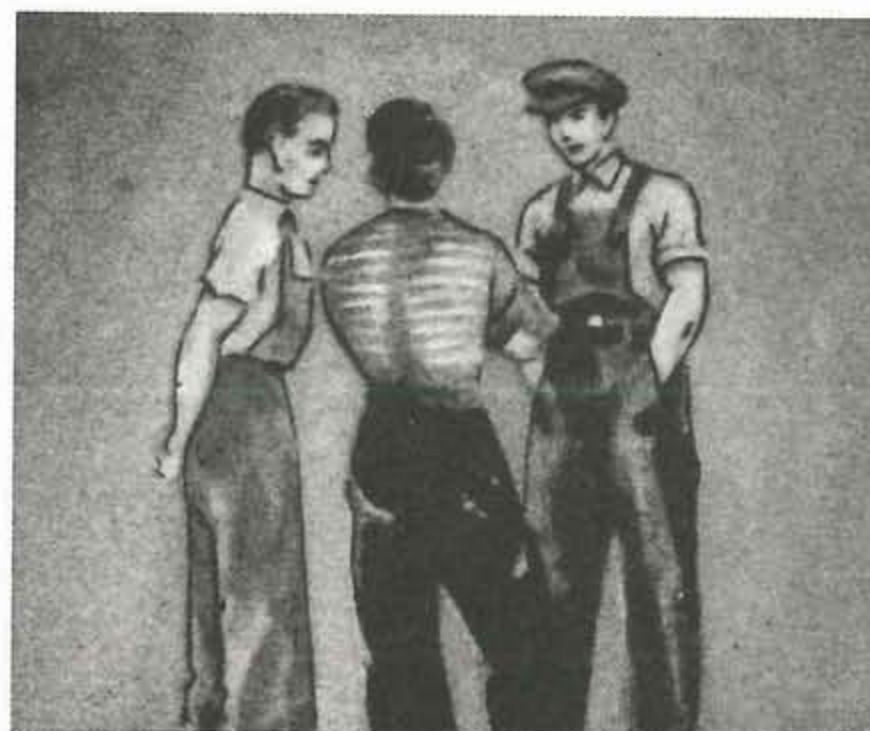
distinga al gorrión como emblema del deportado: "Hay orden gubernamental de exterminarlo, puesto que no se le puede aplicar la ley de residencia y expulsarlo del país como a inmigrante indeseable". Entre el gorrión y el inmigrante revoltoso sostiene la misma duda: "falta saber [...] si se ha convertido en animalito dañino por necesidades perentorias de adaptación en la lucha por la vida". La entonación profética repercute en la constitución de figuras de intelectual que se definen en relación con la grandeza y la decadencia de la vida urbana: "Si no se puede ser Diógenes, lo mejor es ser Alejandro", sostiene Martínez Estrada identificándose tácitamente con Diógenes, en su heterodoxia y su corrosiónintolerancia, dejando el papel vacante de Alejandro al recientemente desaparecido Lugones, cuya proximidad al poder militar triunfante y cuyas preocupaciones helenísticas le garantizan la asimilación al héroe macedónico.

La ciudad funciona como límite de la literatura, especialmente en la zona de los conventillos. Eso dejaría a Discépolo fuera de lo literario, a lo que Martínez Estrada se pliega ignorando su producción y regateándole la cita. El teatro se presta a reproducir el conventillo; de allí la compleja relación entre el teatro porteño y la literatura.

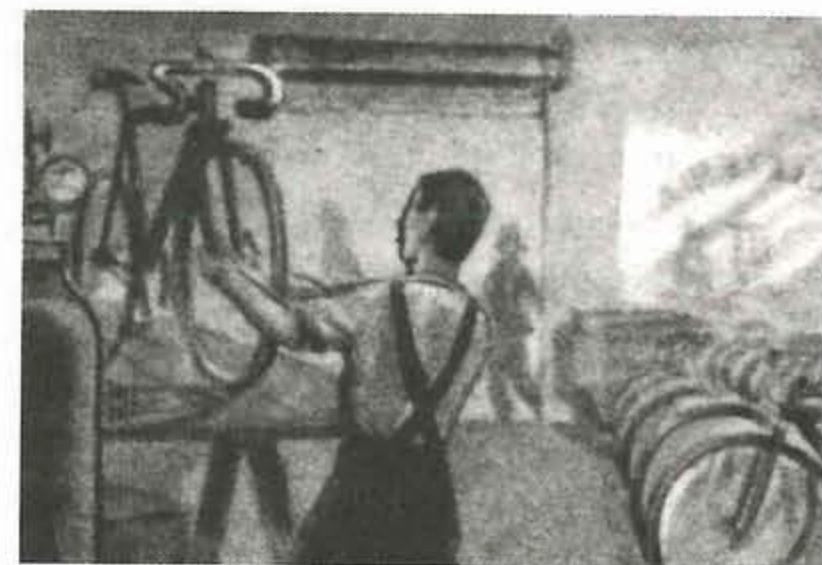


Vaccarezza convirtió lo que debía ser una denuncia social en una escenificación festiva cuyo ídolo es Bettinoti y "el héroe, cualquier malevo parroquial". La reivindicación del compadrito que cumple Borges se presenta en ese marco como resistencia a la escena nacional donde campean los elementos que darán paso al desarrollo del grotesco. La descripción que hace Martínez Estrada del conventillo no se sustrae a la que Discépolo traza en Cremona; sólo se evade de la referencia precisa: "Un conventillo no es un pequeño convento; es un infierno". Allí se cobija el germen de la patota, entendida como malón urbano, un desborde, "una recidiva de la montonera, depurada, estilizada, simplificada". Buenos Aires es la cabeza de la patota; concurrentemente, el patotero es "el personaje típico de la ciudad: un complejo que tenía por partes iguales del compadre, del guarango y del tilingo". La patota, en el estilo apocalíptico en que Martínez Estrada adopta la conceptualización de Ramos Mejía, es la multitud de la democracia.

En el conventillo se establece la normativa urbana que responde a los mandamientos de la propiedad horizontal. Aislada del desierto, mutilada de la pampa, fascinada con la Europa transoceánica, infamada por la inmigración, Buenos Aires se ha departamentalizado hasta el



extremo; los pequeños habitáculos de la urbe no se diferencian ni en extensión ni en aspecto de las tumbas. Si Gironde ya lo marcaba en 1932, con la ironía irreverente del *Espantapájaros*, en Martínez Estrada adquiere en 1940 el dramatismo creciente de la proximidad del peronismo. Acrópolis y necrópolis se superponen paradójicamente: "Desde muy alto, una ciudad no difiere de un cementerio [...] Tumba-cárcel-ciudad: tal ha sido la filogenia de toda ciudad antigua". La ceremonia mortuoria es la actividad urbana típica: desde *La ciudad antigua* de Fustel de Coulanges hasta la desopilante aventura de "Juan Florido, padre e hijo, minervistas", que instala lo kafkiano en la literatura argentina a partir de la narrativa del propio Martínez Estrada, que piensa en formas más eficaces de ejercer la persuasión que la serie ensayística de la desazón creciente que convoca al suicidio como *ultima ratio* ante la advertencia dantesca que parece inscrita en cada fachada porteña: "*Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*".

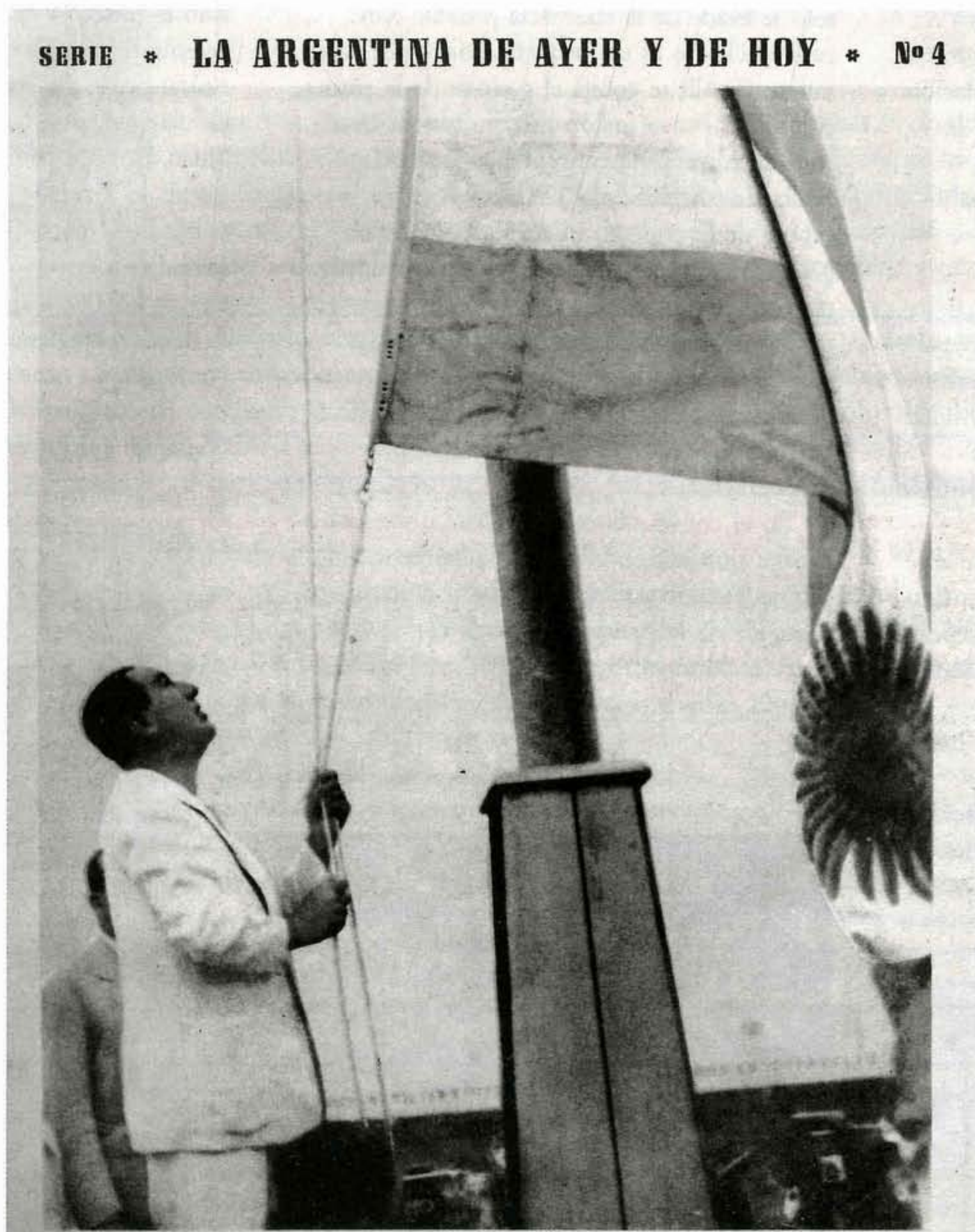


CHRISTIAN FERRER

SORIASIS Y NACION

Técnica y sintomatología

SERIE * LA ARGENTINA DE AYER Y DE HOY * Nº 4



EL GENERAL PERÓN. Iza la enseña Patria en el acto inaugural del Autódromo "17 de Octubre"

**“Hasta ahora la filosofía ha sido
una mala comprensión del cuerpo”**

Friedrich Nietzsche

Caído

El enfermo en relieve horizontal. Derrumbado por un mal poco menos que ignominioso. Un padecimiento cutáneo. ¿Soriasis? “Erupción polimorfa”, “eritrodermia”, “neurodermitis”. Jerga indiciaria para síntomas solo engarzables a un nombre propio. En todo caso, una enfermedad espectacular, un mal *a la vista*. Hacia 1951 –año del revalúo de Juan Domingo Perón– Ezequiel Martínez Estrada había caído, postrado por una variedad tan extraña como severa de las enfermedades dermatológicas. Al comienzo su cuerpo supuraba y estaba atrozmente llagado. Luego, la piel ennegreció y se endureció, como terrones, transformándose en una suerte de salina oscura, casi impenetrable a la mirada médica. Al intensificarse progresivamente los síntomas, la enfermedad impidió al convaleciente la lectura, la escritura y la oratoria, los tres medicamentos que podrían haberle aliviado la carga. Martínez Estrada quedó, literalmente, «impedido»: ya no pudo hacer pie. Mientras la mayoría del país creía experimentar una incesante utopía plebeya, Martínez Estrada padecía una *atopía* personalizada. Los médicos diagnosticaron una «dermatitis de fuerte origen psíquico» y la clasificaron en el nomenclador de las *enfermedades atópicas*, es decir, «insólitas». Nunca vistas. Pocos años después, en el tiempo inmediatamente posterior al golpe de Estado de 1955, sintomática o milagrosamente, el convaleciente inició su recuperación. Curioso: Perón también tenía la piel manchada.

¿Qué importa la enfermedad de un ensayista? Los males privados de un intelectual o de un artista, por más graves que sean, no pasan de ser incidencias, accidentes o desgracias. Si la edad del sufriente permite juzgar a su obra completada, la enfermedad señala el fin del periodo amortizable de un pensador y el comienzo de la fama póstuma. Tanto más extraño debió sonar el discurso que Martínez Estrada improvisó en 1955 ante el Ministro de Educación Atilio Dell’Oro Maini en Bahía Blanca luego de emerger de su postración de cinco años: «*Durante mi*

enfermedad pensé que estaba sufriendo un castigo por alguna falta ignorada cometida por mi. Mi situación era muy semejante a la de Job y en lugar de discurrir sobre el bien y el mal, di en cavilar sobre mi país. Pues así como yo padecía de una enfermedad chica, él padecía de una enfermedad grande; y si yo pude haber cometido alguna falta pequeña, él la habría cometido grande. Yo y mi país estábamos enfermos». Que habitar este país supone sufrimiento garantizado es una idea endémica entre las «jóvenes generaciones». Y entre las anteriores también. La patología fundacional y congénita es tema rancio que recorre la literatura y los discursos oficiales en Argentina, desde Sarmiento, quien acusó al caudillo y a su caballo de ser gérmenes patógenos hasta los sociólogos de los años ‘60 que culparon a la «sociedad tradicional» de constituir un obstáculo para la modernización de la Argentina. Hace ya un par de décadas que buena parte de la población cree que el único médico aconsejable atiende en Ezeiza. Huir de los problemas es una constante de nuestra historia, en la que también se alinea el personal intelectual, que suele experimentar las patologías nacionales como un problema de cabecera. Sus conciencias operan en los respectivos gabinetes como *órganos de distanciamiento crítico*. Pero Martínez Estrada fue más lejos: «*¿Era yo el enfermo o era mi pueblo? Vagué de hospital en hospital, con la piel negra como el carbón y dura como la corteza de un árbol. Yo, que siempre me había negado a ser instrumento de los enemigos del país, aparecí ante ellos como la conciencia que los acusaba. Y con mi enfermedad, expié también la sordera de mi pueblo enfermo*». ¿Patetismo narcisista, o nítida conciencia de la libra de carne que ha de sacrificar quienquiera pretenda pensar la Argentina? Según su testimonio, el país y él mismo padecían mutuamente, y su piel era la radiografía sintomal de los desastres y disparates nacionales. Esta apariencia de capricho se desvanece en cuanto remontamos la raíz etimológica de la palabra *síntoma*: “caer conjuntamente”. Martínez Estrada disponía de una aguda *percepción somática* de

la Argentina. Su instinto no lo engañó jamás acerca de donde debían buscarse los problemas auténticos del país.

Una piel arrugada antes de tiempo, estriada y acartonada por la enfermedad, es un papel carbónico perforado por el relieve argentino, no fácilmente legible, pero aún interpretable. La suerte de pergaminos que se descubren en el fondo de una cueva. Autopercepción esponjosa de su relación con la orografía simbólica: el cuerpo absorbe los síntomas del país. Ezequiel Martínez Estrada declaró haberse contagiado de un mal llamado Argentina. Por eso llega hasta nosotros su nombre. Ese es el secreto de su potencia autoral. No sólo su excentricidad, su atipismo, su personal estilística mezcla de amargura lírica y de profetismo violento, no solo el hecho de que nadie haya continuado su labor y de que su voz resta como una de las últimas desgarraduras morales importantes, ni siquiera su vital independencia en un país que pretende ser semillero de talentos individualistas y que a la vez los formatea y los doblega. En su relación carnal con la nación se oculta el misterio de autor. Y más que eso: a Martínez Estrada no le importó ser el mensajero de las malas noticias. Nos legó una advertencia sombría, una profecía incierta sobre nuestro destino, inaudible en interiores domésticos, estuches académicos o gabinetes institucionales hinchados de suficiencia y de acopio de cereal y reses. En lugares así, las quejas y lamentos urbanos llegan amortiguados.

Ezequiel Martínez Estrada, *perro de la calle*.

Titulación y amargura

La titulación de un libro nunca es inocente, pero a veces la audacia salta sobre el ceremonial gramático. *Radiografía* de la Pampa. El atrevimiento se hace manifiesto cuando leemos el título en su traducción al inglés (uno de los dos únicos idiomas, junto al rumano, al que se tradujo): *X-Ray of the Pampas*. Suena a fonía pre-literaria, a jeroglífico que hubiera sido incrustado en una página impecablemente escrita. Parece sugerir una aparente clave técnica de abordaje, a la cual cabe superponer el subtítulo de "La cabeza de Goliat": *Microscopía* de Buenos Aires. Radiografías y microscopios son instrumentos a través de los cuales intimamos con las vísceras ocultas de un cuerpo. Instrumentos de inmiscuimiento anatómico y fisiológico. Presumiblemente, se trataría de herramientas de distanciamiento, órganos metálicos del método experimental, parte del ajuar objetivador del científico moderno. Pero la titulación es engañosa: en los dos libros, lo

observado se licúa o esfuma en el ojo, lo radiografiado se retrae misteriosamente de la seca descripción, la mayúsculo y lo minúsculo se eclipsan uno en otro y asumen la figura del misterio.

Ezequiel Martínez Estrada estaba poseído por un demonio amargo. La posesión determina menos la seña biográfica que al fogonero metodológico, menos la dolencia del pensamiento que su estimulante. En otras palabras, la amargura, fatalidad vital, era el encaje con que tamizaba acontecimientos, lecturas y objetos cotidianos. Ese atributo triste era el microscopio con que escrutaba el bordado irregular que enhebra vidas y catastros, esa peculiaridad era la radiografía que desempañaba la imagen de cimientos vetustos y debilitados. Ya en la década del '30 una trama técnica comenzaba a superponerse sobre la ciudad de Buenos Aires, pretendiendo remediar falencias espirituales con ornamento funcional y publicidades de futuros prodigiosos. ¿Cuáles son los instintos de un método amargo? Saber detectar la invariancia histórica en la rutilante novedad, olfatear la descomposición cadavérica en las cosas recién inauguradas, reconocer el sentido trágico en las actividades urbanas plebeyas, destituir al consuelo del pensamiento: confirmar que ya no hay tiempo. Con ellos radiografió a la Argentina, diagnosticó sus males y advirtió la improbabilidad de la cura. ¿Bilis intelectual? No. En su obra las imágenes tremendas, los argumentos malhumorados, las paradojas antipáticas tensadas hasta el límite no son caprichos de escéptico sino el diario de trabajo de un descarnador. En esa faena solo cabe afilar, calibrar y pulir el órgano de la visión. Cuando se dispone de un talante pensativo y de un instrumento óptico de precisión un hombre se basta a sí mismo para pensar y, por lo tanto, funda complejas e intransferibles relaciones entre verdad y estilo, entre falacias nacionales y violencia de la recusación lingüística, entre verdades que se resisten a evidenciarse y percepción personal atormentada. No había y seguramente no hay en este país audibilidad posible para estos dictámenes amargos porque la verdad y la Argentina son enemigos jurados.

La Grande Babilonia

Radiografía de la Pampa y *Microscopía de Buenos Aires* son dos hazañas literarias. No tengo dudas de que la eternidad les ha reservado sendos nichos en su biblioteca. Cuando Argentina sea solo el dato anecdótico de un atlas histórico del porvenir, estas memorias y balances de la Pampa y de Buenos Aires, metamorfoseadas por Martínez Estrada en sustancia literaria,

podrán ser apreciadas por los posteriores como hoy lo hacemos con las historias de Roma o de Sodoma y Gomorra. En ambas obras, el desierto argentino ha sido elevado a rango mitológico y la cabeza del país queda filiada a la estirpe de las ciudades bíblicas. Acontecimientos históricos son transmutados en proezas míticas o maldiciones olímpicas, y obras cotidianas en signos de perduración o decadencia. Estrada percibe a Buenos Aires fundada sobre capas tectónicas, tal cual Cnosos. O Constantinopla. O Troya. A su vez, los castigos que puedan caer sobre ella también admiten un alcance bíblico: como Cartago fue destruida en cuatro semanas, Sodoma y Gomorra lo fueron en un instante. Nuestra gran Babilonia soporta una *nacionalidad débil*, a pesar de las pomposas creencias que ella trompetea acerca de sí misma. Argentina es para Martínez Estrada una *cultura vulnerable*, desplegada aceleradamente, tal cual un campamento de escaradores de pepitas de oro frustrados que se consolaron erigiendo una ciudad apenas un poco menos precaria. El resultado es teratológico. Con todo, Buenos Aires, misteriosamente, generó cultura. Pero los cimientos no están cultivados.

Se acusaba a Martínez Estrada de hacer *análisis espectrales* de la argentina. Amenazantes, desoladores, pseudoproféticos. Por momentos, ultimátums. Entre la feligresía positivista, un hombre solo avanzaba a contrapelo. Quizás le sea imposible al pensamiento proceder de otro modo, pues en alguna medida toda cultura es indecifrible: prospera y medra en *estado de empañamiento*. También se ha advertido acerca de la violencia lingüística de Martínez Estrada. También esto es exacto. Si bien era capaz de hacer germinar páginas sublimes y diamantinas, un genio furioso lo impulsaba a recurrir a palabras tan sentidas como lacerantes, ásperas como runas. Era necesario, pues toda cultura apuntala continuamente *una costra impenetrable*, que disimula un fondo volcánico. Y como tal, activo, confuso y tenebroso. La furia puede conducir al exceso, a la arbitrariedad, incluso al error. Las tres figuras no son descarríos, como creen los asépticos, sino los riesgos inherentes a los actos de pensamiento. La descripción agresiva de Buenos Aires es un intento irritado y muscular de aprehenderla: metáforas y conceptos operan a modo de arpones y amarras para inmovilizarla momentáneamente. Ahab y Moby Dick. Pues toda gran ciudad es un octavo mar en cuyas corrientes subterráneas esas dos figuras titánicas pugnan hacia un último puerto. A su vez, la memoria urbana está impregnada de mareas históricas: de ecos antiguos. Buenos Aires, enorme concha sonora. Pero también intenso montepío de la carne. Y no solo aficionado a las

historias de capitanes balleneros, también lector de Dante. El modelo de recorrido en *La Cabeza de Goliath* pudiera ser el del paseo por los círculos del infierno.

Víctor Hugo pudo afirmar con fiabilidad que París era la diadema de Francia. Difícilmente en provincias se diría esa galantería acerca de Buenos Aires: ella se aparece como el estómago de la República o como su cerebro: una máquina neurótica. Si se la pensara en clave musical, sería el gran órgano de la república, cuya melodía política, cultural y financiera se escucha en todo el país, y lo atrona. Sexualmente, un ser perverso que eyacula hacia dentro de sí mismo, y de ese modo se reproduce. Hermandad de la costa, sanguijuelero, anticornucopia. Su hervor parece inagotable. No obstante, en la obra de Martínez Estrada, la ciudad está a punto de ser desplomada desde dentro: el caos inherente a toda actividad urbana la asedia. En tanto la ciudad es un organismo vivo, tanto más es corroída por sus males a medida que se "activa". La estatua es inescindible de su pátina como el palacio de cine de la fatal despotenciación de los mitos plebeyos del siglo, y la decreciente feligresía de las iglesias escandinavas de Buenos Aires se corresponde al desvanecimiento de la cultura marítima internacional en la misma medida en que las rotundas siglas de los sindicatos han devenido jeroglíficos apenas descifrables en la época de la crisis del obrerismo bucólico nacional. El relieve orográfico de la ciudad opera a modo de "fiel" de reloj de símbolos: la sombra y la luz de sus virtudes y defectos recorre espacial y secuencialmente los 360° de la ciudad una vez cada 24 horas. De esta amenaza, Ezequiel Martínez Estrada fue un cronista. Cronista de un «movimiento sísmico» que silenciosa e inadvertidamente conmovió a Buenos Aires. ¿Cuándo? Imaginémosnos que en algún momento de nuestra historia se abrió una suerte de «falla» en la cultura política, intelectual y cultural del país, fisura que solo actúa vesuvianamente mucho tiempo después. Ese movimiento estremecido logró que las semillas de la ignorancia, la barbarie y la necedad que hasta entonces estaban contenidas en su germinación se liberaran y hallaran campo fértil para su despliegue.

El órgano cirrótico

Hacia 1935, finalizada la agronomía teórica de la pampa, Martínez Estrada dedicó algunos años a relevar el catastro simbólico de Buenos Aires. Una vez interpretado el desierto, era preciso indagar el centro radial de la cosmovisión argentina: atravesar la jaquica de la nación y dar testimonio de sus

obsesiones. *La Cabeza de Goliath*, libro lírico y lóbrego, fue pensado en un momento histórico único: la década del '30, bisagra en que la era orgánica y la era mecánica se superponen en la ciudad. Martínez Estrada recorrió cien años de historia urbana, identificó los tipos caracterológicos cincelados por la vida ciudadana, balanceó la napa nutritiva y el aura menguante en las rutinas cotidianas, reunió un elenco estable conformado por costumbres, instituciones, símbolos, oficios y personajes; en suma, evidenció la *ánimica peculiar* que aflora de la fragua étnico-espiritual de la ciudad. Pero también analizó la coyuntura del retorcimiento. En esos momentos son muchos los símbolos que se desploman y las conductas que ingresan en su fase menguante. Lo arcaico y lo novedoso se enrocan locamente, lo sublime y lo mercantil cambian el orden de los elementos de su aleación, y ya no se sabe qué cosa es fruto de la hazaña del habitante, que proviene de la feracidad predestinada, y que cosas son apenas instalaciones que se desembralan, articulan y desarman en todo el mundo por igual. Se adivinará que Martínez Estrada no ofreció un «canto» a la ciudad sino un informe crudo que describe la insostenible tensión que fuerzas espirituales, mecánicas, políticas y arquitectónicas precipitan sobre Buenos Aires. El montaje de sus aguafuertes produce vértigo: se nos expone a la psique colectiva inficionada, al porteño como «inquilino parásito», a los usos emocionales intoxicados, a los símbolos espirituales despotenciados, a los cimientos podridos. Con metódica amargura entrevió el futuro: la ciudad ya no concederá a sus hijos otra posibilidad biográfica más que el posicionamiento epocal o el sociológico. El iluso podría recurrir aún a los placebos de la publicidad, la nostalgia, la técnica o la política, pero la esperanza desovada cada día en las maternidades claudicará por la noche en la carne de morgue. Por eso el tono de su libro es lúgubre, los momentos de humor hirientes, la perspectiva moral malhumorada, el lirismo dolorido. Porque se trata de la meditación espectral y abrumada de un autodidacta solitario que analiza la descomposición orgánica de un ideal urbano portentoso: «wagneriano». Y sin embargo, es un retrato de Buenos Aires hermoso y anhelante.

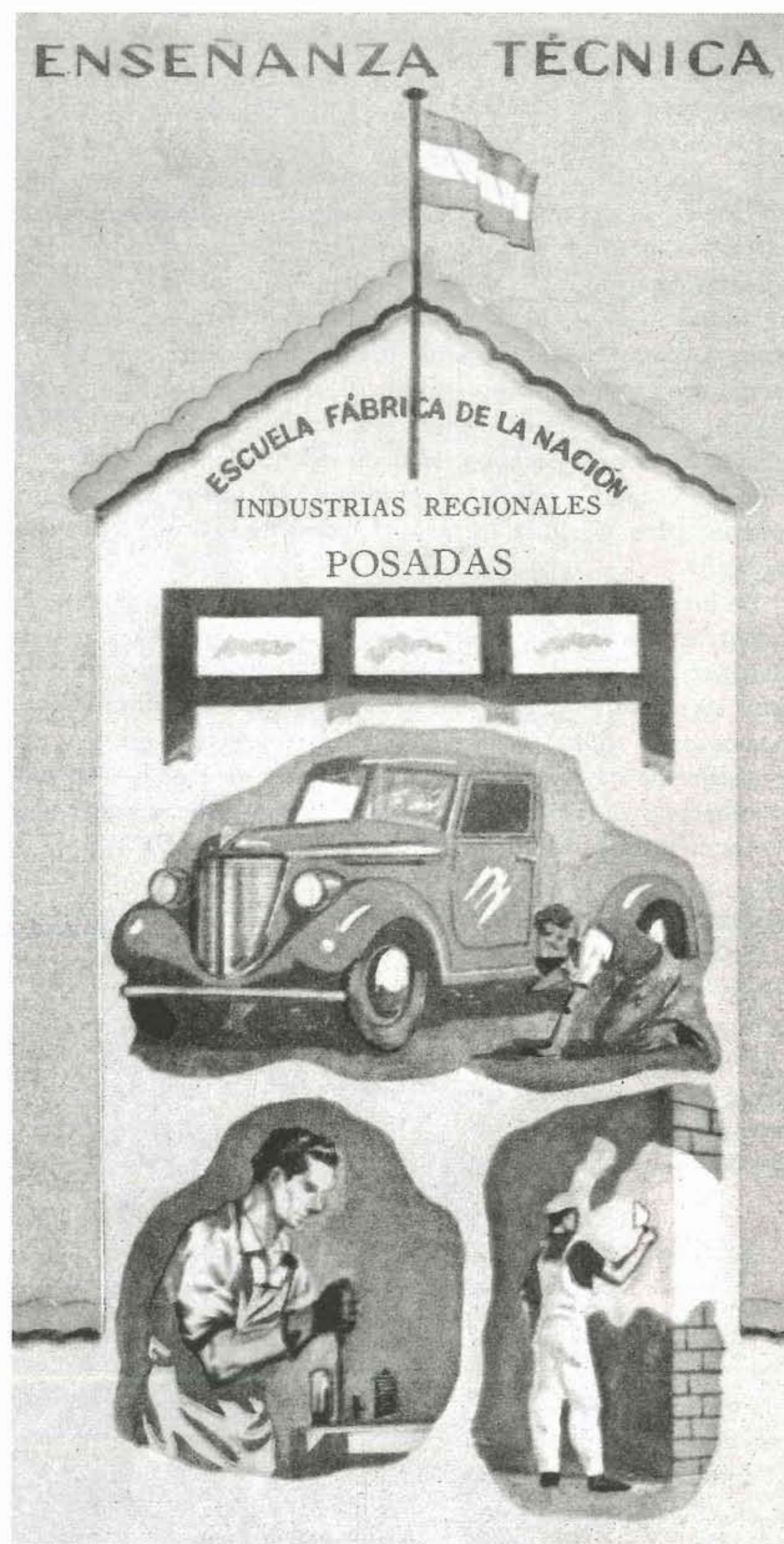
El método estradiano era simple: consistía en caminar por Buenos Aires. Así se anuncia en la primera página de *La cabeza de Goliath*. En el camino, la ciudad se va transformando en enigma, y además, en foco infeccioso. Lejos estamos en *La cabeza de Goliath* de la figura archirremanida del *flaneur*, para quien la ciudad era un campo de observación relevado a distancia estetizada. Tal distancia había menguado dramáticamente para la época de Martínez Estrada: la

crítica urbana ya no suponía una actitud intelectual o estética sino una cuestión de vida o muerte. En el libro, Buenos Aires emerge como supuración desmesurada, efecto de la impotencia de los argentinos para construir una nación. El cosmos urbano, afrenta para el desierto, es su negación. Pero la ciudad solo puede reproducirse por ensanchamiento partenogenético. Siendo una máquina célibe, todas sus potencias se derrochan en desdoblamientos urbanísticos, decorativos, circulatorios, teatrales. Solo puede desahogar sus «instintos» bajo la forma de la crueldad vecinal y administrativa, o eyectando «cultura». Lejos de la fe de un Sarmiento quien vislumbraba al Nilo en el Paraná, al pórtico de Venecia en el Tigre y a la democracia en un simple vagón de tren, Martínez Estrada percibe la *intensificación* de la ciudad, su «neurotización». *Caput*: raíz etimológica de cabeza y de capital. Una ciudad tal se vuelve contagiosa. Deviene un artefacto que secreta todo tipo de efluvios que en otras épocas, luego del pánico, hubieran sido aceptados como pruebas espirituales, como *Deus Irae*: líquidos contaminantes, radiaciones cancerígenas, capas de ozono, aguas servidas e inmediatamente estancadas. El hollín se constituye en el humo sacrificial de la ciudad y los óxidos en su pátina leprosa. Los éteres psíquicos son aún más agresivos y penetrantes, emanaciones que Martínez Estrada releva en los modos de uso del automóvil o en la voz meliflua del locutor radial, en las modalidades agresivas de la publicidad o en los estilos prepotentes o histéricos de la marcha urbana. Pisar una baldosa supone salpicarse con alguna miasma psicológica, pararse en cualquier esquina expone los sentidos a la irritación estética. El cuerpo se revela un pararrayos ineficaz, el aparato sensorial una zona cutánea fácilmente inflamable, y la propia ciudad ha de inventar analgésicos artificiales para evitar el desplome físico de la población.

Como Martínez Estrada entendía a la mente como un órgano del tacto, no hay distancia posible con la ciudad. Nuevamente, lo que diferencia al paseo del *flaneur*, arquetipo arcaico, de la deriva estradiana, es el tipo de distancia crítica concernida: máxima en un caso, nula en el otro. El paso de uno conduce a la ojeada estética, el del otro, a una suerte de relevamiento carnal. La consecuencia: una persona es la ciudad toda. Un fragmento del autor, recordando su despedida de la ciudad de Budapest, nos orienta acerca de su relación con las ciudades: «*Palpé la piedra de la construcción, obedeciendo a una costumbre muy vieja que tengo, la de despedirme con una caricia de las ciudades extranjeras a las que supongo que jamás volveré, como si el tacto me comunicara, por una sensación fría, algo de la simpatía con que, seguramente, las cosas inanimadas responden a nuestra*

ternura. Y en muchos casos ha sido así, hasta el punto de que el recuerdo de lo que ví en esas ciudades se asocia, como uno de los elementos más preciosos de mi amistad hacia ellas, con el adiós del que me traje la aspereza de un muro o la tersura de una estatua". En varios de sus ensayos Martínez Estrada postula la superioridad del saber de ágora sobre el saber de aula. Un viejo dilema, legítimo para éste escritor de imaginación que nunca masticó la papilla universitaria. En las calles del ágora se escucha un runrún distinto al que se percibe en los gabinetes, y se huelen perfumes y hedores distintos. Pero las radiaciones de la urbe se sedimentan en la piel. De allí que las carrocerías, la radio, los afiches, el periódico y demás domesticidades se transformen en asperjadores de bacterias, en aceleradores virósicos: en *superficies somáticas* en las cuales se revelan los síntomas del sufrimiento y asimismo los de la acción pseudoterapéutica de los analgésicos sociales. Pero al caminante que medita nada puede evitarle la sarna cotidiana. Y de nada vale rascarse contra las paredes, pues ellas mismas están impregnadas y no son papel secante. La mecanización de la vida era el signo de los tiempos. Y Martínez Estrada tamizó a ese signo a través de un ideograma cuyo trazo era estrictamente personal y que muy pocos podían apreciar. La sutilezas de ese ideograma ofrecen una comprensión acerca de como la acelerada industrialización y la automatización urbana se superponían a las viejos males argentinos.

Toda ciudad sufriente necesita de su némesis y su curandero. Un shock anímico puede hacer sanar la soriasis, como carnestolendas y pandemias purgaban a las ciudades antiguas. El otro camino conduce al desplome depresivo y el desguace espiritual. Ni la fuga ni la nostalgia constituyen opciones legítimas. Martínez Estrada no opuso el campo a la ciudad. Develó que la ciudad ya constituía el hábitat indesertable para un nuevo estado de lo humano, cuyo relieve recién ahora se está evidenciando. En la ciudad Adán no confronta con el demonio. Es el segundo Adán, ya culpable, quien se enfrenta a Moloch y a un ubicuo Golem. Y la salida no consiste en denunciar que la máquina ha estropeado el jardín («reivindicar al buen salvaje es absurdo y abyecto») sino en advertir que el mal asume la figura siniestra de la administración técnica de la urbe y del derroche de esfuerzo sin provecho personal alguno, por lo tanto sin posibilidad de transmutarlo alquímicamente en grandeza civilizatoria. No una pastoral alejada del infierno sino una postal del mismo para saber como se hace sufrir.



Buenos Aires, auténtica *ciudad-estado*, entre cuyas posesiones se cuentan todo el interior del país y Punta del Este, y cuyo «hinterland» podría estar localizado en algunas metrópolis del viejo continente, ya comenzaba entonces a ser un órgano que palpitaba epilépticamente entre la cirrosis espiritual y el apuntalamiento incesante de sus andamiajes y travesaños, pero no el de sus cimientos. Órgano célibe. Además, escaparate y acto fallido. Si muchas ciudades argentinas han sido el sarpullido del territorio (los fuertes de frontera devenidos cabeceras de partido bonaerense o patagónico), por momentos forúnculos (Comodoro Rivadavia, Río Turbio: enclaves de explotación de riquezas naturales), Buenos Aires es el ombligo, *el nudo del ombligo luego del corte del cordón umbilical*. Para muchos, el mascarón de proa del país, para Martínez Estrada, el rostro de la esfinge argentina.

En los años '60 se encomendó un diagnóstico del país a la reciente sociología. Gino Germani, su *deus ex machina*, dirá de Martínez Estrada: «*Hice un análisis de toda su obra para ver que había en ella de rescatable. No hay casi nada*». Cosas dichas en momentos de triunfo, pero también índice del menosprecio que la meditación ensayística ha sufrido en este país. Para la sociología la ciudad era la encrucijada de contabilidad estadística y leyes científicas. Martínez Estrada, en cambio, percibió que vista, tacto, olfato, oído y gusto padecían y se atrofiaban en una urbe enferma, y que ninguna terapéutica era posible si se impedía la afinación de esos cinco instrumentos sonoros. El arte perceptivo de Estrada —unido a una rigurosa y admirable cultura— le permitía apreciar a la esgrima de arma corta en el truco, a la carne de sacrificio en el suicidio, a la frustración sexual en el maniquí, al marido hipócrita e ideal en la voz del locutor radial. ¿Cuántos «datos» habría que amontonar en el platillo para poder contrapesarlo?

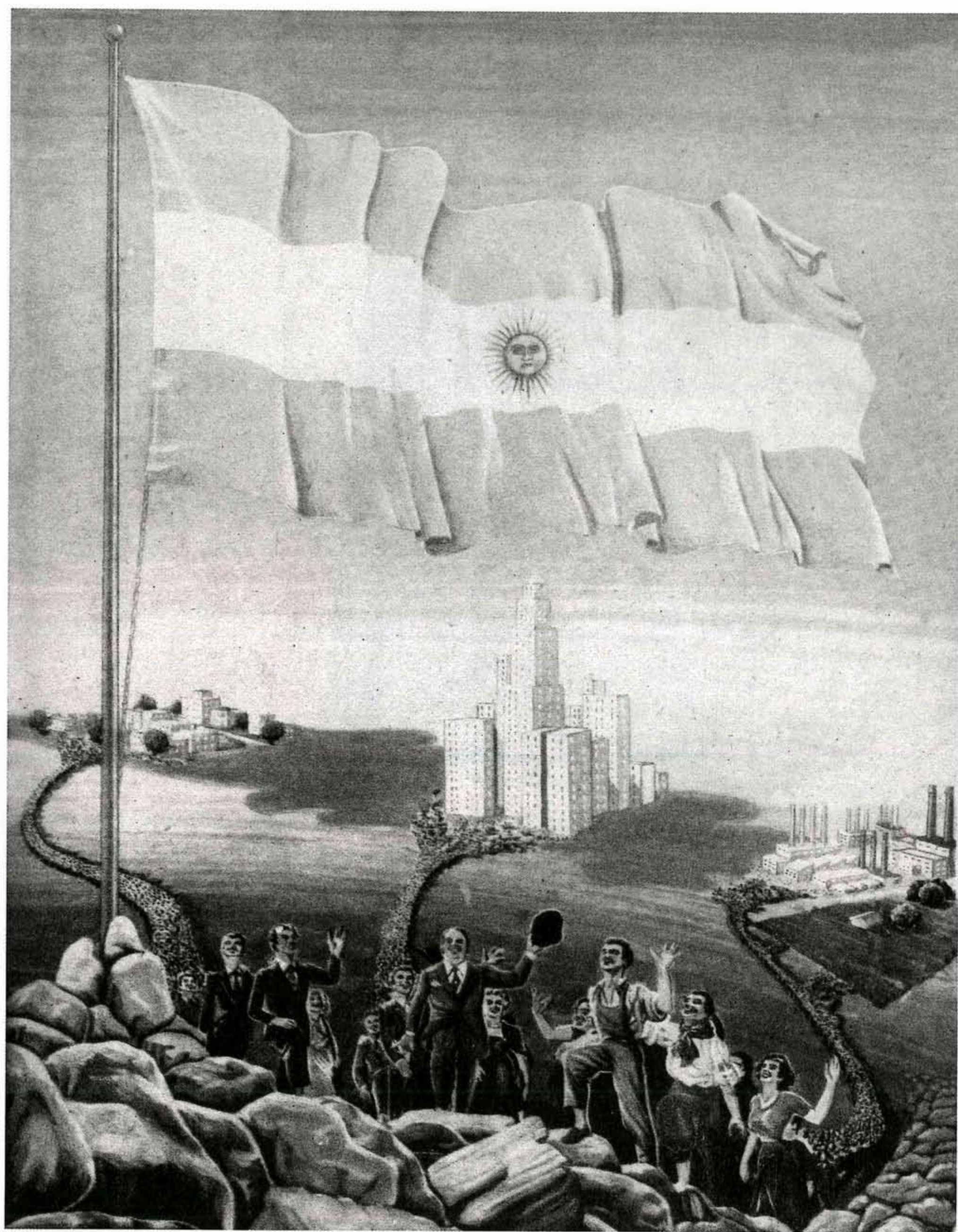
Soriasis

Exhortaciones proféticas. Martínez Estrada consideraba que sus libros eran «llamadas morales». En ellos se profetiza el agravamiento de los males del país, no únicamente a partir de dramas de conciencia —el sonajero de los intelectuales— sino desde un drama corporal. La conciencia, aún acongojada, es un órgano de distanciamiento; el relevamiento físico, presencial, de los síntomas urbanos, en cambio, supone *riesgos de aproximación*.

Riesgos osmóticos. Paredes y baldosas irradian males mitológicos. El circulante —el habitante— recurre a su traje de amianto: la indolencia sensorial. Pero Martínez Estrada estaba desnudo: desguarnecido por la academia y por los críticos. Tenía renombre: pero es el tipo de fama que le hace acumular enemigos. El sabio de aula o de gabinete observa ciudad y pampa desde lo alto y a lo lejos. Martínez Estrada las caminó. Los síntomas urbanos y nacionales lo cubrieron como una Túnica de Neso.

Ezequiel Martínez Estrada fue un *relevador de síntomas*. Se preguntó: ¿qué está vivo en la ciudad y soportando qué condiciones?, ¿qué está emergiendo y bajo qué condiciones?, ¿qué tejidos urbano-simbólicos se marchitan y crujen y cuales se despliegan y flamean en este incesante y feroz laboratorio sociológico? Y si lo dicho resta escrito con tinta irritada es porque a través de su estilo literario pujaban y se expresaban sus «dramas de cuerpo». Se dice de la soriasis que es una enfermedad nerviosa o somática o psíquica. Una erupción personal. Pero Martínez Estrada declaró que se había contagiado recorriendo la Pampa, caminando por Buenos Aires, leyendo los diarios, escrutando la escena intelectual, y sobre todo, percibiendo los signos de la descomposición orgánica que el país estampaba en cada cosa, persona y lenguaje que eran empollados diariamente. Sufría de una aguda comprensión de la deriva nihilista del país. Quizás por eso percibía la destrucción conjunta de sí mismo y de la nación, porque siempre tuvo en claro las tendencias autodestructivas de la sociedad argentina. Y dio testimonio del proceso.

Los hombres absorben de la nación sus ordenamientos administrativos y sus catastros simbólicos. Esos ordenamientos y recorridos se aparecen primero como molestia, como camisa de fuerza más tarde, y al fin como horma siniestra. Luego, no queda otra salida que la *implosión* (depresión, delirio o resignación) o la *explosión* (la psicopatía criminal, la crueldad, la descarga libidinal en horarios y espacios previamente autorizados). En la frontera y como transacción: *la soriasis*. La piel oscurecida, cerrada medianera entre carne y piedra. Soriasis, cuya etimología griega nos advierte sobre su linaje canino («*sarna*»). Es justo: Ezequiel Martínez Estrada, profeta, había ladrado dos veces a los argentinos. Primero en la pampa, y después en la gran ciudad. Había ladrado en el desierto.



... 183 ...

Tout Auditeur ou Correspondant doit porter cette carte sur lui
de jour comme de nuit

La Pataphysique est la science
Alfred Jarry

Note importante :

Les **Privilèges** des Auditeurs au Collège de Pataphysique et des Correspondants dudit Collège, sont d'abord de verser une Phynance au Corps des Provéditeurs, ensuite de recevoir les Publications du Collège, et de participer de Droit à ses manifestations, enfin de bénéficier de sa haute direction pédagogique, et spirituelle, non moins que de son assistance, en corps en cas d'obsèques. Les titres d'Auditeurs ou de Correspondants, surtout réels ou emphytéotes (les Auditeurs ou Correspondants **apparents** font état du titre, sans qualification) se mentionnent avec honneur sur les cartes de visite, ou divers faire-part et dans toutes les circonstances de la vie, privée, et publique.



Artefacto 3

PENSAMIENTOS SOBRE LA TÉCNICA

El olvido del mal

Héctor Schmucler

Personas buscadas

Florencia Abbate

El fin de la palabrística

Marcelo Cohen

Ezequiel Martínez Estrada

Técnica, Ciudad, Ajedrez

Textos inéditos

De la metrópolis a la necrópolis

Marcela Croce

Soriasis y Nación

Christian Ferrer

 **Eudeba**
www.eudeba.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | ahira.com.ar

Septiembre 1999

ISSN 0328-9249